

SAMBARONE



EL ALBA
DE VN
IMPERIO

El proscrito y la esclava que salvaron a su pueblo en el alba de la civilización

Lectulandia

Durante incontables generaciones, hordas de belicosos nómadas dominaron las llanuras de Mesopotamia, matando y esclavizando a comunidades enteras de agricultores cuyo pacífico modo de vida despreciaban. Ésta es la crónica de cómo la próspera villa de Orak consiguió plantar cara a sus temibles enemigos y defenderse de una vez y para siempre.

El hombre que logró que el fuego de la resistencia prendiera en el espíritu de sus habitantes fue Eskkar, un guerrero con una cuenta pendiente con los temibles bárbaros. Gracias a su elocuencia y su astucia, resolvieron emprender algo revolucionario: un gran muro que les protegiera de los ataques de los jinetes.

Para llevar adelante su tarea, Eskkar contó con la ayuda de Trella, una joven e inteligente esclava, quien intuía que su destino estaba ligado al de su amo y que ambos estaban llamados a emprender una hazaña más perdurable que la de la defensa de la ciudad. Tras liderar a una hueste que se enfrentó a los bárbaros para distraerlos mientras se terminaba la muralla, la popularidad de Eskkar entre sus conciudadanos aumentó hasta el punto de suscitar envidias entre los miembros de las familias más poderosas de la ciudad. A partir de cierto momento, Eskkar y Trella tuvieron que hacer frente no sólo a los enemigos que les asediaban en el exterior, sino también a los que intrigaban en su propio bando. El esfuerzo y el ingenio combinados de Eskkar y Trella estarán en el origen de una de las poderosas dinastías que convirtieron la cuenca del Tigris en la cuna de la civilización.

Lectulandia

Sam Barone

El alba de un imperio

Eskkar 1

ePub r1.0

xelenio 29.10.13

Título original: *Dawn of Empire*
Sam Barone, 2006
Traducción: Carlos Schroeder Martínez

Editor digital: xelenio
ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com



PRÓLOGO

Orilla este del río Tigris, año 3158 a. C.

El poblado se extendía frente a él como un cordero rodeado por una jauría de lobos. Thutmose-sin detuvo su sudoroso caballo sobre la cima de una colina, mientras sus hombres formaban a cada lado. Examinó la llanura, fijándose en los cultivos y los canales de regadío que los alimentaban. Sus ojos se desviaron hacia el poblado situado a tres kilómetros escasos de distancia. Allí el Tigris se retorció abruptamente en torno al grupo de cabañas de barro y tiendas que se levantaban en su orilla. Ese día, el río, que suministraba el sustento vital a los comedores de tierra, se convertiría en el obstáculo que les impediría la huida.

Para aquellos que todavía no habían escapado, se corrigió Thutmose-sin. Habría deseado atacar el poblado por sorpresa, pero se había corrido la voz, como solía suceder. Sus guerreros habían cabalgado durante cinco días deteniéndose sólo para dormir. A pesar de su esfuerzo, los comedores de tierra habían sido advertidos y contaban con unas horas de ventaja. Las noticias de su llegada seguramente bajaron con la corriente del río, más rápidas que un hombre a caballo. Incluso en ese momento, Thutmose-sin podía ver algunas barcas dirigiéndose frenéticamente hacia la orilla opuesta del Tigris. Aquellos afortunados usarían el río para eludir el destino que él les había preparado.

Sus hombres fueron tomando posiciones en el lugar. Cerca de trescientos guerreros formaron una línea a lo largo de la colina, con Thutmose-sin en el centro. Unos encordaron su arco, otros desfundaron su lanza o desenvainaron la espada. Habían repetido aquellos gestos tantas veces mientras se preparaban, no para la batalla, sino para la conquista, que no era necesario dar orden alguna. Cuando las armas estuvieron listas se miraron unos a otros. Todos los jinetes bebieron de su odre de cuero, vaciando luego el resto sobre la cabeza y el cuello de su caballo. Ya habría agua en abundancia cuando llegaran a la aldea.

Su lugarteniente, Rethnar, se acercó.

—Los hombres están dispuestos, Thutmose-sin.

El jefe volvió la cabeza, vio la determinación en el rostro de Rethnar y sonrió ante su excitación. A continuación miró a ambos lados de la línea formada por sus hombres y vio que uno de cada diez guerreros levantaba la lanza o el arco. Estaban más que preparados. La recompensa, después de aquellos días de esfuerzo, los esperaba.

—Entonces comencemos.

Espoleando a su caballo, Thutmose-sin inició el descenso. Sus hombres le siguieron. Descendieron la ladera con lentitud. Con caballos frescos habrían cabalgado pendiente abajo, aquellos últimos tres kilómetros, en una impetuosa carrera. Pero después de cinco días de camino, ningún guerrero quería arriesgarse a perder un caballo agotado pero valioso, y sobre todo cuando el fin del viaje estaba tan próximo.

Cuando llegaron a la llanura, la fila de jinetes comenzó a dispersarse a medida que el terreno se hacía llano. Pequeños grupos se dirigieron hacia los extremos, comenzando a recorrer los alrededores. Buscarían en las plantaciones más alejadas y en las granjas, empujando a los habitantes hacia la aldea.

El grupo principal de guerreros avanzó por los dorados campos de trigo y cebada, con Thutmose-sin a la cabeza. Pronto desembocaron en el ancho sendero que llevaba a la aldea y llegaron a sus proximidades en apenas dos minutos.

En aquel momento, los guerreros más jóvenes con los caballos más descansados tomaron la delantera, elevando sus gritos de guerra sobre el estruendo de los cascos de sus cabalgaduras. Adelantaron a unos cuantos campesinos, ignorando los gritos de las mujeres, el terror de los hombres y el llanto de los niños. Una tosca valla de madera de la altura de un hombre podría haberlos detenido durante unos instantes, pero la puerta se hallaba abierta y sin defensas. Los guerreros entraron en el poblado sin encontrar resistencia.

Thutmose-sin vio cómo moría el primero de aquellos infelices. Un hombre anciano, caminando a trompicones por el miedo, intentaba llegar a una cabaña. Uno de los guerreros lo derribó con su espada y acto seguido levantó el arma ensangrentada mientras lanzaba al aire su grito de guerra. Las flechas volaban por todas partes, alcanzando a los hombres y mujeres que no se habían puesto a cubierto. Los jinetes se desplegaron en abanico, algunos desmontando para entrar a las chozas, espada o lanza en mano, en busca de víctimas. Todo aquel que se resistiera moriría, por supuesto, pero muchos serían asesinados sólo para satisfacer la sed de sangre. El resto sería capturado. Alur Meriki necesitaba esclavos, no cadáveres.

Thutmose-sin no prestó atención a los gritos mientras avanzaba lentamente por la aldea, con diez miembros de su guardia personal rodeándolo por el estrecho camino.

Observó que algunas de las construcciones tenían incluso dos pisos de altura, una muestra de la riqueza y prestigio de sus dueños. Algunas casas se alzaban detrás de altos muros de barro, mientras que otras estaban separadas del camino por pequeños jardines.

Llegó al lugar de reunión en el centro de la aldea, un gran espacio abierto con un pozo de piedra en el centro. Más de una docena de carros, con sus sucias telas ondeando en la ligera brisa, llenaban el mercado. Unos cuantos todavía tenían mercancías, aunque todos habían sido abandonados. Una aldea rica, le habían dicho sus exploradores.

Hizo una pausa para dejar que los caballos bebieran en el pozo. Luego se dirigió por un ancho sendero lateral hacia un extremo de la aldea. Siguió el camino hasta llegar al río. Allí se detuvo y desmontó, pasándole las riendas a uno de sus hombres. Un embarcadero de madera se adentraba una docena de pasos en el Tigris. Fue caminando hasta el borde, mientras se ajustaba la ancha tira de algodón azul bordada con hilo rojo que impedía que el pelo le cayera sobre los ojos. Entonces se detuvo y fijó su mirada en la orilla opuesta.

Incluso en aquel vado, en mitad del verano, el Tigris llegaba casi hasta el borde de su orilla y su profundidad sobrepasaba la altura de un hombre. Una embarcación facilitaba el cruce a la otra orilla, pero ésta se encontraba en el otro lado, junto a tres barcas más pequeñas, ahora abandonadas. La más grande de ellas se inclinaba en un ángulo extraño. Alguno de aquellos desgraciados debía de haberla desfondado.

La orilla opuesta se elevaba abruptamente hacia una colina rodeada de palmeras y álamos. Thutmose sin alcanzaba a ver a cientos de personas corriendo frenéticamente cuesta arriba, algunos con animales, otros cargando sus escasas pertenencias, los hombres ayudando a las mujeres y a los niños. La mayoría seguía un serpenteante camino que cruzaba un desfiladero entre las colinas más cercanas. Casi todos se volvían para mirar hacia el río, aterrorizados ante la posibilidad de que los jinetes los persiguieran. Aquellos miserables cobardes correrían todo lo que pudieran y lo más lejos posible, y luego se ocultarían entre las rocas y en cuevas, temblando de miedo y rezándole a sus débiles dioses para que los librara de Alur Meriki.

Estaban ya más allá de su alcance, y aquella constatación enfureció a Thutmose sin, aunque su rostro no reflejara emoción alguna. Los agotados caballos no tenían fuerzas para luchar contra la corriente, y mucho menos para perseguir a los aldeanos, y tampoco contaba con medios adecuados para transportar a los cautivos o mercancías que pudiera capturar a este lado del río.

Odiaba el Tigris, odiaba todos los ríos casi tanto como a los campesinos que habitaban sus orillas. Los ríos, con sus embarcaciones que podían viajar más lejos y más veloces que un caballo al galope, llevando en su interior hombres y mercancías. Y lo que era peor aún, las aguas, en su fluir, daban vida a las aldeas —abominaciones

— como ésta, y permitía que crecieran y prosperaran.

Thutmose-sin respiró hondo y retrocedió por el embarcadero. Nada dejaba vislumbrar su descontento. Montó de nuevo en su caballo, guiando a su guardia de regreso a la aldea, donde el lamento de los cautivos comenzaba a hacerse audible. Cuando llegó al pozo, Rethnar lo estaba esperando.

—Salud, Thutmose-sin. Una hermosa aldea, ¿no es verdad?

—Salud, Rethnar.

Thutmose-sin respondió formalmente, para afirmar su autoridad. Los dos hombres eran prácticamente de la misma edad, poco menos de veinticinco años, pero Thutmose-sin tenía bajo sus órdenes a la mayoría de los guerreros, y el *sarrum* —rey— del clan le había dado a él la responsabilidad de aquel ataque. El hecho de que el *sarrum* fuera el padre de Thutmose-sin no disminuía su autoridad.

—Sí, pero muchos escaparon cruzando el río.

Rethnar se encogió de hombros.

—Uno de los esclavos dijo que se enteraron de nuestra llegada hace unas horas. Les llegó el aviso por el río.

—Con tiempo suficiente para que la mayoría de ellos huyera. —Thutmose-sin había avanzado con sus hombres sin descanso en los últimos tres días para evitar aquella situación—. ¿Dijo el esclavo cuántas personas había en la aldea?

—No, Thutmose-sin. Pero lo averiguaré.

—Entonces encárgate de ello, Rethnar.

El resto de los aldeanos estaría oculto bajo sus lechos o en agujeros cavados bajo las chozas. Llevaría algunas horas encontrarlos a todos.

Thutmose-sin desmontó y se acercó al pozo. Uno de sus hombres le tendió un balde con agua fresca y él bebió hasta saciarse, y luego se lavó la cara y las manos. Despidió a la mayoría de sus escoltas, para que pudieran aprovecharse del pillaje. Allí ya no harían falta.

Con sólo tres hombres, comenzó a explorar. Entró en varias de las casas más grandes, con ganas de ver su interior y cómo vivían sus habitantes. Hizo lo mismo en media docena de tiendas y talleres. Abundaban los signos de la huida repentina de sus dueños: comidas a medio consumir, mercancías exhibidas para la venta sobre los carros o en el interior de las tiendas antes de que sus dueños escaparan. Lentamente, examinó los cinturones de cuero, las telas, las sandalias y las cerámicas desperdigadas por doquier. Entró, incluso, en una taberna, pero el ácido olor le hizo retirarse.

Tomó otro de los caminos y se preguntó cómo era posible que los comedores de tierra vivieran en el interior de aquellas paredes de barro que bloqueaban el viento y el cielo, rodeados por el olor y la mugre de cientos de personas sucias. Un verdadero guerrero vivía libre y orgulloso, sin atarse a lugar alguno, y conseguía, con su espada,

lo que necesitaba o quería.

Una casa más grande, casi escondida detrás de un muro, le llamó la atención. Empujó la puerta de madera. En vez del jardín habitual, encontró una herrería, con dos fraguas, un fuelle y tres tinajas de distinto tamaño para enfriar el metal. Aperos de labranza a medio reparar yacían por el suelo o sobre las mesas. Pero casi la mitad de taller estaba compuesto por herramientas para fabricar armas. Modelos de arcilla para espadas y dagas se apoyaban contra la pared del jardín. Piedras para cortar y afilar se amontonaban en un estante, y un largo bloque de madera, cruzado por marcas, mostraba el lugar en el que el herrero probaba las nuevas espadas.

El herrero se había llevado consigo sus utensilios, por supuesto; o los había escondido en alguna parte. Las armas y las herramientas valían tanto como los caballos. El propietario de aquella forja habría sido un esclavo útil, pero, seguramente, una persona tan importante habría cruzado el río a la primera señal.

Aquel hombre debía de ser un experimentado artesano para ser dueño de una casa tan grande. La idea no le gustó absolutamente nada. Las mejores armas de bronce que Alur Meriki poseía provenían de aldeas grandes, como la que habían atacado. Detestaba el hecho de que los herreros de los poblados pudieran fabricar armas tan magníficas con tanta facilidad. Allí podían hacerse espadas, dagas, lanzas y puntas de flecha... y mucho mejor que las que realizaba su gente.

Eso no significaba que los de su clan no conocieran los misterios del bronce y el cobre. Pero sus fraguas portátiles no se aproximaban a la calidad o a los recursos de una gran aldea. Para forjar una buena espada de bronce hacía falta cuidado y tiempo, dos lujos que su gente no podía permitirse, al vivir en constante nomadismo.

Pocos de sus guerreros se preocupaban por las costumbres de los comedores de tierra, pero Thutmose-sin era hijo de un hombre inteligente, que le había enseñado los misterios de la vida. De la multitud de hijos de Maskim-Xul, él era el único que había nacido con la luna llena, por lo que los dioses le habían concedido astucia y una extraordinaria inteligencia. Cuando alcanzó la edad adulta, su padre había añadido *sin* a su nombre, para resaltar su sabiduría y buen juicio.

Thutmose-sin entendía la importancia de aprender de sus enemigos. Aquellos desgraciados representaban una amenaza incluso para Alur Meriki, una cuestión que su padre había captado perfectamente. Los integrantes de su clan se habrían sentido ofendidos por el simple hecho de pensar que los débiles aldeanos podían competir con ellos. Para sus guerreros, el enemigo sólo podía ser otro clan rival de las estepas con el que pudieran cruzarse en sus incursiones. Los patéticos comedores de tierra poseían pocos guerreros y aún menos jinetes expertos. Cualquiera de sus hombres, más fuertes, más altos y entrenados para la batalla, y acostumbrados a montar desde pequeños, podía matar a tres o más campesinos sin dificultad.

No, los comedores de tierra no conocían las artes de la guerra, ni podrían

convertirse nunca en fuertes guerreros. Pero poseían un arma más mortífera que cualquier arco o lanza: la comida que les brindaba la tierra, y que les permitía multiplicarse como hormigas, sin tener que cazar o pelear por su alimento. Cuanto más sustento sacaban de la tierra, más se multiplicaban. Y un día serían tantos que ni siquiera Alur Meriki podría matarlos a todos.

Ese día no debía llegar nunca, se juró Thutmose-sin. Su padre ya era viejo y pronto debería pasar el mando que había ejercido durante tanto tiempo. Entonces él, favorito del consejo de ancianos del clan, se haría cargo de Alur Meriki. Sería su responsabilidad asegurarse de que el clan creciera y prosperara como siempre lo había hecho, a través de la conquista y el saqueo. No fracasaría en su cometido.

Pasaron horas antes de que regresara a la plaza del mercado. Los guerreros y sus cautivos llenaban el lugar. Los llantos habían cesado casi por completo. Los nuevos esclavos se encontraban arrodillados en la tierra, hacinados, hombro con hombro. El olor de su miedo era más penetrante incluso que el de sus guerreros tras cinco días de galopada ininterrumpida. Halló a Rethnar sentado en el suelo, su espalda contra el pozo, aguardando el regreso de su jefe.

—Saludos, Rethnar. ¿Cuántos esclavos?

—Vivos, doscientos ochenta y seis, después de haber sacado hasta el último de sus madrigueras. Unos setenta u ochenta muertos. Más que suficiente para nuestras necesidades. Todas las cabañas y sembrados han sido examinados. Nadie trató de resistirse.

—¿Cuántos habitantes habría?

—Casi un millar de comedores de tierra, viviendo en medio de esta mugre —respondió Rethnar, con expresión de disgusto—. Si hubiéramos llegado unas horas antes, podríamos haber capturado a otros cuatrocientos o quinientos.

—Para eso necesitaríamos caballos alados. —Habían cabalgado con tanta prisa como les fue posible—. ¿Has conseguido algún caballo?

—No, ninguno. Sin duda, el que tenía un caballo lo usó para huir hacia el Sur. Quedan seis bueyes en los campos.

Los bueyes no tenían valor alguno, al menos a semejante distancia del campamento de Alur Meriki. Thutmose-sin había esperado capturar por lo menos algunos caballos para poder transportar el botín. Alejó la idea de su pensamiento.

—¿Estás listo para comenzar?

—Sí, Thutmose-sin. Una vez que seleccionemos a los esclavos, ¿dejamos al resto con vida? —preguntó Rethnar acariciando su espada.

Thutmose-sin sonrió ante la pregunta de su subordinado. A su segundo al mando le gustaba matar.

—No, esta vez no. Han escapado demasiados. Comencemos.

Rethnar se puso de pie y empezó a dar órdenes. Los guerreros circulaban entre los

prisioneros, separando a los que no estaban capacitados para el trabajo. A punta de espada, segregando a los viejos, los muy jóvenes, los enfermos y los inválidos, apartándolos del grupo principal. Arrancaban a los bebés de los brazos de sus madres, derribándolas a puñetazos si éstas intentaban resistirse. Dos hombres que trataron de defenderse fueron abatidos inmediatamente. Los hombres de Rethnar sólo estaban interesados en aquellos que fueran lo suficientemente fuertes para soportar lo que les depararía el destino. Los otros, inútiles, morirían. Thutmose-sin así lo había decretado.

La selección se realizó rápidamente. Thutmose-sin observó a sus guerreros dividir a los comedores de tierra en dos grupos, moviendo sus labios en silencio mientras los contaba. Quedarían con vida poco más de ciento cuarenta.

Cuando sus hombres terminaron la distribución, Rethnar dio la orden y comenzó la matanza. Los guerreros avanzaban metódicamente entre los seleccionados para la muerte. Las espadas se alzaban y caían. El olor a sangre pronto impregnó el aire. Los gritos y alaridos de las víctimas resonaban contra los muros. La matanza, eficiente y sistemática, duró poco tiempo. No había gloria para los guerreros en semejante tarea. Pocos se resistieron. Tres niños intentaron escapar, apremiados por los gritos de sus madres, pero una fila de guerreros les cerró el paso. Algunos imploraban la ayuda de sus dioses, Marduk o Ishtar, pero los falsos dioses de los comedores de tierra no tenían poder alguno sobre Alur Meriki.

Cuando concluyó la carnicería, Thutmose-sin montó en su caballo y se puso al frente de los que habían quedado con vida, con su guardia custodiándole con las armas desenfundadas, tanto para intimidar como para proteger. Las lágrimas se deslizaban por los rostros aterrados de hombres y mujeres. El silencio se extendió entre los supervivientes, mientras alzaban sus ojos hacia aquel nuevo guerrero.

—Yo soy Thutmose-sin de Alur Meriki. Mi padre, Maskim-Xul, gobierna sobre todos los clanes de Alur Meriki.

Habló en su idioma, aunque podía entender el dialecto de los habitantes de la aldea con facilidad. Si el poblado hubiera resistido, si alguno hubiera luchado con coraje, tal vez se habría dirigido a ellos directamente. Pero hacerlo en estas circunstancias lo deshonraría. Uno de sus hombres actuaba de intérprete y hablaba en voz alta para que todos pudieran enterarse de la suerte que les esperaba.

—En nombre de Maskim-Xul, seréis esclavos del clan de Alur Meriki durante el resto de vuestras vidas. Trabajaréis duro y obedeceréis todas las órdenes. Ahora veréis lo que os espera a quienes desobedezcan o intenten huir. —Dirigiéndose a Rethnar, le dijo—: Enséñales.

Rethnar llamó a sus hombres, que dieron comienzo a la siguiente fase en el aleccionamiento de los esclavos. Uno de sus lugartenientes eligió a dos hombres y a dos mujeres. Los guerreros desnudaron a los hombres e inmovilizaron sus

extremidades en el suelo con estacas. Las cuerdas estiraban sus miembros tanto como era posible, impidiéndoles todo movimiento. Al mismo tiempo, los otros guerreros agruparon al resto de los esclavos y los obligaron a ponerse de rodillas para que pudieran presenciar la tortura. Todos debían ser testigos y nadie podía apartar su rostro o cerrar los ojos.

Unos guerreros se arrodillaron al lado de cada víctima. Cuando Rethnar dio la orden de inicio, comenzaron a cortar a los prisioneros con sus cuchillos o a golpearlos con piedras del tamaño de un puño. Los indefensos hombres gritaron aterrados antes incluso del primer tajo o el primer golpe. Cuando comenzó la tortura, sus gritos de dolor se estrellaron contra los muros de barro. El suplicio debía ser largo para que las víctimas sufrieran todo lo posible en el máximo periodo de tiempo. Su destino serviría como ejemplo para los que eran obligados a presenciarlo. Algunos de aquellos aterrorizados espectadores temblaban descontroladamente, otros gritaban, pero la mayoría observaba totalmente conmocionados. Quien apartaba la vista o cerraba los ojos recibía un golpe con la hoja de la espada.

Al mismo tiempo, otros guerreros se ocupaban de las mujeres. Una de las carretas que usaban los habitantes para las frutas y verduras servía ahora para otro propósito. Con sus humildes ropas rasgadas, dos mujeres habían sido colocadas una al lado de la otra, recostadas sobre la carreta, y estaban siendo inmovilizadas por los guerreros, mientras un primer grupo de hombres de Alur Meriki, sonriendo, formaban fila para satisfacer sus deseos. Las dos mujeres serían violadas hasta caer inconscientes y luego cortadas en pedazos, una práctica que siempre infundía un oportuno terror en las nuevas cautivas.

El proceso no duraba demasiado tiempo. Y después ya no habría resistencia. Los nuevos esclavos aprenderían la lección impartida por sus amos: obedecer cada orden al instante, sufrir todo abuso o enfrentarse a un castigo aún peor. Los Alur Meriki tenían pocos problemas con sus esclavos, ya fuesen hombres o mujeres. La muerte bajo tormento por la más mínima ofensa, real o imaginaria, era una medida suficientemente disuasoria, que mantenía a los esclavos dóciles mientras sus amos los explotaban hasta la muerte.

Thutmose-sin dio la espalda a Rethnar y vio cómo su lugarteniente se quitaba el taparrabos. Sería el primero en tomar a una de las mujeres, o a ambas.

—No dejes que mueran demasiado pronto, Rethnar.

Los alaridos de las víctimas ahogaron la respuesta.

Thutmose-sin montó sobre su caballo y se alejó de la aldea, con tres hombres de su guardia a su lado. Esta vez se dedicó a examinar las plantaciones cercanas, a estudiar las granjas, los campos e incluso el sistema de regadío para llevar el agua a los cultivos. Ningún guerrero se rebajaría nunca a cultivar la tierra, pero Thutmose-sin quería saber cómo había sido posible que aquel poblado creciera de semejante

manera y que tantos se alimentaran del fruto de la tierra. Sin embargo, no encontró una respuesta convincente; a su regreso, Rethnar había concluido su actividad disuasoria. Los cuerpos, ahora cubiertos por las moscas, yacían en donde habían caído muertos. El silencio cubría la plaza del mercado. Obedeciendo a sus amos, los esclavos guardaban silencio. Ya habían aprendido la primera lección.

Desmontó y pasó sobre los cuerpos caídos para acercarse hasta donde se encontraban los aldeanos arrodillados, con los ojos fijos en las víctimas, como se les había ordenado. Unos pocos habían dirigido sus miradas hacia el jefe de Alur Meriki que se aproximaba, pero un ligero vistazo a aquel semblante severo era suficiente para bajar los ojos hacia el duro suelo sobre el que se encontraban. Ignorando a hombres y niños, examinó el rostro de las mujeres. Tres o cuatro eran lo suficientemente agradables.

—Traédmelas —ordenó a sus guardaespaldas. Éstos agarraron a las que les había indicado de entre la masa de cuerpos arrodillados. A continuación, les arrancaron sus ropas y las obligaron, de nuevo, a ponerse de rodillas.

Aquellas eran las más bonitas de todas, aunque Thutmose-sin sabía que las lágrimas y el terror podían alterar el rostro de una mujer. Dos de ellas, temblorosas, lloraban silenciosamente, lágrimas amargas que pronto pasarían. Después de todo, sus ojos sólo podían contener una limitada cantidad de agua. Las otras dos simplemente lo miraban, con el miedo y el estupor diluyéndose ya en la desesperanza.

Thutmose-sin examinó a cada una por separado, cogiéndolas del cabello. Las dos que había elegido parecían mayores, alrededor de dieciséis o diecisiete estaciones. Le gustaban a esa edad, cuando ya habían aprendido lo suficiente sobre la forma de satisfacer a un hombre. Y ellas lo dejarían satisfecho, estaba seguro. Después de lo que habían presenciado aquel día, se esforzarían en complacerlo.

Rethnar se le acercó.

—La lección ha concluido, Thutmose-sin. ¿Comenzamos a repartir el botín? Los hombres están ansiosos por quedarse con el resto de las mujeres.

Thutmose-sin observó el sol, todavía alto en el cielo de la tarde.

—No hasta que caiga la noche. Pon a los esclavos a trabajar. Todo lo que no podamos llevarnos debe ser destruido. Quiero que lo traigan aquí y le prendan fuego. Todo, incluidos la madera de los corrales, las carretas, las herramientas, la ropa. Destruid todo lo que no se pueda quemar. Y mañana, que los esclavos derriben todas las casas. Quemad también las cosechas y matad a los animales. —Miró a su alrededor—. Esta aldea ha crecido y prosperado demasiado. Los comedores de tierra deben aprender a no construir estos lugares. Y cuando emprendamos el camino de regreso, carga a los esclavos con tanto como puedan transportar. Que sólo los más fuertes sobrevivan.

Rethnar sonrió.

—Yo les enseñaré. ¿Has de volver al consejo?

—Sí, mañana cogeré a cincuenta hombres y volveré con mi padre. Le llevaré el mejor vino y las mejores mujeres. Si tú quieres, puedes enviar a diez de tus hombres con regalos para tu abuelo.

El abuelo de Rethnar ocupaba un asiento en el consejo.

—Se pondrá muy contento.

—Has actuado bien, Rethnar. Le hablaré de ti a mi padre y al consejo.

Al tener que cargar con tantos esclavos y mercancías, a Rethnar le llevaría casi tres semanas reunirse con el clan. Y el número de esclavos aumentaría cuando sus hombres revisaran las granjas que habían dejado atrás en su camino hacia el poblado.

Thutmose-sin montó en su caballo y se dirigió a su guardia.

—Traed a mis mujeres al río.

Condujo al animal por el sendero hasta llegar a la orilla. Primero atendería a su caballo, luego se daría un baño en el Tigris. Las dos mujeres también se lavarían. No quería que llevaran a su lecho, esa noche, el olor del poblado.

En el momento de zambullirse en las purificadoras aguas pensó en todo lo que había logrado. Habían acumulado muchas mercancías y esclavos, y un gran poblado sería destruido como escarmiento a los comedores de tierra. La riqueza y el poder de Alur Meriki se incrementarían enormemente. La captura de algunos esclavos más habría hecho la incursión aún más exitosa, pero nada podía hacerse al respecto. Después de todo, las cosas habían salido bien. Su padre y el consejo estarían satisfechos.

*Once años después, en las proximidades
del nacimiento del río Tigris*

Thutmose-sin se dirigió lentamente hacia las diseminadas chozas hasta llegar al borde del acantilado. Desde aquella altura observaba cómo las oscuras aguas del Tigris se extendían hacia el Norte en el lejano horizonte, resplandeciendo bajo el sol, pero frías todavía desde su nacimiento en las montañas. A los pies de la colina, una caravana de hombres y animales había comenzado el dificultoso paso hacia la orilla este.

Aquella muchedumbre demostraría ser más poderosa que el líquido obstáculo que la naturaleza había colocado frente a ellos. La gente de las estepas, los Alur Meriki, viajaban hacia donde querían sin que nada se interpusiese en su camino. Dominaban a todos los pueblos, y los dirigía Thutmose-sin. Él era su rey, y ellos gobernaban el mundo.

Con treinta y cinco estaciones, el jefe de los Alur Meriki se hallaba de pie, tan fuerte y poderoso como en su juventud, sin un gramo de grasa en su cuerpo alto y

musculoso. En torno a su cuello, una cadena de cobre con un medallón de oro de siete centímetros lo identificaba como caudillo de Alur Meriki. A diferencia de sus seguidores, no usaba ninguna otra joya o anillo para mostrar la importancia de sus conquistas. El medallón proclamaba su poder. Sólo los más fuertes y capaces ganaban el derecho a llevarlo.

Thutmose-sin observó con satisfacción la escena que aparecía a sus pies. El clan se extendía en una amplia línea sinuosa a lo largo de unos ocho kilómetros, una procesión serpenteante que levantaba una nube de polvo rojizo en el aire inmóvil. Cuatrocientos guerreros los guiaban, ayudando a las carretas a traspasar los tramos en donde la tierra se convertía en blanda arena, manteniendo los rebaños de ovejas, cabras y vacas en movimiento y desmontando de vez en cuando para reforzar con sus músculos a los agotados animales que luchaban contra el áspero terreno. La caravana se movía con lentitud, pero nunca se detenía.

La columna estaba formada por caballos, bueyes, carretas, mujeres, niños, ancianos y esclavos, más o menos en ese orden de importancia. Pero el núcleo más fuerte de su gente, sus guerreros más poderosos, les precedía cruzando el territorio varios días antes. Algunos iban en busca de la mejor y más accesible ruta para el paso del clan, aunque la mayoría se dedicaba al pillaje en los campos, apoderándose de cualquier cosa de valor que encontraran para enriquecer, mantener y acrecentar su clan.

Los Alur Meriki se habían convertido en el grupo más grande entre aquellos que habían llegado de las estepas del Norte hacía ya muchas generaciones. Eran ahora más de cinco mil, sin contar a los esclavos. Esto significaba que Thutmose-sin disponía de casi dos mil guerreros bajo su mando. Ningún otro pueblo de las estepas tenía tantos hombres. Y además nunca habían sido derrotados en batalla. Habían pasado más de veinte años desde que, en los días en que Maskim-Xul guiaba a Alur Meriki, otro clan se había atrevido a desafiarlos.

Satisfecho con el avance de su pueblo, Thutmose-sin se alejó con su caballo del borde de la colina. Un pequeño grupo de jinetes se aproximó a él, con el jefe de uno de los clanes a la cabeza.

—Saludos, *sarrum*..

Urgo, líder de clan y pariente de Thutmose-sin, empleó el título oficial para referirse a su señor. Había sido el primero en jurarle lealtad después de la muerte de Maskim-Xul, hacía ya seis veranos. Era un palmo más bajo que su primo, pero poseía mayor envergadura, aunque fuese siete estaciones mayor, y estaba en estupendas condiciones físicas. Ocho o diez horas a lomos de un brioso caballo mantenían a cualquier hombre en buena forma.

—Saludos, Urgo.

—Te traigo noticias, Thutmose-sin.

De los veinte jefes de clan que integraban Alur Meriki, el de Urgo se había transformado en uno de los más poderosos, con doscientos guerreros bajo su enseña.

Urgo o cualquiera de los otros jefes no hacían las cosas más sencillas a Thutmose-sin, aunque la mitad de ellos fueran parientes suyos en mayor o menor grado. A veces, toda la horda de Alur Meriki, con sus interminables disputas por las mujeres, caballos o el honor de algún guerrero, requería menos esfuerzos de control que las discusiones de los veinte miembros del consejo.

Thutmose-sin regresó con Urgo a la cima de la colina. Había dejado atrás a su guardia, para que no pudieran oírles. Se sentaron en el borde del promontorio, desde donde podían ver a la procesión desplegarse a sus pies. Tardarían tres o cuatro días en cruzar el Tigris. Acamparían allí por lo menos durante una semana, para descansar y reparar las carretas, y para permitir que las ovejas y las cabras pastaran en abundancia y engordaran antes de continuar la marcha.

—Un comerciante del río me ha proporcionado una interesante noticia —comenzó Urgo sin preámbulo alguno—. Me ha dicho que hay un gran poblado lejos, hacia el Sur. Se llama Orak. El comerciante jura que hay dos mil comedores de tierra viviendo allí.

—¿Dos mil? —La voz de Thutmose-sin se alzó con un tono de incredulidad. Superaba en más del doble a cualquier otro lugar que Alur Meriki hubiera visto antes. Un poblado de semejante tamaño, si podía autoabastecerse, contaría con grandes recursos y les proporcionaría un enorme botín—. ¿Pueden tantos comedores de tierra vivir en el mismo lugar? ¿Estás seguro de que el comerciante te dijo la verdad?

—Sí, *sarrum*, le creo —respondió Urgo—. Otros han hecho ya referencia a ese lugar. Déjame que te muestre dónde está.

Comenzó a dibujar un mapa sobre la arena. Con unas sencillas líneas hechas con su cuchillo y con la ayuda de unos guijarros para marcar montañas y otros hitos, Urgo trazó el río y los montes que se elevaban hacia el Este. Como siempre, impresionó a su *sarrum* tanto por su memoria como por su habilidad para trazar mapas. Aquel guerrero podía dibujar con tanta exactitud los emplazamientos de todos los lugares que el clan había cruzado como si los hubiera visto el día anterior, y no cinco o diez años antes.

—Cuando crucemos el Tigris —dijo Urgo—, continuaremos hacia el Este. En pocas semanas buscaremos una ruta hacia el Sur. Si viramos el rumbo aquí, o aquí —dijo indicando lugares en el mapa—, como hemos planeado, pasaremos lejos de Orak, al Noreste. Estarán demasiado lejos para que los ataquemos. Si deseamos asaltar ese lugar, debemos cambiar antes de dirección. Podríamos dirigirnos directamente hacia esta aldea, tal vez siguiendo el curso del Tigris. Las tierras a lo largo del río son fértiles. Habrá mucho grano y mercancías para llevarnos. No es la marcha que habíamos planeado, pero este gran poblado nos proporcionará muchos

recursos. —Urgo respiró hondo—. Cualquiera que sea la ruta que elijamos, cuando estemos algo más cerca podríamos enviar algún grupo para conquistar Orak. Dos mil comedores de tierra tendrán suficientes bienes y pocos sitios donde ocultarlos.

Thutmose-sin observó las líneas en la arena.

—Este lugar me resulta familiar.

—Debería serlo —dijo riendo Urgo—. Lo atacaste hace unos años, antes de convertirte en *sarrum*. Orak era un poblado grande en aquella época, y de allí trajiste muchos esclavos.

Thutmose-sin acarició la empuñadura de su espada, intentando recordar un ataque entre tantos. El nombre no le decía nada, pero reconoció la curva del Tigris.

—Sí, lo recuerdo. Un buen ataque. Pero la aldea no era tan grande entonces. Además matamos a casi toda la población y la destruimos. ¿Puede haber crecido tanto en tan poco tiempo?

Urgo se encogió de hombros.

—Debe de haberlo hecho.

Parecía una decisión sencilla, fácil de tomar, y no muy distinta a muchas otras similares a las que el clan se enfrentaba a diario. Pero, aun así, Thutmose-sin dudó.

—Un poblado de ese tamaño es un desafío a nuestro modo de vida, Urgo —dijo—, y aunque sólo fuera por esa razón ya merece ser destruido. Pero no hemos planeado dirigirnos tan al Sur. Si lo hacemos, añadiremos muchos kilómetros a nuestro viaje. Tendríamos que apresurarnos para alcanzar nuestro campamento de invierno. Puede que lo que encontremos al llegar a Orak no merezca que nuestra expedición se prolongue durante varias semanas más.

—Sí, es posible —respondió Urgo—, es el problema de siempre.

Thutmose-sin entendía la prudencia del guerrero. Urgo no tomaba aquellas decisiones. Sólo Thutmose-sin o el consejo en su totalidad podía cambiar el itinerario. Pero Urgo tenía la responsabilidad de recopilar información sobre los territorios que cruzaban y de sugerir posibles ataques o rutas a seguir. El *sarrum* comprendió con toda claridad el problema que aquel hombre le planteaba. Si enviaban grupos de ataque, aquello significaría retrasos y dificultades para acarrear el botín de vuelta al campamento principal. Un guerrero cargado con armas, agua y todo lo que necesitara para su caballo apenas podía transportar nada más. Los esclavos sobrecargados viajaban lentamente y necesitaban grandes cantidades de agua y comida, que también debían ser transportadas. Si, por el contrario, conducían a todo el clan a las proximidades de Orak, entonces se encontrarían a trescientos kilómetros al oeste del campamento de invierno. Como siempre, no todas las necesidades podían satisfacerse. No importaba la decisión que se tomara, alguien siempre quedaría insatisfecho.

—Si nos dirigimos a este lugar —dijo Thutmose-sin mientras tocaba el guijarro

que representaba Orak—, ellos sabrán que nos aproximamos. Estos grandes poblados se vacían mucho antes de que nuestros guerreros lleguen. Incluso los granjeros de los alrededores escaparán, enterrando previamente sus herramientas y granos para la siembra. No importa la ruta que elijamos, se correrá la voz de nuestra llegada.

Teóricamente, capturarían Orak con todos sus habitantes y sus bienes, pero semejante acontecimiento rara vez tenía lugar, aunque fuesen enviados grupos de ataque que pudieran recorrer con rapidez grandes distancias. Las herramientas, los granos y los bienes desaparecerían, mientras que los caballos y el ganado serían ocultados o dispersados. El clan podría considerarse afortunado si capturaba un tercio de lo que poseía la aldea.

Thutmose-sin levantó la vista del rudimentario mapa y observó la llanura en la lejanía. Sin embargo, sus pensamientos seguían concentrados en Orak. No podía permitir la existencia de semejante abominación. Los habitantes de la aldea escarbaban la tierra como cerdos en busca de comida, en vez de cazarla o luchar por ella como verdaderos hombres. Los comedores de tierra vivían y se reproducían como hormigas. Uno podía destruir el hormiguero, pero en pocos años volvía a crecer, con más vigor que antes. Así había sucedido con Orak. Había destruido la aldea por completo hacía unos años y ya había vuelto a levantarse, con más pobladores que antes.

Ahora Thutmose-sin quería eliminarla y destruir a todos sus habitantes. Alur Meriki podía tolerar pequeños villorrios. Los saqueaban pero no los destruían, para poder volver a atacarlos en el futuro. Pero un poblado de dos mil habitantes era un insulto. Analizó lo que sucedería si volviera una década más tarde y la aldea hubiera duplicado su tamaño. No, Orak debía ser destruida para asegurarse de que una cosa semejante jamás pudiera suceder.

No sería sencillo. Thutmose-sin necesitaba encontrar la manera de mantener a todos sus pobladores dentro de la aldea, con todos sus bienes, hasta que fuera demasiado tarde para que la abandonaran.

—¿Se puede vadear el río fácilmente en ese poblado? —preguntó.

Urgo asintió.

—De acuerdo con el comerciante, es el único cruce accesible en cincuenta o sesenta kilómetros en ambas direcciones. Seguramente ésa es la razón de que el poblado haya podido crecer tanto.

—Entonces la mayoría de los habitantes más importantes se escaparían cruzando el Tigris o río abajo.

Thutmose-sin sacó su puñal del cinto y lo acercó al mapa de Urgo.

—Tal vez haya una manera de apoderarse de ella antes de que escapen demasiados.

Mientras hablaba, trazó con su cuchillo varias líneas en la arena. El plan que

diseño era simple, pero distinto a cualquier otro que hubieran llevado a cabo antes. La orografía del terreno los ayudaría, al igual que el Tigris. Cuando el *sarrum* terminó, sus cabezas, muy juntas, seguían inclinadas sobre el mapa.

—Es un plan hábil, Thutmose-sin. Conseguiremos muchos esclavos.

—La estrategia es sumamente sencilla, además tenemos más guerreros de los que necesitamos. Y los comedores de tierra harán lo que siempre hacen, y eso significará su destrucción.

Urgo mostró su aprobación.

—Sí, *sarrum*, no se me ocurre nada que pueda salir mal. Nos haremos con muchas cosas de valor para el clan. Comenzaré con los preparativos. Tenemos muchos meses para ultimar los detalles, y siempre podemos cambiar nuestro plan si sucede algo inesperado.

—Entonces, está decidido —dijo Thutmose-sin poniéndose de pie, al mismo tiempo que su lugarteniente—. Lo discutiremos esta noche en el consejo. —Éste lo aprobaría, por supuesto, sobre todo si Urgo lo apoyaba.

Volvió a montar en su caballo con su guardia rodeándole. Desde el borde del promontorio echaron una última mirada a la caravana. Su gente continuaba su marcha inexorable. El viaje sería lento, pero los que gobernaban el mundo no tenían necesidad de apresurarse.

En su rostro se dibujó una sonrisa, mientras hacía girar su caballo y salía al galope. Había establecido la ruta y los objetivos de Alur Meriki para los próximos seis meses. Aquellos planes significaban que algunas aldeas no serían atacadas, y sus estúpidos habitantes les agradecerían a sus dioses que los hubieran protegido, sin darse cuenta de que si existían era sólo porque él lo permitía.

Se apoderarían del poblado de Orak con tanta facilidad como si fuese la más pequeña de las granjas situadas en su camino y convertiría a sus habitantes en esclavos. Él, Thutmose-sin, así lo había decidido y, por tanto, así habría de ser. Ningún clan, ninguna aldea y ni siquiera la fuerza de la naturaleza podrían oponerse a la voluntad de su pueblo. Y esta vez, cuando terminara con ella, Orak sería sepultada en el barro del que había surgido. El hormiguero no volvería a crecer.



CAPÍTULO 1

*Orilla este del río Tigris, trescientos
kilómetros al norte del Gran Mar*

—**D**esperta, Eskkar, ¡vamos, despierta! Nicar quiere verte. ¡Debes presentarte de inmediato!

Eskkar se dio cuenta de que la frase había sido repetida varias veces, acompañada de fuertes sacudidas. Ahora había dejado de ser un simple murmullo y se había convertido en un mensaje coherente que lentamente se abría paso entre la niebla en la que todavía estaban sumidos su mente y su cuerpo, como consecuencia de la borrachera de la noche anterior.

—Basta —protestó Eskkar, dando un torpe manotazo al mensajero. Pero el hábil joven lo esquivó con facilidad. Se obligó a sentarse sobre su camastro, mientras todo daba vueltas a su alrededor y la sangre se agolpaba en su cabeza, resultado del brusco movimiento. Tenía la garganta reseca, como el polvoriento suelo bajo sus pies descalzos, y su cráneo parecía a punto de partirse en dos en cualquier momento. Era parte del precio que tenía que pagar por el vino avinagrado de la noche pasada.

—Agua —gruñó.

Momentos después, el mensajero colocó una taza de madera en las temblorosas manos de Eskkar. Éste bebió unos sorbos, aunque parte del líquido goteó por su mentón y sobre su pecho desnudo. Sus ojos se resistían a enfocar las cosas, y el brillo de la luz del sol que entraba por la puerta abierta en la oscura estancia destinada a los soldados se sumaba a su miseria.

Tan pronto como Eskkar bajó la taza, el joven comenzó nuevamente.

—Deprisa, Eskkar. ¡Nicar te espera! Debes presentarte de inmediato.

Por amor a los dioses, ¿qué podía querer de él? Pero el nombre y la posición de Nicar como jefe de la aldea de Orak lograron que se pusiera en movimiento, primero hacia la maloliente letrina en la zona común del recinto de los soldados y luego de

regreso a su camastro para ponerse la túnica.

Al dejar los barracones, con los ojos entrecerrados para protegerse de la luz del sol, Eskkar se las arregló para encontrar el camino hasta el pozo. Se inclinó por un instante sobre las toscas piedras y acercó el balde para salpicar su rostro con agua, antes de beber.

Un poco más despejado, levantó la vista, sorprendido al ver el sol tan alto en el cielo. Por los demonios de las entrañas de la tierra, debía de haber bebido todo un odre de cuero de aquel amargo vino de dátiles. Se maldijo a sí mismo por ser tan necio.

Cuando se dio la vuelta, vio que un grupo de hombres de la guardia que deberían estar ocupados en sus actividades cotidianas se encontraban de pie, inquietos, muy cerca de él.

—¿Dónde está Ariamus? —preguntó sin dirigirse a nadie en particular. Su voz resonó áspera en sus oídos. Ariamus, capitán de la guardia, aplicaba las escasas leyes de Orak y defendía la aldea contra bandidos e intrusos.

—Se ha marchado —respondió un veterano de barba grisácea, escupiendo en el suelo para mostrar su disgusto—. Ha huido, llevándose una docena de hombres, caballos y armas. En el mercado se ha extendido el rumor de que los bárbaros se encaminan hacia el Sur, dirigiéndose a Orak.

Eskkar estudiaba sus rostros mientras dejaba que las palabras hicieran su impacto. Vio miedo e incertidumbre, mezclados con cierto estupor por haber perdido a su jefe. Ahora entendía por qué lo buscaban a él. Si Ariamus había huido, él estaba al mando, al menos hasta que se eligiera un nuevo capitán. Eso explicaría la urgencia de Nicar.

El sonriente mensajero tiró de su túnica. Se resistió a apresurarse, tomándose su tiempo para dar otro trago del balde del pozo. Se lavó las manos y la cara antes de volver a los barracones a ponerse las gastadas sandalias. Sólo entonces siguió al joven a lo largo de las serpenteantes calles hasta la imponente casa de adobe y piedra de Nicar, el principal mercader y primero entre las Cinco Familias, las más poderosas, que decidían las actividades diarias de la aldea.

El joven empujó a Eskkar más allá de la valla de entrada, hacia la casa, y lo condujo por los estrechos escalones hacia las estancias superiores. La casa parecía en calma, sin ninguno de los habituales visitantes esperando su turno para ver al ajetreado comerciante.

Nicar estaba en el pequeño balcón que se abría sobre el poblado. Bastante más bajo que Eskkar, el mercader de cabellos grises era de compleción gruesa, signo inequívoco de los hombres de fortuna.

El soldado masculló algo que intentó que sonara como un saludo y esperó inmóvil mientras el hombre más importante y rico de la aldea lo miraba de arriba abajo. Se dio cuenta de que Nicar lo estaba estudiando con el mismo detenimiento que

empleaba para seleccionar al mejor esclavo entre un grupo mediocre.

Hacía casi tres años que Eskkar había llegado con dificultad a Orak, sin otra posesión que una espada y una herida infectada en su pierna. Desde entonces había visto a Nicar muchas veces, pero la persona principal de Orak nunca había prestado particular atención a aquel soldado alto, de cabellos oscuros, que rara vez hablaba y nunca sonreía.

Cuando Nicar concluyó su examen, le dio la espalda y volvió a mirar hacia la aldea. De repente, Eskkar se sintió incómodo con su túnica raída y sus sandalias gastadas.

—Bien, Nicar, ¿qué es lo que deseas? —Las palabras le salieron más cortantes de lo que hubiera querido.

—Todavía no estoy muy seguro, Eskkar —respondió el mercader—. ¿Sabes que Ariamus se ha marchado? —Eskkar asintió—. Tal vez no sepas que los bárbaros han cruzado hace poco el Tigris por el Norte. La matanza y los saqueos ya han dado comienzo en esa zona.

Transcurrió un instante antes de que las palabras de Nicar atravesaran los vapores que oscurecían la mente de Eskkar. Finalmente se dio cuenta de lo que significaban. Por una vez el rumor era cierto. Se recostó pesadamente contra la pared del balcón, consciente del dolor de cabeza. Sufrió una dolorosa punzada en el estómago, y creyó que iba a vomitar. Se esforzó por mantener el control sobre sus pensamientos y su estómago. Nicar continuó.

—Desde el Norte, a través de las colinas, y luego descendiendo hacia las llanuras por el lado del río. —Titubeó un instante, intentando darle tiempo a Eskkar para que comprendiera bien lo que decía—. Se están moviendo, claramente, hacia el Sur. Es probable que se dirijan hacia aquí, aunque pasarán meses antes de que lleguen.

Nicar habló con calma, pero Eskkar detectó una leve señal de miedo y resignación en su voz.

El soldado se pasó los dedos por su enmarañada cabellera y luego se acarició la barba.

—¿Sabes cuál es el clan? —Incluso después de todos esos años, la palabra *bárbaro* le seguía molestando.

—Creo que se llaman Alur Meriki. Es posible que sea el mismo que nos atacó la última vez.

Eskkar hizo una mueca. Era el clan en el que había nacido. Ya no era su pueblo, desde hacía muchos años, desde que lo habían expulsado.

—Los Alur Meriki son un clan feroz con muchos hombres y caballos.

—¿De qué clan provienes, Eskkar? ¿O es ésa una pregunta que no debo hacer?

—Pregunta lo que quieras. Pero yo nunca atacé esta aldea, si es eso lo que deseas saber. Apenas empezaba a aprender a cabalgar con los guerreros cuando

mataron a toda mi familia.

—¿Eso es lo que sucedió? ¿Por eso te marchaste?

Eskkar se mordió el labio, maldiciéndose por haber mencionado su pasado. Incluso los pobladores más ignorantes de la aldea sabían que los guerreros nunca abandonaban sus clanes de forma voluntaria, sólo después de haber caído en desgracia.

—No me marché, Nicar. Huí para salvar la vida. Tuve suerte de poder escapar.

—Ya veo. Tienes razón, no tenía que haber preguntado.

Los pensamientos de Eskkar volvieron a Alur Meriki. Así que el clan de su familia se dirigía hacia Orak. No, dirigirse no daba una idea del lento y constante movimiento, que podía retrasarse durante meses avanzando unos pocos kilómetros.

—¿Cuánto tiempo hace que sabes que se dirigen hacia aquí, Nicar?

Éste se acarició su barba grisácea.

—La noticia me llegó hace tres días. La comenté sólo con Ariamus. Él me sugirió que no la difundiera mientras consideraba la posibilidad de defender la aldea.

Eskkar sacudió la cabeza despectivamente; el brusco movimiento le produjo una oleada de agudo dolor que le hizo arrepentirse de aquel gesto. Ariamus, como jefe del pequeño batallón del poblado, había planificado bien las cosas. Pero la defensa de Orak no entraba en sus planes, ni habían incluido a Eskkar, tercero en la cadena de mando. El segundo, uno de los serviles amigos de Ariamus, había muerto la semana anterior a causa de la viruela. Eskkar ya sabía que no sería ascendido. Nunca se había molestado en llevarse bien con el capitán.

En cambio, dos días antes su jefe le había ordenado que persiguiera a un esclavo fugitivo. La tarea le habría llevado una semana de no haber sido por un afortunado accidente, en el que el torpe esclavo se había roto una pierna contra unas rocas. Eskkar recordó la expresión de sorpresa en el rostro de Ariamus cuando lo vio de regreso la tarde del día anterior.

La última noche, Ariamus, jovial, había invitado a los soldados en la taberna a beber y a cantar, pagando el fuerte licor que se bebiera durante toda la noche. Eskkar debió de haber sospechado algo después del primer trago, porque el avaro de Ariamus nunca compraba más de un jarro de cerveza de centeno para sus hombres. Pero cansado, sediento y satisfecho de haber recuperado al esclavo tan rápidamente, ni siquiera se había dado cuenta. Una vez más se maldijo por haber sido engañado con tanta facilidad.

La cabeza de Eskkar había comenzado a latirle otra vez, y su garganta estaba seca.

—Bueno, Nicar, ¿qué esperas que haga? ¿Que salga a perseguir a Ariamus y los demás? Estoy seguro de que se llevó consigo a los hombres más jóvenes y belicosos. Es probable que también haya robado los mejores caballos. Habrá recorrido ya un

buen trecho cuando nosotros estemos listos para emprender su persecución, y con una docena de guerreros puede enfrentarse a todo aquel que enviemos en su busca.

La afonía volvió a su voz, que a duras penas pudo emitir las últimas palabras. Nicar se dio cuenta de la aspereza en la voz de su visitante y llamó a un criado. El mismo muchacho que había escoltado a Eskkar, sin duda, que esperaba en los escalones, fuera de la estancia, apareció al instante. Nicar se dirigió al guerrero.

—¿Agua o vino?

Eskkar quería vino, y lo quería con desesperación y en aquel mismo instante, pero ya había sido suficientemente estúpido durante demasiado tiempo.

—Agua, para empezar. Quizá vino más adelante, Nicar. —Eskkar no intentó ocultar el sarcasmo. Había vivido en Orak durante casi tres años pero sólo había entrado a la casa de Nicar una vez, y únicamente para entregar un mensaje. Ahora el rico comerciante le ofrecía vino, casi de su propia mano. Estaba intrigado por saber lo que sucedería.

Mientras el muchacho le servía una copa de agua, Eskkar pensó en el capitán de la guardia, que podía haber desvalijado la aldea sin inconvenientes antes de desaparecer. Se preguntó por qué no le había cortado a él la garganta. Los dioses conocían sus numerosas discusiones con Ariamus. La simple idea de yacer en una cama, indefenso, como un cerdo borracho preparado para el matadero, le produjo escalofríos. Evidentemente Ariamus no lo había considerado digno ni siquiera de matarlo.

Bebió un poco de agua y luego se puso de espaldas al balcón. A pesar de las malas noticias, el agua fresca le hizo sentirse mejor. Recordó sus modales.

—Gracias, Nicar. Pero te pregunto una vez más, ¿quieres que salga en persecución de Ariamus?

—No, no deseo que vuelva. Ya fui demasiado estúpido al confiarle la protección de Orak. Ahora lo mataría si pudiera. Lo que quiero hacer es preparar al poblado para la defensa. Debemos estar listos para enfrentarnos a los bárbaros.

La imagen del débil mercader encarándose a un veterano guerrero como Ariamus casi hizo sonreír a Eskkar. Comenzó a hablar, luego dudó, tratando de pensar mientras pasaba la mano por la áspera superficie de la pared del balcón. Nicar no le había hecho ir a su casa para una charla casual. Quería saber qué se podía hacer por Orak. O mejor aún, qué podía hacer Eskkar por Orak.

Sin duda, los treinta y tantos guerreros que quedaban le seguirían, al menos durante algún tiempo, ya fuera por lealtad o necesidad. La mayoría tenía mujer e hijos en el poblado, o había envejecido lo suficiente como para pensar en ir a saquear los campos.

Eskkar pensó en sus treinta y una estaciones. Había luchado desde que cumplió los catorce, cuando mató a su primer hombre de una puñalada por la espalda. Su

padre, jefe de una veintena de guerreros, había ofendido de alguna manera a Maskim-Xul, el dirigente de Alur Meriki, y el castigo había significado la muerte para toda su familia. Había visto morir a su madre y a su hermano menor, y a su hermana convertida en cautiva. Pero el hombre que había asesinado a su hermano jamás volvería a matar. Nunca supo qué fue lo que llevó a la enfurecida guardia de Maskim-Xul a las tiendas de su padre. Eskkar consiguió escapar en medio de la oscuridad, para no regresar nunca más a los campamentos de su pueblo.

Tendría que abandonar Orak. No podía arriesgarse a que lo capturaran. Sus antiguos compañeros lo matarían por el mero hecho de haber abandonado el clan. Y si recordaban a su familia, su destino sería aún peor.

Volvió al presente y se dio cuenta de que Nicar continuaba estudiándolo.

—Tendremos que escapar, Nicar. Aunque Ariamus y sus hombres estuvieran todavía aquí, la aldea sería sometida. No conseguiríamos nada ni siquiera con cien soldados. Si los clanes se están trasladando, habrá cientos de guerreros, puede que un millar.

Eskkar sacudió la cabeza ante aquella idea. Mil bárbaros, un número increíble de guerreros, a caballo y bien armados, podían arrasarse cualquier grupo de pobladores sin apenas detenerse.

Nicar no dijo nada en un principio y tamborileó con sus dedos sobre las mismas piedras en las que Eskkar se había apoyado.

—No. Debemos quedarnos. Quedarnos y luchar. Orak debe resistir. Si escapamos, no quedará nada a nuestro regreso y tendremos que reconstruir todo de nuevo. — Eskkar advirtió una gran determinación en la voz de Nicar. Ambos se dieron la vuelta y se quedaron cara a cara. El mercader prosiguió—: Éste es mi poblado, Eskkar. Cuando llegué, Orak era apenas un poco más que un grupo de chozas de barro. Yo mismo lo edificué, junto a las otras Familias. Hace veintisiete años que estoy aquí y todos nosotros hemos prosperado día a día. Aquí está todo lo que poseo. Nunca antes habían vivido los hombres en un mismo lugar, a salvo, con comida, bebida y herramientas para compartir. Mira a tu alrededor. ¿Quieres volver al modo de vida de tus padres, viviendo en tiendas, peleando continuamente para conseguir comida, matando a otros para arrebatárselo lo que les pertenece? ¿O quieres arrancarle tu alimento a la tierra, sin estar a merced de cualquier banda de asesinos?

Eskkar, como todos los demás, sabía lo que Nicar había conseguido. También sabía que la aldea existía ya en aquel mismo lugar muchos años antes de la llegada de Nicar. Y tampoco el rico comerciante había logrado todo por sí solo. Otros mercaderes y campesinos poderosos habían trabajado en común para gobernar Orak y, juntos, su poder y sus fortunas habían crecido, hasta poder atribuirse el título de «noble» para ellos y sus hijos. Durante años, las Cinco Familias habían dirimido las disputas y regulado las costumbres, en la medida en que sus casas y su influencia

aumentaban.

—Nicar, sé lo que Orak significa para ti. Pero aunque consiguiéramos hacer frente a una pequeña avanzadilla, sólo lograríamos que regresaran con más guerreros. Si la fuerza principal de Alur Meriki se enfrenta a nosotros...

—No, Eskkar. No quiero escucharte. —El mercader golpeó con su mano las piedras de la balconada—. Han transcurrido diez años desde la última vez que vinieron. En aquella ocasión nadie nos avisó. Recuerdo cómo los hombres se peleaban para subirse a las barcas para cruzar el río. Muchos quedaron atrapados en la aldea. Se convirtieron en esclavos o murieron. Los que alcanzamos la otra orilla corrimos hasta que nuestros corazones estuvieron a punto de estallar. Cuando regresamos, nada quedaba en pie. Todas las casas habían sido destruidas, los sembrados incendiados, los animales sacrificados y arrojados a los pozos. Tardamos dos años en reconstruir todo. Dos años perdidos. ¿Sabes cuánto tiempo tardaríamos ahora en reedificar la aldea entera? —Eskkar negó con la cabeza. Dos años le parecían más que suficientes para reemplazar las cabañas de barro y preparar una nueva cosecha—. Orak se ha duplicado desde entonces. Creo que ahora nos llevaría unos cinco años reconstruirla, suponiendo que los comerciantes no se establezcan en alguna otra población cercana al río. Es posible que Orak nunca vuelva a crecer tanto. No puedo perder cinco años. No voy a perderlos.

Eskkar había vivido entre aquellas gentes el tiempo suficiente para entender su miedo, pero quejarse de los bárbaros era una pérdida de tiempo.

—Nicar, los bandidos del Norte y del Este han atacado estas tierras durante generaciones. No hay nada que se pueda hacer. Al menos esta vez tienes tiempo suficiente para preparar tu... marcha.

El comerciante desvió de nuevo la mirada hacia el poblado.

—Eres como los demás. Todos dicen que no se puede hacer nada. Me sorprendes, Eskkar. Se supone que eres un guerrero, y sin embargo tienes miedo a luchar.

—Cuida tus palabras, Nicar. Me he enfrentado ya una vez a Alur Meriki. Pero no soy tonto. Me gustaría matar a muchos de ellos, pero no voy a combatir cuando no existe ni la más mínima posibilidad de derrotarlos. Si hubiera alguna manera de detenerlos... pero son demasiado fuertes. Te conviene reunir tu oro y escapar.

—No. No voy a huir, ¡y no daré a esos bárbaros el oro que gané con tanto esfuerzo! Mejor usarlo para intentar defender Orak. Estoy demasiado viejo para empezar de nuevo. Esta aldea es mía, y aquí me quedo. Y así será si es que tú puedes defender Orak.

—Nada puede detener a Alur Meriki.

—Tal vez tengas razón y no se pueda hacer nada. Pero antes que volver a salir corriendo, quiero saber por qué no nos podemos defender contra sus ataques. Quiero entender por qué Orak, con tanta gente, resulta tan indefensa. Dímelo, Eskkar.

Nicar tenía razón con respecto al poblado. En todos sus viajes, Eskkar jamás había visto una aldea de aquel tamaño. Raro era el día en que alguien no se trasladara a Orak. Incluso algunos empleaban una nueva palabra para describirla: *dudad*. La ciudad, el grupo de habitantes más grande que jamás se había establecido en un lugar. Un sitio con una verdadera empalizada de troncos y dos sólidas puertas para impedir la entrada. Pero Eskkar sabía que ambas cosas servían sólo para detener a ladronzuelos o a pequeñas bandas de intrusos, no a un grupo trashumante de las estepas.

De todas las plagas que azotaban la tierra, los bárbaros de las estepas era la más aterradora. Guerreros implacables y jinetes insuperables, ninguna fuerza podía oponérseles. Nadie lo había logrado, al menos que Eskkar recordara, ni siquiera en las leyendas de otros pueblos.

—Nicar, ¿dónde han visto a los bárbaros? ¿A qué distancia están de aquí?

—A muchos kilómetros, en las estepas del lejano Norte —respondió el mercader—. Llegarán aquí a mitad del verano. La gran curva del Tigris les obligará a dirigirse al Este antes de que puedan avanzar hacia el Sur. Pero esta vez su dirección parece señalar hacia nosotros. Puede que sea algo más que un grupo de ataque el que se acerque a Orak el próximo verano. Las noticias de nuestra prosperidad han llegado incluso hasta ellos, según me aseguran los mercaderes.

—Entonces tenemos casi seis meses para prepararnos. Claro que los grupos de avanzadilla podrían llegar mucho antes, Nicar, mucho antes.

Los pueblos de las estepas siempre contaban con dos o tres grupos que hacían incursiones en los alrededores del núcleo de la tribu, buscando la oportunidad de apoderarse de caballos, herramientas, armas o mujeres, y no necesariamente en ese orden, aunque ninguno pasaría por alto un buen caballo para perder el tiempo con una mujer. Una aldea de aquel tamaño tendría que atraerlos como había sucedido en otras ocasiones. Podría haber en el poblado tanta gente como en la tribu nómada. Le resultó extraño que no se les hubiera ocurrido antes semejante idea.

Eskkar apuró su copa de agua. El agudo dolor detrás de sus ojos había disminuido y lo había reemplazado un latido sordo. Las palabras de Nicar volvían a resonar en sus oídos, y ahora parecían contener un desafío.

—¿Quieres comprender por qué debemos huir, Nicar? ¿Es eso? Porque no tenemos soldados. Tenemos granjeros, campesinos, artesanos y unas docenas de hombres entrenados para luchar. Los Alur Meriki pueden enviar cientos de guerreros a hacernos frente. Ni siquiera los soldados combatirían ante semejante situación.

—Si lucháramos detrás de la empalizada...

—No resistiría. Con unas cuantas cuerdas la derribarán.

—Entonces necesitamos una barrera más fuerte —dijo Nicar, con mayor convicción—. ¿Podríamos construir algo así a tiempo?

Eskkar echó una mirada desde el balcón. La cerca que rodeaba Orak se alzaba casi directamente a sus pies, a una docena de pasos de distancia; se detuvo a examinarla como si la viera por primera vez. No era lo suficientemente alta, ni fuerte, eso ya lo sabía. Orak necesitaba muros sólidos. Un muro de barro, si pudiera construirse de una altura considerable y bastante resistente, tal vez frenara momentáneamente a los bárbaros. Pero ni siquiera una muralla detendría a aquellos guerreros, aunque tendrían una ventaja. Necesitaban algo que resistiera lo suficiente para que los atacantes se dirigieran a blancos más fáciles.

—Necesito pensar sobre todo esto. Lo que me pides tal vez no sea posible. Dame algo de tiempo. Regresaré cuando caiga el sol y te expondré mi opinión.

Nicar asintió, casi como si estuviera esperando el comentario.

—Ven a cenar, entonces, después del ocaso. Hablaremos de nuevo.

Eskkar hizo una reverencia y abandonó la casa. Caminó a través de las retorcidas callejas hacia el recinto de los soldados, pensando en lo que había dicho Nicar. En los barracones ignoró a los soldados que estaban allí y se dirigió hacia los establos. Pidió un caballo y, mientras los mozos de cuadra se lo preparaban, volvió a salir. Se aproximó al vendedor más cercano y gastó sus últimas monedas de cobre en pan y queso.

Metió los alimentos en su alforja, después se provisionó de agua y finalmente montó y avanzó lentamente por la aldea. Atravesó la puerta principal y saludó al centinela, que lo miró con cierto nerviosismo, preguntándose, sin duda, si regresaría. Los rumores irían en aumento, alimentados, en parte, por la repentina huida de Ariamus.

El aire fresco hizo desaparecer los últimos efectos del vino, y Eskkar prestó toda su atención a su montura, que parecía igualmente contenta de encontrarse fuera de los límites del poblado. Puso al animal al trote hasta llegar a la cima de una colina, a unos tres kilómetros al este de la aldea. Desde aquel lugar tenía una excelente perspectiva tanto de Orak como del Tigris que serpenteaba detrás.

Detuvo su caballo y comenzó a comer el sabroso pan y el queso seco que había comprado, dejando que las ideas invadieran su mente. Para su sorpresa, se le ocurrieron varias posibilidades sobre lo que se podía o no llevar a cabo. Mientras comía las últimas migajas de pan y queso que quedaban entre sus dedos, estudió la aldea, como si la viera por primera vez.

Orak se asentaba sobre un promontorio de tierra endurecida y piedras que obligaba al río a desviarse, de modo que la rápida corriente prestaba una protección natural a la mitad del poblado de un ataque directo. El terreno sobre el que se elevaba Orak había estado rodeado de pantanos. A medida que el asentamiento fue creciendo, los campesinos desecaron las ciénagas, utilizando la tierra recuperada para establecer sus cultivos y sus chozas. Docenas de canales, grandes y pequeños, se entrecruzaban

en los campos rodeando la aldea y llevando agua del río hasta las granjas.

Quizá la tierra podía volver a inundarse, dejando un único acceso principal hasta la puerta de la aldea. En su imaginación, Eskkar veía una línea de arqueros sobre una muralla, de pie, hombro con hombro, lanzando una lluvia de flechas a un enjambre de guerreros a caballo que se enfrentaban a ellos. Sólo con arcos podían equiparar los débiles comedores de tierra a los guerreros de Alur Meriki, siempre y cuando los arqueros contaran con un muro tras el que protegerse.

Enfrentados a una muralla sólida, la mayoría de las ventajas del guerrero a caballo desaparecían. No habría una lluvia de flechas para dismantelar a los defensores y así dominarlos y dispersarlos por la carga de los caballos. Ante un muro semejante, la mayor fuerza física de Alur Meriki y su habilidad con la espada y la lanza se verían limitadas. Sí, podía funcionar. Si Orak fuera capaz de construir el muro, tendría una posibilidad. Que la aldea pudiera transformarse a sí misma era algo que todavía estaba por ver.

Orak se parecía a otros asentamientos que Eskkar había visto. La mayoría de las edificaciones eran pequeñas chozas construidas con barro del río y paja, aunque los hogares de los mercaderes más ricos y de los nobles solían ser más grandes o tener dos pisos. Una empalizada rodeaba la aldea, pero numerosas casas y tiendas se habían establecido fuera de la misma, incluidas algunas que, en contra de las órdenes de Nicar, se apoyaban contra la estructura.

En cuanto a los habitantes, pertenecían también, como en todas partes, al mismo tipo de gente. La mayoría contaba con pocas posesiones: una túnica de algodón, un cuenco de madera para comer, y quizá algunas toscas herramientas. Pero los campesinos de los alrededores de Orak cosechaban grano en abundancia, que los panaderos transformaban en un pan nutritivo, el único aroma agradable en el oloroso aire de la aldea.

Los granjeros producían lo suficiente no sólo para alimentarse a sí mismos y a sus familias, sino también para intercambiar o vender en el poblado. Ese excedente permitía que en Orak vivieran individuos que no necesitaban trabajar la tierra para sobrevivir: mercaderes, comerciantes, carpinteros, vendedores, taberneros, herreros y otros múltiples oficios. Estos trabajadores especializados abastecían la aldea de lo necesario, y también efectuaban un continuo transporte de mercancías por el río y hacia las granjas circundantes, cobrando por su trabajo ya fuese en grano o en las monedas forjadas por los comerciantes y nobles más prósperos.

Sólo su tamaño diferenciaba a Orak de los otros lugares que Eskkar había visitado. El asentamiento ya era grande cuando él llegó, y desde entonces casi había duplicado su tamaño. En sus viajes había aprendido que cuanto mayor era la aldea, más fácilmente lo aceptaban. Un gran poblado siempre necesitaba hombres para su defensa y, por lo tanto, un guerrero con experiencia y conocimiento de caballos podía

encontrar trabajo y un lugar seguro donde dormir, aun cuando los habitantes se rieran a sus espaldas de su origen bárbaro. Pero rara vez se burlaban en su cara; las cicatrices de antiguas batallas en su cuerpo intimidaban a la mayoría de aquellas gentes. Al menos no lo expulsarían, temerosos, algo que le había sucedido más de una vez en su errante vida. Aquellos viajes lo habían llevado lejos, llegando al Gran Mar del Sur. Tres años antes había decidido regresar a la tierra de su juventud. Se sumó a la caravana de un comerciante que se dirigía a Orak, mezclado con la media docena de mercenarios contratados para proteger las mercancías del comerciante. Cuando veinte bandidos atacaron la caravana una noche, los guardias, superados en número, habían sido vencidos. Herido, Eskkar y unos pocos sirvientes lograron escapar y llegar a Orak una semana después. Los sirvientes que lo acompañaban no sólo dieron testimonio de su valor, sino que también permanecieron a su lado hasta su recuperación. Decidido a quedarse durante unos meses, se incorporó, como un soldado más, a la fuerza que custodiaba la aldea, hasta que abandonó la idea de marcharse. Desde entonces se las había ingeniado para llegar a ser el tercero en la cadena de mando, participando en la mayoría de las patrullas y persiguiendo a esclavos fugitivos y ladronzuelos.

Dejando estos pensamientos de lado, decidió examinar Orak del modo en el que Alur Meriki lo haría. Después tomó un trago de agua de su odre, cabalgó colina abajo y se dirigió hacia el río.

La brisa lo refrescó, el aire era frío y vigorizante. Solía echar de menos el viento sobre su rostro. La imagen de un caballo en la llanura siempre lo tentaba, convirtiendo, en ocasiones, los días que pasaba en los confines de la aldea en un tormento. Siempre serás un bárbaro, aunque tus compañeros te hayan expulsado.

Había vivido en Orak tres años, más tiempo de lo que había pasado en cualquier otro sitio, y en los últimos tiempos había pensado en marcharse, frustrado por Ariamus y sus mezquinas órdenes. Tal vez ahora fuera el momento de irse y viajar hacia el Este para visitar territorios todavía desconocidos.

No importaban los deseos de Nicar. Luchar contra Alur Meriki le llevaría al fracaso, y sólo conseguiría que lo mataran como recompensa por sus esfuerzos. Eskkar no les debía nada a aquellas gentes. Para ellos, él era únicamente un bárbaro más, perfectamente capaz de matarlos mientras dormían. Con frecuencia había sido testigo de la desconfianza y del miedo en sus rostros.

La idea de marcharse lo tentó, pero sólo por un instante. Un lugar nuevo no sería mejor que Orak, probablemente mucho peor. Tendría que comenzar desde el escalafón más bajo, un simple soldado, y ser tratado poco mejor que un novato. No. Pensaba lo mismo que Nicar. No huiría para empezar su vida de nuevo. No si podía encontrar otra manera, especialmente una que no terminara con su muerte.

Alur Meriki había asesinado a su familia, lo había expulsado del clan y acosado

por las estepas, y casi había conseguido eliminarlo en más de una ocasión. Detestaba incluso la idea de volver a huir de ellos. Suponiendo que pudiera hacerse algo que no acabara con su garganta abierta de lado a lado, quería la oportunidad de dar, por una vez, un vengativo golpe contra ellos, para resarcirse de la muerte de su familia.

Si pudiera lograrlo, Orak y Nicar le deberían mucho. Como capitán de la guardia, tendría oro más que suficiente para establecerse durante el resto de su vida. Tal vez se sumara al grupo de nobles y se convirtiera en uno de los gobernantes. Eso sería casi tan placentero como destruir una parte de Alur Meriki.

Eskkar dejó estas agradables ideas de lado. Estudió el terreno, mientras trotaba lentamente hacia el Suroeste, deteniéndose cada poco tiempo para inspeccionar los alrededores de Orak, analizando todo aquello que los nómadas de las estepas verían cuando dirigieran su mirada en aquella dirección.

Cabalgó durante casi tres horas, hasta que completó un círculo en torno a Orak y se encontró de regreso en la colina desde la que había comenzado sus observaciones. Desmontó y se sentó apoyando su espalda contra una roca. Dejó que su mente vagara con las ideas que había tenido ese día.

Nadie había dicho nunca de él que fuera inteligente, pero Eskkar podía componer un plan sencillo tan bien como cualquiera. Esa habilidad, sumada a su estatura, fuerza y rapidez con la espada y el cuchillo, le habían garantizado su ascenso hasta equipararse a Ariamus. Ahora estaba solo, y Nicar le había pedido que hiciera algo que nadie antes había hecho: impedir que los guerreros de las estepas se apoderaran de la aldea y la destruyeran.

La enorme empresa que tenía que realizar amenazaba con sobrepasarlo. Repasó con cuidado las numerosas tareas necesarias para preparar la defensa, repitiéndoselas en voz alta varias veces para asegurarse de recordarlas todas. Cuando concluyó, notó que el sol se había desplazado hasta la profundidad del cielo occidental. Con un gruñido, se puso de pie y se desperezó; luego montó en su caballo y volvió sobre sus pasos hacia Orak, a su encuentro con Nicar. Por lo menos ahora sabía lo que diría aquella noche, aunque dudaba de que el principal mercader de Orak disfrutara de sus palabras.



CAPÍTULO 2

De regreso a Orak, Eskkar se encontró con dos soldados que custodiaban la entrada, en vez del centinela habitual. Sus rostros reflejaron el alivio que sintieron al reconocerlo. Nicar debía de haber ordenado reforzar la guardia para tranquilizar a los habitantes. A estas alturas, todos debían de saber ya que los bárbaros habían sido avistados hacia el Norte.

Mientras su caballo transitaba por las estrechas callejas, la gente dejaba sus actividades para mirarlo fijamente. Algunos trataron de detenerlo para preguntarle qué noticias tenía sobre los bárbaros. Eskkar no les prestó atención. Todos parecían estar enterados de su reunión con Nicar, y alzaban hacia él sus miradas en busca de algún signo de esperanza y protección. Aquella idea hizo que frunciera aún más el ceño. No sabía qué decirles.

En los barracones, los soldados aguardaban fuera, acuclillados en el suelo o reclinados contra la pared, descuidando sus tareas habituales, con rostros ansiosos. Sabían que aquella noche se encontraría con Nicar. Casi treinta hombres, y algunas de sus mujeres, lo esperaban, ansiosos ante cualquier noticia. Desmontó y entregó su montura al mozo de cuadra.

Eskkar pensó en ignorarles, pero cambió de idea.

—¿Sabéis que los bárbaros se están acercando? —Varias cabezas asintieron—. No llegarán hasta dentro de cinco meses, así que hoy podéis dormir tranquilos. — Dudó, sin saber qué añadir—. Me voy a reunir con Nicar para organizar la defensa de la aldea. Cuando regrese, os diré lo que sepa.

Avanzó entre ellos hacia los barracones y dejó sus cosas sobre el camastro. Consideró la idea de trasladarse al alojamiento privado de Ariamus, pero decidió que podía esperar hasta después de la cena. Acordándose de su entrevista, se quitó parte de su ropa y se envolvió en una tosca sábana. Dejó atrás los barracones y descendió hacia el río por un serpenteante sendero que salía de la entrada posterior de la aldea. Ignoró a todos los que quisieron hablarle y empujó a los pocos que tuvieron la osadía

de intentar detenerle.

Al borde del agua, dejó la tela sobre un arbusto, terminó de desnudarse y se echó al agua. Al principio, se quedó en un remanso formado por la curva de la orilla este, para luego apartarse del borde del río con fuertes brazadas, contra la corriente. Esto le exigió un gran esfuerzo, y después de nadar un poco tuvo que hacer acopio de toda su fuerza para evitar ser arrastrado por la potente corriente. Cuando regresó a la orilla, descansó en el agua fría. Finalmente salió del río, recuperó su sábana y se secó antes de regresar a los barracones.

Por lo menos aquella noche no se encontraría con Nicar vistiendo un gastado atuendo y oliendo a caballo y vino. Se puso una túnica limpia, mientras consideraba la posibilidad de llevar su espada corta, pero luego decidió que no era necesario. Los hombres que lo querían ver muerto se habían ido con Ariamus, y dudaba que quedara algún enemigo suyo en todo el poblado.

Se dirigió a casa de Nicar. Unos pasos antes de llegar a la entrada, cinco hombres salieron del patio y se le acercaron.

Drigo, uno de los nobles, y su hijo, escoltados por tres hombres, ocupaban el estrecho sendero y Eskkar tuvo que hacerse a un lado para dejarlos pasar. Drigo lo miró y le sonrió. Su rostro tenía la expresión de aquel que conoce todas las respuestas.

Cuando cruzó el umbral de la casa de Nicar volvió a encontrarse con el muchacho que lo había ido a buscar aquella mañana. Una vez en el interior, el joven sirviente cerró la puerta y luego se arrodilló para limpiar con un trapo húmedo los pies y las sandalias de Eskkar, haciendo desaparecer el polvo de la calle.

La mujer de Nicar, Creta, tenía casi la misma edad que su marido y su larga cabellera se había vuelto del color de la plata. Todos sabían que el comerciante prefería a las jóvenes esclavas como compañeras de alcoba, pero trataba a su mujer honorablemente y ella administraba el hogar con eficiencia.

Creta recibió al guerrero de modo bastante cordial, después de una rápida inspección para ver si se encontraba razonablemente limpio y presentable. Había pasado a su lado muchas veces, en la calle, sin apenas prestarle atención. Lo acompañó al comedor, ubicado en el fondo de la casa, en donde se encontraba una gran mesa dispuesta sólo para dos personas. Creta hizo una pequeña reverencia y lo dejó solo. Una sirvienta se acercó a ofrecerle vino, pero Eskkar le pidió agua. Regresó de inmediato y le entregó una copa de agua helada, justo en el momento en que Nicar entraba en la estancia.

—Toma asiento, por favor, Eskkar. —El mercader vestía una túnica diferente, con un bordado rojo y azul en torno al cuello—. Has cabalgado mucho, y deberíamos comer primero. Ya dispondremos después de tiempo para conversar. Me imagino que ya te habrán dado algo de beber.

Los sirvientes comenzaron a traer la comida, un plato cada vez, cosa que a Eskkar le pareció extraña. Cuando los soldados comían, se colocaba todo sobre la mesa, para ser devorado tan rápido como fuera posible.

El guerrero intentó emular los modales de su anfitrión, comiendo lentamente, tomando pequeños bocados de las verduras cocidas, después de mojarlas en aceite picante importado de alguna tierra lejana, hacia el Oeste. Mientras comían, Nicar le preguntó sobre su infancia y los diferentes lugares que había visto en sus viajes. Incluso quiso saber algunas cuestiones sobre los clanes de las estepas, cómo eran, por qué vivían del modo en el que lo hacían. Habló de todos los temas excepto del inminente ataque.

Eskkar se dio cuenta de que Nicar continuaba estudiándolo, intentando averiguar qué clase de hombre era. Y, ante todo, quería saber si Eskkar tenía capacidad para trazar un plan exitoso.

La comida había sido la mejor que Eskkar había probado jamás. Pero el vino, como las raciones, era servido en pequeñas cantidades. Decidió que Nicar quería mantenerlo con la cabeza despejada. Finalmente, cuando los sirvientes limpiaron la mesa y volvieron a llenar las copas de vino, Nicar les ordenó que se retiraran, y luego cerró la puerta.

Eskkar alcanzó a ver a Creta sentada fuera de la estancia, remendando un atuendo bajo la luz de una lámpara, para asegurarse de que los sirvientes no se acercaran a escuchar la conversación de su amo. Aunque no creía que aquello surtiera mucho efecto. Los esclavos de la casa siempre se enteraban de todo lo que sucedía.

—Háblame de tu pequeña incursión, Eskkar. ¿Qué has visto? —Nicar volvió a la mesa, con los ojos fijos en su invitado.

—¿Quieres saber si Orak puede ser defendida de los bárbaros? Es probable, pero el coste será alto, y tal vez no quieras pagarlo. —Miró seriamente al comerciante, pero su anfitrión no dijo nada—. No podemos derrotarlos en el campo de batalla, pero sí conseguir que les resulte demasiado difícil conquistar la aldea. Si podemos detenerlos durante un mes o dos, tendrán que continuar su camino, forzados ante la falta de comida. Así que de eso se trata. Hemos de lograr que tomar el poblado les cueste las muertes de demasiados guerreros y caballos y permanezcan bastante tiempo en un lugar que carecerá de ganado y víveres, aunque lleguen a someterlo. Eso significa que tendremos que matar a muchos guerreros, los suficientes como para preocupar a sus jefes. —El semblante de Nicar no dejaba lugar a dudas de la multitud de preguntas que estaban a punto de asomar a sus labios—. Los bárbaros siempre tienen demasiados guerreros pero no suficientes caballos, mujeres o comida. Por eso siempre luchan, incluso entre ellos. Es posible que el clan viera con buenos ojos una disminución en sus filas, la eliminación de los más descuidados, los más jóvenes o los más débiles. Si pierden cincuenta o sesenta guerreros por la toma de un próspero

poblado, se consideran dichosos con el precio pagado.

Nicar asintió.

—Entiendo. Verán con buenos ojos la lucha, al menos en un principio. Entonces, ¿qué hemos de hacer para lograr que el precio que tengan que pagar sea demasiado alto?

—Primero hay que construir una muralla alrededor de la aldea. Un verdadero muro de piedra, algo que no pueda ser derribado o incendiado, al menos cuatro veces más alto que un hombre. Y tendrá que abarcar un espacio mucho mayor que el de la actual empalizada.

—No es la primera vez que los nobles discuten sobre la construcción de semejante muro, Eskkar, pero nunca llegamos a un acuerdo. No había necesidad, y el coste y el esfuerzo eran demasiados. Ahora llegan los bárbaros y es indispensable.

—Recuerda, Nicar, que debemos consultar con los constructores para saber si esa muralla puede ser construida.

—Sí, por supuesto. ¿Qué más se necesita?

—Segundo, todas las chozas y granjas fuera de este nuevo perímetro deben ser derribadas, completamente arrasadas, la tierra nivelada y despojada de todo, y las granjas y cultivos anegados nuevamente. El barro de los pantanos dificultará el avance de los caballos y obligará a que se acerquen a la aldea por el terreno situado ante la entrada principal. Tercero, todos los hombres deben recibir entrenamiento para la lucha. Esto significa instruir y armar a tantos arqueros como sea posible. Sólo el arco alejará a los Alur Meriki. Necesitaremos miles de flechas y cientos de arcos, y los hombres deberán ejercitarse a diario hasta que puedan acertar al blanco sin dudarlo, mientras se encuentran de pie sobre el muro. También debemos adiestrarlos en la lucha con hachas, lanzas y espadas, y finalmente con rocas para tirar contra los atacantes y barras para empujar las escaleras que se apoyen contra el muro. Incluso las mujeres y los niños deberán trabajar y combatir. Tendremos que hacer entrenamientos diarios y prepararnos para todos los ataques posibles. Todos deben esforzarse como nunca lo han hecho para que cuando lleguen los bárbaros nos encuentren preparados. —Eskkar respiró hondo y bebió un sorbo de vino de su copa, satisfecho de haber podido presentar su proyecto casi sin titubear—. Orak debe abastecerse de comida y agua suficiente para todos, al menos durante dos o tres meses. El resto de los rebaños deben ser enviados lejos, al otro lado del río, en donde estarán a salvo. Esto alejará a algunos hombres de la aldea, y también serán necesarios algunos soldados para protegerlos de los bandidos. Los animales serán un blanco tentador. Cuando los bárbaros lleguen, deberán saber que no tendremos ni caballos, ni bueyes, ni cabras, ni ovejas.

Nicar lo miró fijamente, con la sensación de que le faltaba algo más por decir.

—¿Y qué otra cosa debemos hacer?

—Los esclavos. Deben trabajar por su cuenta y poner a nuestra disposición todas sus habilidades. Tienes que prometer que los liberarás, Nicar, al menos a algunos de ellos, para que tengan un incentivo por el cual trabajar y combatir.

La copa de vino de Nicar se detuvo a medio camino de sus labios.

—¡Liberar a los esclavos! No es posible que hables en serio. ¿Después de todo lo que pagamos por ellos? Si les damos la libertad, ¿cómo seguirá funcionando la aldea?

—No estoy hablando de todos los esclavos. Sólo los necesarios para la defensa. Probablemente no más de la mitad. Orak funcionaba perfectamente antes de tener tantos esclavos, ¿no es así? Además, si los bárbaros llegan, perderás los esclavos y la vida, o tú mismo serás esclavizado. En cualquier caso, saldrás perdiendo. Si tenemos éxito, en vez de esclavos tendrás sirvientes a los que podrás pagarles hasta que puedas conseguir nuevos esclavos que los reemplacen. Sin la promesa de libertad, Nicar, no trabajarán al máximo o se escaparán en mitad de la noche, pensando que tal vez los bárbaros los traten mejor. No te olvides de que muchos morirán, esclavos o no, y tendrás que sustituirlos. Y una última cosa, Nicar. Deberás hablar con todo el poblado y con las Cinco Familias. Yo puedo organizar la defensa y determinar lo que hay que hacer, pero no puede haber desavenencias o disputas entre los nobles o entre los principales comerciantes. Debemos hablar con una misma voz, para que todos puedan ver que estamos decididos a resistir y a vencer. Y deberás suministrarme todo lo que pida para la defensa de la aldea. No discutiré ni contigo ni con nadie. Mis órdenes deberán ser obedecidas sin dilación. Incluso por tu parte, Nicar. Por eso te pregunto, ¿hablas en nombre de las Cinco Familias?

Durante un instante, Nicar se sintió sorprendido por las exigencias de Eskkar.

—Pides mucho. Pero hay verdad en tus palabras. Las luchas entre las Cinco Familia son objeto de rumor permanente. Deben ser dejadas de lado en la defensa de Orak.

—¿Y tú hablarás en nombre de todas las Familias?

—Sí, creo que podré convencerlas, excepto la Casa de Drigo. Es posible que quiera separarse.

Eskkar no creía que se pudiera descartar a Drigo con tanta facilidad. En los últimos meses, en las labores cotidianas, los hombres de Drigo se comportaban como si su amo fuera el único que gobernaba la aldea. Incluso Eskkar, que rara vez sentía curiosidad por los chismes, sabía que aquel noble se había enfrentado a Nicar por el poder y que intentaba permanentemente imponerse sobre las otras Familias. Por ahora, la mayoría prefería a Nicar, que era, sin duda alguna, un administrador más justo y equitativo.

—Si no puedes controlar al noble Drigo, ¿qué haremos? —preguntó el soldado—. Es poderoso, y muchos seguirán el camino que él elija.

Nicar volvió a mirarlo fijamente.

—Parece que no eres tan sólo un simple soldado, como me dijeron. —Bebió un pequeño sorbo—. Si puedes presentar un buen plan para defender Orak, tal vez no necesitemos a Drigo y su oro. Deja que yo me encargue de él. —El mercader sacudió su mano como si se deshiciera del asunto—. Pero después, si tenemos éxito en rechazar a los bárbaros, ¿cómo podremos pagarte, Eskkar?

—No necesito mucho, Nicar —rió—. No tengo grandes ambiciones. Las Cinco Familias se convertirán en seis, y yo participaré, en las mismas condiciones que tú, en la administración de la aldea. Cada uno de vosotros me daréis dos medidas de oro, lo suficiente como para que yo establezca mi Casa. Por eso, permaneceré en Orak y podremos comenzar a planificar cómo detener la próxima incursión de los bárbaros; porque regresarán en cinco o diez años. Si tenemos la suerte de echar a los Alur Meriki, jamás nos perdonarán semejante afrenta. Tienen buena memoria. Volverán algún día y tendremos que volver a enfrentarnos a ellos. Así que creo que volverás a necesitarme, y cuanto antes comencemos a prepararnos, mejor.

Nicar sacudió la cabeza.

—Tanta pérdida y destrucción. Sería mejor para todos si nos dejaran tranquilos.

—Jamás lo harán, Nicar. Viven de robar a otros todo aquello que necesitan. Es lo único que saben hacer. Así pues, volverán. La lucha no terminará hasta que unos u otros sean destruidos.

El mercader, obviamente, no había considerado la posibilidad de que los bárbaros pudieran volver. Por un instante, no dijo nada y giró la copa de vino en sus manos.

—Otra cosa, Eskkar. Algunos podrían preguntarse por qué luchas contra los tuyos. ¿Qué puedo decirles?

—Diles la verdad, diles que ya no son los míos. Cuando uno deja el clan, su vida, su memoria... lo pierde todo. —Por primera vez la voz de Eskkar se quebró, mostrando una cierta emoción—. Yo quiero... ni siquiera tu oro es aliciente suficiente para que yo quiera combatirles. Quiero la oportunidad de vengar el asesinato de mi familia, de matar a suficientes enemigos para aplacar sus espíritus. Ésta es la única ocasión que tendré.

Nicar asintió.

—Ya hemos hablado suficiente sobre el pasado y el futuro. ¿Piensas que podemos derrotar a los bárbaros si hacemos todo lo que dices?

Eskkar sostuvo su mirada.

—Ningún poblado se ha rodeado nunca con una muralla como la que vamos a necesitar. Ni siquiera sé si es posible construirla antes de su llegada. Pero al menos podemos intentarlo. Si lo conseguimos o no, lo averiguaremos en los próximos meses. Con nuestra fuerza y voluntad en la organización, tendremos una posibilidad, quizá una buena posibilidad. Si no nos preparamos bien, entonces ya sabemos lo que sucederá. Ésa es la mejor esperanza que puedo ofrecerte, Nicar. Ya te dije que el

precio que pagarás por defender la aldea puede ser más de lo que ésta vale, o de lo que estás dispuesto a gastar. E incluso así, podríamos fracasar. Estarás arriesgando algo más que tu oro. Todos aquellos que intentaron resistirse a Alur Meriki han sido destruidos.

Nicar vació su copa y se sentó.

—Entonces debemos construir un muro en torno a Orak si deseamos resistir. —Tamborileó con sus dedos en la mesa antes de alzar sus ojos—. Veo, Eskkar, que eres honesto. No prometes el éxito. Si lo hubieras hecho, no te habría creído. —Examinó a su visitante por unos momentos más, como si estuviera tomando una decisión—. No tienes mujer, ¿verdad?

La extraña pregunta sorprendió a Eskkar, aunque suponía que Nicár ya conocía la respuesta. Las mujeres, al menos las buenas, eran escasas y muy costosas en Orak, y sus padres no aprobaban los matrimonios de sus hijas casaderas con soldados sin futuro, sobre todo cuando no tenían ni siquiera un par de monedas.

—No, no he tenido la oportunidad de costearme una todavía —respondió Eskkar, incapaz de evitar un atisbo de vergüenza en su voz. Una vez a la semana se gastaba una moneda de cobre con alguna de las muchachas de la taberna, o visitaba a las prostitutas que se ofrecían durante la noche en la orilla del río. Pero ya había transcurrido casi un mes desde la última visita.

—He recibido nuevos esclavos hace unas semanas —continuó Nicár—, entre ellos una joven, todavía virgen, según me han asegurado. Creo que tiene cerca de catorce años, no es hermosa, pero sí lo suficientemente atractiva. Iba a estrenarla yo mismo cuando encontrara el momento... y la voluntad —agregó con una sonrisa—. A diferencia de muchas mujeres, sabe contar, leer y escribir los signos, y parece lo suficientemente sensata. Te la daré, y creo que la encontrarás útil para muchas tareas durante los próximos meses. Hará algo más que compartir tu lecho. Necesitarás a alguien que te ayude a planificar todo y que te mantenga alejado de la taberna por las noches.

A pesar de su sorpresa, Eskkar supo que recibía un regalo excepcional y costoso, hecho con cortesía y sutiles consejos.

—Te lo agradezco, Nicár. —El soldado se dio cuenta, de repente, de lo que significaba aquello. El rico comerciante estaba de acuerdo con sus exigencias—. Todos nosotros necesitaremos tus consejos y guía, Nicár. Si vamos a emprender esta tarea, necesitaremos muchos hombres trabajando de forma coordinada. Así pues, una vez más, gracias.

—Es probable que no tengas la perspicacia de Ariamus, pero eres capaz de pensar y sé que puedes luchar —respondió Nicár—. El resto lo puedes aprender y todos te ayudaremos. No hay muchos hombres que sepan hacerlo todo. Todos nosotros necesitamos todo el apoyo que podamos recibir. No dejes que tu orgullo se

interponga en tu camino cuando quieras lograr lo que desees y acepta la colaboración de los demás. —Permaneció un instante en silencio—. Quería decirte una última cosa, Eskkar. Si tenemos éxito, entonces te deberé mucho más de lo que mi familia y yo podremos pagarte. Y si fracasamos, lo haremos juntos. Me reuniré con los nobles pasado mañana, cuando Néstor regrese del Sur. Hasta entonces, eres el capitán de la guardia. Cuando volvamos a encontrarnos, confirmaremos nuestra decisión de resistir a los bárbaros. Llévate a la muchacha esta noche, y trasládala al alojamiento de Ariamus. Te enviaré algo de oro mañana para que compres todo lo que necesites. En las próximas semanas, estoy seguro de que encontraremos una casa adecuada para ti. Las otras Familias te proporcionarán sirvientes, para que puedas despreocuparte de todo excepto de la defensa de la aldea.

Eskkar entendió a qué se refería al hablar de la casa. A pesar de lo que dijera Nicar, muchos se irían de Orak en los próximos meses. El guerrero se dio cuenta, repentinamente, de que entre ambos se había establecido un lazo invisible. Al menos tenían en común una cualidad: ninguno de los dos se daba por vencido con facilidad. Sobrevivirían o perecerían juntos.

Aunque no sabía cómo iba a ser su final, supo que su vida había cambiado y que nunca más sería un simple soldado que vivía gracias a su espada. Ahora tendría que aprender a pensar, planear, preparar defensas y entrenar tropas. Una vez más volvió a preguntarse si estaba capacitado para semejante tarea.

Ya había dado el primer paso: persuadir a Nicar de que podía salvar Orak. Para lograrlo, tendría que cambiar completamente y convertirse en otra persona, en alguien mejor que el torpe borracho que había perdido el conocimiento la noche anterior en la taberna. Se juró a sí mismo que eso jamás volvería a sucederle.

Nicar se levantó, poniendo con ello fin a la reunión.

—Entonces estamos de acuerdo. ¡Lograremos lo que nunca se ha hecho! Salvaremos el poblado.

Eskkar sonrió, pensando ya en la muchacha que le acompañaría a los barracones.

—No, Nicar, si tenemos éxito, usaremos la nueva palabra y la llamaremos Ciudad de Orak.

—Recemos porque llegue ese día —dijo Nicar. Extendió su mano y cogió el brazo de Eskkar, sellando el pacto. El mercader se dirigió después hacia la puerta, llamó a su esposa y le susurró unas palabras antes de que ésta desapareciera en dirección a los aposentos privados.

Casi de inmediato, Eskkar escuchó una acalorada discusión de voces femeninas, seguida por un grito angustiado, interrumpido bruscamente por el seco sonido de un bofetón. La mujer de Nicar reapareció, empujando a una joven hasta donde estaba Eskkar.

—Aquí tienes a tu esclava. Se llama Trella —dijo Creta con voz cortante—. Por

supuesto, puedes ponerle el nombre que quieras. Sugiero que le des una buena paliza para que entienda cuál es su lugar. Es obstinada y orgullosa.

La joven lanzó una mirada de odio a su antigua ama, y Eskkar supuso que Nicar tenía más de un motivo para deshacerse de la jovencita. La vida en la casa de las Cinco Familias parecía más complicada de lo que había supuesto.

El guerrero dio un paso y cogió el mentón de la joven, que se negó a alzar sus grandes ojos color castaño oscuro. Su piel tersa, excepto por algunas marcas de varicela en las mejillas, casi imperceptibles, era bastante morena, la cual situaba su origen en las tierras del Sur. En su rostro alargado sobresalía una afilada nariz y sus labios temblorosos, todavía con una gota de sangre en una de sus comisuras a causa del bofetón de Creta, dejaban entrever unos dientes pequeños y regulares. Estaba bastante delgada y desaliñada, pero era poseedora de un atributo especial. Su cabello, oscuro y denso, caía en ondas sobre sus hombros.

Vio el miedo en sus ojos, ese temor que tiene todo esclavo cuando pasa de un amo a otro. Eskkar había sido testigo de aquella turbación muchas veces. Ella apartó su rostro y dirigió su mirada al suelo. De repente, la imagen de otra niña, casi de la misma edad y con el mismo miedo, acudió a su memoria. Un año antes de dejar el clan, había hecho amistad con Iltani, a la que había salvado la vida e impedido que la violaran. Ella pagó su deuda entregándose a él. Había sido la primera vez que estaba con una mujer. Y en dos ocasiones había arriesgado su vida por él, una obligación que nunca pudo recompensarle. Tal vez los dioses le habían recordado a Iltani, para que tuviera en cuenta aquella deuda.

—Escúchame, niña —le dijo con gran cortesía, obligándola suavemente a levantar la cabeza—. No tengas miedo. Estás para ayudarme, y ten por seguro que necesitaré tu colaboración. ¿Entiendes?

Sus ojos se volvieron hacia él y Eskkar sostuvo su mirada, y vio, esta vez, la fuerza que se ocultaba tras aquellos grandes ojos oscuros. Sus labios dejaron de temblar y asintió brevemente con un movimiento que hizo que su cabello ondeara con delicadeza en torno a su rostro.

—Bien. Acompáñame entonces. —Un pensamiento cruzó su mente. Miró a Creta—. ¿Posee algo que deba llevarse?

—Tiene algunas cosas —admitió Creta a regañadientes—. Puede volver a buscarlas por la mañana.

Cualquier posesión, por pequeña que fuese, habría desaparecido al día siguiente, arrebatada por la mujer de Nicar o por los otros sirvientes. Iba ya a marcharse cuando se giró y volvió a dirigirse a Creta.

—Un manto. Necesitará un manto para esta noche. ¿No tiene uno? —Su tono de voz era razonable—. ¿Podrías proporcionarle uno?

La mujer de Nicar recordó las palabras de su esposo. Frunció los labios y se dio

por vencida.

—No tiene manto propio —admitió Creta—, pero le daré uno de los míos.

Dio dos palmadas y casi instantáneamente apareció otra muchacha. Creta le pidió que trajera una capa determinada. Al poco tiempo la esclava regresó con un remendado y descolorido manto, pero en un estado bastante aceptable.

Eskkar cogió la prenda y se la colocó a la muchacha sobre los hombros.

—Agradece a tu ama el regalo, Trella.

La observó con detenimiento. Ahora empezaría a saber qué clase de muchacha había adquirido.

Trella lo miró primero a él, intentando leer en sus facciones. El guerrero no dijo nada, con sus ojos clavados en ella. El silencio comenzaba a ser incómodo. Entonces la esclava se dirigió a Creta, inclinando la cabeza.

—Gracias, ama —dijo en voz baja, con un tono apropiadamente servil.

Levantó la cabeza y miró a Eskkar como si quisiera preguntarle «¿Era eso lo que pretendías?». Lo descubrió ocultando una sonrisa. El guerrero se volvió hacia la esposa de Nicar haciendo una profunda reverencia.

—Yo también te estoy agradecido, Creta. La comida que me has ofrecido ha sido deliciosa y bien servida.

Había estado ensayando con antelación aquellas palabras que no estaba acostumbrado a decir, y se alegró de haberlas pronunciado sin titubeos.

Cuando salió de la casa y se alejó un poco, Eskkar se rió en voz alta y, cogiendo a Trella de la mano, que vio que era suave y tibia, la condujo hacia los barracones.

—¿Tenías un manto propio?

Ella negó con la cabeza y bajó la mirada hacia el áspero camino por el que iban.

—Bien. Al menos has conseguido algo de ella.

La muchacha lo observó de reojo, y luego volvió a mirar hacia el suelo.

Eskkar no pudo evitar que sus pensamientos se centraran en el gran camastro de la estancia de Ariamus. Apresuró el paso, mirando a las estrellas. Faltaban pocas horas para la medianoche. Tendría que despertarse antes del amanecer.

Al doblar una esquina de la taberna, se detuvo sorprendido. Dos antorchas iluminaban el espacio frente a los barracones, arrojando luz sobre una multitud de soldados, mujeres y algunos de los habitantes de la aldea. Parecía que no tenían nada mejor que hacer a aquellas horas y esperaban su regreso. Automáticamente, Eskkar contó el número de personas y calculó que habría alrededor de cien.

Su idea de disfrutar de Trella y un tibio lecho se desvaneció lentamente a medida que recordaba su promesa. Tenía que decirles algo, y ante aquella perspectiva, su garganta adquirió una sequedad inesperada y se le hizo un nudo en el estómago.

Todos comenzaron a hablar a la vez tan pronto como lo vieron aproximarse. Un grupo de hombres lo rodeó, tirando de su túnica, haciéndole preguntas ansiosas.

Eskkar sabía que tenía que hablar para hacer callar a la multitud, pero al llegar a los barracones, su mente se encontraba tan vacía como la copa de vino de la noche anterior. Se detuvo porque los soldados bloqueaban la entrada. No tenía más remedio que enfrentarse a aquella muchedumbre.

El guerrero sintió que le apretaban la mano y se dio cuenta de que todo aquel griterío había asustado a Trella. La miró. En sus ojos estaba reflejada la sorpresa.

—¿Qué es lo que quieren? —murmuró, con voz insegura.

Apretó los labios antes de responder.

—Nada, muchacha. Sólo tienen miedo de lo que puede suceder. Piensan que los bárbaros ya están acampados a las puertas de la ciudad.

De alguna manera, su preocupación lo fortalecía; se enfrentó entonces a la multitud.

—Espera aquí —le ordenó mientras soltaba su mano y avanzaba unos pasos hacia una roca; se subió a ella para elevarse sobre los demás—. Silencio —dijo en voz alta. Repitió la orden, empleando entonces su voz de mando—. Vais a despertar a toda la aldea con vuestro griterío, y nadie podrá dormir esta noche.

Hizo un gesto a sus soldados, que comenzaron a colocarse frente a aquel gentío, y ordenó a los más exaltados que guardaran silencio. Cuando por fin las voces se acallaron, comenzó a hablar.

—Sí, es cierto. Los bárbaros se aproximan. —Dejó que las palabras recorrieran la multitud, observando sus rostros desconcertados al confirmar sus temores—. Pero faltan algunos meses todavía para que lleguen, así que volved a vuestras casas, antes de que vuestras mujeres os degüellen por andar por ahí tan tarde.

Aquel comentario causó una risa nerviosa en algunos, pero otros le gritaron, preguntándole desde dónde llegarían los bárbaros, si debían abandonar la aldea o si Orak trataría de rechazarlos. Eskkar levantó la mano y volvieron a guardar silencio.

—Dentro de dos días, Nicar y las otras Familias se reunirán. Entonces podremos comenzar los preparativos para resistir a los bárbaros. Fortificaremos Orak para que pueda rechazar cualquier ataque.

Los gritos de incredulidad, las preguntas y el clamor se hicieron más intensos hasta convertirse en un enorme griterío. Eskkar se dirigió a sus soldados.

—Tratad de calmaros —ordenó. Sus hombres se movieron entre la multitud, acallando a los más ruidosos y empujando a los más agresivos.

Qué extraño. Ahora aquellos soldados obedecían cada uno de sus gestos y acataban la más mínima de sus órdenes. Hasta el día anterior, sólo sus puños, y a veces su espada si era preciso, le habían revestido de algo de autoridad. Esto debe de ser el verdadero poder, decidió Eskkar, sorprendido ante aquella sensación. La gente tenía miedo. Incluso los soldados parecían preocupados. Querían oír que estaban a salvo, y que se lo dijera alguien con capacidad de mando, alguien en quien poder

confiar, aunque fuese sólo por poco tiempo.

—Sé que tenéis muchas preguntas —continuó una vez que los murmullos se apagaron—, pero tendréis que esperar hasta que Nicar hable con vosotros. Pero debéis saber, amigos míos, que dispondremos de medios y hombres para fortificar Orak lo suficiente para rechazar a los bárbaros, siempre que nos mantengamos unidos. Yo seré quien os guíe en esa gran empresa, y os digo que podemos y tenemos que conseguirlo. Ahora volved a vuestras casas y a vuestros lechos. Esperad dos días hasta el discurso de Nicar. Entonces sabréis qué es lo que debéis hacer.

Algunos le gritaron, pero él los ignoró mientras descendía de la piedra y llamaba a Gatus, un veterano canoso que se acercaba a las cincuenta estaciones. Segundo en el mando cuando Eskkar se sumó a la guardia de Orak, Ariamus lo había degradado por cuestionar sus órdenes. Eskkar no tenía amigos verdaderos entre los soldados, pero respetaba a aquel viejo guerrero, que conocía su oficio mejor que muchos.

—Gatus, serás desde ahora el segundo al mando. —Eskkar subió el tono de voz para que lo oyera la mayoría de los soldados—. Dispersa a la multitud. Asegúrate de que las puertas estén cerradas esta noche y que haya centinelas apostados. Que algunos hombres patrullen las calles hasta el amanecer. No tienen que hacer nada en particular, salvo ir armados y parecer amenazadores. Después ven a verme. —El hombre asintió, aceptando sin cuestionar su nueva autoridad, lo mismo que la de Eskkar—. Me trasladaré a los aposentos de Ariamus. Pon un centinela a la entrada de mi casa. De lo contrario esos idiotas estarán golpeando mi puerta hasta el amanecer.

Buscó a Trella y la descubrió mirándolo fijamente, sin temor, con sus grandes ojos puestos en él mientras se aproximaba. La cogió de la mano y la llevó lejos de la muchedumbre, hacia el fondo de los barracones, donde estaba ubicado su nuevo alojamiento.

Al entrar, Eskkar notó con sorpresa que alguien había limpiado y apisonado el suelo, eliminado la mayor parte de la suciedad, y que habían traído sus cosas. Algunos de sus hombres se habían anticipado a su ascenso.

Sus escasas pertenencias le hicieron sonreír. No habrían empleado mucho tiempo en trasladar una delgada manta, una túnica, una espada larga antigua y otra espada corta muy común.

El fuego ardía en el pequeño hogar, y alguien había amontonado cerca un poco de leña. Un soldado entró portando una vela —todo un lujo— que colocó sobre la cera acumulada en la mesa situada en el centro de la estancia. El hombre miró con curiosidad a Trella y luego sonrió a Eskkar antes de retirarse.

El capitán cerró la puerta y se reclinó contra ella; los ruidos del gentío iban disminuyendo a medida que sus hombres comenzaban a dispersar a los pobladores. La llama de la vela creció, sumando su luz a la del fuego.

Trella se movió lentamente por la habitación. Los ojos de Eskkar la siguieron

mientras ella examinaba su nuevo hogar. La muchacha se quitó el manto y lo colgó en un gancho cerca de la puerta. De un bolsillo de su vestido sacó una bolsa pequeña, que, sin duda, contenía lo que quedaba de sus pertenencias, y la colgó en el mismo gancho. Cruzó la estancia hacia la chimenea y se colocó frente a él con la cabeza levantada.

El guerrero vio el movimiento de sus pechos contra el delgado vestido cuando, tras tomar aire, levantó la mirada para encontrarse con la suya.

—Me han dicho que tu nombre es Eskkar, que eres un bárbaro y que me han entregado a ti como tu esclava. —No pudo ocultar el tono de amargura en su voz cuando dijo la palabra *esclava*—. Creta no me informó de que ahora eres el capitán de la guardia.

—La gente de las estepas no se consideran a sí mismos bárbaros, Trella. Son iguales a cualquier otro clan, excepto que se mueven de un lugar a otro. Pero los abandoné hace ya mucho tiempo, cuando tenía catorce años, y desde entonces he vivido entre granjas y poblados, sirviendo con mi espada. Soy sólo un soldado, y la cobardía de Ariamus me ha convertido en capitán de la guardia.

Todavía se encontraba apoyado en la puerta, y pudo escuchar cómo uno de los guardias ocupaba su puesto al otro lado. El bullicio en el exterior había desaparecido, salvo algún que otro grito en la distancia, señal de que sus hombres cumplían las tareas encomendadas.

Sus hombres. Había dicho bien. El día había comenzado mal, pero al final se había convertido en el capitán de la guardia, con un alojamiento propio, una esclava de su propiedad y una bolsa de oro que recibiría por la mañana. Tal vez los dioses le sonrieran, después de todo. Sus perspectivas futuras parecían prometedoras, al menos durante los meses siguientes, hasta que, con toda probabilidad, los Alur Meriki le cortaran la cabeza y la ensartaran en una lanza. Pero aquella noche no valía la pena preocuparse por eso.

—Mi padre era consejero del jefe de la aldea de Carnax —continuó Trella—. Ambos fueron asesinados a traición, y mi hermano y yo vendidos como esclavos. Ahora te pertenezco.

Eskkar se preguntó si le estaba diciendo la verdad. Todos sabían que los esclavos mentían con respecto a su pasado. Sus padres podían haber sido unos campesinos que vendieron a su hija por unas monedas porque las lluvias tardaban en llegar o se les había muerto la vaca. Nunca había oído hablar de Carnax y, la verdad, poco importaba lo que ella dijera o asegurara. Trella era una esclava y lo sería durante el resto de su vida. Vio la tensión en su cuerpo y supuso que se resistiría cuando la poseyera.

Para su sorpresa, la idea no le causó ninguna excitación y, de repente, sintió sus piernas tan débiles como su cabeza. Abandonó la puerta. Sus movimientos

atemorizaron a la muchacha, que retrocedió unos pasos y cruzó las manos sobre sus pechos.

Él se sentó a la mesa con la mirada fija en la llama de la vela.

—Trella, hoy ha sido un día muy largo, lleno de sorpresas para ambos. —Hasta ahora no había caído en la cuenta del esfuerzo que había significado su conversación con Nicar, que le había obligado a sí mismo a pensar y presentar sus planes e ideas claramente. Blandir una espada o partir cráneos requería menos trabajo, y sabía que había utilizado más palabras ese día que durante todo el mes anterior. Su cerebro no estaba habituado a semejante actividad, y ahora se sentía demasiado cansado, incluso para tratar de someter a la muchacha. Estaba envejeciendo. Treinta estaciones, aunque era consciente de que tenía suerte de estar vivo—. Y mañana será todavía peor. Estoy cansado. He comido demasiado, he bebido demasiado vino, y tengo demasiadas ideas en la cabeza. Dime si necesitas algo y después nos iremos a dormir.

Trella levantó la cabeza. Eskkar creyó apreciar cómo el color volvía a sus mejillas, aunque la temblorosa luz de la vela hacía difícil saber si era cierto.

—No me he acostado nunca con ningún hombre.

Eskkar le sonrió, aunque en aquel momento no sabía si semejante noticia era buena o mala.

—No creo que tengas problemas esta noche, muchacha. Necesito dormir y no pelearme contigo. —Se levantó y echó un rápido vistazo a la habitación—. Allí está el orinal. No creo que debas usar la letrina, al menos esta noche.

Se apartó de la mesa y salió, saludando al centinela con una inclinación de cabeza, para dirigirse a la letrina del barracón.

Cuando regresaba se encontró con Gatus, que lo estaba esperando. El viejo soldado no desperdió las palabras.

—¿Te ha nombrado Nicar capitán de la guardia? —Gatus lo miró directamente a los ojos, y se colocó frente a su nuevo comandante.

—De momento. Pero le he dicho que tenía que estar al mando de todo el poblado y sus defensas. El ratificará el acuerdo cuando se reúna con los otros nobles. O tal vez no.

—¿Y si no lo hace? —preguntó el soldado.

—Entonces mi esclava y yo abandonaremos la aldea. Pero Nicar me confirmará en el cargo, estoy seguro.

Gatus se encogió de hombros y sacudió la cabeza, agitando su larga cabellera gris.

—¿Verdaderamente crees que la aldea puede resistir a los bárbaros?

—Gatus, no voy a mentirte. Sé que no se ha conseguido jamás. Pero éste no es un poblado pequeño. Es posible que igualemos en número a los bárbaros. Creo que podemos fortificar las defensas lo suficiente para resistir hasta que se vean forzados a

marcharse.

La idea de escabullirse de la aldea en cualquier momento en los próximos meses había cruzado su mente, pero la promesa del oro de Nicar le obligaba a mantenerla apartada de momento.

El hombre pareció dudar, y tenía motivos para ello. Pero Gatus tenía que estar convencido o la todavía frágil autoridad de Eskkar sobre sus hombres se desvanecería. Respetaban a Gatus y su opinión sería tomada muy en serio.

—Sígueme durante unas semanas y veremos lo que podemos hacer. Me he pasado el día pensando en muchas cuestiones y creo que puede lograrse. Estoy seguro. Mientras tanto, se te duplicará la paga y te convertirás en el segundo al mando.

Gatus se le acercó un paso.

—Hoy eres una persona diferente a la de ayer. ¿Has sido bendecido por los dioses?

La risa del capitán cruzó la noche. Los dioses y él no estaban, precisamente, en buenas relaciones.

—No, no estoy loco, aunque la cabeza me da vueltas con todas estas nuevas ideas.

Comenzó a caminar, pero Gatus lo cogió del brazo, con fuerza, y sus rostros se situaron a escasos centímetros.

—Has cambiado, Eskkar. Cualquier tonto podría darse cuenta, incluso el resto de los hombres. Obedeceré tus órdenes, al menos durante un tiempo. Pero si me mientes, te atravesaré con mi espada por la espalda. ¡Juro por los dioses que lo haré! Tengo mujer y dos hijos, y no dejaré que se los lleven los bárbaros.

—Entonces, cumple tus órdenes. Mañana será un largo día y tendrás mucho que hacer —le dijo mientras se apartaba y Gatus retiraba la mano.

Eskkar pensó en la rapidez con la que habían cambiado las cosas. El día anterior habría golpeado a cualquiera que le hubiera puesto una mano encima. Ahora no significaba nada.

Cuando volvió al aposento de Ariamus, la vela estaba apagada y el fuego había disminuido hasta convertirse en brasas. Dejó caer la barra de madera de la puerta, se desató las sandalias y se quitó la túnica y el resto de sus ropas, ignorando el frío reinante en la habitación.

Cogió su espada de la pared donde estaba colgada, la retiró de su funda y la colocó al lado de la cama. Desde que había huido de Alur Meriki no había pasado una sola noche en la que no durmiera con un arma al alcance de la mano. Se preguntó si la muchacha la usaría en su contra en la oscuridad, pero decidió que estaba demasiado cansado como para preocuparse de eso.

La cama era suficiente amplia para los dos, puesto que a Ariamus le gustaban las mujeres de formas generosas. Por un instante Eskkar creyó que estaba vacía, hasta

que se dio cuenta de que la muchacha se había colocado contra la pared, tan lejos de él como le era posible. No le importó. Mañana, quizá por la mañana, la poseería y acabaría con aquella tontería.

Se dio la vuelta en la cama, dándole la espalda, de cara a la puerta. Tiró de la única manta para taparse los hombros y dejó que su cuerpo se relajara mientras intentaba dormir.

Pero su mente se negaba a obedecer. Pensó en Nicar, en Alur Meriki, en el mando de la guardia, en la propia aldea, todos se arremolinaban en su cabeza. Una semana antes no podía haber imaginado que aquello sucedería. Ahora podía adquirir poder, oro, esclavos, o lo que quisiera... si podía salvar Orak de los bárbaros.

Aquella era una condición enorme, a pesar de lo que les había dicho a Nicar y a Gatus. Había tanto que hacer que era difícil saber por dónde empezar. Al día siguiente habría que dar comienzo a muchos trabajos. Tendría que hablar con Gatus, elegir nuevos comandantes, prepararse para reunirse con Nicar y hablar con los soldados. Sabía que se enfrentaban a grandes obstáculos, pero había una posibilidad, y si podía ganar, si tenía éxito, si los dioses le brindaban buena fortuna, si... si... si...

Aquellas ideas siguieron girando en su cabeza, desde la cena con Nicar a la entrevista con los nobles, pensando en todo lo que les había dicho a sus hombres y a la multitud, las cosas que debería haber discutido con Nicar, lo que tenía que hacer al día siguiente, cómo dirigirse a sus soldados, qué decirles a las Familias. Cada vez que intentaba concentrarse en una idea en concreto, surgía otra y comenzaba nuevamente el ciclo.

La manta se agitó ligeramente, y de pronto sintió el cuerpo de Trella contra el suyo, con sus piernas rozándole, y algo suave tocando su hombro.

—Todavía estás despierto —le susurró, casi como si fuera una acusación—. Hace frío contra la pared —continuó, para justificar su acercamiento—. ¿En qué estás pensando?

Todo lo que estaba pensando se desvaneció con el primer contacto de su piel.

—En ti. Estaba pensando en ti. —Las ideas sobre Orak, junto a su cansancio, desaparecieron, mientras comenzaba a sentir una cierta excitación.

—No mientas. Estabas pensando en Nicar y en su oro.

Se rió. Ella no era ninguna tonta y lo suficientemente atrevida como para desafiar a su nuevo amo.

—Bueno, estaba pensando en Nicar, pero no en su oro. Pero ahora no recuerdo nada más, y todo a causa del contacto con tu cuerpo. Eres muy hermosa, Trella.

Ella guardó silencio. Después movió su brazo y le rozó el hombro, dejando a la vez una sensación de frescor y calidez sobre su piel. Eskkar aferró su mano con firmeza, del mismo modo que había hecho en la calle aquella misma noche. La joven se le aproximó un poco, de forma que casi podía sentir todo su cuerpo, cálido y

suave, contra el suyo.

—¿Y qué piensas ahora? Sintió su aliento contra su oído.

—Pienso en tenerte entre mis brazos, abrazarte y besar tus labios.

Su virilidad se había despertado, casi dolorosamente, con una intensidad que no había sentido desde hacía mucho tiempo, pero no quería moverse o hacer nada que pudiera romper aquel hechizo impuesto por sus palabras y su roce.

—Soy tu esclava, Eskkar —le dijo susurrándole al oído y acercando su cuerpo aún más.

Sus palabras le sorprendieron, pero se dio la vuelta para mirarla, colocó sus brazos alrededor de ella y sintió cómo los músculos de su espalda se tensaban mientras la atraía hacia él. Eskkar podía sentir ahora todo su cuerpo contra el suyo, con su piel casi demasiado cálida al tacto. Algo extraño le estaba sucediendo. Quizá los acontecimientos del día lo habían excitado, o el hecho de que ella le perteneciera. De pronto se dio cuenta de que la deseaba más que a cualquier otra mujer que pudiera recordar. Quería que se le entregara voluntariamente, que lo quisiera.

—A una esclava se la toma. Si fueras sólo eso, te tomaría, quisieras o no. Pero eres algo más que una vulgar esclava. Nicar era consciente de ello, pero yo soy sólo un bárbaro, poco hábil con las palabras.

Sintió el impulso de tocarla, y pudo oír su respiración cuando con sus manos acarició sus suaves pechos.

—Vi el miedo en tus ojos cuando te enfrentaste por primera vez a la multitud. Pero pronunciaste las palabras adecuadas y creo que ahora ellos confían en ti.

Él no dijo nada, sorprendido y un poco avergonzado por haber dejado traslucir su nerviosismo y porque la muchacha se hubiera dado cuenta de ello. Pero consideró que se las había ingeniado bastante bien, y quizá nadie más se había percatado.

Su boca le rozó la mejilla e hizo desaparecer cualquier pensamiento.

—Yo también tengo miedo, Eskkar. Miedo a los bárbaros, miedo al futuro. Pero ya ha llegado el momento de convertirme en mujer, y no creo que vayas a hacerme demasiado daño.

Dejó entonces que su cuerpo se relajara bajo sus caricias, hundiendo su cabeza en su hombro. A los pocos momentos, la mano de la joven se deslizó hacia su entrepierna, obligándole a dejar escapar un pequeño grito.

Eskkar besó su mejilla, luego su boca, primero suavemente, con mayor fuerza y profundidad después, mientras ella lo abrazaba. Acarició su cuerpo, deslizó sus dedos sobre su vientre, se resistió todo lo que pudo, hasta que sintió que su deseo iba a hacerlo estallar. Aguantó hasta que ella le llamó con un gemido y pudo sentir la humedad entre sus piernas, antes de penetrarla, moviéndose tan lentamente como era capaz, sabiendo que le haría daño, pero tratando de ser lo más delicado posible. Ella dejó escapar un grito, una aguda exclamación de dolor mientras le clavaba las uñas en

la espalda, para luego abandonarse con un suspiro de placer cuando se introdujo en su interior.

Eskkar permaneció inmóvil durante un instante hasta que Trella se relajó y sus brazos volvieron a rodearle con fuerza. Comenzó a balancearse contra ella, y nuevamente sus pequeños quejidos de dolor y placer, mezclados con su deseo, se incrementaron. Cuando todo terminó, demasiado pronto, la retuvo contra él, acariciándole el pelo, disfrutando de su presencia, hasta que cayó dormido en sus brazos, con un sueño profundo y sereno y una sensación de bienestar que no había experimentado desde su infancia.

Trella esperó hasta asegurarse de no despertarlo. Retiró su brazo del cuello de Eskkar con delicadeza, aunque se mantuvo cerca, sintiendo su aliento contra su pecho. Él dormía de lado, respirando con fuerza, con un brazo sobre su estómago. Ella miraba fijamente en la oscuridad, pensando en aquel abrazo amoroso, rodeada por el espeso silencio en el que la aldea estaba sumergida. Ahora era ella la que no podía dormir.

Había sido un abrazo amoroso, algo que ella había deseado, aunque no por las mismas razones que el hombre que tenía a su lado. Ser virgen se había convertido en un problema. Nicar, su hijo y los demás sirvientes de la casa del comerciante, incluso los traficantes de esclavos que la habían llevado a Orak, todos la habían deseado, y su virginidad había sido un atractivo adicional. Eskkar también la quería, y la habría tomado en contra de su voluntad aquella misma noche de no haber sido por los acontecimientos del día.

Pero al día siguiente sería diferente, y como capitán de la guardia habría perdido el respeto de sus hombres si no la hubiera tomado. Si se hubiera resistido, entonces la habría golpeado, y ella no quería comenzar así. No, lo mejor era hacerlo mientras todavía estaba en su poder la posibilidad de entregarle su virginidad como un regalo. Durante los próximos meses habrían de suceder muchas cosas y ella necesitaría todos sus conocimientos para mantenerse con vida, sobre todo si los bárbaros llegaban.

Aun así, él la había deseado, y esta idea la satisfacía. En la casa de Nicar lo había visto en su mirada, a pesar de las lágrimas que llenaban sus ojos. Trella recordó la desesperación que la invadió la primera vez que vio a aquel bárbaro de rostro adusto que ahora era su dueño.

Pero el recuerdo de sus propios deseos traicionaba aquella lógica. Tuvo que admitir, sorprendida, que cuando él decidió no forzarla y salió de la estancia, ella decidió que, a pesar de sus temores, le entregaría su virginidad. Y al ofrecerse ella misma, más que obligar a que la tomara, había mantenido algo de su dignidad. Un hombre debe ser más que un simple animal, y Eskkar, bárbaro o no, había

demostrado poseer algo más de lo que aparentaba. Puede que fuera una esclava, pero también podía compartir la vida de su amo. Su vida era ahora la suya, y Trella quería que ambas vidas mejoraran en el futuro.

No había oído nada de lo que Eskkar y Nicar habían discutido durante la cena, pero había escuchado gran parte de la conversación que el comerciante y su mujer, Creta, habían mantenido con anterioridad, y luego con el noble Drigo, incluida la preocupación de Nicar por la inminente llegada de los bárbaros que le había obligado a convocar al capitán. De alguna manera, aquel bárbaro le había convencido de que podía encargarse de la defensa de la aldea, y tal desafío había sorprendido incluso al propio comerciante, un hombre inteligente, tan inteligente como había sido su padre.

Aquel recuerdo le provocó una oleada de tristeza, pero se obligó a alejar de su mente la imagen del cuerpo de su padre en el suelo, con la sangre brotando de sus heridas, con sus ojos ciegos mirando el techo. Él le había enseñado bien —demasiado bien, solía decir su madre—, reconociendo en su hija una mente tan hábil como la suya. Esperaba poder vengar su muerte algún día. Pero ahora ya no le quedaban lágrimas para lamentarse por la suerte de sus padres o por su propia desgracia.

Necesitaba aprender todo lo posible sobre aquel soldado. Podía ser un guerrero poderoso y con experiencia en el campo de batalla, pero ella quería saber si tenía la suficiente inteligencia para sobrevivir hasta llegar a enfrentarse con los bárbaros, y para derrotarlos. Eso era lo que más le preocupaba. Al día siguiente sabría mucho más sobre su nuevo amo. Ahora su futuro dependía enteramente de él.

Ahora pertenecía a un guerrero, y además bárbaro, por lo que su situación podía casi equipararse a la de la compañera de un soldado o a una prostituta. Sin embargo, si Eskkar tenía éxito como capitán de la guardia y se erigía en jefe en la defensa de Orak, las cosas cambiarían para ellos de manera sustancial. Aunque era consciente de que ni siquiera semejante empresa sería suficiente para borrar el estigma de ser, a la vez, extranjero y bárbaro.

Sin embargo, si Nicar había visto algo digno de aprecio en aquel hombre, entonces también ella podría encontrarlo. Y cualquier lugar y cualquier amo serían mejores que permanecer en casa de Nicar, con su repugnante hijo sobándola a la menor oportunidad. Pronto habría pasado del padre al hijo y a los sirvientes. Incluso la vida como esclava de un bárbaro sería preferible a dicha existencia.

El acto amoroso la había sorprendido. Su madre la había puesto sobre aviso de los dolores de la primera noche, pero éstos habían desaparecido tras un breve instante, convirtiendo su miedo en sorpresa y placer. Él la había tratado con delicadeza, más de lo que ella había esperado, y sus propias reacciones la hacían contraerse de vergüenza. Trella era consciente de no haber tenido pudor alguno, y aún en ese momento podía sentir la humedad entre sus piernas que le hacía recordar las sensaciones que habían cruzado su cuerpo más veloces de lo que ella fue capaz de

controlar.

Finalmente sus pensamientos se aletargaron y comenzó a dormirse, pensando en el hombre que tenía entre sus brazos y sabiendo que al día siguiente comenzaría una nueva vida como esclava de aquel capitán de la guardia recién ascendido. No sería la vida que había previsto, la que ella y su padre habían discutido con frecuencia cuando éste la educaba. En vez de guiar y ayudar a algún mercader rico y poderoso, ahora tenía que estar al lado de aquel recio soldado para rechazar una invasión bárbara, una tarea que, cuanto más pensaba en ella, más temor le provocaba.

Era demasiado joven, aún no había cumplido su decimoquinta estación, pero tenía que intentarlo y esperaba que las enseñanzas de su padre fueran suficientes para suplir su inexperiencia.

Eskkar había admitido que nadie había rechazado nunca a los bárbaros, por lo que era posible que su nuevo amo escuchara sus consejos. Trella decidió que debía utilizar todo lo que había aprendido, así como su propio cuerpo, para mantenerlo cerca de ella. Él la necesitaría más de lo que suponía, como Nicar había dicho.

Y si Eskkar tenía éxito, entonces sólo los dioses sabían lo que el futuro podía depararles. Habría mucho que hacer en los días que estaban por llegar. Su último pensamiento antes de caer dormida fue que la noche siguiente se encontraría de nuevo en aquella cama y entre aquellos brazos, y esta vez no habría miedo, sólo placer.



CAPÍTULO 3

Los golpes en la puerta despertaron a Eskkar con un sobresalto. Aferró su espada antes de incorporarse por completo, ligeramente aturdido por encontrarse en una estancia y una cama extrañas, hasta que recordó los acontecimientos de la noche anterior. Los golpes se hicieron más fuertes y provocaron que la puerta se sacudiera peligrosamente.

—Por todos los dioses, ¡basta de ruidos! —gritó—. ¿Quién es?

—Gatus, capitán. Levántate. El mensajero de Nicar ha llegado.

—Maldito seas tú y todos los dioses —murmuró—. Ya voy.

Eskkar echó una ojeada a la pequeña ventana cubierta con un trozo de cuero para que no entrara el sol. Un brillante rayo de luz atravesaba el suelo de tierra. Debía de ser casi una hora después del amanecer. Tendría que haberse levantado hacía ya mucho tiempo. Pero la buena comida de la noche anterior y los placeres del sexo lo habían hecho dormir profundamente, y se sentía maravillosamente fortalecido. De hecho, no recordaba la última vez que había dormido tan bien.

Se levantó y se dio cuenta de que la cama estaba vacía. Trella había desaparecido, y también su manto. Seguramente se ha escapado, pensó, después de tomarme por un estúpido. Pero el recuerdo de la intimidad de la noche anterior le hizo sonreír, y al mirar más atentamente el lecho descubrió la pequeña mancha de sangre de su virginidad. Bueno, ahora no tenía tiempo para la muchacha.

Se vistió con rapidez y abrió la puerta, mientras se ajustaba la espada al cinto. La luz del sol le hizo entrecerrar los ojos. Gatus se había ido, pero dos hombres aguardaban. Eskkar reconoció al mayor como uno de los criados de confianza del mercader. El otro, mucho más joven, tenía una espada corta y debía de ser un guardia al servicio de Nicar. El rostro del hombre mayor mostraba claramente su impaciencia.

—¿Qué sucede? —gruñó Eskkar.

¿Acaso Nicar había decidido cancelarlo todo? ¿O quería que le devolviera a su esclava?

El sirviente se adelantó e hizo la menor de las reverencias posibles.

—Nicar te envía sus saludos y te pide que vayas a su casa mañana a mediodía. — El hombre esperó un instante, y ante el silencio de Eskkar, continuó—. Se me ha encomendado que te entregue esto. —Le dio una pequeña bolsa de cuero que tintineó agradablemente cuando Eskkar la agarró.

—Dile a tu amo que estaré allí a esa hora. —Decidió que debía ser cortés y agregó—: Y lamento haberte hecho esperar. Estuve despierto hasta tarde, pensando en los bárbaros.

Eskkar se dirigió a su centinela, que estaba reclinado sobre su lanza.

—Borra esa sonrisa de tu cara o te arranco las entrañas. —La sonrisa del guardia en vez de desaparecer se hizo más grande—. ¿Y dónde está la muchacha? ¿Has dejado que se escapara en medio de la noche mientras dormías durante la guardia?

El soldado sonrió de nuevo.

—No, capitán, ella ha salido hace poco a buscar algo de comida. Me dijo que te dejara dormir. Volverá enseguida.

Si no estaba ya muy lejos del poblado en medio de los campos. Probablemente Trella había seducido al guardia del mismo modo que lo había hechizado a él. Malditos sean los dioses, tendría que haberle dicho que la vigilara. Sería el hazmerreír de todos en Orak, el gran capitán de la guardia que no pudo conservar a su esclava ni un solo día. Sin compartir sus sombríos pensamientos con nadie, se dirigió primero a la letrina y luego al pozo a lavarse.

Al volver a su alojamiento, vio que salía humo de la pequeña abertura que hacía las veces de chimenea. En el interior encontró a Trella calentando agua sobre un fuego que producía tanto humo como calor. Un bollo de pan fresco sobre la mesa perfumaba el aire, acompañando a una solitaria salchicha en el único plato resquebrajado que había en la habitación.

Cuando la vio, abrió la boca como un tonto y no pudo evitar sonreírle cuando ella se dio la vuelta al oírlo entrar. La muchacha lo observó mientras se sentaba a la mesa antes de dirigir su atención a la humeante y abollada olla de cobre que descansaba sobre el fuego. Trella la agarró con un pedazo de tela, la llevó a la mesa y puso el agua tibia en una taza de madera frente a él.

—Buenos días, amo —dijo con voz neutra mientras apoyaba el cuenco sobre la mesa.

—Pensé que te habías escapado. Cuando me desperté y vi que no estabas, pensé que habías huido en medio de la noche.

—¿Y qué habrías hecho si hubiera escapado? —preguntó sin mostrar emoción alguna.

—Habría ido a buscarte, Trella. —Se estiró por encima de la mesa y tocó su brazo, disfrutando del roce de su piel y recordando la noche anterior.

—Debes hablar con Nicar mañana. Ya lo saben todos. ¿Cómo habrías podido perseguirme si tienes que reunirte con él?

—Para mí hay cosas más importantes que Nicar y Orak. Si alguna vez huyes, iré en tu busca.

Una sonrisa apareció fugazmente en su rostro y le otorgó por un instante el aspecto de una niña. Ella le tocó la mano.

—No me escaparé, al menos de momento —dijo con una voz más placentera—. Toma tu desayuno, amo. Tienes mucho que hacer hoy para preparar tu encuentro de mañana.

—Acompáñame, entonces.

Partió el pan y la salchicha por la mitad. Ella llevó la olla al fuego y volvió a la mesa. Dio un mordisco a la salchicha, pero devolvió al plato la mayor parte de su porción.

—Tú tienes un largo día por delante y necesitarás todas tus fuerzas —dijo Trella mientras le señalaba la carne—. Además, no es correcto que el esclavo coma tanto como su amo.

Eskkar tragó el vino mezclándolo con un poco de agua tibia y puso nuevamente la carne frente a ella.

—Come, mujer. Tú necesitarás todas tus fuerzas esta noche.

Ella enrojeció de vergüenza y apartó la mirada.

Eskkar pensó que las mujeres eran un gran misterio. Durante la noche te arrancaban la piel de la espalda y por la mañana no se atrevían a mirarte a los ojos. Cambió de tema.

—¿Cómo has pagado todo esto? ¿Te ha dado Creta algunas monedas antes de marcharte?

—¿Esa vaca vieja? No me ha dado nada, y encima se apropió de lo poco que yo tenía. Le pregunté al centinela dónde podía encontrar comida, y después fui junto al vendedor a buscar los mejores productos. Le dije que era la mujer de Eskkar y que necesitaba comida para tu desayuno. Me dio el pan y la carne. Le dije que le pagarías más tarde.

—¿Y te dio la comida? —preguntó Eskkar, con la sorpresa reflejándose en su voz. Nadie en la aldea le había fiado hasta entonces.

—Estaba ansioso por poder ser útil de alguna forma —respondió mientras masticaba un pedazo de pan—. Amo, ¿puedo hablar?

Eskkar golpeó con fuerza la mesa con su jarro.

—Di lo que quieras, Trella. Te dije anoche que eras algo más que una esclava y que necesitaría tu ayuda. Así que puedes hablar cuando quieras.

—Los hombres dicen cosas por las noches que luego olvidan por la mañana —dijo jugueteando con las migas de pan.

—También las mujeres dicen cualquier cosa para obtener lo que quieren. ¿Qué deseas, muchacha? ¿Quieres irte? ¿O regresar con Nicar? No te detendré si eso es lo que quieres. Así que di lo que piensas y terminemos de una vez.

Ella volvió a tocarle la mano y lo miró a los ojos por primera vez.

—No soy más que una muchacha. No, ni siquiera eso, sólo soy una esclava. Pero anoche, cuando te quedaste dormido, pensé bastante en lo que quería. —Retiró la mano—. Mi padre ha muerto y mi familia ha desaparecido, porque también los mataron o convirtieron en esclavos. Sé que jamás volveré a verlos. Así pues, decidí que quería quedarme y apoyarte. Quiero estar a tu lado para ayudarte a vencer a los bárbaros. Porque si lo consigues, entonces podrás tener riquezas para establecer tu propia Casa. Eso es lo que ahora deseo, formar parte de tu familia. Y por eso te prestaré toda la colaboración que me sea posible.

Durante un instante, él la miró en silencio.

—Ayer por la noche, en la oscuridad, comencé a dudar si podía defender la aldea contra los bárbaros. Esta mañana parece aún más imposible.

—Yo puedo ayudarte, Eskkar. —Se inclinó sobre la mesa—. Estoy segura de poder hacerlo. Ésa es la razón de que Nicar me entregara a ti. Pero tendrás que contarme todos tus pensamientos, todos tus planes, absolutamente todo.

Él miró fijamente a su plato mientras consideraba aquella exigencia. Nunca había tenido amigos en Orak, nadie a quien confiar sus dudas, sus incertidumbres. Gatus y el resto de sus hombres poco tenían que ofrecer. Y estaba seguro de que él sabía más sobre lo que había que hacer que cualquiera de ellos.

Podía hablar con Nicar, pero no quería presentarse ante la persona más poderosa de Orak tan pronto con sus dudas. Eskkar no tenía a nadie en quien confiar. El comerciante le había dicho que ella le sería útil, así que era preferible confiar en aquella esclava que en cualquier otra persona, aunque no estaba muy seguro de qué modo podría prestarle su apoyo. En cualquier caso no tenía mucho que perder si hablaba con ella.

Sin embargo, dudaba. La muchacha provenía de la casa de Nicar. Tal vez lo que Eskkar le dijera llegara a los oídos de su antiguo amo. A pesar de depositar su confianza en su nuevo capitán de la guardia, el noble podría querer conocer sus pensamientos. Aunque Trella le había sido regalada, no prestada, y el odio entre la joven y Creta parecía real.

—Amo, lo que me digas no se lo repetiré a nadie.

Aquellas palabras le hicieron preguntarse si no sería capaz de leer su mente. Estaba casi seguro de que la noche anterior lo había hechizado. Finalmente, su mirada acabó por convencerlo, una mirada tan intensa que parecía atravesarle la mente, mientras ella se inclinaba sobre la mesa, esperando a que él se decidiera.

—Te diré lo que sé, Trella —comenzó—, aunque no sé cómo podrás ayudarme.

—Tal vez sea capaz de hacer más de lo que te imaginas. Desde niña, he sido adiestrada en muchas tareas. Mi padre era un noble y me enseñó a entender su manera de actuar. Me sentaba a sus pies mientras trabajaba y escuchaba cómo aconsejaba al jefe de nuestra aldea. Además, aprendí muchas cosas en la casa de Nicar. Como puedo leer los símbolos y contar, trabajé con él y sus escribas casi a diario. Los he oído hablar sobre Orak, Drigo y los otros nobles.

Eskkar quería creerla. Más que eso, deseaba confiar en ella. Aunque repitiera sus palabras a Nicar, ¿qué importaba? Tenía el oro y la esclava, y si decidía marcharse le seguirían suficientes soldados. Nadie intentaría detenerlo. ¿Qué podía perder?

—Muy bien. ¿Por dónde empiezo?

Hablaron durante casi dos horas. El guerrero le explicó su proyecto de construir una muralla, de utilizar el arco para mantener a los atacantes a distancia, de inundar las tierras en torno al poblado. Le contó cómo entrenaría a los hombres, qué armas necesitarían, qué fuerzas esperaba organizar y qué les depararían los próximos meses.

Ella le preguntó sobre los bárbaros y él se los describió: por qué combatían y sus tácticas. Señaló cada detalle de la inminente contienda del mejor modo que supo, respondiendo a todas sus cuestiones y a sus incesantes interrogantes.

Cuando terminó, ella volvió a inclinarse sobre la mesa y cogió una de sus manos entre las suyas.

—Gracias, amo. Pero tú hablas sólo de luchar, de los hombres y de la muralla. No me dices qué es lo que temes, cuál es la causa de tu ansiedad, qué te preocupa más que nada. Por favor, amo, cuéntame esas cosas.

Eskkar le acarició las manos. Las sentía tan cálidas y excitantes como la noche anterior. Sin duda, la muchacha le había hechizado, pero ya no importaba.

—Muy bien, Trella. Me preocupan los nobles. No sé cómo tratar con ellos. Son inteligentes y rápidos con las palabras. Nicar es un buen hombre, pero no tengo confianza en él. Mandó a buscarme porque no tenía a nadie más. El resto de los nobles es peor aún, sobre todo Drigo. Anoche se cruzó conmigo en la calle y vi en su mirada que se reía. Se burló de mí sin decir ni una palabra, y yo no pude hacer nada. —El recuerdo lo enfureció, y aumentó la presión de su mano sobre la de Trella—. No temo a Drigo, pero es poderoso y sus hombres obedecen sus órdenes. Podría matar a cualquiera de ellos sin dificultades, pero incluso una pequeña jauría de lobos puede acabar con un hombre. —Respiró hondo—. Pero a lo que verdaderamente tengo miedo es a aparecer como un estúpido ante ellos y los demás. —Nunca en su vida había admitido tener miedo, y mucho menos ante una pequeña esclava. Ahora que las palabras habían sido pronunciadas, no podía volverse atrás. Decidió continuar—. Y lo mismo sucede con los artesanos. No sé cómo pedirles arcos, o espadas, o cualquiera de las otras cosas que necesitaré, o qué cantidad, o cuándo tendrán que estar preparadas. Incluso con la ayuda de Nicar, me pregunto si seré capaz de obtener todo

aquello que preciso.

Había dado rienda suelta a sus dudas y temores. Pero al admitir su debilidad, en vez de vergüenza, sintió alivio.

Trella le estrechó la mano con sorprendente fuerza.

—Amo, te preocupas por esas cosas porque no conoces a esos hombres. Yo he vivido entre esa gente toda mi vida. No hay nada que temer. De la misma forma que tú has pasado toda tu vida luchando, ellos han pasado las suyas hablando, calculando y negociando. Pero con la llegada de los bárbaros, el tiempo de hablar se acabó. Ahora te temerán y te necesitarán porque saben que sólo un guerrero puede salvarlos a ellos y su oro. ¿Puedo decirte lo que sucederá?

Que los nobles le tuvieran miedo, en principio, le pareció extraño.

—Continúa.

Entonces ella le dijo cómo reaccionarían las Cinco Familias, qué es lo que probablemente harían y dirían los nobles y cómo su arrogante necesidad de dominar a todos y a todo podría incluso sobreponerse al miedo a los bárbaros. Le contó las dudas y preocupaciones de Nicar, especialmente respecto a las otras Familias nobles, en particular la de Drigo.

—Recuerda, no importa lo que pase con los bárbaros, los nobles nunca confiarán en ti ni te aceptarán por completo. No eres como ellos.

Volvió a pensar en la noche anterior, cuando había asumido casualmente que Nicar y el resto lo aceptarían en su círculo. Qué infantil le debía de haber parecido aquello al comerciante.

—Pensé que se sentirían agradecidos de que salve la aldea. Pero tienes razón. Siempre me considerarán un bárbaro.

—Ellos son lo que son, amo. Y no les gusta compartir el poder, sobre todo con un extraño. Ni siquiera a Nicar. Puede que sea bueno contigo ahora que te necesita, pero más tarde querrá recuperar su autoridad.

—¿Y qué opinas tú, Trella? ¿A ti no te importa pertenecer a un bárbaro?

—Tú no eres un bárbaro, amo. Tratas a una joven esclava con respeto. He visto eso y más esta última noche. Y yo también soy una extranjera aquí. Tal vez los dioses nos hayan enviado el uno al otro. —Sus últimas palabras fueron dichas con una sonrisa que desapareció rápidamente—. Ahora, ¿podríamos hablar de la entrevista que tendrás mañana con los nobles? Deberías prepararte para reunirte con las Familias.

Con creciente confianza, le planteó las preguntas que podrían hacerle durante la reunión con Nicar y cómo debía responderlas. Sus ideas le sorprendieron, aunque una vez explicadas, consideró muy probable que los nobles se centraran en ellas. Eskkar se dio cuenta de que su ofrecimiento de defender Orak era incluso más complicado de lo que había pensado.

—Ayer por la noche mencionaste que eras de...

—Carnax. Es un gran poblado, cerca del Gran Mar, en Sumeria.

—Me contaste que tu padre era consejero del jefe de la aldea. Dudé de ti entonces, pero ahora veo que dijiste la verdad. Piensas como un noble. Entiendes el poder y cómo puede ser utilizado.

—Sí, amo. Mi padre me educó de modo diferente a las otras niñas. Me enseñó la forma de vida de los nobles y me instruyó en los misterios del oro, de la agricultura y de muchos otros asuntos.

—Tendrás que enseñarme todos esos secretos —le sonrió—, si no es demasiado tarde para aprenderlos.

—Con el tiempo podrás aprenderlos todos. Ahora debemos repasar los preparativos una vez más.

Entonces le presentó diferentes situaciones que podían producirse, qué es lo que debería decir y cómo tendría que actuar en cada una de ellas. Cuanto más conversaban, más aumentaba su confianza. De todas las cuestiones que discutieron, de lo que más hablaron fue del noble Drigo.

La opinión de Trella sobre Drigo le sorprendió. Ella creía que aquel noble representaba el mayor problema y el más grave peligro. Había aprendido mucho sobre él y sus planes en casa de Nicar, y sus palabras le estremecieron. No había caído en la cuenta del riesgo que representaba aquel hombre.

Poco a poco, su voluntad se fue afirmando. Nada ni nadie le dejaría de lado, ni en la calle ni en casa de Nicar. Sería el capitán de la guardia, y también Drigo tendría que reconocerlo.

Cuando terminaron de hablar, sus manos volvieron a unirse por encima de la mesa. Ahora la miraba de otro modo, veía a alguien con fuego en sus ojos y bronce en sus pensamientos. Eskkar supo que había encontrado a una mujer más valiosa que un puñado de monedas de oro. Con ella a su lado, sentía que podía lograr cualquier cosa, desafiar a las Cinco Familias, e incluso derrotar a las hordas de bárbaros.

—Tú me das fuerzas, Trella —le dijo simplemente—. Quédate a mi lado.

Ella volvió a apretarle la mano, y una vez más su fuerza le impresionó.

—Ahora tienes el poder, Eskkar, pero debes aprender a usarlo, y hacerlo rápido o se te escapará. Tienes que actuar como si siempre lo hubieras tenido. Cuando hables, hazlo con autoridad y convicción. Si no estás seguro de lo que vas a decir, no digas nada, pero muéstrate firme. La multitud te seguirá si tú la guías. Lo vi anoche, y también en las calles esta mañana. Y los soldados están de tu lado. Y a partir de ahora no te asustes ante ningún hombre, ni siquiera ante nadie de las Cinco Familias. Son sólo mercaderes, y todos tienen miedo. Tú eres el único que parece no tener miedo y ése es tu poder. No temas mostrar tu fuerza. Desde hoy todos te examinarán, en busca de debilidades o dudas. Si tienes alguna, ocúltala. Si alguien se enfrenta a ti, apártalo,

o mávalo si es preciso. Nadie se atreverá a cuestionarte. En épocas de turbulencia, la gente busca líderes fuertes, no mercaderes o comerciantes, aunque sean los más ricos del mundo. Mañana tendrás que tomar el poder, o ya no podrás hacerlo nunca.

Aquellas duras palabras ya no le causaron extrañeza, ni siquiera aquella esporádica referencia a tener que matar. Los nobles pensaban de ese modo, sin que les preocupara más vida que la propia. Ya no pensaba en Trella como en una muchacha sin experiencia, una esclava o una mujer con ideas sin importancia. Ella se convertiría en su ventana abierta a la vida de los nobles, a través de la que percibiría sus maquinaciones y planes, y la acompañaría como compañera de sus aventuras.

Pero la fuerza de voluntad de Trella le desconcertaba. Algunas mujeres podían ser más fuertes que sus compañeros, aunque esta idea le incomodaba un poco. Con frecuencia, eclipsaban a un hombre por su habilidad para leer los pensamientos y los rostros de la gente. Aquella muchacha poseía todas esas cualidades, la dureza de un hombre en el cuerpo de una mujer joven.

Una idea cruzó su mente. Sacó de su túnica la bolsa de cuero de Nicar. Todavía no había mirado en su interior, pero en ese momento la abrió y volcó el contenido sobre la mesa. Contó lentamente y encontró veinte monedas de oro. Sabía que Ariamus sólo recibía diez al mes. Por un momento Eskkar jugueteó con los pequeños cuadrados dorados, tocándolos, disfrutando de la sensación del frío metal y del poder que representaban. Sabía que los hombres adoraban el oro, planeaban y conspiraban para obtenerlo, lo acariciaban durante las noches detrás de puertas cerradas, antes de ocultarlo en lo más profundo de la tierra.

Alzó la vista y vio que Trella le observaba a él, no al oro. De repente, deslizó dos monedas hacia ella.

—Toma. Cámbialas por monedas de cobre y luego págale al vendedor su comida. No deberé nada a nadie por mi pan. Asegúrate de que no te estafen en el cambio. Utiliza el resto para comprar un vestido decente para ti y cualquier otra cosa que necesites. Consigue unas sandalias nuevas para mí, las más resistentes que encuentres, con las que un hombre pueda combatir. —Colocó el resto de las monedas frente a ella, intentando no pensar que le estaba confiando lo que, hasta aquel día, había considerado una pequeña fortuna—. Guarda las otras en un lugar seguro. Tendremos que comprar más cosas en las próximas semanas. —Puso su dedo en una moneda, la más brillante de todas, la cogió y la miró a contraluz—. Ésta es un regalo para ti. Una moneda de oro es suficiente para comprar una buena esclava. Si alguna vez deseas dejarme, devuélveme esta moneda y tendrás tu libertad. —Una cierta confusión cubrió el rostro de la muchacha, mientras Eskkar se echaba hacia atrás, riendo—. Así me ahorraré tiempo y trabajo en perseguirte. De todas formas, desde ahora ya no habrá entre nosotros distinción entre amo y esclava. —Le puso la moneda en la palma de la mano y le cerró los dedos sobre ella.

Trella abrió su mano y miró aquel trocito de oro que brillaba con fuerza sobre su palma.

—¿Puedo usar tu espada? —preguntó suavemente.

Él dudó, tratando de disimular su sorpresa, pero luego la sacó de la funda y se la entregó por la empuñadura.

Ella se levantó, puso la moneda en el borde de la mesa y colocó la espada por su lado más afilado sobre ella. Ayudándose de ambas manos, se apoyó con toda su fuerza, con los músculos de sus brazos tensos por el esfuerzo.

Cuando retiró la espada, la moneda estaba marcada por la mitad con una leve hendidura. Le devolvió la espada, luego cogió el resto de monedas y las guardó en el saco.

—Ahora está marcada. La guardaré en lugar seguro. —Puso la bolsa en torno a su cuello, y luego dentro de su vestido—. Debes prepararte para reunirte con tus hombres. Es casi mediodía.

Eskkar se levantó y miró por la ventana, observando cómo el sol se acercaba a lo más alto del cielo.

—Tengo tiempo para esto, Trella.

La atrajo hacia sí, la besó con avidez, sintiendo un inusual estremecimiento de placer cuando ella se puso de puntillas, y se abrazó a su cuello, con su cuerpo contra el suyo. La habría tirado sobre la cama y poseído allí mismo, y al demonio con Orak y Nicar, si ella no lo hubiera apartado y hubiera salido de la estancia.

Eskkar se tomó los últimos restos del pan y la siguió. El centinela todavía estaba en su puesto y vio cómo Trella se alejaba.

—Ten cuidado en donde pones los ojos, perro —gruñó Eskkar—, si sabes lo que te conviene.

Agarró la lanza del sorprendido hombre y se la quitó de las manos.

—Síguela y permanece a su lado. A su lado, ¿me oyes? Asegúrate de que regrese sin problemas y de que todos sepan que es la mujer de Eskkar. Si alguien la molesta, le cortas el cuello. ¡Ya!

Apartó al hombre de un empujón, que le hizo tambalearse, mientras se apresuraba a alcanzar a Trella. Eskkar jugueteó unos instantes con la pesada lanza con facilidad, luego giró y la lanzó con toda su fuerza hacia el lateral de la casa. Fragmentos del muro de barro se desprendieron cuando el arma se enterró en la estructura. Eskkar gruñó satisfecho antes de marcharse en la dirección opuesta, en busca de Gatus. Era hora de prepararse para el encuentro del día siguiente con Nicar.

Esta vez Trella prestó más atención a todo lo que le rodeaba. Los soldados en los

barracones dejaron lo que estaban haciendo al verla pasar. Algunos la llamaban por su nombre, mientras que otros hacían comentarios groseros relacionados con su primera noche con Eskkar. Al principio, las palabras y miradas la atemorizaron, pero luego se dio cuenta de que todos sabían quién era ella, que sólo se trataba de broma groseras y que ninguno de ellos le haría daño.

Cuando salió a la calle, se percató de que uno de los soldados la estaba siguiendo a escasa distancia. Se dio la vuelta y reconoció al centinela que estaba custodiando los aposentos de Eskkar aquella mañana.

—El capitán Eskkar me ha ordenado escoltarte por la aldea, Trella, para protegerte, en caso de que alguien no sepa quién eres.

No supo qué contestar, y por un instante se preguntó si Eskkar se estaba asegurando de que no huiría. Pero la sencilla expresión del hombre no parecía ocultar segundas intenciones. Recordó entonces la caricia de las manos de Eskkar hacía apenas unos momentos.

—Gracias, soldado. ¿Cuál es tu nombre?

—Me llaman Adad, Trella.

—Bien, Adad, ¿puedes decirme dónde puedo encontrar un mercader que venda buenas prendas? Necesito comprar algunas cosas para mi amo.

El guardia le indicó que le siguiera y se adentraron por las estrechas y sucias callejuelas de Orak, uniéndose a una ruidosa mezcla de hombres, mujeres, niños y animales. Ella notó que la mayoría de las casas de barro eran de una sola planta. Pero las casas y negocios de los mercaderes más prósperos solían tener un mostrador o una mesa al frente para exhibir los productos. Imágenes pintadas en las paredes identificaban el tipo de establecimiento o las mercancías que se vendían.

Aunque vivía en Orak desde hacía casi dos meses, rara vez se le había permitido salir del patio de Nicar, y sólo para acompañar a Creta o a alguno de los sirvientes más antiguos. Ahora miraba con detenimiento a la gente y los puestos en las calles. En cada uno de ellos, un mercader, su mujer o un niño ya crecido vigilaban la mercancía, tanto para disuadir a los ladronzuelos como para atraer a los clientes a comprar alguno de sus productos. Orak se parecía mucho a su antiguo poblado, aunque era mucho más grande y con mejores casas.

Le habría gustado detenerse más tiempo, pero quería regresar junto a Eskkar. Apresuró el paso para llegar al lugar que Adad había sugerido.

Al entrar en la tienda del mercader Rimush se encontró con otras dos mujeres que esperaban a que las atendieran. La mayor estaba vestida como la mujer de un mercader próspero. Su acompañante, más joven, parecía ser una sirvienta o una esclava, ataviada de forma más humilde. La estancia, iluminada sólo por la luz del sol que entraba por la puerta y un pequeño agujero en el techo, tenía varias mesas y estantes toscos, cubiertos con telas de lana o lino. El intenso aroma del lino fresco le

hizo cosquillas en la nariz. En el suelo también se amontonaban las mercancías, ocupando casi todo el espacio disponible. Una cortina de colores separaba aquella habitación de la siguiente.

Las mujeres y el dueño del negocio le echaron una rápida ojeada, sin prestar atención a aquella esclava pobremente vestida. La ignoraron hasta que Adad entró en la tienda, miró a su alrededor y se recostó contra el marco de la puerta. La aparición de un soldado armado acompañando a la muchacha interrumpió la conversación. Rimush no necesitó más que un instante para darse cuenta de quién era.

—¿Eres la nueva esclava del soldado Eskkar? —le preguntó el mercader hablando rápidamente. Eskkar y su nuevo ascenso eran el principal tema de conversación en Orak desde el amanecer.

Trella sabía perfectamente cómo comportarse a la hora de tratar con mercaderes; por ello, apenas tardó un instante en responder.

—Mi amo es Eskkar, capitán de la guardia. Desea que le compre unas sandalias y una túnica. ¿Puedes vendérmelas tú o tengo que ir a buscarlas a otra parte? —Habló en voz baja pero firme, manteniendo la cabeza erguida aunque no era muy alta. Estaba segura de que el mercader reconocería el tono de alguien acostumbrado a tratar con comerciantes y sirvientes.

La mujer mayor parecía irritada por la interrupción.

—Cuando yo termine, esclava, podrás comprar lo que puedas pagar.

—Buscaré en otro lado entonces —afirmó Trella con tranquilidad, y dio media vuelta dispuesta a marcharse.

—No, espera, muchacha —le dijo Rimush de inmediato—. Tengo lo que necesitas. —Se dirigió a la otra mujer—. Te atenderé cuando concluya con... ¿cuál es tu nombre, jovencita?

—Trella.

Observó con satisfacción cómo Rimush, ignorando a la mujer del comerciante, se dirigía al rincón más oscuro del negocio, volviendo al instante con un par de sandalias. Mientras iba en busca de algunas túnicas, Trella examinó las sandalias y luego lo llamó.

—Estas sandalias no son buenas. Quiero las mejores y más fuertes que tengas, lo suficientemente fuertes para ir con ellas al combate.

Murmurando por lo bajo, volvió a los pocos momentos y le entregó otro par de sandalias, y luego se dirigió a la habitación trasera. Su otra cliente, enfadada por el modo en que Rimush la había tratado, tiró sobre la mesa la tela que tenía entre las manos y abandonó la tienda. Su acompañante le sonrió a Trella cuando se retiraba detrás de su ama.

Trella inspeccionó las sandalias y golpeó con una de ellas el mostrador. Luego la retorció con ambas manos para asegurarse de su firmeza.

—Éstas son de buena calidad —le comentó a Rimush cuando volvió, cargando con media docena de túnicas—. Me las llevo, aunque, por supuesto, debo obtener la aprobación de mi amo.

—No hay mejores sandalias en Orak. Tu amo quedará satisfecho. —Empujó un montón de telas con su codo y colocó las túnicas sobre una mesa estrecha para desplegarlas—. Tu amo es alto y de anchos hombros. No hay muchos que vendan túnicas a su medida.

—¿Conoces a mi amo?

—No, nunca ha venido aquí. Pero sé quién es.

Trella descartó las cuatro primeras prendas, unas túnicas suaves y bordadas, apropiadas para mercaderes ricos o nobles. La que seleccionó parecía más adecuada para un capitán de la guardia, de buena factura pero sin adornos, excepto por un borde rojo alrededor del sencillo escote cuadrado. Se mojó el dedo y lo deslizó por la tira bordada para asegurarse de que el tinte no se corría, luego la puso del revés para examinar las puntadas y dobladillos y por último tiró de las mangas para cerciorarse de que estaban bien cosidas.

—Ésta servirá —anunció—. También necesito un vestido para mí, algo sencillo. ¿Qué puedes ofrecerme?

El comerciante pidió ayuda a su mujer, que había salido de la habitación de atrás para examinar a la nueva esclava del capitán de la guardia. Ayudó a Trella en su elección, y luego la acompañó al otro cuarto para que se probara la prenda.

—Estás muy guapa, Trella, pareces una dama —agregó mientras admiraba lo bien que le sentaba el vestido—. ¿Estás segura de que no quieres uno de mejor calidad?

Trella sonrió por el cumplido.

—Éste es perfecto. Ahora debo marcharme. —Se quitó el vestido nuevo y se volvió a poner el viejo.

El regateo duró menos de lo que Trella había previsto. Cinco monedas de plata por las finas sandalias, cuatro por la túnica y dos por el vestido. Le pareció suficientemente razonable, pero ofreció ocho monedas por todo. Rimush se quejó de que le estaba robando, pero al final aceptó diez monedas. La muchacha colocó el dinero sobre el mostrador.

El mercader quedó muy sorprendido cuando vio una moneda de oro. El oro era escaso y a los esclavos, en general, no se les confiaban semejantes monedas. La rascó con una uña para asegurarse de que era auténtica, y antes de darle diez monedas de plata de vuelta, observó que tenía la marca de Nicar.

Trella sonreía mientras le observaba. Rimush correría la voz de que Eskkar tenía acceso al oro de Nicar. Recogió sus compras y dio las gracias al mercader y a su esposa.

—No, Trella, gracias a tu amo. Que los dioses lo protejan y que sea él quien nos

salve de los bárbaros. Y también del noble Drigo. Estoy demasiado viejo para empezar en otra parte.

—¿Del noble Drigo?

—Sí, del noble Drigo. —Rimush escupió las palabras—. Sus secuaces se llevan lo que quieren y pagan tan poco como pueden, si pagan. Dicen que pronto Drigo tomará el control de Orak.

—Nicar no permitirá que eso suceda —respondió Trella—. Ni tampoco lo permitirá mi amo. Él os protegerá, Rimush —le dijo con toda confianza—. Nos protegerá a todos.

En la calle, Adad la esperaba pacientemente. Caminaron de regreso a los barracones, pero se detuvieron dos veces más para que Trella comprase un peine de buena calidad para sus cabellos, puesto que el que poseía tenía más púas rotas que buenas, y para adquirir una pequeña lámpara de aceite.

Mientras Trella compraba se dio cuenta de que todos la miraban. Nadie había visto que se asignara un soldado para proteger a un esclavo. Por ese simple hecho ya llamaba bastante la atención. Pero todos sabían que era esclava de Eskkar, el hombre que afirmaba que podría defender Orak contra los bárbaros. Esto la convertía en alguien importante.

Algunas personas le preguntaron qué sabía de los bárbaros o de los planes de Eskkar. Ella sonrió a todo aquel que le dirigió la palabra, pero permaneció en silencio. El temor a los invasores era patente en sus rostros; estaban tan preocupados que buscaban, incluso en ella, un signo de esperanza.

El paseo a través de las calles de Orak le hizo pensar en muchas cosas. Había observado la angustia de sus habitantes, la ansiedad que le había mencionado ya Eskkar, y eso significaba que, en los próximos días, podía suceder cualquier cosa, para bien o para mal. Alejó aquel pensamiento de su mente. Tenía demasiado de que preocuparse en las próximas horas.



CAPÍTULO 4

Eskkar encontró a Gatus recostado contra la pared del barracón, dormitando bajo el sol de la tarde mientras le esperaba. Se puso de pie, bostezó ruidosamente y luego se dirigió hacia el establo. Quedaban menos de una docena de caballos. Ariamus se había llevado los mejores, dejando tras de sí viejos jamelgos. Eskkar no se fiaría para el combate ni de ellos ni de los que se había llevado Ariamus. Hacía falta oro para comprar, mantener y entrenar buenos caballos, y los miserables nobles gastaban pocas monedas en las monturas de los soldados.

Eligieron dos caballos que necesitaban ejercicio y tomaron el camino de la colina donde el día anterior Eskkar había meditado sobre su plan. Los dos hombres se sentaron frente a frente. El capitán relató todo lo que le diría a Nicar, esta vez mucho más detalladamente. Gatus sugirió aspectos referentes a la manutención y utensilios necesarios, la cantidad y calidad de las armas y cómo debían pagar a sus hombres. Discutieron sobre los soldados, examinando sus habilidades individuales y la forma más conveniente de utilizarlas. Gatus se mostró de acuerdo con Eskkar sobre los hombres que debían ascender a comandante.

Intentaron componer una lista con todo lo necesario para montar, entrenar y mantener a un gran número de soldados. Luego trataron de establecer un orden de prioridades, señalando lo que debía realizarse lo antes posible y lo que podía esperar unas semanas.

Por último, conversaron sobre los bárbaros, especulando sobre lo que harían cuando se encontraran con la muralla, cómo usarían sus armas y caballos, y los puntos de ataque más probables.

Eskkar jamás había tenido una conversación semejante. Durante toda su vida, luchar había sido algo que uno hacía y no planeaba. Se podía intentar tender una emboscada al enemigo, o apresarlo cuando dormía, pero para un jinete pocas cuestiones se hacían siguiendo una estrategia. Siguiendo la costumbre de las estepas, Eskkar creía que el mejor de todos los planes era tener mejores hombres y caballos

que el enemigo. Si eran sobrepasados en número, los bárbaros evitaban la lucha y esperaban un día más favorable. Ni él ni los Alur Meriki tomaban como una falta de honor eludir conflictos que no tenían posibilidades de ganar.

Para haber sido criado en una aldea, Gatus podía aportar valiosas contribuciones. Había sobrevivido a años de luchas y tenía ideas propias y ningún problema para ponerlas en práctica, especialmente aquellas relacionadas con las armas y el entrenamiento. Procuraba encontrar defectos en el plan de Eskkar, buscando puntos flojos o fallos que pudieran hacer fracasar la defensa de Orak. Cuando Gatus veía un problema, trabajaban en él hasta resolverlo.

Casi tres horas más tarde, Eskkar asintió satisfecho. Habían llegado a un acuerdo en todas las cuestiones. Gatus le había ayudado a clarificar sus planes. Por primera vez, el capitán estuvo completamente seguro de que podría responder a cualquier pregunta que pudieran plantearle durante su reunión con Nicar.

Los dos hombres cabalgaron ladera abajo para volver a examinar el terreno. Esta vez prestaron particular atención a las granjas situadas al norte y sur de la aldea. Con su inundación, se cerraría también el acceso habitual por la puerta principal de Orak. Cuando finalmente concluyeron su recorrido, Gatus admitió que Orak podía tener una posibilidad, con suerte, de sobrevivir a la invasión.

Eskkar buscaba algo más que su simple aprobación. Quería que el viejo soldado lo aguardara en el exterior de la casa de Nicar, en caso de que los nobles solicitaran una segunda opinión. Él vivía en Orak desde hacía más de cinco años y la mayoría de los nobles respetarían su palabra.

—Pero necesitaremos entrenar al menos a trescientos o cuatrocientos arqueros —dijo Gatus—. Y, asumiendo que podamos proporcionar armas a todos ellos, aún nos llevará un par de meses prepararlos.

Eskkar no entendía por qué llevaba tanto tiempo enseñarle a alguien a usar un arma tan simple, pero tuvo que aceptarlo, ya que Gatus tenía experiencia con los habitantes de la aldea.

—Entonces es mejor que comencemos ya. Tú sabes cómo adiestrar a los hombres mejor que nadie. Harán lo que tú digas.

Y lo harían más rápidamente con Gatus que con un bárbaro. Eskkar podía ser el capitán de la guardia, pero no había demostrado su capacidad frente a aquellos hombres. Por ahora lo seguirían, pero en un verdadero combate, en el que los hombres tenían que confiar completamente en su comandante y estar dispuestos a arriesgar sus vidas... para eso era necesario un jefe con otro tipo de autoridad.

—Y con respecto a todo lo demás, ¿qué hay que hacer? ¿Ya tienes claro todo aquello que has de conseguir de Nicar y los nobles?

—Sí, ya he repasado todo con Trella. Se le ocurrieron muchas cosas que yo había pasado por alto. Ella sabe cómo pedir lo que necesitamos. Sólo hay que decírselo.

Entonces podrá tratar con los mercaderes. Conoce los símbolos, puede contar y recuerda lo que oye. Proviene de una familia noble, y su padre le enseñó a mandar.

—Ah, es una de ellas.

—¿Una de quién? —preguntó mirando a Gatus.

—Una de las especiales. Has pasado temporadas en otros poblados, ¿no?

—Sí. Pero deja de hablar con acertijos, ¿qué sucede con ella? Gatus tardó un poco en contestar.

—¿Cuántas mujeres en Orak conocen los símbolos o pueden contar más de diez?

—No lo sé —dijo encogiéndose de hombros—. Supongo que ninguna. Todos los contadores y escribas son hombres.

—Tú no conoces los símbolos, ni yo tampoco. Pero la mujer de Nicar sí. —Gatus vio la sorpresa en el rostro de Eskkar—. Hay algunas otras, sobre todo mujeres de los grandes comerciantes y mercaderes. ¿Quién crees que maneja los negocios cuando están de viaje o enfermos? Hay algunas mujeres, bárbaro ignorante, entrenadas para algo más que para la cama. Si ella es una de éstas... dime qué más te comentó.

Eskkar frunció el ceño ante aquella descripción, pero le contó todo lo que habían hablado.

—Entonces ha sido educada para ser la mujer de alguien como Nicar o Drigo —musitó Gatus—, un jefe noble.

—¿Qué quieres decir?

—Escúchame. Fuiste instruido para luchar, entrenado desde la infancia a usar armas, a ser fuerte.

—Sí, es la tradición bárbara. Pasas la vida entera aprendiendo a combatir, aprendiendo a...

—Trella fue criada para ayudar a mandar. Probablemente ha pasado su vida a los pies de su padre, observando a los jefes de su poblado, aprendiendo a leer los rostros de los hombres, escuchando lo que decían, juzgando cuándo mentían. Trella tiene cuántas... ¿catorce estaciones? Puede que haya pasado todos los días de los últimos cinco años estudiando a los nobles de su aldea, aprendiendo los misterios del oro y el bronce, los símbolos secretos, estudiando las costumbres de granjeros y pobladores. Si su inteligencia es tan aguda como dices...

—Lo es —dijo Eskkar, tratando de asimilar aquel nuevo concepto. No se le había ocurrido que los nobles de Orak pudieran ser instruidos para saber mandar. De la misma forma que él había aprendido a luchar, Trella se había formado utilizando su inteligencia, estudiando a los hombres y su conducta. Su conversación de aquella mañana... se dio cuenta de que Trella lo había dirigido en la preparación de la reunión con más elementos que su conocimiento sobre la casa de Nicar. Si sabía los secretos de los nobles y podía leer los pensamientos de los hombres, entonces podía valer incluso más que lo que él había supuesto.

—No estás acostumbrado a tratar con mujeres inteligentes, ¿eh?

Eskkar cerró la boca y frunció el ceño.

—No, no sabía que tales mujeres existieran.

—Bueno, piensa en lo que eso significa antes de ordenarle que vaya a buscarte agua al pozo y que te lave los pies. Es posible que Nicar te haya dado un tesoro mayor de lo que imaginas.

—Al principio pensé que podía ser de gran utilidad porque... se acordaba de las cosas. Después de anoche y de nuestra conversación de esta mañana...

—Ya te ha hechizado. Lo noté por la manera en que la miras. —Gatus se rió al recordarlo—. Pero los nobles, ¿escucharán a una joven esclava?

—Cuando llegue el momento, me aseguraré de que lo hagan, Gatus. Y ella hablará en mi nombre. Si los nobles la rechazan o nos causan problemas, nos iremos de Orak. No discutiré ni con Drigo ni con ninguno de ellos. Eso ya se lo dije a Nicar ayer, y lo repetiré en el encuentro de mañana. Por eso quiero que tú también estés allí, por si quieren escucharte.

—Lo que pienso es que vas a conseguir que nos maten a ambos.

El capitán se rió.

—Tal vez. Pero no se lo digas. Además, tendremos tiempo de huir si las cosas comienzan a ir mal. Y suficientes hombres que nos sigan, si llegamos a ese extremo. Así que esperaremos a ver qué pasa.

—El tiempo lo dirá —observó Gatus mientras espoleaba su caballo.

Entraron al galope por la puerta, antes de reducir el paso. Gatus tenía razón. Los próximos días serían decisivos para clarificar todo. Pero había conseguido persuadir al viejo soldado, una tarea difícil, y permanecería a su lado tanto tiempo como creyera que pudieran resistir. Haber convencido a Gatus le ayudaría también con los soldados. Consideró que había sido un buen día de trabajo. Ahora necesitaba que la reunión del día siguiente con Nicar fuese igualmente buena.

Trella volvió al alojamiento de Eskkar con todo lo que había comprado. Se sentó a la mesa, disfrutando de aquel momento de soledad. Los acontecimientos de la noche anterior y de aquella mañana amenazaban con aturdiría.

La luz del sol entraba por la puerta abierta e iluminaba su nuevo hogar. Hacía apenas unos meses, el austero entorno le habría parecido deprimente y miserable, incluso peor que el pequeño rincón sin ventilación que compartía con otras dos muchachas en casa de Nicar. Pero ahora, dentro de esas paredes, tenía una gran responsabilidad. Se había convertido en la señora de la casa de Eskkar, si se podía dar semejante nombre a una estancia adosada a los barracones de los soldados.

Sus nuevas obligaciones podían ser limitadas, pero al menos no tenía a Creta o a sirvientes de mayor rango dándole órdenes. Y había evitado el desagradable destino de tener que satisfacer primero a Nicar y luego a su hijo y a los otros sirvientes. Podía haber aceptado ser la compañera ocasional de lecho del comerciante. Él era, después de todo, el tipo de hombre que su padre había pensado para ella, aunque habría querido uno más joven. No, Nicar no habría representado un problema. Sabía que podía satisfacerlo lo suficiente como para que le diera mayores responsabilidades. Las dificultades en aquella casa habrían surgido por culpa de Creta y de su hijo menor, Caldor.

Las sirvientas le habían relatado sus degradantes experiencias con Caldor, e incluso ahora, al recordarlo, Trella no pudo evitar un escalofrío. Lo había visto poseer a una de las esclavas, una niña aún más joven que ella y sin ninguna experiencia en los secretos de las mujeres. La había tomado por detrás, poniéndola de rodillas con la cabeza y los hombros contra el suelo. La pobre niña no podía dejar de llorar, y sus sollozos se oían por toda la casa. Pero las lágrimas de un esclavo no significan nada, ni siquiera para los otros sirvientes. Caldor prolongó el acto, sin duda disfrutando de la humillación de la muchacha tanto como de su cuerpo, mientras ignoraba a quienes pasaban por su habitación.

Trella se preguntó qué habría hecho cuando Caldor la hubiera requerido y ordenado que se quitara el vestido para presentarse ante él desnuda. Sacudió enfurecida la cabeza. Al igual que la otra muchacha, Trella habría obedecido, y más tarde habría caído dormida entre llantos, consolada por las otras mujeres. Las esclavas no se resistían a sus amos, no importaba lo que les exigieran, y satisfacerlos sexualmente tenían que considerarlo una tarea rutinaria, lo mismo que lavarle la ropa o servirle la comida.

Apartó de sí aquellos pensamientos sombríos. Recordó el encuentro amoroso de la noche anterior, y su evocación la inundó con una oleada de placer, un grato anticipo de lo que sucedería aquella noche. Estaba segura de que su nueva vida, fuese como fuese, le depararía algo mejor que la que acababa de dejar, y ella no perdería el tiempo en quejas inútiles, y menos con tanto trabajo por delante.

El deber de un esclavo es complacer a su amo, se recordó. Había logrado más que eso la noche anterior y aquel día. Eskkar había comenzado a confiar en ella. También la había alabado casi sin darse cuenta. La había tratado de manera diferente, como si fuese su igual, un sentimiento que no había experimentado desde que había caído en la esclavitud. Más aún, respetaba sus ideas. Podía carecer de educación, pero reconocía la verdad cuando la veía, sin importar quién la presentara. Desde ahora ése sería su papel. Consejera de día, amante de noche.

La noche anterior se había comportado como una virgen asustada e insegura de sí misma. Pero hoy sería diferente. Estaba empezando a aprender a satisfacer los deseos

de Eskkar, a mantenerlo excitado y deseoso de su cuerpo. Su madre la había prevenido sobre los hombres y sus necesidades, y advertido de que podían perder el interés por una mujer después de algunos encuentros en la cama. Afortunadamente, había sido educada en los misterios del acto amoroso. Con lo que había aprendido, y con lo que pronto descubriría, Trella podría mantener al capitán a su lado.

Sin embargo, sentía una enorme calidez en sus lugares secretos ante la idea de tenerlo en su interior aquella noche. Podía ser una esclava, pero se había transformado en una mujer. Estaba decidida a que él la deseara, a convertirse en lo más importante de su vida.

Pero en ese momento Trella necesitaba prestar atención a sus otras obligaciones. De pie, echó un rápido vistazo a la habitación y se preguntó por dónde empezar. Eskkar no le había dejado ningún encargo. Seguramente no le importaría si se pasaba todo el día sentada, peinándose y esperando su regreso. La estancia estaba sucia y descuidada, aunque dudaba mucho de que Eskkar o su anterior ocupante se hubieran percatado de ello. Esto significaba que había cosas que hacer. Trella no pensaba vivir en medio de tanta porquería.

Se dirigió a la puerta. Adad levantó la vista y le sonrió. Durante un instante fugaz, le recordó a su hermano.

—Adad, me gustaría que me consiguieras algunas cosas. —Se dio cuenta de que estaba hablando con lo que su padre llamaba «voz seria», un tono que utilizaba cuando quería algo.

—¿Qué necesitas?

—Una escoba, un balde y algunos trapos. También quiero que me compres algunas esteras sencillas, tres, no, cuatro, por lo menos de este tamaño —dijo, extendiendo sus brazos abiertos—. Dile al mercader para quién son y que yo le pagaré más tarde. ¿Podrías hacerme ese favor?

—Se supone que no puedo dejarte sola. Eskkar me ordenó que...

—Ya sé cuáles son tus órdenes. Pero te prometo que me quedaré aquí hasta que regreses.

Dudó, pero luego accedió, sabiendo que Eskkar no regresaría hasta más tarde.

—Vuelvo enseguida. No salgas a ningún lado.

Dejó su lanza contra la puerta y se marchó.

Trella sonrió. El soldado la había obedecido casi tan pronto como si el mismo Eskkar le hubiera dado la orden. Volvió al interior y, mirando al lecho, decidió que podría comenzar por allí.

Apartó de la pared aquel pesado armazón y quedaron al descubierto una mezcla de basura y desperdicios que había acumulados en la parte de atrás. Una araña enorme buscó refugio bajo aquella suciedad, sorprendida por la luz. Trella frunció el ceño cuando la vio. Parecía lo suficientemente grande como para que la picadura

fuera dolorosa. Posiblemente una capa de arena limpia había cubierto alguna vez el suelo, pero con el tiempo había desaparecido. Lo que quedaba parecía tierra de los campos.

Adad regresó, con una escoba en una mano y un balde vacío en la otra.

—Voy a buscar las esteras.

Salió apresuradamente, ansioso por dejarla sola.

Trella cogió la escoba y comenzó a barrer la basura hacia la puerta. Tan pronto como terminó de limpiar y de aplanar la superficie bajo el lecho, volvió a arrastrarlo a su rincón, gruñendo por el esfuerzo. Después continuó con el resto de la estancia.

Trabajó de manera ininterrumpida, la mayor parte del tiempo de rodillas; utilizaba las manos para juntar y mover los objetos que encontraba, y arrojaba todos los guijarros y desperdicios en el caldero. Limpió con sus dedos aquella mezcla de arena y tierra, aplastando algún que otro insecto con la palma de la mano.

Cuando Adad regresó, la habitación ya estaba en condiciones. Entre los dos movieron la mesa y colocaron las esteras, una cerca de la cama, otra a la entrada, y las otras dos bajo la mesa y los bancos. Aplanó la tierra y se aseguró de que las alfombras se extendieran lisas, sin protuberancias.

Al finalizar, examinó la habitación. Había quedado tan limpia como era posible en tan poco tiempo, y al menos aquella noche no habría restos de comida o huesos que atrajeran a los insectos o ratones. En su próxima visita al mercado, con una moneda de cobre podría comprar una carretilla de arena limpia, suficiente para cubrir todo el suelo.

Si finalmente se convirtiera en su hogar, haría recubrir los muros internos con barro fresco, para después alisarlos y blanquearlos. Quizá así conseguiría hacer desaparecer el olor que se extendía por la estancia. Eso le hizo recordar el jergón. Sólo los dioses sabían cuándo se había cambiado por última vez. Tendría que rellenarlo con paja fresca.

Se miró a sí misma y se rió. Cubierta de polvo y suciedad, le pareció que la mitad de la porquería que había sacado de aquella habitación cubría ahora su cuerpo. Necesitaba un baño. Cogió su manto y las demás prendas que había comprado ese día y, tras hacer un hatillo, se dirigió hacia el río. Adad la siguió, apresurándose para no quedar atrás.

Trella disfrutaba de su nueva libertad. El guardia hacía que todo fuera más sencillo, ya que ahora podía ir a donde quisiera y sentirse a salvo.

Conocía el camino al río y no le llevó mucho tiempo llegar a la entrada posterior de Orak. La cruzaron y torcieron hacia la izquierda, moviéndose rápidamente entre la multitud. Trella se mantenía un paso delante de Adad, y esta vez nadie le prestó atención. Pasaron por los embarcaderos, en donde los hombres trabajaban en sus barcas, y pronto llegaron a la zona de las mujeres, rodeada por unos cuantos sauces

que crecían a la orilla del río.

—Espera aquí, Adad. Necesito lavar las ropas de Eskkar y darme un baño. Por favor, vigila mi manto.

Adad pareció incómodo, pero obedeció. Normalmente, los hombres no se acercaban demasiado al lugar donde se bañaban las mujeres, aunque con frecuencia hombres y niños pasaban despacio por aquella zona, riéndose de ellas y mirándolas.

Trella se acercó a la orilla y descendió hasta una zona rocosa. A esa hora de la tarde, sólo tres personas se encontraban lavando la ropa. Una matrona mayor y su nieta parecían pasar más tiempo salpicando que lavando. La tercera mujer era pocos años mayor que ella.

Echó una mirada hacia atrás para comprobar que Adad estaba esperando en donde lo había dejado, a unos cincuenta pasos. Se adentró en el río, zambulléndose en el agua fresca, dejando que cubriera su cuerpo. Cuando salió a tomar aire, dio la espalda a la orilla, se quitó el vestido y comenzó a frotarlo vigorosamente.

Lavó su cuerpo y su cabello, y después volvió a ponerse el vestido mojado, que estiró sobre su cuerpo.

Reunió las otras prendas y también las lavó. Cuando estaba terminando, la otra muchacha se le acercó, moviéndose lentamente en el agua, con el vestido inflado a la altura de la cintura.

—¿Eres Trella, la esclava de Eskkar?

Trella examinó a la joven. Un gran cardenal cubría su ojo derecho y el labio inferior estaba partido e hinchado.

—Sí, soy Trella. Y tú eres...

—Shubure. Esclava en la casa del noble Drigo. Tengo que terminar de lavar la ropa de mi amo y luego regresar a toda prisa. Su hijo podría solicitarme para darle placer otra vez, antes de la cena —dijo acercando la mano a su rostro.

Trella había oído historias acerca del hijo de Drigo, y sintió pena por la suerte de Shubure. Agradecía a los dioses que hubiera sido Nicar y no Drigo quien la había comprado. Por lo menos en la casa de Nicar el amo y sus hijos no golpeaban a sus mujeres, ni siquiera a sus esclavos.

—¿Por qué te ha pegado tu amo?

Shubure no le contestó y se acercó más a Trella.

—Dile a tu amo que tenga cuidado. El noble Drigo no está contento con la elección que ha hecho Nicar del capitán de la guardia.

Un escalofrío recorrió a Trella, y no fue causado, precisamente, por el agua fría que cubría sus muslos.

—¿Qué has oído?

Shubure se acercó a las rocas, cogió una prenda de su cesta y la sumergió en el agua. Miró a su alrededor para ver si alguien la observaba. La mujer mayor seguía

conversando con la niña y sólo el guardián de Trella miraba en la dirección en que ellas estaban.

—No mucho. Al noble Drigo hablando con su hijo. Dijo que Eskkar se creía más de lo que era y necesitaba que le dieran una lección. Una que él y sus soldados no olvidarían. Eso es todo. —Se encogió de hombros y bajó ligeramente la cabeza, concentrándose en lavar la prenda ya limpia que tenía entre las manos.

Trella movió las manos en el agua.

—¿Por qué te ha pegado, Shubure?

La joven volvió su rostro hacia ella y sintió un ligero estremecimiento.

—Mi madre está demasiado enferma para trabajar. No puede comprar comida para mis hermanos y hermanas. Todos tienen hambre. Pronto tendrá que venderlos como esclavos, como a mí, para alimentarlos. Anoche, después de que el joven Drigo se acostara conmigo, le pregunté si me podía dar una o dos monedas de cobre para mi familia, para alimentos. Le prometí realizar todo lo que quisiera para satisfacerlo, cualquier cosa. —Cerró los ojos, como si estuviera reviviendo los hechos—. Me pegó una vez para hacerme callar y otra por haberlo molestado con semejantes asuntos.

Un esclavo podía ser bien o mal tratado. Drigo era un amo severo y había matado a uno de los suyos unas semanas antes. Los rumores decían que el hijo era peor que su padre.

Trella nunca había sido castigada en casa de Nicar, ni siquiera le habían dado una bofetada, hasta la noche en que Eskkar se la llevó. Pero el joven Drigo había usado sus puños contra Shubure por el simple hecho de querer alimentar a su familia.

Aunque sintió lástima por las desdichas de aquella muchacha, Trella necesitaba saber más sobre los planes de Drigo.

—Espera un momento, Shubure. —Trella se apartó de la orilla y abrió la bolsita que colgaba de su cuello. Monedas de cobre y de plata se mezclaban ahora con el oro de Eskkar. Cogió dos monedas de cobre de su bolsa y la volvió a cerrar. Con su mano bajo el agua, se acercó otra vez a ella.

—Toma esto para tu madre. Si alguien las ve, dile que las encontraste en la calle. —Las manos de Shubure y las suyas se tocaron—. Si oyes algo más con respecto a mi amo, vuelve aquí mañana. Te conseguiré más monedas. ¿A qué hora puedes venir?

—Una hora después de la salida del sol, Trella... ama Trella. Doy las gracias a los dioses por tu regalo.

Ama Trella. Por primera vez en su vida, alguien se dirigía a Trella como cabeza de una Casa.

—No es nada, Shubure. Es mejor que te vayas antes de que se pregunten por qué tardas tanto y vuelvan a pegarte.

Shubure asintió y se alejó, guardando las monedas en su vestido.

Trella esperó, salpicando agua como si todavía estuviera trabajando, hasta que la

esclava desapareció detrás del embarcadero. Entonces recogió su ropa y subió por la orilla del río.

Regresó al lugar en donde había dejado a Adad. Se dio cuenta de la mirada que el soldado le dirigió. Su vestido mojado marcaba sus pechos y sus caderas. Lo que habría sido una desgracia en la casa de su padre, ahora no significaba nada. A nadie le preocupaba si un esclavo llevaba ropa o iba desnudo. Adad, finalmente, recordó sus modales y desvió la vista mientras le alcanzaba su manto. Se secó el pelo vigorosamente y luego se cubrió con el manto. Con las ropas mojadas en sus brazos, inició la vuelta a casa, mientras reflexionaba sobre lo que acababa de escuchar.

Nicar conocía perfectamente las ambiciones que Drigo albergaba de convertirse en el primer noble de Orak, ser el jefe de los nobles y decidir el futuro de la aldea. Drigo había intentado conseguir su objetivo con mucho ahínco durante los últimos meses. Pero con la llegada de los bárbaros, Nicár pensaba que Drigo se marcharía, desapareciendo junto a sus ansias de poder y poniendo fin al problema.

Quería que el consejo de nobles votara por quedarse y luchar. Si Drigo abandonaba Orak y los bárbaros eran derrotados, le sería difícil restablecer su autoridad. Pero si persuadía a los demás nobles para marcharse, la supremacía de Nicár se vería debilitada. Cuando regresaran para reunir los pedazos y reconstruir el poblado, Drigo conseguiría poder y prestigio y ocuparía el lugar de Nicár como jefe de Orak.

Pero Nicár poseía una gran influencia. Si Eskkar demostraba que su plan era factible y el rico comerciante elegía quedarse y resistir, probablemente los nobles se pondrían de su parte.

Trella se detuvo tan de repente que Adad chocó con ella. Habían cruzado la puerta. Se apartó del centro de la calle y se reclinó contra la pared más cercana, apretando contra su pecho el hatillo de ropa mojada, sin prestar atención a las miradas de los que pasaban por su lado.

Hasta aquel momento, Trella no se había preocupado de las consecuencias de la reunión del día siguiente. Si todos se quedaban y luchaban, Eskkar obtendría grandes honores y sería capaz de establecer su propia Casa en Orak. Eso hacía que el riesgo valiera la pena, aunque el guerrero ya había dicho que no se quedaría si no pensara que tenían posibilidades de ganar.

Si Drigo abandonaba Orak y sobrevivía, entonces el noble perdería su reputación y su honor, pero le quedaría todo el oro, y pronto restablecería todas sus rutas comerciales. ¿Por qué querría Drigo desacreditar el plan de Eskkar? El arrogante noble se beneficiaría si la aldea resistía, incluso sin su apoyo.

Seguramente, Nicár también se había percatado de aquello. Y por eso le había dicho a Eskkar que no se preocupara por Drigo. Pero el capitán, aunque no fuera políticamente astuto, sabía que la elección de Drigo era importante y que influiría

sobre muchos de los habitantes de Orak.

Tal vez tuviera otro plan, algo que Nicar no hubiera tenido en cuenta. Trella pensó en las alternativas de Drigo. Parecían simples: quedarse o marcharse. Si optaba por la segunda tendría que llevarse todo lo de valor que pudiera; si se quedaba arriesgaría su vida y su fortuna bajo las órdenes de Nicar. Las opciones parecían claras. A menos que tuviera en mente una tercera alternativa.

Recordó todo lo que había escuchado acerca de aquel hombre. Ambicioso, arrogante y cruel con sus sirvientes, avaro con sus mercancías y su oro, cada vez más codicioso. Pero el oro, recordó, podía obtenerse de muchas maneras, no sólo comprando y vendiendo. Para Drigo, la invasión bárbara podría ser una bendición de los dioses, no el desastre que Nicar suponía.

Trella fue consciente de que había descubierto en qué consistía el plan de Drigo, algo que Nicar no había podido hacer. Miró a Adad, y sus ojos se detuvieron en la espada que colgaba de su cinturón. Tenía que hacer algo más para asegurarse.

—Vamos, debemos regresar. Tengo que hablar con Eskkar.

Eskkar dejó su caballo en el establo y se acercó al pozo a quitarse la tierra y el olor a sudor de su cuerpo. Esperaba ansioso poder pasar una hora en la cama con Trella. Luego irían a una de las mejores tabernas de Orak, en donde podrían disfrutar de un vino y una comida decentes, un lujo hasta ahora imposible, antes de volver al lecho.

Al entrar en la estancia, Eskkar miró sorprendido a su alrededor. A pesar de que la tarde comenzaba ya a extender sus sombras, la habitación parecía más brillante. Se fijó en las nuevas esteras que cubrían la mitad del suelo, y advirtió que el resto había sido limpiado y barrido. El lugar estaba casi tan limpio como una de las habitaciones de Nicar, aunque los sencillos muebles y las sucias paredes dejaban mucho que desear. El hecho de que Trella hubiera arreglado todo en pocas horas aumentaba su deseo. Sus anteriores mujeres no habían mostrado el más mínimo interés por la limpieza.

Aún no había terminado de colgar su espada cuando entró Trella, con un hatillo de ropa húmeda en sus brazos. Su aire satisfecho se desvaneció tan pronto como se fijó en su rostro.

—Amo, tenemos que hablar. —Miró hacia la puerta abierta. Adad se había retirado, al haber cumplido con su tarea del día, y había sido relevado por otro soldado. Ella bajó la voz—. ¿Puedes enviar al guardia un poco más lejos para que podamos hablar en privado?

Todo sentimiento de ternura que podía haber albergado Eskkar desapareció. Salió y le dijo al guardia que vigilara desde detrás de un árbol. Cuando volvió, cerró la

puerta a su espalda.

Trella había terminado de extender las ropas para que se secaran. Lo abrazó, poniendo su rostro contra su pecho y apretándose con fuerza, y semejante manifestación de sentimientos le sorprendió. Sintió cada curva de su cuerpo bajo el vestido húmedo y respiró el limpio aroma del río en su cabello.

Antes de que pudiera reaccionar, ella dio un paso atrás, le cogió de la mano y lo condujo a la mesa. Se sentaron frente a frente, pero ella no le soltó la mano.

—Amo, he conocido a una muchacha esta tarde, en el río, una esclava de la casa del noble Drigo. Tenía la cara llena de golpes. El hijo de Drigo la había castigado. Me contó que quiere darte una lección antes del encuentro de mañana. Creo que Nicar ha subestimado sus intenciones.

Una oleada de rabia lo atravesó ante la posibilidad de que Drigo pudiera interferir en su recién descubierta felicidad y prosperidad. Luego se encogió de hombros. Probablemente había sido sólo una conversación, chismes de mujeres.

—¿Qué puede hacer Drigo, Trella? Renunciar a combatir y marcharse. O quedarse y pedir que otra persona sea nombrada para encargarse de la defensa. No me interesa. Le dije a Nicar que sólo trataría con él. Si los nobles no quieren luchar, o quieren a otro como capitán de la guardia, entonces tú, Gatus y yo, con algunos hombres, nos iremos.

—¿A qué otra persona podría poner Drigo como capitán?

Eskkar pensó en ello. Entre los soldados, sólo Gatus tenía suficiente experiencia, pero no ambicionaba el puesto. Odiaba a Drigo y a sus hombres, y no quería tener nada que ver con ellos. Antes de que el capitán hablara con él la noche anterior, estaba dispuesto a marcharse.

Drigo contaba con algunos hombres, todos armados, que circulaban por el poblado. Su jefe, Naxos, sucio y vulgar, era su guardaespaldas personal. Ni Nicar ni los otros confiarían sus vidas y sus fortunas a aquel individuo, aunque Drigo lo propusiera.

—No conozco a nadie más en Orak. A menos que haya alguien que yo no sepa, alguien que se haya enfrentado a los bárbaros y dirigido a los hombres en el campo de batalla.

—¿Cuántos soldados tiene el noble Drigo, amo?

—No son soldados —la corrigió, enfadado por la habitual confusión de los pobladores entre mercenarios y soldados adiestrados—. Son fuertes y tienen armas, pero en general se limitan a intimidar a los campesinos y comerciantes, a hombres más débiles que ellos o desarmados. Son valientes cuando están en grupo, pero ninguno de ellos podría matar al más joven de los guerreros de Alur Meriki. —Ella guardó silencio, y tardó un momento en darse cuenta de que no había respondido a su pregunta—. Drigo tiene muchos mercenarios, más que los otros nobles. Quizá nueve

o diez. —La decidida expresión en el rostro de Trella le hizo reconsiderar sus palabras. Cada uno de los nobles contrataba a su guardia personal. Mejor pagados que los soldados, solían beber y reunirse entre ellos. Miraban con desprecio a los soldados y éstos no se enfrentaban a ellos—. Creo que Drigo puede haber contratado a algunos más en estas últimas semanas.

—Y los otros nobles, ¿cuántos hombres tienen?

Eskkar ya había comenzado a pensar en eso. Cada uno de ellos contaba, por lo menos, con siete u ocho hombres armados. Sin contar a la guardia de Nicar, eso significaba que el resto superaba a los treinta soldados que quedaban. Una sombra de incertidumbre recorrió su rostro.

—Los otros mercenarios, ¿seguirían a Naxos?

Eskkar respiró profundamente.

—No lo sé, Trella. Hacen lo que les dicen sus amos, pero sin órdenes... quizá escucharan al hombre de Drigo.

—Mañana por la mañana volveré al río. La esclava de Drigo me dijo que podría estar allí una hora después del amanecer. Tú no te encontrarás con Nicar hasta el mediodía. Tal vez ella sea capaz de desvelarnos alguna otra cosa.

—Si antes no le cortan el cuello por contar historias sobre su amo —dijo Eskkar. Él había escuchado relatos similares sobre la crueldad de Drigo.

—Le di dos monedas de cobre por su información y le prometí algunas más mañana, amo. Si tú lo apruebas.

Aquella solicitud tan formal le hizo sonreír.

—Dale un puñado si averigua algo útil. —La opinión de Eskkar con respecto al oro había cambiado de la noche a la mañana—. Tengo que descubrir qué pueden planear Drigo y Naxos en los próximos días.

Ella sacudió la cabeza.

—Mañana, amo. No tienes dos o tres días. Lo que prepare Drigo tendrá lugar mañana. —Ella le apretó la mano sobre la mesa—. ¿Qué crees que intentará hacer?

La miró y se preguntó cómo había conseguido preocuparlo sólo con unas cuantas palabras. Si hubiera escuchado a otra persona decir lo mismo, posiblemente se habría reído o lo habría ignorado. La percepción de Trella le daba otra dimensión.

—Me quedé sorprendido cuando Nicar me requirió. No debía de haber nadie más a quien pedir ayuda. Si anoche le hubiera dicho que la defensa de Orak era imposible, Nicar habría abandonado la idea de resistir. —Decidió que al menos aquello era cierto—. Si yo no estuviera, entonces...

—O si estuvieras muerto —dijo Trella—, Drigo podría hacerse cargo de los soldados, deshacerse de los que no necesita o no puede controlar y Orak sería suya.

—¿Qué ganaría con eso? No se libraría del ataque de los bárbaros, y no podría defenderse.

—Los bárbaros tardarán meses en llegar. Si Drigo controla sesenta o más soldados y mercenarios, además de los que pueda contratar, ¿quién podría impedirle hacer lo que quisiera y que se apropiara de todo lo que desea? Podría saquear toda la aldea, llevarse el botín al otro lado del río y volver cuando los bárbaros se hubieran marchado. Con suficientes hombres y oro podría reconstruir Orak para él solo. No necesitaría a Nicar ni a los otros nobles. Gobernaría sin oposición sobre Orak. — Calló un momento, pero Eskkar no dijo nada—. Drigo no contaba contigo, no esperaba que convencieras a Nicar. Y además, ahora los pobladores creen que no temes a los bárbaros. No creo que al noble Drigo le guste eso.

La ira de Eskkar aumentó. Deseaba que Trella estuviera equivocada. Malditos fuesen los nobles y sus conspiraciones. Él se veía amenazado por ellos. Golpeó la mesa con el puño. Trella abrió completamente los ojos. Él se levantó, fue hasta la puerta y llamó al centinela.

—Envía a alguien a buscar a Gatus inmediatamente. Y luego regresa a tu puesto.

Trella le tocó el brazo. Lo había seguido hasta la puerta.

—Haz venir también a Adad. Debes mantenerlo cerca esta noche. Estuvo conmigo hoy y me vio con la muchacha. Podría comentarle a alguien que he estado hablando con una de las esclavas de Drigo.

Su sugerencia lo irritó. Eskkar sabía que Trella había ido al río y que un guardia la había acompañado. Pero no se le había ocurrido pensar lo que el soldado podría hacer o decir en sus horas libres. Levantó la voz y llamó nuevamente al centinela.

—¡Trae a Adad contigo! Quiero que vigile mi casa esta noche.

Cerró la puerta con tanta fuerza que los muros temblaron; después se dirigió al gancho del que colgaba su espada. La ajustó en su cinturón. Aquel gesto podría parecer absurdo, pero se sentía mejor con el arma a su lado. La estancia parecía caérsele encima, con aquel aire viciado y rancio. Tenía que salir.

—Ya casi ha oscurecido, Trella. Quédate dentro el resto de la noche.

—¿Adonde vas?

—A ninguna parte. Necesito pensar un poco a solas.

La verdad es que se sentía otra vez bajo su influencia, hacía lo que ella deseaba en vez de tomar sus propias decisiones. Abrió la puerta con fuerza y salió.

Caminó hacia un árbol y se recostó contra él. El aroma a pollo asado flotaba en el aire e inundaba la calle.

Eskkar había perdido el apetito. Habría deseado llevar a Trella a la aldea esa noche, mostrarla a todos, y luego detenerse en una de las tabernas a tomar vino y cenar. Su mano se crispó sobre la empuñadura de su espada.

Ahora se quedaría allí, temeroso de abandonar su alojamiento, preocupado por recibir una puñalada a traición. No tenía miedo a los mercenarios de Drigo. Al menos de uno en uno. Pero tres o cuatro juntos podían derrotar a cualquier hombre. La

imperiosa necesidad de abandonar Orak le sobrecogió. Quería ir a buscar a Trella y marcharse. Todavía quedaba mucho oro del que le había dado Nicar. En poco tiempo podía estar a caballo y, sin lugar a dudas, los centinelas de la puerta le abrirían.

Lanzó una serie de maldiciones contra Nicar, los nobles, Ariamus, y en especial contra los habitantes del poblado que desconfiaban de él y lo habían odiado durante años y que ahora querían que salvara sus cobardes vidas y sus miserables posesiones. Los despreciaba tanto como ellos le temían. Siempre lo habían considerado un extranjero, un bárbaro domesticado, pero que podía atacarlos si tenía oportunidad.

Debía irse, dejar Orak. Nada bueno obtendría quedándose, tratando de enfrentarse a los Alur Meriki, arriesgando su vida por la decisión de los comedores de tierra. Se llevaría a Trella y... pero ella no quería marcharse. No había respondido cuando él mencionó la posibilidad de huir. Ella, una joven noble, pocos beneficios conseguiría acompañando a un mercenario. Ni siquiera sabía si podía montar a caballo. Pocas mujeres sabían cómo tratar a un equino. Volvió a maldecir. Y no podía dejarla, no después de la noche anterior.

El centinela regresó, acompañado por un enfadado Adad, que había tenido que interrumpir su cena. Los dos hombres aminoraron el paso cuando vieron a su capitán bajo el árbol. Se dirigió hacia ellos, con la mano en la empuñadura de la espada.

—Debéis permanecer juntos y alerta. No abandonéis vuestro puesto bajo ningún concepto. Llamad si veis algo sospechoso. Podría haber problemas esta noche. Haré que otros hombres os acompañen.

Se dirigió a su alojamiento, ignorando sus miradas interrogantes, y entró. En la habitación en tinieblas, apenas podía ver a Trella sentada a la mesa. Sin comida, no tenía nada de que ocuparse.

Cerró la puerta, se dirigió hacia el hogar y comenzó a encender el fuego. Al menos tendría algo en que ocupar sus manos mientras pensaba. Finalmente las llamas se elevaron y agregó más leña de la necesaria. Encendió con una brasa la nueva lámpara que Trella había comprado.

La muchacha no había dicho ni una palabra. Una vez que la estancia quedó iluminada por la lámpara y el fuego, se sentó frente a ella.

—¿Sabes montar a caballo?

—No, amo. Pero estoy segura de que puedo aprender.

Mantuvo su voz serena, pero él pudo detectar su desencanto. Ella sabía lo que implicaba aquella pregunta. Eskkar también se sintió decepcionado. Le había enseñado a suficientes comedores de tierras a cabalgar. Incluso para un alumno hábil de manos fuertes, hacía falta por lo menos una semana para endurecer los músculos de los muslos y las piernas lo suficiente. Suponiendo que Trella no se cayera y se rompiera algo. Pero también podía caminar mientras no aprendiera.

Un golpe repentino en la puerta les sobresaltó. Se trataba de Gatus.

—¿Qué sucede? ¿Por qué...? —Vio la espada en el cinto de Eskkar.

—Cierra la puerta —dijo Eskkar—. Tenemos que hablar.

El viejo soldado se sentó y posó sus ojos alternativamente en Eskkar y Trella. Había visto a los guardias custodiando el recinto.

—¿Qué ha sucedido?

—Nada todavía. Trella ha oído algo en el río. Los hombres de Drigo pueden estar planeando algo, tal vez atacarme o matarme. Parece que el noble Drigo no está contento con la elección de capitán de la guardia que ha hecho Nicar y no quiere esperar a la reunión de mañana. —Eskkar se dirigió a Trella—. Cuéntaselo todo.

Trella relató lo que había averiguado en el río y añadió sus ideas sobre lo que Drigo intentaba llevar a cabo.

Gatus permaneció sentado, mordiéndose el labio, y se tomó su tiempo para pensar. Al cabo se dirigió a Eskkar.

—¿Qué es lo que harás? Yo no pienso recibir órdenes del imbécil de Naxos, ni tampoco de Drigo; y además no creo que tengan mucho interés en mi persona. Tal vez haya llegado el momento de olvidarnos de esta estúpida conversación e irnos de Orak.

Unos momentos antes, aquello era lo que Eskkar habría deseado oír. Pero había observado cómo Trella había contado la historia. Sabía que quería quedarse, quería que él se quedara, aunque no lo había dicho. De repente, se dio cuenta de que no quería decepcionarla, ni admitir que no era capaz de enfrentarse al desafío de Drigo.

—No, Gatus. Me voy a quedar y luchar. —Sus palabras brotaron casi sin pensarlo—. No dejaré que los matones de Drigo me expulsen, mientras Nicar quiera que yo sea el capitán de la guardia. Siempre y cuando tú sigas a mi lado. —Eskkar detestaba pedirle ayuda a nadie, pero no tenía alternativa—. No estoy seguro de en quién debo confiar. Tú vives aquí desde hace años y conoces a todo el mundo mejor que nadie.

—La mayoría odia a esos mercenarios —aseguró Gatus mientras se mesaba la barba—, pero puede que haya unos cuantos estúpidos tentados por la plata de Drigo. —Tomó aire—. Pero no serán más que tres o cuatro. Si intentan algo, ¿cuándo será?

—Tiene que ser esta noche, Gatus, o mañana en casa de Nicar. Justo antes de la reunión, o apenas terminada, supongo. ¿Qué opinas tú? —preguntó dirigiéndose a Trella, aunque sus propias palabras le sorprendieron incluso a él mismo. La estaba tratando como a un igual en la toma de decisiones.

—Amo, si alguien te ataca después de que Nicar te confirme como capitán de la guardia, será tomado como un desafío a él mismo. Al resto de los nobles no les agrada. Pero si Drigo puede humillarte antes de la reunión, entonces los nobles no estarán tan dispuestos a confiar en ti, no importa quién sea el culpable, ni que sus vidas y bienes estén en juego.

—Bueno, parece sencillo entonces —dijo Gatus—. Iremos con todos los hombres

a casa de Nicar y si alguien se interpone en nuestro camino...

—Los nobles podrían interpretar como una amenaza si apareciera en casa de Nicar con treinta hombres armados. —Trella había dado su opinión sin que se la pidieran, pero a aquellas alturas ni a Eskkar ni a Gatus les importaba que una joven esclava les diera consejos. Ella continuó antes de que pudieran decir nada—. Y no debe haber derramamiento de sangre, nada que haga pensar a los nobles que arriesgarán sus vidas confiando en vosotros.

Eskkar apretó el puño, pero se contuvo antes de golpear la mesa. Se había enfrentado a la muerte en el campo de batalla con frecuencia, pero Drigo tenía oro más que suficiente para contratar a una docena de hombres dispuestos a arriesgarse. La idea de una jauría de perros callejeros saltándole a la garganta lo enfureció, aunque mantuvo su voz tranquila.

—Correrá la sangre, Trella, a menos que nos vayamos.

—La sangre en las calles no llevará a los nobles a confiar en ti, amo. ¿No puedes encontrar otro modo?

—Malditos sean los dioses. —Esta vez fue Gatus el que golpeó la mesa con el puño—. Mi esposa se puso muy contenta al saber que nos quedábamos, aunque eso significara luchar contra los bárbaros. Si nos vamos ahora... si nos vamos contigo, Eskkar, habrá mujeres, niños, carros, animales... Será una pequeña caravana. Tenía esperanzas de quedarnos.

Tenían tres alternativas, pensó Eskkar. Irse solo con Trella, marcharse liderando un grupo de soldados con sus mujeres e hijos, o quedarse y pelear contra las intrigas de los nobles y contra los bárbaros. El tiempo de la prudencia había terminado. No podía admitir su preocupación frente a Trella y su lugarteniente, y no retiraría sus palabras.

—Si tú permaneces a nuestro lado, nos quedaremos, Gatus.

El viejo soldado soltó un gruñido.

—¿Así que me concedes a mí semejante responsabilidad? Soy demasiado viejo para ir vagabundeando por los campos, al menos mientras haya una posibilidad de permanecer aquí.

—Entonces lucharemos —dijo Eskkar—. Necesitamos que Nicar me confirme como capitán de la guardia. Después de eso, podremos ocuparnos de Drigo.

Eskkar se sentía mejor, ahora que se había decidido.

—Gatus, asegúrate de que nadie deje los barracones esta noche y mantén a una docena de hombres preparados y alerta.

—Sí, capitán. —Gatus se levantó y le sonrió a Trella—. Has prestado un gran servicio, muchacha. Es posible que hayas evitado que a tu amo y a mí nos rompieran la cabeza. Trata de que no se meta en líos el resto de la noche. —Luego le preguntó a Eskkar—: ¿Te reunirás con los hombres por la mañana?

—Sí, antes de entrevistarme con Nicar, como planeamos.

—¿Y qué harás mañana?

—Ya pensaré algo —respondió Eskkar.

Acompañó a Gatus a la salida y observó cómo el viejo soldado desaparecía en la oscuridad. Después se reclinó contra la pared y pensó en los acontecimientos de aquellas últimas horas. Durante los últimos quince años había estado solo, tomando sus propias decisiones y aceptando las consecuencias. Había sobrevivido, gracias a su habilidad para la lucha, pero no había mucho más que añadir a tales logros.

Ahora prestaba atención a lo que decía una muchacha, instruida para ver más allá de lo evidente, aquello que a él se le escaparía. Más que escuchar, él y Gatus estaban comenzando a confiar en ella. Eskkar, hasta ese momento, nunca había hecho caso a los consejos de ninguna mujer, y ahora los estaba buscando. Parte de él quería ignorar sus palabras, tomar sus propias decisiones, equivocarse incluso si era preciso.

Pero sabía que eso sería una tontería. Más aún, podía morir. No había sobrevivido todo aquel tiempo ignorando la verdad. Objetivamente, si Trella no hubiera reunido las piezas del rompecabezas, al día siguiente se habría encaminado hacia la entrevista, totalmente ajeno a lo que los hombres de Drigo tenían planeado.

Así que posiblemente le debía la vida. A Eskkar no le gustaba admitir que tenía una deuda semejante. Entre ella y Nicar habían transformado su vida. La propuesta de Nicar le había otorgado un futuro. Ahora, los consejos de Trella podían ofrecerle aún más. Por lo menos le debía la posibilidad de ayudarle. Todavía la deseaba, la deseaba más cada minuto que pasaba, y si mantenerla junto a él significaba tener que tragarse su orgullo y aceptar sus sugerencias, así lo haría. Había salvado su vida una vez. Tal vez pudiera volver a hacerlo. Después de todo, las cosas no podían ponerse mucho peor. Quizá había llegado el momento de probar nuevas alternativas.

Echó una última mirada a los centinelas y volvió a entrar, cerrando y asegurando la puerta tras de sí. Ella seguía sentada, con su perfil recortándose en la penumbra ante el escaso resplandor del fuego, esperando a que él decidiera no sólo su propio destino, sino también el de ella.

Se dio cuenta de que nada merecía la pena. Necesitaba estar junto a ella, tenerla a su lado. Todo lo demás carecía de importancia, incluido su orgullo.

—Ya se nos ocurrirá algo, ¿verdad?

Trella se despertó antes del alba, salió del lecho y se vistió. La noche había transcurrido sin sobresaltos. Eskkar había hecho traer un pollo asado, pan, nueces y vino, y habían cenado con la puerta cerrada. La carne estaba muy sabrosa, aunque ninguno de los dos se dio cuenta. Trella llenó la copa de Eskkar de vino, pero ella no

bebió nada. Después de tomar media copa, vio cómo el capitán la llenaba de agua, dejando el resto del vino sin tocar. No había dicho nada, pero se sintió agradecida de que su amo tuviera el buen juicio de no beber demasiado en una noche como ésa.

Gatus volvió un par de veces, una para informar de que todo estaba en orden y los hombres se hallaban en sus puestos, y la segunda para llevarse un pedazo de pollo y decirles que se fueran a dormir. Antes de retirarse, Eskkar bloqueó la entrada con la mesa y los bancos y colocó su espada y su cuchillo al lado de la cama.

La abrazó en la oscuridad, pero no dijo nada, y ella supo que estaba pensando en el día siguiente. Se quedó sorprendida cuando él le explicó un posible plan para tratar con los mercenarios. Era peligroso, pero quizá fuera la única manera de evitar un derramamiento de sangre.

Cuando no quedó nada por discutir, Trella se sentó a horcajadas sobre él, excitada ante su audacia. Lo besó una y otra vez, rozando suavemente con sus pechos su tórax y su estómago, y después con sus labios. De pronto, lo sintió en su interior, y se oyó a sí misma gemir ante una oleada de placer. Siguió moviéndose lentamente, disfrutando de las nuevas sensaciones que la atravesaban, hasta que se abandonaron por completo al éxtasis, olvidando todo lo que sucedía en el mundo exterior.

Cuando terminaron de hacer el amor, él cayó dormido casi instantáneamente, con un sueño profundo y sereno que no parecía ser perturbado por ninguna preocupación. Ella se sumergió en un duermevela, despertándose con frecuencia, esperando la llegada del amanecer. Quería ir temprano al río.

Con las primeras luces del alba, despertó a Eskkar y abrieron la puerta. Nadie los recibió, excepto dos centinelas cansados en su puesto. Al poco rato llegó Gatus bostezando, cargado con una pesada bandeja de madera con pan y queso, desayuno para todos, incluidos a los hombres que habían estado de vigilancia ante la puerta durante la noche. Después Trella fue con Gatus a los barracones y se ofreció a lavar algunas de las prendas de los soldados.

Llenaron un cesto con todo lo que pudo cargar. Esperaba que Adad volviera a acompañarla al río, pero ya se había retirado a dormir un poco, cansado tras la larga noche de vigilia. Pero Gatus escogió a otro hombre para escoltarla.

A aquella hora tan temprana, sólo unas pocas mujeres habían ido a lavar la ropa de sus hogares, pero pronto llegarían otras. La reconocieron inmediatamente. Se arremolinaron a su alrededor mientras trabajaba y se presentaron, deseosas de enterarse de las últimas novedades por parte de alguien que podía conocerlas de primera mano.

Trella las tranquilizó, pero siguió concentrada en su trabajo. Las mujeres se fueron retirando poco a poco. La muchacha ni siquiera se dio cuenta de que estaba lavando una y otra vez la misma túnica, hasta que vio que Shubure se aproximaba.

Sin que lo notaran, se fue desplazando río abajo, hacia aguas más profundas,

hasta que éstas le llegaron casi hasta la cintura. Ni siquiera entonces Shubure se acercó a ella. Esperó un buen rato hasta que la mitad de su ropa estuvo lavada. Los ojos de Trella recorrieron la orilla, deteniéndose en las otras mujeres, pero ninguna le prestaba atención, sólo el aburrido guardián cuya mirada iba de un extremo a otro del río.

Tan pronto como Shubure se colocó a su altura, Trella dejó que su túnica se le escapara de las manos. La corriente la llevó directamente hacia la esclava de Drigo, que la atrapó y se la devolvió. Cuando sus manos se tocaron, Trella dejó tres monedas de cobre en la palma de la joven. Ésta bajó la mirada durante un momento. Se giró un poco mirando hacia los que se hallaban en la orilla del río.

—Tu amo se reunirá con Nicar a mediodía. Drigo le ha ordenado a Naxos que lo mantenga alejado de la casa de Nicar. Quieren ponerlo en ridículo antes de la reunión, ante los otros nobles. Si se resiste, Naxos lo matará y se convertirá en el nuevo capitán de la guardia.

Entonces sucedería aquella misma mañana. Trella se dio la vuelta para que nadie pudiera verlas hablando.

—¿Has averiguado alguna otra cosa?

—No, nada. Excepto que Drigo dijo que sería el jefe de Orak dentro de unos días. Él y su hijo ya están haciendo planes. Esperan reunir mucho oro antes de que lleguen los bárbaros.

—Te agradezco la información, Shubure.

—Mi madre y yo te damos las gracias por las monedas, ama Trella. Ella podrá alimentar a nuestra familia durante unos días.

—Si tu madre es capaz de mantener la boca cerrada, le enviaré más monedas. Si averiguas alguna otra cosa, díselo a ella para que pueda venir a decírmelo.

Sería más sencillo y menos arriesgado para Shubure que Trella se encontrase con su madre.

Shubure asintió. Se apartó justo en el momento en que se aproximaban otras lavanderas, ansiosas por hablar con Trella. Pero la muchacha reunió la ropa mojada y regresó con cuidado a la orilla. Levantó el pesado bulto, con el vestido empapado pegándosele a las piernas, mientras se dirigía caminando hacia la puerta de la aldea. Su guardián la siguió, seguramente contemplando su figura.

Encontró a Eskkar en el exterior de los barracones, esperando su llegada. La siguió a su alojamiento y cerró la puerta.

—¿La has visto?

—Sí. —Repitió todo lo que Shubure le había dicho. Sorprendentemente, las noticias parecieron tranquilizarle. Fue hasta la mesa y se sentó con el ceño fruncido. Trella extendió las ropas mojadas sobre la cama y luego se sentó frente a él—. ¿Seguirás adelante con tu plan, amo?

La miró con su rostro serio.

—Oh, sí, me ocuparé de Naxos.

Ella supo a lo que se refería.

—Si matas al sirviente de Drigo, contrataré a alguien más para asesinarte. No toleraré el insulto. Y los nobles...

—Si la muerte de Naxos supone demasiada sangre para ellos, entonces nos iremos. No voy a pasarme los días preguntándome cuándo actuará el asesino que Drigo me enviará.

Trella lo examinó cuidadosamente. No había en su semblante ni una pizca de preocupación. Parecía relajado y tranquilo, sin rastro de la inquietud de la noche anterior. Se dio cuenta de la enorme diferencia que había entre él y los mercaderes y comerciantes con los que había crecido. Un guerrero sólo necesitaba saber lo que debía hacer. Se preocuparía de cómo actuar, y una vez que hubiera comenzado, sería como una flecha lanzada por un arco, sin dudas ni posibilidad de volver atrás.

—¿Puedo ayudar en algo?

Le dirigió una intensa sonrisa, llena de calidez y afecto.

—Tal vez. He estado pensando en la reunión. Todavía necesito hablar con los soldados. Pero creo que necesitaré tu ayuda.

Ella le sonrió y le agarró la mano con suavidad.

—Dime qué he de hacer.



CAPÍTULO 5

Dentro de dos horas me reuniré con Nicar y las Cinco Familias, comenzó diciendo Eskkar, dirigiéndose a Gatus y a los tres hombres que había seleccionado como comandantes. Se encontraban sentados ante la pequeña mesa del alojamiento de Eskkar. Gatus estaba junto al capitán. Bantor, Jalen y Sisuthros, frente a ellos. Sobre la mesa, Trella había colocado una jarra con agua y unos cuencos.

Bantor, un hombre de fiar y capaz de obedecer órdenes, era poco mayor que Eskkar. Jalen, unos cinco años más joven, había llegado a Orak desde el Oeste. Se trataba de un excelente guerrero y uno de los escasos buenos jinetes de la aldea y se había enfrentado a Ariamus y a sus seguidores incluso más que Eskkar. Sisuthros había cumplido recientemente las veinte estaciones, pero poseía una inteligencia equiparable a su destreza con la espada.

Con excepción de Gatus, ninguno de ellos había dirigido, hasta aquel momento, a un número importante de hombres. Ariamus los había mantenido como tropa, promocionando a sus favoritos, que seguían sus órdenes sin cuestionarlas. Eskkar había seleccionado a aquellos tres soldados valerosos y hábiles como hombres de confianza. Y en ello había influido que todos se habían atrevido a desafiar a Ariamus.

—Se discutirá mucho en la reunión, pero la mayoría de los nobles estarán decididos a quedarse y luchar. Después, Nicar irá al mercado para dirigirse a la población. Yo hablaré cuando él haya terminado. Vosotros estaréis allí con vuestros hombres, para mantener el orden. Seguid mis indicaciones y ayudadme a convencer a los pobladores. Si alguno entre la multitud pierde el control, no tengáis miedo a romper algunas cabezas. Se derramará bastante sangre antes de que esto termine, así que no hay nada que nos impida comenzar hoy.

Eskkar los examinó. Parecían imperturbables.

—Bantor, te harás cargo de las puertas. Asigna tres hombres a cada una de ellas. Nadie saldrá de la aldea sin mi permiso o el de Nicar. Absolutamente nadie. Y eso incluye a los miembros de las Cinco Familias.

Sus caras mostraron incredulidad. Podían entender perfectamente lo de romper algunas cabezas. Pero enfrentarse a algún miembro de las Cinco Familias y a sus mercenarios armados era algo que representaba un riesgo mayor.

El capitán vio las dudas reflejadas en el rostro de aquellos hombres.

—No podemos permitir que los hombres dejen el poblado llevándose utensilios o esclavos que podemos necesitar para defenderlo —explicó—. Así que si alguien quiere irse, no debemos dejarle. Nuestras vidas pueden depender de tales hombres.

—¿Y qué hacemos con aquellos que van a trabajar al campo? —preguntó Bantor inclinando la cabeza.

Eskkar sabía que era mejor preguntar que quedarse callado.

—No me estoy refiriendo a los que deben salir diariamente, Bantor, sólo a aquellos que pretendan huir de la aldea, llevándose sus pertenencias con ellos. Si alguien quiere marcharse, bien. Pero nadie que pueda llevarse esclavos, herramientas u otras mercancías se alejará sin nuestro permiso.

—Los hombres del noble Drigo están en las calles y en el mercado, hablando con todos —anunció Bantor—. Se comportan como si la aldea ya estuviera en su poder. Algunos dicen que Drigo tomará el mando de Orak y de los soldados.

—Bueno, tengo una sorpresa para el noble Drigo —dijo Eskkar, dando gracias a los dioses por el aviso de Trella—, pero de eso hablaremos más tarde.

—Los hombres no querrán entregar sus esclavos —observó Gatus—. Crearán problemas si intentas detenerlos.

Eskkar asintió.

—Si tienen algo que sea de utilidad, pagaremos, ya sea por un esclavo, una herramienta o un arma. Es decir, Nicar y las Familias pagarán.

Los hombres se miraron de reojo pero no dijeron nada. Él no prestó atención a aquellas miradas. Necesitaba que creyeran en él, al menos hasta que ese día finalizara, y entonces comprobarían por sí mismos cómo iban a desarrollarse los acontecimientos.

—A partir de mañana comenzaremos a reclutar y a entrenar. En los próximos meses, cientos de personas entrarán a la aldea huyendo de los bárbaros. Debemos estar listos para armarlos y ejercitarlos.

—No puedes entrenar hombres para enfrentarse a los bárbaros, al menos en tan corto periodo de tiempo —se quejó Jalen, elevando su voz en tono de protesta.

—No vamos a salir a enfrentarnos cuerpo a cuerpo, sino que lucharemos desde la muralla que construiremos en torno al poblado. Utilizaremos a los arqueros. Cualquiera puede tensar un arco. Gatus y yo ya hemos discutido sobre eso y sabemos que es posible. —Eskkar miró a su segundo, que hizo un gesto de asentimiento.

—Siempre he querido instruir a un grupo de hombres para combatir como una unidad —dijo Gatus—. Ahora tengo la oportunidad.

El viejo soldado tenía ideas extrañas sobre cómo entrenar a los hombres, y nada le producía más placer que hacer sudar a un recluta hasta ponerlo en forma.

—Nos rodearán y atacarán la aldea desde todos los lados —insistió Jalen—. Ni siquiera los arqueros podrán rechazar semejante asalto.

—No tan rápido, Jalen —rió Eskkar—. Nos aseguraremos de que puedan acercarse a nosotros en gran número sólo desde una dirección, ante nuestras defensas más fuertes. Esperaremos detrás del muro hasta que se les acabe la comida, obligándoles a seguir su camino. No tenemos que derrotarlos o expulsarlos. Tenemos que conseguir que se cansen de atacarnos. Y sé que podemos lograrlo. —Eskkar golpeó con su jarro sobre la mesa—. Y cada vez que ataquen nuestro muro, los masacraremos. Los obligaremos a desmontar y los mataremos con flechas. —Pudo apreciar el escepticismo reflejado en sus rostros. Se habían enfrentado a los bárbaros en alguna ocasión y conocían bien su resistencia—. Ya sabéis que cuando un hombre baja de su caballo —continuó— es fácil de matar, y con los bárbaros resulta todavía más sencillo. Desde la infancia combaten a caballo. Sus espadas y lanzas están diseñadas para golpear desde sus cabalgaduras y sus arcos para disparar mientras galopan hacia el enemigo. Cuando van a pie, son frágiles enemigos y blancos fáciles para nuestros arqueros, que estarán protegidos por una muralla.

—También los bárbaros son arqueros. —Sisuthros había luchado contra ellos con anterioridad y todavía conservaba cicatrices para probarlo—. Pueden eliminar a nuestros hombres en el muro sin esfuerzo.

—No va a resultar tan sencillo como crees, Sisuthros, pero me alegra que todos os preocupéis por estas cuestiones. Los bárbaros usan arcos cortos y curvos. Nosotros utilizaremos arcos de caza, más largos y fuertes, con flechas más pesadas. Comenzaremos a matarlos antes de ponernos a su alcance, y la muralla protegerá a nuestros hombres de sus flechas.

—¿En verdad piensas que puedes detenerlos, capitán? —preguntó Sisuthros.

—Sí. Nunca se han enfrentado a alguien como nosotros, a un muro repleto de hombres bien armados y entrenados.

Gatus se acarició la barba.

—¿Seremos capaces de construir una muralla lo suficientemente alta y fuerte a tiempo? Quiero decir, ¿qué altura tendrá? Eskkar se encogió de hombros.

—Ahora te has adelantado. Ésa es una de las cosas que tengo que averiguar, y nos llevará varios días de trabajo con los artesanos y constructores. Es una de las razones por las cuales no podemos permitir que ninguno de ellos se marche. —Miró a sus hombres—. Lo más duro de esta batalla contra los bárbaros va a tener lugar en las próximas horas —dijo mirando por la ventana. No le quedaba demasiado tiempo—. Si las Cinco Familias aceptan nuestro plan, la aldea podrá resistir. Por eso es muy importante que vayáis al mercado y sigáis mis órdenes. Nicar y yo persuadiremos a

las Cinco Familias. Vosotros tendréis que ayudarnos a convencer a la multitud.

—Nos estás pidiendo que arriesguemos nuestras vidas y las de nuestras familias —dijo Sisuthros—. Si nos quedamos y luchamos... si fracasamos...

—Nicar y yo arriesgaremos lo mismo que vosotros. ¿O preferís marcharos y vagar por las estepas con vuestras familias, en busca de un lugar seguro donde vivir? Cuando expulsemos a los bárbaros, vuestros hogares aquí estarán protegidos. Además, os doblaré la paga. Eso debería daros fuerzas. Cuando los bárbaros sean rechazados, cada uno de vosotros recibiréis veinte monedas de oro, más dos partes de cualquier botín que podamos arrebatarnos. —La referencia al oro surtió el efecto deseado—. Pero eso no es suficiente para mantener a los hombres luchando. He combatido contra ellos muchas veces, e incluso cuando los he matado he tenido que ceder terreno. Estoy cansado de claudicar ante ellos, y también de que me digan que son los mejores guerreros. Ha llegado el momento de que nos teman.

Las palabras de Eskkar flotaron en el aire durante un instante antes de que Jalen hablara.

—No le he contado esto a nadie, pero hace siete años los bárbaros arrasaron mi aldea, mataron a mi padre y se llevaron a mi madre y a mi hermana como esclavas. He matado a muchos de ellos desde entonces, y sólo quiero la posibilidad de matar a más todavía. Me pondré a tus órdenes, Eskkar, mientras decidas hacerles frente. No les tengo miedo, ni siquiera cuando van a caballo.

Eskkar asintió, comprendiendo el dolor de aquel hombre. En Orak había muchos como él. Ahora empezaba a entender por qué Jalen lo había mirado con furia tantas veces, viendo en él sólo a un hombre de un clan bárbaro, no al soldado en el que Eskkar se había convertido.

—Todos somos guerreros, y nuestra lucha contra los bárbaros comienza hoy. El primer paso será impedirle a Drigo que tome el control de Orak. Aun con el respaldo de Nicar, sospecho que veremos correr sangre antes de que el sol se oculte. Lo que os pido no es sencillo. Posiblemente será lo más peligroso a lo que os hayáis enfrentado. Pero si triunfamos, la recompensa será grande. Así que os pregunto: ¿me seguiréis en esta empresa para obtener oro para nosotros y para salvar Orak? ¿O tendré que salir en busca de otros hombres?

Uno a uno, intercambiaron algunas miradas y, lentamente, asintieron.

Eskkar sonrió satisfecho. Los había convencido en esta cuestión. Ahora había que ver cuánto estaban dispuestos a arriesgar. Miró hacia el sol.

—Bien. Ahora nos queda un asunto por tratar, y muy poco tiempo para hacerlo.

La gente se amontonaba en las estrechas callejuelas. Eskkar nunca había visto el

mercado tan concurrido. Todos querían pararlo y hacerle preguntas, mientras se abría paso hacia la casa de Nicar. Gatus, Sisuthros, Adad y otros dos hombres le acompañaban. Vestido con la túnica y las sandalias nuevas el capitán caminaba con confianza, dando largos y decididos pasos, apartando a la multitud de su camino. Su espada corta colgaba de su cinto, recién engrasada para poder sacarla rápidamente de su funda.

Detrás de él avanzaba Trella, que miraba respetuosamente hacia el suelo, con su nuevo vestido. Éste no había sido hecho con las mismas telas lujosas que utilizaban los mercaderes ricos o los granjeros prósperos, pero era más acorde a su nuevo estatus y le sentaba mucho mejor que las viejas prendas que había usado cuando era esclava de Nicar. Eskkar no le había dicho nada sobre lo que debía comprar o cuánto podía gastar, pero no le sorprendió que tuviera el sentido común de haber adquirido algo práctico.

Tras doblar hacia la calle en la que vivía Nicar, Eskkar se encontró con lo que había previsto. Una veintena de hombres, los mercenarios contratados por las Familias, les cerraba el paso. Haciendo uso de la autoridad de sus amos, daban órdenes tanto a los pobladores como a los soldados, al menos desde que Eskkar había llegado a Orak. Cuando lo vieron acercarse, casi todos se pusieron en guardia, formando una línea más o menos recta que bloqueaba la calle, a una docena de pasos de la casa de Nicar. La mayoría de ellos llevaba el emblema de Drigo en sus túnicas.

Naxos, el jefe de la guardia del noble Drigo, tenía hombros anchos y una descuidada barba rojiza que no llegaba a cubrirle el rostro picado de viruelas ni el diente que le faltaba. Estaba de pie en el centro de la calle, situado directamente frente a Eskkar.

—La reunión de las Cinco Familias no está abierta a los soldados —dijo Naxos en voz alta cuando el grupo de Eskkar se aproximó, asegurándose de que todos oyeran su voz de mando. Acto seguido enganchó sus pulgares en el grueso cinto de cuero que sostenía su espada.

—He sido convocado por Nicar —afirmó prudentemente Eskkar, y se detuvo a unos cinco pasos de la fila de hombres—. ¿Yo también tengo prohibida la entrada?

Naxos, cuya altura era semejante a la de Eskkar, lo miró a los ojos y se tomó su tiempo antes de responder.

—Puedes entrar —contestó al fin, hablando todavía en voz alta y procurando que se oyera en toda la calle, como si tuviera capacidad para decidir sobre aquel asunto por sí mismo—, pero el resto de tus hombres debe volver a los asquerosos barracones de donde han salido. No necesitamos soldados de juguete.

Así que querían que entrara solo. Seguramente Drigo tampoco quería derramar demasiada sangre. Lo atacarían cuando cruzara la fila de mercenarios. El capitán agradeció mentalmente a aquel hombre sus ofensivas palabras. Nada podía haber

provocado más a sus hombres o reforzado su decisión. Todos habían sufrido los abusos y burlas de aquel indeseable y sus secuaces. Miró a los hombres envalentonados que permanecían detrás de Naxos, con las manos en sus espadas, confiados en su autoridad. Y pudo escuchar cómo la multitud a su espalda comenzaba a dispersarse.

—Mis hombres van a donde yo les ordeno, Naxos —anunció Eskkar con firmeza—. Hazte a un lado y déjanos pasar.

La risa del mercenario retumbó en toda la callejuela.

—Eres un cerdo bárbaro, Eskkar, y hace tiempo que tendría que haberte dado una lección. Presentaré tu cabeza en una bandeja si tus hombres no se retiran.

El hombre que se encontraba junto al mercenario, joven y fornido, desenfundó su espada, con los ojos muy abiertos por la excitación.

—Déjame que lo mate, Naxos —pidió ansioso.

Eskkar no respondió. Levantó lentamente la mano izquierda por encima de su hombro, con la palma hacia fuera, como si fuese a calmar al hombre. Y en vez de replicar, señaló simplemente con su índice al provocador. Se escuchó un silbido en el aire y un sordo impacto. Cuando el mercenario bajó la vista, vio una larga flecha clavada en el centro de su pecho.

Nadie se movió mientras el moribundo trataba de tomar aire y levantaba la cabeza, con su espada resbalando de su mano. Luego cayó de rodillas, para acabar dando con la cara en el suelo. Todos permanecieron inmóviles. Los hombres de Naxos levantaron sus ojos, boquiabiertos, hacia los tejados a lo largo de la calle. Allí se encontraban apostados diez arqueros, cinco a cada lado. Estaban bajo las órdenes de Jalen, con los arcos preparados para disparar y los blancos ya seleccionados, esperando la siguiente señal de Eskkar.

El resto de los mercenarios no hizo el más mínimo movimiento, con la mirada fija en los arqueros, mientras Gatus impartía órdenes. Bantor y media docena de hombres corrieron a escoltar a Eskkar y Gatus. Llevaban escudos y sus espadas desenvainadas mientras formaban rápidamente frente a Naxos y sus hombres.

La valentía de la guardia de los nobles se había transformado, en un instante, en miedo, y ahora se veían paralizados por la indecisión. Ninguno se atrevió a desenvainar un arma, y la mayoría retiró la mano de las empuñaduras. Unos cuantos, especialmente los que estaban al servicio de otros nobles, retrocedieron un poco, intentando distanciarse de Naxos y de los hombres de Drigo.

Eskkar desenfundó con calma su espada, pero mantuvo la punta hacia el suelo mientras recorría los cinco pasos que lo separaban de Naxos. Los ojos del mercenario seguían fijos en los tejados, mirando a los tres hombres que apuntaban, con arcos, a su pecho. Ni siquiera reaccionó cuando Eskkar levantó su espada y apoyó la punta contra su estómago, sino que se quedó mirando la espada como si nunca hubiera visto

un arma semejante.

—Vosotros —ordenó Eskkar—, no os mováis. Tirad las armas. El que desenvaine una espada morirá de inmediato.

Todos parecían petrificados, como si hubieran echado raíces. La mayoría seguía mirando fijamente a los arqueros.

—¡Ahora! —Eskkar gritó salvajemente la orden. Su voz rompió el hechizo y, en un instante, se escuchó el ruido metálico de las armas golpeando contra el suelo.

Eskkar miró a los ojos a Naxos y advirtió que el miedo reemplazaba al estupor que le había invadido al ver a los arqueros. No le dio más tiempo, ni para hablar ni para actuar, y le hundió la espada en el vientre. Un gemido de agonía y sorpresa escapó de los labios del mercenario mientras intentaba detener el filo que lo atravesaba. Con cierta saña, Eskkar giró la espada, haciendo brotar otro gemido de la boca abierta de Naxos, y luego la extrajo de su cuerpo.

La sangre se extendió por todas partes, deslizándose entre las manos de Naxos mientras intentaba cubrir su herida mortal y caía de rodillas al fallarle las fuerzas, para acabar tendido de espaldas, con una de sus piernas dobladas y la otra sacudiéndose en el polvo. Intentó hablar, pero no pudo emitir sonido alguno. Antes de que estuviera muerto, los soldados de Eskkar se habían acercado a sus hombres, dispuestos a atacar.

Eskkar se agachó y limpió su espada en la túnica del moribundo, ignorando su agonía y sus estertores. Incluso cambió de mano su espada y se limpió el brazo derecho, que estaba salpicado con la sangre que había brotado del estómago del herido. Ninguno de los hombres de Naxos se movió o dijo una palabra.

El capitán volvió a envainar la espada. Dando la espalda a los acobardados mercenarios, se volvió hacia los atemorizados pobladores, que se encontraban detrás de él tratando de ver lo que estaba sucediendo. También ellos estaban inmóviles y silenciosos.

—No me gusta que me llamen bárbaro —dijo alzando la voz para que pudieran oírle en todos los rincones de la calle—. Ni a mis hombres les gusta oír que se hable de esa manera de su capitán. —Se dirigió entonces a Gatus—. Reúne sus armas y mantenlos a raya.

Trella se había detenido a unos pasos de Gatus y sus hombres. Eskkar la llamó y le hizo una seña para que lo siguiera mientras se abría paso entre los todavía estupefactos mercenarios. Caminaron hacia la puerta abierta y entraron en el jardín que separaba la casa de Nicar de la calle.

La puerta estaba parcialmente abierta y sin nadie que la custodiara; entraron sin llamar. Una vez en el interior, Eskkar se dio cuenta de que nadie tenía ni idea de lo que había sucedido en la calle. Los sirvientes de la casa, ocupados atendiendo a los invitados de Nicar, no habrían tenido tiempo para prestar atención a los ruidosos

acontecimientos que acababan de tener lugar.

Trella le detuvo un momento, tomó un pedazo de tela de su bolsillo, lo humedeció con la lengua y le limpió una gota de sangre de la mejilla y otra del brazo. Le observó detenidamente para ver si había más restos de sangre. Estaba pálida y sus manos temblaban un poco, pero sus ojos no mostraban temor alguno. Eskkar supuso que nunca había visto morir a ningún hombre de esa manera.

—Nunca es agradable matar a nadie —le dijo en voz baja, para que sólo ella pudiera oírlo—. Si no lo hubiera matado, habría desafiado continuamente mi autoridad. —Tocó su brazo—. ¿Estás segura de poder enfrentarte a lo que nos espera dentro?

Ella asintió.

Se dieron la vuelta al oír un ruido de pasos y vieron a Creta que se aproximaba.

—Buenos días, Eskkar —saludó, mirando de reojo a Trella al notar que llevaba un vestido nuevo—. Ven por aquí, te están esperando. Llegas tarde.

—Buenos días, Creta —respondió Eskkar, asintiendo con la cabeza—. Te seguimos.

Creta se detuvo de golpe, pero Eskkar habló antes de que pudiera protestar.

—Nicar me dijo que podía utilizar a Trella para que me asistiera, y la necesito a mi lado. —Mantuvo su voz firme y severa.

Sin decir una palabra, Creta los condujo al mismo aposento en donde había cenado con Nicar. Llamó una vez y abrió. Eskkar y Trella entraron y Creta cerró la puerta detrás de ella.

La estancia parecía diferente preparada para una reunión que para una cena. Se habían retirado las cómodas sillas y almohadones de la noche anterior. Habían traído otra mesa de algún lugar y la habían añadido a la que Nicar y Eskkar habían utilizado, ocupando casi toda la habitación. El aroma a vino flotaba en el aire, mezclándose con el perfume de unos jazmines colocados en un rincón, con objeto de disimular los olores de tantos hombres reunidos en un espacio tan reducido.

Diez hombres se hallaban sentados alrededor de la mesa: los jefes de las Cinco Familias, cada uno acompañado por su primogénito o por un consejero de confianza. Nicar estaba sentado a la cabecera de la mesa, con los nobles Rebba y Decca a su derecha. Estos dos primos eran dueños de varios negocios y de muchas de las embarcaciones con las que se comerciaba a lo largo del río.

Drigo y Néstor ocupaban el otro lado. El segundo de ellos era dueño de la mayoría de las granjas más grandes que rodeaban la aldea.

Había un asiento libre en el otro extremo de la mesa; Eskkar se dirigió a él, y antes de sentarse hizo una profunda reverencia a los nobles. Sus dudas se habían desvanecido. Las muertes en la calle lo habían hecho comprometerse por completo, y ahora ya no podía volverse atrás. Cuando saliera de aquella estancia tenía que haber

sido ratificado como capitán de la guardia. Si no era así, se consideraría afortunado si conseguía abandonar Orak con el pellejo intacto. Drigo pondría, sin duda, precio a su cabeza por haber matado a Naxos. Se dio cuenta de que tenía una ventaja, aunque temporal: nadie en aquella habitación sabía lo que había sucedido fuera, que la guardia de aquellos nobles había sido desarmada y que ahora estaba sentada en el suelo, bajo el control de los soldados.

—Noble Nicar, vengo atendiendo a tu solicitud. —Miró a los otros hombres y observó el gesto de sorpresa de Drigo—. Os saludo a todos.

Trella le había recomendado que debía ser cortés en todo momento y mantenerse tranquilo, sin importar las provocaciones o desacuerdos que pudieran surgir.

—Tu esclava no debe estar aquí —dijo Drigo, aunque se suponía que Nicar era el que dirigía aquella reunión—. Ésta es una reunión de las Cinco Familias, y tenemos nuestras costumbres. Las mujeres y los esclavos no son admitidos.

Drigo se había recuperado rápidamente de su sorpresa. El capitán pensó que era extraño que el día anterior se hubiera quedado impresionado por la autoridad del noble. En ese momento, sin embargo, lo consideraba un simple obstáculo que debía superar.

—Nobles, sólo soy un soldado. No tengo ni práctica ni buena memoria para poder hablar con vosotros. Mi esclava está aquí para recordarme lo que debemos discutir y no olvide nada importante.

—Mi padre te ha ordenado que hagas salir a la esclava. —Aquellas palabras fueron pronunciadas por Drigo el joven. Pocos años antes, siendo un muchacho pendenciero, había aterrorizado a los niños más débiles con sus puños. Ahora que había alcanzado la edad adulta se consideraba a sí mismo un jefe. Más alto y con hombros más anchos que su padre, había cumplido las diecinueve estaciones. Tres hombres que lo habían ofendido murieron en circunstancias misteriosas, asesinados en medio de la noche. Y al menos otros dos habían muerto a manos del mismo Drigo.

Sus palabras atrajeron miradas severas de los otros nobles, por lo que Eskkar supuso que sólo los mayores podían hablar sin impedimentos.

—Ella se queda conmigo —respondió con firmeza el capitán—. Pero si lo deseáis, puedo retirarme.

El primer choque, tal como Trella había previsto. Uno de los nobles miró a Drigo, los otros dos a Nicar. Eskkar mantuvo la tranquilidad, con los brazos relajados. Trella se encontraba dos pasos detrás de él, con la mirada baja.

—¿Y adonde irías, Eskkar? —inquirió Drigo, ignorando los comentarios de su hijo—. ¿De vuelta con los bárbaros a los que perteneces? Tal vez deberíamos enviarte con ellos.

—Hoy el viento sopla en muchas direcciones, noble Drigo —contestó Eskkar—. Creí que las Familias deseabais la defensa de Orak. Si eso no es verdad, simplemente

hacédmelo saber y os dejaré continuar con vuestras deliberaciones. Un guerrero siempre encuentra ocupación en tiempos turbulentos.

—Eres un perro impertinente —replicó Drigo el joven—. Me están entrando ganas de echarte a la calle.

Esta vez fue Nicar quien reaccionó.

—Drigo, tu hijo habla sin autorización. Si no puede contener su lengua, será mejor que abandone la estancia. —El mercader miró en torno a la mesa y el resto de los presentes asintió en silencio.

—Mi hijo guardará silencio —respondió Drigo—, pero yo no. No necesitamos a este *soldado*. De cualquier manera, no podremos resistir a los bárbaros.

Varios miembros de las Familias comenzaron a hablar, pero la voz de Eskkar resonó sobre las de todos.

—Nobles, si no deseáis luchar, entonces vuestro poblado será destruido. Los bárbaros derribarán vuestras casas y quemarán todo lo que no puedan arrojar al río. Pero también podéis combatir contra ellos, expulsarlos y salvar Orak. La elección es vuestra, y debéis decidirlo hoy mismo. —Sus palabras los acalló momentáneamente. Eskkar los miró y vio la duda reflejada en sus ojos, mezclada con la confusión ante el atrevimiento de un hombre al que consideraban un simple soldado. Continuó antes de que pudieran decir nada—. Sea cual sea vuestra decisión, los habitantes de Orak aguardan vuestras palabras. Les he dicho que hoy os dirigiríais a ellos. Así pues, debéis tomar una determinación. Si les decís que los nobles no van a resistir, muchos comenzarán a marcharse. Y cuando lo hayan hecho, no regresarán. Y entonces todos os tendréis que ir, con lo que podáis cargar, cruzando el río y esperando poder salvaros de los bárbaros.

—No tenías derecho a hablarle a la gente —dijo el noble Rebba tomando la palabra por primera vez—. Sólo las Familias pueden hablar en nombre de Orak. —Decca asintió en silencio.

—Los pobladores saben que los bárbaros se aproximan —contestó Eskkar, manteniendo su voz y sus modales bajo control—. Saben que Ariamus huyó con hombres, caballos y todo lo que pudo acumular antes de escapar. Conocen la reunión que se está celebrando ahora. Si no les decís algo hoy, muchos se irán, incluidos yo y el resto de los soldados. Nadie se va a quedar custodiando vuestras riquezas hasta que sea demasiado tarde para escapar. Así que Orak caerá en unas pocas semanas o meses, antes de que lleguen los bárbaros. Cuando salgáis de aquí, creo que podréis ver que ya han cambiado muchas cosas. —Miró brevemente a Nicar—. Como he dicho, si no queréis que organice la defensa del poblado, decédmelo y me marcharé. No necesito arriesgar mi vida defendiendo Orak.

—Nada puede detener a los bárbaros, Eskkar —respondió Néstor, el más anciano de las Familias. Néstor vivía en Orak, en una de las granjas más grandes que rodeaba

la aldea, desde hacía más tiempo incluso que Nicar—. Y eso deberías saberlo mejor que nosotros.

—Noble Néstor, estoy convencido de que podemos detenerlos y yo sé cómo hacerlo. Ya he discutido con Nicar algunas cuestiones. Pero sólo será posible si comenzamos de inmediato, y si todos ponemos el corazón y el esfuerzo en conseguirlo. Tenemos que persuadir a los habitantes de Orak de que podemos resistir. En caso contrario, se marcharán.

—No necesitamos a los pobladores —dijo Drigo con desprecio—. Nosotros tenemos la autoridad y decidimos lo que sucede en Orak.

—Puede que tengas poder aquí, pero es la gente de la aldea quien te lo concede —respondió Eskkar—. Sin los artesanos, el panadero, el tabernero, incluso los granjeros en los campos, ¿qué harías? ¿Cocinar tu propio pan, plantar tus semillas, mandar a tu familia?

—Hay otras aldeas —dijo Drigo, seguro de sí mismo, en tono condescendiente.

—Sí, y tienen sus propios gobernantes —remarcó Eskkar, recordando las palabras de Trella—. Tendrás que pagar para conseguir acceso. Tal vez te encuentres con que no eres noble en tu nuevo poblado.

—Podemos comenzar nuestra propia aldea —dijo Drigo el joven, ignorando la orden de permanecer en silencio—. No necesitamos a estos pobladores para eso.

Eskkar se rió.

—Sí, jefe de un montón de estiércol de cincuenta o cien personas. Aquí está el río, la tierra fértil, el comercio con las otras aldeas, cientos de trabajadores y artesanos de muchas clases. ¿En qué otro lugar puedes encontrar todo eso?

—Silencio, hijo mío —ordenó Drigo el viejo a su heredero—. Aunque en las palabras de mi hijo hay algo de verdad. Podemos volver una vez que los bárbaros se hayan marchado.

—Cierto, podéis volver a empezar —replicó Eskkar, agradeciendo mentalmente a Trella su perspicacia. Hasta ahora no habían dicho nada que no hubiera previsto—. Pero los bárbaros volverán una vez más dentro de cinco o diez años. O tal vez se establezcan otros y se muestren interesados en ser los jefes de un nuevo Orak. —Miró a Nicar y vio cómo éste se recostaba en su silla, tranquilo, disfrutando claramente del debate, mientras evaluaba las expresiones de los otros nobles—. Pero no quiero haceros perder vuestro valioso tiempo —continuó—. Y no creo que sea de mi competencia explicaros el valor de un poblado del tamaño de Orak. —Titubeó un poco, tratando de dar a sus palabras el tono que Trella había sugerido. Pero no parecieron notar su turbación.

—Tal vez debiéramos preguntarle a Eskkar cómo piensa detener a los bárbaros —dijo en voz baja Nicar. Esperó un momento, pero nadie habló—. Por favor, toma asiento, Eskkar. ¿Quieres un poco de vino?

El capitán se sentó, consciente de que llevaba la espada en su cinturón, a la que nadie parecía haber prestado atención.

—Agua, noble Nicar. Mi esclava me la traerá. —Hizo un gesto a Trella. Ella se dirigió a la jarra de agua que había a un lado de la mesa y llenó una copa que puso ante Eskkar.

—Vino para mí, esclava —exigió Drigo el joven al tiempo que deslizaba su copa por la mesa, hacia Trella, quien la frenó con presteza antes de que cayera.

Ella miró a Eskkar, sin emoción alguna en su rostro, y él asintió.

—Vino para el amo Drigo —repitió Eskkar a la vez que decidía que mataría al joven por aquel insulto. Debió de dejar traslucir en su tono de voz lo que estaba pensando, porque todos los ojos se volvieron hacia él, incluso los de Drigo el viejo, como si hubieran percibido algo detrás de sus palabras.

—No, no más vino para mi hijo —dijo Drigo con un tono algo más cauto—. Hemos terminado. Podéis perder el tiempo discutiendo cómo detener a los bárbaros, pero a la hora de la verdad todos abandonarán la aldea. —Se levantó mientras su hijo hacía lo mismo—. Tengo cosas más importantes que hacer.

Eskkar sonrió con aire de tolerancia al hijo de Drigo, a pesar de haber visto la daga bajo la túnica del joven al ponerse de pie.

Nadie más abandonó sus asientos. Padre e hijo se dirigieron a la puerta, pero el joven no pudo resistir la tentación de hablar una vez más. Se detuvo a unos pasos de Eskkar.

—Bárbaro, es mejor que cuides tu lengua, o un día te la arrancarán.

La musical risa de Trella sorprendió a todos, incluso a Eskkar, y detuvo toda conversación. Todas las miradas se dirigieron a ella. Todas excepto la de Eskkar, que se aferró a la del joven Drigo.

—Os pido disculpas, nobles, mi lengua me ha traicionado —dijo Trella compungida, pero la risa permaneció en su voz y en sus ojos.

—¿Qué te resulta tan gracioso, esclava? —Una arruga apareció en la frente de Drigo, como si se le hubiera escapado algo importante.

—Nada, noble Drigo —contestó con suficiente humildad—, excepto que el último hombre que llamó bárbaro a mi amo está muerto.

—Poco nos importa que le haya cortado el cuello a un sucio granjero —dijo el joven Drigo, mientras su ira crecía a tono con el color demudado de su rostro.

La risa de la joven había descontrolado al muchacho. El joven Drigo no estaba habituado a que se rieran en su cara, y mucho menos una esclava.

—No, joven amo Drigo, no fue un campesino —replicó la joven, con voz tranquila y la suficiente insolencia como para inflamar aún más la furia del joven—. Son Naxos y uno de sus hombres los que yacen muertos en la calle. —La sonrisa permaneció en su rostro y su mirada fija en el muchacho.

Todos miraron a Eskkar, que se limpiaba una uña sin quitarle el ojo de encima al joven Drigo. Éste se llevó la mano hacia la túnica, a pocos centímetros de la daga.

—¿Es eso cierto? —preguntó Nicar, incapaz de ocultar la indignación y la ira en su voz.

—Sí, es verdad —respondió el capitán, reclinándose contra la mesa con su brazo izquierdo mientras se sentaba de lado en la silla para mirar al comerciante—. La guardia de Drigo intentó impedirme el acceso a vuestra casa. Naxos dijo que mi esclava tampoco podría entrar. Me llamó bárbaro y luego, junto a otro hombre, intentó atacarme. —No había sido exactamente así, pero no le importó. Esperó un momento antes de continuar, girando su cuerpo aún más, de manera que su espada quedaba entre él y la mesa, de cara a Drigo el joven y con su costado derecho orientado hacia el joven—. Pero no te preocupes, noble Drigo. Le perdoné la vida al resto de tu guardia. Los encontraréis fuera, y creo que en el futuro serán mucho más corteses con mis soldados.

Desde su nueva posición, el capitán echó una ojeada a Drigo el joven y, tras advertir que su rostro se había enrojecido aún más, le sonrió con aire condescendiente, como si se tratase de un niño.

Con un grito de furia, el joven sacó la daga de su túnica y se lanzó sobre él, seguro de poder herirlo antes de que pudiera ponerse de pie o desenfundar su espada. Pero en vez de intentar levantarse y detener el ataque, Eskkar se apoyó aún más contra la pesada mesa y le dio una patada. El golpe acertó al muchacho en el pecho, lanzándole violentamente hacia la pared, lo que le permitió al guerrero ponerse rápidamente en pie, desenvainar su espada y hundírsela en la garganta.

El movimiento de Eskkar había sido tan rápido, tan inesperado, que los jefes de Orak continuaron sentados, aturcidos ante la herida mortal, una reacción típica en hombres habituados a dar órdenes, no a recibir estocadas.

Drigo el viejo recuperó la voz.

—No, ¡detente! —gritó demasiado tarde, mientras veía cómo su hijo era mortalmente herido. Y se lanzó contra el capitán.

No estaba armado, y un brazo firme contra su pecho habría sido suficiente para rechazarlo. Pero Eskkar no tenía esa intención. Volvió a girar su cuerpo para enfrentarse a su atacante, dio un paso atrás y extendió su brazo armado, dejando que Drigo se atravesara con la espada, haciendo que su peso y la inercia la hundieran hasta que la empuñadura casi tocó su pecho. Su mano derecha tembló ante el rostro de Eskkar y sus ojos se abrieron sorprendidos durante un instante, antes de ponerse en blanco. La muerte le había llegado aun antes que a su hijo, que todavía se ahogaba y retorció antes de que la pérdida de sangre lo matara.

Todos se levantaron, pero nadie dijo nada. Y así siguieron, asombrados, con los ojos completamente abiertos, viendo morir a padre e hijo. Eskkar intentó sacar la

espada del cuerpo caído del padre, pero estaba demasiado incrustada. Tuvo que ponerle el pie en el pecho y tirar con fuerza.

El silencio se hizo casi palpable. La sangre continuaba manando de los cuerpos. Le tendió la espada a Trella.

—Límpiala.

Se agachó, cogió la daga que el joven había dejado caer y se sentó nuevamente a la mesa, con el cuchillo en su regazo. Cogió su jarro de agua y bebió, aunque la mayor parte de su contenido se había derramado al empujar la mesa.

—Creo que todos deberíais sentaros —dijo con voz tranquila—. Todavía tenemos mucho que discutir.

Se escucharon fuertes golpes en la puerta.

—Abre la puerta, Trella, y luego ve a buscar a Gatus.

La puerta se abrió antes de que Trella llegara a ella, y Creta se detuvo en el marco de la misma, con dos guardias de Nicar detrás. Comenzó a hablar, pero se dio cuenta, horrorizada, de la sangrienta escena que se presentaba a sus pies y se cubrió la boca con la mano. A su espalda, los guardias parecían tan atemorizados como su ama.

—Noble Nicar —comenzó Eskkar—, tal vez debieras decirles a tus hombres que no hay peligro alguno.

Para alivio de Eskkar, Nicar se recuperó rápidamente.

—Sí, por supuesto. ¡Creta! Vino para todos. ¡Y que los esclavos retiren estos cuerpos inmediatamente! —Miró a la multitud de sirvientes congregados en la antecámara y levantó la voz para que todos pudieran oírlo—. Ha ocurrido un desafortunado incidente. Drigo y su hijo intentaron matar a Eskkar, el nuevo capitán de la guardia —hizo una pausa—, y han sido eliminados.

Durante los siguientes diez minutos, la habitación fue escenario de una intensa actividad mientras los atemorizados sirvientes arrastraban los cuerpos fuera del lugar, limpiaban el suelo y volvían a colocar los muebles en su sitio. Trella volvió con Gatus. Le entregó a Eskkar su espada, limpia de sangre, y rozó con su mano el brazo del guerrero durante un fugaz instante. Los nobles, aún nerviosos, tomaban vino, hasta que finalmente una temblorosa Creta cerró la puerta de la estancia.

Durante todo ese tiempo Eskkar estudió a los hombres de la mesa. Los representantes de las Cinco Familias, ahora las Cuatro Familias, estaban asustados, y sin duda pensaban que aquello podía haberles sucedido a cualquiera de ellos. Necesitaban ser tranquilizados, y rápidamente.

—Nobles jefes —comenzó humildemente el capitán—, mis más sinceras disculpas por lo que ha sucedido. Pero yo no he provocado a nadie, ni en la calle ni en esta habitación.

Casi decía la verdad, pensó, aunque había estado preparado para matar a cualquiera que intentara detenerlo. Tras mirar a su alrededor comprobó que sus

palabras causaban el efecto deseado. Ahora aquellos hombres tendrían que pensar, sabiendo que había cambiado el sistema de poder en Orak, quién sería el mayor beneficiado. Eskkar volvió a respirar hondo.

—Pero el noble Drigo no estaba interesado en defender Orak, sólo en controlarla. Planeaba apoderarse del poblado y de vuestras propiedades. —Los observó y decidió que Trella tenía razón. Era mejor derramar un balde de aceite que una taza—. Vosotros sois los jefes de Orak. Mis hombres y yo nos quedaremos y protegeremos la aldea, si así lo decidís. —Los miró uno por uno—. Nicar ha manifestado el deseo de combatir. Ya le he dicho que Orak puede ser defendida y que yo dirigiré el combate, si las Familias están de acuerdo con mis condiciones. Ha llegado la hora de decidir. ¿Luchamos por este lugar hasta la muerte o nos marchamos? ¿Cuál de las dos opciones elegís?



CAPÍTULO 6

Durante las dos horas siguientes, los nobles discutieron entre ellos y con Eskkar. Nicar ordenó traer más vino. Un murmullo de indignación recorrió la estancia cuando el capitán explicó lo que había sucedido fuera y lo que Drigo y sus hombres habían planeado para Orak. Finalmente, satisfechos con la muerte del noble infame, la conversación se centró en la muralla y en la inminente invasión. Eskkar expuso su proyecto una y otra vez, repitiendo cómo los bárbaros podían ser derrotados con la segura protección del muro. La discusión cambió de rumbo cuando Rebba hizo la pregunta clave.

—Supongamos que la muralla no puede ser construida ni tan alta ni tan sólida en el tiempo que tenemos. Después de todo, puede llevar meses edificar una casa. ¿Qué haremos entonces?

—Noble Rebba, ésa es la cuestión más importante, pero yo no puedo responderte. Debemos reunirnos con los constructores y obreros para decidir si es factible la realización del muro. Si no es posible, entonces seremos libres para decidir si nos quedamos o abandonamos la aldea.

Rebba aún no había terminado.

—Imaginemos que se decide que se puede llevar a cabo y comenzamos las obras, pero los bárbaros llegan antes de que el muro esté concluido. Estaríamos atrapados, indefensos.

Eskkar y Trella habían discutido esa posibilidad.

—Sólo podemos intentarlo, Rebba. Pero en el momento en que sepamos que no podemos terminar a tiempo, entonces podremos irnos. No quiero enfrentarme a ellos en campo abierto. —Eskkar recordó otras observaciones de Trella—. Pero si huimos ahora, renunciaremos a todo lo que aquí se ha construido, y Orak nunca volverá a alcanzar la prosperidad que tiene ahora. El comercio a lo largo del río se terminará. Recordad que abandonar un lugar y comenzar de nuevo también comporta riesgos. Todo hombre puede convertirse en un bandido, y cualquier clan en una tribu de

saqueadores. Pero si los rechazamos, romperemos el viejo ciclo de muerte y destrucción. Orak será entonces la población más grande del mundo. Y vosotros seréis sus amos.

Rebba miró fijamente su copa de vino. Eskkar empezó a preguntarse si no habrían bebido ya demasiado como para pensar claramente. A él también le gustaría tomar algo de vino, pero una mirada a Trella fue suficiente para continuar bebiendo agua. Rebba dirigió su vista a Nicar e hizo un gesto de asentimiento.

—Eskkar —comenzó Nicar—, déjanos solos un momento. Tenemos que discutir algunos asuntos en privado.

—Comprendo. —Se puso de pie, agradecido de poder estirar las piernas—. Vamos, Trella, esperaremos en el jardín. Toma esto —dijo al tiempo que le entregaba a la muchacha la daga de Drigo. Pequeña y de buena factura, le pareció un regalo adecuado. Podría necesitarla en los días venideros.

Cuando Eskkar abrió la puerta, se encontró con Creta, y esta vez tuvo la certeza de que había escuchado toda la conversación. Su actitud había cambiado; le hizo una nerviosa reverencia, en esta ocasión verdaderamente respetuosa. En la entrada principal, un sirviente, boquiabierto, corrió a abrirles la puerta.

Eskkar encontró a Gatus y a sus hombres esperándole en el jardín frente a la casa. Habían llevado a la guardia de los nobles al patio. Éstos estaban sentados en el suelo, desarmados, con las espaldas contra la pared que separaba el santuario de Nicar de la calle. A través de la verja abierta, Eskkar vio a los habitantes de Orak arremolinados en la calle. Los soldados hacían uso de sus lanzas para mantenerlos a cierta distancia de la entrada.

Un grito surgió de la multitud cuando vieron salir a Eskkar. Aclamaciones y vítores se mezclaron en un creciente clamor. Gatus se aproximó a él, con una amplia sonrisa surcando su rostro.

—Saludos, capitán —dijo formalmente, con una adecuada reverencia para que todos pudieran ver la autoridad de Eskkar—. Cuando sacaron el cuerpo de Drigo, los rumores se extendieron como el fuego en la pradera. Tuvimos que hacer entrar a los mercenarios. Nos ha beneficiado que Drigo fuera tan impopular. —Se acercó más a él, para que sólo éste pudiera oírlo—. Mandé llamar al resto de los hombres cuando vi que aumentaba la multitud. Tal vez debieras decirles algo.

Eskkar casi no podía oírlo con el ruido de la calle. Quinientas personas, al menos, se agolpaban en la callejuela; nunca había visto a tantos pobladores congregados en un solo lugar. Se dirigió a Trella.

—¿Qué puedo decirles? —Aún no se había acostumbrado a hablarles a las Familias sin temor, y ahora tenía que dirigirse a una muchedumbre sin saber qué palabras resultarían adecuadas.

Trella le tiró del brazo para que se agachara y así poder hablarle al oído.

—No importa. Para ellos eres ahora un héroe. Diles que todo saldrá bien, y que Nicar y el resto de los nobles se dirigirán a ellos dentro de poco tiempo.

—Pero los nobles no han terminado su discusión. ¿Y si deciden abandonar la aldea?

—¡No lo harán! Decidieron quedarse a luchar hace una hora. Ahora necesitaban convencerse.

Una sonrisa forzada apareció en su rostro, mientras se encaminaba hacia la entrada. Colocó un pie en un barrote de la valla para subirse a ella y que la multitud pudiera verle mejor. Levantó la mano pidiendo silencio. Pasaron algunos minutos antes de que cesara el ruido, con la ayuda de las palabras amenazadoras de los soldados, lo que le dio algo de tiempo para pensar.

—Pueblo de Orak —comenzó, con la voz elevada—. Las Cinco Familias hablarán enseguida con vosotros. Ellos os contarán nuestros planes.

Un clamor furioso le respondió. Algunos gritaron que las Familias huirían, otros que debían ponerse a salvo, y muchos repetían su nombre una y otra vez. Comenzaron a empujar a sus hombres. Pronto se abrieron paso hasta el jardín.

—Silencio —rugió con su voz de mando, lo suficientemente fuerte como para que se oyera en toda la calle—. ¡Silencio, u os dejaré en manos de los bárbaros! —Esto detuvo el alboroto y los empujones. Volvió a respirar hondo—. Debéis ir a la plaza del mercado y esperar a Nicar y a las otras Familias. ¡Ahora mismo!

Se bajó de la verja pero su sandalia se quedó enganchada en el barrote, haciéndole perder el equilibrio. Sólo la fuerza de los brazos de Gatus le impidió caer. Por los dioses, si se hubiera caído de narices, los pobladores se habrían reído hasta cansarse. Regresó con Trella a la casa. Un sirviente les abrió la puerta. Cuando se cerró detrás de ellos, respiró con alivio, y al levantar la vista vio que Nicar se le acercaba.

—Bien, Eskkar, ¿qué otras sorpresas nos tienes preparadas? Tal vez debieras decirnos qué has decidido hacer. Comienzo a preguntarme qué he desencadenado.

A pesar de la ironía de aquellas palabras, el capitán pudo apreciar que también encerraban respeto.

—Nada de lo que debas preocuparte, Nicar. Sólo quiero saber qué habéis decidido. ¿Nos quedamos y luchamos o salimos corriendo?

—Las Familias han decidido quedarse y encabezar la defensa de Orak —respondió el mercader levantando la voz, consciente de que sus palabras serían oídas y repetidas—. Tú estarás al mando de Orak hasta que los bárbaros sean expulsados. —Bajó la voz para que sólo Eskkar y Trella pudieran escucharlo—. Aunque estoy intrigado por saber qué sucederá después. —Se encogió de hombros resignadamente—. Pero eso no importa. ¿Qué tenemos que hacer ahora?

—Ir con los nobles a la plaza del mercado. Dejar que todos vean que estáis unidos en esta empresa. Sabes mejor que yo lo que hay que decir. Después de que habléis

vosotros, yo les diré lo difícil que puede llegar a resultar.

Nicar asintió, mesándose la barba.

—¿Alguna otra cosa?

—No, nada más. Estoy seguro de que... —Trella le cogió del brazo y le susurró algo al oído—. Ah, sí... creo que deberías enviar unos hombres a tomar posesión de la casa y los bienes de Drigo. Podemos comenzar a pagar la defensa de Orak con su oro.

—Es una excelente sugerencia, Eskkar. —Nicar miró a Trella—. Eso podría también tranquilizar a las Familias. —El comerciante dudó un instante—. ¿Y qué parte quieres tú de los bienes de Drigo?

—No quiero tener nada que ver con su oro. —Asesinar a alguien para robarle podría atraer la furia de los dioses, o al menos eso decían los sacerdotes, y él había intentado evitar su ira tanto como le había sido posible desde que habían terminado sus días de saqueo—. Pero su casa es grande y sería un excelente cuartel general para mis hombres, así como un buen arsenal para nuestras armas. Cuando la hayan vaciado, tal vez apruebes que la utilicemos.

—Y cuando esto termine, supongo que te la quedarás —respondió Nicar—. ¿Por qué no? Te prometí una casa, aunque no esperaba que fuera más grande que la mía.

—Si vivo lo suficiente para quedarme con esa casa, te pagaré a ti y a las Familias el precio justo por ella. Puedes decírselo a los nobles si te hacen preguntas sobre este asunto.

Nicar lo examinó un instante.

—Continúas sorprendiéndome, Eskkar. Ocupa la casa mañana, a la caída del sol. Eso nos dará tiempo para buscar y descubrir los escondrijos de Drigo. —El mercader se volvió hacia Trella—. Me pregunto si no he cometido un error al regalarte. Tu risa dio comienzo a la matanza de un modo tan efectivo como un golpe. Por un momento pensé que vosotros dos lo habíais planeado por adelantado. —Sacudió la cabeza—. No, eso no puede ser cierto. El joven Drigo, tan estúpido, recibió su merecido. —Se dirigió de nuevo al capitán—. Aunque no tenías que matar a su padre. Podrías...

—Si no lo hacía, él habría ordenado que me asesinaran y no creo que hubiera tardado mucho. —Eskkar había actuado instintivamente, pero sabía que había hecho lo correcto. Padre e hijo debían morir.

—Sí, supongo que sí —admitió Nicar a regañadientes—. De todos modos, es demasiado tarde para pensar en tales cuestiones. Vayamos al mercado y tranquilicemos a la gente. Hay mucho que decirles si vamos a convencerlos de que se queden y luchen.

Habían pasado cinco horas desde la caída del sol cuando Eskkar apagó la llama de la lámpara. Desde aquella mañana no había podido disfrutar ni siquiera de un pequeño instante de soledad en aquel largo día que había cambiado su destino más que cualquier otro desde su nacimiento. Se metió bajo la manta, en donde Trella lo esperaba. Estuvieron abrazados bastante tiempo, mientras los acontecimientos del día se arremolinaban en sus mentes.

—Hemos superado este día gracias a ti, Trella.

Aquello era cierto. Posiblemente ella le había salvado la vida al prevenirle sobre Naxos. Y al provocar a Drigo en el momento oportuno había desencadenado el desenlace, y su propia actuación.

En el mercado, Nicar se había dirigido a la multitud. Les prometió grano, monedas de plata y nuevas o mejores casas para aquellos que se quedaran y lucharan. Garantizó a los artesanos protección para sus intercambios. La comida y el grano serían almacenados en la ciudad, en cantidad suficiente para alimentarlos a todos hasta que hubiese pasado el peligro. Y, finalmente, los esclavos y siervos que trabajaran en el muro ganarían, a cambio, su libertad, y sus dueños serían indemnizados.

Los gritos de furia se mezclaron con los de alegría por parte de los esclavos cuando oyeron las palabras de Nicar, pero el rico comerciante se mantuvo firme. Orak tenía que sobrevivir, y las defensas del poblado necesitaban de hombres capacitados. Repitió la advertencia de que quienes intentaran marcharse llevándose herramientas o esclavos indispensables serían detenidos.

Los otros nobles e incluso los dos sacerdotes de Orak también se dirigieron a la multitud. Todos respondieron a las preguntas y enfatizaron la necesidad de quedarse y defender sus hogares y sus familias.

Cuando Nicar anunció que Eskkar estaría a cargo de la defensa de la aldea, la muchedumbre pareció tranquilizarse.

—Tus palabras agradaron a los pobladores, Eskkar. Puedo ver que confían en ti.

En el mercado, Trella se había sentado a sus pies, de espaldas a la multitud, para asegurarse de que no olvidara nada de importancia. Él había advertido a la gente sobre los peligros que correrían al abandonar Orak, el riesgo que implicaba viajar y los bandidos que seguirían a los bárbaros. Una y otra vez les aseguró que los bárbaros serían rechazados y que el muro los protegería. Les prometió que les defendería hasta la muerte.

Y sus palabras fueron muy efectivas. Al final, la mayoría de la multitud rugió su aprobación a Nicar y a Eskkar, viendo en ellos los hombres que salvarían sus vidas y a sus familias. Ya no les importó el origen de Eskkar; ahora era uno de ellos, su protector. Los gritos y las conversaciones continuaron hasta mucho después de que el capitán y los nobles se retiraran del mercado.

—Espero que los hayamos persuadido lo suficiente como para quedarse. Muchos tendrán que trabajar en el muro.

Trella permaneció un instante en silencio, y antes de hablar lo abrazó con fuerza.

—Nunca había visto matar a hombres como hoy... quiero decir... tan de repente. En Carnax vi una ejecución, pero nunca vi a hombres... muertos de ese modo... ha sido... más sangriento de lo que esperaba. —Se apretó aún más contra Eskkar, colocando una pierna sobre la suya, frotándose contra él—. Y podrían haberte matado. Cuando Drigo se abalanzó sobre ti con la daga, pensé que ibas a morir. Y yo lo provoqué, quería que te atacara, me reí de él hasta que perdió el control.

—Todos los días mueren hombres. Y personas como Drigo y su torpe hijo mueren con más facilidad porque no saben nada de las verdaderas batallas. He luchado en muchos combates, y en todos he aprendido algo.

—¿Y Naxos? Él no era un jovencito presuntuoso y estaba lo bastante cerca de ti. Su preocupación era real. Había estado verdaderamente asustada.

—Naxos era diferente, pero ya estaba derrotado cuando los arqueros se levantaron detrás de mí. Si sus hombres hubieran estado bien entrenados, se habrían adelantado con rapidez cuando cayó la primera flecha y los arqueros se habrían quedado sin blancos. En cambio, permanecieron inmóviles, y su voluntad de lucha desapareció. Al matarlo fue más sencillo provocar a Drigo y controlar a sus hombres.

—¿Y qué habrías hecho si te hubieran atacado?

Se rió ligeramente, mientras le acariciaba un seno. Aquel contacto lo excitaba.

—Naxos y su guardia eran unos prepotentes, acostumbrados a pavonearse por las calles y a romperles los huesos a los pobladores. Los mercenarios no esperaban enfrentarse a arqueros. Por eso se quedaron atemorizados con tanta facilidad.

Pero la flecha le había pasado más cerca de lo que le habría gustado, volando a pocos centímetros de su cabeza. El arquero y Jalen se repartieron una de las nuevas monedas de oro de Eskkar como recompensa, un acto de generosidad que lamentaba. Con unas pocas monedas de plata habrían tenido suficiente. Sin hablar de las tres monedas de plata que había prometido a cada arquero.

Trella se estremeció con sus caricias, mientras su mano descendía desde su cuello y comenzaba a acariciarle el pecho.

—La gente te seguirá. Incluso las Familias harán lo que tú digas, ahora que Drigo ya no está. —Continuó bajando su mano hasta su cadera, dejando que sus dedos exploraran la zona.

—Drigo se habría convertido en el jefe de Orak. Ha sido mejor que muriera rápidamente, antes de interponerse en nuestro camino.

Sus caricias lo excitaban cada vez más, y sus preocupaciones se desvanecían a medida que su deseo aumentaba. La imagen de Drigo ensartándose en la espada acudió a su mente, y aquel pensamiento lo excitó aún más. Matar tenía, con

frecuencia, aquel efecto: hacer que un hombre deseara a una mujer, cualquier mujer, simplemente para cerciorarse de que estaba vivo al final de un combate, que había sobrevivido y que el muerto era otro.

Y la mujer que tenía esa noche en su cama no era precisamente cualquiera, pensó, mientras comenzaba a recorrer su cuerpo, el más precioso de toda la aldea. Tal vez las muertes la habían excitado también a ella; después de todo, había contribuido a que se produjeran.

La calidez del lecho aumentó, y no sólo gracias a la gruesa manta. La boca de Trella buscó la suya, y se sumergieron en un largo beso que dejó a ambos sin aliento.

—¿Y qué planes tiene mi amo para mí mañana por la mañana? —susurró seductoramente, mientras sus manos se entretenían con la virilidad de Eskkar.

—Mañana será el momento de preocuparse del futuro. —Se colocó sobre ella, incapaz de contenerse, y sintió cómo las piernas de la joven se abrían bajo su peso—. Esta noche tienes responsabilidades mucho más importantes.

A la mañana siguiente, Eskkar volvió a sus antiguas costumbres y se levantó antes del amanecer. Se vistió en silencio y dejó a Trella dormida en el cálido lecho. En el pozo se lavó las manos y la cara con el agua fría, mientras los primeros rayos del sol asomaban por las colinas del Este y cubrían Orak con su suave luz. Un largo trago de agua calmó su sed. Luego se encaminó hacia los barracones para despertar a los soldados. Pero la puerta estaba abierta y Gatus, vestido y portando una espada corta, salió a su encuentro.

—Acabo de despertarlos, capitán. Estos brutos perezosos estarán molestos todo el día. Alguno de ellos no debe de haber dormido mucho esta noche.

—Gracias, Gatus. —Su segundo al mando debía de haberse levantado antes que él.

Repasó las órdenes del día mientras los hombres, somnolientos, avanzaban a trompicones bajo la luz del amanecer. Nicar había insistido a los pobladores de Orak que debían permanecer tranquilos y dedicarse a sus actividades cotidianas, y que los soldados debían mantener la calma. Eskkar y Gatus habían discutido brevemente estos planes la noche anterior, pero el capitán quería asegurarse de que sus hombres estuvieran ocupados el resto del día.

Cuando regresó a su alojamiento, el sol ya se había alzado sobre el horizonte. Se encontró con la puerta abierta. Trella había preparado el desayuno. Esa mañana el pan era diferente, más caro. Un recipiente de vidrio poco mayor que su pulgar, con su tapón de madera, contenía un puñado de sal. El agua del pozo ahora estaba en una bonita jarra, al lado de otra con cerveza. Un nuevo plato de cerámica se había sumado

a las pertenencias de Eskkar. Dos salchichas de color oscuro, más grandes que las del día anterior, fundían su aroma con el del pan todavía caliente.

—Buenos días, Trella. —La cogió por los hombros y la besó, disfrutando del sabor de sus labios. Ella puso sus brazos alrededor de su cuello y le devolvió el beso. La presencia del lecho a sólo un paso lo tentó. Ella presintió su deseo y se apartó de él.

—Buenos días, amo. Debes comer. Corio llegará pronto.

Se sentaron a la mesa y comenzaron a comer. Trella le explicó que había llegado a un acuerdo con uno de los vendedores de la calle. Un niño les llevaría el desayuno cada mañana. Eskkar supo que, de ahora en adelante, podía esperar comidas tan buenas como aquélla.

Cuando terminaron, repasaron sus ideas sobre la muralla. Ya habían conversado la noche anterior, pero Eskkar quería asegurarse de que no se olvidaba nada.

La capacidad de Trella para prever los problemas no dejaba de sorprenderlo. Le habían enseñado a pensar como a un noble, algo que, después de haber pasado varios años en Orak y en otras aldeas, él jamás había conseguido.

Aunque no eran su inteligencia y sus ideas lo que más le importaba. Si hubiera sido sorda y muda, la habría retenido a su lado por sus habilidades amorosas. Ya se estaba imaginando el encuentro de aquella noche.

Una alta sombra se recortó en la puerta y oscureció la habitación. Una voz les sobresaltó.

—Saludos, Eskkar, Nicar me pidió que hablara contigo.

—Entra, honorable Corio. —El capitán abandonó momentáneamente sus pensamientos sobre Trella, se levantó de la mesa y le tendió la mano al maestro artesano—. Siéntate con nosotros. ¿Quieres algo de vino?

—Ahora no, gracias. —La voz de Corio sonó grave y profunda. Se sentó con ellos. El constructor examinó a su anfitrión cuidadosamente, calibrando, sin duda, al nuevo Eskkar, que desde el día anterior se había transformado, por arte de magia, de vulgar soldado en jefe.

—Trella, éste es el maestro Corio, el constructor más importante de Orak. —Eskkar miró al hombre—. Trella estará presente en la reunión. Es de mucha utilidad para recordar todo lo que hablemos.

Si al constructor aquello le resultó extraño, no dio muestra alguna de ello. Eskkar percibió cómo observaba a Trella con detenimiento.

—Bien. Entonces empecemos. ¿Qué significa ese asunto de la muralla? Ayer no estuve en la plaza del mercado, pero he oído que tú y Nicar habéis prometido construir un muro en torno al poblado, una edificación lo suficientemente alta para detener a los bárbaros. —Apretó los labios—. Esto dicho sin ánimo de ofender.

Eskkar se rió. Adivinaba los pensamientos de Corio. Un día antes habría hecho

una reverencia a aquel hombre. Hoy era él quien, atemorizado, se preocupaba por saber si iba a morir como el joven Drigo. El capitán sonrió para tranquilizarlo.

—Estoy civilizado, Corio, así que usa la palabra como quieras. Como bien dices, ayer prometí a los pobladores un muro, y ahora debo pedirte que me ayudes a mantener mi promesa. Necesito una muralla alrededor de Orak lo suficientemente alta y fuerte como para mantener a los bárbaros a raya, y sobre la que pueda apostar arqueros para atacarlos. ¿Puedes construir una edificación de esas características?

—Cualquier muralla puede construirse, capitán. ¿Qué altura debe tener?

—Al menos veinticinco pies. Con esa altura mis arqueros tendrán una amplia perspectiva, y además su alcance se verá incrementado. Por supuesto, tendrá que ser muy sólida para que no pueda ser fácilmente derribada. —Ante el silencio de Corio, continuó—: No es necesario que la muralla rodee todo el perímetro de Orak. Derribaremos las casas de los alrededores e inundaremos los sembrados a ambos lados. Efectué un recorrido por la aldea hace un par de días. El muro tiene que ser más grande que la empalizada que tenemos hoy, pero no mucho más.

Corio se agitó en el banco, como si estuviera incómodo.

—La muralla que estás describiendo llevaría un año, tal vez dos, edificarla. ¿No llegarán los bárbaros dentro de cinco meses?

—Discúlpame, maestro Corio. —La voz de Trella era adecuadamente humilde—. Mi amo no te está diciendo cómo edificar. Tú eres el experto constructor. Él sólo te pregunta qué se puede construir para detener a los bárbaros. ¿No es así, amo?

Eskkar mantuvo su rostro impasible.

—Sí, por supuesto, eso es lo que he querido decir. No le indicaría a un herrero cómo forjarme una espada. Sólo puedo pedir lo que necesito. —Se reclinó en su silla. Había solicitado a Corio sus servicios de forma educada y respetuosa. El honor le obligaba a éste a dar una respuesta honesta.

El constructor tamborileó con sus dedos sobre la mesa.

—Suponiendo que me quede en Orak para trabajar en semejante proyecto, ¿de cuántos hombres dispondría para construir el muro? Además, habría que comprar materiales en otros lugares río arriba. Y es posible que necesitemos albañiles de otras aldeas. ¿Cuánto está dispuesto a pagar Nicar?

—Contarás con todos los hombres del poblado, Corio. Todos, incluidos yo y mis soldados si fuera necesario, además de los cientos de hombres que comenzarán a llegar, arrastrados hacia el Sur por la inminente invasión de los bárbaros. Día y noche, siete días a la semana. Ningún hombre será dispensado. Incluso Nicar ha prometido ayudar. Y pondrá a tu disposición todo el oro de las Familias para comprar lo que haga falta.

Mientras el maestro constructor evaluaba la información, Eskkar se dedicó a examinarlo. Casi de su misma edad, era un poco más bajo, con el pelo que ya raleaba,

entreverado de gris. Su cara casi no tenía rastro de barba, y sus ojos poseían un brillo inteligente. Eskkar sabía que era un artesano consumado, habituado a establecer el precio, a trabajar a su propio ritmo y de acuerdo a sus reglas. Nadie podía obligarlo a construir la muralla. Necesitaba algo para convencerlo, algo que lo persuadiera para quedarse. El capitán recordó lo que le había sugerido Trella.

—Mira, Corio —dijo Eskkar inclinándose sobre la mesa—, si podemos detener a los bárbaros, Orak será el más grande e importante poblado en doscientos o trescientos kilómetros a la redonda. El hombre que construya el muro que salve a Orak se convertirá en el más famoso y hábil artesano de la zona. Será la muralla la que derrote verdaderamente a los bárbaros, no los soldados ni los pobladores. Tu fama se extenderá a lo largo del río y tu nombre vivirá para siempre. Y se te pagará bien por tu esfuerzo.

Y si tú no puedes hacerlo, pensó Eskkar mientras volvía a acomodarse en su silla, entonces todos comenzaremos a planear nuestra marcha.

—Amo, recuerdo que el noble Nicar mencionó algo respecto a establecer otra Casa para reemplazar la de Drigo —agregó Trella—, y si Corio estuviera dispuesto a construir el muro, seguramente Nicar y las Familias lo aceptarían como su igual.

Nicar no había dicho nada sobre aquel tema, pero a Eskkar le agradó la idea. Incluso él conocía la reputación de Corio como hombre honesto que trataba a todos con equidad. De aceptarlo, Nicar y las Familias harían una buena elección.

—Es una buena oportunidad de unirte a los nobles, Corio. Piensa en tu honor. Serías uno de los dirigentes de Orak.

El artesano continuó sentado, mirándolos a ambos.

—¿Y Nicar se ha mostrado de acuerdo? —preguntó.

—Si se olvidara, mi amo se lo recordaría.

Eskkar asintió.

—Estoy seguro de que nada se le negará al hombre que levante el muro que salve Orak.

Ya lo tenemos, resolvió Eskkar, ni siquiera Corio podía resistirse a la idea de establecer su propia Casa.

Al capitán se le agotaron las palabras, por lo que aguardó en silencio, observando cómo Corio reflexionaba, con sus dedos tamborileando sobre la mesa.

El constructor se puso bruscamente en pie.

—Discúlpame un momento, capitán. —Se acercó a la puerta y llamó a alguien. De inmediato, un hombre joven con una larga bolsa de tela se acercó a su amo y se la entregó. Corio volvió junto a ellos y extrajo de la bolsa un cilindro de cuero del tamaño de un carcaj de flechas. Giró la tapa y sacó con cuidado un rollo de papiro que extendió sobre la mesa, manteniendo los extremos sujetos con cuatro pequeños pesos que también había retirado de la bolsa.

El papiro resultó ser un mapa en el que aparecía la curva del río y la aldea. Eskkar había oído hablar de ellos, pero nunca había visto uno. Incluso el rollo de papiro era poco frecuente y difícil de encontrar en los alrededores. Se trataba de un artículo de lujo adquirido gracias a la vía fluvial.

En cuanto vio el mapa, Eskkar tuvo la sensación de ser un pájaro que planeaba en lo alto del cielo y miraba al Tigris y al poblado desde arriba. El río estaba representado por una delgada línea azul, pero todo lo demás había sido dibujado en negro u ocre. La aldea aparecía con claridad, rodeada por una línea que reproducía la empalizada. Notó la excitación en los ojos de Trella y supo que ella jamás había visto un tesoro semejante.

—Éste es un mapa preparado por mi esclavo hace unas semanas. Después de los... acontecimientos de ayer, le envié de nuevo a los alrededores de la aldea y a la empalizada, y hemos añadido otros detalles durante la noche. Así que... lo que aquí aparece es correcto.

Los ojos de Eskkar estaban fijos en el mapa, pero meditaba sobre las palabras de Corio. Trabajar durante la noche significaba usar lámparas o velas, artículos caros incluso para el constructor. Además, resultaba todavía más interesante que Corio conociera la conversación sobre los bárbaros y la muralla y se hubiera preparado para aquella reunión. Eso significaba que aquel hombre había sido lo suficientemente inteligente para predecir lo que se le requeriría incluso antes de que lo llamaran. También mostraba que Corio tenía preparadas sus respuestas, y que Eskkar tenía que hacer las preguntas correctas.

Trella insistía siempre en que lo tuviera todo previsto. Debajo de la mesa, fuera de la vista de Corio, tenía los puños apretados.

—¿Puedes entender el mapa, Eskkar? Muchos hombres tienen problemas para comprender las líneas y los dibujos.

Repitió la pregunta, mientras el capitán seguía concentrado en el mapa, contemplando con cuidado la ubicación de la aldea, el río, los embarcaderos, la empalizada, las granjas y las dos rutas que se unían a un kilómetro del poblado para poder hacer entrar y salir las mercancías de Orak.

—Sí, es perfectamente claro.

Había dibujado suficientes mapas en la tierra en campaña, y el papiro hacía que todo fuera más fácil de entender. Con el dedo, comenzó a seguir el curso del río.

—Por favor, capitán, no toques el papiro con las manos. Las tintas pueden correrse por la humedad de tus dedos, y es un material delicado. Utiliza esto. —Le entregó una pequeña pieza de madera blanda con la punta redondeada.

Con aquella varilla, Eskkar fue identificando en voz alta los puntos centrales del mapa, apreciando las direcciones norte y sur, señaladas por una flecha en una esquina del mismo. Corio explicó los escasos detalles que no entendió. Con una mirada,

Trella le hizo saber que ella también entendía lo que el mapa representaba.

—Lees bien, Eskkar —observó el constructor—. Algunos hombres tienen problemas con la escala del dibujo. Ahora muéstrame dónde pondrías el muro y qué parte debe ser excluida.

Eskkar no entendió a qué se refería Corio al hablar de la *escala*, pero prefirió no preguntar, sobre todo porque no quería parecer un ignorante. Se repitió la palabra para acordarse de consultarlo con Trella más tarde.

—El muro debería ir aquí y luego extenderse hacia la orilla del río. —Eskkar tocó ligeramente el mapa con la pieza de madera—. Estos lugares serán inundados y convertidos en pantanos. Quiero obligar a los bárbaros a enviar su fuerza principal por la parte frontal de Orak, en donde mis hombres podrán matarlos desde la muralla. Al otro lado del río, el muro también debe construirse tan cerca de la orilla como sea posible para que los bárbaros no puedan reunir suficientes hombres para atacarlo por detrás o por los lados. Por el frente serán detenidos con las flechas.

Corio se mantuvo en silencio un instante antes de levantar la vista.

—Los bárbaros han visto muros de madera antes y han aprendido a utilizar escalas y sogas. Usarán las mismas tácticas contra una muralla. Si tus hombres están ocupados con los arcos, ¿cómo detendrán a los que trepen por las escalas?

—Yo mismo he utilizado esa táctica contra empalizadas como la nuestra. Un palo de madera con un travesaño en la punta puede ser utilizado para derribar una escala. Dos mujeres, empujando juntas, pueden conseguirlo, incluso con un guerrero subido en ella. —Eskkar no quiso añadir que tenía experiencia de primera mano con aquella estrategia, al haber sido derribado y casi atravesado por su propia espada en la caída—. Por eso necesitamos una verdadera muralla, una estructura sólida que no pueda ser derribada o quemada, y que nos permita tener espacio suficiente para colocar dos o tres hileras de arqueros para defenderla.

Corio se sumió en otro de sus silencios, con la mirada fija en el mapa. Eskkar aprovechó para mirar a Trella, que parecía conforme y le ofreció una sonrisa de aliento.

El maestro constructor respiró hondo y levantó la vista.

—Cuando llegué esta mañana, esperaba decirte honestamente que era imposible construir una muralla tan extensa y de ocho metros de altura en torno a Orak en el tiempo de que disponemos. Se requerirían muchos esfuerzos y trabajos de infraestructura. Además, habría que preparar y asentar los cimientos. ¿Sería suficiente si tuviera cuatro metros y medio?

Eskkar lo pensó durante un momento, intentando imaginarse aquellas dimensiones. Sabía que cuatro metros y medio era algo menos que la altura de tres hombres de la aldea. Los bárbaros eran un poco más altos, aunque la mayoría no sobrepasaba el metro ochenta. Pero un jinete podía ponerse de pie sobre su caballo y

saltar para alcanzar el borde de la muralla. Los hombres o caballos muertos podían ser utilizados a modo de escalones, y las escalas para llegar a aquella altura serían fáciles de construir y trasladar.

—No será suficiente —contestó al fin, y explicó las razones, presintiendo que Corio ya tenía una respuesta preparada.

—Sugiero, Eskkar, que hagamos un muro de cuatro metros y medio, pero que frente a la muralla cavemos una fosa de, al menos, tres metros de profundidad y quince de anchura. Eso haría que la altura de la muralla fuera, efectivamente, los ocho metros que quieres. —Al ver que el capitán no respondía, Corio se apresuró a añadir—: Es mucho más sencillo cavar una fosa que construir un muro. Y eso lo puede hacer cualquier poblador. El barro extraído se puede utilizar para hacer los ladrillos que formarán la muralla, y la tierra y las piedras se pueden emplear como relleno.

Corio lo tenía todo previsto. Aquella idea era totalmente novedosa. Eskkar se imaginó a sí mismo de pie en el fondo de semejante foso, mirando hacia arriba. La muralla parecería tener ocho metros.

—El foso, ¿no debilitaría el muro en su base? —Eskkar sabía que eran necesarios unos sólidos cimientos para soportar una muralla.

Corio esbozó una sonrisa.

—Si has pensado en esa cuestión, significa que eres más rápido que la mayoría de los hombres. Pero no, el foso no llegaría hasta la base de la muralla. Terminaría a cierta distancia, y estrecharíamos la pendiente para que fuera difícil permanecer de pie. La base tendrá que ser reforzada con piedras, para que sea más difícil de excavar. De ese modo, la base mantiene su soporte y los atacantes no podrán socavar los cimientos. —El constructor pareció incómodo ante sus propias palabras—. ¿Te das cuenta, capitán, de que si los bárbaros comienzan a cavar en la base de la muralla, ésta se debilitará y comenzará a derrumbarse?

—Si les damos tiempo para que lo hagan, estamos perdidos. Debemos utilizar piedras, flechas, lanzas, lo que sea para detenerlos. No, no tendrán tiempo.

—Amo Corio —intervino cortésmente Trella—, ¿no podría inundarse la fosa con agua del río?

Corio iba a decir algo, pero luego se detuvo, recordando, quizá, lo que le había sucedido al joven Drigo.

—No. Si inundáramos el foso, el agua debilitaría la tierra de la estructura de la base. Si tuviéramos más tiempo, podríamos utilizar piedras y troncos para reforzarla —afirmó Corio con una sonrisa condescendiente.

Pero Trella no había terminado.

—De todas formas, amo Corio, si inundamos el foso sólo un poco, durante uno o dos días, ¿no podríamos convertirlo en un pozo de barro que dificultaría el ataque?

—Sí, pero el barro se secaría en unos días y el foso volvería a ser como antes — explicó con impaciencia, haciendo tamborilear, de nuevo, los dedos contra la mesa.

Eskkar pensó que Corio no estaba acostumbrado a escuchar sugerencias de los esclavos, y menos aún de las muchachitas.

—Amo Corio, ¿qué sucedería si inundáramos el foso cada varios días, o todas las veces que comience a secarse?

—Si estamos encerrados detrás del muro, Trella, entonces no tendremos acceso al río para abrir las compuertas según nuestra conveniencia. —Los dedos tamborilearon más rápidamente sobre la mesa. La respuesta de Corio pareció definitiva.

Trella continuó, ignorando aquellos pequeños gestos de impaciencia.

—Podríamos usar el agua de los pozos de dentro de la aldea. Los pozos de Orak se llenan con agua del río. ¿No se podría construir una noria para transportarla sobre el muro?

Los dedos interrumpieron su golpeteo y la sonrisa confiada desapareció del rostro de Corio. En nombre de los dioses, ¿qué era una noria? Pero Eskkar vio que el maestro constructor sabía de qué se trataba y volvía a enfrascarse en otro de sus largos periodos de reflexión. Bruscamente, se levantó y salió de la habitación.

El capitán también se puso de pie, intrigado por lo que podía encontrar fuera; guiñó un ojo a Trella y se quedó de pie contra el marco de la puerta. Para su sorpresa, se tropezó con cinco de los aprendices y ayudantes de Corio que, en cuclillas, cargaban distintos instrumentos. Uno de los muchachos tenía una larga pizarra colgada del cuello. Corio habló en voz baja con uno de los ayudantes más experimentados, un hombre de su edad. La conversación duró bastante tiempo. Eskkar sintió el brazo de Trella en su espalda, deslizándose bajo su túnica y masajeando los músculos de sus hombros.

—¿Qué es una noria? —preguntó distraído mientras observaba a Corio. Otro aprendiz se había sumado a la conversación. Éste le entregó a un tercero una bolsa y salió corriendo hacia la calle. El constructor continuó la discusión con el ayudante, cada vez más animados.

—Es un instrumento que usábamos en nuestra aldea para sacar agua del río. Con ella, unos pocos esclavos podían fácilmente subir gran cantidad de agua.

Corio se alejó de su asistente y regresó junto a Eskkar.

Cuando todos volvieron a estar sentados, el maestro constructor se dirigió a Trella.

—Mis disculpas, Trella. Veo que tú y tu amo sois más inteligentes de lo que había imaginado. A veces es mejor disimular y ocultar las propias habilidades. La tuya es una buena idea, y es algo que yo debería haber pensado. Envié a uno de mis muchachos a buscar a un constructor de pozos. Necesitamos averiguar la fuerza del agua dentro de ellos y saber cuánto les lleva cavar un pozo nuevo y dónde ubicarlos.

La noria sería un excelente método para transportar el agua. Pero no creo que haya que pasarla sobre el muro. Se pueden construir agujeros en la muralla a nivel del suelo para pasar el agua al foso. Sí, creo que podría funcionar. —Hizo una pausa—. Podríamos utilizar conductos de arcilla dentro de los agujeros y canales de madera para traer el agua de los pozos al foso, convirtiéndolo en un barrizal, que obligaría a los atacantes a moverse lentamente, pero sin ser demasiado líquido como para debilitar la base de la muralla o restarle solidez.

Eskkar reflexionó sobre el comentario de Corio con respecto a ocultar las propias habilidades y se dio cuenta de que el maestro constructor se incluía a sí mismo en el grupo. El capitán siempre había creído que la gente como el joven Drigo, arrogante y atrevida, era más inteligente que él y que la mayoría. Tal vez no fuera cierto. Quizá había muchos como Corio y Trella que mantenían la boca cerrada para evitar parecer que sabían demasiado. Hablaría con Trella sobre ello más tarde.

—Capitán, por primera vez comienzo a creer que lo que propones podría ser posible. No estoy convencido de que podamos construirla a tiempo, pero estudiaré el asunto y te daré mi respuesta mañana. Tendremos el tiempo justo, eso te lo puedo asegurar. Pero tal vez sea factible hacer lo que nos pides.

—Amo Corio —dijo Trella—, ¿y las puertas del poblado? ¿Pueden ser reforzadas? El ataque principal de los bárbaros llegará por ahí.

—Las puertas pueden ser aseguradas para que sean más fuertes incluso que el muro, y el foso puede ser ahí el doble de ancho y profundo. Para eso necesitaremos grandes troncos de los bosques del norte. Mientras los mantengamos húmedos, no arderán. Los bárbaros intentarán usar un ariete contra ellas, pero les llevará tiempo y los soldados podrán matarlos. —Miró a Eskkar—. Supongo que has considerado que los bárbaros lanzarán sus flechas contra todo el que se asome sobre el muro.

—Sí, Corio, ya lo he pensado. —No dio más explicaciones, puesto que no sabía todavía si los arcos estarían preparados o los hombres entrenados a tiempo.

Eskkar apretó los labios y guardó silencio, hasta que Corio se dio cuenta de que no quedaba nada más por discutir. El maestro constructor no era el tipo de persona que preguntaba las cosas dos veces.

En aquel momento regresó el aprendiz, acompañado del constructor de pozos del poblado. Solus había sido designado por las Familias y era el único en Orak con permiso para ello. Bajo y encorvado, era uno de los hombres más ancianos, y él mismo decía que tenía cerca de sesenta estaciones. Había vivido junto al río toda su vida.

—Maestro Corio, vengo atendiendo a tu solicitud. ¿Qué deseas saber? —Solus tenía problemas para hablar, porque le quedaban muy pocos dientes.

—¿Hay dificultades para construir pozos en Orak, Solus? —preguntó Corio, yendo directo al grano.

—Ya tenemos cuatro pozos para uso público, así como muchos privados, que nos proporcionan más agua de la que podemos usar. ¿Para qué queríamos más pozos?

Otro hombre orgulloso de su posición y de su oficio, pensó Eskkar con cierta sorpresa. El anciano le había ignorado por completo. Obviamente Corio ya había trabajado con Solus porque éste no se ofendió ante la pregunta.

—Estamos planificando la defensa de Orak, y necesitamos suministro de agua cerca de la empalizada. Necesito saber cuánta presión hay en cada pozo, en caso de que necesite extraer grandes cantidades de agua a diario. Dime pues, maestro pocero, ¿cuánto tiempo llevaría?

Solus se rascó el pelado cráneo y se tomó su tiempo para responder. Era obvio que no estaba acostumbrado a acudir en cuanto lo llamaban, aunque se tratase de Corio, y mucho menos del recién nombrado capitán de la guardia.

—Para hacerlo como es debido, cortando la roca y tapiando las paredes, unos dos meses. —Solus miró a su alrededor, como si esperara a que alguien le contradijera. Corio no dijo nada, sólo tamborileó la mesa con los dedos. El maestro pocero continuó—. En cuanto a la presión del agua, el río es poderoso y los pozos de Orak no se agotan. Se volverán a llenar tan pronto como los vacíes.

—¿Incluso con una noria?

—¿Para qué necesitarías una noria? —Cuando vio que la expresión de Corio se ensombrecía, Solus se apresuró a ampliar su respuesta—. Sí, incluso con una noria. Más lejos de la orilla, el terreno es seco, y allí incluso un buen pozo se vaciaría después de dos o tres días de uso intenso.

Corio se puso de pie e hizo una reverencia al constructor de pozos.

—Gracias por tu tiempo y tus conocimientos, Solus. Has sido de gran ayuda. Ya he interrumpido tu trabajo durante demasiado tiempo.

Cuando se marchó, Corio se volvió hacia Eskkar.

—Es un viejo tonto, pero un buen constructor. En cuanto a los pozos, estoy seguro de que pueden realizarse en una o dos semanas. Solus es muy bueno cuando se toma su tiempo y alarga su trabajo. Pero creo que tiene razón en cuanto a la presión del agua. —Miró a través de la puerta la altura del sol, luego enrolló su mapa con cuidado, lo volvió a guardar en su funda y la cerró—. Me voy a revisar mis cálculos. Mañana al mediodía volveré y te diré lo que deseas saber.

—Te estoy muy agradecido, maestro Corio —respondió Eskkar. Se puso de pie y le estrechó el brazo—. He aprendido mucho esta mañana.

—Yo también. —Esta vez la sonrisa de Corio fue más relajada. Se dirigió a la puerta, pero antes de llegar se detuvo y se dio la vuelta—. Honorable capitán —comenzó formalmente—, no deseo ofenderte, pero quiero preguntarte algo. —Miró a Trella y luego continuó—. Si alguna vez deseas vender a tu esclava, estaría dispuesto a pagar cualquier precio. En mi oficio, busco constantemente a personas con ciertas

habilidades y talentos. Tu sierva parece poseerlos.

Su mirada pasó de Eskkar a Trella y de nuevo a Eskkar.

—Maestro constructor, agradezco tu generosa oferta, pero Trella no está en venta. —El capitán sonrió para mostrar que no se había ofendido—. Esperamos tu visita mañana.

Hizo una reverencia a Corio, al igual que Trella.

El constructor dudó, como si quisiera añadir algo más, pero se limitó a sonreír. Hizo a su vez una reverencia y abandonó el cuarto, llamando a sus aprendices mientras se retiraba. Eskkar fue hasta la puerta y le observó partir junto a los suyos. Corio le había dado mucho en que pensar, pero ahora los pensamientos de Eskkar estaban en otra parte.

Salió y llamó al centinela, que se hallaba de pie en su puesto.

—No quiero que nadie me moleste durante la próxima hora. Si alguien pregunta, dile que estoy ocupado planeando la defensa de Orak.

El vigilante lo miró y asintió, comprensivo, intentando permanecer serio. Eskkar cerró la puerta con la tranca. Trella estaba recogiendo las tazas de agua de la mesa, pero alzó la vista al escuchar el ruido, dejó nuevamente las tazas sobre la mesa y corrió a abrazarlo.

—Tendrías que reunirte con Nicar y con los comerciantes —dijo mientras apoyaba su cabeza contra su pecho—. El maestro Corio parece ser hoy la persona más importante de Orak, y deberíamos...

—Silencio, muchacha —su voz estaba ronca de pasión—, o te venderé a Corio. Estoy seguro de que te mantendría ocupada construyendo cosas. —Deslizó las manos bajo su vestido. Una vez más, se sorprendió de la excitación que sentía con el simple roce de su piel.

—Tal vez él me guste más. No me mantendría despierta toda la noche. —Las manos de ella se movieron bajo su túnica, excitándolo aún más.

Él le quitó el vestido y lo tiró sobre la mesa, luego la alzó y la llevó al lecho, depositándola suavemente sobre la manta. Se mantuvo de pie a su lado, observando su cuerpo desnudo mientras se quitaba la túnica. Ella se movía sinuosamente sobre la cama, mirándolo a los ojos y arqueando levemente la espalda en anticipado placer. Recordando su promesa de la noche anterior, se juró controlar mejor sus deseos.

—Trella, me perteneces, y estarás siempre a mi lado. —Se sentó en la cama y comenzó a besarle los senos, y luego se quedó sin palabras para nada y para nadie.



CAPÍTULO 7

Una hora más tarde, Eskkar abrió la puerta y salió al patio. El guardia seguía en su puesto. Gatus se había unido a él y ambos estaban sentados bajo un árbol. Por la expresión en el rostro del viejo soldado, el capitán supuso que su alegría estaba a punto de desvanecerse.

—¿Qué sucede, Gatus?

—¿Podemos hablar en privado, capitán? —preguntó mirando hacia la casa.

Trella estaba levantada y vestida, pero la habitación todavía olía a sexo.

—Sí, vayamos a la taberna a buscar algo de comida y cerveza.

Se le había abierto el apetito, y lo que antiguamente era un lujo ahora carecía de importancia. Comenzó a caminar, con Gatus a su lado. Pasó por alto las tabernas más baratas, cercanas a los barracones, y se dirigió a una más pequeña, a dos calles de distancia, poco frecuentada por los soldados. En aquel lugar, el vino y la cerveza eran bastante aceptables, y si uno quería algo más que pan, iban a buscarlo a los vendedores vecinos.

El posadero intentó sentar a sus clientes cerca de la puerta, de modo que todos los transeúntes pudieran verlos. Pero Eskkar eligió un rincón oscuro y le hizo saber al dueño que quería privacidad, además de pan y algo de cerveza. Eskkar ahora poseía oro, pero no tenía pensado gastárselo en bebida.

—Bien, Gatus —comenzó tras tomar un largo trago de cerveza—. ¿Qué nuevo problema tenemos?

—Los hombres. Mientras tú te dedicas a los placeres, ellos están sin dirección, preocupados por los bárbaros. —Se detuvo y tomó un sorbo de cerveza—. Saben que no son suficientes para resistir a los invasores, ni siquiera con una muralla. Necesitas hablar con ellos. Algunos se están preparando para huir como Ariamus. Lo veo en sus ojos. Cuando los observo me dan la espalda. Tienes que decirles algo pronto o se marcharán.

La mano de Eskkar apretó la jarra de cerveza al oír a Gatus mencionar el tiempo

que pasaba con Trella, pero se relajó de inmediato. No podía enfadarse con él por eso. Cuando Ariamus perdía horas, o incluso días enteros, sus entretenimientos irritaban a todos los que le necesitaban, incluido Eskkar. Además Gatus contaba con la confianza de los hombres. Si decía que había un problema, era cierto. De otro modo, lo habría resuelto por sí mismo.

Una semana antes, Eskkar se habría ido furioso de la taberna, habría regresado a los barracones y habría comenzado a romper cráneos. Pero aquella solución hoy no funcionaría, sobre todo con la amenaza de los bárbaros a las puertas. Ahora necesitaba a los soldados más de lo que ellos lo necesitaban a él.

Sin ellos, cualquier muro sería inútil. Peor aún, la muralla nunca sería construida si a los soldados no les obligaban a realizar el trabajo. Eskkar se quedó sentado, pensando, haciendo una lista de lo que podía hacer y decir. Se le ocurrieron algunas ideas, que examinó con más cuidado de lo que solía hacer habitualmente. Tal vez Trella tuviera razón. Antes de hablar o actuar, debía pensar todo detenidamente.

Siguieron sentados en silencio.

—¿Qué ha dicho Corio? —preguntó finalmente Gatus cuando terminó su cerveza—. ¿Podrá construir la muralla a tiempo?

Eskkar le contó su conversación con el constructor.

—Ahora que sabes tanto como yo, concentrémonos en los hombres. Quiero que hagas lo siguiente.

Enumeró a Gatus una serie de cosas que necesitaba hacer. Cuando terminó, el viejo soldado sonrió, se apoyó contra la rugosa pared de piedra y pidió más cerveza.

Dos horas más tarde, después de haber hecho algunos preparativos y de contarle a Trella sus planes, el capitán se dirigió a la zona de entrenamiento de los barracones. Gatus había reunido a todos los hombres, dejando sólo un centinela en cada puerta. Eskkar vestía un faldellín de lino que mostraba su pecho desnudo. Llevaba en la mano su espada larga.

Gatus, Jalen, Bantor y Sisuthros esperaban juntos frente a sus hombres. Dos mantas, a sus pies, ocultaban algo. Detrás de ellos habían colocado una carreta alta, con cuatro ruedas grandes y sólidas.

—Sentaos, en dos filas —gruñó Eskkar. Contó veintisiete hombres. Al menos nadie se había escapado todavía, aunque el día aún no había terminado. Los miró uno por uno, mientras caminaba ante la formación.

—Vosotros, montón de estiércol, vais a ayudarme a derrotar a los bárbaros. Y lo haréis entrenando a los cientos de pobladores y de hombres que acudirán a Orak en los próximos meses. Pero antes de que podáis hacerlo, vosotros mismos tendréis que recibir la instrucción adecuada, y nosotros —señaló con la espada a Gatus y a los otros— vamos a dároslo, empezando hoy mismo.

Vio cómo lo miraban y se movían un poco. Pero no dijeron nada, demostrando

haber aprendido dos reglas básicas de los soldados: no presentarse nunca voluntario y no ser el primero en hacer una pregunta.

—Veo que tenéis dudas —dijo Eskkar con una sonrisa—. Bueno, está bien. Tal vez podríamos hacer una apuesta. A vosotros os gusta apostar, ¿no? Imaginémonos que soy un fiero bárbaro guerrero. Gatus, ven aquí. —El soldado obedeció la orden, desenvainó su espada corta y se colocó ante Eskkar, a unos diez pasos de distancia—. Ahora, apostemos. El bárbaro contra Gatus. —El capitán hizo girar su espada en el aire. Era casi el doble de larga que las armas usadas por los soldados—. ¿Quién será el vencedor?

Todos guardaron silencio, así que les gritó.

—¡Contestadme, perros! ¿Quién será el vencedor?

Esta vez respondieron entre murmullos, decantándose por él.

Esperó un momento.

—Así que nadie piensa que el soldado puede ganar. ¿Y por qué no? —Los provocó hasta que escuchó la respuesta que estaba buscando—. Con la espada más larga, le puedo herir antes de que se me acerque. —Los miró fijamente—. ¿O acaso no puedo? ¡Jalen!

Gatus dio un paso atrás. Jalen buscó algo bajo la manta, se puso un grueso chaleco de cuero y levantó un macizo escudo de madera reforzado con dos gruesas bandas de cobre. Tras deslizar los brazos entre las cintas de cuero, desfundó su espada y se encaminó con aire desafiante hacia Eskkar, levantando el escudo a la altura de los ojos. El arma corta, que hasta ese momento había parecido tan insignificante, se presentaba ahora mucho más amenazadora.

Eskkar, instintivamente, se echó hacia atrás, a la vez que levantaba su espada antes de que Jalen se detuviera a diez pasos de él.

—Bien, ahora volvamos a apostar. ¿El bárbaro o Jalen? ¿Quién vencerá ahora?

Transcurrido un instante, la mayoría comenzó a gritar el nombre de Jalen.

—¿Por qué habéis cambiado de idea? El escudo le da la ventaja, ¿no? Ahora la espada larga del bárbaro ya no es tan peligrosa. En cambio la espada corta, protegida, es mortal. Jalen se puede acercar al bárbaro, resguardarse de los golpes de su arma con su escudo y matarlo con facilidad.

Uno de los hombres gritó:

—Los bárbaros no pelean a pie. Usan sus caballos como escudos.

—Ah, veo que tenemos aquí a un jefe —señaló Eskkar, y volvió a hacerle un gesto a Gatus.

El capitán se llevó los dedos a los labios y emitió un agudo silbido y, de inmediato, un muchacho de establo se acercó con rapidez, trayendo un caballo. Eskkar saltó sobre el animal y levantó su espada. El caballo se alzó sobre sus patas traseras, nervioso, obligando a Eskkar a apretar las rodillas y tirar con fuerza de las

riendas para sostenerse.

Mientras tanto, Gatus había arrastrado un poste de entrenamiento, un tronco de un metro y medio de alto que colocó sobre otro bloque de madera enterrado en el suelo, para sostenerlo. En un extremo situó un melón que había traído del mercado.

Eskkar se alejó a una cierta distancia con el caballo y luego lanzó al animal a la carrera hacia el poste, lanzando un grito de guerra bárbaro que actuó como acicate sobre el excitado animal. Al aproximarse velozmente al poste, el capitán se inclinó y dio un golpe seco con su espada, haciendo estallar el melón y partiendo al mismo tiempo el madero, mientras pasaba al galope entre una nube de tierra y trozos de fruta.

Regresó lentamente, hablándole al caballo para calmarlo y sonriendo para sus adentros, porque le había costado un poco acertar al melón. Se detuvo ante sus hombres.

—¿Quién quiere enfrentarse al bárbaro y su caballo? —Nadie respondió—. Vamos, os daré incluso un caballo, aunque os advierto que tendréis ventaja si lucháis a pie. ¿Nadie se atreve?

Los miró, riéndose. Se volvió hacia Gatus y le hizo otra señal. Esta vez Gatus y Bantor saltaron sobre la carreta y dispusieron flechas y arcos, aunque no los tensaron. Los dos hombres se colocaron hombro con hombro de pie sobre el carro.

—Ahora, ¿por quién apostaríais? ¿Por el bárbaro a caballo o por los hombres con los arcos preparados sobre la muralla? Porque eso será lo que los bárbaros van a encontrarse cuando lleguen a Orak. Sólo que la muralla tendrá ocho metros de alto. Enséñales, Jalen.

Jalen y Sisuthros fueron corriendo hasta el fondo de los barracones y volvieron con dos troncos unidos por los extremos con una soga. Jalen colocó uno de los extremos en el suelo, asegurándolo con su pie, mientras Sisuthros comenzaba a elevar la otra punta, jadeando por el esfuerzo, hasta llegar al lado de Jalen y el travesaño quedó sostenido por los dos hombres verticalmente.

—Estos troncos miden ocho metros. Cuando los bárbaros se encuentren debajo, sus espadas y sus caballos serán inútiles. —Acercó su caballo hasta los troncos para que pudieran ver la diferencia de alturas, tratando de tranquilizar al animal, nervioso ante semejante objeto balanceándose por encima de su cabeza—. Imaginaos de pie sobre ese muro, lanzándole flechas a los bárbaros y a sus caballos. Ahora, ¿por quién apostaríais?

Observó a sus hombres, boquiabiertos, y esperó a que comprendieran lo que quería decirles. Uno de ellos exclamó:

—Capitán, los bárbaros también tienen arcos. Pueden acertar a los hombres que estén encima del muro.

Las palabras habían sido pronunciadas por Alexar, el que también había hecho la

primera pregunta.

—Ah, veo que nuestro jefe es inteligente —contestó Eskkar mientras desmontaba. Caminó hacia la carreta, extendió el brazo para agarrar el arco y la flecha que le tendía Bantor y luego regresó a donde estaban sus hombres—. Éste es el arco que usan los bárbaros —explicó como si fuera el primero que veían en su vida—. Es corto, porque tiene que ser disparado desde un caballo a galope. Es curvo, porque debe proporcionar impulso suficiente. Este arco está hecho con tres tipos de maderas, pegadas, y reforzado con cuerno. A un artesano le lleva seis meses construir un arma como ésta.

Eskkar sabía que la mayoría de sus hombres no tenía ni idea del esfuerzo que se requería para elaborar un arco, ni cuántos eran desechados o se rompían durante el proceso.

Alzó la flecha.

—Esta flecha es corta porque tiene que caber en el arco y ser transportada en el caballo. La punta puede estar hecha de hueso endurecido o bronce. No pesa casi nada. —La lanzó al aire varias veces, para que pudieran ver lo ligera que era, y luego la colocó en el arco. Giró hasta ponerse frente a la carreta, tensó el arco y disparó. La flecha se clavó en una de las gruesas ruedas—. Con un arco como éste, incluso el más lento de los bárbaros puede lanzar entre diez y quince flechas por minuto.

Lo supieran sus soldados o no, aquél era un número de proyectiles impresionante para cualquier grupo de hombres, puesto que un grupo de cincuenta jinetes podía llegar a lanzar quinientas flechas por minuto, y cada uno de ellos transportaba unas cuarenta o cincuenta flechas.

Los bárbaros podían vaciar sus carcajs y diezmar completamente a un grupo de hombres cinco veces más numeroso que ellos. Podían infligir enormes bajas entre sus indefensos oponentes, arrasando sus filas y volviéndolos presa fácil para el ataque final con lanza y espada.

—Pero el alcance de esta flecha es de menos de cien pasos si ha de dar en el blanco. Unas cuantas pueden ser mortales a unos ciento cincuenta pasos. —Eskkar dejó que reflexionaran sobre sus palabras—. A corta distancia, la flecha es mortal. Más allá de los cien pasos, no puede perforar ni la coraza ni el escudo. A doscientos pasos o más, casi no tiene fuerza, y no atravesaría ni siquiera un chaleco de cuero. La mayoría de vosotros sabéis cómo usar un arco. Incluso Forno —señaló al que había dado muerte al guardia de Naxos—, al menos cuando está sobrio, puede ensartar a un hombre con una flecha a cincuenta pasos. Nuestros arcos serán más largos y fuertes y utilizarán flechas más pesadas, lo suficiente como para matar a un hombre a doscientos pasos a menos que tenga una coraza de bronce. Y puesto que nuestros arcos no tienen que ser pequeños y compactos, podemos construirlos en menos de tres meses. —En su rostro apareció una sonrisa implacable—. Entonces, seréis

vosotros los encargados de enseñar al resto todos los secretos de la lucha con arco, lanza y espada corta. El maestro constructor Corio nos construirá la muralla que rodeará la mayor parte de Orak. Nosotros desmantelaremos el resto de la aldea e inundaremos los terrenos circundantes. Obligaremos a los bárbaros a acercarse a nosotros por la puerta principal y los mataremos con flechas desde el muro. A partir de mañana, todos vosotros os ejercitaréis tres horas al día con arco y flechas. Gatus y Forno dirigirán la instrucción. —Miró a su segundo en el mando, que hizo un gesto de asentimiento—. En tres meses quiero que cada uno de vosotros sea capaz de arrancarle los ojos a un hombre a doscientos pasos. Cuando el muro esté listo, marcaremos las distancias sobre el terreno, para que podáis tener una referencia.

Los hombres le escuchaban con mucha atención, y casi podía leer sus pensamientos en las expresiones de sus rostros. Pensaban que era posible que aquello funcionara. Les estaba dando algo en lo que creer y que los mantendría en sus puestos en los próximos meses. Mientras pensaran que tenían opciones, se quedarían.

—Cuando podáis lanzar por lo menos diez flechas por minuto, de pie sobre el muro, con corazas de cuero y eligiendo los blancos, seréis capaces de hacer a los bárbaros lo que ellos suelen hacer a los demás. Arrasaréis sus filas y mataréis a cientos de ellos. Recordad que un caballo es un blanco enorme. Si lo matáis o herís, caerá su jinete, y cuando esto sucede, puede perder su arco y sus flechas, su espada o su valor, aunque no se rompa la crisma. En cinco meses espero tener entre trescientos y cuatrocientos arqueros, bien preparados, para defender la muralla, y los restantes hombres y mujeres de Orak listos para ayudarnos. Tendremos comida y agua, mientras que los bárbaros no encontrarán ningún alimento fuera de la aldea. Cuando ya no puedan resistir el hambre, seguirán su camino. Tengo otras sorpresas preparadas para ellos, pero no quiero llenaros la cabeza con demasiadas cosas a la vez. Pero recordad, cuando las flechas comiencen a volar, yo estaré de pie en el muro, junto a vosotros. Mañana comenzará nuestra instrucción. Yo me entrenaré con vosotros. A medida que vayan llegando los hombres, empezaráis a trabajar con ellos de la misma forma que Gatus y Forno os han enseñado a vosotros. —Vio la duda en sus rostros—. Ah, no os preocupéis. Vendrán muchos hombres huyendo de los bárbaros; hombres cuyas familias han sido asesinadas, cansados de escapar cada varios años. Incluso ahora hay docenas de ellos en el poblado buscando una oportunidad para vengarse. Cuando sepan que estamos decididos a combatir, se unirán a nosotros. —Se detuvo, como si estuviera sopesando sus palabras, y miró a sus hombres uno por uno—. Podemos vencer a los bárbaros si peleamos a nuestro modo. Yo sé cómo luchan y también sé que pueden ser derrotados. Y seréis vosotros los encargados de hacerlo. A menos que prefiráis huir a pelear. —Dejó aquella idea flotando en el aire durante un instante—. A partir de hoy, la paga mensual se duplica y recibiréis mejor comida. Mañana cobraréis vuestro dinero, y obtendréis una

gratificación cuando hayamos expulsado a los bárbaros.

Sin duda, Nicar podía hacerse cargo fácilmente de una suma tan pequeña, ahora que contaba con el oro de Drigo.

Aquel comentario provocó entre los soldados una algarabía de júbilo, como había previsto. Esperó a que reinara de nuevo el silencio.

—A partir de mañana, trabajaréis duro, os entrenaréis para la defensa del poblado. Los mejores se convertirán en jefes de grupos de diez hombres y recibirán mejor paga por ello. —Endureció entonces su voz, para hacerse comprender mejor—. Pero si no os esforzáis, no me molestaré ni siquiera en mataros. —Guardó silencio un momento—. Seréis expulsados de Orak y os dejaré a merced de los bárbaros. —Miró hacia el sol que se ocultaba—. Gatus, llévate a estos aprendices de soldado a la taberna, dales de comer y un poco de cerveza. Pero no demasiada. Mañana empezaremos al amanecer.

Eskkar se alejó, pensando que él también tendría que presentarse, al menos durante los próximos días. Podía ejercitarse con la espada y el arco. Quedarse sentado en los barracones había debilitado sus músculos y no se sentía preparado para enfrentarse a una lucha cuerpo a cuerpo. Matar a estúpidos como Naxos y Drigo era sencillo, pero los endurecidos guerreros de Alur Meriki eran otra cosa.

Al doblar la esquina se encontró con Trella, que le estaba esperando. Detrás de ella había más de una docena de mujeres y un grupo de niños y perros.

—Los mantuve a distancia, amo, como ordenaste —dijo levantando la voz para que todos la oyeran—. Podían resultar un estorbo y distraer a los soldados.

Él abrió los ojos sorprendido. Las mujeres de los barracones casi no obedecían a sus hombres, y mucho menos a la esclava de otro. Sin embargo, ella se las había arreglado, imponiendo su voluntad sobre aquellas mujeres que le doblaban la edad o el tamaño. Algunas de ellas comenzaron a hacer comentarios groseros sobre los atributos de Eskkar, y éste se sintió agradecido, aunque se abstuvo de decirlo, de que Trella las hubiera mantenido a distancia.

—Muy bien, Trella. Ven conmigo.

Hizo un gesto cortés de saludo a las mujeres, que ya se estaban dirigiendo al campo de entrenamiento, impacientes por saber lo que el destino les tenía reservado a sus hombres.

—Tenemos que prepararnos para la cena de esta noche. Debes lavarte y vestirme —le dijo Trella arrugando la nariz—. Hueles como un caballo.

Nicar había invitado a Eskkar a cenar a su casa. Si la invitación incluía o no a Trella poco importaba, puesto que había decidido que lo acompañara.

—Sí, seguro que sí. Pero antes de cenar, quiero ver a los constructores de arcos y flechas del poblado. He hecho una serie de promesas con respecto a esas armas y tengo que asegurarme de que serán cumplidas.

Al volver a su alojamiento, le pidió al centinela que hiciera venir a los artesanos en una hora. Después, Eskkar y Trella fueron hasta el río a bañarse, separándose al llegar a las áreas reservadas para hombres y mujeres. Tras un rápido baño, Eskkar se secó y esperó hasta que apareció la muchacha, con su cabello mojado y enredado, pero brillando bajo el sol del ocaso. Sus ojos se detuvieron en su vestido, que se pegaba a su cuerpo húmedo, y lamentó haber convocado a los artesanos. La cogió de la mano, ignorando la sonrisa de los pobladores ante aquel gesto, y regresaron caminando a los barracones.

Cuando llamaron a la puerta, Eskkar acababa de colgarse la espada. Dos hombres, de aspecto muy diferente, se encontraban en la entrada. El maestro arquero, Rufus, era un anciano encorvado, de cabello gris largo y enredado y dientes amarillentos. Vestía una túnica sucia, salpicada de manchas de diversos colores, y su piel estaba impregnada con el olor de las colas y resinas usadas en su profesión.

El constructor de flechas era mucho más alto, y su túnica limpia indicaba que se trataba de un artesano próspero. Tenía exceso de peso, lo que venía a demostrar que la fabricación de flechas era más lucrativa que ser soldado, aunque eso podía decirse de cualquier actividad, incluso del trabajo de la tierra. Se llamaba Tevana y era, principalmente, un carpintero especializado en construir herramientas, instrumentos pequeños y una gran variedad de objetos para los artesanos locales. Como negocio suplementario, Tevana había estado fabricando flechas para los soldados durante años. Eskkar lo conocía de vista pero jamás había hablado con él.

Tevana habló primero, con una voz profunda y agradable, tras hacer una reverencia a Eskkar y echar una rápida ojeada a Trella.

—Buenas tardes, capitán.

Rufus, el arquero, no hizo reverencia alguna.

—Tu llamada ha interrumpido mi trabajo y no quiero perder el tiempo hablando. ¿Qué es tan importante que no puede esperar a mañana? —Su tono era de irritación.

Eskkar había tratado dos veces con Rufus, una para recoger unos arcos y otra para quejarse cuando una de las armas se rompió al cabo de unos días. La primera vez había sido ignorado y la segunda se había reído en su cara, porque Rufus no garantizaba su trabajo. «Después de todo, ¿cómo sé el uso que le dará algún imbécil cuando salga de mi taller? Podría utilizarlo para remachar un clavo o hacer un pozo. Cuando lo hice, estaba perfectamente, me han pagado por él, y el resto no me incumbe», le había dicho en aquella ocasión. Eskkar tuvo que informar a Ariamus de que había fracasado en su intento de conseguir un arco nuevo.

—Por favor, sentaos. Trae algo de vino para nuestros invitados, Trella. —Eskkar mantuvo la voz tranquila y resistió el impulso de sacar la espada y hacer volar la cabeza de Rufus. El viejo fabricaba los mejores arcos no sólo de Orak sino de toda la región. Ahora sus hijos y aprendices hacían la mayor parte del trabajo, pero su

reputación era impresionante.

Los tres hombres se sentaron y Trella les sirvió vino y a continuación ocupó su lugar en un banco detrás de Eskkar. Rufus le arrancó prácticamente la copa de la mano a la muchacha y se bebió de golpe la mitad; luego miró al capitán de una manera que parecía indicar que no le había gustado demasiado. Una vez más la mano con la que Eskkar empuñaba la espada se movió nerviosa ante el insulto.

—Gracias, capitán —dijo Tevana después de dar un sorbo—. ¿En qué podemos ayudarte?

—No voy a haceros perder demasiado tiempo, Rufus —comenzó Eskkar—. Esta noche me reúno con Nicar. Pero primero quería hacerle saber lo que necesito lo antes posible. Los bárbaros se están aproximando y necesitaré arcos y flechas para enfrentarme a ellos.

—Creo que necesitarás algo más para detener a los bárbaros —dijo Rufus con una risa cascada que volvió a tentar a Eskkar a desenvainar su espada—. Pero puedo venderte todos los arcos que necesites, si puedes pagarlos.

—Bien, Rufus, me agrada oír eso. —Si el viejo imbécil iba a adoptar semejante actitud, que así fuera—. Trella, dile a Rufus y a Tevana lo que necesitamos.

La joven acercó su banco a la mesa.

—Mi amo desea cuatrocientos arcos, todos de metro y medio de largo y capaces de perforar corazas de cuero a doscientos pasos. En cuanto a las flechas, necesitaremos cien mil flechas de guerra, además de diez mil flechas para prácticas, todas adecuadamente preparadas y con puntas de bronce. —Las flechas podían tener cualquier tipo de punta, aunque se prefería el hueso endurecido o el bronce. La punta de hueso podía penetrar más profundamente, pero la de bronce dejaba una herida más dañina y era más difícil de extraer—. Y, por supuesto, mi amo necesitará el resto de los materiales: cuerdas para los arcos, argollas y protectores de muñeca.

La copa de vino de Tevana quedó a un centímetro de sus labios, mientras Rufus se reía a carcajadas, golpeando la mesa con su mano y haciendo tanto ruido que incluso el otro artesano lo miró irritado.

El constructor de flechas fue el primero en recuperar la voz.

—Capitán, eso es imposible. Nadie ha pedido hasta ahora semejante cantidad de flechas, ¡y con la punta de bronce! Eso significa, por lo menos, tres, o quizá cuatro toneladas de bronce. Y después está la madera, las plumas, la cola. No podría fabricar tantas...

Rufus se inclinó hacia delante, interrumpiéndole y acercando su rostro al del capitán.

—Si hubieras pedido cincuenta arcos, tal vez podría fabricarlos, pero cuatrocientos... Ni siquiera lo voy a intentar. —Cogió su copa y la vació de un trago; luego se la alcanzó a Trella y le exigió más con la mirada, dando, aparentemente, por

concluida su conversación con Eskkar.

Éste levantó la mano cuando Trella iba a acercarse a la jarra de vino.

—Basta de vino para el maestro Rufus. Todavía tenemos muchos asuntos que discutir.

—No conmigo —respondió Rufus mientras se ponía de pie y se dirigía hacia la puerta—. Me vuelvo a mi taller antes de que se haga de noche.

Eskkar levantó la voz.

—¡Guardia! —En el exterior, el centinela se puso firme y colocó su lanza en posición mientras se acercaba a la puerta—. Si el maestro Rufus trata de salir, mátalos.

Se oyó el zumbido de la lanza cortando el aire al cambiar a posición de ataque. La delgada punta de bronce se aproximó a un palmo del estrecho pecho de Rufus, que estaba de pie en la entrada. Miró el arma. Luego volvió al interior de la habitación.

—No puedes amenazarme, Eskkar.

—No te estoy amenazando, sólo estoy diciéndote lo que va a suceder. Si cruzas el umbral, serás atravesado por la lanza. Ahora vuelve a la mesa y siéntate. Tenemos mucho que discutir y poco tiempo.

El arquero se sentó.

—No me asustas. Me quejaré a Nicar y a las Cinco Familias.

Eskkar sacudió la cabeza. El anciano debía de estar senil o no se había enterado muy bien de los acontecimientos del día anterior.

—Por si no lo sabes, las cosas han cambiado en Orak. ¿Acaso crees que puedes decirle a las Cinco Familias que estás demasiado ocupado para construir arcos? ¿Te consideras demasiado importante para trabajar en la defensa de Orak?

—No me importa, estoy pensando en irme de la aldea. No voy a arriesgar mi vida para intentar detener a los bárbaros. Nada puede detenerlos. Busca a otro que te construya los arcos.

—Si quieres irte, Rufus, puedes hacerlo. Te acompañaré a la puerta yo mismo, en este momento si tú quieres. Pero tu familia se queda en Orak y vivirá y morirá junto al resto de nosotros. Tal vez no escucharas ayer a Nicar. Dijo que nadie se iba sin su permiso. Pero por ti haré una excepción. Estoy seguro de que tus hijos y tus aprendices estarán contentos de verte marchar. Obviamente estás ya muy viejo para seguir siendo el maestro arquero.

Vio cómo el rostro de Rufus palidecía a medida que comprendía lo que le había dicho.

—No puedes obligarme a quedarme. Soy un hombre libre y un maestro artesano. Tengo derecho a marcharme si quiero. Además, es imposible construir tantos arcos en cinco meses.

—No he dicho que tuvieras que construirlos todos tú, Rufus. Busca a otros que lo hagan. Ésa es la razón de que os haya llamado a ti y a Tevana hoy. Ambos debéis

encontrar la forma de satisfacer mis demandas. Madera, cobre, bronce, cuerdas, plumas, pegamentos, herramientas, artesanos cualificados, todo lo que necesitéis. Si no podéis hacer el trabajo vosotros solos, encontrad a otros que os ayuden. Enviad mensajeros a las otras aldeas a lo largo del río. Y tú debes hacer lo mismo, Tevana. Si no puedes fabricar las flechas tú solo, contrata a otros, o cómpraselas. Nicar arreglará el pago. Así que sugiero que volváis a casa y empecéis a planificar el modo de cumplir mi encargo.

Los dos hombres se miraron pero no dijeron nada.

Se escuchó entonces la voz de Trella.

—Amo, me pediste que te recordara la cuestión de la calidad de los materiales.

—Ah, sí, por supuesto. No penséis que se trata de pegar unas maderas y decir que son arcos. Tienen que ser perfectos. Nuestras vidas dependerán de ellos, y no quiero más de un arco roto por cada cincuenta entregados. Lo mismo sucederá con las flechas. Los fustes deben ser rectos y de una pieza, con sus correspondientes plumas y puntas, y todos del mismo tamaño y peso. No quiero que haya diferencias que provoquen que mis arqueros puedan errar el blanco.

—Amo, ¿deseas discutir el pago ahora? —agregó la chica.

Demonios, se había olvidado del oro, siempre el factor más importante cuando se conversaba con comerciantes. Se apartó un poco de la mesa.

—El pago. Sí, debemos discutirlo. Rufus, pagaremos el precio que cobres por un arco de la mejor calidad. Pero, además, por cada veinte arcos que entregues, te pagaremos veinticinco. Y tendrás una gratificación de veinte monedas de oro cuando los bárbaros hayan sido expulsados. Y para ti, Tevana, será lo mismo. Por cada veinte flechas, te serán pagadas veinticinco. Pero serás responsable personalmente de su calidad, sin importar quién las haga. Las vidas de mis hombres dependerán de lo bien que se deslicen y de la profundidad con que entren en el blanco. Si la calidad de las armas no es perfecta, no dudaré en arrancaros la cabeza.

—¿Y obtendré la misma recompensa —preguntó Tevana con lentitud, con una sombra codiciosa en su rostro— si los bárbaros son derrotados?

Eskkar entendió aquel gesto. Tevana salía beneficiado con aquel arreglo, puesto que era mucho más sencillo construir una flecha que un arco.

—Obtendrás lo mismo. Yo necesito las armas, y a cambio vosotros os enriqueceréis. Y cuando esto termine, os convertiréis en los héroes de Orak, los hombres que construyeron las armas que salvaron el poblado.

—Amo, tenemos que marcharnos o llegaremos tarde.

—Sí —dijo Eskkar—, y ahora podemos comunicarle a Nicar la buena noticia de que ya ha comenzado la fabricación de nuestras armas. —Sonrió a los hombres—. ¿Y a qué hora tendrán que volver mañana estos admirables artesanos para discutir sus planes para la fabricación u obtención de arcos y flechas?

—Una hora después del mediodía, amo —contestó Trella—. Si los objetivos no están claros, podemos trabajar juntos para resolver todas las dudas.

—Ah sí, me olvidaba. Trella trabajará con vosotros para asegurarnos de que todo sea correcto, incluida la fecha de entrega, y para que consigáis todos los elementos y materiales que podáis necesitar. Trabajaréis con ella del mismo modo que lo haríais conmigo o con Nicar. Descubriréis que tiene una mente prodigiosa para los detalles. Ella os ayudará en todo lo que preciséis; no perdáis el tiempo intentando engañarla. Sería perjudicial para vuestra salud. —Se levantó, dándose cuenta de que había caído la noche. Con toda seguridad llegarían tarde—. Buenas noches, Rufus, Tevana. Quedo a la espera de oír cómo planificaréis el trabajo. —El centinela continuaba de pie en la entrada. Éste lo había oído todo y difundiría, por todas partes, las noticias sobre cómo Eskkar había tratado a Rufus—. Guardia, el maestro arquero puede retirarse.

Cuando se marcharon, Eskkar pasó su brazo por el hombro de Trella.

—Creo que no tendrás problemas con ellos. Pero si los tuvieras, házmelo saber.

Sintió cómo la cabeza de Trella se reclinaba sobre su hombro.

—No debería haber problemas, amo. Pero se me ha ocurrido que podríamos hablar con alguien más. El encargado del embarcadero.

—¿El encargado del embarcadero? ¿Para qué? —Aquel hombre se ocupaba de los seis postes de amarras que permitían sujetar las barcasas del río y a los esclavos cargar y descargar todo lo que llegaba. También coordinaba el transporte de mercancías que entraban y salían de Orak y su distribución.

—Le dijiste a Rufus que era libre para marcharse, siempre que lo hiciera él solo, pero únicamente mencionaste la ruta terrestre. Sería fácil para cualquiera de los dos artesanos arreglar una huida en barca. Ellos, junto a sus familias, podrían partir incluso antes de que lo supiéramos.

Frunció el ceño y se dio cuenta de que ella tenía razón. Él había subido a un bote sólo una vez, y era una experiencia que no deseaba repetir.

—Eso significará que habrá que colocar vigilancia en el muelle, supongo. Y, además, tendremos que hablar con todos los capitanes de las barcasas. —Necesitaba más hombres, prestar más atención a los detalles, y más tiempo, del que no disponía. Suspiró.

—Arregla para mañana una reunión con el encargado del embarcadero y con Bantor.

Eskkar la miró a los ojos y se sintió profundamente feliz.

—Ahora vayamos a ver a Nicar. Piensa en lo contenta que se pondrá Creta al verte y tenerte como invitada a su mesa. Estoy seguro de que tendréis mucho de que hablar.



CAPÍTULO 8

La cena en casa de Nicar se transformó, inesperadamente, en una reunión familiar. Sus dos hijos, Lesu y Caldor, habían regresado aquella tarde tras un viaje que había durado dos semanas.

Lesu, el mayor, se había encargado de dirigir la pequeña caravana, compuesta por un grupo de animales cargados de mercancías, y de custodiar a siete nuevos esclavos que su padre tenía previsto revender, sin duda con buenos beneficios. Trella sabía que Lesu era inteligente y cortés. Con sólo diecinueve años, tenía previsto tomar esposa dentro de pocas semanas, y pronto sería capaz de manejar por sí mismo el negocio de su padre.

Caldor, casi un año más joven que su hermano, estaba sentado frente a Trella. Se agitó en su asiento durante la mayor parte de la comida, haciendo recordar constantemente a la muchacha que el menor de los hijos de Nicar carecía de la paciencia y del autocontrol que poseía el resto de su familia. Aunque, al menos aquella noche, no le había mirado los pechos con descaro. Todavía podía sentir el áspero contacto de sus manos sobre su cuerpo, pero trató de evitar el estremecimiento que aquel pensamiento le ocasionaba.

Nicar debía de haber advertido a sus hijos que no provocaran a Eskkar y que no se dirigieran a ella de manera irrespetuosa. Al cenar en la misma estancia en la que había matado a dos hombres, el comerciante, seguramente, querría estar seguro de que no ocurrirían más *accidentes*. Nadie cometió el error de llamar bárbaro al capitán.

Una vez finalizada la cena, Trella y Eskkar salieron de la casa y atravesaron el patio. Al llegar a la calle, la joven cogió a Eskkar de la mano y la apretó con fuerza, agradecida de que el día hubiera terminado. Respiró hondo varias veces, como si quisiera borrar de sus pulmones los recuerdos de aquella casa. Se prometió que nunca la volvería a pisar a menos que fuese estrictamente necesario.

Caminaron rápido, pero la joven no tuvo problemas para seguirle el paso. Sentía que él le apretaba la mano, anticipando el cálido lecho que les esperaba.

—Has estado muy callada esta noche. Pensé que tendrías más cosas que decirle a Nicar.

—No estoy capacitada para darle consejos a Nicar, amo. Ni las mujeres deben dar su opinión a sus hombres cuando hay otras personas presentes. En las mesas de los nobles, las mujeres guardan silencio mientras los hombres discuten sus asuntos. —Se detuvo un instante—. Y no ha sido de mi agrado volver a esa casa, ni siquiera para comer. No tengo ningún recuerdo agradable de ese lugar. Y preferiría no tener que volver nunca más.

Siguieron caminando por la callejuela hasta doblar en una esquina. Una antorcha ardía a la entrada de los barracones.

—¿Ha sido tan malo, Trella? Quiero decir... hágamelo saber.

—Por favor, amo, esta noche no. Doy gracias a los dioses por haber salido de ese lugar.

—Entonces no quiero que me cuentes nada. —Le pasó el brazo por los hombros al mismo tiempo que entraban en el recinto de los soldados—. Tendremos otras cosas que tratar en nuestro lecho.

Ella se inclinó hacia él en silenciosa promesa. El fresco aire de la noche había eliminado finalmente los olores y los recuerdos de la casa de Nicar. Sintió que una oleada de deseo recorría su cuerpo ya ansioso por el inminente encuentro amoroso.

Una vez en la habitación, Eskkar colgó su espada y cogió a Trella en brazos. Ella se abrazó a él con fuerza. Estuvieron de pie unos instantes, hasta que la joven comenzó a relajarse, disfrutando de la sensación de sentirse segura una vez más y de percibir su excitación contra su cuerpo.

—Amo, he visto...

—Eskkar... llámame Eskkar cuando estemos solos, especialmente en el lecho.

Trella se acurrucó contra él.

—Eskkar, he visto que no tomaste mucho vino durante la cena, ni comiste demasiado. ¿Acaso el vino y la comida no te gustaron?

—Nunca había probado un vino mejor en todos mis viajes. Pero tengo que ejercitarme con los soldados, y demasiado alcohol debilita al hombre. Si tengo que hacerte el amor todas las noches, necesitaré todas mis energías.

—Nicar estaba preocupado porque bebías demasiado y no podía confiar en ti. Le oí decirlo el día que me entregó a ti.

El capitán suspiró.

—Y tenía razón. Durante estos últimos meses me pasé demasiado tiempo en la taberna. Si hubiera tenido más monedas, habría bebido todavía más. —Se rió, pero luego su voz adquirió un tono de seriedad—. La noche que Ariamus huyó, me encontraba inconsciente en la taberna. Los soldados tuvieron que llevarme a mi lecho. Me podrían haber matado mientras dormía. Eso nunca volverá a suceder.

—Eres astuto al mantener la cabeza fría, amo... Eskkar. Necesitarás toda tu lucidez, sobre todo cuando trabajes con Corio.

—Me alegra que las Familias acepten a Corio entre sus filas. Es un buen hombre, creo yo.

Durante la cena Nicar había accedido a elevar a Corio al rango de noble, mencionando que anteriormente ya habían barajado su nombre.

—El joven Caldor no vio con buenos ojos tu sugerencia sobre Corio.

—Caldor es casi un niño, Trella. Acaba de llegar con su primera caravana, si es que se la puede llamar así. Poco más de cien kilómetros al Este. Dos días de viaje para un hombre con un buen caballo. —La besó en la frente—. ¿Cuánto oro crees que sacaron de casa de Drigo?

Nicar no quiso revelarle lo que había encontrado, aunque dijo que un cuarto había sido entregado a la mujer de Drigo. Ella y su hija, junto a sus sirvientes más fieles y su guardia, se habían marchado en barca, de regreso a la aldea de su padre.

—En la casa de Nicar trabajé con los escribas, y ellos decían que poseía más de mil doscientas monedas de oro —musitó Trella. Recordaba su primer día en Orak. Nicar la había interrogado durante casi una hora y puesto a prueba, para asegurarse de que sabía contar y escribir los símbolos, antes de asignarla al jefe de los escribas. Necesitó poco más de un día para aprender las diferencias entre los símbolos utilizados en Orak y los de su aldea natal. El escriba de Nicar pronto la encontró más útil que sus otros dos ayudantes y la muchacha enseguida estuvo al tanto de la totalidad de los bienes del rico comerciante—. Los escribas afirmaban que Drigo era casi tan rico como Nicar. Supongo que encontraron por lo menos mil monedas de oro, cantidad más que suficiente para poder empezar a financiar los gastos de la defensa de Orak.

—Por eso Drigo se paseaba por Orak como si fuera su dueño. Tanto oro y todavía quería más. Quería convertirse en la Primera Familia de Orak.

—Mi padre decía que la codicia puede acabar con un hombre. Drigo habría destruido Orak. ¿Te arrepientes de haberlo matado?

—Si hubiera sido un mendigo de la calle, lo habría matado por haberte insultado. Nadie volverá a hacerlo, te lo prometo.

Sus palabras la hicieron muy feliz; Trella se dio media vuelta para darle un largo beso, que fue correspondido de inmediato. Aquel beso llevó a otras caricias, y la muchacha suspiró satisfecha al sentir a Eskkar excitado una vez más.

—Trella, mañana será un día especial para ti. Después del entrenamiento con los soldados, nos reuniremos con Nicar y las otras Familias.

Sorprendida, se apoyó sobre un brazo para poder mirarle a la cara.

—¿Qué? ¿Para qué necesitamos verlos?

—Mañana te concederé la libertad. Hablé con Nicar cuando nos quedamos a solas

y le pregunté qué debía hacer. Nicar procederá como si fuera un contrato, con los otros nobles como testigos.

Sus palabras le causaron una enorme sorpresa. Se sentó sobre la cama.

—¿Por qué haces eso, Eskkar? Éste no es el momento para ello. Más tarde, tal vez, o cuando los bárbaros se hayan ido. Ahora, como tu esclava, tengo tu estatus y puedo hablar en tu nombre. Como mujer libre, seré una cualquiera, la mujer de un soldado.

—Pensé que estarías contenta. —El capitán pareció sorprendido—. Además, no quiero que muchachitos como Caldor te miren con desprecio. Como mujer libre, puedes elegir ser mi sirviente, y así puedes hablar en mi nombre.

—¿Por eso me liberas? ¿Para no avergonzarte de una esclava que piensa y habla demasiado?

—¡No! ¡Por los dioses! Lo hago porque quiero que estés a mi lado. —La agarró con fuerza por los brazos—. Y quiero que me elijas libremente. Nunca he tenido tanto interés en una mujer. Si tú quieres, dejaremos la aldea mañana y que se defienda sola. Orak no significa nada para mí. Sólo tú eres importante.

Trella se mantuvo en silencio durante bastante tiempo. Cuando habló, su voz era firme.

—No. Debemos permanecer aquí, y tienes que derrotar a los bárbaros. Sólo entonces tendremos poder y estaremos seguros. Y... —dudó, insegura de las palabras que iba a pronunciar—. ¿Eso significa que me quieres... que... quieres que sea tu esposa? —Eskkar pareció meditar un instante su respuesta. Trella le pegó en las costillas—. Bueno, ¿qué estás pensando? ¿Acaso no puedes tomar una decisión?

Él se rió, frotándose la zona donde ella le había golpeado, antes de volver a recostarse en la cama.

—No había pensado en una esposa. Además, está la nueva esclava que ha traído Lesu. Es bastante bonita, y tiene una buena figura. Podría servirme...

Trella lo empujó y trató de irse del lecho, pero Eskkar la agarró y la detuvo. Ella intentó liberarse, pero él se lo impedía con su peso, aferrándola por las muñecas.

—Eres fuerte para ser una muchacha. Supongo que podríamos casarnos en el templo de Ishtar, una vez que Nicar selle tu libertad. Aunque estoy seguro de que serás una esposa terrible y tendré que golpearte con frecuencia.

Se inclinó para besarla, pero ella giró el rostro, resistiendo todavía, y él le besó el cuello y el cabello con suavidad, después la obligó a abrir las piernas, dejándole sentir su deseo contra su cuerpo. Finalmente ella permitió que la besara.

—Trella, no sé a qué se refiere la gente cuando habla de amor, pero estoy seguro de que te amo, y quiero que seas mi esposa. Lo juro por todos los dioses que hay en el cielo y bajo la tierra.

Su cuerpo lo había excitado. Ella dejó de forcejear y abrió aún más las piernas. Él

la penetró con facilidad. Su cuerpo seguía húmedo gracias al encuentro anterior. Trella dio un largo suspiro de placer y lo rodeó, lentamente, con sus piernas.

—Supongo que podría casarme contigo. Necesitas a alguien que te cuide. —Lo abrazó, tensando de repente todos los músculos de su cuerpo y aferrándose a él con fuerza. Después de un momento se relajó, dejando que Eskkar se moviera en su interior—. Y nuestros hijos necesitarán el nombre de su padre.

—¿Niños? No había pensado en hijos. —Deslizó la mano hasta su cintura.

—Sí, amo —respondió Trella, volviendo a su papel de esclava—. Si hacemos el amor de este modo todas las noches, estoy segura de que los dioses pronto nos enviarán un niño. ¿O no se te había ocurrido?

La idea de dejarla embarazada lo excitó. Volvió a entrar en ella con más brío, moviéndose cada vez más rápido, hasta que ella gritó de placer.

Eskkar no respondió, pero siguió dentro de ella con toda su fuerza. Trella sintió cómo perdía el control de su cuerpo a la vez que se escuchaba a sí misma gemir. Él se contuvo, esperándola, mientras sus gemidos de placer aumentaban, y ella se tensó contra su sexo y gritó su nombre. Notó cómo Eskkar gemía y se derramaba, y una oleada de placer los recorrió hasta dejarlos exhaustos.

Él permaneció dentro de ella, sin moverse, un instante, hasta que ella casi no pudo respirar y tuvo que pedirle que saliera. Se mantuvieron abrazados largo rato, mientras el placer disminuía y recuperaba su capacidad para pensar.

Trella sintió que se estaba quedando dormido, por lo que levantó la voz para mantenerlo despierto.

—Me necesitas para que administre tu hogar, para asegurarme de que todo se haga como corresponde. Y habrá muchas tareas que realizar para que la aldea esté protegida. La casa de Drigo está lista para recibirnos. Podemos trasladarnos allí mañana. —Ella guardó silencio un momento—. Pero no me liberarás ni te casarás conmigo. Todavía no, aunque tu oferta me alegra mucho. En los próximos meses puedo serte más útil como esclava que como esposa. Esperaré. Cuando los bárbaros sean expulsados, entonces podrás darme la libertad, si todavía estás dispuesto.

—Nunca conocí a un esclavo que rechazara su libertad. ¿Y si cambio de idea?

Ella posó un dedo sobre sus labios.

—Todavía tengo tu moneda, amo. ¿O te has olvidado ya de tu palabra?

—Guarda tu moneda de oro, Trella, o devuélvemela en nuestra noche de bodas. Jamás renegaré de mi palabra. Ningún guerrero lo haría. —La besó con cansancio—. Y ahora, ¿puedo dormir un poco?

—No soy yo la que te mantiene despierto. En vez de trabajar para defender el poblado, te pasas gran parte del día y de la noche satisfaciendo tus apetitos. ¿A quién más le dijiste que querías liberarme?

—Sólo a Nicar, y él no se lo dirá a nadie. Me lo ha asegurado.

—Bien. Entonces mañana le contarás que has cambiado de idea y quieres esperar un poco. Ahora duerme.

Eskkar se dio la vuelta y cayó dormido al instante. Trella miró a la oscuridad, relajada pero alerta. Su cuerpo evocaba placenteramente los momentos de pasión, pero su mente volvía una y otra vez a la sorprendente oferta del capitán.

Le parecía increíble que un soldado, hasta hacía poco tan pobre que no podía costearse ni siquiera una túnica decente, estuviera dispuesto a renunciar a un presente tan caro. Ella no necesitaba que le concediera la libertad para demostrarle que la quería. Podía verlo en sus ojos, y lo sabía desde aquella primera mañana, cuando le había dado la moneda de oro.

De alguna manera, aquel regalo la había cambiado, había hecho que lo mirara de otro modo, y ahora veía en él muchas cualidades admirables que dulcificaban su tosquedad y sus hábitos de soldado. Su inesperada oferta la había sorprendido. Estaba segura de que, cuando reclamara su libertad, él se la otorgaría.

Sus pensamientos se dirigieron a Drigo y a su hijo. Eskkar había matado al hijo no sólo para provocar al padre sino porque el joven la había insultado. Cuando el muchacho le había pedido el vino, los ojos de Eskkar se endurecieron, y en ellos pudo ver al guerrero inmisericorde que llevaba en su interior. En un bárbaro, la sangre hierve enseguida, y el más mínimo insulto puede llevar a desenvainar las espadas y provocar la muerte en un instante.

El joven Drigo y su padre tendrían que haberse retirado en silencio. Si lo hubieran hecho, estarían vivos todavía y los nobles de Orak divididos en dos facciones, enfrentándose y creando confusión. Ahora el oro de Drigo sería utilizado para pagar la defensa de la aldea y los nobles estaban unidos en torno a Nicar.

Ningún hombre volvería a insultarla, pensó. Incluso Caldor se había comportado de forma educada aquella noche, manteniendo su mirada alejada, advertido, sin duda, por su padre. Nicar también se había mostrado cauto, viendo en Eskkar a un hombre nuevo, que ahora trataba con facilidad con gente como Corio y Rufus. El rico comerciante tendría sus propias preocupaciones sobre el futuro si los bárbaros eran derrotados. Pero primero Orak debía sobrevivir. Al igual que Nicar, ella procuraría hacer todo lo necesario para conseguir dicho objetivo.

Aceptar su libertad en ese momento sería un error. Mejor trabajar desde las sombras, tanto para Eskkar como para sí misma. Los errores de un esclavo podían ser fácilmente ignorados o ser considerados insignificantes, y podía necesitar esa excusa en cualquier momento. Trella había sido esclava durante sólo tres meses, tiempo más que suficiente para conocer la amarga realidad.

A diferencia de aquel que se vendía a sí mismo en servidumbre durante una o dos estaciones y era tratado, más o menos, como un sirviente, un esclavo se convertía en la propiedad de su amo el resto de su vida, sin derechos ni expectativas. Los

traficantes de esclavos la habían golpeado un par de veces durante la primera semana, hasta que aprendió a obedecer. Un escalofrío la recorrió al imaginar lo que podían haberle hecho si no hubieran decidido pedir un precio más alto por su virginidad. A pesar de ello, la habían desnudado para su propio goce o para el de cualquier comprador potencial, que la había examinado igual que a un animal.

Nicar también la había mirado con lujuria y había verificado con sus manos su posesión. Sólo había visto en ella a una muchachita que podía utilizar para complacerlo. No, la vida de un esclavo era demasiado amarga para tolerarla. Trella había vivido muy bien en la casa de su padre y aprendido suficiente como para aceptar semejante destino. Con los bárbaros aproximándose, su condición e incluso la de Nicar significaban poco. Eskkar le había contado que el más desgraciado esclavo de la aldea llevaba una vida mejor que cualquier cautivo en las tiendas de los bárbaros.

Trella trató de alejar aquellos oscuros pensamientos. Quedaba mucho trabajo por delante, y el futuro era incierto, sin un camino claro frente a sí. Esperaría por su libertad.

Recordó lo que decía su padre: «Un buen jefe piensa seis meses por anticipado; un gran jefe, seis años». Meditó sobre aquellas palabras. Su amo no parecía acostumbrado a pensar más allá de unos días por adelantado. La necesitaría para guiarlo y planificar los próximos años. Aun así, a veces la sorprendía con ideas y planes respondiendo a sus interrogantes. Pero sólo cuando ella preguntaba. Podía ver que contaba con inteligencia, aunque nunca había aprendido a utilizarla.

Todo eso tendría que cambiar. Y tenía que comenzar de inmediato si ella y Eskkar iban a sobrevivir. Orak saldría victoriosa o fracasaría dependiendo de lo que ella y el capitán hicieran en los próximos meses. Sus destinos dependían de la resistencia del poblado. Aquellas ideas la sorprendieron. Habían cambiado con respecto a las de unos días atrás. Ahora ella quería no sólo que Eskkar saliera indemne, sino que, en los próximos años, ocupara el lugar que le correspondía como un noble poderoso.

Su padre había planeado que ella se integrara en una familia noble a través del matrimonio, y la había instruido intensamente para semejante papel. Había aprendido los misterios del comercio y de las negociaciones, del oro y la plata, de las granjas e incluso del bronce. Y cada noche su padre le comentaba los acontecimientos del día, le explicaba las opciones a las que se enfrentaban los jefes y las decisiones que tomaban. En el tiempo que pasó en casa de Nicar, no hubo nada que no entendiera.

El sueño de su padre había finalizado con su muerte. Ahora la amenaza bárbara se cernía sobre ella, poniéndola en grave peligro y brindándole una extraña oportunidad. Si la aldea resistía, Trella se convertiría en la esposa del capitán que había salvado Orak. La familia de Eskkar, los hijos que tuviera, vivirían y se harían poderosos. Él era un hombre fuerte. De su semilla saldrían muchos hijos.

Sintió que la primera oleada de sueño la invadía y sus pensamientos comenzaron a caer en el letargo. Su Casa tendría que ser rica y poderosa para protegerla a ella y a sus descendientes. Al pensar en los hijos, no pudo evitar elevar una oración a Ishtar. *Diosa, dame un hijo, pero no todavía. Por favor, diosa, todavía no.* Repitiendo la plegaria, se quedó dormida, acunada por los brazos de Eskkar.

A la mañana siguiente, Corio mandó un aviso a Eskkar de que debían posponer su encuentro hasta media tarde y lo convocó en su casa. Al capitán no le importó. Se sentía bien después de haber pasado la mañana en el campo de ejercicios y luego viendo cómo Gatus hacía trabajar a los soldados. A su segundo no había nada que le gustara más que transformar a hombres sudorosos en soldados.

Ninguno de los hombres había huido durante la noche, aunque todavía tenían muchos meses y oportunidades para hacerlo. Estaban de buen humor y parecían orgullosos ante el hecho de que Eskkar entrenara y practicara a su lado. La noticia de que, a partir de aquel día, Eskkar y Nicar comenzarían a incorporar nuevos hombres para aumentar la guarnición, había sido recibida con alegría por los soldados. La mayoría de los nuevos reclutas serían granjeros o pobladores expulsados de sus casas, o quizá hombres en busca de una nueva vida. Pero entre ellos habría también, sin duda, personas con espíritu de lucha.

Dos guardias acompañaron a Eskkar, Trella y Sisuthros a casa de Corio. Aquel despliegue de fuerzas tal vez no habría sido necesario, pero algunos de los seguidores de Drigo todavía permanecían en la aldea. Y muchos de los pobladores de Orak estaban descontentos con la orden de Eskkar de prohibir que se fueran.

La casa del constructor estaba situada al noreste del poblado. Tenía dos plantas y se levantaba tras una alta pared que la protegía de la ruidosa calle. Una maciza puerta de madera daba acceso al pequeño patio adornado con parterres de rosas, geranios y otras plantas que perfumaban el lugar. Una parte del jardín estaba pavimentada con cantos de río, amalgamados con una mezcla de barro endurecido y paja, resistente a la lluvia.

La asistencia de Sisuthros había sido idea de Trella. Cuando le preguntó a Eskkar cuál de sus subordinados era el más inteligente, había elegido a Sisuthros.

—Escoge a un hombre inteligente para trabajar con Corio cuando construya la muralla. Tú tendrás muchas otras cosas de que ocuparte.

El joven lugarteniente no parecía contento con la designación. Sisuthros quería luchar, no construir una muralla.

Ordenaron a la guardia que esperara en el jardín, mientras Eskkar, Trella y Sisuthros se introducían en el taller de Corio. En el interior, sentados a una larga mesa

cubierta con una delgada tela de algodón, les esperaban Corio, sus dos hijos y sus ayudantes. Esta vez Trella se colocó a la izquierda de Eskkar, a su altura, para participar al mismo nivel en las negociaciones.

Corio parecía de buen humor, debido posiblemente al encuentro que había tenido ese mismo día con Nicar y que había confirmado el ascenso de su familia a la nobleza. Los saludó a todos y les presentó a sus hijos y aprendices. Eskkar observó cómo el maestro constructor los señalaba uno a uno con cuidado, incluido el más joven, honrando a cada uno en particular. Sus pechos se hincharon de orgullo a medida que mencionaba sus nombres.

Así se construye la lealtad, pensó el capitán, mostrando respeto a la propia gente frente a unos extraños. Quizá pudiera aprender de hombres como Corio y Nicar. Anotó mentalmente que tendría que recordar esta actitud cuando estuviera con sus hombres.

—Capitán de la guardia —comenzó Corio de manera formal—, ayer te dije que respondería a tu pregunta sobre la construcción de un muro para defender Orak. Mis hijos y yo hemos trabajado toda la noche y esta mañana para poder darte una respuesta.

Hizo un gesto a sus asistentes y éstos levantaron la tela de algodón de la mesa.

Trella contuvo el aliento, y Sisuthros golpeó sorprendido la empuñadura de su espada. Eskkar se quedó con la mirada fija. El mapa del día anterior se había convertido en una maqueta de Orak, pero de mayor tamaño, que mostraba la aldea y sus alrededores. Pequeños bloques de madera representaban las hileras de edificios; la empalizada estaba hecha con palitos y el río con piedrecillas verde pálido. La estructura tenía un metro y medio de largo por un metro de ancho. Listones delgados de madera pintada de verde eran las granjas. Corio iba señalando con su regla, mientras explicaba lo que significaba cada miniatura.

—Así es Orak hoy —continuó Corio—. Ahora lo transformaremos.

Como si fueran magos, sus hijos comenzaron a cambiarlo todo, eliminando algunas figuras y añadiendo otras. En unos momentos habían transformado la maqueta. Los pequeños bloques que representaban las casas y las granjas fuera de la empalizada desaparecieron, cubiertos por un paño verde. Un muro más alto formado por delgadas tiras de madera dispuestas verticalmente reemplazaba la empalizada original, ahora rodeada por una delgada cinta de algodón teñida de marrón que representaba el foso que Corio había propuesto. Los embarcaderos desaparecieron, y las puertas fueron sustituidas por otras hechas con trozos de madera más grandes.

—Se puede construir el muro, Eskkar. —Corio tocó, para dar más énfasis, la muralla de la maqueta con su regla—. La muralla tendrá cuatro metros y medio de alto en tres lados de la aldea y casi cinco a ambos lados de la puerta principal. Inundaremos las tierras bajas y, utilizando el agua de los pozos, como dijo Trella,

mantendremos el foso frente a la muralla húmedo y cubierto de fango, según lo necesitemos. La distancia del fondo del foso a lo alto de la muralla será de casi ocho metros.

Reconocer la buena idea de un esclavo, y especialmente de un esclavo ajeno, era un cumplido poco habitual en un maestro.

—¿Y todo esto puede llevarse a cabo en cinco meses?

—Tendremos el tiempo justo, pero sí, creo que sí, siempre y cuando todos trabajen como has prometido. Debemos comenzar inmediatamente a reunir todo lo que necesitaremos, como madera del otro lado del río y de los bosques del Norte. Aquí crecen sólo sauces y álamos, y su madera es demasiado blanda y frágil para nuestros propósitos. Precisamos cientos de troncos de todos los tamaños, incluidos los más grandes, para la puerta principal, que mi hijo construirá. Tendrán que ser transportados por el río, en barcazas. Debemos enviar inmediatamente mensajeros y comerciantes para adquirirlos. Las piedras deben extraerse del lecho del río. Por suerte están cerca y hay cantidad suficiente. Después tendremos que delimitar una zona para fabricar los ladrillos que se secarán al sol en gran número. Tardan semanas en endurecerse adecuadamente, por lo que hay que comenzar enseguida. Necesitaremos todas las palas y herramientas para cavar que podamos encontrar así como arena de las colinas del Sur, carretas de arena. Y esclavos, por supuesto, para encargarse de las zanjas y los demás trabajos pesados.

—Entonces empezaremos mañana —dijo Eskkar, sin poder apartar los ojos de la maqueta de Orak, examinando dónde terminaba el muro y comenzaba el pantano. Se parecía mucho a lo que había imaginado desde la colina unos pocos días antes—. Debes mostrarle esto a Nicar y a las Familias. Estará satisfecho, estoy seguro.

Eskkar se dirigió a Sisuthros y lo cogió del brazo.

—Sisuthros, ya sabes lo que hay que hacer. Hará falta una mano firme para asegurarse de que lleguen las maderas, se reúnan las piedras y se fabriquen los ladrillos. Tanto esclavos como pobladores deben ser obligados a trabajar tan pronto como Corio esté listo y tendrán que seguir haciéndolo hasta que caigan exhaustos. Todos han de cumplir su parte, incluso las mujeres y los niños. No puede haber pobladores ocultos en sus cabañas mientras otros trabajan. Te daré diez soldados para empezar. Será una tarea difícil, pero estoy seguro de que la realizarás perfectamente.

El soldado asintió, fascinado por la maqueta e impaciente por hacerse cargo de la tarea que aquella misma mañana había querido rechazar.

—Así lo haré, capitán. Valdrá la pena ver las caras de los bárbaros cuando vean que el muro de Corio les bloquea el paso.

—Hay más todavía. Seguidme —dijo el constructor.

Corio salió del taller y se encaminó por un lateral del patio hasta donde lo esperaban dos aprendices.

—Estos jóvenes han construido una maqueta de la muralla, para que tengáis una idea de la escala que se está usando.

Utilizando barro del río, los muchachos habían construido una muralla, de un metro de alto y uno y medio de largo aproximadamente. En la parte exterior habían removido la tierra para representar el foso. Por el lado interior, una plataforma de madera se elevaba casi a la misma altura que la propia muralla.

Corio se agachó y señaló a un muñeco. La figura llevaba una pequeña espada de madera y había sido colocada en el foso, ante la muralla.

—Ésta es la altura de un hombre, de pie frente al muro. Necesitarán escalas muy largas para alcanzar la parte superior. —Cambió de posición y señaló al otro lado de la muralla—. Dentro de la muralla habrá muros de sostén cada seis metros, que soportarán el peso de las plataformas de defensa. Esa plataforma, que llamaremos parapeto, será construida con planchas de madera y estará un metro y medio por debajo del borde de la muralla y tendrá tres metros de ancho. Será lo suficientemente amplia para permitir que los hombres tensen un arco o usen una espada, o incluso para que otros puedan transitar por ella mientras se combate. El capitán se agachó junto a Corio.

—¿Qué altura tendrá el parapeto? —Eskkar se preguntaba cómo iban a subir y bajar los hombres de aquella plataforma. Otro detalle en el que no había pensado hasta entonces.

Uno de los aprendices sofocó la risa ante la ignorancia de Eskkar y recibió un golpe en el brazo con la regla que Corio tenía en la mano.

—Cierra la boca, muchacho.

El constructor pareció irritado, claramente avergonzado por aquella falta de cortesía. Todo el personal de Corio habría sido advertido de que no debían reírse o decir nada que pudiera ofender a los ignorantes soldados, y en particular a su bárbaro capitán, si alguno de ellos no era capaz de entender algo.

Pero Sisuthros hizo la misma pregunta.

—Sí, maestro Corio, ¿qué altura tendrá? Necesitaremos que los hombres suban y bajen rápidamente, y llevarán cargas pesadas. Además será preciso que haya un espacio libre en la base para que los hombres puedan moverse rápidamente de un punto a otro.

—El parapeto tendrá tres metros de alto. Pondremos rampas de madera o escalones en el interior para que los hombres puedan subir al muro. Usaremos poleas para levantar piedras que puedan arrojar sobre los invasores.

—Rampas de madera no, Corio —dijo Eskkar—. Nada que se queme con facilidad. Recibiremos constantemente flechas incendiarias por encima de la muralla. No quiero nada que pueda arder o hacer humo.

El fuego era siempre un peligro latente en la aldea, incluso en las mejores

circunstancias. Las paredes de las casas podían estar construidas con barro del río, pero los techos eran una mezcla de telas, maderas o paja y ardían con facilidad. Los fuegos del hogar provocan incendios con frecuencia. Durante el asedio, si los pobladores detectaban humo, a muchos les entraría el pánico. Los defensores debían estar preparados contra el fuego y el humo, decidió Eskkar. Otro detalle más a considerar.

—Una buena observación —concedió Corio—. Construiremos todo usando el mínimo de madera indispensable.

—Maestro Corio, si me permites —comenzó Trella—, tal vez podamos cubrir todo lo que haya en el interior de las murallas y que pueda arder con una capa de barro. Y podemos hacer que las mujeres y los hombres más ancianos estén preparados con baldes con agua para extinguir cualquier fuego que se inicie. Pero, además de las flechas encendidas, ¿no se lanzarán también muchas flechas corrientes por encima de la muralla y hacia la propia aldea?

—Trella tiene razón —añadió Sisuthros—. Habrá una auténtica lluvia de flechas por todas partes. Quizá necesitemos refugiarnos en un lateral de la muralla. Puede que ése sea el lugar más seguro.

Corio asintió pensativo.

—Habrá muchas cosas que considerar en las próximas semanas. —Se puso de pie y se dirigió a Eskkar, que también se levantó—. Trabajaré junto a Sisuthros a partir de mañana. —El constructor le miró a los ojos—. Tendrás tu muralla, capitán. Ahora tienes que preocuparte de buscar suficientes hombres para defenderla.



CAPÍTULO 9

La situación de Eskkar y Trella había cambiado cinco días después. Se habían trasladado a casa de Drigo. El piso inferior de la espaciosa vivienda estaba dividido en cinco habitaciones de gran tamaño, además de un gran espacio central que podía ser utilizado para reuniones o comidas y un área separada para la cocina. El piso superior, que Eskkar reservó para ellos, constaba de sólo dos habitaciones grandes, una para dormir y otra para trabajar.

Con todo aquel espacio, Eskkar permitió que Bantor y Jalen se instalaran allí. Bantor tenía esposa y una hija de ocho estaciones. Después de conocerlas, Trella las había contratado para que la ayudaran a dirigir la casa. La familia de Bantor estaba muy agradecida de haber podido salir de su ruinoso choza, lo único que hasta entonces el soldado había podido costearse.

Un escriba, proporcionado por el noble Néstor y hábil en la escritura de los símbolos, llegó la mañana en que tomaron posesión de la casa. Aquel hombre llevaba la cuenta de los gastos, pero volvía cada noche a casa de su amo, sin duda para comunicarle todo lo que consideraba de interés.

Los dos hijos de Gatus y sus amigos comenzaron a pasar los días en el nuevo cuartel general e inmediatamente se convirtieron en mensajeros, al servicio del capitán o de sus lugartenientes. Nicar contribuyó con una vieja esclava para la cocina. Había planeado ponerla en venta, pero habría dado poca ganancia. En cambio, se la regaló a Eskkar. La agradecida esclava se ocupó de la comida, y pronto Eskkar y Trella comenzaron a alimentarse con pan y verduras frescas del mercado, además del pollo o las salchichas habituales.

Para aquellos hombres, acostumbrados a una vida comunal en barracones atestados y mugrientos, la casa les parecía enorme y lujosa, pero Eskkar sabía que pronto se instalarían allí algunos de sus comandantes. No obstante, ordenó a cada uno de ellos que durmiera tres noches seguidas en el alojamiento de Ariamus. Esto los mantendría cerca de los soldados, no sólo para controlarlos sino también para estar al

tanto de lo que pensaban y sentían.

La casa principal contaba con un edificio adyacente, de un solo piso, en donde Drigo alojaba a su guardia y a sus esclavos. Tenía cinco habitaciones, con capacidad cada una de ellas para cuatro o cinco hombres. Eskkar decidió mantener un grupo de diez soldados cerca de ellos de forma permanente, por si acaso los pobladores, o incluso las Familias, creaban problemas. De cualquier modo, tendría que albergar a sus hombres allí, ya que los viejos barracones podían ser habitados, como mucho, por cincuenta soldados. Gatus le ayudó a elegir a los soldados, asegurándose de que fuesen de toda confianza.

Eskkar y Trella comenzaron a organizar su vida de una forma rutinaria. Cada día, el capitán entrenaba hasta media mañana con sus hombres. Después de una breve pausa dedicada al aseo, se reunía con sus cuatro lugartenientes y con Trella para planificar el resto del día. Celebraban su encuentro en lo que había sido la estancia de trabajo de Drigo, la gran habitación colindante con el dormitorio de Eskkar y el pequeño santuario. Cuando Nicar había efectuado el traslado de los muebles de la casa, nadie quiso hacerse cargo de las dos mesas de aquella estancia. Eskkar las compró, y destinó la más pequeña para mesa personal de trabajo y la más grande para las reuniones con sus cuatro subordinados.

Durante la sesión inicial, el capitán fue el primero en tomar la palabra, según la costumbre. Posteriormente, Trella le sugirió que, en lo sucesivo, permitiera a sus hombres hablar primero. Así no podrían contradecirle con nuevos datos o alguna información que él no poseyera cuando le tocara el turno. Añadió, además, que no necesitaba impresionar a sus hombres con su autoridad. Él consideró que se trataba de una recomendación muy prudente, por lo que a la mañana siguiente dejó que fuera Gatus quien comenzara.

—Los blancos para hacer prácticas han sido completados —anunció el segundo en el mando—. Como Sisuthros necesitaba materiales de construcción y nosotros espacio, hemos demolido casi todas las chozas del área noreste de la empalizada. Allí hemos establecido un campo de prácticas de unos trescientos pasos, hasta la orilla del río.

—¿Y el entrenamiento?

La mayoría de los soldados sabían cómo usar el arco con cierta soltura, pero aquellos hombres necesitaban, a su vez, entrenar a otros. Esto requería bastante habilidad y un cierto conocimiento sobre la forma de enseñar a los demás.

—Va bien, pero más lento de lo que desearía. No puedo asegurar que los mejores puedan desenvolverse solos antes de que transcurra, al menos, una semana más. —Gatus pasó al tema siguiente—. En los últimos días hemos incorporado a cuarenta reclutas. Hasta que éstos no estén entrenados, no podremos aceptar nuevos hombres.

—Gatus, cuantos más hombres tengamos mejor, así que apresúrate tanto como

puedas —dijo Eskkar—. Pero no quiero hombres a medio entrenar paseándose por Orak con armas, o idiotas matándose entre sí o a alguno de los pobladores. ¿Cuánto tiempo pasará hasta que puedas alistar a más?

—Por lo menos dos semanas, tal vez más. —Las palabras de Gatus no dejaban lugar a réplica alguna—. Después seremos capaces de incorporar a unos cuarenta o cincuenta. Tevana ya ha empezado a proporcionarnos flechas para hacer prácticas, aunque ha pedido cuatro toneladas de bronce, además de una nueva fragua y una docena de herramientas para trabajar el metal y la madera. Creo que el artesano está aprovechando para aprovisionarse a sí mismo y asegurarse de que no tendrá que comprar nada jamás.

El capitán hizo una mueca, pero nada podía impedir que Tevana, u otros como él, sacaran ventaja de la situación. Si Orak sobrevivía, muchos comerciantes se beneficiarían enormemente de sus acuerdos con Eskkar y Nicar.

—Y gracias a Trella —continuó Gatus con una sonrisa—, ahora tenemos suficientes arcos con los que practicar, y además de buena calidad. Cuéntales cómo lo has hecho, Trella.

Todos los ojos se volvieron hacia la muchacha. Estaba sentada a la izquierda de Eskkar, un poco retirada de la mesa.

—Cuando fui a trabajar con Rufus a su casa, le dije que no sabía nada del proceso de fabricación de arcos y le pedí que me enseñara todo. Al principio se resistió, pero finalmente me llevó al taller donde se daba forma y armaban los arcos y se preparaban los pegamentos. Vi los recipientes utilizados para sumergir la madera y las prensas en donde se colocaban los arcos mojados para curvarlos. Pero no vi un arco finalizado. Cuando terminé, fui a hablar con Gatus. Trajo algunos hombres y recorrimos toda la casa. En un pequeño altillo sobre el dormitorio del artesano, encontramos la sala de secado y almacenamiento. Dentro había veinticinco arcos terminados, listos para usar. Le dije a Gatus que se los llevara. Como Rufus había dicho que no tenía ninguno en existencias, me negué a pagarle. No se puso muy contento que digamos.

Gatus se rió.

—No le hizo ni pizca de gracia. Empezó a gritarle a Trella. Sus hijos se apresuraron a contenerlo. E hicieron bien, o le habría partido la cabeza a ese viejo estúpido.

—Aseguraos de que la historia se repita por toda la aldea —dijo Eskkar riendo, aunque él ya estaba enterado del episodio—. Puede persuadir a otros para que sean más honestos. Gatus, continúa entrenando a los hombres. Primero con los arcos, después con la espada y la lanza. Que se ejerciten, si es posible, detrás de un muro. Sisuthros, ¿cómo va nuestra muralla?

—Capitán, estoy preocupado —respondió sombrío el soldado—. Durante estos

últimos cinco días, Corio y sus ayudantes han estado cavando agujeros en la tierra, enterrando palos aquí y allá y mezclando barro y paja. Se reúne con frecuencia con sus asistentes y no dejan de hablar y comentar. Los alhamíes trabajan desde el amanecer hasta el ocaso haciendo ladrillos, pero Corio aún no ha empezado a colocarlos, aunque parece estar siempre ocupado. Le pregunté cuándo comenzaría, pero «pronto» fue lo único que me respondió.

Eskkar frunció el ceño.

—¿En qué tareas lo has ayudado?

—Confiscamos madera y herramientas y establecimos tres grupos de trabajo. También limpiamos la zona en donde se elevará la nueva puerta, pero hasta ahora no hemos hecho ninguna otra cosa.

—Amo, no te preocupes todavía —sugirió Trella—. He visto cómo se construyen las casas, y, antes de que comiencen las obras, hay mucho trabajo previo. Es siempre igual al principio, mucha confusión y poco progreso aparente. Mejor que se aseguren de lo que tienen que hacer que tener un mal comienzo que les obligue a empezar de nuevo.

—Bueno, esperemos para nuestro bien que sea así —observó Eskkar sacudiendo la cabeza—, aunque me gustaría que la muralla estuviera terminada uno o dos días antes de que llegaran los bárbaros. —Se dirigió a Bantor—. ¿Y los centinelas de las puertas?

El trabajo de Bantor había resultado ser el más intenso. Una multitud de personas entraba y salía del poblado, y el tránsito en los caminos se había incrementado proporcionalmente. Ya habían tenido que sofocar dos peleas a la entrada de la aldea, en las que había estado involucrada gente que intentaba marcharse. La segunda de ellas casi había sobrepasado a los soldados. Eskkar había asignado más hombres, y ahora eran cuatro los que se encargaban de vigilar ambas entradas en todo momento.

—Revisamos todos los carros y carretas que abandonan Orak —respondió Bantor—. No se han llevado ni esclavos ni herramientas de valor, y nos aseguramos de que ninguno de los pobladores de la lista de Nicar se vaya sin su permiso. —Miró en torno a la mesa—. Capitán, los hombres se cansan de vigilar la puerta. Se quejan de que tienen que entrenarse diez o doce horas diarias y luego deben hacer turnos de guardia de cuatro horas o patrullar las calles.

—Sé que el trabajo en estos momentos es duro. Di a los hombres que será sólo durante unas pocas semanas más, hasta que los reclutas estén preparados. —Eskkar no estaba plenamente convencido de lo que decía. Cada momento de alivio creado por los nuevos reclutas sería utilizado para alguna nueva actividad—. Puedes persuadirlos de ello, Bantor. Haz las mismas tareas que ellos y tus hombres las soportarán.

Su lugarteniente asintió y luego se sentó, aliviado al saber que su capitán

comprendía sus problemas.

Trella se acercó a la mesa.

—Bantor, ¿ha intentado alguien sobornar a tus hombres para que abandonen Orak? Si no lo han hecho, lo harán pronto. Algún mercader o artesano rico les ofrecerá oro, y la tentación será enorme.

—Quieres decir, como Rufus —dijo Gatus con una carcajada—. Estoy seguro de que está planeando algo semejante mientras conversamos.

Eskkar no había considerado aquella posibilidad, aunque tendría que haber pensado en algo tan evidente. Se quedó sentado, intentando imaginar qué haría si fuera un rico mercader que tuviera que sobornar a unos centinelas para que hicieran la vista gorda.

—Diles a tus hombres que si alguien les ofrece un soborno deben aceptarlo. Una vez que lo consigan, deberán entregarlo y yo lo duplicaré. No importa la cantidad, les daremos siempre el doble.

—¿De dónde sacaremos más oro? —preguntó Sisuthros.

—De la persona que ha ofrecido el soborno —respondió Eskkar—. Si un hombre puede pagar cinco monedas de plata, significa que en otro lado debe de tener otras cinco. De ese modo, el que se atreva a sobornar a mis soldados tendrá que pagar el doble y seguir en Orak. Coméntaselo a tus hombres. Si son capaces de guardar el secreto, es posible que cuenten con un nuevo incentivo para su trabajo. Y algunos podrán conseguir incrementar su paga antes de que se corra la voz.

Todos sonrieron. Podían imaginarse la cara de consternación de algún mercader cuando descubriera que había sido estafado. Eskkar solicitó a Jalen que le diera su informe sobre la condición de los embarcaderos, pero al momento levantó la mano y le interrumpió.

—Jalen, no te he dado tareas de importancia esta semana porque tengo algo especial para ti. Quiero que vayas hacia el Norte y busques a los bárbaros. Necesito saber dónde están y cuándo podemos esperar su llegada. Eres el mejor jinete de Orak, y has visto a los Alur Meriki en acción. Tenemos que conocer, cuanto antes, todos sus movimientos y cuántos se aproximan. Lo que puedas averiguar será de gran utilidad, pero sobre todo hay que saber cuánto tiempo nos queda antes de que lleguen. — Todos los ojos se fijaron en Jalen, que mantenía una aparente tranquilidad—. Sé que es arriesgado. Correrás grave peligro, porque si te acercas demasiado te matarán o capturarán.

—Lo haré, capitán —respondió el soldado—, aunque tendré que llevarme varios hombres.

—No quiero que te enfrentes a ellos. Quiero que los vigiles y me traigas un informe.

Jalen respiró hondo, pero no protestó.

—¿Cuándo quieres que parta?

—Por la mañana —respondió Eskkar—. Utiliza el resto del día para escoger a tus hombres y prepararte. Cada uno de ellos recibirá diez monedas de oro a su regreso, además de la paga habitual. Y el doble para ti, Jalen. —Por todo aquel oro, la mayoría de los hombres arriesgaría su vida sin dudarlo—. Viajarás ligero y con rapidez. Y llevarás tan sólo dos soldados experimentados. El resto los elegirás entre los nuevos reclutas. Que sean buenos jinetes capaces de obedecer tus órdenes y a los que no se les suba la sangre a la cabeza ante los bárbaros. —Este último consejo no sólo estaba dirigido a los hombres que debían acompañar a Jalen, sino también a él mismo—. En cuanto a los caballos, escoge los que quieras de la aldea, incluidos los de las Familias. ¿No tenía Drigo buenos animales? —Eskkar golpeó la mesa irritado por haber olvidado los caballos de Drigo, requisados, sin duda, por las otras Familias. La cría y el mantenimiento de un buen caballo costaba muchas monedas de plata, y sólo los más ricos podían permitirse ese lujo. Las monturas de los soldados, proporcionadas a regañadientes por los nobles, eran en general mediocres, utilizadas para patrullas locales o animales de carga—. Esos caballos tienen que estar en algún lado. Los encontraremos. Pero recuerda, Jalen, que tu tarea es conseguir información, no luchar. Quiero que regreses vivo, no con la cabeza en el extremo de la lanza de algún guerrero. Si te parece, envía de vuelta antes a dos hombres con un informe. Llévate a un muchacho como sirviente y para cuidar de la segunda cabalgadura. —A un sirviente siempre se le podía abandonar si el caballo se volvía indispensable.

Trella se levantó, se dirigió a la otra mesa y regresó con un pequeño envoltorio de cuero. Levantó una pequeña tela marrón claro y la extendió sobre la mesa.

Todos se acercaron a mirar, y se quedaron sin aliento. Aquella tela era un mapa con los detalles cosidos sobre ella, mediante hilos verdes, azules y rojos. El río y Orak estaban claramente marcados, así como la mayoría de las aldeas hacia el Norte.

Puso sobre la mesa dos finas agujas de madera y dos carretes de hilo, uno rojo y otro blanco.

—Puedes usar estos hilos para indicar lo que aparece y dónde lo encuentras. Mi amo consiguió esto para ti ayer.

A Eskkar no le molestó explicarse.

—Cuando vi el mapa de Corio, me quedé pensando, así que le pregunté si podía hacerme uno. Él me dijo que lo había conseguido del noble Rebba, que tiene un esclavo instruido en semejantes tareas. Entonces fui a la casa de Rebba y le convencí de que necesitaba a su esclavo para trabajar en ello. —Le había costado algo más que una conversación educada. Eskkar amenazó con llevarse al esclavo por la fuerza si el mapa no estaba terminado para aquella mañana—. Pasé una hora con el esclavo. Me dijo que un mapa de tela es más sencillo de usar que uno de papiro. Él te explicará algunas cuestiones, y cómo calibrar las distancias entre distintos lugares. Quédate con

él hasta que todo te resulte claro. Y ahora regresemos al trabajo. Jalen, ven a cenar con nosotros a la caída del sol y discutiremos algunos asuntos. Voy a visitar a Corio para ver cómo van las cosas.

Se puso de pie para indicar que la reunión había terminado y que había dado comienzo un nuevo día en la transformación de Orak.

Las actividades de Eskkar se habían convertido en una rutina que apenas era notada por los pobladores. Se desplazaba con Trella y dos soldados, uno veterano y el otro novato, esperando que éste aprendiera y siguiera el ejemplo del primero. Acompañados por Sisuthros, encontraron a Corio trabajando fuera de la puerta principal, inclinado sobre una pequeña mesa y hablando con uno de sus hijos. Media docena de esclavos y obreros los rodeaban.

Nadie parecía estar construyendo nada. La mayoría de los hombres estaban simplemente de pie, alrededor de Corio. Las herramientas descansaban en el suelo. Habían cavado unos cuantos agujeros de escasa profundidad. No había ningún ladrillo.

—Buenos días. —Corio les saludó a cada uno por su nombre, con una amplia sonrisa—. Esperaba tu visita, capitán. Me temo que Sisuthros no está satisfecho con nuestros avances.

—Sabemos que estos trabajos llevan tiempo, Corio —respondió Eskkar, determinado a mostrarle al maestro constructor que comprendía algunas cuestiones sobre la naturaleza de su trabajo—. Pero quería ver lo que se había hecho hasta ahora y tener una idea de cuándo va a estar terminado el muro.

—A decir verdad, estamos casi listos para comenzar. Ven, te enseñaré. —Se dirigió hacia una estrecha zanja—. Eskkar calculó que el pozo tendría un metro y medio de ancho por dos de largo, y un metro de profundidad. —Éste es el principio de la muralla. Haremos el pozo un poco más hondo para cerciorarnos de que sus cimientos sean sólidos, y los aseguraremos con piedras. Luego, los ladrillos de barro y paja secados al sol formarán dos muros. Rellenaremos el centro con tierra, piedra y ladrillos verticales para reforzarla. Añadiremos la tierra lentamente y la apisonaremos a medida que ganemos altura. Algunos ladrillos serán colocados en ángulo en relación al frente de la muralla para hacerla más resistente. De ese modo, será lo suficientemente sólida aunque esté formada por unos pocos ladrillos en cada extremo. Por supuesto, si contáramos con más tiempo, haríamos el muro más hondo, más alto y más ancho. —Corio habló un momento con su hijo, que salió corriendo y volvió al instante con un pesado ladrillo de barro con algunas briznas de paja—. Éste es el ladrillo que usaremos. —Medía alrededor de cuarenta y cinco centímetros de largo,

quince de ancho y diez de espesor, y parecía bastante pesado. Eskkar quiso agarrarlo, pero Corio le detuvo—. Capitán, procura no agarrarlo por los extremos. Se podría romper por el medio. Pero por debajo aguantará.

Eskkar agarró el ladrillo como le había sugerido el constructor, sorprendido por su peso. Se lo pasó a Sisuthros, que lo sopesó antes de devolvérselo al muchacho, quien lo colocó cuidadosamente en el fondo de la zanja y salió luego corriendo en busca de otro. Cuando regresó, lo puso en línea recta con el primero, dejando un espacio de un dedo de ancho entre los dos. Volvió a buscar un tercero mientras Corio continuaba con las explicaciones.

—Los ladrillos se colocan de este modo en el agujero y luego se cubren con una delgada capa de barro y arena. Después se pone un tercer ladrillo sobre los otros dos y se añade más barro, repitiendo el proceso. La muralla crece y se hace más fuerte a medida que el barro y la arena se secan alrededor de los ladrillos. Finalizamos alisando la superficie exterior de la muralla con una mezcla diferente de arena y barro, que también se endurecerá.

—Maestro Corio —comenzó Sisuthros, a la vez que golpeaba los ladrillos con el pie—, no parece muy resistente. ¿No se trata sólo de barro? Quiero decir, ¿no serán los bárbaros capaces de derribarla únicamente empujándola?

Eskkar había pensado lo mismo, pero había aprendido a no hacer preguntas obvias. Sin embargo, se sintió aliviado cuando Sisuthros expresó sus mismas dudas.

—Sisuthros, la muralla será lo suficientemente sólida para proteger a tus hombres y proporcionarles una plataforma desde donde pelear. No será fácil de escalar o derribar. Pero si traen herramientas para agujerear la muralla o un ariete para intentar perforarla, entonces no resistirá demasiado. Para hacer un muro compacto que pueda frenar un ataque de ese tipo, necesitaríamos un tiempo del que no disponemos.

—Maestro constructor —dijo Eskkar—, tú tarea es edificar la muralla; la nuestra, defenderla. —Se dirigió a Sisuthros—. Si permitimos que los bárbaros tengan tiempo para acercarse a la muralla y excavar con palas y hachas, entonces estaremos perdidos. Si les damos tanto tiempo... no, debemos matar a todo aquel que se acerque al foso o a la base de la muralla.

Corio meditó un momento las palabras de Eskkar.

—La muralla no cederá con facilidad, y la tierra apisonada será difícil de perforar. Pero si una cantidad suficiente de hombres atacan la base de la muralla, en veinte o treinta minutos de trabajo duro podrían abrir una pequeña brecha.

En menos tiempo, pensó Eskkar, sabedor de que Corio no había sido testigo de la feroz energía de los pueblos de las estepas durante la batalla.

—No les daremos ni siquiera diez minutos. Sólo asegúrate de que la muralla no se caiga.

Miró a Trella para ver si ésta tenía algo que añadir.

—Maestro constructor —comenzó—, si crees que es una buena idea, tal vez podrías construir una pequeña sección, para que Eskkar y sus hombres puedan intentar atacarla, y comprobar el tiempo que les llevaría derribarla. Con lo que aprendan, quizá puedan ayudarte en tu proyecto.

Corio se frotó el mentón, pensando en aquellas palabras.

—Una excelente sugerencia, Trella. Nunca intenté derribar nada de lo que construí. De todos modos, estamos casi listos para empezar, así que construiré una sección de entre tres y seis metros de muralla en donde queráis.

—¿Y cuánto tiempo tardarás en edificar esa parte? —preguntó Eskkar. Todavía tenían que saber si podían construirla a tiempo.

Sin embargo aquella pregunta no pareció preocupar mucho a Corio.

—Dentro de diez días veréis concluida la primera sección de la muralla —respondió—. Ahora lo más urgente es que me proporcionéis todos los materiales y hombres que necesito.

—Entonces me marcho para cumplir ese cometido. —Eskkar se inclinó cortésmente ante Corio—. Y os dejo a ti y a Sisuthros para que comencéis con el vuestro.

Eskkar se alejó con Trella a su lado, sin preocuparse de la costumbre que obligaba al esclavo a caminar detrás de su amo.

—Bueno, ¿qué opinas?

—Corio está seguro de poder completar la muralla a tiempo, a menos que suceda algo imprevisto. Pero no creo que haya pensado demasiado en la solidez de la misma. Ahora sí lo hará, y estoy segura de que los cimientos de la muralla serán ahora más resistentes de lo que había planeado, al menos en aquellas zonas que puedan ser objeto de un ataque continuado por parte de los bárbaros. —Le sonrió—. Amo, has conseguido mucho hoy. Corio te construirá una muralla defensiva, no la pared de una casa.

Eskkar se rió, la cogió de la cintura y la atrajo hacia sí. Luego le dio una palmadita en el trasero, sin preocuparse de las miradas y sonrisas de la gente que les rodeaba.

—Bien, entonces esta noche tendrás doble trabajo para asegurarte de que tu amo sea recompensado por su inteligencia.

Cuando terminaron de hacer el amor, Eskkar se quedó dormido, pero Trella permaneció despierta, acurrucada contra su cuerpo. Había tenido que obligar a su mente a apartarse del cálido brillo de la pasión, pero finalmente lo había conseguido y pensaba en el futuro. Los próximos meses requerirían largas horas de trabajo

agotador. Sabía que estaría ocupada ayudando al capitán a administrar los detalles de la defensa, para asegurarse de que nada vital se les olvidara.

Pero toda aquella coordinación y planificación para el ataque sería sólo el trasfondo de la verdadera lucha que les aguardaba. Los pocos días que había pasado a su lado la habían convencido, para su sorpresa, de que su amo poseía muchas buenas cualidades y más inteligencia de la que muchos suponían. Había demostrado ser hábil y disponer de recursos. Puede que no tuviera educación y que fuera tosco, pero contaba con un código de honor personal con el que se había ganado primero su respeto y luego su corazón.

Eskkar había convencido a Nicar, después a los soldados y finalmente al resto de la población de que podía defender Orak, y ahora incluso ella creía en él. Había que proporcionarle los hombres y los recursos necesarios y asegurarse de no pasar nada por alto y que cada detalle estuviera adecuadamente planificado, y entonces Eskkar tendría alguna posibilidad contra los bárbaros. Por eso se prometió a sí misma que haría todo lo posible para que esa posibilidad se materializara.

Sin embargo, Trella sabía que la victoria de Eskkar no le garantizaría la supervivencia. Cuando desapareciera la amenaza, los nobles y los mercaderes más influyentes recordarían el asesinato de Drigo y todo el oro que él les había exigido. Estarían deseosos de eliminar o alejar al exitoso capitán de la guardia. Los nobles se consideraban demasiado inteligentes, demasiado acaudalados y demasiado poderosos para someterse al mando de un extranjero como Eskkar. Y aún menos aceptarían compartir el poder con alguien como él, un recuerdo constante de lo que le debían. Así que, aunque sus sueños de sumarse a los nobles eran posibles, parecía dudoso que él, siendo bárbaro, pudiera sobrevivir en semejante grupo.

Encontrarían una manera de deshacerse de él, y eso también la incluía a ella. Recordarían que había provocado a Drigo, que le había proporcionado a Eskkar la ayuda necesaria para convencer a los mercaderes y, sobre todo, que había sido una esclava. Su destino estaba unido al de su amo. En el caso de que sobreviviera, aunque quedara liberada de su condición de esclava, sería entregada en matrimonio a algún noble de segunda fila que la obligaría a estar en su casa, como una simple distracción o para procrear hijos, encerrada para el mundo y olvidada.

Eskkar podría ganar en la batalla pero perder en la victoria. Tendría que concentrar en ello todos sus esfuerzos. Toda su inteligencia y recursos debía dedicarlos a asegurarse de que Eskkar y ella retuvieran los frutos del triunfo. Sería difícil, y además tendría que hacerlo discretamente, tanto que nadie podría enterarse, ni siquiera Eskkar, que, de momento, era mejor que ignorara sus actividades en este sentido.

La información era la clave. La información sobre todo lo que sucedía en Orak sería su objetivo, y ya tenía algunas ideas sobre cómo llevarlo a cabo. Aquella tarde,

mientras caminaban de la mano por las calles de la aldea, había visto cómo la gente la miraba. Era la esclava que iba de su mano y que seguramente había hechizado al gran soldado, la esclava que había causado la caída de la Casa de Drigo y que estaba presente en los consejos de los nobles. Aquellas miradas reforzaban su forma de pensar.

Mañana comenzaría a hacerse agradable ante la gente común, comenzando por las mujeres. Una vez estuvieran de su lado, las utilizaría para obtener información. Conseguiría aliados y amigos entre los pobladores, especialmente entre los nuevos que irían llegando a Orak en los próximos meses, aquellos desposeídos y sin amigos, con escasa lealtad hacia los nobles o los ricos mercaderes.

Esto le llevó a nuevas ideas; se giró levemente, haciendo que Eskkar se pusiera de lado pero sin despertarse. Sonrió al pensar en ellos dos, el soldado bárbaro y la esclava instruida. Todos en la aldea pensaban que lo había hechizado, que había usado pociones mágicas para convertirlo en jefe. Incluso Nicar pensaba algo semejante. Tal vez pudiera sacar algo útil de aquello, dejar que todos creyeran que tenía poderes sobre los hombres.

Sabía que su inteligencia era lo bastante aguda para ver con rapidez y facilidad muchas cosas que otros tardaban en apreciar o no lo hacían. La gente común sería una de las llaves de acceso al poder en la nueva Orak, una fuerza que contrapesara la autoridad y el dinero de los nobles. Ella encontraría la manera de ganarse el corazón de las masas. Ya había despertado su curiosidad, y eso era un buen comienzo. Sí, aquél sería el camino hacia el poder y la seguridad para ella y su amante. Sonrió en la oscuridad y se dio la vuelta, puso su brazo contra el cuerpo de Eskkar y se durmió casi instantáneamente, segura entre sus brazos.



CAPÍTULO 10

Las siguientes cuatro semanas pasaron rápidamente para Eskkar, cuya jornada comenzaba cada mañana antes de la salida del sol y terminaba bastante después de caer la noche. Cada día aparecía una nueva dificultad o un retroceso inesperado. Pero el primer grupo de reclutas ya se había sumado a las filas y otro grupo de cuarenta se estaba ejercitando.

Bantor y Gatus contaban, al fin, con suficientes soldados para controlar las puertas, los embarcaderos y las calles, lo que le permitía a Eskkar el lujo de enviar pequeñas patrullas de exploración. Sus informes confirmaron que se acercaba gente hacia Orak. Algunos querían una oportunidad para enfrentarse a los bárbaros, otros simplemente buscaban un refugio o lugar seguro para ellos y sus familias. Cada día llegaban más, pero también había otros que se marchaban de la aldea. Los hombres de Bantor detenían a todos a las puertas, en donde los recién llegados se enteraban de que podían luchar, cavar o irse. Sólo los mercaderes con sus caravanas y mercancías circulaban libremente.

Había patrullas de vigilancia durante el día, encargadas de que todos cumplieran con el trabajo asignado. Los perezosos recibían un único aviso. Al segundo, el capitán ordenaba que fueran expulsados, obligándolos a dejar tras de sí todo lo que fuera de valor para la defensa.

Un estúpido artesano había intentado resistir aquella orden y había amenazado a un soldado con un cuchillo. Bantor lo había matado. Su muerte fue tan insignificante como una piedra lanzada a las aguas del gran río, pero los pobladores, ricos y pobres, captaron el mensaje. Desde entonces nadie había intentado dejar la aldea por la fuerza. Todos los que se habían quedado trabajaban en la muralla, añadiendo su sudor y su sangre a la arena, piedras y barro con que la estaban construyendo.

La muralla. Se convirtió en el eje de las vidas de todos y en el principal tema de conversación, sobre todo en lo que concernía a la agotadora labor, mientras los hombres se tambaleaban bajo las pesadas cargas de tierra, ladrillos o piedras. Nicar,

Corio y los ancianos de la aldea trabajaban en la zona de construcción todos los días, alentando a los esclavos y a los pobladores a esforzarse. Los soldados de Sisuthros se aseguraban de que todos cumplieran con su parte del trabajo, sumando sus propios músculos al esfuerzo y usando el látigo únicamente contra los perezosos. Los hombres trabajaban y sudaban, y el muro comenzaba a crecer. Pero lo hacía lentamente, como si se resistiera a los esfuerzos de los impacientes hombres que querían levantarlo.

El entrenamiento de los soldados era el segundo tema de conversación importante. Los hombres de Eskkar sudaban tanto con la brutal instrucción como los pobladores que trabajaban en la construcción del muro. Se ejercitaban a la sombra de la nueva muralla, mientras practicaban con sus arcos desde plataformas.

El uso del arco ocupaba el primer lugar en el entrenamiento. Durante tres horas, cada grupo de soldados se dedicaba a utilizar esta arma. Tiraban cientos de flechas cada día, hasta que los dedos les sangraban y los músculos les temblaban por el esfuerzo. Cuando terminaban con el arco, continuaban con la espada, la lanza y el hacha. El final del día no les daba respiro, porque los necesitaban para vigilar las puertas y los muelles, patrullar la aldea y mantener la disciplina en los grupos de trabajo. Todos se quejaban, pero sin resultados, porque sus comandantes trabajaban tanto como ellos.

El tercer tema, habitualmente el más interesante, era el capitán de la guardia y su esclava. Pocos pobladores conocían o habían notado la presencia de Eskkar antes de que Nicar lo ascendiera al mando de las tropas. Quienes lo recordaban de aquellos días admitían que había cambiado. Todavía distante y poco sonriente, ahora destacaba entre los demás habitantes de la aldea.

Todos le cedían el paso. Contaban con él para defender Orak y salvarlos de los bárbaros. Lo examinaban cuidadosamente cada día, buscando la más mínima señal de miedo o duda. Pero nunca la encontraban. Día a día la muralla crecía un poco más, los soldados se entrenaban un poco más duro y los pobladores comenzaban a creer que podían sobrevivir.

Pero si Eskkar no constituía un tema de conversación excesivamente amplio, Trella era otra cosa. Mientras se dedicaba a sus obligaciones o acompañaba a su amo, todos encontraban algo que comentar sobre la joven esclava que había hechizado al soldado. En contra de las costumbres, caminaba a su lado y éste, con frecuencia, le pasaba el brazo por los hombros, haciendo ver cuánto significaba para él.

Las mujeres de la aldea comenzaron a admirarla, y sus hombres pronto hicieron lo mismo. Trella demostraba ser mucho más inteligente que lo que correspondía a su edad, y su voz imponía respeto en los consejos. Parecía irradiar poder sobre hombres y mujeres, y ahora muchos buscaban su opinión cuando se cruzaban con ella por las calles.

Sin embargo, al final de cada día los cansados pobladores se preguntaban si habría suficientes soldados para defender Orak, y los soldados si los pobladores podrían terminar la muralla a tiempo.

Eskkar incrementaba todos los días sus esfuerzos, como si con su duro trabajo pudiera, por sí solo, garantizarles el éxito. Su entrenamiento diario pronto lo convirtió en el mejor para el combate con espada, pero muchas veces había mordido el polvo al enfrentarse a un oponente particularmente hábil o afortunado.

Los hombres siempre festejaban estos acontecimientos, y el capitán aprendió a felicitar a su oponente, aunque rara vez le sucedía dos veces seguidas. Algunos días recorría a caballo los alrededores de Orak y estudiaba el terreno, al tiempo que se ejercitaba. Regresaba cada noche con un nuevo arañazo o cardenal y Trella le masajeara los doloridos músculos.

La muchacha trabajaba también incansablemente. Se había hecho cargo de todas las armas y materiales que necesitaban los soldados. Se reunía a diario con Rufus y Tevana y les proporcionaba lo que necesitaban, y hacía lo mismo con los constructores de lanzas, escudos y hachas.

Pasaba el día entero con Eskkar y Gatus, aprendiendo todo lo posible sobre el armamento y las vestimentas de los soldados. Le mostraban los chalecos de cuero, cascos y muñequeras para los arqueros. Puesto que éstos tendrían que estar de pie sobre la muralla, expuestos de cintura para arriba, estarían protegidos por una armadura de cuero. Aunque aquel material no detuviera una flecha de Alur Meriki disparada de cerca, salvaría, ciertamente, algunas vidas.

Trella hacía lo mismo con las otras armas. Gatus le mostró el tipo de espada corta, lanza y hacha que precisaba, explicándole cómo se usaría cada una y enseñándole a apreciar su calidad. Se dio cuenta de que Eskkar prestaba también atención a lo que decía su lugarteniente. El viejo soldado sabía de armas y tenía las ideas muy claras sobre todo lo que precisaba.

Pronto Trella reunió toda la información necesaria para tratar con mercaderes y comerciantes. Gatus inspeccionaría y aceptaría cada arma nueva, pero la discusión sobre precios y fechas de entrega ya no sería una preocupación para él.

La muchacha se aseguraba de que todas las armas y equipamientos se entregaran a tiempo, a la vez que llevaba la cuenta del oro para efectuar el pago. Al ocuparse ella de la logística, Eskkar podía encargarse del reclutamiento, entrenamiento y organización de los hombres. También le quedaba más tiempo para reunirse con Nicar, Corio y el resto de las Familias. Al final de cada semana se pasaba el día con los escribas de Nicar, revisando las cuentas y asegurándose de que ningún mercader recibía un pago por mercancía no entregada.

A Trella le llevó pocos días descubrir la cantidad de plata que había robado el antiguo capitán, comprando, para sus soldados, escasos alimentos y de ínfima

calidad. Después de una negociación con los granjeros sobre los precios, como representante de Eskkar, consiguió que recibieran suficiente comida de forma regular y a un coste razonable.

Por primera vez, los soldados comieron decentemente y en la cantidad adecuada para soportar el riguroso entrenamiento. Pan fresco y verduras se complementaban con el cordero y el pollo que componían su dieta habitualmente. Trella negoció directamente con los granjeros que proporcionaban los alimentos, y añadió un grupo de cocineros para prepararlos. Sólo por aquello los soldados la adoraban, pero había ido más lejos. Con el oro de Eskkar, pagó unas pocas monedas de cobre a los que estuvieran dispuestos a limpiar los barracones y sus alrededores. En pocos días, los apestosos barracones quedaron irreconocibles.

No satisfecha con sus logros, buscó nuevas oportunidades de conseguir más influencia. La primera fue involucrarse, con Nicar y Néstor, en el trabajo relacionado con el problema de las viviendas.

Por orden de Nicar, toda persona que abandonara Orak perdía su casa y todas sus pertenencias. Esta política forzaba a los pobladores que pensaban irse a tomar una difícil decisión. Si la aldea resistía y ellos regresaban, sus casas ya no les pertenecerían, porque habrían sido entregadas a otros. O bien podían quedarse y luchar.

A pesar de todo, muchos abandonaron Orak, pero aquellos que permanecieron en la aldea exigieron aunque fuese la más humilde de las casas o chozas. Con la ayuda de los escribas, Trella hizo un inventario de todas las propiedades abandonadas y recomendó a nuevos dueños, favoreciendo a los que podían prestar más ayuda a Orak. Argumentaba con facilidad, obligando a los escribas a renunciar a sus planes de ayudar a sus amigos o a gente dispuesta a pagar. Trella se concentraba en aquellos que poseían alguna habilidad necesaria para la defensa del poblado y estaban dispuestos a quedarse y trabajar. Entonces se colocaba de su parte.

Sólo una vez había tenido que acudir a Eskkar. Los escribas querían entregar una casa a un mercader de vinos, mientras que ella insistía que ésta debía darse a una familia de cinco personas que incluía a un padre y dos hijos mayores dispuestos a combatir. El capitán perdió la paciencia y amenazó con expulsar a todos los escribas de la aldea. La muchacha tuvo que rogarle que no hablara con Nicar. Después de eso, no tuvo más problemas.

Con cada día que transcurría, las vidas de Eskkar y Trella estaban más vinculadas al destino de Orak, y el destino de Orak dependía de la muralla.

Todos los que podían trabajaban en su construcción. Luchar, cavar o marcharse. No había otra opción. Eskkar tomaba las decisiones, apoyado por Nicar. Las espadas de los soldados ayudaban a imponerlas. Todos en Orak trabajaban en la defensa, incluso los miembros de las Familias.

No se permitía ningún otro trabajo. Se castigaba a los que no realizaban la tarea asignada y el capitán no hacía excepciones con los hijos de los nobles, aunque les asignaba trabajos menos pesados que hacer zanjas o remover rocas, siempre y cuando lo hicieran bien.

Gatus destinó más hombres a patrullar los caminos y a mantener a los bandidos y ladrones alejados de los que transportaban mercancías a Orak. Sisuthros contaba ahora con veinte hombres para asegurarse de que los que trabajaban en la muralla se esforzaran, mientras que Corio dirigía un grupo de más de cuatrocientos hombres y muchachos, e incluso mujeres y ancianos. El maestro constructor se movía entre los trabajadores, esforzándose él mismo y sus aprendices tanto como cualquier otro operario.

Esclavos y hombres libres trabajaban a la par, cubiertos de polvo y barro, a excepción de aquellos que transportaban las piedras desde el río y podían, ocasionalmente, darse un baño. Todas las noches, una vez terminado su trabajo, los pobladores se acercaban a contemplar la muralla, que crecía día a día.

El muro se extendía ahora más de treinta metros a cada lado de donde iría ubicada la nueva puerta. Cada lado aumentaba unos seis metros por día, intentando abarcar Orak en su totalidad.

Alcinor, el hijo mayor de Corio, dirigía la construcción de la puerta principal. Estaría hecha de pesadas vigas cuidadosamente talladas y unidas por los carpinteros, tratadas para resistir las flechas incendiarias y reforzadas con gruesas láminas de bronce. Dentro de la puerta se alineaban los agujeros con las piedras para los troncos que reforzarían la estructura una vez cerrada.

Bajo la puerta se había excavado un pozo de unos dos metros de ancho por cuatro de largo. Pronto se rellenaría con pesadas piedras y una mezcla de barro y paja, creando un cimiento sólido que frustraría todo intento de socavar la estructura. La puerta entraría en funcionamiento en poco tiempo, aunque aún no estuviera completa, y se cerraría sobre los nuevos confines del poblado.

Cada día llegaban más de una docena de barcazas con maderas de todas las clases y tamaños. Herramientas, armas y productos de cuero eran introducidos por tierra y a través del río. Se transportaban también alimentos y vino, los cuales iban a parar a los almacenes de Orak, que se preparaban también para el sitio. Se había corrido la voz en toda la región, y el resto de las aldeas estaban ansiosas por ayudar en la resistencia contra los bárbaros o sencillamente por ganar dinero.

Barcas repletas de cobre y estaño fondeaban de forma regular. Imprescindibles para los trabajadores del bronce, además de otros muchos usos, las fraguas siempre tenían escasez, puesto que se trataba de un material de difícil obtención. Las minas se encontraban a bastante distancia y producían una pequeña cantidad diaria, porque sólo los esclavos podían ser obligados a trabajar en ellas. Por alguna misteriosa razón,

éstos morían rápidamente, y algunos no duraban más de seis meses. Eskkar comprendió que necesitaba mucho oro y plata para comprar cobre y estaño.

Eskkar quería armas de bronce, y sólo podían conseguirlas con aquellos componentes. Los herreros de Orak trabajaban de la mañana a la noche, convirtiendo la materia prima en armas y herramientas de aquel brillante metal.

La madera del Norte era otro de los materiales que entraba a través del río, necesaria no sólo para la puerta, sino para reforzar muros y parapetos, para la fabricación de escudos para los soldados e incluso como combustible para las fraguas. Otras barcas que transportaban las primeras remesas de armas, espadas, lanzas, arcos y flechas venían a sumarse a las armas que se estaban fabricando en Orak. Las barcas que se utilizaban eran pequeñas, empujadas por remos y, a veces, una pequeña vela. No podían cargar mucho peso, pero, a medida que las noticias sobre la defensa de Orak se expandieron, empezaron a llegar cada vez más embarcaciones, convirtiendo el río en una zona de intercambio intenso.

El encargado de los muelles no permitía que fuesen descargadas más mercancías de las necesarias, como alimentos o vino, aunque Eskkar estaba seguro de que otros artículos entraban de contrabando.

En los muelles había surgido un gran mercado, donde los mercaderes compraban y vendían diariamente los contenidos de las barcas. Las Familias de Decca y Rebba asumieron la responsabilidad de controlar los intercambios, comprando y vendiendo y asegurándose de que los precios se mantuvieran dentro de unos límites razonables.

El capitán no confiaba en ninguna de las Familias. Sabía que, a la mínima oportunidad, actuarían en su propio beneficio. Como medida de prevención, Nicar y sus escribas también ayudaban en esta tarea, controlando las cuentas y examinando los cargamentos de los barcos. Parecía funcionar, ya que todos los mercaderes y el capitán de las barcas se quejaban de que les robaban, mientras que las Familias gritaban que los estaban reduciendo a la miseria. Pero el comercio no se detenía, y las embarcaciones entraban y salían a diario.

Gatus continuaba entrenando a los hombres diariamente. Él y Eskkar habían discutido todo un día antes de que el capitán aprobara las nuevas ideas de su subalterno. El viejo soldado quería entrenar a los hombres para que pelearan en unidades de diez. Eskkar jamás había oído nada semejante, ni tampoco sus hombres. Pero Gatus expuso sus opiniones con convicción, declarando que los arqueros serían más efectivos si luchaban de ese modo y que la infantería podía apoyarse mutuamente en la batalla. El capitán acabó por ceder, puesto que pronto habría muchos hombres armados y necesitarían algún tipo de organización para controlarlos.

Tan pronto como Gatus comenzó a disponer de la forma prevista, Eskkar pudo comprobar los buenos resultados: la moral de los soldados mejoró, lo mismo que su efectividad.

Los veteranos tenían cuatro horas de instrucción al amanecer o una hora después del mediodía. Cuando terminaban, trabajaban para Sisuthros o para Bantor, o enseñaban a los nuevos reclutas, que se ejercitaban toda la jornada. Los hombres recibían un duro entrenamiento para estar físicamente preparados y luchar bien. En el intercambio de golpes de espada, el más débil, o el que se cansaba antes, sería el que primero moriría, y Eskkar quería que sus hombres pudieran combatir y matar durante horas si fuera preciso.

Gatus los hacía correr cargando pesados troncos sobre sus cabezas, hasta que se tambaleaban y caían; luego les daba una espada y les obligaba a golpear unos postes mientras sus manos cubiertas de ampollas comenzaban a sangrar antes de encallecerse. A veces, los hombres formaban en grupos y marchaban con armaduras y lanzas, cargando las pesadas armas para fortalecer los músculos del brazo.

Finalmente, sedientos, temblorosos y cansados, se dirigían a hacer prácticas de tiro con arco, hasta que cada uno acertaba en el blanco cincuenta veces, sin importar la cantidad de flechas empleadas para ello. Gatus y sus hombres se aseguraban de que cada recluta tensara el arco de forma adecuada. Los que intentaban hacer trampa recibían un golpe. Y al día siguiente los blancos eran alejados unos pasos. Con tres semanas de entrenamiento, incluso los más novatos ya estaban en condiciones de acertar en el blanco a sesenta pasos cinco de cada seis veces.

Cuando terminaban la sesión, descansaban recogiendo las flechas que habían utilizado y preparándolas para el grupo siguiente. Las cuerdas de los arcos tenían que ser revisadas y reemplazadas en caso necesario. Una cuerda bien hecha podía utilizarse para lanzar entre doscientas y trescientas flechas antes de estirarse o romperse, y se necesitaba una docena de mujeres trabajando a jornada completa para hilar y trenzar los hilos que se transformarían en este indispensable accesorio.

Eskkar también hacía su parte, primero entrenándose con los soldados y después con los reclutas. Los nuevos hombres estaban orgullosos, sabedores de que su capitán no se consideraba superior y sudaba con ellos varias horas al día. Hacía que el entrenamiento les resultara más tolerable, al igual que sus palabras de aliento.

—Perros miserables —les gritaba—, quiero que tengáis más miedo a Gatus y a mí que a los propios bárbaros.

Todos los días algunos pobladores, en su mayoría mujeres, ancianas y niños, se acercaban a observar el entrenamiento y animar a los hombres. Eskkar lo permitía para que todos supieran que los soldados trabajaban tanto como los que estaban obligados a cargar tierra y piedras.

Trella le recordaba al capitán continuamente que debía hacerse amigo de los pobladores, hacerles notar que trabajaba para ellos y convertirlos en seguidores suyos.

—Tu fuerza —insistía— va a residir en convencer a la gente de que los estás

defendiendo a ellos, no sólo a los ricos mercaderes.

Él seguía sus consejos y se esforzaba, todos los días, en decir algunas palabras de aliento o un simple saludo a los pobladores. Se sentía extraño al hacerlo, pero pronto se acostumbró. Ahora confiaba en Trella completamente. Si ella consideraba que algo era importante, Eskkar lo hacía, aunque no entendiera las razones para ello.

Lo sorprendente es que estaba funcionando. La moral de los soldados y los reclutas continuaba siendo positiva, reforzada por el progreso constante de la muralla que se levantaba lentamente ante Orak. Aumentaba unos siete metros diarios, y Corio prometía más a medida que la capacidad de los obreros se incrementaba.

El cuerpo de Eskkar se había vuelto fuerte y musculoso, y trataba de ayudar a los más débiles a cargar los troncos. Si podían seguir su ritmo y los bárbaros no llegaban antes de que estuviera terminada la muralla, era posible que el plan funcionara.

Al capitán jamás se le había ocurrido pensar que los pobladores podían ser entrenados lo suficiente para derrotar a los bárbaros en un combate cuerpo a cuerpo, pero ahora, viendo sus progresos, empezó a cambiar de idea. Los hombres habían sido ejercitados como soldados anteriormente, pero nunca bajo la amenaza de una invasión bárbara. Gatus y los otros comandantes tenían más experiencia y eran más eficientes en sus métodos. Si los habitantes de Orak pudieran enfrentarse a los bárbaros en aquellas condiciones, si los bárbaros se comportaran como Eskkar esperaba, si no llegaban demasiado pronto, si... si... si...

Cada noche en su lecho, Eskkar exponía sus dudas y preocupaciones a Trella. Él, que nunca había compartido sus pensamientos con nadie en toda su vida, hablaba abiertamente con ella, que le daba seguridad. Su deseo amoroso era menos frecuente pero más intenso, como si compartieran un peso que amenazara con aplastarlos.

Eskkar aprendía algo nuevo cada día, observaba algo o a alguien de manera distinta, acertaba en alguna cuestión o cometía algún error. Diariamente tenía una docena de decisiones que tomar, o multitud de situaciones para las que carecía de experiencia. No era indulgente con sus subordinados cuando se equivocaban, y mucho menos consigo mismo.

Los peores fallos eran aquellos de los que no se percataba. Los que Trella o alguna otra persona le señalaba le dejaban un sabor amargo. Se obligaba a escuchar las explicaciones que ella le daba, en silencio, jurándose que no volvería a caer en el mismo error.

Él no había sido preparado para una situación como aquélla, y en más de una ocasión pensó en abandonarlo todo, subirse a un caballo y huir. Pero el recuerdo de Trella lo mantenía siempre en su puesto.

Ahora deseaba el futuro que era capaz de vislumbrar. También comprendía que lenta y sutilmente estaba cambiando, aprendiendo a pensar antes de hablar, a reflexionar antes de actuar y, por encima de todo, a escuchar y aceptar los consejos de

otras personas. De algún modo, los dioses habían vinculado su destino al de ella, y ambos tendrían que enfrentarse a lo que el futuro deparara a Orak y a ellos mismos. Y a medida que pasaban los días, la muralla se iba haciendo cada vez mayor.

Aquellas semanas pasaron todavía más rápido para Trella, que se había impuesto una tarea aún más dificultosa y que no podía llevar a cabo abiertamente. Su cometido comenzó después de su traslado a la casa de Drigo. Tan pronto como finalizaba su trabajo de la mañana, Trella se pasaba dos o tres horas caminando por la aldea. Iba siempre acompañada de un guardia y ataviada con el viejo vestido que usaba cuando vivía en casa de Nicar. Se detenía a hablar con las mujeres en el mercado, las ayudaba a lavar en el río, e incluso visitaba a aquellas que se ocupaban de los campos o de la muralla.

Pero hacía algo más que eso. Su propio trabajo en la edificación del muro era tan agotador como el de cualquier hombre, aunque sólo lo hiciera durante pocas horas. Cargaba piedras y ladrillos, o cavaba en las zanjas junto a las otras mujeres. La primera vez que Corio la vio trabajando, intentó detenerla. Ella se negó, diciendo que hacía muy poco comparado con las otras mujeres.

Desde el primer día, grupos de mujeres se reunían con ella en cualquier lugar, ansiosas por preguntarle cosas y pedirle consejo. A partir de la primera semana, la mujer de Bantor, Annok-sur, comenzó a acompañarla.

Mujer sencilla y práctica, algo más joven que Eskkar, Annok-sur demostró que tenía la inteligencia y la experiencia necesarias para administrar una casa grande. Entre las dos transformaron rápidamente la antigua casa de Drigo no sólo en un hogar para el capitán y sus hombres, sino también en un centro de operaciones para la defensa de Orak.

Entre ambas organizaron a los sirvientes, asignándoles las tareas diarias, y establecieron una rutina que comenzaba a funcionar por sí sola. A pesar de la diferencia de edad, se hicieron amigas.

Trella se sentaba en una pequeña mesa en su dormitorio mientras Annok-sur le cepillaba el cabello. Ninguna de ellas consideraba extraño que una mujer libre peinara a una esclava.

—Ama Trella —Annok-sur habló en voz baja, por costumbre, aunque se encontraban solas en el segundo piso—, tus paseos entre los pobladores se han convertido en el momento más importante en el día para muchos de ellos. Dejan todo lo que están haciendo para esperarte, decepcionados si eliges otra calle.

—Me gusta mezclarme con la gente, Annok-sur. De ellos se aprende mucho sobre Orak.

—Tal vez les enseñes tú más de lo que ellos piensan. Muchos te piden consejo o ayuda. Y a algunos les das monedas de cobre. ¿Por qué eres tan generosa?

Trella respondió con una pregunta.

—Has estado casada con Bantor durante mucho tiempo. Ser esposa de un soldado supone una vida de sacrificio, ¿no es cierto?

—Es muy dura, ama. Mis dos primeros hijos murieron, uno al nacer y otro unos meses después. Sólo Ningal, nuestra hija, ha sobrevivido. —Suspiró—. Bantor es un buen hombre que trabaja mucho, pero a veces es un poco lento de pensamiento. Hasta que Eskkar lo ascendió, apenas teníamos nada, y pocas esperanzas de mejorar. Tuve que hacer muchas cosas desagradables para ayudar a que Bantor y Ningal sobrevivieran.

Cosas de las que es mejor no hablar, pensó Trella.

—Pero ahora la vida ha mejorado, ¿verdad?

—Sí, por ahora. Pero después de que los bárbaros sean derrotados, me temo que volverán los tiempos duros.

—¿Estás segura de que los venceremos?

—No, por supuesto que no. Sé que son muy poderosos. Pero si nuestros hombres fracasan, no importará. Si no nos matan al principio, entonces tú y yo nos convertiremos en esclavas de algún guerrero, abusarán de nosotras y nos golpearán. Creo que tengo más miedo a envejecer con el sueldo de un soldado, sin dote para que Ningal encuentre un buen marido. Desde que Eskkar fue nombrado capitán, el futuro de mi esposo parece bendecido por los dioses. Bantor es muy leal. Ambos sabemos lo que Eskkar ha hecho por él.

Trella tocó la mano de Annok-sur, cogió el peine y se puso frente a ella.

—Yo también soy la mujer de un soldado. Y, como tú, Annok-sur, tengo miedo de que cuando los bárbaros sean expulsados, las cosas vuelvan a ser como antes. Eskkar es poderoso ahora, pero cuando Orak ya no esté amenazada, tal vez los nobles no necesiten a un capitán de la guardia con tanta autoridad ni tantos soldados, especialmente aquellos que no están bajo sus órdenes.

—¿Ésa es la razón de tus paseos por la aldea, ama? ¿Para ganarte la amistad de la gente? Eso no será suficiente para proteger a tu amo.

—Quiero algo más de los pobladores. Y tú puedes ayudarme, si así lo decides. Tu apoyo no será olvidado en el futuro, Annok-sur.

—Cuenta conmigo, Trella. No serás esclava por mucho tiempo. Todos los saben. Te convertirás en una gran dama de Orak, y Eskkar en el fundador de una gran Casa. Y si él asciende, también podría hacerlo Bantor.

—Entonces hay mucho que hacer para asegurar ese futuro. Debemos utilizar a la gente para que nos ayude una vez que los bárbaros sean derrotados. Los pobladores deben unirse a Eskkar y a su futuro, para que el uno no sea posible sin los otros. No

podemos volver a nuestra antigua vida.

—¿Cómo podremos conseguirlo? A los nobles no les gustaría escuchar semejantes ideas.

—No, no les gustaría. De hecho, sería muy peligroso que las conocieran. —Trella no agregó nada más, esperando que Annok-sur considerara las consecuencias.

—No deseo volver a los días de antaño. Dime qué debo hacer para ayudarte.

Trella le contó sus planes. Cuando terminó, la mujer le agarró otra vez la mano y se la apretó.

—Podemos hacerlo, Trella. Podemos conseguir todo eso. Haré todo lo necesario.

—Ayúdame, Annok-sur, y tú también tendrás, algún día, una Casa poderosa. Te lo prometo.



CAPÍTULO 11

Las semanas continuaron pasando con rapidez. Eskkar se encontraba demasiado ocupado para darse cuenta de las sigilosas maniobras de Trella, y si lo hacía, no le importaba. En cambio, le preocupaba Jalen. Habían transcurrido casi tres semanas desde su partida y el capitán temía haber perdido no sólo a uno de sus mejores soldados, sino también la posibilidad de obtener información sobre el avance o la ubicación de los bárbaros.

Un pensamiento aún más sombrío lo perturbaba. Si capturaban y torturaban a Jalen, los Alur Meriki conocerían sus planes. No quería que enviaran una avanzadilla antes de que estuviera terminada la muralla.

Sin esperar a conocer el destino de Jalen, Eskkar necesitaba enviar otra patrulla, que él mismo dirigiría. Necesitaba saber en qué lugar se encontraban los bárbaros, y no confiaba en nadie más para hacerlo. A la aldea seguía llegando gente, que relataba que los invasores se encontraban a poca distancia, pero casi todos aquellos informes eran poco fiables y carecían de valor. Cada día que pasaba, Eskkar debía esforzarse es demostrar seguridad.

Habían pasado más de dos meses desde que Eskkar se había convertido en capitán de la guardia. Se reunía diariamente con Corio y Sisuthros para evaluar el progreso de la muralla. El trabajo continuaba de forma ininterrumpida, y no dudaba de que estaría terminado a tiempo. Sin embargo, necesitaba la información de Jalen. Decidió esperar tres días más. Luego dirigiría él mismo una segunda patrulla.

Aquella mañana el entrenamiento no había transcurrido como siempre. Las preocupaciones le habían vuelto descuidado, y la espada de un recluta entusiasmado lo había golpeado en la cabeza y derribado. Si el filo hubiera sido de bronce en vez de madera, estaría muerto.

Pocas horas más tarde de que el sol alcanzara el cénit, uno de los mensajeros de Bantor se acercó a él, que se encontraba con Corio inspeccionando los progresos del día.

—Capitán, Bantor te pide que vayas hasta la puerta. Hay unos viajeros que desean hablar contigo.

—Dile que voy enseguida.

Le sonrió al muchacho, que salió corriendo. Se despidió de Corio y tomó el camino hacia la puerta principal, donde se encontraban Bantor y los dos centinelas conversando con tres extraños.

Al aproximarse, Eskkar pudo apreciar que aquellos viajeros se diferenciaban de otros que, continuamente, llegaban a Orak. Aquellos extranjeros debían de provenir de las tierras situadas muy al Norte. Su barba y sus cabellos oscuros en contraste con su tez clara delataban su procedencia. Eran extraordinariamente altos y musculosos. También sus ropas eran diferentes, una mezcla de cuero y colores oscuros, en vez del tosco lino o el algodón que prefería la gente de los alrededores.

Cada uno de ellos llevaba un pesado arco y un carcaj lleno de flechas, pero no tenían espadas ni hachas, sólo una larga daga en la cintura. Detrás de ellos descansaba un burro pequeño, agotado por el enorme peso de paquetes, mantas y utensilios de cocina, posiblemente la totalidad de las posesiones de los viajeros.

—Saludos, Bantor. —Eskkar saludó también a los otros soldados. Intentaba recordar, siempre que le era posible, los nombres de sus hombres. Y si no podía hacerlo, al menos se preocupaba de saludarlos uno por uno. Le gustaba ver cómo un gesto de reconocimiento tan pequeño les hacía sentirse orgullosos.

—Saludos, capitán —respondió Bantor—. Estos viajeros desean hablar con el jefe del poblado. He pensado que era mejor que te reunieras con ellos aquí.

Bantor había aprendido mucho en los últimos meses. Seguramente, al principio les habría señalado el camino a la casa de Eskkar y los habría olvidado de inmediato. Pero ahora los mantenía vigilados hasta que su capitán decidiera qué hacer con ellos.

Eskkar se dirigió a los recién llegados e imaginó por su edad y parecido que uno era el padre de los otros dos.

—Saludos. Yo soy Eskkar, capitán de la guardia. —Él era uno de los hombres más altos de Orak, pero encontrarse con tres personas de su misma altura le produjo una extraña sensación—. ¿Qué negocios os traen por aquí? —Sabía que no eran ni mercaderes ni granjeros. Incluso los muchachos, el más joven no tendría más de quince estaciones, parecían fuertes y hábiles.

El hombre mayor hizo una ligera reverencia, demostrando que lo consideraba un igual.

—Mi nombre es Totomes, y éstos son mis hijos, Narquil y Mitrac. Hemos venido al Sur a luchar contra los Alur Meriki. Desearíamos combatir a vuestro lado, si es lo que tenéis pensado hacer. —Su voz tenía un fuerte acento y pronunciaba las palabras lentamente, como si tuviera que traducir cada uno de sus pensamientos.

Eskkar entrecerró los ojos. Pocos pobladores sabían el nombre de la gente de las

estepas que se acercaba. La mayoría de ellos creía que todos los bárbaros eran iguales y eran incapaces de pensar que un clan particular tuviera un jefe con nombre propio. Los Alur Meriki habían sacado el suyo de uno de sus primeros jefes, aunque él sabía que había muerto hacía por lo menos cien años.

Parecía imposible que aquellos extranjeros conocieran el nombre, a menos que se hubiesen enfrentado con ellos.

—¿Por qué deseáis pelear contra ellos?

En vez de responder de inmediato, Totomes se acercó a él, lo miró a los ojos y se alejó de nuevo.

—Tú también perteneces a las estepas, capitán, ¿no es verdad? ¿De qué clan procedes?

Eskkar sintió que se le secaba la boca ante aquella inesperada pregunta, que muy pocos se atrevían a hacer, y se sintió tentado de ordenarles que se fueran de la aldea. Pero recordó a tiempo las advertencias que Trella le daba siempre sobre la paciencia.

—Estoy alejado de la gente de las estepas desde hace casi veinte años, Totomes, y aquí en Orak se considera descortés que los extranjeros hagan demasiadas preguntas. Así pues, ¿qué negocio os trae por aquí?

—Nuestro negocio es matar a tantos Alur Meriki como nos sea posible. Por eso te pregunto de qué clan eres.

—Si lo que quieres es luchar, date la vuelta y vete hacia el Norte. Te prometo que encontrarás todos los Alur Meriki que quieras. —Se volvió a sus hombres, que permanecían de pie detrás de los extranjeros y mantuvo su voz tranquila pero firme—. Acompañad a estos visitantes fuera de la aldea y cercioraros de que sigan su camino.

El más joven puso una mano sobre su arco, aunque sin levantarlo.

—Si vuelves a tocar ese arco, muchacho, te marcharás sin él.

Tan pronto como Eskkar pronunció aquellas palabras, los guardias desenvainaron ruidosamente sus espadas, alejándose un paso, mientras Bantor se echaba a un lado con la mano en la empuñadura de la suya.

Totomes habló con dureza a su hijo en un idioma desconocido para Eskkar, y el joven inmediatamente retiró la mano del arco.

—Mi hijo Mitrac todavía tiene mucho que aprender sobre el trato con extraños. Pero te advierto que el que intente quitarnos nuestros arcos, morirá.

El capitán habló con cierta tranquilidad.

—Creo que deberíais marcharos antes de que mis soldados os atravesen con sus espadas o de que yo me arrepienta de mi generosidad. No vais a matar a nadie en Orak.

—¿Eres el jefe de Orak —preguntó Totomes enfurecido— para poder amenazar a los que entran a tu aldea aunque quieran luchar contra los bárbaros?

Eskkar miró fijamente a Totomes un instante. Aquellos hombres eran tozudos, no había duda de ello, pero parecían preparados para enfrentarse a quien fuera necesario, llegado el caso. Habían atravesado regiones infestadas de guerreros, bandidos y ladrones, y de alguna manera se las habían arreglado para sobrevivir.

El hecho de que fueran extranjeros en aquel territorio hacía que su viaje resultara todavía más sorprendente. Aquellos que procedían de lejanas tierras asumían más riesgos y se convertían en blanco fácil para los ladrones, puesto que las víctimas no contaban con parientes para vengarse. Ésa era una de las razones por las cuales la mayoría de los hombres pocas veces se alejaban unos pocos kilómetros de donde habían nacido.

Echó una mirada al arco que llevaba. Era difícil evaluar su tamaño al estar colocado en diagonal sobre su espalda, pero parecía por lo menos unos treinta centímetros más largo que el que usaban los hombres de Orak para entrenarse, lo que podría convertirlo en un arma formidable. Miró también los arcos de los dos jóvenes. Eran tan largos como el de su padre.

Alguien tosió a su espalda. Se dio cuenta de que se había congregado una multitud que, inmóvil bajo el sol abrasador, miraba con curiosidad a aquellos hombres y, entre aquella tensión, esperaba que en cualquier momento se produjera un derramamiento de sangre. Pensó que aquellos guerreros podían ser útiles, pero no habían tenido un buen comienzo y ahora necesitaba hacer las paces. Se preguntó qué haría Trella. Probablemente ofrecerles una copa de agua. O de vino. Bueno, ¿por qué no? Se volvió hacia Bantor.

—Asegúrate de que cuiden de ese animal. —Después se dirigió a Totomes—. Sígueme.

Sin esperar respuesta, Eskkar se dio media vuelta y tomó el camino por el que había venido, a paso rápido y decidido. El soldado que lo acompañaba tuvo que esforzarse para seguirlo, y el capitán resistió la tentación de girarse para ver si Totomes y sus hijos lo seguían. Se encaminó por la calle principal de Orak, dobló a la izquierda por una calle secundaria y entró a una taberna pequeña, frecuentada por viajeros.

Se detuvo un instante en la puerta, dejando que sus ojos se acostumbraran a la tenue luz, y sintió que su guardia chocaba contra él. No había muchos clientes a aquella hora y la mesa más grande estaba vacía. Se aproximó a ella mientras llamaba a la tabernera.

—Cerveza para mí y para mis compañeros. —Se sentó de cara a la puerta y vio que los extranjeros se encontraban ya en ella y miraban hacia el oscuro recinto. Eskkar se dirigió al soldado—. Siéntate y mantén las manos lejos de tu espada.

El guardia sonrió admirado.

—Capitán, creí que nos iban a atacar por la espalda. Eskkar esbozó una sonrisa

sin alegría.

—Hombres como éstos pueden sernos útiles. Ahora siéntate y mantén la boca cerrada. —Había hablado en voz baja mientras Totomes se acercaba a la mesa y se detenía, dudoso, ante ella, mirando a su alrededor—. ¿Te vas a quedar ahí de pie o vas a sentarte y tomar un poco de cerveza? ¿O no tenéis sed después de tan largo viaje?

Totomes parecía confundido, y antes de que pudiera responder o sentarse, la joven tabernera se acercó con cinco jarros de madera y una gran jarra de cerveza. Mientras los hombres permanecían de pie, sirvió la oscura bebida.

—Espero, muchacha, que la cerveza sea decente —dijo Eskkar cuando terminó de servirles—. No querría que mis amigos se ofendieran.

La joven se rió y luego lo miró con una provocativa sonrisa.

—Nuestra mejor cerveza, capitán, en nuestras mejores jarras. Si necesitas algo más, no tienes más que pedirlo.

Le sonrió, hizo una leve reverencia y se marchó.

Totomes deslizó el arco por encima de su cabeza y lo colocó sobre la mesa, entre Eskkar y él. Sus hijos siguieron su ejemplo y se sentaron uno a cada lado de su padre. La mesa era poco más larga que los arcos.

Eskkar alzó su copa.

—Bienvenido a Orak, Totomes. —Hurgó en su memoria durante un momento y recordó los nombres de Narquil y Mitrac, contento por haberlos repetido mentalmente, otro truco que había aprendido de Trella—. Mi nombre es Eskkar y éste es el perezoso guardaespaldas que me han asignado hoy, Hykros.

Totomes alzó su copa e imitó el gesto de Eskkar.

—Por Orak. —Los cinco hombres bebieron un largo trago, aunque Eskkar bajó su jarra primero, todavía medio llena—. Me alegra que hayamos salido de la puerta, capitán. No me gustan las armas a mi espalda.

—Si vamos a conversar, Totomes, es mejor hacerlo a la sombra y con un trago en la mano. Pero si crees que estás mejor aquí que en la puerta, te equivocas. Puedo echarte de Orak en cualquier momento. No hay lugar en la aldea a donde puedas ir que no podamos encontrarte.

Totomes reflexionó sobre aquel comentario durante un momento y asintió.

—Supongo que tienes razón. —Bebió más cerveza y luego se secó la boca con el dorso de la mano—. Hemos venido hasta aquí en busca de una oportunidad para matar bárbaros. En los campos, la gente dice que Orak está planeando resistir, aunque no veo de qué forma podrá hacerlo. Por eso hemos decidido venir y verlo por nosotros mismos.

—Sí, es verdad. —Eskkar se recostó contra la rugosa pared—. Aunque es posible que perezcamos en el intento. Como has visto al cruzar la puerta, estamos

construyendo una muralla en torno al poblado. Cuando esté concluida, intentaremos enfrentarnos a los bárbaros desde arriba y matarlos a flechazos.

—Necesitarás muchos arqueros para eso, capitán —observó Totomes—. Y muy buenos. Los bárbaros no son fáciles de matar, incluso con flechas. Nosotros lo sabemos. Mis hijos y yo nos hemos enfrentado a muchos en estos últimos dos años.

Eskkar guardó silencio un instante. Si habían estado luchando contra la gente de las estepas durante los últimos años y se las habían ingeniado para sobrevivir, debían de ser hombres muy hábiles. Eligió sus palabras con cuidado.

—No es mi intención ofenderte, Totomes, pero ¿cómo habéis sobrevivido tanto tiempo? A menos que haya más hombres como vosotros en otro lugar.

Una expresión de tristeza cruzó el rostro del extranjero.

—Nuestra gente vivía lejos, en el Norte, en las estepas altas, cerca del Gran Mar, donde el clima es mucho más frío que aquí. Un terremoto obligó a mi clan a marcharse hacia el Sur. Estábamos comenzando a construir nuevas casas cuando nuestro campamento fue atacado por una patrulla de Alur Meriki. Mataron a casi todos. Mi hermano, mi esposa y muchos niños. Todos muertos. —Bajó la mirada hacia su copa—. Mis hijos y yo, y algunos otros, estábamos lejos, de exploración en las montañas, buscando metales y madera. Cuando regresamos, vimos a los bárbaros alejarse. No todos los de nuestro clan estaban muertos cuando llegamos. Muchos habían sido torturados, mutilados y abandonados para morir. Mis hijos asistieron a la lenta agonía de su madre. —Totomes miró a sus hijos antes de continuar—. Los que quedamos vivos hicimos un juramento de sangre y prometimos vengarnos. Catorce de nosotros comenzamos la persecución de los bárbaros. Algunos murieron cuando nos enfrentamos a ellos y otros han regresado. Pero mis hijos y yo no hemos matado a suficientes para satisfacer nuestro juramento.

Eskkar asintió comprensivo. Aquella historia le resultaba muy familiar, y se había repetido cientos de veces.

—Está bien, Totomes, si quieres matar bárbaros, estás en el lugar indicado, suponiendo que puedas obedecer órdenes. Necesito tantos arqueros expertos como pueda encontrar, y más aún, preciso hombres que puedan enseñar a los demás. Estamos instruyendo a nuestros soldados en el uso del arco.

Echó una mirada a las armas que reposaban sobre la mesa. Bajo la escasa luz parecían diferentes a cualquiera que hubiese visto.

—¿Puedo examinar tu arco? No creo haber visto nunca uno parecido.

Este comentario les hizo sonreír.

—Es poco probable que lo hayas visto, capitán. —Totomes le acercó uno de ellos—. Son de un nuevo diseño que inventó mi abuelo, hecho de la madera de un árbol especial que crece sólo en ciertas zonas de la estepa. La madera del centro del árbol es más dura y gruesa que la del exterior, y entonces funciona como si fueran dos

piezas de madera unidas.

Eskkar examinó el arco cuidadosamente. Tenía un peso considerable, pero no tanto como esperaba. Lo levantó hacia la luz y vio que estaba, efectivamente, hecho de una sola pieza de madera. Sabía que un arma como aquélla, construida con una sola pieza, no podía soportar demasiada tensión ni lanzar una flecha a gran distancia. La madera de los extremos debía curvarse mucho más que la del centro y tendía a romperse. Para resolver aquel problema, los artesanos construían sus arcos con varios fragmentos de madera doblados en distintos ángulos, unidos a una pieza central con pegamento.

En el arco de Totomes, la sección central parecía pintada, pero un examen más minucioso reveló que era simplemente la coloración normal de la veta de la madera. La parte del centro estaba cubierta con delgadas cuerdas y tiras de cuero, para aumentar la potencia y proporcionar una mejor sujeción. Dejó el arma sobre la mesa y miró a Totomes, que cogió una flecha de su aljaba y se la alcanzó a Eskkar.

Era unos seis centímetros más larga que las de sus soldados, y por tanto algo más pesada, pero en el resto no había diferencia.

—¿A qué distancia podéis disparar una flecha como ésta con vuestros arcos?

—Podemos dar en cualquier blanco a una distancia de doscientos pasos con todo el peso de la flecha, pero puede alcanzar unos quinientos pasos, aunque también hemos acertado en objetivos a mayores distancias. —Un tono de orgullo sonó en su voz.

A Eskkar le pareció una exageración, pero lo dejó pasar. Si acertaban a cualquier cosa a doscientos pasos ya lo consideraba muy buena puntería. Devolvió la flecha a su dueño y levantó su jarra de cerveza.

—Entonces, ¿cuáles son tus planes, Totomes? Si deseas quedarte y luchar, tendrás que hacerlo bajo mi mando y acatando mis órdenes. Si no es así, podrás permanecer unos días en Orak a descansar y comprar lo que necesites antes de continuar tu camino. No me gusta tener guerreros incontrolados en la ciudad. Todos los hombres que llevan armas en Orak están bajo mis órdenes.

—Yo soy el jefe de mi clan. No recibo órdenes de... otros.

—Pues bien —respondió Eskkar, y bebió el último trago—. Entonces tienes tres días para marcharte. Si transcurrido ese tiempo te encuentro aquí, requisaré tus arcos y cualquier otra cosa de valor que tengas y te expulsaré de la aldea. —Se levantó. Hykros hizo lo mismo—. Puedes dormir aquí con tranquilidad; no te cobrarán de más, ahora que te han visto beber en mi compañía. Buenos días, Totomes.

Eskkar saludó con un gesto a los dos jóvenes y comenzó a alejarse.

Totomes se puso de pie.

—Capitán, por favor, espera. Todavía hay algunas cuestiones que quiero discutir contigo.

Eskkar se dio media vuelta y lo miró a los ojos hasta que el extranjero bajó la vista.

—Dices que eres el jefe de un clan, pero la verdad es que tu clan ha desaparecido o está lejos de aquí, y ahora sólo tienes a estos muchachos que te siguen. Aseguras que deseas luchar, pero aquí en Orak combatiremos contra los bárbaros a mi manera. No tienes otra opción. —Dejó que meditara aquellas palabras, pero continuó antes de que Totomes pudiera responder—. Si deseas quedarte, me jurarás lealtad hasta que los bárbaros sean derrotados y expulsados, o hasta que estemos todos muertos. Me obedecerás en todo, como hace cualquier otro hombre que esté bajo mis órdenes, y recibirás la misma paga. Si puedes usar esos arcos tan bien como dices, ayudarás a ejercitar a los arqueros, y eso evitará que tengas que cargar rocas o cavar zanjas, aunque también deberás hacerlo si es necesario. He dicho todo lo que quería decir. Ahora elige.

Totomes siguió de pie, mientras su orgullo luchaba con su deseo de venganza. Narquil, el mayor de sus dos hijos, se dirigió a él en su propio idioma. Intercambiaron algunas palabras e incluso el más joven participó en la conversación. Cuando finalizaron, el padre se dirigió a Eskkar.

—Acepto tu oferta, capitán. Ahora, por favor, siéntate —pidió—. Me gustaría saber algunas cosas.

Eskkar hizo una reverencia formal, sellando el acuerdo, y volvió a su sitio. La joven tabernera, que había permanecido de pie, muy cerca, escuchando la conversación, regresó con más cerveza y sirvió otra ronda.

—Me alegra que hayas decidido sumarte a nuestras fuerzas, y hay mucho...

La puerta se abrió de golpe, sobresaltando tanto a los clientes como a los dueños. Todas las manos se aferraron a un cuchillo o a una espada; el sol iluminaba al mismo mensajero que antes había llamado a Eskkar.

—¡Capitán!... ¡Bantor dice que vengas a la puerta de inmediato! —Tomó aire—. Se acercan jinetes. ¡Cree que puede tratarse de Jalen!

Se levantó inmediatamente, golpeándose la cabeza contra el techo, y se dirigió hacia la puerta, sin olvidarse de sus nuevos aliados.

—Hykros, lleva a Totomes y a sus hijos ante Gatus. Dile que tiene nuevos instructores para los arqueros, y luego condúcelos a mi casa.

Eskkar salió y comenzó a correr, mientras el mensajero iba abriendo paso hasta la puerta de la aldea. Cuando llegó, Bantor descendía los últimos escalones de la escala de madera por la que se accedía a la muralla, con una gran sonrisa en su rostro que creció aún más cuando vio a su capitán.

—¿Es Jalen? —No pudo ocultar la excitación en su voz.

—Creo que sí. Parece su caballo, por lo menos.

Acompañó a su lugarteniente hacia la entrada y miraron hacia la lejanía. Un

pequeño grupo de jinetes avanzaba lentamente hacia ellos. Contó cuatro hombres, dos menos de los que habían partido, y a medida que se acercaban, pudo comprobar que el joven sirviente había sobrevivido, aunque dos de los guerreros, obviamente, no. Permaneció de pie a un lado de la puerta de madera mientras un grupo de pobladores corría al encuentro de los viajeros. Alguien le rozó la mano. Trella estaba a su lado.

—¿Cómo te has enterado tan rápido? —le preguntó mientras le pasaba un brazo por los hombros, disfrutando con su contacto. Miró detrás de ella para asegurarse de que su guardia estaba presente, puesto que el suyo se había quedado con los visitantes. Quedaban pocos hombres de Drigo. Muchos se habían marchado semanas atrás. Pero aunque el peligro por los secuaces de Drigo había disminuido, el número de pobladores que no le tenía simpatía al guerrero jefe de Orak y a su disciplina había aumentado.

—Bantor no sabía exactamente dónde encontrarte, así que envió un mensajero a casa. El muchacho nos habló sobre los tres arqueros a los que diste la espalda e invitaste a beber después de que amenazaran con matarte.

Él se rió.

—No fue exactamente así, Trella. Pero es gente interesante.

—Estoy segura de que no fue así —respondió, y le apretó la mano—. Pero me gustaría conocerlos.

—Lo harás esta noche. Creo que en la casa pequeña hay sitio para tres más.

La conversación se interrumpió al entrar Jalen al galope, envuelto en una nube de polvo, entre las aclamaciones y gritos de la multitud. Se bajó de su caballo, entumecido por la larga cabalgada. Eskkar lo abrazó, mientras los pobladores gritaban su nombre.

—¡Por los dioses del infierno, Jalen, te había dado por muerto hace un par de días! Ahora entras como si nada. Vamos a mi casa. Allí podremos hablar.

—Por los dioses, me alegro de estar de vuelta. —Jalen echó un vistazo a la muralla, sorprendido ante lo que veía—. Y las cosas han cambiado mucho por aquí desde que me fui.

Se dirigió hacia su caballo y desató un estuche de cuero que estaba envuelto en su manta, y luego siguió a Eskkar y a Trella hacia la casa. A medio camino se encontraron con Nicar, que los esperaba en la calle. Los invitó a todos a su casa, diciéndoles que el resto de los nobles se reunirían con ellos allí.

Momentos después, los invitados de Nicar abarrotaban la sala de reuniones, ocupando todos los asientos y bancos disponibles. Una docena de personas se había quedado sin sitio. Todos esperaban a Jalen.

Éste se detuvo para lavarse, aunque Eskkar sabía que tardaría bastante en eliminar de su cuerpo y de sus ropas el olor a caballo. Hacía calor en la habitación a causa de la presencia de tanta gente.

Una vez más, Eskkar se sentó en la cabecera de la mesa, con Trella a su lado. Gatus, Sisuthros y Bantor permanecían de pie detrás de su capitán. Jalen entró, mojado, con una de las viejas túnicas de Nicar, la cual le quedaba demasiado grande. Se sentó cerca de su capitán y bebió una copa del vino que ya estaba servido frente a él.

—Noble Nicar, gracias por el vino y por haberme prestado la túnica. La mía no vale la pena ni lavarla, me temo.

—Si necesitas algo más, sólo tienes que pedirlo —respondió el comerciante—. Pero estamos ansiosos por conocer las noticias. ¿Has encontrado a los bárbaros?

La sonrisa desapareció del rostro de Jalen.

—Así es, y tengo mucho que contar.

Cogió el estuche de cuero que le había entregado a su capitán, extrajo el mapa de tela y lo abrió sobre la mesa. Aunque estaba roto en los extremos y sucio de tanto uso, había servido bien a su propósito. Eskkar vio cosidas muchas marcas nuevas.

Todas las cabezas se inclinaron sobre la tela como si sus secretos fueran claramente visibles. Miradas de preocupación reemplazaron a las sonrisas mientras se preguntaban qué noticias oirían. Jalen dejó la copa de vino y comenzó su relato.

—Cinco días después de nuestra partida, empezamos a oír rumores sobre los Alur Meriki. A medida que avanzábamos hacia el Norte, nos íbamos encontrando con gente que huía hacia el Oeste, por lo que nos dimos cuenta de que los invasores se desplazaban hacia el Noroeste. Para evitarlos, seguimos el curso del río, y después de una semana de escasa actividad volvimos a tropezamos con multitud de personas que se dirigían al Sur, intentando alejarse del grupo principal. Muchos conocían Orak y venían hacia aquí. ¿Han llegado?

—Sí, cada vez llega más gente —contestó Eskkar—. Algunos se quedan, si están dispuestos a luchar o a trabajar. Otros acampan en los alrededores y siguen su camino a los pocos días.

Jalen asintió.

—Vendrán más. Continuamos hacia el Norte otra semana y comenzamos a encontrarnos con pequeños grupos de exploradores, compuestos por cinco o diez bárbaros. Cada vez que nos veían, huíamos hacia el Sur. Una vez nos persiguieron un día entero antes de que los perdiéramos. Menos mal que nuestros caballos son fuertes. Otra vez volvimos al Norte y nos apartamos del río.

Eskkar se inclinó sobre la mesa, con una mirada calculadora.

—¿No llegaste a ver grandes grupos de ataque? ¿Sólo pequeñas expediciones? —Tendrían que haberse encontrado, por lo menos, con un gran grupo de guerreros.

—Sólo grupos pequeños. No pudimos seguir avanzando hacia el Norte, así que nos dirigimos hacia el Este. Hablamos con muchos viajeros e incluso con bandidos. A medida que avanzábamos hacia el Este, las cosas se volvieron más claras. —Jalen

volvió a beber. Todas las miradas se concentraban en él—. Los bárbaros tienen un plan. El cuerpo principal de la tribu, con setecientos u ochocientos guerreros, se acerca lentamente hacia nosotros, siguiendo, más o menos, el curso del río. Dos grandes grupos de ataque recorren las zonas al Sur y al Este del grupo principal, matando a todos los que encuentran a su paso u obligándolos a dirigirse hacia el Oeste. —Puso un dedo sobre el mapa, y todos se levantaron o dejaron sus asientos para mirar más de cerca, empujándose unos a otros. Señaló algunos hilos rojos—. Aquí está el campamento principal, o lo estaba hace dos semanas. Se desplazan muy lentamente y permanecen cerca del río. Los grupos de ataque avanzan por el Este, empujando a todos hacia el río. —Jalen indicó otro punto en el mapa, mostrando dos costuras curvas de hilo negro en el Sureste—. Recorren grandes distancias, pero siempre hacia el Este y hacia el Sur, aunque a veces envían cautivos y el botín al campamento principal. Hacen eso aproximadamente cada semana, y quizá también se produzca un intercambio de guerreros para que todos puedan participar en el pillaje.

Eskkar observó el mapa, al igual que los otros, pero ya había comprendido cuál era la estrategia. Siguió sentado, sumido en sus pensamientos, hasta que las palabras de Nicar le interrumpieron.

—Bien, Eskkar, ¿qué te parece todo esto? Si están atacando tan lejos hacia el Este, podría ser que pasaran de largo. Cuando el río cambie de dirección, el grupo principal debería continuar también hacia el Este. Ése es el camino que tomaron la última vez que anduvieron por esta zona.

Eskkar echó una ojeada a Jalen y vio que su lugarteniente entendía claramente lo que los bárbaros habían planeado. El capitán se inclinó sobre el mapa y lo recorrió con el dedo.

—El grupo principal sigue el curso del Tigris, y en este momento se está moviendo hacia el Este, y seguirán haciéndolo hasta que la dirección del río cambie y tengan que dirigirse hacia el Sureste. Cuando el río se enderece, estarán desplazándose casi en línea recta hacia el Sur, y entonces quedaremos en su camino. Los grupos de ataque estarán lejos, hacia el sureste de Orak, pero comenzarán a avanzar hacia nosotros, primero hacia el Oeste y después hacia el Norte. Se acercarán a Orak por el Sur, siguiendo el río, e impedirán el paso a todo el que quiera huir de aquí. —Miró a los hombres que lo escuchaban atentamente, boquiabiertos, mientras intentaban comprender el verdadero alcance de sus palabras—. Esta vez los bárbaros no pasarán de largo, y no somos una simple aldea en su camino. Esta vez vienen a Orak. Somos su destino. Están empujando a todos hacia nosotros, conscientes de que la multitud de campesinos y pobladores que huyan buscarán refugio aquí y traerán con ellos sus mercancías y pertenencias. Esperan obtener un gran botín antes de continuar su marcha.

Las palabras del capitán dejaron a todos sumidos en el silencio durante unos

instantes, antes de que Nicar tomara la palabra.

—¿Cómo puedes estar seguro de eso, Eskkar? Podrían seguir hacia el Este, sin avanzar hacia nosotros.

La pregunta de Nicar era fruto de la desesperación. Habían oído su opinión, pero no parecían haber comprendido su repercusión.

—Jalen, diles lo que piensas.

—Creo que Eskkar tiene razón —comentó el soldado—. Vienen hacia aquí. Si no fuera así, el grupo principal habría girado hacia el Este hace semanas. Ésa es la razón de que se muevan tan lentamente. Quieren que la gente se entere de su llegada para obligarlos a venir hacia Orak, creyéndose a salvo, hasta que ya no tengan adonde ir. Entonces el poblado se verá desbordado por la gente de los alrededores. Los bárbaros saben que no hay un cruce accesible del Tigris en sesenta kilómetros en ambas direcciones desde aquí.

Esto le llevó a Eskkar a pensar en otra cuestión. Se acercó el mapa, lo observó y emitió un gruñido, mientras lo volvía a colocar en el centro de la mesa.

—Sí, y seguramente enviarán un grupo de guerreros al otro lado del río para asegurarse de que nadie cruce, incluso por nuestro lado. Eso nos obligará a permanecer aquí. Poco les importará si Orak resiste o no. No tendremos adonde ir.

Siguió un largo silencio. Todos se habían quedado ensimismados en sus oscuros pensamientos con respecto al futuro.

Caldor, el hijo más joven de Nicar, fue el primero en hablar.

—¡Dices que esos bárbaros ignorantes tienen un plan porque deambulan a lo largo del Tigris! Se les podría ocurrir volver río arriba por donde vinieron.

Nicar se giró y se encaró con su hijo, con voz furiosa.

—No hables en esta reunión a menos que se te dirija la palabra. Y si no puedes obedecer, vete.

Aquellas palabras crearon un ambiente enormemente tenso. Todos recordaron a otro joven muerto en aquella misma habitación. Caldor se ruborizó ante la reprimenda y volvió a sentarse, evitando mirar a nadie. El resto escrutó a Eskkar, esperando una explosión de cólera.

El capitán había oído el leve ruido que la banqueta de Trella había hecho en el suelo, a su espalda, un gesto que le indicaba que se encontraba junto a él. No contestó a Caldor directamente, sino que lo hizo como si Nicar hubiera hecho la pregunta.

—Si alguien piensa que los jefes de Alur Meriki, que han dirigido a su clan en cientos de batallas y organizado otros tantos campamentos, no son capaces de planear su ruta con cuidado y previsión, está equivocado. Si cree que no hace falta inteligencia para conducir a tres mil o cuatro mil personas, organizar la recolección de animales y comida, reparar las carretas, fundir metales, forjar el bronce, fabricar herramientas y criar ganado, mientras se desplazan cientos de kilómetros, entonces

está todavía más equivocado. Y si cometemos errores de ese calibre, entonces ya podemos darnos por muertos o esclavizados. —Nadie respondió, y todos evitaron mirar a Caldor—. Jalen —continuó Eskkar rompiendo el silencio—. ¿Tienes idea del tamaño de su tribu? ¿Cuántos hombres, carretas, caballos?

Jalen cogió la copa vacía, sin duda deseando que hubiera más vino, pero se encontraba demasiado nervioso para pedirlo.

—El gran clan ha aumentado. Han reunido mucha gente en los últimos años. Dicen que la tribu la componen cinco mil personas, sin contar a los esclavos.

Eskkar pensó en aquella cantidad mientras gritos de asombro surgían en torno a la mesa. Cinco mil era un número increíble, más del doble que los habitantes de Orak. Pero él sabía que no era la totalidad de la gente de Alur Meriki lo que importaba, sino el número de guerreros que podían atacar la muralla. Todos comenzaron a hablar a la vez, pero el capitán golpeó la mesa con su jarra.

—Cinco mil son muchos, pero sólo uno de cada cinco es un guerrero. El resto son ancianos, mujeres y niños. Aun así, serán mil quinientos guerreros, quizá menos, pero nosotros tendremos más de trescientos defensores. Será más difícil, pero no imposible.

—Cuando decidimos defender Orak —dijo Néstor, inclinándose sobre la mesa, con voz ansiosa—, manejamos la posibilidad de seiscientos o setecientos guerreros bárbaros. Ahora estamos hablando del doble, ¿y dices que todavía es posible? ¿No estamos locos al pensar que podemos detener a los bárbaros?

—La muralla puede detenerlos. —Las palabras de Corio hicieron que todos lo miraran—. Será lo bastante alta y fuerte. He visto a los hombres de Eskkar luchar durante los entrenamientos, tirando flechas a blancos a cien pasos de distancia, con siete u ocho flechas por minuto. Los he visto, y creo en lo que he visto.

—Tú estás comprometido en la construcción de la muralla —replicó Rebbá—. Te dejas llevar por tu propio trabajo. No importa lo sólida que sea, no habrá hombres suficientes para defenderla.

—Es cierto que creo en el muro —admitió Corio—. Pero si conseguimos más hombres, estoy seguro de que podremos lograrlo.

—¿Y dónde vas a conseguir esos hombres? —gritó Néstor, y golpeó la mesa con el puño. Se volvió hacia Eskkar—. Tus planes de reclutamiento y entrenamiento han llegado al límite. Cada día hay menos hombres dispuestos a luchar. ¿No es así, capitán?

Otro silencio se extendió sobre la mesa, mientras todas las miradas se concentraban en él. Éste vio el miedo en sus rostros, y no supo qué decirles. Si los bárbaros lanzaban todas sus fuerzas contra la muralla en un ataque, no estaba seguro de poder detenerlos. Todos esperaban su respuesta.

El sonido del banco de Trella arrastrándose sobre el suelo de madera hizo que

todos posaran sus ojos sobre ella, incluido Eskkar.

—Perdonadme, nobles, por tomar la palabra, pero ¿no están los bárbaros enviándonos todos los hombres que necesitamos? —Mantuvo la cabeza baja mientras hablaba, en actitud de sumisión. Su voz fue apenas audible.

—Por todos los dioses, tienes razón. He sido un estúpido al no haberme dado cuenta —exclamó Eskkar, recuperando su confianza; miró a Trella, y después a Jalen, que hizo un gesto de asentimiento—. Tendremos más hombres de los que necesitamos. Y muchos de ellos serán guerreros que, expulsados hacia aquí desde las aldeas más pequeñas del Sur y del Este, buscarán una oportunidad para vengarse. Podremos reunir, fácilmente, un centenar o más, y muchos de ellos ya sabrán empuñar una espada. —Excitado, cogió a Trella del brazo—. ¡Podemos hacerlo! No tenemos que igualar a los bárbaros en número. Un hombre detrás de la muralla vale por cuatro o cinco jinetes. Tendremos que planificar la forma de acoger a más gente en la aldea, pero es posible.

—Entonces ¿crees que Orak puede resistir, que contaremos con suficientes hombres? —La excitación en la voz de Nicar traicionaba sus sentimientos.

Eskkar se volvió hacia la mesa, con la sonrisa que las palabras de la muchacha le habían hecho esbozar todavía en su rostro.

—Sí, nobles, estoy seguro de que lo conseguiremos. Con otro centenar de guerreros, deberíamos... —Se detuvo y se volvió nuevamente hacia su esclava—. ¿Hay alguna otra cosa que debería tener en cuenta?

Ella levantó los ojos un instante.

—No debería hablar en los consejos.

—Habla, muchacha —replicó Corio—, y olvídate de esas costumbres. Si tienes algo que decir, dilo, y déjanos a nosotros decidir si vale la pena.

No obstante, Trella mantuvo su tono de voz humilde.

—Nobles, me parece que pronto tendréis que enfrentaros con el problema de qué hacer con tanta gente. Si cientos de granjeros y pobladores se trasladan a Orak desde el Sur y el Este, nos desbordarán, incluso mientras tratáis de defenderla. Ya hay muchos desconocidos en las calles. Temo que puedan dificultar el trabajo o causar otros problemas. Tal vez debierais considerar cerrar las puertas a todos, excepto a quienes estén dispuestos a luchar y a sus familias, y enviar al resto al otro lado del río.

A Eskkar aquello le pareció prudente, y estaba a punto de manifestar su acuerdo cuando decidió permanecer callado. «Que otros hablen primero», insistía siempre Trella. «Escucha lo que tienen que decir, y luego expresas tu opinión».

La voz de Corio volvió a alzarse.

—Sí, por los dioses, ya me he visto retrasado por interrupciones y por gente que da vueltas por las zonas de las obras haciendo preguntas estúpidas. Cada día es peor.

Es difícil mantener a los hombres trabajando con tanta gente mirando boquiabierta.

Murmullos de acuerdo se escucharon en torno a la mesa.

—Estamos arriesgando todo lo que tenemos —dijo Nicar— para salvar Orak. No les debemos nada a esos extraños. Acojamos sólo a los que necesitemos y deshagámonos del resto.

—Luchar, trabajar o marcharse —dijo Eskkar en voz baja—. Eso es lo que hemos estado diciendo y es la opción que ofreceremos a todo aquel que quiera ayudarnos. Podemos establecer un campamento para los recién llegados en el antiguo asentamiento de la aldea, hacia el Sur. Ellos pueden quedarse allí hasta que decidan si siguen su ruta. Eso los mantendrá fuera del poblado.

Los primeros en establecerse en Orak habían cavado un pozo a unos tres kilómetros al Sur y habían vivido allí durante muchos años antes de trasladarse a la ubicación actual.

—Se necesitarán más centinelas para custodiar las puertas y el nuevo asentamiento —sugirió Jalen—. Y más patrullas en los campos.

Eskkar sonrió ante la idea.

—Ya contamos con más de ciento ochenta hombres armados y bien entrenados. Otros sesenta están ejercitándose, y estarán listos en unas semanas. Ahora que tenemos soldados suficientes, podemos aumentar el número de reclutas.

—¿Estás seguro de que tendremos hombres suficientes? —Nicar expresó la preocupación que todos sentían.

—Sí, Nicar, ahora estoy seguro. Quiero tener trescientos cincuenta hombres listos para defender Orak y a otros quinientos pobladores apoyándolos en el combate y transportando el material. Con todos esos hombres podremos resistir todo el tiempo que la muralla permanezca en pie y contemos con provisiones. Pero creo que necesitaremos enviar a otros cincuenta guerreros al otro lado del río.

Néstor pareció confundido.

—¿Para qué enviar hombres al otro lado del río cuando son necesarios aquí?

—Para cuidar de los animales. Todo el ganado debe ser transportado fuera de la aldea y sus alrededores. No tendríamos comida o espacio para todos, además de que el olor y la suciedad serían insoportables. Por otro lado, los bárbaros se enterarán de que no tenemos ganado aquí. Eso los hará menos decididos a pelear. Recordad que para ellos el oro no es tan importante. Primero los caballos, después los animales de labor y, por último, las mujeres. Así piensan. Por eso debemos mantener lejos a nuestros animales, al otro lado del río, hacia el Oeste, con cincuenta hombres para custodiarlos. —Eskkar cogió el mapa, se lo acercó y señaló la zona donde se encontraba el campamento bárbaro principal—. Jalen, ¿cuándo crees que llegarán los bárbaros? ¿Tendremos tiempo suficiente?

—Basándome en lo que he visto y oído, creo que estarán aquí en unos dos meses.

Es posible que algunos grupos de exploración lleguen antes, por supuesto, pero no creo que ése sea su plan. Se están moviendo lentamente, tomándose su tiempo, disfrutando de sus conquistas. No tienen ningún motivo para apresurarse.

—¿Qué pasaría si se enteran de que estamos construyendo una muralla para detenerlos? —preguntó Nicar—. ¿Eso no les hará cambiar sus objetivos?

Jalen se encogió de hombros.

—Es posible que ya tengan noticias de nuestra muralla. Encontramos a muchos campesinos en el Norte que sabían que planeábamos resistir.

Eskkar puso el mapa en el centro de la mesa.

—No cambiarán de planes —respondió con firmeza—. No se imaginan que una muralla pueda detenerlos. Pero no debemos correr riesgos, en caso de que una avanzadilla llegue anticipadamente. —Miró a Corio—. ¿Cuánto tiempo necesitarás para que la primera sección esté terminada?

Corio parecía esperar aquella pregunta.

—Dentro de unos días podremos sellar la entrada principal a Orak. La nueva puerta estará lista en una semana o poco más, pero hasta entonces podemos usar carretas para bloquearla y soldados para vigilarla. —Se dirigió a su hijo mayor, sentado a su lado—. Alcinator, que la puerta esté en funcionamiento, aunque no esté completamente reforzada, lo antes posible. —Su hijo asintió y el maestro constructor reanudó su discurso—. Hemos acelerado nuestro ritmo en la construcción de la muralla. Los materiales están llegando en cantidad suficiente y contamos con bastantes trabajadores, aunque siempre podemos emplear alguno más. —Miró en torno a la mesa mientras aseguraba—: Finalizaré la muralla un mes antes de lo previsto.

—¿Y qué hay del foso? —preguntó Néstor—. Hasta ahora nadie lo ha mencionado.

—Será lo último que haremos —respondió Corio—. Eskkar y yo ya lo hemos discutido. Con trescientos o cuatrocientos hombres, podemos cavar el foso alrededor de Orak en una semana o diez días. Lo dejaremos para el último momento, así si los bárbaros tienen noticias de nuestra muralla, creerán que no es tan formidable.

Nicar volvió a tomar la palabra.

—¿Alguna otra cosa que debemos tener en cuenta? —Se miraron unos a otros, pero nadie tenía nada que añadir. Entonces, el comerciante vio que los ojos de Trella buscaban los suyos—. Trella, ¿deseas decir algo?

La esclava volvió a hacer una profunda reverencia.

—Noble Nicar, sé que has hablado de inundar la tierra de los alrededores de la aldea, pero aún no ha comenzado esa tarea. Quizá ahora sea el momento de hacerlo, por si acaso los bárbaros llegan antes. No sé cuánto tardaremos, o qué cantidad de agua precisaremos.

Aparentemente, nadie lo había tenido en cuenta, porque todos guardaron silencio. Nicar miró a Rebba, que, sentado, se acariciaba la barba, sumido en sus pensamientos. Él era dueño de la mayoría de las granjas que rodeaban el poblado y había sido el principal promotor en la desecación de los pantanos, hacía ya muchos años. En cuestiones de agricultura, era él quien decidía qué cosechas se plantarían en Orak, cuántas y quiénes lo harían. Su familia había construido los canales de irrigación más grandes, y sabía sobre distribución de agua más que cualquiera. Se tomó su tiempo para pensar, y Eskkar sintió que su paciencia se agotaba antes de que el noble tomara finalmente la palabra.

—Mi familia trabajará con los hombres de Corio para construir unos diques de madera. Si los colocamos correctamente, podemos desviar veinte o treinta metros del río a las tierras colindantes. Eso inundaría las granjas en menos de un día y sería más que suficiente para impedir que los bárbaros intenten drenar el agua. Pasados unos días, el agua se filtrará en la tierra y volverá a ser un terreno pantanoso que tardará meses en desecarse. Construiremos diques adicionales para permitir que el agua fluya donde nosotros queremos.

—Lamento que tus tierras deban ser anegadas, Rebba —respondió Nicar—, pero sabes que no tenemos otra opción.

—No lo lamente, viejo amigo —sonrió el noble granjero con resignación—. De todos modos las cosechas se perderían a causa de los bárbaros. Así, las aguas refrescarán las tierras y luego éstas serán aún más fértiles que antes.

Los ojos de Nicar recorrieron la mesa y volvieron a detenerse en la muchacha.

—¿Algo más, Trella? —Su tono era ahora más tranquilo, invitándola a hablar con la mirada.

—Noble Nicar, hay algo más que deberías tener en cuenta. —Hizo una pausa y luego continuó—. Cuando el ganado sea enviado al otro lado del río, tendrías que hacer que lo acompañe gente del poblado, tal vez de tu propia familia. Si algo le sucediera a los animales, Orak se quedaría sin alimentos ni rebaños para la próxima estación. Los soldados pueden ser leales, pero la tentación será enorme. Quizá deberían acompañarles el mismo número de pobladores, bajo tu dirección, y ofrecerles recompensas cuando todos regresen a salvo.

Nicar permaneció quieto un instante.

—Efectivamente, es algo a considerar. Habrá una gran cantidad de rebaños y grano, y si no es devuelto a tiempo, Orak se enfrentará a una hambruna. Hablaremos en profundidad sobre este tema. —Echó otra mirada alrededor, pero nadie parecía tener nada más que decir—. Finalicemos entonces nuestra reunión. Demos gracias a los dioses, una vez más, por el regreso de Jalen sano y salvo.

Y por su información, agregó Eskkar para sí. Abandonó la casa junto a sus lugartenientes, a los que invitó a cenar.

Bantor, Jalen y Sisuthros fueron cada uno por su lado, pero Gatus siguió con Eskkar y Trella, aunque iban en dirección opuesta a su casa. Cuando estuvieron solos en la calle, el viejo soldado hizo un gesto con la cabeza al guardaespaldas de Eskkar para que se retirara y no pudiera escuchar lo que tenía que decirle al capitán. Entonces lo agarró por el brazo.

—Capitán —se acercó a Eskkar y se giró un poco para incluir a Trella—, no sé si has visto la expresión en el rostro del joven Caldor cuando Trella tomó la palabra. Lo pude observar, sentado detrás de su padre. El cachorro estaba lívido de furia porque su padre lo había hecho callar. —Se rascó la barba—. Si las miradas pudieran asesinar, la joven Trella aquí presente estaría ya bajo tierra. —Parecía preocupado—. Será mejor que lo vigiles, Eskkar. No me sorprendería que intentara perjudicarte, o a Trella.

—Te agradezco tu preocupación —respondió Trella sinceramente—. Y por tu advertencia. Estaremos atentos.

—Si es necesario, puedo disponer que uno de mis hombres le clave un cuchillo por la espalda. O lo haré yo mismo. Sólo házmelo saber. —Le hizo un gesto al capitán—. Nos veremos en la cena. —Siguió su camino, alejándose.

Eskkar miró pensativo a la muchacha y luego la abrazó. Comenzaron a caminar de regreso a casa, con el guardaespaldas a unos pasos de distancia.

—Ama Trella —dijo, utilizando el título honorífico dado a la mujer que se encargaba de una casa—. Veo que tenemos mucho de que hablar esta noche. Están sucediendo muchas cosas, de las que yo sé muy poco.

—Cuando tienes mucho de que hablar por la noche, sé que voy a estar dolorida por la mañana. Aunque has estado demasiado entretenido y cansado para ocuparte de mí últimamente.

—Entonces tendré que encontrar algo de tiempo para ti. Tal vez debieras asegurarte de que la cena de esta noche sea breve y de que nuestros invitados se marchen pronto. Después podremos... conversar.

—Sí, amo. —Lo agarró de la mano hasta que entraron al patio de la antigua Casa de Drigo.



CAPÍTULO 12

Costó poco trabajo que la cena de aquella noche fuera breve. Jalen, cansado por la jornada y ansioso por estar con la muchacha con la que había comenzado a acostarse justo antes de su misión, fue el primero en abandonar la mesa. Gatus y los demás captaron la indirecta de Annok-sur. Las noticias de Jalen interesaban a todos, pero cuando se marchó, nadie quiso quedarse.

Eskkar encontró a Trella en la cocina, ayudando a la cocinera y a Annok-sur a limpiar. La cogió de la mano y la llevó al piso superior. Allí, cubierto por una cortina de lino, había un pequeño cuarto con un orinal. Esto permitía a los sirvientes vaciarlo sin tener que molestar al amo de la casa en su trabajo.

El piso superior de la casa de Drigo era una maravilla constructiva. Contaba con muchas comodidades que ni siquiera la casa de Nicar poseía. Una puerta baja daba a una gran estancia que el antiguo ocupante utilizaba como sala de trabajo. Ahora contenía una mesa grande, un armario, seis sillas y una mesa más pequeña.

Desde allí, otra pesada puerta proporcionaba la única entrada al dormitorio. La pieza, de unos siete metros por seis, había sorprendido a Eskkar. Cuatro pequeñas aberturas, distribuidas de forma regular y ubicadas en lo alto de dos de los muros exteriores, suministraban luz y aire. Ni siquiera un niño podría pasar por ellas. Una ventana angosta, cerrada con un recio postigo asegurado con dos barras, era la única vía de escape en caso de incendio. La ventana era más difícil de forzar que la puerta.

En una tinaja de barro decorativa, bajo la ventana, había una sogá enrollada para usar en una emergencia. La ventana podía ser vigilada y protegida desde el patio interior. Drigo había tomado sus precauciones al construir sus habitaciones privadas, para asegurarse de que nadie pudiera entrar o espiar sus actividades en el dormitorio o sus conversaciones.

Todos estos esfuerzos beneficiaban ahora a Eskkar, que atravesó la sala de trabajo para llegar al dormitorio y se aseguró de cerrar la puerta. Por primera vez en su vida, contaba con algo más valioso que el oro: privacidad. Podía hablar y estar seguro de

que nadie le oiría.

Cogió a Trella en sus brazos, la miró y aspiró el perfume de sus cabellos.

—Trella... durante todo el día he querido abrazarte; gracias por tus palabras en la reunión. Haces que todo parezca fácil, y ahora incluso las Familias te escuchan cuando hablas.

La joven tenía las manos alrededor del cuello de Eskkar y la cara contra su pecho.

—Dijiste que querías hablar, amo —bromeó, hablándole como una esclava—. ¿O me has traído aquí por otros motivos?

Una vez más ella lo excitaba con unas cuantas palabras y el contacto de su cuerpo.

—Creo... que dejaremos nuestra conversación para más tarde.

Le quitó el vestido, alzándolo lentamente por su cabeza, disfrutando de su figura y del contacto de su cuerpo contra el suyo. Antes ella había dicho la verdad. Habían pasado tres días desde la última vez que la había poseído. De pronto, le pareció demasiado tiempo.

—Entonces... tendremos que darnos prisa —susurró, mientras le aflojaba el cinturón y lo dejaba caer al suelo. Le ayudó a quitarse la túnica, sintiéndose tan ansiosa como Eskkar.

El capitán la depositó suavemente en la cama, en donde la acarició, tomándose su tiempo, obligándose a contenerse mientras la excitaba, buscando su placer tanto como el propio.

Nunca había hecho algo así. Hasta la llegada de Trella, poco le había importado si las mujeres que había poseído sentían algo. Había oído hablar del asunto, y los hombres contaban historias de mujeres que disfrutaban en el acto amoroso tanto como los hombres, y que hasta ahora había descartado por falsas y le habían parecido cuentos de soldados. No sabía cuál era la magia de Trella, pero ella le hacía sentir algo especial, intensificaba el acto amoroso y lo convertía en algo más que una simple cópula. Deseó con todas sus fuerzas que siguiera siendo siempre así.

Más tarde, descansó en la cama, relajado sobre almohadas limpias y un colchón de suave tela de lino relleno de algodón y plumas. Una pequeña lámpara suministraba luz suficiente para ver. Trella había abandonado el dormitorio, y cuando regresó, lo hizo con una bandeja con una jarra de agua y dos vasos de vidrio.

Las copas de vidrio eran caras, exóticas y difíciles de fabricar; habían sido un regalo de uno de tantos mercaderes en busca de favores. Eskkar bebió agradecido, pero Trella tomó sólo medio vaso y luego utilizó el resto para humedecer una tela, con la que enjugó la frente de Eskkar, le frotó el pecho y limpió sus genitales. Después dio la vuelta al paño y se limpió ella misma. Cuando terminó, se acurrucó a su lado, tapándose con la sábana.

Eskkar disfrutaba mucho de aquellos cuidados, casi como si fuera un niño.

—¿Sabes, Trella? Ésta es una vida estupenda. Tenemos una hermosa casa, sirvientes y oro para pagar. Para mí es como un sueño. —Pasó su brazo por los hombros de la muchacha—. Y sobre todo, te tengo a ti.

—Y si no me tuvieras a mí, tendrías a alguna otra joven en tu cama. Los hombres sois todos iguales. Mi padre, Nicar, los jefes de mi aldea... ¡ay!

La pellizcó para que se callara.

—Sí, tendría otra muchacha, pero no sería en esta cama. Estaría en los barracones con una docena de hombres mirando y riéndose. —Eskkar se puso de lado para mirarla a los ojos, ahora seriamente—. Sé a quién le debo esta cama mullida. Todo esto es gracias a ti, y no lo olvidaré. —Le apartó el cabello del rostro y la besó en la mejilla—. Di lo que quieras, aunque sepas que es mentira.

—Entonces, todavía me quieres —susurró de pronto, con una voz tímida como la de una niña—. ¿Aunque no sea tan bonita como todas las mujeres que ahora posan sus ojos en ti?

—Sí, más que nunca. —Le dio una palmadita juguetonamente en el muslo—. Pero tienes que decirme cómo una muchacha tan joven como tú conoce tanto los secretos del amor. Si todas las niñas de Carnax son como tú, debemos visitar ese lugar. —La atrajo hacia él—. ¿Dónde has aprendido a hacer tan feliz a un hombre?

Trella ocultó su rostro y él supo que se había sonrojado, aunque la lámpara apenas permitía distinguirla.

—Un día mi padre me encontró espiándolo mientras se entretenía con una de sus sirvientas. Para aplacar mi curiosidad, decidió que aprendiera a satisfacer a un hombre, para asegurarse de que sería bien tratada por mi futuro esposo. Entonces hizo que una de las esclavas me instruyera en los misterios, y... yo... me permitieron observarla junto con su marido.

Se preguntó qué más habría hecho, aunque no le preocupaba.

—Tu padre era un hombre sabio. Te hizo un gran regalo. Siempre estarás a mi lado. —Aquello le hizo recordar algo desagradable—. Ahora háblame de Caldor, ¿qué sucedió con aquella mirada?

Trella se sentó frente a Eskkar y se arropó con la sábana.

—Vi lo mismo que Gatus, durante un instante. Había sido avergonzado por su padre ante todos. El muy estúpido tendría que haberse quedado callado. Cuando yo hablé y los nobles me escucharon con atención, su ira creció todavía más, porque a mí me permitían hablar y a él se lo habían prohibido. Él... —Su voz se fue apagando.

Eskkar le cogió la mano, se la besó y luego la apretó entre las suyas.

—Sí, ¿qué más hizo?

—Cuando estaba en casa de Nicar, Caldor quería... me quería. Me dijo que estaba esperando a que su padre hiciera uso de mí primero y que luego le sería entregada a él. Pero ni siquiera esperó, quería que yo... yo... me arrodillara frente a

él. —Trella se detuvo, las palabras brotaban con dificultad—. Yo lo empujé y me escapé. Habría huido de la casa, pero Creta me atrapó y me obligó a contarle lo que había sucedido. Debía de haber hablado con Caldor, porque después de eso sólo me miraba y sonreía. Yo... yo le tenía miedo.

Le mataré por eso, decidió Eskkar, pero mantuvo su mano inmóvil sobre la de Trella, para que ella no pudiera averiguar sus sentimientos. Se maldijo por no haberle preguntado nada sobre su vida en casa de Nicar, como si nada de lo que hubiera sucedido antes le importara.

De todas formas, no podía ir matando a todos los que quisieran acostarse con Trella, una lista en la que ahora se incluiría a la mayoría de los hombres de Orak.

—¿Y qué sucedió después?

—Nada. A los pocos días, Nicar, que estaba fuera, regresó. Pasaron dos semanas y Caldor y Lesu tuvieron que salir de viaje. Después viniste a cenar y me entregaron a ti.

—Y ya no supiste qué era peor, si el bárbaro o el joven malcriado —dijo suavemente, contento por hacerla reír un poco—. No parecías muy contenta de tener que venir conmigo. ¿Por qué no me contaste nada antes?

—Porque no me pareció importante. Había decidido que cualquier cosa era mejor que ser esclava, así que planeaba escaparme. Pero fuiste cortés y me trataste respetuosamente. Después de oírte hablar a la multitud aquella noche, decidí ayudarte a lograr lo que Nicar te pedía, pero por motivos personales. —Le tocó la mejilla—. Después de hacer el amor, me sentí... distinta, y ahora sólo quiero ser tu mujer. No quiero otra vida que no sea contigo, Eskkar. Si fracasamos, entonces ambos moriremos y nada importará. Si triunfamos, entonces Caldor se convertirá en una cuestión insignificante. —La mano de Eskkar se puso tensa ante la mención de aquel nombre—. No puedes matarlo, Eskkar, aunque quieras hacerlo. Si matas a otro hijo de las Familias, nunca te lo perdonarán. —Se acurrucó en sus brazos para que su mejilla estuviera contra la de él—. Debes escucharme. Hay mucho más en juego que los bárbaros. Si ganamos, la victoria podría ser tan mortal para ti como los bárbaros. Tendrás que sobrevivir a las Familias, que recordarán que naciste bárbaro, la muerte de Drigo, a sus familiares muertos en la batalla y cuánto oro de su propiedad gastaste. —Él quiso hablar, pero ella le puso un dedo sobre sus labios—. Incluso los soldados pueden querer arrebatarte el poder, con la ayuda de los mercaderes y de las Familias. Cuando esto termine, mucha gente habrá muerto, muchos de ellos amigos tuyos, y también habrás hecho nuevos enemigos. Para mantener el poder sobre ellos hay mucho que hacer, y hay que comenzar de inmediato.

El aliento de Trella le acariciaba la mejilla. Eskkar no quería otra cosa que tenerla en sus brazos y olvidarse de todo. Malditos fueran los dioses, ¿no era suficiente enfrentarse a los bárbaros? Ahora tenía que preocuparse de que le clavaran un

cuchillo por la espalda y planear su futuro, todo al mismo tiempo, cuando ni siquiera sabía si sobreviviría a la inminente batalla.

¡Que los demonios se llevaran a todos a los infiernos! Prefería un buen combate a aquella maldita planificación y confabulación. Podía coger a Trella e irse de Orak, confiando en su espada y en el oro que ya había ganado. Una parte de él aún echaba de menos poder vivir día a día, libremente, sin tener que preocuparse de las estratagemas de los hombres.

Le acarició el pelo.

—Trella, no tenemos por qué quedarnos. Podemos irnos cuando queramos. Hay otras aldeas, otras tierras, y tenemos suficiente oro. —Al ver que ella guardaba silencio, continuó—: ¿No es mejor que quedarse aquí y arriesgarlo todo, enfrentarse a los bárbaros y a lo que pueda venir después?

—Tienes que elegir por ambos. Yo ya he elegido, y te seguiré durante el tiempo que me quieras a tu lado.

Eskkar tuvo un instante de lucidez. Trella aceptaría una existencia más sacrificada como su mujer, recorriendo los caminos en busca de una nueva vida, si aquello era todo lo que él podía ofrecerle.

Suspiró.

—Nos quedaremos y lucharemos. Ahora dime qué debo hacer.

—Te he observado de cerca, Eskkar, y he aprendido mucho de ti. Pero ahora ha llegado el momento de hacer nuevos planes. Los hombres se están ejercitando bien. La muralla crece día a día y tus lugartenientes tienen bien delimitadas sus funciones. Viéndote entrenar me he dado cuenta de que has mejorado en fuerza y habilidad. Ahora tenemos que mostrarle a Orak un capitán de la guardia diferente.

—¿Y cómo conseguiremos eso, mujer?

—Creo que tendrías que irte de Orak durante unos días. He pensado mucho en esto. —Se sentó y le sirvió más agua—. ¿Cuál de tus comandantes es el más importante para ti? —le preguntó.

—Sisuthros. Es el más inteligente y al que he dado mayores responsabilidades.

—Creo que no. Yo me decantaría por Bantor porque se enfrenta diariamente con una multitud de personas y puede hablarles en tu nombre. Además, no es tan inteligente, pero sabe que has tenido paciencia con él, así que es el más leal. Pero perderás esa lealtad si no pasas más tiempo a su lado y te aseguras de que reciba el respeto que se merece.

—Puede que estés en lo cierto con respecto a su lealtad, aunque yo habría elegido a Gatus como el más fiel.

—Gatus es un buen hombre, y como un tío para mí, pero ahora se limita a entrenar a los hombres, y aquí hay muchos que pueden hacer eso. Piensa en Jalen, que sólo quiere luchar y te será leal si le dejas obtener sus victorias.

Eskkar pensó en aquellas palabras, considerando a sus hombres desde otro punto de vista.

—¿Y Sisuthros?

—Sisuthros es, para ti, el más peligroso, porque a él recurrirán las Familias cuando quieran quitarte del medio. Corio y algunos otros se sienten más cómodos con él que contigo. Y eso es algo que debemos cambiar. Recuerda, él no mató a ninguno de ellos, ni se mueve por Orak con guardias armados. Y además no olvidarán el destino de Drigo. Sisuthros se ha reunido con Caldor al menos una vez que yo sepa. Así que cuando te vayas, debes llevarle contigo.

—¿Cómo sabes tanto de Sisuthros, Corio y sus asuntos?

—En el último mes me he reunido todos los días con docenas de mujeres, esclavas, esposas e hijas. He ofrecido monedas de cobre a las más necesitadas y amistad al resto. Gracias a ti me respetan, y ahora vienen a pedirme consejo o ayuda, o simplemente a conversar. Las mujeres están en todas partes, y los hombres como Caldor ni siquiera se dan cuenta. A las que me traen alguna noticia les doy una moneda de cobre o lo que necesiten. Muchas de nuestras sirvientas me han proporcionado buena información o tienen acceso a quienes hablan demasiado. Ellas y otras me ayudan a saber los secretos que los hombres piensan que las mujeres no escuchan o son demasiado estúpidas para entender. Gracias a todas ellas me he enterado de muchas cosas, y pronto habrá poco en Orak de lo que yo no esté enterada.

Trella había estado gastando su oro, pero él tenía más que suficiente para sus necesidades. Y ella tenía razón. Los hombres hablaban delante de las mujeres como si éstas fueran sordomudas. Él mismo lo había hecho en muchas ocasiones. Ya no volvería a ser tan descuidado, por si acaso sus propias palabras pudieran volverse contra él.

—Y estas... mujeres... ¿te lo cuentan todo a ti?

—Sí, espían a sus maridos y a sus amantes. La mayoría de los hombres hablan mucho cuando hacen el amor, como bien sabes.

Espía. Una nueva palabra de la que tendría que preocuparse, se dijo a sí mismo Eskkar mientras pensaba en su significado. Alguien que recopilara información, los secretos que otros querían mantener ocultos. Tal conocimiento sería ciertamente útil.

—¿Y continuarás reuniendo esa información?

—Sí, eso y más. Pero necesitaré más oro, Eskkar.

Sus veinte monedas de oro mensuales estaban a punto de desvanecerse. Le acarició el cuello, pensando que su actitud hacia el oro había cambiado mucho en los últimos meses. Ahora era sólo un medio para un fin.

—Coge lo que necesites, Trella. ¿Qué más debo escuchar antes de poder dormir?

Hablaron durante mucho tiempo aquella noche. Cuando él no estaba de acuerdo o

tenía preguntas, escuchaba con cuidado las razones que ella presentaba hasta que llegaban a un consenso o por lo menos a un cierto entendimiento entre ambos.

Y así pasó el tiempo. Vieron cómo la luna se elevaba y descendía y la lámpara se iba extinguiendo poco a poco, hasta la salida del sol. Trella cuestionó no sólo sus ideas sino su forma de pensar. Sin embargo, el capitán se reservó para sí mismo una cuestión. Cuando llegara el momento, el joven Caldor moriría. Con aquel pensamiento, una sonrisa afloró en sus labios antes de que ambos cayeran en un profundo sueño.

A la mañana siguiente, Eskkar se entrenó como hacía habitualmente con el último grupo de reclutas. Su habilidad natural para la lucha, acentuada por meses de ejercicios y buena comida, le permitía no sólo ejercitarse junto a ellos, sino también enseñarles.

Sin embargo, con frecuencia recibía tantos golpes como daba. En el caso de algunos de los nuevos hombres, «recluta» significaba sólo que no habían recibido instrucción con Gatus, no que eran guerreros sin experiencia. Así que él pudo observar distintos estilos en el manejo de la espada y consiguió aprender nuevas técnicas.

Aquel día la suerte había estado de su lado. Su cuerpo no había recibido golpes de importancia. Cansado y sucio, se lavó junto al resto de los hombres, antes de proseguir con la siguiente etapa del entrenamiento. Condujo a los reclutas a través de las calles, hacia la puerta del río, para llegar a la zona del tiro con arco situada en el lado norte. El arco era, para él, la parte más importante del entrenamiento, y la única arma que podía dar a los pobladores alguna posibilidad contra los bárbaros.

Eskkar y Gatus discutían sobre esta parte del entrenamiento con frecuencia, y ambos estaban decididos a conseguir excelentes arqueros. Los soldados necesitaban no sólo tener un buen manejo del arco, sino dominar las técnicas de tiro desarrolladas por Gatus para utilizarlas desde lo alto de la muralla.

Al llegar se encontraron con una gran multitud, soldados en su mayor parte, aunque también había bastantes pobladores, cosa que le hizo fruncir el ceño. Los pobladores y los soldados tenían sus tareas asignadas y no debían perder el tiempo viendo las prácticas de arco.

Su furia aumentó a medida que se abría paso entre la multitud, con los reclutas detrás de él. La multitud estalló en gritos cuando llegó a la línea de tiro. Totomes estaba apuntando con su arco. Se escuchó otra exclamación. Vieron cómo Mitrac, hijo de Totomes, tensaba su arma y lanzaba una flecha hacia el blanco más alejado. Los espectadores lanzaron una ovación, incluso antes de que el muchacho que se

ocupaba de los blancos señalara otro acierto en el centro de la diana.

Eskkar permaneció de pie, tan sorprendido como los demás, mientras Narquil lanzaba otra flecha al mismo blanco. Cuando el joven terminó, Totomes y sus hijos retrocedieron veinte pasos y volvieron a empezar. El arquero y sus hijos ya habían pasado la línea máxima en la que practicaban los guerreros más experimentados. Gatus, de pie al lado de la muchedumbre, se acercó a Eskkar.

—Buenos días, capitán. Tendrías que haber llegado antes. Estos extranjeros han estado dando todo un espectáculo. Aciertan a cualquier distancia. Forno dice que jamás ha visto algo semejante.

Forno, el mejor arquero de los soldados de Eskkar, era el que había matado al hombre de Naxos. Dirigía el entrenamiento para los reclutas.

—Son excelentes tiradores, pero ¿serían capaces de enseñar su técnica a los demás?

Gatus se acarició la barba mientras la multitud vitoreaba otro acierto.

—Forno piensa que sí. Totomes ya le ha dado algunas indicaciones, e incluso le dejó usar su propio arco, sólo que en un blanco cercano.

Ningún arquero querría romper el arco de otro apuntando a un blanco lejano. Forno podía agradecer que Totomes le hubiera permitido usar su arma. Se lanzó otra ronda de flechas y nuevamente la multitud retrocedió veinte pasos. Totomes se percató de la presencia de Eskkar y le saludó con un ligero movimiento de cabeza.

La distancia ascendía ahora a más de trescientos pasos, e incluso los montones de paja colocados detrás de los blancos se veían pequeños. A pesar de la distancia, las flechas de Totomes llegaban con facilidad, con una trayectoria apenas curva. Forno se acercó a su capitán y a Gatus, sacudiendo incrédulo la cabeza.

—Por la sangre de Marduk, nunca he visto a nadie usar el arco de forma semejante. —Miró hacia los blancos—. Y sus hijos son casi tan buenos como él. Narquil tira más lento pero es el más certero, aunque Mitrac acierta casi con la misma frecuencia.

—¿Pueden ayudarte a entrenar a los hombres? —preguntó Eskkar.

—Capitán, creo que dentro de unos días yo les ayudaré a ellos a entrenar —contestó Forno—. Me gustaría verlos disparar con nuestros arcos, pero estoy seguro de que Totomes ha estado preparando arqueros durante veinte años.

Los tres arqueros, tan lejos de los blancos como era posible, seguían lanzando flechas al cielo y casi nunca erraban. Eskkar tomó una decisión y se dirigió a Gatus.

—Que Totomes empiece entrenando a este grupo de reclutas. Gatus, yo les acompañaré.

El viejo soldado enarcó una ceja.

Hasta ahora Eskkar había pospuesto cualquier entrenamiento intensivo con el arco, concentrándose principalmente en el uso de la espada. Aquélla era una

oportunidad tan buena como cualquier otra para comenzar.

De inmediato, el capitán se puso a la cabeza de los reclutas, arco en mano y con el carcaj atado a la cintura. Los blancos se colocaron a treinta pasos escasos.

Totomes comenzó con sus indicaciones. Dejó su arma a un lado e hizo una demostración con uno de los arcos de los soldados. Si a alguien le pareció extraño ver al capitán de la guardia en medio del grupo de reclutas novatos, nadie dijo nada. Totomes se colocó al lado de Eskkar para observar cómo tensaba el arco, apuntaba y disparaba la flecha.

—Otra vez —ordenó Totomes, con sus ojos fijos en su alumno. Eskkar lanzó otra flecha, aunque la primera había dado en el blanco casi en el centro. El arquero sacudió la cabeza—. Así no acertarás nunca, capitán. —Se dirigió a sus hijos—. Enseñadle.

Los dos jóvenes se colocaron a ambos lados de Eskkar y lo cogieron los codos para ajustar su postura y hacer que su peso se concentrara en la pierna colocada más atrás.

—Tiras desde tu pie delantero, capitán —continuó Totomes—, y cuando tensas el arco, pierdes el equilibrio haciendo movimientos innecesarios. Y llevas la flecha desde el suelo hacia arriba cuando tensas el arco. Has de actuar de forma contraria cuando la coloques sobre tu hombro. De ese modo, una flecha disparada demasiado pronto podría dar en un blanco en vez de ir a caer en la tierra.

Los dos jóvenes sostuvieron a Eskkar con firmeza, obligándole a tensar el arco lentamente, a mantener la mayor parte del peso en su pie trasero y a ajustar su codo derecho. El capitán mantuvo el arco tensado mientras verificaban su postura, tomándose todo el tiempo necesario hasta que estuvieron satisfechos. El brazo izquierdo de Eskkar comenzó a temblar antes de que Totomes diera la orden de disparar. La flecha impactó en el haz de paja pero no dio en el blanco de madera colgado en el centro.

—Al principio resulta extraño, capitán, pero ya te acostumbrarás. Es diferente a la manera en la que... has aprendido. Inténtalo de nuevo.

Totomes se dirigió al siguiente recluta, dejando que Narquil controlara a Eskkar.

El capitán tiró otra vez, hasta que su brazo izquierdo se quedó entumecido y los dedos de su mano derecha se le hincharon y quemaron a causa de la fricción contra la cuerda. Pero su orgullo le mantenía en pie y le hacía resistirse a mostrarse débil ante sus hombres. A lo largo de la fila, Totomes, Mitrac, Narquil, Fornos e incluso Gatus controlaban cada movimiento de los reclutas, asegurándose de que siguieran exactamente las indicaciones de Totomes. Cuando terminaron, Eskkar estaba tan cansado como el resto de los hombres, y ni siquiera había tirado tan bien como algunos de ellos.

—Lo harás mejor dentro de unos días, capitán —le dijo Totomes con una sonrisa

amistosa mientras volvía con él hacia los barracones—. Si quieres disparar con exactitud, tendrás que olvidar alguno de tus malos hábitos, pero lo conseguirás. Tienes buen ojo para ello. Mitrac puede practicar contigo en privado si te sientes incómodo con todo el mundo mirando.

Demasiado tarde para eso. Se había ofrecido a entrenar con aquel grupo de arqueros y ahora su honor estaba en juego. Estaba decidido a hacerlo tan bien como cualquiera de ellos.

—No, Totomes, aunque te agradezco la oferta. Acompañaré a estos hombres durante algún tiempo.

Eso significaría cuatro horas más al día con el arco durante una semana, además de sus horas habituales de entrenamiento con la espada, la lanza y el hacha de guerra. Pero tendría que hacerlo, si quería saber exactamente cómo Totomes y Forno ejercitaban a sus hombres. El destino de Orak estaría en manos de esos arqueros.

Transcurrieron diez días antes de que se acostumbrara a la nueva técnica y de que pudiera acertar en el blanco con precisión. Ya hacía tiempo que había admitido que Totomes era un experto en su oficio. Eskkar llevaba la delantera a los reclutas en cuanto al nivel de aciertos, hasta que se dio cuenta de que algunos de ellos lanzaban mal a propósito algunas flechas para asegurarse de que su capitán siempre obtuviera mayor porcentaje. Pero ya había aprendido a acertar a un blanco a setenta pasos tres veces de cada cuatro, y estaba más que satisfecho.

Pocos días más tarde comenzaron las prácticas desde la muralla, mirando hacia las pequeñas colinas, lugar por donde aparecería el verdadero enemigo. Los soldados se dispusieron en grupo, disparando no a blancos individuales, sino a una distancia determinada. Los blancos se convirtieron en figuras de madera fijadas a la tierra. Los hombres tensaban, apuntaban y tiraban las flechas al unísono, siguiendo órdenes, aprendiendo a calibrar la distancia y a utilizar los proyectiles desde el blanco más alejado al más cercano.

El primer día en la muralla Eskkar pudo apreciar algo insólito. Normalmente, los hombres siempre estaban riendo, haciendo bromas vulgares, o lo que los soldados y reclutas hacen habitualmente para olvidar su propia incomodidad y para matar el tiempo durante los entrenamientos. Pero la primera vez que se colocaron ante la muralla, su risa cesó como por ensalmo. Tras tomar sus posiciones, expuestos de cintura para arriba, se dieron cuenta de que pronto se enfrentarían a un enemigo realmente serio. Así que prestaron mucha atención a su instructor y se comportaron de una forma extraordinariamente cuidadosa en su trabajo.

Al final de la primera sesión, Totomes llevó a Eskkar a un lado.

—Ha terminado tu entrenamiento, capitán. Has avanzado tanto como te ha sido posible. Pero jamás serás un arquero experto. Eres demasiado viejo para eso. Deja la instrucción ahora, antes de que los otros te aventajen demasiado. Ya has demostrado

tu habilidad. Ahora tienes tareas más importantes de las que ocuparte.



CAPÍTULO 13

Eskkar salió de Orak seis días más tarde acompañado de Sisuthros, nueve soldados, dos muchachos y unos cuantos caballos. Se dirigieron al Sur a ritmo constante. Jalen se había ocupado de explorar la zona norte para obtener información sobre el campamento bárbaro principal. Eskkar quería examinar los grupos de avanzadilla de Alur Meriki que habían sido vistos hacia el Sur.

Los hombres estaban preparados y entrenados para combatir. Seis de ellos eran veteranos experimentados. Completaban el grupo algunos reclutas que habían demostrado una enorme habilidad tanto como jinetes como en la lucha. A la hora de enfrentarse con los bárbaros, un buen jinete era tan importante como un buen luchador.

Mitrac era la excepción. El hijo más joven de Totomes tenía limitada experiencia con caballos. Sin embargo, se había esforzado mucho en aprender durante la semana anterior, siguiendo las instrucciones de Jalen. Cuando Eskkar se convenció de la destreza de Totomes y sus hijos, quiso que lo acompañara alguien que pudiera usar las nuevas armas.

El capitán tuvo una pequeña discusión con el arquero y sus hijos antes de que el padre permitiera que Mitrac les acompañara, temeroso de poder perderle en alguna pequeña escaramuza, y sólo accedió cuando Eskkar le prometió ocuparse personalmente del joven.

Cabalaron todos los días hacia el Sur, dejando descansar a los caballos con frecuencia. Eskkar pasaba el tiempo junto a Sisuthros, Mitrac y el resto de los hombres, hablando con ellos, pidiéndoles consejo, o simplemente acompañándoles en sus bromas de soldados. «Acércate a tus hombres, desde el último recluta hasta tus lugartenientes», le aconsejó Trella. «Primero hazte respetar, y luego deja que te conozcan. Así es como se consolida la lealtad».

Sus palabras eran fiel reflejo de lo que había visto con Corio y con Nicar. Eskkar no sabía dónde había aprendido Trella aquellas cuestiones sobre el liderazgo de

hombres, pero todo lo que le aconsejaba tenía sentido. Le bastaba con recordar todos los errores de sus antiguos comandantes, o incluso los propios, para apreciar la sabiduría de sus palabras. Así que comenzó a esforzarse por ganarse primero el respeto y luego la lealtad de sus hombres.

«Sólo con lealtad tendrás verdadero poder». Aquellas palabras resonaban en su mente como un eco. «Si suficientes soldados y pobladores creen en ti, entonces estarás a salvo, porque tus enemigos temerán la furia de quienes han depositado su confianza en ti». Aquella era una poderosa razón para que Eskkar tratara de asegurarse el afecto de sus hombres.

Con respecto a esta cuestión, el capitán había experimentado un profundo cambio en los últimos meses. El oro, las mujeres, los caballos, las armas, todas las cosas que antes consideraba deseables ya no significaban nada para él. Ahora quería poder para colocarse por encima del alcance de los nobles, establecer su propia Casa y constituir un clan que perdurara para siempre. Y, por encima de todo, quería proteger a Trella, asegurarse un futuro en común.

Pero ahora tenía que concentrarse en el presente, así que alejó a Trella y a Orak de sus pensamientos y se centró en su misión. Al quinto día de viaje ya había recorrido más de ciento sesenta kilómetros hacia el sur de Orak, y pronto empezaron a llegar noticias sobre un grupo de exploración de Alur Meriki.

Viajeros y refugiados palidecían de miedo cuando Eskkar y sus compañeros se les aproximaban. Pero sus rostros se relajaban y sonreían cuando se enteraban de que procedían de Orak. Reuniendo los relatos de estos viajeros pudo tener una idea más o menos aproximada de la situación. Los bárbaros habían llegado finalmente a las orillas del Tigris, a unos trescientos kilómetros al sur de Orak. Y aún no habían iniciado su marcha hacia el Norte.

Pero pronto empezarían a desplazarse. Nadie sabía con exactitud cuál era el número de guerreros que componían la avanzadilla. Los rumores hablaban de cientos de bárbaros asolando todo lo que encontraban a su paso. Eskkar dividió cada estimación por cuatro, sabiendo que el miedo y la inexperiencia tendían a exagerar el número. Estaba seguro de la existencia de dos grupos distintos de exploradores.

El capitán advirtió a todo aquel que se cruzaba en su camino que no se dirigieran a Orak a menos que estuvieran dispuestos a combatir. En caso contrario, debían cruzar el río lo antes posible.

Aquella noche, después de atender a los caballos, se sentaron en torno a una pequeña hoguera y disfrutaron de carne fresca por segunda vez desde su partida de Orak. Habían encontrado un ternero moribundo, separado de su madre, y el joven animal les proporcionó carne para una comida sustanciosa. La comida caliente supuso un cambio en su dieta, habitualmente a base de tortas de trigo y pan duro.

Cuando terminaron, Eskkar envió a uno de los muchachos a una colina cercana

para hacer guardia y reunió al resto de los hombres. Cada noche planificaba con ellos lo que podrían hacer al día siguiente.

—Hemos avanzado hacia el Sur lo suficiente. En los próximos días, los Alur Meriki comenzarán a moverse hacia el Norte. Así que mañana marcharemos hacia el Este. Los bárbaros ya han pasado por esas tierras.

—¿Por qué no nos adentramos más hacia el Sur para ver con cuántos hombres cuentan? —preguntó Sisuthros.

—No vamos a averiguar nada nuevo yendo hacia el Sur. Los bárbaros han llegado al río, por lo menos con un grupo de exploración numeroso. Si nos encontramos con ellos antes de que se dirijan hacia el Norte, nos perseguirán y en unos pocos días nos darán alcance, incluso con nuestros caballos.

—¿Qué encontraremos hacia el Este, capitán? —Sisuthros no parecía convencido.

—Habrán pequeños grupos de hombres y esclavos dirigiéndose hacia el Norte y hacia el Sur entre el grupo principal y los exploradores del Sur. No esperarán que nadie se aproxime desde esta dirección, ahora que los guerreros han barrido esta zona. Me gustaría capturar a uno o dos, para saber cuántos son y qué planean. Recordad que no estamos buscando pelea, sólo información. Quiero que regreséis vivos a Orak.

A la mayoría de los comandantes les preocupaba muy poco la vida de sus hombres, por lo que sabía que los había impresionado con aquellas palabras.

—Entonces, si nos encontramos con los bárbaros —dijo Sisuthros—, ¿huiremos?

Los hombres querían luchar. Eran jóvenes y valientes, se habían entrenado durante semanas muy duramente, y eso les había dado la confianza y la necesidad de medirse contra el enemigo.

—Eso haremos, a menos que se trate de un grupo pequeño, del tamaño del nuestro. Entonces quizá tengamos la oportunidad de probar nuestras espadas.

A la mañana siguiente se desplazaron a paso moderado, con dos hombres delante y otro en la retaguardia. Cabalgaron de ese modo durante tres días, deteniéndose con frecuencia para que sus caballos descansaran, viajando sólo quince o veinte kilómetros diarios. A su paso encontraron pocas granjas o gente y, en cambio, muchas tierras abandonadas, a medida que los bárbaros se internaban en los escarpados territorios del Este.

Llegaron al pie de las colinas y desfiladeros, en donde daban comienzo las grandes cadenas montañosas. Ahora Orak se encontraba muy lejos, hacia el Noroeste.

Al noveno día de salir de Orak, el amanecer dejó paso a un cielo gris y cargado de nubes que amenazaba lluvia. Continuaron al ritmo habitual, manteniéndose apartados de la cima de las colinas y deteniéndose frecuentemente para que descansaran sus animales.

Una hora después del mediodía, y mientras hacían un pequeño descanso, el

centinela lanzó un grito y señaló hacia las montañas. De inmediato, Eskkar montó en su caballo y miró hacia el Este. Vio que uno de sus exploradores situado más hacia el Sur se aproximaba a ellos a galope. Hacia su izquierda, vio que el otro explorador regresaba, pero a un ritmo más pausado.

El primero de ellos, un veterano de nombre Maldar, se detuvo ante Eskkar. Todos los hombres se habían montado a caballo y preparado sus armas, mientras oteaban el horizonte en todas direcciones.

—Capitán, hay un gran grupo de bárbaros a unos cinco kilómetros. —La voz de Maldar no ocultaba su excitación—. O tal vez sean dos grupos. No estoy seguro, pero parecía como si estuvieran combatiendo entre ellos, a juzgar por las nubes de polvo y el gran estruendo.

¡Una pelea entre bárbaros! A Eskkar le pareció un tanto extraño. Alur Meriki imponía serios castigos cuando surgían peleas entre ellos y sobre todo si se encontraban en una misión para el clan. De regreso al campamento principal, los individuos peleaban con frecuencia, pero los conflictos entre grupos de guerreros eran raros. Incluso si dos clanes se enfrentaban, preferían que sus jefes pelearan. Pero si no era entre ellos, ¿a quién más podrían enfrentarse?

—Maldar, que uno de los muchachos te deje su caballo. —Quería que Maldar contara con una montura descansada—. Sisuthros, síguenos con el otro explorador, pero mantente al menos a medio kilómetro de distancia.

Eskkar esperó a que Maldar estuviera listo. Antes, el miedo reflejado en el rostro del muchacho le habría hecho burlarse de él, pero ahora el capitán sonrió para alentarlo.

—Mantente firme, muchacho, no te dejaremos atrás.

Eskkar y Maldar partieron al galope, rodeados de una pequeña nube de polvo.

Al poco tiempo, los hombres llegaron a la falda de las colinas. A partir de allí, el terreno subía cada vez más, hasta que los grandes picos bloqueaban el camino. Le pareció oír el fragor distante de los golpes de las armas de bronce y el grito de los hombres combatiendo, pero cuando se detuvo a escuchar, sólo le llegó el rumor del viento.

—Por aquí, capitán, los he visto desde esta colina.

Un sendero serpenteante, señalado por Maldar, conducía a la cima. Eskkar podía subir a caballo, como había hecho el soldado, o hacerlo a pie. Decidió no arriesgar los caballos.

—Vamos —ordenó—, subiremos andando.

Avanzaron unos pocos pasos más, hasta la base de la colina, desmontaron y ataron los caballos a un árbol pequeño. Eskkar se aseguró de atar fuertemente su cabalgadura y de que Maldar hiciera lo mismo. Si tenían que salir corriendo, no quería pelear contra su propio soldado por un caballo, si el otro animal se escapaba.

Comenzaron el largo ascenso, con esfuerzo y algún resbalón que otro, hasta que llegaron a la cima. Nada en su reciente entrenamiento los había preparado para trepar colinas empinadas, y cuando llegaron a la cima, respiraba agitado. Grandes piedras cubrían la zona, con la hierba creciendo entre ellas. Se escondió detrás de dos rocas.

Miró hacia abajo y descubrió que la colina en la que estaba era algo más alta que las que tenían enfrente. Esto le proporcionaba una buena perspectiva para observar las formaciones rocosas rojo-grisáceas que se extendían desde las altas cumbres, configurando un laberinto de cañones y desfiladeros.

Maldar señaló hacia el Noreste.

—Mira, allí están. No, espera, se han desplazado en nuestra dirección.

Pudo distinguir el polvo levantado por muchos jinetes, una nube que se movía y cambiaba de forma mientras la observaba. Parecía como si dos grupos de jinetes estuvieran enfrentados en una batalla. Mientras miraba, uno de ellos cayó sobre las filas del contrario y se dirigió hacia donde estaba Eskkar, siguiendo la línea de colinas que corría paralela a la suya, a más de un kilómetro de distancia.

En poco tiempo, los otros jinetes se reagruparon y comenzaron la persecución.

—Cuenta el primer grupo, Maldar —le ordenó mientras intentaba una estimación del segundo, más numeroso. La lejanía hacía difícil la tarea. Calculó unos sesenta y cinco o setenta hombres.

—Cuarenta, tal vez algunos más. ¿Por qué pelean, capitán?

Eskkar concentró su atención en el primer grupo, ahora lo suficientemente cerca para distinguir algunos detalles. No tenían estandarte o lo habían perdido en el combate. Pero ni siquiera el polvo podía ocultar las cintas amarillas que decoraban muchas lanzas y arcos. El amarillo era el color de otro clan, el rojo pertenecía a Alur Meriki. De alguna manera, otra tribu de guerreros de las estepas se había visto involucrada en una lucha con los Alur Meriki.

Eskkar vio que el grupo perseguido se dirigía hacia ellos, buscando una salida fuera de las colinas y desfiladeros que amenazaban con cerrarles el paso. Los perseguidores comenzaban a ganar terreno. Había visto suficiente.

—Vamos, Maldar. No quiero estar aquí cuando...

Su voz se fue apagando mientras observaba a los jinetes de amarillo galopar hacia una cañada. Desde donde estaba, vio que aquel sendero no tenía salida. Pero, en aquel momento, dieron media vuelta y cambiaron de dirección, reduciéndose la distancia entre ellos y sus perseguidores por el tiempo perdido en el camino equivocado. Poco después volvían a estar en otra encrucijada. Una entrada que conducía a un estrecho y sinuoso camino los dirigiría a la planicie en donde se encontraban los hombres de Eskkar, mientras que la segunda opción, un sendero el doble de ancho, desembocaba en un gran desfiladero que serpenteaba paralelo a los acantilados, pero carecía de salida. Aunque los apesurados jinetes no podían saberlo. El capitán, como una

premonición, casi pudo ver lo que sucedería. Al mismo tiempo, una insensata idea cruzó por su mente. Sus ojos se fijaron en las elevaciones de terreno que tenía a sus pies.

—Vamos —ordenó, ya decidido, y comenzó a deslizarse colina abajo, agarrándose a las raíces y a los bordes de las rocas que sobresalían entre la hierba.

Al llegar al final, esperó a que Maldar descendiera y lo cogió del brazo para sostenerlo.

—Camina despacio hacia los caballos, Maldar. No los asustes.

Cuando estuvieron junto a los nerviosos animales, el capitán se aseguró de aferrar firmemente la rienda antes de deshacer el nudo y comprobó que Maldar seguía su ejemplo. Una vez montado, encabezó la marcha de regreso junto a sus hombres, ocultos por una pequeña colina.

—Capitán, tenemos que apresurarnos. —La voz de Maldar temblaba a causa del nerviosismo—. Llegarán en cualquier momento. Estamos en su camino.

Eskkar llegó a la cima de la colina y vio al resto de sus hombres. Les hizo una señal para que se acercaran. Podían oír el ruido amortiguado de los cascos de los caballos bárbaros, con su eco rebotando en las rocas. Ambos grupos se encontraban a menos de medio kilómetro de distancia.

Maldar iba a hablar, pero Eskkar lo detuvo.

—No, tomarán el camino erróneo en el desfiladero y quedarán atrapados. No conocen este terreno, o de lo contrario jamás habrían entrado en la primera cañada sin salida. De momento estamos a salvo.

Sisuthros miró hacia las colinas. Eskkar vio el miedo en el rostro de sus hombres, especialmente en el de los más jóvenes. Ahora todos podían escuchar el ruido de los caballos, amplificado por las paredes de los desfiladeros, y sabían que el peligro se encontraba al otro lado. Esperó a que todos estuvieran a su alrededor.

—Escuchad con atención. —Mantuvo la voz tranquila y firme—. Hay dos tribus de bárbaros que luchan en ese barranco —dijo señalando hacia la izquierda—. El grupo más grande pertenece a Alur Meriki, y está formado por cincuenta o sesenta hombres. —No tenía sentido asustarlos diciéndoles exactamente la verdad—. Están combatiendo con otro grupo más pequeño, de unos cincuenta bárbaros; no los conozco, pero son, sin duda, de otro clan. A estas alturas los Alur Meriki ya los habrán atrapado en una cañada sin salida y pronto los atacarán.

—Entonces tenemos tiempo para irnos.

La voz de Sisuthros mostraba alivio. El resto de los hombres asintió.

—No, no nos iremos. —Eskkar vio cómo en sus rostros se asomaba la sorpresa—. Vamos a atacar al grupo de Alur Meriki por la retaguardia. Tenemos suficientes hombres y caballos frescos para ganar este combate.

—¿Por qué hemos de luchar para salvar a unos bárbaros? —preguntó Maldar—.

¿Por qué no dejar que se maten entre sí mientras nosotros nos vamos?

Eskkar negó con la cabeza.

—Los bárbaros tienen un proverbio: el enemigo de mi enemigo es mi amigo. Si ayudamos a esa tribu, ganaremos aliados contra Alur Meriki, y Orak necesita toda la ayuda que podamos encontrar. Con nuestro apoyo, pueden ser derrotados. —Vio la duda y la incredulidad en sus rostros—. Dijisteis que queríais luchar, ¿no? Bueno, ¡ésta es vuestra oportunidad! ¿O vais a salir corriendo?

No les dio tiempo a responder. Giró su caballo hacia los desfiladeros.

—Mitrac, acompáñame y prepara tu arco. Sisuthros, dispón a los hombres y acércate con los caballos a unos doscientos pasos por detrás de nosotros.

Se adelantó sin mirar atrás. En un instante, Mitrac se colocó a su lado, pálido pero decidido, con los ojos completamente abiertos. Eskkar miró al joven.

—Confía en mí, muchacho, podemos hacerlo. Te prometo que hoy matarás, por lo menos, a cinco Alur Meriki.

Avanzó a través del paso entre las colinas, mientras crecía el clamor de la lucha y el resoplido de los caballos. El primer grupo se había dado cuenta de que habían caído en una trampa, y ahora ambas facciones se tomaban su tiempo preparando a hombres y caballos para la lucha final. Sin duda, los perseguidos habían llegado al final del despeñadero y allí se reagruparían. Pero la batalla todavía no había comenzado, así que Eskkar contaba con algo de tiempo.

Tras comprobar las elevaciones del terreno que había observado antes desde la cima de la colina, Eskkar desmontó. Ató su caballo a un árbol retorcido y luego aseguró la montura de Mitrac.

—No era un buen nudo —dijo Eskkar—. Tu caballo se habría escapado con el primer estruendo de la lucha. Amarra bien siempre tu caballo. —Lo palmeó suavemente en el hombro—. Ahora ajusta tu espada y sígueme.

Sin esperar o mirar hacia atrás, Eskkar se movió en silencio el último centenar de pasos que conducían al estrecho sendero. El desfiladero se iba haciendo cada vez más alto, hasta llegar al recodo final del camino. Se arrastró entre las rocas y echó una rápida ojeada.

Los bárbaros habían dejado dos jinetes en la entrada para evitar cualquier intento de huida de sus oponentes. Miraban fijamente al despeñadero. La respiración agitada de Mitrac anunció a Eskkar su llegada, al tiempo que se ocultaba detrás de las rocas.

—Mitrac —dijo Eskkar, viendo que el arco del joven ya estaba preparado y una flecha dispuesta—. Hay dos guerreros armados con arcos justo en el recodo, a unos cuarenta pasos. Sus armas no están listas. Mata al que está más alejado, porque es el que está más próximo a la entrada del cañón y no quiero que se escape. Después haz lo mismo con el otro. Si no das en el blanco, sigue tirando. Si ataca, yo lo esperaré con mi espada.

Observó al joven, que parecía tranquilo, aunque el labio le temblaba ligeramente, igual que el arco en su mano.

—¿Preparado?

Mitrac tragó saliva y asintió.

Eskkar conocía el rastro del miedo.

—Es un blanco fácil y no esperan que les ataquen. Hazlo ahora y piensa después. Vamos. Da tres pasos y suelta la flecha. Estaré detrás de ti.

Eskkar desenvainó su espada, intentando infundir valor y una sensación de seguridad a Mitrac. En aquel momento, un gran grito de guerra de Alur Meriki sonó dentro del desfiladero, mezclado con el galope de los caballos, lanzados al ataque.

Las manos del joven arquero temblaban un poco, mostrando su nerviosismo. Se mordió el labio, respiró profundamente y avanzó. Dio tres largos pasos y, girando, se afianzó sobre su pie izquierdo.

El prolongado entrenamiento del muchacho bajo la tutela de su padre dio resultado. Tensó el arco suavemente, apuntó durante un breve instante y soltó la flecha. El primer guerrero dio un grito cuando su hombro derecho fue atravesado. El segundo, desconcertado, miró en la dirección equivocada. Cuando se giró de nuevo, la segunda flecha de Mitrac le impactó en mitad del pecho, haciéndole caer de su caballo.

Eskkar regresó a donde estaban sus hombres y, blandiendo la espada, les indicó que se acercaran. Volvió junto a Mitrac y le dio una palmada en el hombro para animarle.

—Colócate detrás de esas rocas. Tírale a cualquiera que se acerque con enseñas rojas.

Eskkar corrió, se hizo con los caballos de los bárbaros caídos y los condujo lejos de la entrada del desfiladero. Al acercarse pudo comprobar que la distancia entre las paredes del cañón era de unos diez metros. Le entregó los animales a Sisuthros, que se acercó con la espada en una mano y las riendas del caballo de Eskkar en la otra.

El capitán hizo un gesto a su lugarteniente, aliviado al ver que sus hombres le habían seguido. Le entregó las riendas de las cabalgaduras de los bárbaros a uno de los muchachos y luego montó en la suya.

—Ocúpate de estos animales. Es posible que necesitemos caballos de repuesto. — Se dirigió a Sisuthros y a los demás—. Seguidme, y al entrar en el desfiladero, formad una fila. No esperarán un ataque por la retaguardia. Cuando se dispongan a cargar contra vosotros, cabalgad tan rápido como podáis y matad a cualquiera que se os cruce con insignias rojas. Rojas, ¡acordaos de eso!

Habló rápidamente, sin dar tiempo a sus hombres para pensar o dudar.

Al momento, el capitán se encontró en el centro de una fila de diez jinetes, adentrándose en el desfiladero. El estruendo de la batalla atronaba sus oídos, aunque

todavía no lograba ver nada.

—Mitrac —llamó al joven que se encontraba de pie entre las rocas, con su arco y una flecha preparados—. Síguenos pero quédate en las rocas. Mata a todos los que puedas. No dejes que escape ninguno. —Eskkar miró a sus hombres—. Recordad, matad sólo a los de rojo o tendremos que luchar contra todos.

No tuvieron más tiempo para preocuparse.

—¡Pensad en todo el oro que llevan! Usad los caballos y gritad como locos. Quiero que vosotros los asustéis más que los otros bárbaros. ¡Ahora, seguidme y haced lo mismo que yo!

Espoleó a su caballo y confió en que sus hombres lo siguieran. Si no lo hacían, muy pronto estaría muerto. Su propio miedo le subió a la garganta con un sabor amargo, como siempre le sucedía antes de la batalla. La muerte podía encontrarse a pocos pasos, pero no quiso detenerse a pensar en el riesgo que entrañaba su decisión de luchar. Respiró hondo, aliviado de que se hubiera acabado el tiempo para reflexionar.

Al girar en la curva, justo antes de la entrada al desfiladero, le llegó con toda su furia el estruendo del combate. Grandes nubes de polvo se extendían por todos lados, pero Eskkar no les prestó atención y espoleó al mejor caballo de Nicar con salvajes patadas, mientras se mantenía firme sobre el animal, apretando fuerte las rodillas. Cuando llegó a la retaguardia de la pelea, el primero de los Alur Meriki les oyó venir y se dio la vuelta.

La espada de Eskkar cayó sobre el guerrero y le entró por el hombro cuando trató de hacer girar a su montura. Sin detenerse, el capitán se acercó con su caballo al siguiente hombre y chocó con el animal del bárbaro, haciendo que éste soltara las riendas en el momento en el que le asestaba otra brutal estocada. La locura de la batalla lo envolvió, dominándolo por completo. Lo único que importaba era matar.

Sus hombres lo seguían de cerca, gritando con toda la fuerza de sus pulmones y dando estocadas como dementes. Uno de los guerreros de Alur Meriki dio la vuelta a su caballo y se lanzó contra Eskkar, blandiendo su espada en lo alto. Antes de poder hacer nada, una de las flechas de Mitrac se hundió en el pecho del bárbaro, que cayó de espaldas.

La lucha se hizo confusa. Los caballos se golpeaban entre sí, relinchando y mordiendo. Los guerreros se aferraban a sus monturas, intentando pelear al mismo tiempo. Pero los animales más descansados de los hombres de Eskkar empujaron a los de Alur Meriki; la larga espada del capitán subía y bajaba incesantemente, salpicando de sangre a hombres y bestias.

Atacados por detrás por una fuerza desconocida, los bárbaros no podían calcular el número de agresores. Los gritos de los hombres de Orak se mezclaron con los de los heridos y moribundos.

Eskkar intentó hacer balance de la batalla, mientras se esforzaba por controlar a su montura y pelear, pero el caos del combate lo sobrepasó mientras los hombres, desesperados, luchaban cuerpo a cuerpo.

Un bárbaro se lanzó contra Sisuthros y lo derribó de su caballo. Los dos hombres rodaron a los pies del capitán, que se inclinó y hundió la espada en la espalda del bárbaro justo cuando elevaba su daga para dar una cuchillada mortal.

Se olvidó de Sisuthros cuando otro guerrero con su lanza se acercó al galope hasta él, lanzando su grito de guerra. Se había enfrentado a aquellas armas con anterioridad, y sabía que sólo tenía que desviar la punta unos pocos centímetros para sobrevivir. Azuzó a su caballo, se abrazó a su cuello y mantuvo el brazo rígido y la espada bajada hasta que vio la punta de la lanza. Entonces alzó su espada y golpeó la pica justo bajo la punta de bronce, sintiendo su ardiente roce en el brazo. Éste permaneció rígido y su espada recta cuando los caballos chocaron. La empuñadura de su arma golpeó el pecho de su oponente antes de que el impacto se la arrancara.

El golpe provocó que su caballo se sentara sobre sus patas traseras. También el capitán cayó de cabeza al suelo. Desde allí, todo se veía distinto y más aterrador. Un bárbaro lo vio como blanco fácil y se lanzó hacia él. Pero a una docena de pasos, el caballo se encabritó repentinamente al recibir una flecha en el cuello, mientras el jinete luchaba por controlar al agonizante animal.

Eskkar se arrastró hasta el guerrero que había matado y recuperó su espada. La aferró por la empuñadura con ambas manos, y poniendo un pie sobre el cuerpo, tiró con fuerza y la sacó del cadáver. Una flecha voló sobre su cabeza, pero no supo quién la había disparado o si había acertado en el blanco.

Su caballo, otra vez erguido, giraba y se movía aterrado, demasiado confuso para salir de la pelea. Con tres rápidos pasos se lanzó sobre el lomo del animal. Luchando por recuperar el control de la aterrorizada montura, trató de calmarla con su voz. Le llevó un instante recuperar el equilibrio y apretar sus rodillas contra los flancos, mientras se inclinaba para recoger las riendas. Otra flecha pasó zumbando por detrás del cuello del animal, y esta vez pudo ver cómo otro bárbaro con insignias rojas caía a pocos pasos.

En el momento en que el capitán tomó las riendas, el animal se tranquilizó. Miró a su alrededor para ver que los Alur Meriki estaban siendo acorralados, mientras los soldados de Orak repartían golpes como demonios. Se estiró sobre su montura para poder apreciar mejor la batalla. Seis o siete guerreros todavía intentaban cargar sobre los jinetes de insignias amarillas. El estandarte rojo se acercó a un reducido grupo de la tribu desconocida.

—Seguidme, Orak, seguidme —aulló Eskkar mientras empujaba a su caballo hacia delante, directo hacia el animal que portaba el estandarte—. Orak, Orak —gritó al estrellarse contra el jinete, haciendo retroceder al animal y dando golpes con su

espada. Eskkar irrumpió en el medio, golpeando en todas las direcciones y gritando a sus hombres para que lo siguieran. La locura del combate volvió a apoderarse de él. Ni pensamientos, ni miedo, sólo atacar.

Se abrió paso entre una fila de bárbaros que se habían dado la vuelta para enfrentarse a los hombres de Orak. Ahora estaba a la espalda de los Alur Meriki que se enfrentaban al debilitado grupo de jinetes del estandarte amarillo. Hundió la espada en el flanco de un caballo y después en la cabeza de otra montura de salvaje mirada. Las bestias heridas y aterradas se encabritaron, levantando sus patas y mezclando sus relinchos con el griterío ensordecedor de la batalla.

Eskkar puso a su caballo entre los dos animales heridos, matando a uno de los hombres que intentaba controlar a su montura. Después se enfrentó al otro jinete y descargó su espada sobre el brazo del guerrero. Un chorro de sangre y un grito brotaron al desaparecer la mano del enemigo. El capitán volvió a lanzarse hacia delante una vez más.

Casi había atravesado las filas de Alur Meriki cuando uno de los guerreros se colocó ante él para detenerle. Se trataba de un hombre fuerte, que dejó caer su espada sobre la cabeza de Eskkar, quien frenó el golpe, aunque el bárbaro contraatacó una y otra vez. Los golpes hicieron retroceder a Eskkar, impidiéndole responder. Luchó duramente, tratando de lograr por la fuerza lo que no podía con habilidad. Pero aquel guerrero era demasiado fuerte y decidido.

Tiró de las riendas, tratando de salir de aquel atolladero, pero su caballo estaba bloqueado por detrás. Sintió que el brazo con el que sostenía la espada se debilitaba, y vio el brillo de la victoria en los ojos de su enemigo.

Aquella luz se apagó repentinamente cuando una flecha apareció como por arte de magia en la garganta del guerrero. El caballo del moribundo sintió que las rodillas de éste se aflojaban y permitió el paso a la montura de Eskkar, que pasó por encima del hombre, cuyos ojos se volvieron a mirarlo. El brazo derecho del capitán temblaba a causa del tremendo esfuerzo, pero espoleó a su caballo y atacó a otro hombre por la espalda.

Un jinete de Alur Meriki apareció lanzando su caballo contra el de Eskkar, que fue derribado de nuevo, pero uno de los soldados de Orak llegó a tiempo para acabar con el bárbaro casi al instante. Se puso de pie y se lanzó contra los últimos Alur Meriki que todavía intentaban acercarse hasta el jefe de los jinetes del estandarte amarillo, que estaba herido y había desmontado, teniendo como protección a un único guerrero.

Una vez más la espada de Eskkar atravesó la grupa de un caballo, que tiró a su jinete al patear con las patas traseras, casi alcanzándole en la cara. Una flecha pasó silbando y derribó a otro guerrero de insignias rojas mientras el capitán levantaba su arma para cortar las piernas del último jinete.

El Alur Meriki se percató del peligro y blandió su espada contra Eskkar. Éste trató de detener el pesado golpe, pero su brazo temblaba de cansancio. El impacto le hizo retroceder y caer de rodillas, e intentó volver a ponerse de pie para resistir la embestida mortal del guerrero.

Pero el golpe final nunca llegó. El último de los guerreros de insignia amarilla asestó al caballo un tajo salvaje, que enloqueció al animal y le hizo caer herido y aterrado. El jinete Alur Meriki, luchando por mantenerse en su montura, levantó la espada contra Eskkar, pero luego dirigió la mirada hacia el guerrero de insignia amarilla. Aquel instante de indecisión le costó no sólo la oportunidad de asestar un buen golpe sino la vida.

Eskkar, todavía de rodillas, embistió con su espada al atacante, ahora lo bastante cerca, lanzándose hacia delante con todo el peso de su cuerpo, decidido a hundir la espada en el cuerpo de su enemigo, aunque le costase la vida. Su arma y la del otro hombre atravesaron, al mismo tiempo, al último guerrero de Alur Meriki, que lanzó una especie de agónico ronquido.

El caballo malherido cayó de lado, arrancando la espada de la mano de Eskkar. Éste consiguió volver a ponerse de rodillas e intentó recuperar su arma, pero no pudo hacerlo. Los agotados músculos de su tembloroso brazo se negaron a obedecerle, y ya le fue imposible ponerse en pie.

Contrariado, renunció a su espada y buscó un puñal, pero ya no era necesario. Miró a su alrededor y vio que la batalla había terminado. No había sobrevivido ningún guerrero de insignia roja. Sólo los hombres de Orak y los bárbaros de insignia amarilla seguían vivos, comenzando, de inmediato, a examinarse unos a otros con recelo.

Eskkar se puso en pie con dificultad, consciente de que había llegado el momento de verdadero peligro. Intentó recuperar el aliento. Sentía sus piernas temblorosas por el esfuerzo y la excitación. Levantó la voz y ordenó a sus hombres que desmontaran y guardaran las armas.

El guerrero que le había ayudado a eliminar al último hombre de Alur Meriki se dirigió a su jefe caído, que trataba de ponerse de pie. Otro más joven, que sostenía la espada ensangrentada que había sacado de un cadáver, miró con desconfianza al capitán. Su jefe llamó a los hombres, que se acercaron rápidamente, bajando sus armas.

El guerrero más joven repitió en voz alta las palabras que acababa de pronunciar su jefe, y esta vez Eskkar pudo comprenderlas, aunque hacía tiempo que no escuchaba su lengua materna.

No parecía que tuvieran intención de iniciar de nuevo la lucha, si Eskkar había entendido bien. Los hombres de Orak rodearon a su capitán, con las espadas todavía desenvainadas, pero apuntando hacia el suelo; Mitrac se sumó al grupo, con su rostro

rojo de excitación.

Eskkar quería que sus hombres se apartaran un poco para asegurarse de que nada inesperado sucediera. Intentó hablar, pero no pudo hacerlo. Respiró hondo y probó otra vez.

—Llevad los caballos... allá...

Se detuvo mientras Maldar acudía para agarrarlo por su brazo izquierdo, que pasó sobre su hombro. Sisuthros se acercó por otro lado y lo sujetó por la cintura.

—Estás herido —dijo este último mientras miraba hacia su brazo derecho, cubierto de sangre.

—Sí, y no puedes mantenerte en pie —agregó Maldar—. Necesitamos vendarte el brazo, antes de que te desangres, y echarle un vistazo a esa pierna.

Entre los dos lo llevaron hasta un lugar en donde pudieron sentarlo. Vio entonces la sangre que descendía del hombro hasta la muñeca. Debían de haberle herido al intentar esquivar la lanza. La punta del arma le había abierto una brecha a lo largo del brazo.

Sintió que le temblaba la pierna de forma incontrolada. Se le estaba formando un enorme cardenal en mitad del muslo, posiblemente a causa de su caída del caballo. De pronto, una oleada de dolor le atravesó la pierna, dejándole sin aliento. No podía concentrar su mirada.

Soltó una maldición al darse cuenta de que, si el hueso del muslo estaba roto, podía darse por muerto. Sería incapaz de cabalgar y estaban demasiado lejos de Orak. Sus hombres lo acomodaron contra un saliente de la roca, y Maldar le quitó la ropa a uno de los muertos, rasgándola en tiras. Sisuthros le acercó una bolsa de agua a los labios, hasta que ya no pudo beber más, y luego echó el resto sobre la herida del brazo para lavar la mayor parte de la sangre y limpiarla antes de que Maldar, rápido y eficiente, la vendara.

—¿Cuántos muertos? —Eskkar permaneció estoicamente sentado mientras lo curaban. Sisuthros y Maldar se miraron, contando mentalmente.

—Faltan cuatro.

La voz seria de Sisuthros hizo desaparecer las sonrisas victoriosas de sus rostros.

—¿Y los caballos? —Eskkar hacía esfuerzos para hablar—. ¿Y qué ha sucedido con los muchachos?

Su lugarteniente se dio la vuelta y ordenó a uno de los hombres que regresara a la entrada del cañón y trajera a los jóvenes y a los caballos.

—Uno de los muchachos ha muerto. —Mitrac estaba en cuclillas a los pies de Eskkar—. Le he visto caer.

—Se les ordenó que se quedaran en su puesto —dijo Eskkar furioso. Un muchacho de la aldea no duraría ni un instante en aquella pelea—. ¿Y el otro?

—No estoy seguro —respondió Mitrac—. Ambos se sumaron a la lucha, pero no

sé qué ha sido de él. Probablemente también esté muerto.

—Te debo la vida, Mitrac, por lo menos dos veces, que yo recuerde. —Se volvió hacia Maldar, sentado a unos pasos de distancia—. También a ti, Maldar.

Luego miró a Mitrac y vio que en su carcaj sólo quedaban dos flechas.

—Mejor que vayas a buscar tus flechas, antes de que los demás las usen para hacer fuego.

También comprobó que Sisuthros no parecía tener heridas serias. Se sintió ligeramente mareado y trató de concentrarse para evitar que sus pensamientos se dispersaran. Su pierna comenzó a temblar nuevamente. La agarró por la rodilla para detenerla.

—Examinemos las heridas de los hombres. Y después nuestros caballos. —Partieron a cumplir sus órdenes. Eskkar se recostó contra las rocas mientras un nuevo mareo le nublabla la vista. Cerró los ojos un momento.

Debió de ser un largo momento, porque de pronto se sentó recto, mirando confuso a su alrededor. Por la sangre de Ishtar, debía de haberse quedado dormido. Un jefe jamás debe mostrar tal debilidad ante sus hombres. Trató de levantarse pero Maldar le obligó a quedarse sentado.

—Descansa, capitán. Te has desmayado. Has perdido mucha sangre. —Reconoció el tono afectuoso de su voz—. Y tenemos buenas noticias, capitán. Zantar está vivo. Lo encontraron debajo de un montón de cuerpos, inconsciente. Los bárbaros lo estaban desnudando cuando despertó. Les ha dado un susto de muerte. —Maldar se rió de la situación—. Y uno de los muchachos todavía está vivo, esa rata ladrona —añadió, en referencia al ladronzuelo que había rogado y suplicado que lo dejaran participar en la misión—. Su brazo está roto por mal sitio, pero puede que viva, aunque no va a poder robar más bolsas.

Eskkar intentó pensar. Si Zantar estaba bien, entonces habían perdido sólo tres hombres, dos veteranos y uno de los reclutas. No estaba tan mal, si tenía en cuenta el tamaño del grupo al que se habían enfrentado. Se preguntó cuántas bajas había sufrido la otra tribu. Miró a su alrededor y vio que quedaban pocos hombres.

Sisuthros regresó y se dejó caer en el suelo, junto a él.

—Cuatro muertos, contando al muchacho, y hemos perdido tres caballos, sin contar el tuyo: uno de los bárbaros parece interesado en quedárselo. El resto de nosotros está bastante bien, sólo cortes leves y golpes. Deberíamos regresar al arroyo y lavarnos. O por lo menos ir a buscar más agua.

Nadie sabía por qué las heridas lavadas con agua limpia cicatrizaban antes.

—Sí. Si pueden cabalgar, envíalos al arroyo. Que traigan agua para todos.

—Yo me ocuparé de ello, Sisuthros —dijo Maldar mientras se ponía de pie—. Quédate y no le quites ojo a esos bárbaros.

Maldar reunió rápidamente todos los odres que encontró y salió a galope con

otros dos soldados.

Sisuthros se inclinó hacia su capitán y le habló en voz baja.

—He ordenado a los hombres que mantengan cerca sus armas, por si intentan algo.

—Asegúrate también de que no seamos nosotros los que podamos causarles problemas.

Eskkar quería su ayuda, no otra pelea.

—Capitán, los bárbaros están despojando a los muertos de sus pertenencias. Algunos de nuestros hombres trataron de hacer lo mismo, pero los otros amenazaron con desenvainar sus armas, así que se retiraron.

—No te preocupes por el botín —dijo Eskkar con una sonrisa cansada—. Después de la batalla, todas las armas y trofeos capturados pertenecen al jefe. Él lo divide de acuerdo a la valentía de cada luchador o según sus necesidades. Diles a los hombres que recibirán su parte.

Les llegó el sonido de una voz desde donde estaban los bárbaros. Eskkar dirigió la mirada al campo de batalla. El jefe del desconocido grupo se aproximaba, asistido por el mismo guerrero que había luchado a su lado al final del combate.

—Aquí llega su jefe. —Intentó levantarse, pero su pierna le falló y no podía arreglárselas con un solo brazo—. Ayúdame, Sisuthros.

Su lugarteniente le pasó un brazo por debajo del hombro y comenzó a levantarlo, pero el joven guerrero, ahora a escasos pasos de distancia y haciendo uso de la lengua que usaban los comerciantes, le dijo que lo dejara en el suelo. Unos momentos después, el jefe bárbaro se sentó ante Eskkar. El joven guerrero permaneció de pie detrás de él, con expresión sombría.

—Saludos, jefe de los desconocidos. Yo soy Mesilim, jefe de Ur-Nammu. Éste es mi hijo, Subutai.

Giró lentamente la cabeza, como si le doliera, e hizo una inclinación al guerrero que tenía a su espalda. Mesilim tenía un gran cardenal en la frente y cortes en ambos brazos, cubiertos por vendas que ya estaban empapadas de sangre. Usaba el idioma de la gente de las estepas. Hizo una pausa y luego miró a los hombres de Eskkar, que permanecían sentados en las proximidades.

Eskkar comprendió su error. Cuando los jefes de un clan hablan, sólo él o sus lugartenientes pueden estar presentes. El resto debe permanecer alejado, por si deben ser tratadas cuestiones privadas.

—Sisuthros, di a los hombres que se alejen.

El soldado pareció inquieto, pero mandó a los hombres que se retiraran unos veinte pasos, para que no pudieran escuchar la conversación.

El capitán esperó a que Sisuthros regresara y se colocara, siguiendo el ejemplo del guerrero, detrás de él.

—Mi nombre es Eskkar, capitán de la guardia del poblado de Orak, y rindo honores al gran jefe del clan, Mesilim, que hoy ha matado a muchos guerreros. — Miró al hijo—. Y a su intrépido hijo, que ha combatido a todos los Alur Meriki que se atrevieron a enfrentarse a él.

Era mejor excederse en los elogios antes que arriesgarse a cometer alguna ofensa al honor.

—Tus hombres han luchado valientemente, jefe Eskkar —dijo Mesilim—, pero necesito saber por qué os habéis sumado a la batalla. Vosotros cabalgáis y vestís como la gente de los poblados, y sé que tenéis poco aprecio a la gente de las estepas.

«Gente de los poblados» era la manera más cortés que un hombre de las estepas podía emplear para denominar a los «comedores de tierra». Mesilim había hecho un esfuerzo.

—Mi gente está enfrentada a Alur Meriki. ¿No es el enemigo de mi enemigo mi amigo? Estábamos de exploración cuando vimos que tus guerreros eran atacados. ¿A quién no le gustaría luchar al lado de tan bravos guerreros?

La sombra de una sonrisa cruzó el rostro de Mesilim. Eskkar se preguntó si habría exagerado demasiado en sus elogios. Sin embargo, el jefe de Ur-Nammu y sus hombres estarían muertos sin la ayuda que ellos les habían prestado, aunque, evidentemente, su jefe no lo admitiría jamás. Por una cuestión de respeto y cortesía, tampoco Eskkar podía mencionarlo.

—Tienes razón, jefe Eskkar. El enemigo de mi enemigo es mi amigo. Has salvado muchas vidas en el día de hoy, incluida la mía. Pero ¿puedes decirme por qué te enfrentas a Alur Meriki? Son un clan con numerosos guerreros, y la gente de los poblados no puede combatirles.

—No deseamos enfrentarnos con ninguna de las tribus de las estepas, jefe Mesilim. Pero Alur Meriki avanza hacia nuestro poblado con todos sus efectivos, y hemos escogido combatir en vez de huir. —Eskkar vio cómo la incredulidad se asomaba al rostro de Mesilim y adivinó lo que estaba pensando: que ningún campesino tenía ni la más mínima posibilidad contra una fuerza de guerreros tan grande—. Mi aldea es muy numerosa, casi tanto como la tribu de Alur Meriki. Hemos construido una gran muralla de piedra a su alrededor y nos enfrentaremos a Alur Meriki desde ella, no desde nuestros caballos.

Mesilim bajó la vista, demasiado cortés como para mostrar sus dudas o su disgusto ante una estrategia con tan pocas garantías de éxito. Procedió entonces a hablar de su propio clan.

—Mi pueblo se enfrentó a Alur Meriki por primera vez hace más de dos años. Luchamos con valentía y matamos a muchos de ellos, pero nos vencieron porque su número era mayor. Ahora los Ur-Nammu casi hemos desaparecido. Casi todos nuestros guerreros han muerto. Sólo quedamos nosotros para continuar la lucha.

Nuestras mujeres y niños... han sido asesinados o capturados por Alur Meriki. —Su voz no pudo ocultar la tristeza de su corazón—. Seguimos combatiendo obligados por el juramento de Shan Kar que hemos hecho, aunque tal vez habría sido mejor que hubiéramos caído todos en la batalla de hoy.

Eskkar miró a Subutai con más respeto. Muchos hijos clavarían un cuchillo en la espalda de su padre en una noche oscura antes que continuar con una lucha hasta la muerte. Porque eso es lo que significaba Shan Kar, una lucha hasta la muerte, y Mesilim había condenado a sus seguidores a ese destino, puesto que no tenían posibilidad de victoria alguna. El hijo debía de ser muy leal y demostraba una gran tenacidad protegiendo a su padre así.

—Gran jefe, tengo mucho que preguntarte con respecto a Alur Meriki. Conoces bien a mi enemigo y todo lo que pudiéramos aprender de vosotros sería de gran ayuda para mi gente. Siempre que estuvieras dispuesto a compartir ese conocimiento conmigo.

Mesilim asintió.

—Sí, tenemos mucho de que hablar. Pero primero cuidemos de nuestros heridos, enterremos a los muertos y dividamos el botín. Pronto caerá la noche.

Tendió la mano a su hijo, que le ayudó a ponerse de pie y luego lo escoltó de regreso con los Ur-Nammu.

Sus hombres se acercaron tan pronto como Mesilim se hubo alejado, intrigados por aquella conversación. Cuando todos estuvieron a su alrededor, Eskkar explicó la situación.

—Por ahora, somos considerados amigos de los Ur-Nammu, puesto que hemos peleado junto a ellos. Reunirán el botín de los muertos, que será dividido entre todos. Según la costumbre, el jefe Mesilim hará el reparto, pues es el que posee más guerreros. Debemos enterrar a nuestros muertos y cuidar de nuestros heridos. —Vio la duda en los ojos de sus hombres, por lo que decidió ser un poco más explícito—. No os preocupéis. Nos podrían matar con facilidad si quisieran. —Los Ur-Nammu tenían alrededor de veinticinco guerreros preparados para luchar—. Esta gente conoce muy bien a nuestro enemigo. Más aún, podrían ayudarnos en nuestra lucha. Así que aseguraos de no ofender a ninguno de ellos. Son todo lo que queda de un pueblo orgulloso, enfrentados en una lucha a muerte contra nuestros enemigos. Ahora ayudadme a levantarme.

Sisuthros y Maldar lo pusieron de pie y lo sostuvieron mientras trataba de caminar. La hinchazón de su muslo era enorme, pero dio unos pocos pasos con su ayuda, comprobando con alivio que el hueso no estaba roto; de lo contrario, su pierna no habría soportado el peso. Sin embargo, cada vez que trataba de apoyarla, un agudo dolor lo atravesaba. Pidió que le dieran algo en lo que pudiera apoyarse. Maldar cogió una lanza rota y se la acercó.

A pesar del dolor, insistió en examinar a cada uno de sus hombres. La mayoría de las heridas no parecía muy grave. Se trataba, sobre todo, de cortes superficiales. Zantar, que había caído inconsciente durante la batalla, seguía tumbado en el suelo, con los ojos perdidos, mareado y balbuceando incoherencias. El único que había escapado sin un rasguño era Mitrac.

El muchacho que había sobrevivido, llamado Tammuz, sufría la peor herida. Eskkar vio que el brazo izquierdo tenía una rotura complicada, probablemente en más de un sitio. El más ligero roce o movimiento le provocaba un agónico aullido.

—Bueno, Tammuz, veo que has desobedecido mis órdenes. La próxima vez, quizá me hagas caso.

Aparte del brazo, el resto de sus cortes y golpes parecían de escasa importancia.

—Quería luchar, capitán —respondió el chico con la voz quebrada, luchando contra el llanto. Incluso el esfuerzo de hablar le resultaba doloroso—. Maté a uno, yo, con el... arco. Mitrac lo vio, estoy seguro... lo vio.

Eskkar había traído dos arcos, pero los había dejado con los caballos. Los inexpertos muchachos los habían preparado y habían seguido a los guerreros tan pronto como pudieron.

—Estoy seguro de que es verdad, Tammuz. Ahora descansa.

Eskkar sabía que el brazo roto le daría complicaciones y que el joven posiblemente moriría en un día o dos si no lo remediaban. Se volvió hacia Maldar.

—Dale agua, y después vino, mucho, para aliviar el dolor.

Usando su improvisado bastón, Eskkar se giró y miró hacia los Ur-Nammu.

Mesilim y su hijo ya casi habían terminado de atender a los heridos y habían comenzado a preparar el entierro de los que habían perecido. Mientras Eskkar observaba, varios jinetes salieron para realizar diferentes tareas, mientras que otros comenzaron a despejar una zona contra una de las paredes del desfiladero. El capitán se acercó cojeando a Mesilim. El grupo de guerreros bárbaros lo miró con curiosidad pero le abrieron paso. Su jefe alzó la vista.

—Honorable jefe —comenzó Eskkar—, tengo a un muchacho herido. Se ha roto un brazo y está grave. Nosotros no podemos curarlo. ¿Hay alguien entre los tuyos que pueda ayudarlo?

Mesilim consideró aquella petición.

—A los muchachos se les atiende al final, después de los guerreros. Tenemos un curandero, pero ha de ocuparse de sus propias heridas. Te lo enviaré cuando haya terminado de atender a nuestros guerreros. —El jefe bárbaro miró hacia donde sus hombres estaban despejando la tierra para el entierro—. Enterraremos a nuestros muertos tan pronto como sea posible. ¿Quieres que los tuyos reposen junto a ellos?

—Sí, y te agradezco que nos concedas ese honor. ¿Permitirás que mis hombres ayuden a cavar la tumba? —Había que hacer una fosa lo bastante profunda para

mantener alejados a los animales salvajes. Se necesitaría el esfuerzo de muchos hombres—. Tenemos una herramienta para remover la tierra que podría facilitar el trabajo —añadió Eskkar.

—Debo consultarlo con mis hombres —respondió Mesilim.

Éste se dirigió a su hijo y a dos guerreros. Cada uno dijo algo, pero todos parecieron ponerse de acuerdo. Se giró de nuevo hacia Eskkar.

—Tus hombres pueden ayudarnos, y te lo agradecemos. Tus muertos honrarán a los nuestros.

Eskkar hizo una reverencia como agradecimiento y regresó junto a sus hombres, apoyándose en la lanza y apretando los dientes a causa del dolor.

—Mesilim enviará a un curandero para ayudar al... Tammuz. —A quien había matado a un enemigo en el campo de batalla ya no se le podía llamar muchacho—. Reunid a nuestros muertos y preparadlos para ser enterrados. Después, todos los que podáis les ayudaréis a cavar la tumba. Enterraremos a nuestros muertos junto a los suyos. Nos han honrado con su ofrecimiento.

—¿Qué están haciendo ahora? —preguntó Sisuthros. Una docena de guerreros se había montado en sus caballos y habían salido del desfiladero, llevando con ellos varios animales de repuesto.

—Van a buscar los cuerpos que quedaron en el otro campo de batalla. Cuando sean enterrados, los cuerpos de los Alur Meriki quedarán sobre la tumba para los animales carroñeros y para que todos sepan cuántos murieron aquí. Creo que entonces podremos abandonar este maldito desfiladero.

La idea de marcharse sonaba cada vez mejor a cada momento que pasaba. Había moscas por todas partes, y las aves de rapiña hacían círculos sobre sus cabezas, esperando su oportunidad, atraídas por la sangre y por la muerte. Eskkar intentó ignorar el olor metálico de la sangre, que le provocaba arcadas. Vio a Mitrac espantar una mosca.

—Mitrac, ¿has recuperado ya tus flechas?

Una mirada avergonzada del joven respondió a su pregunta.

—Ve a buscarlas. Podremos volver a necesitarlas y de paso haces recuento del número de hombres que has matado. —Aquello lo mantendría ocupado—. Sisuthros, deja a uno de los hombres para cuidar a Zantar y al... Tammuz. El resto de vosotros, tomad las palas y poneos a cavar.

Cavar resultó ser demasiado para Eskkar, que se dio cuenta de que no podía hacer ningún esfuerzo con su pierna. Pero cinco de sus hombres comenzaron a trabajar junto con los Ur-Nammu, y la pequeña pala de bronce que habían traído demostró ser de gran utilidad. Pero a pesar de sus esfuerzos, Eskkar sabía que la noche caería antes de que hubieran terminado.

Mesilim pensó lo mismo. Dos de sus hombres regresaron con leña y encendieron

fuego, preparando algunas ramas para que sirvieran de antorchas. La grasa de los caballos muertos las mantendría encendidas.

Los hombres de Eskkar trabajaron tanto como los bárbaros para demostrar que eran tan fuertes como ellos. A pesar de la ayuda, los veinticinco hombres emplearon casi cuatro horas en excavar una fosa lo suficientemente larga y profunda para enterrar cincuenta cuerpos, incluidos los de los Ur-Nammu que habían muerto en la escaramuza anterior.

Aquellos cuerpos habían sido transportados hasta su lugar de enterramiento atados de en dos sobre los caballos. Casi dos tercios de los hombres de Mesilim habían muerto aquel día. Habían luchado con coraje y si hubieran sido un poco más numerosos, tal vez habrían derrotado a los Alur Meriki por sí mismos. Ahora sólo quedaban vivos veinticinco, muchos de ellos heridos, para continuar con la venganza que había jurado su jefe.

Al caer la noche, los hombres avivaron la hoguera y encendieron más antorchas. Una hora más tarde, la luna apareció en el cielo e iluminó su trabajo. Sin embargo, el esfuerzo dejó a todos los hombres extenuados, que salieron, finalmente, tambaleándose de la fosa.

—Por los dioses, capitán. —Sisuthros parecía a punto de desmoronarse. Tenía tanta tierra encima que sus ojos brillaban blancos a la luz de las antorchas—. No recuerdo haber trabajado tanto jamás. —Miró al resto de los agotados hombres de Orak y sonrió—. Pero les hemos demostrado que podemos igualarlos.

—Ve a buscar un poco de agua y después trae a nuestros muertos.

Uno de los guerreros de Ur-Nammu comenzó a entonar un cántico fúnebre para consagrar el terreno y prepararlo para recibir los cadáveres. Eskkar y sus hombres permanecieron de pie y observaron en silencio bajo la luz de las antorchas hasta que concluyó la breve ceremonia.

Mesilim caminó con dificultad, pero sin ayuda, hasta donde se encontraba Eskkar.

—Puedes colocar a tus hombres en este extremo de la fosa, para señalar la dirección por donde habéis llegado. Cubriremos tus muertos con los nuestros, para protegerlos en el otro mundo.

—Estamos muy agradecidos de que honréis a nuestros muertos —contestó formalmente Eskkar, e hizo un gesto con la cabeza a Sisuthros para que comenzara a colocar los cadáveres en la tumba. A continuación dispusieron los cuerpos de los Ur-Nammu, tratando cada cadáver con toda la delicadeza que les fue posible, con las piernas estiradas y los brazos cruzados sobre el pecho.

Eskkar se aproximó al extremo de la fosa en donde yacían sus hombres, completamente cubiertos por los otros cuerpos. Pronunció en voz alta una oración para rendir honores a los muertos, llamando a cada uno por su nombre y mencionando sus hazañas, para que la diosa Ishtar y el gran dios Marduk supieran a

quiénes recibían y los trataran como verdaderos guerreros.

Cuando Eskkar se retiró, Mesilim se aproximó por el otro lado e hizo lo mismo, aunque empleó más tiempo, al incluir más detalles sobre el guerrero más valiente. Finalmente, todos los dioses, demonios y sombras fueron invocados. Los hombres comenzaron a tapar el agujero, un proceso que llevó casi tanto tiempo como abrirlo, ya que era necesario apisonar la tierra lo más posible.

Cuando la tumba quedó totalmente cubierta, los guerreros pasaron sobre ella con sus caballos, para que la tierra quedara más compacta. Finalizaron casi a medianoche. Abandonar a aquella hora el desfiladero habría sido una temeridad. Los hombres de Eskkar encontraron un claro alejado del lugar de la matanza. Se echaron en el suelo envueltos en sus mantas y durmieron profundamente, demasiado exhaustos para pensar, para comer o para preocuparse de que alguien pudiera cortarles el cuello en medio de la noche.



CAPÍTULO 14

El sol de la mañana despertó a Eskkar. Se sentó de golpe, pero sintió de inmediato una punzada de dolor que le hizo encogerse. Miró hacia el campamento. Sus hombres estaban ya en movimiento, excepto Zantar y Tammuz, que permanecían envueltos en sus mantas. El curandero de Mesilim había hecho todo lo que había podido por el brazo del muchacho, pero sus gritos se habían oído en todo el desfiladero, a pesar del vino que le habían dado. Dos veces se desvaneció durante la cura. Ahora dormía aunque la fiebre se había adueñado de su cuerpo. No podía hacerse nada más. Tammuz se recuperaría o moriría, suponiendo que no terminara con él el largo camino de regreso a la aldea.

Alguien había dejado un odre de agua a su lado. Lo vació antes de ponerse de pie, luchando contra el dolor de su pierna. Dio unos pasos cojeando, con los dientes apretados, hasta que disminuyó la rigidez de sus piernas y se sintió un poco más fuerte. Al menos no necesitaría la muleta.

Examinó el vendaje de su brazo. Su herida había dejado de sangrar, aunque el dolor acompañaba cualquier movimiento brusco. A la luz del día vio que la sangre, la tierra o algo peor le cubrían el cuerpo. El olor le revolvió el estómago.

—Buenos días, capitán —le saludó Maldar acercándose—. Los bárbaros han traído más leña. Pronto tendremos carne de caballo fresca.

La bilis le subió a la garganta ante la simple idea de comer. Tragó saliva con fuerza antes de poder hablar.

—Quiero lavarme en el río. Trae mi caballo.

—Buena idea, capitán. Nosotros ya lo hemos hecho.

Sus hombres habían ido hasta el río y regresado mientras él dormía. Se maldijo por su debilidad.

Maldar acercó su caballo, que sostuvo mientras Eskkar montaba con cuidado. Se dirigió lentamente hacia el valle, ignorando las palpitaciones de su muslo y el mareo que sentía.

A la orilla del arroyo desmontó, haciendo un gesto de dolor al apoyar su pierna de golpe. Se deslizó lentamente entre las tranquilas aguas, en donde se lavó el cuerpo y las ropas al mismo tiempo. El esfuerzo lo dejó agotado. Se quedó recostado en el agua fría hasta que los últimos restos del olor y de la sangre seca se desvanecieron.

Cuando comenzó a sentir frío, salió y descansó a orillas del arroyo, dejando que los rayos del sol le calentaran mientras secaba sus ropas y pensaba en lo que les depararía aquel día.

Cuando volvió al desfiladero, encontró a sus hombres de pie, esperando. Habían alimentado a los caballos, las armas estaban limpias y las heridas revisadas. Los Ur-Nammu habían terminado la tumba. Una lanza, hundida en la tierra y con la punta dirigida al cielo, señalaba el lugar. En su extremo ondeaba un largo estandarte amarillo con el símbolo de Ur-Nammu.

Se entonaron más plegarias para apaciguar a los dioses y santificar la tierra. Los cuerpos de los Alur Meriki yacían en un montón alrededor de la lanza, abandonados a merced de los animales carroñeros, para que todos supieran que habían sido conquistados en la vida y en la muerte. Cuando los Alur Meriki descubrieran el sitio, dejarían los cuerpos al descubierto y sin enterrar. Los muertos sufrirían en el otro mundo a causa de su derrota.

Uno de los guerreros de Mesilim lo recibió con un trozo de carne de caballo asada, casi quemada, y tan caliente que era difícil de sostener. Eskkar la devoró, sorprendido de su propia hambre. Con un segundo pedazo se sintió satisfecho.

Mesilim se acercó.

—Jefe Eskkar, estamos listos para dejar este lugar. Acamparemos al otro lado del arroyo. Enviaré exploradores por si se aproximara otro grupo de bárbaros.

Si es así, todos moriremos. Emplearon bastante tiempo en cargar hombres y animales con las armas capturadas, la comida y el botín. Finalmente, se encaminaron con sus caballos hacia fuera del desfiladero. Cuando estaban llegando a la salida, Eskkar miró hacia el lugar donde tantos habían muerto. Ya había una bandada de aves de rapiña peleando por los despojos. La gente de las estepas había vivido y muerto de ese modo durante generaciones. Era una manera de morir tan buena como cualquier otra, aunque esperaba que sus huesos encontraran la paz bajo un pedazo de tierra y no quedaran sobre ella.

Acamparon a la orilla del riachuelo en donde él se había bañado. Todos estaban contentos de haberse alejado de aquel laberinto de piedra y de haber vuelto a la pradera, donde el aire no olía a sangre. Un árbol seco les proporcionó leña y, de inmediato, se colocó más carne de caballo sobre el fuego.

El capitán departió con Zantar. Había recuperado el sentido y podía hablar coherentemente. Tenía un enorme cardenal en la frente. Era extraño, pero no recordaba nada del combate ni de las horas previas, y tuvieron que contarle todo en

detalle.

En cuanto a Tammuz, seguía inestable. Se les había acabado el vino. Habían sostenido al muchacho sobre su cabalgadura durante el breve trecho hasta el arroyo, pero tan pronto lo bajaron, volvió a desvanecerse. El curandero de Mesilim examinó al paciente y le volvió a vendar el brazo contra el cuerpo para evitar que se hiciera más daño. Ahora Tammuz dormía sobre la hierba, con la cabeza apoyada sobre una manta enrollada, inquieto y hablando en sueños.

Tres exploradores Ur-Nammu se alejaron, mientras que otros tomaron posición como vigías sobre las colinas. Cuando animales y hombres hubieron comido y descansado, llegó el momento de hablar.

Mesilim y su hijo se acercaron a Eskkar. Éste pidió a Sisuthros que se quedara a su lado, aunque no entendiera el idioma. Los cuatro hombres encontraron un lugar tranquilo en una pequeña colina cubierta de hierba a unos cien pasos del arroyo, donde podían conversar con tranquilidad sin que nadie les molestara.

Eskkar compartió toda la información que tenía sobre Alur Meriki, y luego escuchó con atención lo que Mesilim tenía que contar. El capitán hizo muchas preguntas con respecto al número y movimientos de los Alur Meriki. Mientras hablaban, los jefes dibujaron un mapa en la tierra, sirviéndose de ramas, piedras y cuchillos para representar los lugares importantes.

—Ahora entiendo por qué avanzan de esa forma —observó Mesilim—. Nos preguntábamos qué pretendían con semejantes desplazamientos y por qué no se dirigían hacia el Oeste. No es buen presagio ni para ti ni para tu poblado.

—Mesilim, creo firmemente que podemos resistir —dijo Eskkar—. Tendré muchos arqueros sobre la muralla y guerreros blandiendo sus espadas. —No esperó un cortés asentimiento—. Pero me gustaría contar con el apoyo de tu clan en nuestra lucha. Si nos ayudas, creo que podrás satisfacer a tu Shan Kar sin sacrificar al resto de tus hombres.

—El Shan Kar significa la muerte —respondió firmemente Subutai—. Todos hemos hecho el juramento y no nos volveremos atrás. Eskkar asintió gravemente.

—Por supuesto. No conozco a tu clan, Subutai, y desconozco tus costumbres, ¿pero no es posible satisfacer el Shan Kar con una gran derrota del enemigo en la batalla? Al menos eso es lo que he oído.

Sabían que Eskkar era oriundo de las estepas, probablemente del clan Alur Meriki al que acababan de enfrentarse. Pero prevaleció la diplomacia. Ni Mesilim ni su hijo querían hacer pregunta alguna cuya respuesta pudiera ofenderle.

—Es verdad —respondió Mesilim—, pero no somos tan numerosos como para entablar una gran batalla. Los días de nuestro clan están contados, y no recuperaremos nuestras fuerzas antes de ser aniquilados. En pocos días, otros diez o doce guerreros y un puñado de mujeres se unirán a nosotros, y eso es todo lo que

queda de Ur-Nammu.

Eskkar no sabía cuántos habían sobrevivido, pero recibió el dato como una buena noticia.

—Orak es lo suficientemente fuerte para emprender una gran batalla. Contamos casi con tanta gente como los Alur Meriki, y cada día llegan más. Hará falta todo el poder de Alur Meriki para conquistar nuestra aldea. Si vosotros sumáis vuestras fuerzas a las nuestras, entonces podríamos compartir el gran combate. Si ganamos, tu Shan Kar estaría satisfecho. Y si luchas a nuestro lado, podríamos ayudar a tu gente con armas, caballos y provisiones.

Mesilim y Subutai intercambiaron una mirada. Un Shan Kar hecho dos años atrás en el ardor de la derrota los condenaba a todos a muerte.

—Debemos satisfacer nuestro honor, Eskkar —dijo Mesilim, levantando la cabeza con orgullo—. Pero si hubiera una manera...

Eskkar respiró aliviado, y luego volvió a concentrarse en el mapa trazado en el suelo, reorganizando las ramas y las piedras.

—Aquí al Norte está el Tigris. —Tres pequeñas ramitas dobladas en ángulo representaban la gran curva del río—. Y aquí Orak. —Una pequeña piedra al lado de una ramita—. El grupo principal de Alur Meriki está aquí. —Colocó una piedra más grande cerca del río—. Los dos grupos de exploración —puso dos piedrecitas en la parte inferior del Tigris— arrasarán con todo en su camino hacia Orak, y en seis o siete semanas el clan completo estará acampado ante las murallas del poblado. —Mesilim asintió—. Excepto un tercer grupo. —Eskkar cogió una de las piedrecitas y la puso al otro lado del Tigris, en el lado opuesto a Orak—. Tratará de cortar el paso a los que intenten escapar, y luego capturará todo el ganado y los caballos que hayamos trasladado al otro lado del río. Será un grupo más pequeño, quizá setenta u ochenta guerreros, suficientes para defender el río y atacar los alrededores. Con tu ayuda, tenderíamos una emboscada a este grupo y los mataríamos a todos. —El cuchillo de Eskkar trazó una línea hacia el Norte, a lo largo del Tigris—. Después tu gente podrá ir hacia el Norte, cruzar el río corriente arriba y bajar hacia el Sur y atacar el campamento principal por detrás cuando la batalla sea más encarnizada. Seguramente tenga pocas defensas. Podrás entrar cabalgando y capturar todas las mujeres y caballos que necesites para reconstruir tu tribu. —Su cuchillo trazó otra línea orientada hacia el Noreste—. Entonces podrás volver a estas montañas alejadas del Norte y reorganizar tu clan. Si permaneces al norte del río Isogi, podrás ayudarnos a proteger las fronteras de Orak. Estableceremos pactos comerciales con tu gente, e incluso les ofreceremos protección, si alguna vez la necesitaran. —Clavó firmemente su cuchillo en la tierra.

—¿Cómo satisfaremos el Shan Kar de ese modo? —La curiosidad de Subutai pudo más que él—. Incluso si vencemos, Alur Meriki no quedaría definitivamente

derrotado.

Eskkar respiró hondo, mientras elegía cuidadosamente las palabras.

—Alur Meriki tiene planeado este ataque sobre Orak desde hace muchos meses. Todos sus movimientos y ataques han sido realizados con el único propósito de concentrar todas sus fuerzas ante el poblado. Saben que estamos fortificándolo y construyendo una muralla, pero creen que no podremos detenerlos. Si no consiguen conquistar Orak, si son obligados a marcharse hacia el Sur sin apoderarse de la aldea, su plan habrá fracasado. Al luchar junto a nosotros, habréis ayudado a derrotar a Alur Meriki en una gran batalla. Eso debería satisfacer el Shan Kar.

Les estaba ofreciendo una manera de salvar el honor, y debían considerarla una opción mejor que la de luchar hasta morir sin esperanza alguna de sobrevivir. Eskkar se reclinó y puso las manos sobre las rodillas. Había hecho la mejor oferta posible. Ahora Mesilim tendría que decidir.

El jefe de Ur-Nammu meditó aquellas palabras durante algún tiempo.

—Alur Meriki regresará dentro de diez o quince años —dijo por fin—. Aunque los rechaces ahora, es posible que seas derrotado más adelante.

Eskkar y Trella habían hablado con frecuencia sobre aquella posibilidad.

—Los tiempos están cambiando, Mesilim. Creo que cuando los Alur Meriki regresen, todos los territorios que rodean Orak estarán defendidos, y las murallas del poblado serán más altas y más sólidas de lo que son ahora, con muchos más defensores preparados. He visto lo que se puede hacer para prepararse para el ataque, y he aprendido mucho. El futuro está siempre envuelto en misterio, pero creo que Orak resistirá y los Alur Meriki serán expulsados.

—¿Cómo cruzaríamos el río? —La sutil pregunta de Subutai no dejaba lugar a dudas sobre los pensamientos del joven. Aquellas palabras serían también como una señal para el padre.

—Cuando estéis listos —continuó Eskkar—, en unas pocas semanas, dirigíos a Orak. Tendremos una barcaza para que crucen vuestros hombres y vuestros caballos por el río. Esperaremos vuestra llegada y os escoltaremos, para que nadie os ataque por error.

—¿Por qué haces todo esto, Eskkar? —preguntó Mesilim—. ¿Y por qué te preocupan tanto los guerreros del otro lado del río?

—Si no puedo destruir a todos los barbar... Alur Meriki en la orilla oeste, aquellos que escapan darán aviso al campamento principal. Aunque sólo sobrevivan unos cuantos, sería un desastre para Orak. Una docena de hombres podrían incendiar toda la llanura. No disponemos de recursos para luchar contra grupos de guerreros en esa orilla del Tigris, y no tendremos suficientes hombres para cuidar de nuestro ganado. Los pobladores se desanimarían si supieran que sus rebaños han sido diezmados o capturados. Necesitamos ese ganado una vez que hayamos expulsado a

los Alur Meriki. —Eskkar miró al jefe a los ojos—. Necesito poder decirle a mi gente que puedo destruir a los Alur Meriki en la orilla oeste y regresar a Orak a tiempo para dirigir el ataque desde la muralla. Debo aniquilarlos por completo, y no puedo hacerlo en campo abierto. No tengo suficientes caballos ni hombres entrenados para semejante empresa. Así que necesito tu ayuda para asegurarme de que caen en una emboscada en la que mis arqueros puedan encargarse de ellos, ayudados por tus guerreros para que ninguno escape.

—Hablaré sobre ello con Subutai y los otros guerreros —dijo Mesilim—. Te daremos una respuesta al caer la noche. —Se puso de pie y luego tendió la mano para ayudar a Eskkar a levantarse—. Tú eres... tú has nacido en las estepas. Ahora has unido tu suerte a la de granjeros y pastores de cabras y ovejas, y ellos nunca te aceptarán completamente. ¿Acaso no deseas, a veces, volver a la vida del guerrero?

No era una pregunta fortuita. Mesilim le estaba ofreciendo una alternativa: Eskkar podía cabalgar a su lado si quería.

La oferta le tentaba, pero la imagen de Trella le impedía considerarla.

—He deseado muchas veces volver a la vida del guerrero en las llanuras y en las estepas. Pero llevo ya viviendo mucho tiempo en los poblados, y estoy más habituado a sus costumbres que a las de nuestros padres. Y tengo una mujer, poseedora de una gran sabiduría, que me llama a su lado. Pero si el destino no me resulta propicio, entonces recordaré tus palabras.

—Aunque tengas éxito, ¿estás seguro de que después serás tratado de la misma forma? —La preocupación de Mesilim demostraba que entendía bien a los habitantes de los poblados.

—Es cierto que existe mucha traición entre los jefes de la aldea. Pero he aprendido mucho en estos últimos meses, y mi poder crece día a día. Además mi mujer me aconseja sabiamente en estas cuestiones.

Los bárbaros consideraban que las mujeres eran todas iguales. También creían que un guerrero que escuchara demasiado a su mujer demostraba su debilidad. Sin embargo, Eskkar se había referido a Trella como «poseedora de gran sabiduría», y quizá Mesilim fuera capaz de entender el poder y la fuerza de una mujer con una inteligencia y una fuerza de carácter tan excepcionales como para ser aceptada en las reuniones del consejo.

El jefe bárbaro asintió en silencio.

—Hemos luchado juntos y nunca romperemos los lazos de gratitud que los Ur-Nammu han establecido contigo. Ahora debemos decidir nuestro futuro.

Se dio media vuelta, seguido por su hijo.

Los hombres de Eskkar aguardaban, intrigados al observar a los cuatro hombres conversar durante casi dos horas. El capitán se detuvo ante ellos.

—Mesilim nos ha contado todo lo que sabe sobre los bárbaros. Le pedí que se

uniera a nuestra lucha. Si acepta, creo que podrá ayudarnos. Si elige otro camino, entonces el nuestro será más difícil.

Eskkar se percató de la repentina actividad que se había desatado en el campamento. Comprendió de inmediato la causa de aquel alboroto.

—Es suficiente por ahora. Ha llegado el momento de dividir el botín.

Aquella tarea les ocupó el resto de la mañana y toda la tarde, desarrollándose de una forma terriblemente lenta. Se vio obligado a sonreír y mostrarse paciente. Los despojos fueron divididos equitativamente. Los hombres de Orak recibieron un poco más de lo que Eskkar hubiera considerado justo, así que nadie se quejó. La parte que le correspondió a él llenaba una bolsa. Trella sabría emplear bien el oro y las joyas.

Las muertes también debían ser enumeradas. Un trabajo más, que requería considerar quién había matado a quién, de qué manera y quién había sido testigo. A Eskkar le fueron atribuidas ocho muertes, aunque dudaba de que el número hubiera sido tan alto. Estaba seguro de no haber matado al último guerrero, pero se lo asignaron a él y a Subutai a partes iguales. El número más alto de muertos fue para Mitrac, cuyas flechas se encontraron en catorce cuerpos, además de en media docena de caballos. Eskkar agradeció a los dioses que protegían a los arqueros que ninguna de sus flechas hubiera impactado en uno de los Ur-Nammu. Mesilim personalmente le entregó a Mitrac un anillo de oro y cobre de gran valor, además del puñado de joyas y pepitas de oro que el joven había ganado en la batalla.

Después, muchos de los guerreros de Ur-Nammu tocaron el arco del muchacho para que les diera suerte y le preguntaron si los pobladores de Orak tenían armas similares.

El resto del día lo pasaron comiendo y descansando. Eskkar estuvo de acuerdo en que sus hombres aprovecharan el tiempo para curarse las heridas. Subutai persuadió a Mitrac para que demostrara sus habilidades como arquero y algunos de los guerreros lo imitaron, acertando en sus blancos hasta que la distancia fue demasiada para sus pequeños arcos. La fuerza de su arco impresionó a todos. Aunque no consiguiera una herida mortal, sería capaz de derribar a un hombre e incapacitarlo para seguir luchando.

La noche llegó sin que Mesilim tomara decisión alguna. Eskkar se retiró un poco del círculo de sus hombres y fue hasta el arroyo para hacer sus necesidades. Sisuthros lo acompañó.

Cuando emprendieron el camino de vuelta, Sisuthros lo agarró del brazo antes de que pudieran llegar al grupo de hombres sentados en torno al fuego.

—Capitán, quisiera hablarte. Hay algo que debo decirte.

Eskkar se volvió hacia su lugarteniente y se percató del temblor en su voz.

—¿Qué sucede, Sisuthros? ¿No estás contento con tu parte del botín? —Incluso a la luz de la luna, percibió la confusión en el rostro de aquel hombre.

—Capitán, yo... hay... —Se detuvo, revisó su cinturón y sacó una pequeña bolsa que le entregó a Eskkar—. Es oro, veinte piezas, me las entregaron antes de dejar Orak. Me dieron a entender que recibiría diez más si no regresabas.

Eskkar sintió que la furia acudía a su rostro. Durante un instante quiso golpear a Sisuthros, matarlo por lo que había estado planeando. Pero la ira pasó. Si no hubiera sido él, había sido otro. Un hombre siempre tiene enemigos, y a medida que se volviera más poderoso, el número de sus enemigos aumentaría. Además necesitaba a un guerrero como Sisuthros, no sólo en ese momento sino también en el futuro.

Eskkar sopesó la bolsa.

—Treinta piezas. Eso es mucho oro. —Le devolvió la bolsa. No había mucha luz, pero detectó la sorpresa en la cara de su subordinado.

—¿No quieres saber quién me dio el oro? ¿O el motivo?

—Ya lo sé, Sisuthros, incluso antes de que dejáramos Orak. Por eso quise que vinieras conmigo. Caldor no es precisamente cauteloso. El cachorro de Nicar tendría que mantener la boca cerrada. —Sisuthros abrió los ojos asombrado. Eskkar recordó las palabras de Trella: actuar siempre como si supiera más de lo que estaba diciendo—. ¿Qué otro noble le acompañaba?

—Néstor. Fue una noche en la taberna, compraron vino y luego fuimos a dar una vuelta. Me dijeron que ya no eras necesario, que otros podían ocupar tu puesto ahora que los preparativos estaban bien encaminados. Están preocupados de que alcances demasiado poder y de que te enfrentes a ellos una vez que los bárbaros se hayan marchado. Es decir, eso es lo que teme Néstor. Caldor te odia por algún otro motivo. Su ira es profunda, Eskkar.

—Es por Trella. Se siente ofendido porque ella es más inteligente y porque las Familias la escuchan. Y además la quería para su propio disfrute cuando estaba en casa de Nicar. Ahora me quiere ver muerto para apoderarse de ella. No le preocupa el futuro de Orak, y es demasiado estúpido para ver que puede destruir a alguien que podría salvarle la vida.

—Trella es amiga de mi esposa y ha cuidado de mi hijo. —La voz de Sisuthros se endureció al comprender lo que le decía Eskkar—. No sabía que la deseaba. Tienes razón, es un imbécil. —El soldado permaneció de pie a su lado durante un momento—. Y yo también lo soy. Me salvaste la vida en la batalla. Si sabías esto, ¿por qué lo hiciste? Podías haber dejado que el bárbaro me matara.

—Te salvé la vida porque eres un buen hombre, e inteligente, y porque te necesito para que me ayudes a defender Orak. Pero todavía tienes mucho que aprender. Nunca te dejarían con vida si yo muriera. No importa lo que te prometan, eres demasiado joven para estar al mando de tantos hombres, y dudo que te hubieran dado más oro. Los nobles no quieren a un capitán de la guardia poderoso, con opiniones propias. ¿Por qué crees que toleraron a Ariamus durante tantos años? Porque era codicioso y

sabían que podían controlarlo a través de su codicia. Néstor es un viejo estúpido que no se da cuenta de que los bárbaros volverán, aún más fuertes de lo que son actualmente. —Eskkar se rió—. O tal vez te salvé la vida porque no me detuve a pensar. Habría hecho lo mismo por cualquiera de mis hombres, igual que tú.

—No estoy seguro de lo que yo habría hecho en tu lugar. Yo... acepté el oro.

—¿Y qué tenías pensado hacer? —La voz de Eskkar adquirió un tono áspero—. ¿Matarme ante los hombres? ¿Desafiarme a una pelea? ¿Asesinarme cuando estuviera dormido? Has tenido muchas oportunidades, y todavía falta mucho para volver a Orak.

—¡No sé qué es lo que quería! No quería hacer nada. Ojalá nunca hubiera aceptado el oro. Pero lo hice. Tal vez no soy el hombre que tú crees.

Eskkar notó la angustia en la voz de Sisuthros.

—Entonces has de convertirte en el hombre que debes ser. —El capitán le cogió por los hombros—. Olvídate del oro. Mira a estos bárbaros. Se matarían por una mujer o un insulto. Pero en la batalla mueren por sus compañeros porque ése es el código del guerrero. Eres un guerrero, Sisuthros, pero si tratas con mercaderes y comerciantes en los términos que ellos establecen, entonces te convertirás en uno de ellos.

El soldado mantenía la mirada fija en el suelo.

—No soy digno de estar a tus órdenes —dijo con voz ahogada por la emoción—. Me has tratado bien, me has ascendido y yo casi te traiciono. Incluso estos bárbaros te respetan.

—¿Y qué es lo que quieres? ¿Que te odie? No, creo que te daré más responsabilidades porque te las has ganado por lo que hiciste ayer cuando me seguiste en el desfiladero, aunque vi en tus ojos que pensabas que cabalgábamos hacia la muerte. Pero ganarás aún más honores por lo que hagas a partir de ahora. Y cuando esto termine, se te exigirá todavía más, y recibirás también más recompensas.

—¿Vas a recompensarme después de lo que he hecho?

—¿Hecho? No has hecho nada, excepto escuchar a un estúpido muchacho y a un viejo no menos estúpido en una taberna. No eres un asesino, Sisuthros. —Se acercó a él—. Escúchame. Cuando esto acabe, tendremos que reconstruirlo todo. Tú serás el jefe de otra aldea y juntos nos enfrentaremos al próximo ataque de los bárbaros. Olvídate de Caldor y de Néstor. Ellos no entienden lo que está en juego.

—Entonces mataré a Caldor y a Néstor. —La voz de Sisuthros volvió a endurecerse—. Les arrojaré el oro a la cara y los mataré.

—Néstor no significa nada para mí. Pero matar a Caldor me proporcionaría mucho placer. Pero aún no, porque nosotros... —Una llamada desde el campamento lo interrumpió. Eskkar se aproximó a sus hombres y vio que Mesilim se les acercaba—. Ya hablaremos de esto más tarde, Sisuthros. Pero recuerda, ayer demostraste gran

valor y juntos luchamos contra grandes peligros. Eso es más importante que el oro.

El capitán se alejó de él para recibir al jefe de los Ur-Nammu.

—Jefe Eskkar. —Mesilim comenzó formalmente, su voz potente y clara rasgó el silencio de la noche—. Me he reunido con los ancianos del clan. Hemos acordado unirnos a ti y ayudarte a derrotar a Alur Meriki. Mañana comenzaremos nuestros preparativos.

Mesilim tendió el brazo y Eskkar estrechó el antebrazo del jefe con la mano. Habían sellado un pacto públicamente y de acuerdo a las costumbres. Ahora sus destinos estaban entrelazados, por lo menos hasta la próxima batalla.

—Debo regresar a informar a mis guerreros. —Mesilim dio media vuelta y volvió a su campamento.

Los hombres del jefe bárbaro recibieron las noticias con gritos de alegría mezclados con los de guerra, al comprender que tendrían la oportunidad de recuperar algo de lo que habían perdido.

El Shan Kar sería satisfecho, pensó más tarde Eskkar, mientras se acomodaba para dormir y deseaba tener a mano algo de vino para aliviar el dolor del muslo. No sólo había ganado un aliado para la batalla en la otra orilla del río, sino tal vez para el futuro, por si necesitaba controlar a los pobladores. Y Sisuthros sería leal, al menos por ahora. Trella estará contenta, pensó, mientras se dirigía a su encuentro en la tierra de los sueños.

Diez días más tarde, antes de la caída del sol, Eskkar y su banda de jinetes agotados subieron la última colina y vieron la aldea de Orak. Después de pasar tres días descansando con los Ur-Nammu, todos se dirigieron hacia el Norte, dando un rodeo para despistar a sus perseguidores. Luego, los dos grupos se dividieron. Los Ur-Nammu partieron hacia las montañas, mientras que Eskkar y sus hombres regresaban a Orak.

El clan de Ur-Nammu, ya descansado, se desplazaría con velocidad y dejaría un rastro claro, como si ya hubieran luchado suficiente y sólo quisieran escapar. Se dirigirían hacia el Oeste, esperarían entre una semana y diez días y volverían a controlar el avance de Alur Meriki. Con suerte, cruzarían las líneas enemigas antes de que se cerraran sobre Orak.

Mientras tanto, Eskkar y su grupo se encaminaron al Este, cabalgando tan rápido como les fue posible, pero sin agotar a sus caballos. Durante el viaje, el capitán tuvo oportunidad de conversar con frecuencia con Sisuthros. Cabalgaron juntos, dejando que los otros se adelantaran. Después de algunos días, Eskkar pudo apreciar que su lugarteniente tenía ahora más respeto a su capitán y a las dificultades que les

esperaban.

Desde lejos Eskkar vio que la muralla había aumentado. La pared este, que soportaría la mayor parte del ataque, se había completado, así como la gran puerta de madera, ennegrecida por el fuego para endurecerla y hacerla más resistente a las llamas. A cada lado de ella se alzaban torres más altas para proteger la entrada.

A medida que se acercaban, algunos los reconocieron, lanzando gritos de bienvenida que llegaron a sus oídos, incluso a aquella distancia. Hombres y mujeres comenzaron a salir a su encuentro, corriendo detrás de ellos a su paso o colocándose a los lados del camino.

Antes de llegar a la aldea, se dirigió a sus hombres.

—Mitrac, tú abrirás la comitiva y yo te seguiré. Y, por una vez, tratad de parecer guerreros y no un grupo de viejas cansadas.

Los hombres estallaron en carcajadas, tal como esperaba. Podía llamarles cualquier cosa. Durante su estancia junto a los Ur-Nammu había pensado en lo que podía hacer para que reforzaran su lealtad hacia él, y se le había ocurrido una idea. Formaría un nuevo clan. No un clan de hombres relacionados por vínculos de sangre, sino un clan de armas.

Había hablado sobre el tema, y todos los hombres habían aceptado la idea entusiasmados. La mayoría no tenía ni familia ni amigos cercanos, y ese nuevo clan les proporcionaría una fraternidad que supliría todas sus carencias. Formarían parte de algo más grande que ellos mismos, y compartirían un juramento de lealtad con sus nuevos hermanos.

Hicieron pues, el juramento, primero hacia cada uno de los miembros y finalmente a Eskkar. Después Zantar, con hilo negro y aguja, bordó la silueta de un halcón en sus túnicas, que representaría la fuerza y la ferocidad. Había nacido el clan del Halcón de Eskkar.

Ahora regresaban como verdaderos guerreros, curtidos en el campo de batalla y unidos en un clan de honor. Cada uno de los hombres se sentaba más erguido en su montura, ignorando heridas y dolores. Mitrac marchaba con su arco en alto, con una delgada tira de cuero con catorce pulgares atada en la punta. Eskkar tenía ocho colgados del cinto de su espada y el resto exhibía los suyos de modo similar.

Recorrieron lentamente la distancia que quedaba, incapaces de avanzar más rápido entre la multitud. Tammuz cabalgaba en la retaguardia. El joven había sorprendido a todos al sobrevivir a sus heridas. Aunque todavía tenía una mueca de dolor por el brazo, se le veía orgulloso sobre su montura, aunque Maldar sostuviera las riendas. El muchacho llevaba su pequeño arco en la mano sana, exhibiendo el pulgar de su victoria.

Eskkar recorrió con la vista la multitud hasta que descubrió a Trella esperándole de pie junto a la entrada, con una sonrisa en su rostro, habitualmente serio. Un

guardia estaba de pie a su espalda y nadie, entre la multitud, se atrevía a ponerse delante de ella.

Sonrió al verla, y al llegar junto a ella se agachó, la alzó y la sentó con él en la montura. La multitud rió y lo vitoreó aún más cuando Trella lo abrazó.

—Bueno, muchacha, he regresado, y tengo mucho que contarte. —La muchacha casi no podía oírle en medio del estruendo de la multitud. Los pobladores continuaban aclamándole y los caballos, nerviosos, bajaban sus orejas al pasar entre el gentío.

Los hombres desmontaron y condujeron los caballos a casa de Eskkar. La multitud los siguió, gritando con entusiasmo, como si los bárbaros ya hubieran sido derrotados. Al llegar a casa, el capitán ordenó que llevaran a Tammuz dentro. Annok-sur envió a una de las mujeres en busca de un curandero.

Eskkar se acercó al pozo y aprovechó la oportunidad para lavarse por primera vez en tres semanas. Un sirviente le trajo ropas limpias, pero él sólo se vistió después de haber eliminado, en lo posible, el olor a caballo de su cuerpo.

Maldar permaneció en la casa. Los hombres le habían elegido para custodiar el botín, y debía guardarlo en casa del capitán hasta que sus hombres se lo pidieran. Ninguno de ellos había poseído jamás nada de valor y no sabían qué hacer con él. No se sentían cómodos llevando tanto oro encima.

La idea de guardar el oro de otros no le resultó agradable, pero tuvo que admitir que estaría más seguro que en los barracones. Decidieron que Maldar y otro miembro del clan del Halcón revisaran el botín una vez por semana para asegurarse de que no faltaba nada. Cada hombre cogió lo suficiente para gastar durante unos días en vino, mujeres y apuestas.

Cuando estuvieron solos en su habitación, Eskkar abrazó a Trella con fuerza. Le acarició el cabello y se sintió feliz de estar a su lado. Se excitó ante el roce de su cuerpo, y casi no pudo contenerse. La habría poseído allí mismo, pero Nicar le había requerido. La dejó de mala gana.

Un poco más tarde, Eskkar, Trella y Sisuthros se sentaron a la mesa de Nicar con todas las Familias y personas de cierta relevancia. Se había decidido dar una fiesta en la aldea para celebrar su llegada. Los pobladores gritaban y cantaban por las calles, alegres por la vuelta de Eskkar y por la posibilidad de divertirse.

Nicar sirvió su mejor vino, pero el capitán bebió sólo una copa. Cuando bebió la mitad, la volvió a llenar de agua. El vino ya no le tentaba. No quería que su mente volviera a embotarse con el alcohol. Comió, disfrutando del pan recién hecho y el pollo que sirvieron los criados de Nicar.

Mientras describía la batalla, todos permanecieron en silencio, escuchando atentamente, aunque tuvo que repetir algunos detalles. Sisuthros tomó parte en el relato, aportando su punto de vista y narrando las hazañas de Eskkar.

Los rostros de los oyentes reflejaron la sorpresa ante todo lo que había sucedido. Que Eskkar hubiera arriesgado su vida para ayudar a otra tribu de bárbaros les parecía increíble. Sin embargo, se alegraron al escuchar que, entre todos, habían acabado con setenta Alur Meriki.

—Los Ur-Nammu nos serán de gran ayuda —dijo Eskkar, ignorando la mirada de los escépticos—. Nos volveremos a encontrar y nos mantendrán informados de la ubicación del enemigo.

Las preguntas continuaron incansablemente, y Eskkar alentó a Sisuthros a responderlas, mientras él examinaba los rostros de Caldor y Néstor. El anciano se limitaba a sonreír, sin mostrar emoción alguna.

Pero el joven Caldor no reprimió algún ocasional gesto de ira, aunque se mantuvo en silencio. Seguramente se estaba preguntando adonde habría ido a parar su oro. *Pronto estarás muerto, Caldor, como el cachorro de Drigo, y esta muerte me proporcionará todavía más placer.* Finalmente Eskkar formuló una pregunta.

—Corio, veo que la muralla este está terminada. ¿Cómo va el resto del trabajo? —Las nuevas secciones no estaban trazadas con una orientación exacta. La parte este, en donde la muralla era más alta y desde donde recibirían el ataque principal, se dirigía, en realidad, al Sureste, hacia la confluencia de los dos caminos que se unían en una sola ruta de acceso hacia la entrada principal.

—Has estado ausente tres semanas —dijo Corio—. En ese tiempo hemos avanzado bastante, y estamos más adelantados de lo que habíamos previsto en un principio, gracias, sobre todo, a la cantidad de hombres dispuestos a trabajar para derrotar a los bárbaros. La muralla estará terminada en menos de tres semanas, y los conductos y canales ya se han ampliado y están listos para ser probados. Podemos abrir las compuertas y comenzar a inundar la llanura en menos de una hora.

Eskkar se dirigió a continuación a Gatus y a Jalen.

—¿Y los hombres? ¿Cómo va el entrenamiento?

—Sesenta hombres han acabado de ejercitarse esta semana, y otros setenta van a empezar. —Gatus sonreía de oreja a oreja—. La instrucción va rápido, ahora que contamos con tantos veteranos. Cuando lleguen los bárbaros, tendremos más de cuatrocientos veinte hombres bien entrenados para defender las murallas.

—Entonces debemos estar agradecidos ante tantos progresos —dijo Eskkar—. Y tú, Nicar, ¿estás satisfecho con el avance que se ha realizado?

—Estoy más que satisfecho. Hasta ahora, las esperanzas de derrotar a los bárbaros eran vagas. La primera vez que hablamos, sólo me prometiste que podríamos tener una posibilidad. En estos momentos estoy seguro de que contamos con ella, especialmente ahora que has vuelto. Todas en la aldea han estado preocupados durante tu ausencia. —Muchos en torno a la mesa asintieron en silencio—. Pero con tu regreso, la gente recuperará la confianza. Permítenos dar gracias a los

dioses y honrar tu vuelta mañana con una celebración.

Eskkar se sorprendió ante la calidez de las palabras de Nicar, pero las mandíbulas apretadas de Caldor le recordaron lo que todavía estaba por venir.

—Estoy agradecido por haber vuelto, Nicar... nobles señores. Pero ahora me gustaría regresar a mi casa y descansar.

Con eso dieron por terminada la cena. Todos parecían alegres ante la perspectiva de una celebración. La aldea había trabajado sin descanso desde hacía meses y no vendría mal un motivo para divertirse. En las calles, algunos pobladores aguardaban para aclamarle y, para su sorpresa, también a Trella.

Volvió a casa caminando, con Trella de la mano. Cerró la puerta de su habitación y emitió un suspiro de satisfacción.

—¿No quieres comer nada más? Apenas probaste la cena en casa de Nicar, y tenemos mucho de que hablar.

Su sonrisa era tal como la conservaba en su memoria.

—Sí, Trella, todavía tengo hambre.

La cogió en brazos y recorrió su cuerpo con las manos. Después la besó con avidez, y ella respondió del mismo modo, de puntillas, mientras le rodeaba el cuello con sus brazos. Cuando finalmente se detuvieron para recuperar el aliento, le quitó el vestido. Le cogió ambas manos y dio un paso atrás para mirarla, dejando que sus ojos se deleitaran ante su cuerpo desnudo, iluminado por la temblorosa luz de la lámpara, antes de levantarla y llevarla hasta la cama.

Dos horas más tarde, Trella se levantó y llamó a los sirvientes ordenándoles que trajeran comida. Sentados a la mesa de trabajo, volvieron a comer pan y cordero y bebieron vino rebajado con agua. De postre, Trella peló una manzana mientras el capitán saboreaba un puñado de dátiles frescos. Ella escuchó con atención mientras él le describía el viaje y todo lo que había aprendido. Cuando terminó, la muchacha sacudió la cabeza.

—Hay algunas cosas que no me has contado. —Puso su mano sobre la de Eskkar—. Quiero conocer todos los detalles de la batalla: qué pensaste, qué viste, por qué hiciste lo que hiciste, e incluso cómo reaccionaron tus soldados. No sé nada de eso, y si he de ayudarte, necesito saber qué piensan tus hombres en semejantes circunstancias.

A diferencia de muchos guerreros, Eskkar tenía dificultades para describir su comportamiento en la batalla. Era demasiado personal, demasiado intenso. Sabía que había esquivado a la muerte muchas veces como para vanagloriarse de su habilidad, consciente de que la suerte o la ocasión propicia eran tan importantes como la

capacidad del guerrero. El terror del combate, el relincho de los caballos, el olor del miedo en el aire y en el cuerpo de los hombres, la ansiedad en el pecho al recibir una herida, el temblor en el vientre, la debilidad de los miembros y de la mente...

Eskkar volvió a comenzar, esta vez relatando tan detalladamente como le fue posible todo el episodio, comenzando en la cima de la colina desde la que había visto que los Ur-Nammu quedarían atrapados. Trató de explicarle las ideas que cruzaron por su mente y por qué había decidido ayudarles. Recordó el miedo en el rostro de Mitrac cuando lo animó a entrar en combate, la tensión y las dudas de Sisuthros, que, hasta entonces, nunca había participado en un combate cuerpo a cuerpo, e incluso los esfuerzos de aquellos a quienes Eskkar se había enfrentado y matado.

Palabras y emociones que nunca se había imaginado que poseía le ayudaron a describir algo que estaba casi más allá de toda descripción. Cuando terminó, ella le cogió de la mano y lo condujo de vuelta a la cama, y esta vez le hizo el amor con tanta ternura que lo dejó débil y tembloroso.

Después volvió a lavarlo. Se relajaron abrazados el uno al otro, a la luz de la lámpara casi extinguida y de la humeante mecha. Pero Trella tenía más preguntas.

—Cuéntame más cosas sobre Mesilim y su hijo.

Aquello le llevó a hablarle de la conversación con Sisuthros, del reparto del botín, de la formación del clan del Halcón y, finalmente, del regreso a Orak. Repitió sus conversaciones con Tammuz y Maldar, sorprendido de poder recordar tantos detalles. Cuando terminó, la luna ya estaba alta en el cielo nocturno.

—Has hecho bien, esposo mío, muy bien. Mi padre decía que pocos hombres tienen capacidad para mandar a un grupo de guerreros. Tú eres uno de esos hombres, Eskkar. Viste la oportunidad y la aprovechaste. La suerte es un favor de los dioses, y a veces es mejor ser afortunado que hábil. Todas tus decisiones fueron sensatas, y te has preparado para el futuro convirtiendo a Sisuthros en aliado y estableciendo el clan del Halcón. Esto hará que muchos guerreros te sean leales. Has fundado un clan familiar.

—Siete hombres y un muchacho no son muchos —señaló él, aunque satisfecho al oír aquellas palabras—. Pero tienes razón, hemos sido afortunados.

—Sí, has tenido suerte de que no te mataran, de que no perdieras a todos tus hombres, de que los Ur-Nammu no se enfrentaran a ti y os aniquilaran tras el combate. Pero dime, ¿a quién más de Orak habrían seguido esos hombres para luchar contra setenta bárbaros? No se me ocurre otro hombre. Y para ti y tus soldados la batalla ha sido una prueba. Después de eso, mil te seguirán a donde tú digas, de la misma forma que lo hicieron esos diez.

Pensó en ello unos instantes. Los hombres no habrían seguido a nadie más en el desfiladero. Al menos a nadie de Orak. Ahora, al pensar en ello con detenimiento, le parecía increíble que hubieran acatado sus órdenes y entrado en combate tras él. Pero

quizá lo que acababa de decir ella era posible y fuera capaz de mandar a quinientos hombres, o incluso a mil.

Trella interrumpió sus pensamientos.

—Pero no debes volver a arriesgar tu vida. Nunca vuelvas a asumir ese riesgo. Has probado tu valor. ¿Dices que planeas llevar a los soldados contra los bárbaros al otro lado del río? Ve si debes hacerlo, pero no luches en primera fila. No puedes poner en peligro tu vida de forma tan imprudente. Harás falta para defender Orak y para lo que suceda después.

—Un guerrero necesita pelear o sus hombres le pierden el respeto. La batalla al otro lado del río será fácil, pero debo estar allí para asegurarme de que tenga éxito. Después de eso, me mantendré en la retaguardia. —Le acarició los senos, deleitándose con sus manos ante el contacto con su cuerpo—. Y ahora, tal vez, tú me recompenses una vez más.

Trella se agachó, lo besó en la oscuridad, y luego le dio un fuerte codazo, dejándole sin aire por sorpresa.

—Eres igual que todos los hombres, sólo pensáis en vosotros mismos. ¿Acaso no te interesa saber qué he hecho durante tu ausencia? ¿Crees que nada sucede sin ti?

Eskkar se consoló pensando que la oscuridad ocultaba su expresión culpable. De hecho, ni se le había pasado por la cabeza preguntarle por ella o sus planes.

—¿No podríamos hablar mañana? —se arriesgó a decir, incapaz de evitar un tono lastimero.

—No, no podemos esperar a mañana. Hay muchas cosas que debes conocer, ¡y ya has hecho el amor demasiadas veces para una sola noche! ¿No te gustaría saber ahora que los pobladores enloquecieron cuando pensaron que habías muerto?

—¿Muerto? ¿Qué les hizo pensar que había muerto?

—Yo hice correr ese rumor. Es decir, Annok-sur y yo hicimos que se propagara esa mentira. Todo Orak se enteró en menos de una hora, y la gente en el mercado estaba aterrada. Los pobladores tenían miedo y la gente empezó a prepararse para abandonar la aldea. Por las calles gritaban que sin tu protección estaríamos perdidos.

—Y esa gente...

—Más amigos de Annok-sur. —La voz de Trella sonaba satisfecha—. Nicar tuvo que dirigirse a la multitud y decirles que sólo se trataba de un rumor, que no había noticias ciertas. Habló justo a tiempo, e incluso me llamaron a mí para que confirmara sus palabras. Unas horas más y la mitad de la aldea habría emprendido la marcha. Muchos ya habían recogido sus cosas incluso.

—¿E hiciste eso para...?

—Para asegurarme de que Nicar y las otras Familias supieran cuánto te necesitan, y también para que los pobladores lo tuvieran presente. Recuerda, cuando termine la batalla necesitaremos muchos amigos para que nos acepten entre las Familias. Ahora

todos saben que los dioses te son propicios.

Así que había estado ocupada. No se molestó en preguntarle qué habría hecho si lo hubieran matado. Seguramente ya había considerado esa posibilidad.

—¿Qué más hiciste en mi ausencia?

Transcurrió una hora más mientras escuchaba su relato. Su cansancio se había desvanecido. Finalmente, cuando terminó la conversación, ella se acurrucó entre sus brazos y ambos se quedaron dormidos con las manos entrelazadas.



CAPÍTULO 15

Antes del alba, Eskkar ya estaba despierto. Las actividades del día comenzaron en la mesa del desayuno junto a sus lugartenientes. Después, acompañado por Sisuthros, pasó varias horas con Corio inspeccionando la muralla.

A aquellas alturas, tanto los soldados como aquellos que ayudaban a edificar el muro tenían claro cuál era su cometido, y el trabajo avanzaba sin retrasos. Con treinta soldados para mantener el orden, Corio tenía más que suficiente.

Eskkar pasó varias horas más inspeccionando el entrenamiento de los soldados, donde, ante su insistencia, tuvo que relatar de nuevo el combate del desfiladero. No le importó. Aquellos hombres necesitaban conocer todo lo posible sobre el enemigo, y cuanta más confianza tuvieran en su jefe, mejor. El capitán respondió a todas las preguntas sobre las técnicas de combate de Alur Meriki.

El sol ya estaba muy alto cuando Trella se reunió con él. Llevaba la cabeza cubierta por un pañuelo para protegerse del sol. Atravesaron a pie la aldea, saludando y conversando con la gente, confortando a los pobladores con su presencia. Pero Eskkar tuvo que contenerse y forzar una sonrisa cuando visitaron el templo de Ishtar y se arrodillaron en las sombras ante la tétrica imagen de la diosa.

En voz alta, Eskkar agradeció a Ishtar su victoria, repitiendo las palabras que Trella le había sugerido esa mañana. Nunca había estado en aquel templo ni en ninguno de los que había en Orak. Desde que su familia había muerto no había sentido la necesidad de acudir a los sacerdotes. Se mantuvo de pie estoicamente, ocultando su impaciencia, mientras el oficiante dirigía interminables plegarias a la divinidad en agradecimiento por haber permitido su regreso.

Finalmente terminó la ceremonia. Cuando salió de nuevo a la luz del sol sintió como si hubiera escapado del infierno. Recuperó la sonrisa al coger a Trella de la mano y emprender el camino de regreso a su casa.

—Amo, ¿has olvidado nuestra visita a Rebba de esta tarde? —preguntó la muchacha—. Ya es tarde, y todavía tenemos que ver muchas cosas antes del ocaso.

La sensación de alegría de Eskkar desapareció. Se había olvidado de su encuentro con Rebba. Era natural, puesto que no tenía ganas de pasar tres o cuatro horas con aquel noble, responsable de las granjas que rodeaban Orak, escuchando sus explicaciones sobre cómo cultivar el trigo o criar cabras. Pensó en posponer la reunión, pero ya lo había hecho varias veces antes de su expedición. Sabía que Trella pensaba que era lo suficientemente importante y que debía celebrarse tan pronto como fuera posible a su regreso.

Sin ninguna excusa disponible, se esforzó por volver a sonreír y cambió de dirección. Juntos se encaminaron hacia la puerta que se dirigía al río y luego giraron hacia el Norte, acompañados por dos guardias.

Una vez fuera del poblado, aligeraron el paso. Los músculos de Eskkar aceptaron aquella caminata como un desafío después de las semanas cabalgando. El sol brillaba esplendoroso y el aire que venía del río era limpio y fresco. En Orak la mezcla de olores de los habitantes y de los animales impregnaba el aire, haciéndolo opresivo. Después de algunos días, uno no se daba cuenta, pero él había estado respirando aire puro durante varias semanas y ahora le costaba adaptarse.

Cruzaron el último de los numerosos canales de riego y entraron a la granja de Rebba. Eskkar nunca había estado allí, y a diferencia de muchas otras granjas que había visto, ésta contaba con casi una docena de chozas a su alrededor. La vivienda del noble no parecía mucho más grande que el resto. Parte de los edificios que integraban el recinto eran depósitos para almacenar grano, unas construcciones más elevadas que las chozas y reconocibles por sus entradas más altas, a las que se accedía a través de escaleras.

Al lado de casi todos los edificios se encontraban corrales con cabras, ovejas o vacas. Eskkar y Trella se cruzaron con algunos cerdos sueltos, que se alimentaban de cualquier cosa que estuviera por el suelo y que peleaban con docenas de gallinas por todo lo que encontraran a sus pies. Cerca de la casa principal, varios sauces ofrecían su sombra. También vieron cuatro perros de gran tamaño durmiendo la siesta bajo los árboles. Dóciles durante el día, por la noche protegían la propiedad contra el ataque de ladronzuelos.

El olor de los animales flotaba en el aire. Trella arrugó la nariz mientras atravesaban los corrales, aunque a Eskkar le resultó más agradable que el aire de la aldea.

Rebba los recibió en la entrada. En su casa no se preocupaba por vestirse con las elegantes prendas que lucía cuando era requerido en Orak por asuntos de negocios. Ese día llevaba una túnica tan gastada como la de cualquier otro campesino.

—Bienvenido a mi casa, Eskkar. —Rebba tendió la mano al capitán cuando llegaron—. Un día de primavera como el de hoy es demasiado hermoso para pasarlo en el interior.

Se sentaron en unos bancos bajo un sauce ante una mesa de superficie agrietada, posiblemente a causa de su uso para cortar verduras. Una muchacha de nueve o diez estaciones, una de las nietas de Rebba, les acercó agua fresca.

El noble aguardó a que terminaran de beber antes de hablar.

—Te felicito otra vez por tu victoria, capitán. Trella me ha dicho que deseas cualquier información que pueda proporcionarte sobre las granjas. ¿Por dónde empiezo?

Eskkar no sabía nada sobre cultivos y tampoco tenía mucho entusiasmo por saber más. Los granjeros eran la gente menos importante de Orak. De hecho, quienes se ocupaban de la tierra rara vez visitaban el poblado, excepto las mujeres, que se acercaban cada mañana a vender sus productos en el mercado, o los hombres que visitaban al herrero para que les reparara algún apero. Sin embargo, Trella había insistido en que aprendiera algo sobre los cultivos, así que intentó sonreír una vez más.

—Noble Rebba, sé muy poco sobre cultivos. Sé que los granjeros suministran buena parte de los alimentos a Orak, pero he crecido entre bárbaros, y ellos no tienen una buena opinión de los campesinos.

—Nos consideran comedores de tierra, ¿no es verdad? —respondió Rebba entre risas—. Supongo que hay algo de cierto en ello. Pero ellos cultivan bastante, a pesar de lo que piensen de nosotros. —Rebba vio la expresión de asombro en el rostro del capitán—. Ah, veo que no estás al tanto de lo importante que es la agricultura incluso para Alur Meriki. —Se acarició la barba—. Tal vez éste sea un lugar tan bueno como cualquier otro para comenzar. —Se volvió a Trella, sentada al lado de Eskkar—. Creo que has crecido en un poblado del Sur. ¿Aprendiste allí las costumbres de los campesinos?

—No, noble Rebba —respondió la joven—. Sé muy poco sobre los misterios del campesino y del pastor.

—Entonces intentaré explicaros un poco. Una granja no es sólo un lugar para cultivar el trigo y el centeno, sino también para criar rebaños de cabras, ovejas y otros animales. Los bárbaros tienen sus propios rebaños, al igual que nosotros, pero los llevan con ellos cuando se trasladan de un lugar a otro.

—Pero no cultivan la tierra —replicó el capitán—. Nunca permanecen en un sitio el tiempo suficiente para que crezcan las cosechas.

—Ah, pero sí cosechan, Eskkar. Sólo que lo hacen de manera diferente —afirmó Rebba sonriente—. Los Alur Meriki recogen cuando viajan, buscando las plantaciones de trigo, cebada, incluso guisantes y otras legumbres. Esas plantas que encuentran a lo largo de su camino son tan importantes para ellos como para nosotros. Y hay muchas especies silvestres por todo el territorio, como centeno, habas o lino, que también recolectan.

Eskkar se mostró de acuerdo con aquella apreciación.

—Bueno, sí, sé que las mujeres recogen todo lo que encuentran durante los desplazamientos.

—Exactamente. Ni siquiera los guerreros pueden vivir sólo de carne. Necesitan leche y queso de las cabras y las vacas, lana de las ovejas, así como verduras y frutas de los territorios por donde pasan. Y por supuesto, se apoderan de muchas semillas de los campesinos de las tierras que conquistan. Estoy seguro de que sabes que un caballo crece más fuerte y vigoroso si se le alimenta con una mezcla de granos, además de hierba. Así que los terrenos de cultivo son imprescindibles para ellos.

—Sí, los caballos necesitan grano —respondió Eskkar—. Siempre que es posible, alimentan a los caballos con una mezcla de cereales. —Reflexionó un poco sobre los comentarios que había hecho el granjero—. Y llevan granos de reserva para alimentar a los caballos cuando salen de expedición, mientras que las mujeres amasan pan para los guerreros.

El pan era ligero de transportar, además de nutritivo, y duraba mucho más tiempo sin estropearse que la carne. Los hombres de Eskkar habían hecho exactamente eso en su reciente incursión. Se había olvidado de esos detalles de la vida en las estepas, y ahora se daba cuenta de que podían ser más importantes de lo que había pensado.

—Sí, el pan es muy importante para todos —añadió Rebba—. Es lo que alimenta a tus soldados. Y no sólo eso, el pan paga el salario de tus hombres. Sin él no habría constructores, herreros, taberneros o tejedores. Posibilita el comercio a través del río, proporcionándonos la madera y los metales del Norte para la muralla. Sin pan, no habría oro, ni plata, ni caballos, ni armas. Sin el campesino, el gran poblado de Orak no existiría.

En contra de su voluntad, Eskkar tuvo que admitir que encontraba aquel tema interesante.

—Me avergüenza confesar que no entiendo demasiado sobre esta cuestión, Rebba. Pero ahora me doy cuenta de muchas cosas.

—Aprendes muy rápido, Eskkar, todos nos hemos dado cuenta. —El granjero acompañó sus palabras con una amplia sonrisa y luego sus ojos se posaron en Trella—. Pero eso es bueno. Si vas a defender la aldea, debes interesarte por todo esto. Y no te avergüences de tu desconocimiento; muy pocos en Orak son capaces de comprender. Es como el misterio de los números. Sin embargo, para ti no representa ningún problema.

Eskkar nunca había pensado en los números como misteriosos. Difíciles, sí, y había visto a muchos hombres que nunca habían sobrepasado el concepto básico de los diez dedos. Pero como soldado, él se había visto obligado a contar muchas cosas.

Como todos, había empezado con los dedos y algunas piedrecillas. Usaba los dedos para contar hasta diez, luego movía una piedra de una mano a la otra y

comenzaba otra vez. Cuando terminaba, contaba las piedrecillas, sabiendo que cada una representaba diez. De este modo, podían contar los hombres que tenía, y los de su adversario. También las flechas, caballos, armas, e incluso cuántos puñados de grano podía darle de comer a su caballo.

—No sabía que contar fuera un misterio —dijo—, aunque admito que me resulta difícil cuando la suma es muy superior a cien.

—Pues deberías considerarlo un gran enigma, y creo que fue descubierto cuando los hombres aprendieron a cultivar la tierra. Aprendimos a guardar el grano en bolsas, cestas y sacos y luego a contarlos para almacenarlos o para comerciar. Los campesinos aprendieron cómo distribuir los granos entre ellos, y también tuvieron que aprender cuántas hogazas de pan producía cada saco. Asimismo hubo que dividir la tierra para que cada agricultor dispusiera de una parcela del mismo tamaño. Ahora sabemos contar por miles, y hemos aprendido a marcar esos números en arcilla, para tener un registro permanente. —Rebba bebió un sorbo de su copa antes de continuar—. ¿Sabías que un comentario tuyo, hace unos meses, me convenció para apoyar tu plan de enfrentarnos a los bárbaros? Fue cuando mencionaste la posibilidad de que los Alur Meriki regresaran al cabo de cinco o diez años. Tienes razón con respecto a sus migraciones. Lo que debemos hacer es romper ese ciclo migratorio. Por eso decidí quedarme y resistir. Puede que fracasemos, pero debemos intentarlo. No podemos seguir reconstruyendo todo lo que creamos cada diez años a capricho de cada banda de ladrones que pasa. Las cosechas son demasiado preciosas para perderlas, aunque sea sólo durante una temporada.

—¿Qué tiene de valor una cosecha? —preguntó Eskkar, curioso—. Se han quemado cosechas muchas veces. Siempre pueden volver a plantarse.

—Ah, ¡volvemos a los misterios! —respondió Rebba, sonriendo una vez más mientras se levantaba—. Ven. Demos una vuelta por las plantaciones.

Caminaron hacia el fondo del recinto hasta llegar a un estrecho sendero de tierra que serpenteaba entre los canales. Unas piedras planas que podían ser movidas con facilidad y que apenas dejaban espacio para el cruce de un carro actuaban a modo de puente sobre los canales de riego. Al instante se vieron rodeados de campos cultivados, grandes extensiones cubiertas de altas plantas de trigo y centeno, otras más pequeñas con guisantes, lentejas, remolachas e incluso algunos melones. En otro campo crecía el lino, del que incluso Eskkar sabía que no era bueno como alimento, pero sus fibras se utilizaban para los tejidos. Y había muchas plantas que el capitán no pudo reconocer.

El olor de los animales había desaparecido y ahora el aroma del aire se había vuelto extrañamente agradable a causa de las plantas en distintas fases de crecimiento. Los árboles frutales y los jazmines se sumaban a aquel sorprendente perfume, difícil de definir en conjunto, aunque placentero.

Rebba los condujo por un estrecho camino y pronto estuvieron rodeados de trigo, aún verde, pero lo suficientemente alto para alcanzar sus rodillas.

—Éste es trigo de grano doble —dijo señalando el campo a su izquierda—. Y éste de grano simple. Éstas son las dos cosechas más importantes de esta granja. De estas plantas sacamos las semillas que luego molemos para hacer la harina para el pan. El trigo es la planta que más rendimiento da por hectárea.

Rebba se movió entre las plantas, examinando algunas con cuidado y echando un vistazo a otras. Finalmente seleccionó un puñado de trigo de una de ellas y, momentos más tarde, otro de otra planta. Luego se reunió con sus aprendices.

—Aquí tienes, Eskkar, mira estas espigas de trigo. —El granjero sostuvo una en cada mano y se las tendió al capitán—. Ahora dime cuál de las dos plantarías el año próximo y con cuál harías harina.

Eskkar observó las espigas, primero una y después la otra.

—No encuentro diferencia entre ellas —respondió—. Parecen idénticas.

Rebba se las ofreció entonces a Trella.

—Y tú, ¿cuáles elegirías?

Trella las examinó con mayor atención que Eskkar. Cogió una y luego la otra en sus manos, se las acercó a los ojos y las miró cuidadosamente.

—También me parecen idénticas, noble Rebba. Aunque, quizás en una de ellas los granos sean un poco más grandes que en la otra.

—Tienes buenos ojos, Trella —afirmó Rebba—. Sí, esta planta está produciendo semillas algo más grandes que la otra. —Dejó caer las espigas al suelo y examinó las restantes—. Ésta y otras parecidas a ella se usarán como simiente para la próxima cosecha. Cuando estemos listos para recoger el grano, mis campesinos examinarán cada planta, seleccionando primero aquellas que producen semillas de mayor tamaño, hasta que tengamos suficientes para sembrar el año próximo. —Se acercó las espigas a la nariz y luego masticó una de las semillas—. Obviamente, debemos probarlas para asegurarnos de que la harina resultante no sea demasiado áspera o amarga. No nos serviría de nada que la próxima cosecha sea de baja calidad y el pan resultara amargo. Si lo hiciéramos, nadie lo comería, y la ganancia de lo que vendemos a lo largo del río sería menor.

Eskkar sacudió la cabeza. Las semillas le parecían todas del mismo tamaño.

—Entonces, ¿las semillas más grandes serán plantadas para dar inicio a la próxima cosecha? ¿Por qué es tan importante?

—¿Sabes cuánto trigo produce una hectárea de tierra, Eskkar?

El capitán negó con la cabeza.

—Ni siquiera estoy seguro de cuánto es una hectárea.

—Ah, me he adelantado —se disculpó Rebba—. Una hectárea es un cuadrado de tierra de cien pasos de lado exactamente. —Esperó a que Eskkar asintiera en silencio

— Cada hectárea de tierra nos da, más o menos, treinta y tres sacos de grano. De cada uno, después de ser molidos, salen unas setenta hogazas de pan. En esta granja hay plantadas treinta hectáreas con trigo, así que recogeremos casi mil sacos. Algunos se guardarán para la próxima siembra, otros serán para los agricultores y sus familias, y otros se los comerán los ratones o se echarán a perder durante el almacenamiento o el transporte. Digamos entonces unos trescientos sacos. Los restantes setecientos podrán ser almacenados o vendidos. Con el producto de la venta podemos pagarles a los herreros nuestras herramientas, a los carpinteros nuestros arados, a los albañiles nuestras casas y a los mercaderes cualquier otra cosa que necesitemos. Y no te olvides de los pastores, de cuyos animales nos servimos o vendemos su carne. —Rebba sonrió a Eskkar—. Con todo ese exceso de comida que produce esta granja, y otras como ésta, los dueños de la tierra de los alrededores de Orak podemos permitirnos el más caro de los lujos: contratar soldados y satisfacer su insaciable sed de armas y caballos.

¡Mil sacos de trigo! Eskkar no salía de su asombro. Y aquello era el resultado de una sola granja. Había docenas de ellas bordeando Orak, aunque no muchas eran tan grandes como la de Rebba.

—No sabía que se podía cosechar tanto, Rebba.

—Orak tiene la fortuna de poseer un suelo fértil y agua en abundancia. A pocos kilómetros del río, las granjas producen mucho menos. Cuanto más te alejas del Tigris, menor es la cosecha; y algunas veces, las granjas sólo recogen lo imprescindible para alimentar a quienes las trabajan. A partir de ahí, las tierras son demasiado secas para sustentar al más pobre y desesperado de los campesinos. Por eso hemos preferido arriesgar nuestras vidas quedándonos aquí y enfrentándonos a los bárbaros. —El granjero sacudió la cabeza, desconcertado por la estupidez humana, antes de proseguir—. Así pues, ya ves, cada ciclo del crecimiento de las plantas y de su cosecha es importante. Ahí tienes la respuesta a tu pregunta, Eskkar. Las semillas más grandes van a la tierra, y de la próxima cosecha seleccionaremos una vez más las semillas más grandes. De este modo, a lo largo de los años aumentaremos poco a poco la cantidad de trigo que podemos recolectar por hectárea. Cada estación producimos un poco más de comida, porque seleccionamos y plantamos con cuidado. —Se volvió hacia Trella—. Ése es el misterio. El ciclo se repite cada estación: siembra, crecimiento, cosecha, selección y siembra. Y con cada ciclo alimentamos a más gente. O compramos más armas. Por esa razón, no queremos perder ni siquiera una cosecha a manos de los bárbaros. Cuando una cosecha es destruida, o se daña la tierra, el trabajo de diez o veinte años también desaparece, y la siguiente vez la producción será más pequeña. Es posible que no contemos con comida suficiente para los nuestros. Esta estación hemos sembrado anticipadamente, a causa del avance de los bárbaros. Cosecharemos antes, pero el

rendimiento será menor. Y las semillas de esta estación deberán ser almacenadas en Orak, ocultas en graneros bajo tierra para que, incluso si la aldea es derrotada, nuestras familias, al otro lado del río, puedan encontrarlas para la próxima siembra.

—Eskkar no permitirá que la aldea sea derrotada, noble Rebba —dijo Trella.

Rebba los miró a ambos.

—Cuando Nicar anunció su decisión de quedarse a combatir, yo tenía grandes dudas sobre nuestras posibilidades. Sin embargo, no me fui, aunque sabía que mis tierras serían quemadas o inundadas. —Sacudió la cabeza con tristeza—. Volvamos a la casa. Todavía tengo mucho que enseñaros. —Levantó la vista al sol y vio que había transcurrido casi una hora—. Nunca serás un campesino, Eskkar, pero cuando el sol se haya ocultado, habrás comprendido, al menos, el valor que posee una granja.

Durante el resto de la tarde, el noble les habló sobre cada cultivo, explicándoles las diferencias entre los distintos tipos de trigo, cómo se sacaba el lino de la planta y cómo se criaban los animales. Al final, examinaron los canales de riego que llevaban el agua no sólo a todos los rincones de la granja, sino que se extendían hasta las tierras colindantes, propiedad de otro poblador acomodado.

Rebba y su familia conocían a fondo el tema del agua, por lo que pudo explicarles cómo se estrechaban los canales cada vez más, mientras llevaban, con precisión, la cantidad de agua adecuada a cada terreno.

—El agua debe circular con la fuerza oportuna. Si hay demasiada presión, no podemos controlar el flujo del agua. La cantidad necesaria para regar las plantas también es importante. Si es demasiada, las plantas se ahogan o se pudren; si no llega suficiente, se mueren por el calor. Si el agua trae una fuerza excesiva, los canales pueden derrumbarse. Si es escasa, se evapora antes de llegar a su destino.

Eskkar ya conocía algunas de aquellas cuestiones, aunque de modo superficial y sin entender realmente la importancia que tenía la conducción del agua a través de los canales de irrigación. El agua era otro de los misterios, una llave para acceder a un misterio mayor. Entre los pozos y el río había suficiente para todos, incluidas las granjas y todos los rebaños.

Y el agua era de buena calidad. Nadie enfermaba por beber la de Orak y sus alrededores. Con frecuencia, en otras tierras, Eskkar se había encontrado mal y había visto morir a hombres por consumir agua contaminada. Sabía que en las tierras secas, lejos del río, los pozos solían producir un agua amarga que podía causar mucho daño incluso a un hombre sano y fuerte.

Comprendió también en aquel momento que el agua del río no beneficiaba a los campesinos. Lo que hacía que las granjas funcionaran eran los conductos de riego que llevaban el agua a donde era necesaria. El río simplemente proporcionaba la fuerza para mover el agua, mientras que Rebba y su gente la canalizaban. No se había dado cuenta de lo imprescindible que era aquella red de canales que cruzaban los

terrenos, o de la complejidad de su diseño y construcción.

Cuando Eskkar y Trella se marcharon de casa de Rebba ya había caído la noche y uno de los guardias llevaba una antorcha para iluminar el camino. El cocinero les había guardado la cena. Decidieron comer a solas en la estancia superior. Eskkar habló poco; seguía pensando en todo lo que había dicho el granjero. Cuando terminó de comer, se detuvo a examinar el pedazo de pan que había quedado en su plato.

—Esta noche estás muy callado, Eskkar —comentó Trella cuando terminó su cena—. ¿Ha dicho Rebba algo más de lo que hubieras querido saber sobre las granjas?

Él la miró.

—Hasta hoy siempre había creído que la agricultura era una ocupación apropiada para los demasiado débiles para luchar o demasiado torpes para aprender un oficio. Pero he comprendido que es el más difícil de los trabajos, y el más importante para la aldea.

—Lo fundamental es que ahora entiendes cómo funciona el poblado. Has comprendido cómo producen los granjeros sus cosechas y negocian con los comerciantes, cómo fabrican los artesanos sus herramientas y edifican los constructores las casas. También conoces el proceso de fabricación del bronce y cómo se benefician los barqueros de su oficio. De ahora en adelante, cuando los nobles te hablen, sabrás no sólo lo que dicen, sino también cómo piensan.

Eskkar no respondió. La muchacha se levantó, recogió los platos vacíos y salió de la estancia. Él casi ni se dio cuenta de su ausencia. Permaneció sentado, pensando no sólo en lo que había dicho Rebba, sino también en las palabras de Trella.

Él había vivido en poblados o en sus proximidades la mitad de su vida y nunca les había dedicado ni uno solo de sus pensamientos. Una aldea era únicamente un lugar para conseguir comida o vino, comprar o reparar sus armas, intercambiar caballos o pasar una noche en relativa calma. Algunas eran grandes, otras pequeñas, pero siempre estaban rodeadas de granjas y rebaños, un hecho tan frecuente que era casi invisible. Pero ahora comprendía el verdadero papel de las granjas. En ellas residía la verdadera riqueza.

Siempre había codiciado el oro. Con él uno podía comprar comida, armas, caballos, e incluso hombres. Desde que abandonara Alur Meriki, el oro, o la ausencia de él, había sido siempre el elemento más importante en su vida, lo que le impulsaba a ir de un lado a otro, de combate en combate. Ahora comprendía que era menos que nada. Los campesinos en sus granjas creaban el oro. Al producir grano y otros alimentos, daban inicio a un proceso que era como si extrajeran el oro de la tierra. Las granjas eran la base de todas las actividades de Orak. Sin ellas, no existiría. Sin la aldea, tampoco habría artesanos, herreros, nobles o soldados. Sin las granjas, no haría falta una muralla para defender el poblado.

De repente, comprendió algo sobre Alur Meriki. Sus jefes tenían también que entender los mismos misterios. ¿Cuál sería la razón, entonces, de que siempre quemaran o destruyeran las granjas por las que pasaban? No era únicamente para apoderarse de las cosechas, asesinar a los campesinos o arrasar las tierras. La gente de las estepas había comprendido la necesidad de mantener lo más baja posible la producción de las cosechas para que la población de campesinos y granjeros no creciera tanto como para, algún día, poder enfrentarse a ellos. Tal como había sucedido con Orak.

Si la producción agrícola de Orak aumentaba todavía más, habría más hombres dispuestos a luchar. Esto llevó a Eskkar a darse cuenta de otra cosa. El resto de las aldeas diseminadas a la orilla del río contaba con sus propias costumbres y sus nobles. Pero si todas ellas fueran sometidas al control de Orak, entonces los excedentes pasarían a formar parte de su riqueza, acrecentando su poder.

La explicación de Rebba sobre la siembra y cosecha de las plantaciones le había revelado uno de los misterios de la vida. Ahora se había dado cuenta de otro, uno que Trella, Nicar y los nobles ya conocían. Los pobladores podían basarse en sus oficios para sobrevivir, pero todos dependían de las granjas para crear la riqueza que le permitía a Orak crecer y prosperar y que hacía posible que el oro circulara.

La idea del oro le hizo sonreír. Recordó lo que había pensado cuando Nicar le envió la paga de su primer mes. El placer que había experimentado ante las veinte piezas de oro le parecía ahora casi infantil. La verdadera fortuna estaba en los campos. Las monedas doradas que pasaban de mano en mano eran sólo otra forma de almacenar alimentos. En aquellos últimos meses había concedido al oro cada vez menos valor. Ahora comprendía que era un medio para lograr un objetivo, algo que necesitaba para poder construir la muralla y pagar a los soldados, pero sólo se trataba de una herramienta. Trella había comprendido aquello desde el principio.

Un ruido le hizo alzar la vista. Vio a la muchacha observándolo desde la puerta.

—¿Hace mucho que estás ahí? —Se movió en la silla y extendió la mano hacia ella.

—Parecías ensimismado y no quise distraerte. ¿Sigues pensando en Rebba y en su granja?

Atravesó la estancia y le cogió la mano.

El la agarró por la cintura y la abrazó, apoyando el rostro contra sus pechos, y luego la sentó en su regazo.

—No. Pensaba en ti. ¿Sabes que eres muy sabia para ser tan joven?

Ella le rodeó el cuello con los brazos y se recostó contra su pecho.

—Ya no soy tan joven, Eskkar. Algunas de mi edad ya tienen dos hijos. Ahora soy sólo una mujer... tu mujer.

—Sí, mujer —respondió, mirándola a los ojos—. ¿Cuánto oro crees que me

costarías hoy en día?

La extraña pregunta la sorprendió e hizo asomar la duda a sus ojos.

—Entonces, ¿quieres venderme?

Con los dedos recorrió el cabello de Trella, disfrutando de aquella sensación.

—Hoy Rebba me ha explicado muchas cosas. Pero también he aprendido cuál es el verdadero valor del oro. —La besó con dulzura—. Ahora sé por qué, para mí, vales más que todo el oro de la tierra. —Volvió a besarla, esta vez con pasión, y dejó que su mano le recorriera el cuerpo—. Me parece que es hora de ir a la cama.

—Sí, amo —le respondió, y comenzó a abrazarle. Pero su sonrisa y su mirada prometían más, mucho más.



CAPÍTULO 16

Thutmose-sin abría la marcha por el sinuoso sendero, mientras su caballo trataba de esquivar las piedras sueltas. Sus hombres lo seguían. Todos guardaban silencio. Nadie se reía; al menos desde que habían llegado al lugar donde tuvo lugar la primera escaramuza.

Un kilómetro más atrás, una docena de cuerpos de Alur Meriki, descarnados y con los huesos desperdigados, señalaba el sitio donde se habían enfrentado a los Ur-Nammu. La ausencia de cadáveres de la tribu rival confirmó lo que Thutmose-sin ya imaginaba: un grupo de guerreros había derrotado a sus hombres de una forma tan abrumadora que aún habían tenido tiempo para recuperar y enterrar a sus muertos.

Las huellas continuaban hacia las colinas, serpenteando entre acantilados. Thutmose-sin supo de inmediato lo que había sucedido cuando llegó al desfiladero donde había tenido lugar la carnicería. Incluso después de ocho días quedaban rastros en el suelo de un centenar de caballos.

Urgo lo esperaba en el campo de batalla, a la entrada del desfiladero, con un puñado de hombres.

El *sarrum* se detuvo a su lado, intentando imaginar lo que había sucedido. Los Alur Meriki habían perseguido a los Ur-Nammu hasta aquel lugar. O les habían tendido una trampa. Fuese cual fuese la razón, sus hombres habían cabalgado hasta allí y ninguno había sobrevivido.

—Issogu... Markad... —Thutmose-sin llamó a sus lugartenientes, que venían tras él—. Enviad rastreadores a lo largo de los acantilados. Buscad pistas, cualquier cosa que hayan dejado abandonada. —Se dirigió a otro de sus hombres—. Behzad, sígueme a pie con diez hombres. Explora el terreno a medida que avances. El resto, quedaos aquí.

Espoleó su caballo. El animal levantó la cabeza y echó a andar. Urgo lo seguía a escasa distancia. El camino giraba a lo largo de la pared rocosa. Casi de inmediato, y tan pronto como Thutmose-sin dio la curva, le llegaron el olor y el rastro de la

muerte.

Al fondo del desfiladero, animales carroñeros, aves e insectos se concentraban en los cadáveres de los Alur Meriki. Animales que habitualmente se hubieran peleado por el alimento comían juntos ante la abundancia de carne humana. A medida que Thutmose-sin se aproximaba, las alimañas se apartaban de mala gana, irritadas por la interrupción de su banquete, y escapaban por la ladera o batiendo las alas hasta que se elevaban ruidosamente.

Una única lanza se alzaba sobre el montón de huesos rotos y carne putrefacta, con un sucio estandarte amarillo colgando en el aire inmóvil.

Recorrió la zona, estudió la tétrica escena, examinó los escarpados muros que lo rodeaban. Las paredes casi verticales no dejaban espacio para distribuir a los guerreros, y mucho menos para ocultarlos. Thutmose-sin vio sólo unos pocos lugares desde donde un hombre podría colocarse para usar su arco.

A sus pies estaban esparcidos los restos de la batalla. Espadas rotas, lanzas partidas y jirones de ropas ensangrentadas se mezclaban con huesos de hombres y animales. Las flechas, en su mayoría destrozadas, seguían clavadas en algunos de los cadáveres. Los ojos de Thutmose-sin estudiaron el terreno, pero no se bajó de su montura; tenía las riendas de su caballo firmemente agarradas para evitar que se acercara al montón de cadáveres.

—*Sarrum*, mira esto.

Un guerrero corrió hacia Thutmose-sin con una flecha en la mano.

Con una simple ojeada pudo apreciar la causa de la extrañeza de aquel hombre. Faltaba la punta y la madera estaba partida justo detrás de la unión. Pero incluso así era más larga que cualquiera de las que usaban sus guerreros, y cuando la tuvo en sus manos, notó que era también más pesada.

Le pasó la flecha a Uργο, que la examinó brevemente.

—Ah, he visto estas flechas antes, hace unos años, cuando fuimos hacia el Norte. Había un clan que las usaba. Buenos arqueros. —Se rascó la barba—. Pero no eran jinetes. Vivían en las estepas altas, en bosques frondosos.

—Busca otras flechas como ésta —ordenó Thutmose-sin al tiempo que le quitaba la flecha a Uργο y se la devolvía al guerrero—. Enséñasela a los demás.

Sus hombres encontraron otras tres, rotas o inservibles. Aquel hallazgo lo convenció de que otros hombres, además de los de Ur-Nammu, habían luchado contra los suyos. Thutmose-sin se volvió hacia su lugarteniente.

—Trae veinte hombres. Que despejen los cuerpos que cubren la tumba. Y que desentierren los cadáveres.

Uργο permaneció un instante con la boca abierta.

—Pero Thutmose-sin, los muertos... —Su voz se apagó bajo la mirada de su jefe—. Sí, *sarrum*. Traeré a los hombres.

Espoleó su caballo mientras empezaba a gritar las órdenes.

Issogu regresó corriendo al lado de su jefe.

—No hay rastro de piedras removidas en las paredes del cañón, *sarrum* —dijo señalando hacia la pared este—. Nada.

Thutmose-sin se volvió hacia el acantilado que se alzaba al Oeste, en donde Markad estaba arrodillado examinando un saliente rocoso y estudiando la tierra.

—Ayúdale —le ordenó.

Urgo se aproximó al frente de veinte hombres abatidos. Una mirada a su jefe los convenció de que no debían protestar. Comenzaron a despejar los huesos, usando sus lanzas y cuchillos todo lo que pudieron para evitar tocar la carne putrefacta. Murmuraban conjuros para ahuyentar a los espíritus. Pronto los cadáveres fueron retirados. El aire se cubrió de nubes de moscas, que rodearon a los sudorosos hombres.

Markad se acercó, con una expresión de asco en el rostro ante el olor.

—*Sarrum*, no he encontrado mucho. Pero es posible que algunos hombres treparan por las rocas de ese lado. Encontré una de nuestras flechas allá arriba, con la punta rota contra la pared, en un lugar que pudo haber estado ocupado por un hombre. Puede que colocaran arqueros allí.

—¿Cuántos?

—Unos pocos, *sarrum* —respondió Markad sacudiendo su cabeza—. Si hubieran sido muchos habrían dejado huellas, marcas en las rocas. No había nada, sólo esa flecha.

Entonces no había sido una emboscada, a pesar de aquellas extrañas flechas.

—Bien hecho, Markad. Sigue buscando cualquier otro indicio.

Se sentó, soportando en silencio el hedor de la tumba y las moscas, hasta que sus hombres finalmente terminaron de apartar los cadáveres y comenzaron a cavar en el suelo rocoso. Sabía que estaban maldiciendo y lo insultaban en voz baja, pero nadie se atrevió a llevarle la contraria. La tierra había sido apisonada para mantener a los carroñeros alejados, lo cual hacía difícil la tarea a pesar de los esfuerzos de los guerreros. Finalmente, uno de los hombres lanzó un grito al desenterrar el primero de los cuerpos de Ur-Nammu.

Thutmose-sin ordenó que otros veinte hombres les ayudaran, para poder ir despejando el terreno a medida que sacaban los cuerpos de la fosa. El calor se sumó al olor de la muerte que ahora flotaba a su alrededor como una niebla. Uno a uno fueron desenterrados más de cuarenta guerreros, y todavía faltaban algunos.

Uno de sus hombres dio un grito de sorpresa, y Thutmose-sin se acercó a él. Habían sacado otro cadáver, pero aquel hombre era diferente. Lo que quedaba de sus ropas le señalaba como un comedor de tierra. Su cara era chata, un rasgo habitual entre los que trabajaban la tierra.

Otros dos cuerpos, con rostros similares, salieron a la luz. Uno de ellos era un muchacho, apenas con edad suficiente para montar a caballo. Después, nada. Habían vaciado toda la tumba.

Los guerreros, sudorosos, permanecieron de pie, cubiertos de tierra y suciedad, esperando, mientras Thutmose-sin consideraba lo que habían descubierto.

Los Ur-Nammu habían enterrado campesinos junto a sus guerreros. Nunca había oído nada semejante, ni que se deshonrara a unos guerreros de semejante manera. Los Ur-Nammu, como los Alur Meriki, no mantenían tratos con los comedores de tierra. Éstos simplemente existían para ser perseguidos y aniquilados. Pero no parecía que en este caso se hubiera tenido en cuenta aquel principio. Aquellos hombres... enterrados según la tradición... Pensó en las extrañas flechas, examinando la que tenía en la mano.

Sus guerreros no eran estúpidos. No habían caído en una emboscada, y habían matado y herido a una gran cantidad de Ur-Nammu, como lo atestiguaban los jirones de tela sanguinolentos diseminados por el terreno. Pero en algún momento la batalla había dado un giro y todos habían muerto, caído bajo... no había suficientes flechas, al menos para justificar tantos muertos. Entonces tendrían que haber aparecido jinetes, apoyados por algunos arqueros sobre los acantilados. Aquellos extraños habían dado la vuelta al combate, probablemente atacando a los Alur-Meriki por la retaguardia. Un ataque sorpresa, aunque fuese con unos pocos hombres, podía haber proporcionado la victoria al enemigo. En vez de eliminar al resto de los Ur-Nammu, sus hombres se encontraron atrapados entre dos fuerzas y fueron aniquilados.

Partió la flecha que tenía entre las manos. Sus guerreros habían muerto y la venganza reclamaba la sangre de los responsables. Los Ur-Nammu debían ser destruidos, junto a aquellos que les habían ayudado.

Thutmose-sin levantó la vista. Sus hombres lo miraban fijamente, a la espera de sus órdenes, con el zumbido de las moscas sobre los muertos rompiendo el silencio. No estaba seguro de lo que significaba todo aquello, pero había un modo de averiguarlo.

—Urgo, vuelve a enterrar a los Ur-Nammu. —Ignoró el estupor que se había dibujado en el rostro de sus hombres—. Entiérralos como corresponde y luego haz que los caballos apisonen la tierra. Que los sacerdotes ofrezcan sacrificios a sus espíritus y pidan disculpas por haber molestado a los muertos.

Sin mirar atrás, se alejó cabalgando del desfiladero. A la entrada, llamó a Markad y a Issogu.

—Seguid el rastro, a dondequiera que vaya. Averiguad adonde fueron. Y prestad atención si alguno se separó del grupo y se dirigió hacia el Oeste. Llevad tantos hombres como sea necesario.

Dos horas más tarde dio la orden de acampar en el mismo lugar donde los Ur-

Nammu se habían detenido a curar sus heridas. Las huellas de las hogueras dejaban claro que habían sido utilizadas durante varios días. Urگو encontró otra de las largas flechas del Norte partida en un árbol, obviamente utilizado como blanco. Eso significaba que las relaciones entre los arqueros del Norte y los Ur-Nammu eran lo suficientemente amistosas como para practicar juntos, sin duda después de celebrar la aniquilación de sus hombres. El rastro perfectamente visible de unos treinta o cuarenta jinetes partía hacia el Norte.

Durante los días siguientes, Markad e Issogu siguieron la pista de los Ur-Nammu. Pero Thutmose-sin podía adivinar lo que encontrarían. Los supervivientes del clan seguirían hacia el Este, mientras que otro grupo se habría dirigido al Oeste, de regreso a Orak.

Una cuadrilla de jinetes de Orak había seguido a los Ur-Nammu o, más probablemente, a sus guerreros. Los comedores de tierra se habían aliado con Ur-Nammu o simplemente habían atacado a los Alur Meriki por la retaguardia. Fuese cual fuese la táctica usada, los jinetes de Orak habían dado un giro a la batalla, perdiendo sólo unos pocos hombres durante el curso de los acontecimientos. Después, aquellos dos grupos, tradicionalmente enemigos entre sí, habían acampado juntos durante varios días, recuperándose de las heridas y tomándose su tiempo para mejorar su puntería.

Todo aquel tiempo juntos... eso significaba que todo lo que supieran los Ur-Nammu también lo sabían los comedores de tierra de Orak.

Peor aún, Thutmose-sin se dio cuenta de que Orak tenía un jefe, alguien que conocía los secretos de la guerra. Eso quería decir que esta vez los comedores de tierra no escaparían, sino que combatirían. Habían vencido a sus hombres, y esa victoria les daría ánimos. Su propia derrota importaba poco. Al menos Alur Meriki había destruido a Ur-Nammu, concluyendo, al fin, aquel conflicto.

La pérdida de sus guerreros no le preocupaba. Tenía muchos guerreros. Pero sus hombres se mirarían entre sí y se harían preguntas. Un grupo de Alur Meriki había sido derrotado, aniquilado, algo que no había sucedido en casi una generación. Y eso provocaría dudas entre sus propias filas. Verían a los jefes de sus clanes de otro modo. Si los guerreros podían ser derrotados una vez, ¿por qué no otra?

Thutmose-sin reflexionó sobre estas cuestiones con Urگو, que se sentó frente a él, en silencio, incapaz de contradecir las conclusiones de su *sarrum*..

—Tu plan, Urگو, ¿estás seguro todavía de que podemos apresar a los comedores de tierra?

Urگو masticó una hierba y se tomó su tiempo. A él también le preocupaba la derrota, puesto que cualquier reducción en el número de guerreros limitaba el número de hombres disponibles.

—Estamos empujando a todos hacia la aldea. A menos que tengan un número

extraordinario de hombres que puedan enfrentarse a nosotros, la conquistaremos.

Thutmose-sin dirigió una penetrante mirada a su subalterno.

—¿Y el muro que están construyendo?

—Una muralla sin hombres para defenderla es inútil, *sarrum*. —Miró a su jefe a los ojos—. Después de una pequeña escaramuza, ¿son sus guerreros acaso iguales a los nuestros? Han caído en una emboscada, en terreno favorable, con arqueros en los acantilados.

—Ahora tienen un jefe, que sabe cómo luchar y cuándo hacerlo, alguien que puede derrotar a nuestros hombres.

—Es posible, *sarrum*. Pero ni siquiera unos cuantos hombres de esa clase, aunque sean fuertes, pueden derrotar a todo Alur Meriki.

—Sin embargo, quiero saber más sobre el jefe guerrero que dirige esa fuerza. Averigua quién es. Si Orak tiene un nuevo jefe, alguien entrenado para la guerra, entonces tenemos que conocer todo lo posible sobre él.



CAPÍTULO 17

Durante los siguientes diez días, Eskkar pasó las mañanas junto a sus lugartenientes, preparándose para los distintos tipos de batalla a los que podrían tener que enfrentarse. Luego se entrenaba con sus soldados, más que nada para darles aliento. Con el relato de la victoria de Eskkar sobre Alur Meriki, el clan del Halcón ayudó a levantar la moral. Cada vez que era repetida, la batalla era magnificada y engrandecida, y la confianza de los soldados en su jefe crecía a la par, aumentando a medida que la muralla se concluía. Eskkar quería que sus hombres creyeran en sus propias capacidades y confiaran en sus lugartenientes. Seguramente les haría falta cuando comenzara la lucha.

Los soldados practicaban con espada, lanza y hacha. El orgulloso clan del Halcón tomó el liderazgo y hacían de atacantes, arremetiendo con entusiasmo contra la muralla. Los arqueros marcaron las distancias al muro con piedras semienterradas, pintadas de diferentes colores, para poder calcular la posición de sus enemigos. Los viejos blancos fueron derribados. Los arqueros practicaban sólo desde la muralla, para asegurarse de que estaban preparados. Bajo la guía de Totomes aprendieron a lanzar a distancias determinadas.

Las armas y la comida continuaban llegando a Orak. La afluencia de refugiados en las vías de acceso había disminuido a medida que Alur Meriki se aproximaba, pero seguían presentándose hombres, muchos deseosos de trabajar o de luchar, que pedían protección para sus familias. El tráfico fluvial aumentó, y las barcazas cruzaban el río a diario innumerables veces. Cada embarcación traía mercancías de primera necesidad. Los almacenes se llenaban y todos se quejaban de que ya no quedaba espacio libre en la aldea.

Cuando el capitán salía a caminar, los pobladores lo aclamaban, gritando su nombre o deseándole suerte en la inminente batalla. Trella era igualmente popular, sobre todo entre las mujeres, los pobres, los niños y los ancianos. Visitaba a muchas de esas familias a diario, para asistirles y organizarlas, asegurándose de que las

mujeres supieran la tarea que tenían asignada en el combate.

Gatus tenía suficientes soldados para aleccionar a las mujeres y a los ancianos. Sus hombres les enseñaban a combatir el fuego y a utilizar palos cortos y afilados en la muralla para derribar escalas.

Cientos de piedras fueron transportadas a lo alto del parapeto y lanzadas por los pobladores. Cuando un grupo terminaba, volvían a recuperarlas para el siguiente, una tarea que se sucedía a lo largo del día, hasta que los músculos de todos estaban doloridos y las piedras habían despellejado, con su roce, las palmas de sus manos. Miles de aquellos proyectiles se acumulaban a los pies del parapeto.

El entrenamiento de soldados y pobladores continuó hasta que dominaron cada técnica, herramienta o arma. Las mujeres cubrieron todas las superficies de madera de Orak con una capa de barro para evitar las flechas incendiarias o antorchas que pudieran ser lanzadas sobre la muralla. La aldea estaba preparada para el asedio, pero Eskkar podía apreciar tanto el optimismo como el miedo en los rostros de todos.

Al final de una larga pero reconfortante jornada, el capitán regresó a casa antes de la caída del sol. Primero se dirigió al pozo situado en la parte trasera. El lujo de contar con agua en la casa lo satisfacía. Disfrutaba de poder lavarse el sudor y la tierra que le cubrían el cuerpo.

Cuando estaba terminando su aseo escuchó que la puerta de entrada se abría con un chirrido. Un joven harapiento pasó por debajo de los brazos del sorprendido guardia, aunque éste estuviera apostado para evitar, justamente, semejantes intromisiones.

El muchacho corrió hacia la casa, gritando con voz aguda.

—Capitán, capitán, ven pronto... ¡Ama Trella ha sido apuñalada!

Esquivó a un sirviente que salía de la casa. Bantor apareció en la puerta y agarró al jovenzuelo con fuerza. Eskkar fue corriendo hacia el muchacho.

—Aquí, muchacho, aquí estoy. ¿Qué le ha sucedido a Trella? ¿Dónde está?

Sintió cómo el miedo le crecía en la boca del estómago.

—Ama Trella regresaba a casa cuando un hombre se le acercó por detrás y sacó un cuchillo. —La voz aguda del pequeño amontonaba las palabras—. Le grité para prevenirla, pero llegué tarde y él la apuñaló. Entonces salió corriendo, pero lo agarré de una pierna hasta que el guardia lo atrapó. Él me ha enviado a buscarte.

—¿Dónde? ¿Dónde está?

—En la calle de los carniceros, cerca de la carpintería.

—¡Que se quede aquí! —Eskkar empujó al muchacho hacia Annok-sur cuando ella se le acercó.

Corrió por el jardín y salió hacia la calle de los carniceros. Pero antes de que hubiera dado una docena de pasos, una multitud se le acercó, encabezada por un fornido soldado que llevaba a Trella en brazos. Su vestido, cubierto de sangre y

rasgado en un lado, le arrastraba por el suelo. Su brazo colgaba, inerte. Sus ojos estaban en blanco. Eskkar no supo si estaba viva. Reconoció al guardia, Klexor, designado aquel día para custodiarla.

Klexor se abrió paso empujando al capitán como si no lo reconociera. Tres soldados de la guardia, todos pálidos y con las espadas desenvainadas, lo seguían de cerca.

—¿Está viva? —Eskkar pronunció las palabras con dificultad y la voz ronca.

El guardia que llevaba a Trella cruzó el patio y entró a la casa. Alguien había despejado la mesa grande y la colocaron allí con cuidado. Annok-sur le abrió el vestido. Alguien había cortado una tira de la tela y la había usado para vendar la herida, cubriéndole completamente el torso, debajo del pecho.

Eskkar se acercó a la mesa. Vio cómo el pecho de la muchacha subía y bajaba. Todavía estaba viva. Pero su rostro estaba pálido y la sangre brotaba de su costado izquierdo.

—Manda llamar a un curandero —le gritó Annok-sur mientras colocaba una manta doblada bajo la cabeza de la muchacha.

Klexor seguía de pie, atontado, en el lugar donde Annok-sur lo había empujado. Eskkar se acercó a él y lo agarró por el brazo.

—¿Qué ha sucedido? ¿Quién ha hecho esto? El hombre se giró y miró fijamente a Eskkar durante un instante.

—Sí, capitán, está viva —respondió el guardaespaldas, como si recordara de repente la pregunta que Eskkar le había hecho antes—. Un hombre la acuchilló en la calle. Pero un curandero pasaba en aquel momento y acudió en nuestra ayuda cuando escuchó los gritos. Él le vendó la herida y dijo que debíamos traerla aquí. —El guardia miró a su alrededor—. Dijo que nos seguiría... ah, ahí está.

Un hombre anciano, de cabeza calva, entró resoplando a la sala. Llevaba una gran bolsa de cuero con su instrumental. Eskkar reconoció a Ventor, un curandero que asistía con frecuencia a los soldados. Demasiado vulgar para las clases nobles, Ventor era más apropiado para el tratamiento de heridas de guerra que para curar dolores de cabeza o estómagos doloridos.

—No os quedéis ahí parados —ordenó el curandero mientras se aproximaba a la mesa—, traed agua fresca y telas limpias. Y todas las lámparas y velas que encontréis.

Annok-sur se puso al lado de Ventor, que abrió su bolsa y sacó un cuchillo para cortar el improvisado vendaje.

Eskkar permanecía de pie, conmocionado, zarandeado de un lado a otro por las mujeres. Miraba incapaz de hacer nada, mientras la esposa de Bantor y una sirvienta limpiaban la sangre del cuerpo de Trella y el curandero echaba agua sobre la herida.

Al principio pensó que la habían apuñalado en el pecho, pero al desaparecer la

sangre, vio que la herida estaba en el lado izquierdo, desde la axila hacia la cadera. El largo corte continuaba sangrando, pero Ventor seguía echando agua con una jarra a lo largo del mismo. El agua ensangrentada salpicó el suelo.

—Traed otra jarra —pidió el curandero. Cogió una vela y examinó cuidadosamente la herida, manteniendo la llama cerca del cuerpo—. No hay nada en la herida.

Sacó aguja e hilo de la bolsa, enhebró la aguja con cuidado y rápidamente anudó el hilo. Volvió a lavar la herida y después, ayudado por las mujeres, comenzó a coserla.

No era la primera vez que Eskkar presenciaba algo semejante. Él mismo lo había sufrido en su propio cuerpo, e incluso había observado mientras lo hacían, pero en esta ocasión tuvo que apartar la mirada. Le temblaban las manos. Trató de mantenerse tranquilo, apretando los puños. La mujer de Bantor se acercó al capitán y a su marido.

—Creo que vivirá —murmuró Annok-sur—. La herida es grande pero no profunda, y el puñal resbaló sobre las costillas. Aunque seguramente se habría desangrado si el curandero no hubiera estado cerca para detener la hemorragia.

—Te lo agradezco, Annok-sur. Por favor, quédate a su lado. —Eskkar miró a Ventor, que continuaba agachado sobre la mesa terminando de coser la herida. Después vendó a su paciente, utilizando lino limpio que trajeron los sirvientes—. Cuando termine, que se quede aquí para cuidarla. —Se dirigió a Bantor—. Averigüemos ahora quién morirá esta noche.

Salió al patio, donde le esperaban sus hombres armados. Las antorchas iluminaban la creciente oscuridad. Cuando vieron el rostro serio del capitán, un lamento unánime surgió de sus gargantas.

Bantor los tranquilizó rápidamente.

—No, no, está viva. El curandero está con ella.

Se escuchó una confusa ovación, que encontró eco más allá del muro. Eskkar se dio cuenta de que la calle también debía de estar llena de gente que quería mostrar su preocupación por Trella. Dos miembros de la guardia se abrieron paso entre los soldados arrastrando a un hombre harapiento, cubierto ya de golpes, con las manos atadas fuertemente a la espalda y un trapo en la boca. El prisionero se sacudía tanto que se habría caído si los soldados no llegaban a sostenerlo.

—Éste es el que la atacó, capitán. —El guardia le dio al prisionero un golpe en las costillas—. Klexor lo atrapó antes de que pudiera escapar.

Los soldados gritaban.

—Mátalo... mátalo ya.

Eskkar alzó el brazo pidiendo silencio, mientras daba órdenes a Bantor.

—Vigílalo, y mantenlo vivo.

Luchó contra el impulso de golpear al hombre, pero aquello podía esperar.

Primero pensar, después actuar. Era lo que Trella siempre le decía. Comenzó a pensar con claridad por primera vez desde que habían traído a Trella herida. Miró a su alrededor y vio a Klexor, sentado solo en un rincón, desconsolado, agarrándose la cabeza con las manos.

—Klexor, ven aquí —dijo y después le gritó a Bantor—: Despeja el patio, pero quédate aquí con veinte hombres. Cierra las puertas y envía al resto de los hombres a las murallas. No quiero que nadie huya amparado por las sombras de la noche. Mata a quien lo intente. Luego regresa. Gatus, Sisuthros, venid conmigo.

Klexor se levantó, temblando. Eskkar lo agarró por el brazo y lo llevó hacia la casa. Ignorando a los que estaban congregados en torno a Trella, se dirigió con el soldado a la estancia superior y lo sentó en una silla, frente a la mesa. Sirvió dos copas de vino, una pequeña para él y otra más grande para Klexor.

—Toma esto. —Esperó a que el soldado bebiera la mitad de la copa y luego se la quitó de los labios—. Despacio. Dime qué ha sucedido. Tómate tu tiempo y cuéntamelo todo.

Se sentó al otro lado de la mesa, ante el soldado. Examinó cuidadosamente al guardia. Klexor era un veterano experimentado y fornido, un poco más bajo que él, pero más musculoso, con unas manos como martillos. No era uno de los soldados que habían estado desde el principio, pero Eskkar lo conocía lo suficiente y el hombre ya había custodiado a Trella con anterioridad.

Klexor se pasó el dorso de la mano por la boca.

—Capitán, no fue culpa mía, yo...

—Sólo quiero que me cuentes lo que ha sucedido. No fuiste tú quien la atacó. Dime exactamente qué ha pasado. No omitas nada.

Klexor tomó otro trago de vino y luego miró a Sisuthros y a Gatus, que estaban recostados contra la pared.

—Fui asignado hoy para vigilar a Trella. Recorrimos toda la aldea, de arriba abajo, visitando gente, instruyendo a las otras mujeres. Ya nos disponíamos a regresar, pero algunas mujeres quisieron hablar con ella, así que se detuvo con ellas un momento. —Su voz se quebró y tomó otro trago de vino—. Pero se estaba haciendo de noche. Estábamos en el barrio de los carniceros. Allí la calle se estrecha, por lo que me puse delante, abriendo paso entre la multitud.

Se detuvo y se pasó la mano, temblorosa, por los cabellos.

No te detengas, hombre, estuvo a punto de gritarle Eskkar.

—Estábamos a pocos pasos de ese taller grande, en donde hacen ruedas y... — Eskkar asintió con la cabeza—. Nos encontrábamos allí cuando oímos un grito... un chico en la calle gritó: «Un cuchillo, tiene un cuchillo». Cuando me di la vuelta, vi que un hombre le estaba asestando una puñalada. Trella gritó y cayó al suelo. — Klexor vació la copa y la puso torpemente sobre la mesa—. Me quedé de pie,

inmóvil, capitán, durante un instante no pude ni siquiera moverme. Pero el muchacho que había gritado agarró al asesino por una pierna mientras trataba de escapar, y le hizo caer. Lo hizo estupendamente, o habría muerto él también. Vi cómo el cuchillo pasaba sobre la cabeza del muchacho. En aquel momento ya me había recobrado y corrí hacia el hombre justo cuando se levantaba. Lo golpeé, se cayó... volví a golpearle. —Se detuvo, pensativo—. Escuché que Trella decía «Vivo... mantenlo vivo», antes de desmayarse. El otro hombre, Ventor creo que se llama, se acercó y me apartó. Vendó la herida y me dijo que enviara al niño a avisarte, y después me ordenó que trajera a Trella a la casa.

—Y al que la apuñaló, ¿lo conoces? —preguntó Eskkar.

—No, no lo reconocí —respondió Klexor—, aunque... espera, lo había visto antes, por la tarde. Es probable que estuviera entre la multitud junto a la muralla cuando las mujeres fueron a practicar. Estoy seguro de que es ahí donde lo vi. A lo mejor las mujeres lo recuerdan.

Klexor comenzó a temblar otra vez, consciente de que podía ser ejecutado por haber fallado en su misión.

—¿Dices que intentó acuchillar al niño? ¿Todavía tenía el cuchillo cuando le pegaste?

El guardia se concentró en lo que había ocurrido y contestó.

—Sí, capitán, todavía tenía el cuchillo. Pero estaba tratando de escapar, no de usarlo.

—Entonces le golpeaste. ¿Por qué no usaste tu espada?

—Trella dijo que lo mantuviéramos con vida... no, eso fue después. No sé, quería atraparlo. No me acuerdo de lo que estaba pensando. Me olvidé de desenvainar la espada.

Eskkar trató de imaginarse al hombre y lo que había hecho.

—Te doy las gracias, Klexor. No creo que nadie pudiera haberlo hecho mejor. Hiciste bien en no matar al asesino. Ahora ve a la cocina y que te den un poco más de vino, pero sólo una copa. Necesitas mantenerte sobrio. Habrá otros que querrán escuchar lo que me has contado.

El hombre se puso de pie, evidentemente aliviado.

—Capitán... lamento lo que... ella... ella es una buena mujer...

Su voz se quebró y no pudo seguir hablando.

—Lo sé. Ahora márchate y envíame al muchacho que vino a avisarme. —Se giró hacia Gatus y a Sisuthros, luego hizo una pausa mientras esperaba a que regresara Bantor, que se cruzó con Klexor en la escalera—. Parece que el hombre seguía a Trella, y que el guardia cumplió con su trabajo.

—Los hombres se quejan de que es imposible custodiaros a los dos —dijo Gatus— con tanta gente alrededor. Pero Trella no quería que le asignaran otro vigilante.

Klexor cumplió con su tarea tan bien como cualquiera.

—Nadie acepta tus buenos consejos, Gatus. Ella me dijo lo mismo. Yo debería...

La puerta volvió a abrirse y Annok-sur introdujo al niño en la habitación; llevaba en la mano un pedazo de pan con manteca y tenía la barbilla cubierta de migas y grasa. Parecía temeroso.

Eskkar se levantó y acompañó al pequeño hasta el asiento que había dejado libre Klexor, pero esta vez el capitán se sentó a su lado en un taburete. Calculó que el niño tendría nueve o diez estaciones.

—No tengas miedo, muchacho. ¿Cómo te llamas?

Los ojos del pequeño se abrieron desmesuradamente mientras miraba a su alrededor. Sin duda, nunca había visto una habitación tan grande en toda su vida, o tan bien amueblada. Eskkar repitió la pregunta.

—Enki, noble señor, me llamo Enki.

El nombre del dios de las aguas que habitaba en el río.

—Un buen nombre, Enki. Has prestado un gran servicio, y estoy en deuda contigo. Sin ti, el atacante habría escapado. Ahora quiero que me cuentes todo lo que hiciste hoy, adonde fuiste, cuándo viste a Trella por primera vez, todo. ¿Crees que podrás hacerlo? Empecemos por el momento en que la viste por primera vez.

—Fue en los entrenamientos, señor. Fui a ver cómo practicaban las mujeres. A veces tropiezan y caen, o se les levantan los vestidos. Cuando ama Trella llegó, muchos de nosotros corrimos hacia ella. La semana pasada le llevé un mensaje y me dio una moneda de cobre. —El recuerdo lo entristeció—. Pero otros niños mayores me la quitaron.

—Eso se puede arreglar. —Eskkar se levantó, se dirigió a la mesa, abrió el cajón y sacó dos monedas de cobre. Se las dio a Enki, que las cogió con su mano libre, mientras la otra todavía aferraba el pedazo de pan. El capitán volvió a sentarse—. ¿Y después qué pasó?

—Ama Trella estuvo mirando cómo se entrenaban las mujeres y después empezó a entrenar ella también. Para ser una mujer tiene mucha fuerza, ¿sabes? Y puede manejar la lanza corta ella sola, o el palo para las escalas. Muchos de los que estaban allí aplaudían y se reían. Cuando terminaron, las mujeres se lavaron en el pozo. También me gusta verlas ahí.

Muchas de las mujeres se quitaban las túnicas y se echaban agua encima. Eskkar sonrió ligeramente. También él las había observado.

—Sí, siempre es divertido mirar. Ahora, Enki, mientras estabas allí, ¿recuerdas haber visto al hombre que atacó a Trella? ¿Estaba allí?

Enki frunció el ceño intentando recordar.

—No, allí no. No lo vi en aquel lugar. Después, cuando comenzamos a caminar, pasó cerca de mí y de Trella. Yo la seguía, con la esperanza de que me diera otro

mensaje o algo. El hombre se abrió paso y siguió adelante. Después volvió y continuó caminando detrás de nosotros. Miraba a su alrededor, me acuerdo de eso.

—Muy bien, Enki. ¿Qué sucedió después?

—Ama Trella se detuvo a conversar con alguien. Algunos niños se acercaron, pero el guardia los apartó. Ella habló con las mujeres bastante tiempo, luego le dio a una de ellas una moneda de cobre antes de seguir su camino. El guardia tuvo que empujar a la gente para que se apartara y pudieran avanzar.

El muchacho miró a su alrededor y se dio cuenta de que todos lo estaban mirando. Probablemente nadie le había prestado atención hasta entonces, y ahora cuatro hombres adultos escuchaban atentamente cada una de sus palabras.

—No tengas miedo —dijo Eskkar tranquilizándolo—. Continúa.

—Me dejaron atrás, y estaba tratando de acercarme cuando el mismo hombre volvió a empujarme para abrirse paso. Casi me caí, y le insulté. Entonces vi que sacaba un cuchillo de debajo de su túnica. Se acercó muy rápido hacia donde estaba Trella. Grité y ella se giró. Entonces vio el cuchillo y levantó el brazo, pero el hombre la apuñaló igualmente. Seguí gritando. El asesino dio media vuelta y salió corriendo, pasando por mi lado, así que me agarré a su pierna hasta que ambos nos caímos. Se puso de pie, pero el guardia lo atrapó y empezó a pegarle.

—¿Te acuerdas de lo que gritaste? ¿Las palabras exactas? —Eskkar quería todos los detalles.

—Me acuerdo. Grité: «Ama Trella, tiene un cuchillo, ama Trella...». Entonces vi la sangre en el cuchillo del hombre cuando pasó corriendo junto a mí.

—¿Gritaste muy alto, Enki? ¿Puedes decirnos cómo?

Sin dudar, el niño gritó, salpicando el rostro del capitán de migas de pan, mientras su aguda voz resonaba en toda la estancia. Era lo suficientemente alta para que cualquiera se detuviera y se diera media vuelta. Si Trella no hubiera girado, la puñalada habría sido en su espalda.

Eskkar hizo que el joven repitiera la historia una vez más. Cuando no tuvo nada nuevo que añadir, echó una mirada a sus tres lugartenientes, que seguían de pie, recostados contra la pared.

—¿Queréis preguntar algo?

Gatus y Bantor negaron con la cabeza, pero Sisuthros dio un paso y se inclinó a examinar la nuca del pequeño, revolviéndole el cabello, hasta que Enki dio un grito de dolor.

Quitó la mano, manchada con un poco de sangre seca.

—Me había parecido que era sangre. El cuchillo falló por poco, aunque dudo que lo hubiera matado.

Los ojos de Enki se abrieron espantados a la vista de su propia sangre. Sisuthros acarició la cabeza del pequeño.

—Es sólo un rasguño. Nada de lo que deba preocuparse un hombre valiente.

—Gracias otra vez, Enki —dijo Eskkar mientras se ponía de pie—. ¿Dónde está tu familia?

—No tengo, señor. Tenía un hermano mayor, pero desapareció. Duermo en los establos, o cerca del río.

Probablemente el hermano había sido capturado en la calle y vendido a un traficante de esclavos.

—Entonces de ahora en adelante te quedarás aquí. —Eskkar se dirigió a sus hombres—. Ha llegado el momento de hablar con el asesino.

Cogió al pequeño de la mano, lo acompañó al piso inferior y se lo entregó a la mujer de Bantor antes de ir a ver a Trella. El curandero, que estaba sentado a su lado, se levantó cuando lo vio acercarse.

Eskkar miró el pálido rostro de la muchacha; su cuerpo estaba cubierto con una ligera manta y tenía otra doblada bajo la cabeza. La habían peinado. Sus ojos estaban cerrados, pero respiraba con regularidad.

—¿Cómo está, Ventor? ¿Vivirá? —No pudo evitar que se le quebrara la voz.

—Sí, capitán, creo que se recuperará —dijo Ventor—. A menos que sus heridas se infecten. Ha recibido el golpe en las costillas y hacia abajo. El atacante debería haber dado la puñalada de abajo hacia arriba, hacia el corazón. Las costillas se rompen con un golpe desde abajo, pero desde arriba el arma resbala de costilla en costilla. No era un asesino experimentado. —Levantó la manta y observó la herida—. Es joven y fuerte. Se recuperará rápidamente. Le he dado un poco de vino y ordené que le trajeran sopa tan pronto como sea capaz de alimentarse.

Eskkar respiró aliviado.

—Gracias, Ventor. Me gustaría que te quedaras esta noche. Y que después vinieras un par de veces al día a visitarla. Se te pagará bien por tu trabajo.

—Los nobles emplean sus propios curanderos, capitán.

—Sí, pero yo soy un soldado, y tú tienes experiencia con heridas de combate. Además, no quiero una docena de curanderos discutiendo sobre qué poción administrar o a qué dioses elevar las plegarias. Atiende su herida como lo harías con cualquier soldado.

Eskkar se dirigió al patio. Lo recibió una ovación de sus soldados. A pesar de sus órdenes, más de veinte de sus hombres estaban concentrados allí, iluminados por las antorchas.

Levantó una mano.

—Trella está siendo atendida por el curandero. Ahora tenemos trabajo por delante, pero necesitaré vuestros servicios un poco más tarde. Así que despejad el patio. Los del clan del Halcón y los guardias de la casa, quedaos. Gatus, retira a los hombres. Bantor, trae al asesino a la parte trasera.

Eskkar siguió a los soldados que arrastraban al hombre hacia el fondo de la casa. El pequeño jardín contaba sólo con un banco y dos pequeños árboles poco más altos que un hombre. Se situó de pie ante el atacante. Dos hombres sostenían al prisionero por los brazos. Le obligaron a arrodillarse, con los brazos en la espalda y el trapo todavía en la boca.

Eskkar puso una rodilla en tierra y acercó su rostro al prisionero. Los ojos de éste estaban desorbitados por el terror, y el olor a orina flotaba a su alrededor. Le sacó el trapo de la boca y pudo oír cómo llenaba de aire sus pulmones. Después empezó a hablar.

—¡Silencio! —ordenó Eskkar con furia—. Si habla o se queja, hacedlo sufrir un poco.

Los soldados apretaron las muñecas del prisionero, retorciéndolas hacia arriba, hasta que gritó, dolorido, y la saliva le comenzó a caer por la boca abierta. Eskkar estudió con detalle al detenido, pero no lo reconoció. Aunque aquello no significaba nada. Podía llevar en Orak meses o días, o quizá se trataba de un recién llegado.

—¿Alguien conoce a este hombre? —Nadie habló—. ¿Cuál es tu nombre? —El hombre no dijo nada, y Eskkar le hizo una seña a los soldados que lo sostenían. Levantaron un poco los brazos del prisionero y la nueva oleada de dolor le aflojó la lengua.

—Natram-zar... mi nombre es Natram-zar, señor. —Habló con voz ronca, sin acento reconocible. El capitán imaginó que vendría del Sur, probablemente de Sumeria.

—¿Por qué atacaste a mi mujer, Natram-zar?

—Quería robarle, noble señor. Sólo soy un ladrón. Quería robarle la bolsa.

Ahora suplicaba, con el miedo reflejado en su mirada.

—Entonces eres un pésimo ladrón, Natram-zar. Su bolsa seguía colgada de su cuello. —Eskkar se puso de pie—. ¿Llevaba alguna cosa?

Bantor se adelantó con una bolsa de cuero muy gastada y cosida que contenía cinco monedas de cobre, unas pocas pertenencias y el cuchillo.

Eskkar lo cogió y apretó los labios al ver la sangre de Trella. Se trataba de un buen cuchillo. El filo de cobre encajaba perfectamente en un mango de madera curvo y tallado. Pequeña y bien hecha, no era el arma de un soldado, pero resultaba perfecta para esconderla bajo la túnica, e ideal para un asesinato silencioso. Demasiado buena para un ladrón corriente. Por supuesto, podía habérsela robado a alguna víctima adinerada.

—¿Nada más?

—Nada, capitán. Sólo esta bolsa y el cuchillo.

—Ponedlo de pie y quitadle las ropas. —El hombre comenzó a quejarse, pero los soldados lo levantaron, ignorando sus protestas, que pronto se convirtieron en

quejidos. En pocos instantes lo desnudaron. Dejaron sus ropas amontonadas ante él, incluida la sucia y hedionda ropa interior que había empapado con su orina.

Valiéndose del cuchillo del prisionero, Eskkar revolvió entre aquellas ropas. Por poco se le pasó inadvertido un pequeño bolsillo cosido a lo largo del dobladillo inferior de la túnica. Cortó la costura y escuchó el apagado tintineo de unas monedas. Cada una de ellas había sido envuelta en un pedazo de tela para amortiguar el sonido.

Contó diez monedas de oro, brillantes bajo la luz de las antorchas. Las miró con atención, pero todas eran usadas, con varias marcas de distintos mercaderes y nobles. Revisó el resto de las ropas, pero no encontró nada. El oro hablaba por sí solo. Se trataba de un asesinato por encargo.

Se levantó y se dirigió a Natram-zar.

—Me has mentido una vez. No vuelvas a cometer el mismo error. Si quieres evitar el fuego, di la verdad. —Eskkar oyó que Gatus lo llamaba—. ¿Qué sucede?

—Muchos de los nobles están en la calle. Nicar y los demás quieren entrar, pero los he mantenido fuera, tal como ordenaste. Además, los hombres apostados en las murallas escucharon algo en la oscuridad y cuando fueron a investigar encontraron un caballo atado a una piedra, a trescientos pasos de la muralla. Su dueño desapareció en las sombras. Es un buen animal, con provisiones y un odre de agua.

Tendría que haber previsto algo así. El asesino necesitaría escapar rápidamente después del crimen..

Ahora los nobles esperaban fuera. Eskkar no estaba seguro de querer dejarlos entrar, especialmente cuando podía ser Néstor el que había contratado al asesino. Sin embargo, si no los dejaba presenciar lo que aquel miserable tenía que confesar, tal vez después no creyeran a los testigos que él presentara. Malditos sean los dioses.

—Bantor, averigua si alguien reconoce al caballo, quién es su dueño y de dónde viene. Dudo que este canalla haya mantenido un buen caballo en un establo durante días, pero si es así, alguien ha de saberlo. —Miró a Gatus, que seguía esperando—. Deja entrar únicamente a los jefes de las Familias. Si no quieren hacerlo, no los obligues. —Se volvió al prisionero—. ¿Listo para hablar, Natram-zar? El tiempo de las mentiras ha terminado.

—Noble señor, sólo soy un ladrón. —Su voz sonaba apagada por la sed y el dolor.

—Atadlo a los árboles con las piernas abiertas. Traed fuego de la casa. Y mucha leña.

Natram-zar gritó, mientras los hombres que lo sostenían lo arrastraban. Uno de los guardias dejó caer el brazo un momento, se puso frente al prisionero y lo golpeó salvajemente en el estómago; la fuerza del golpe hizo que se doblara en dos.

—Silencio, perro, o recibes otro.

Aseguraron al prisionero entre los dos árboles, extendiéndole los brazos y atándolos a las ramas más largas. Después le sujetaron los tobillos, abriéndole las

piernas y ajustando las cuerdas a la base de los troncos. Cuando terminaron, Natram-zar colgaba indefenso, incapaz de hacer otra cosa que moverse un poco.

Al mismo tiempo, los jefes de las Familias iban entrando, nerviosos. La visión del prisionero no hizo más que aumentar su intranquilidad.

—Justo a tiempo, nobles —comenzó Eskkar—. Este hombre ha intentado matar a Trella, y sólo un niño avisado con buenos pulmones le salvó la vida. Este perro fue capturado en el acto. Su nombre es Natram-zar. Tenía diez monedas de oro cosidas en la túnica y un caballo esperándole al otro lado de la muralla. ¿Alguno de vosotros le conoces?

La vista de las monedas brillando bajo las antorchas lo cambiaba todo. Ningún ladrón poseía aquella cantidad. Sólo los nobles y algunos de los comerciantes más acaudalados podían hacer semejante gasto para un asesinato por encargo. Y ningún ladrón con tanto oro encima arriesgaría su vida por la pobre bolsa de una muchacha esclava, aunque esa esclava fuera Trella.

Eskkar miró a Néstor, pero el anciano parecía tan sorprendido como los demás. Nicar, Decca, Rebba y Corio observaban al capitán sin comprender. Nicar fue el primero que consiguió hablar.

—¿Quién le pagó para que lo hiciera? ¿Por qué querrían hacerle daño a Trella?

—Vosotros esperaréis aquí en silencio —ordenó Eskkar con voz dura—. Ni una palabra.

Echó una mirada a Gatus, que sentía poco aprecio por los nobles.

—Gatus, acompañales al otro lado, desde donde puedan ver y escucharlo todo. Asegúrate de que permanezcan callados.

Desde allí, el prisionero no podría verlos.

A aquellas alturas, Natram-zar había recuperado el aliento y alzado la cabeza. Un ancho cuenco de barro lleno de madera y algunos pedazos de carbón fue colocado en el suelo frente a él. Otro hombre se acercó desde la casa con tres brasas de carbón sobre un pedazo de arcilla. Las echó en el recipiente y comenzó a remover los trozos de madera sobre ellas. En pocos momentos empezó a arder un pequeño fuego.

Eskkar se agachó y puso la mano sobre las llamas; cuando le llegó el calor, la retiró.

—Calentadlo un poco.

Maldar se arrodilló y colocó el fuego bajo las piernas de Natram-zar. Con las piernas abiertas, las llamas se alzaban a poca distancia de sus testículos.

El prisionero pegó un grito tan pronto como el calor llegó a sus genitales. Luchó por apartar el cuerpo, pero los soldados, a su lado, hicieron uso de sus rodillas para volverlo a poner en la posición inicial, manteniéndolo sobre las llamas. Maldar echó más leña al fuego. Las llamas se incrementaron.

Eskkar esperó pacientemente, mirando el brillo del fuego y viendo cómo el

hombre retorció el cuerpo frenéticamente e intentaba retirar la entrepierna de un fuego cada vez mayor, tratando de que sus genitales no se quemaran.

Pero los frenéticos movimientos de Natram-zar pronto lo dejaron agotado. Tenía que recostarse sobre las cuerdas, lo que volvía a colocarlo directamente sobre las llamas. Al instante, el dolor hacía que volviera a levantarse, sacudiéndose y revolviéndose una vez más, hasta que el agotamiento le situaba de nuevo sobre las llamas y el proceso volvía a repetirse.

El capitán dejó que aquello continuara durante un tiempo, mientras Maldar se aseguraba de que el fuego no disminuyera. Los gritos se hicieron constantes. Eskkar sabía que se escucharían en varias calles a la redonda. En el exterior de la casa se oía un griterío de alegría, procedente de la gente que adivinaba lo que estaba sucediendo.

Cuando el olor a carne quemada comenzó a aumentar, Eskkar hizo una señal a Maldar para que retirara el cuenco con el fuego. El prisionero se desplomó sin fuerzas sobre las cuerdas, con el vello de sus muslos quemado y sus genitales de un rojo brillante por el calor.

Eskkar se adelantó.

—¿Quién te contrató para matar a Trella? Habla ahora o continuaremos con el fuego.

El hombre gimió mientras el dolor le recorría el cuerpo. La sangre brotaba de su boca, herida al morderse los labios.

—¡Piedad, noble señor... piedad! ¡Sólo soy un ladrón!

—Coloca de nuevo el fuego —ordenó a Maldar.

Se retiró hacia atrás, mientras el soldado volvía a poner el cuenco debajo del prisionero y añadía más leña. La punta de las llamas casi rozó el cuerpo de aquel desgraciado.

Los gritos del asesino rasgaban el aire de la noche, lo suficiente como para que se oyeran por todo Orak. Se sacudía y pedía clemencia, y su voz desesperada rebotaba en las paredes que lo rodeaban. Natram-zar sabía que iba a morir, pero ya no le importaba nada, salvo que cesara el dolor.

Eskkar hizo una señal de que se detuvieran.

—Dadle agua y escuchemos lo que tiene que decir.

Un soldado trajo un jarro de agua del pozo y lo acercó a los labios del hombre.

—Ahora habla, y si mientes, no habrá compasión. Y hazlo en voz alta, para que todos te oigan.

Natram-zar respiró hondo antes de poder articular palabra y entonces su voz, quebrada por el dolor y el miedo, se oyó claramente.

—Fue Caldor. Caldor me pagó. Caldor, el hijo de Nicar. Hice lo que me pidieron los nobles.

La voz se apagó, mientras las lágrimas se deslizaban por sus mejillas.

Un murmullo de incredulidad recorrió a los hombres congregados en el patio. Todos pudieron oír la exclamación de Nicar.

—¡No! ¡No puede ser cierto!

Incluso Eskkar se quedó sorprendido. Esperaba que el hombre nombrara a Néstor. Aunque aquello era una estupidez. Néstor no tendría interés en matar a Trella. Puede que quisiera eliminarle a él, pero no tenía problemas con la muchacha. Había sido generoso con ella en todas las reuniones. ¿Pero Caldor? ¿Cómo podía ser tan estúpido? Una oleada de rabia recorrió su cuerpo. Él tenía la culpa. Tenía que haberse ocupado del hijo de Nicar mucho antes.

—¿Quién más, Natram-zar, quién más? —Eskkar agarró al hombre por los hombros y lo sacudió—. ¡Habla o volveré a ponerte al fuego!

Aquellas palabras hicieron reaccionar a Natram-zar. Ahora haría cualquier cosa para evitar las llamas.

—Nadie más... sólo Caldor... y su sirviente, Loki. Se me acercaron en la taberna... preguntaron qué sería capaz de hacer por oro, mucho oro. Me ofrecieron... diez monedas por matarla. Les dije que necesitaría un caballo... para escapar, así que me dieron doce piezas de plata para comprarlo.

—¿Dónde compraste el caballo? ¿Quién te lo vendió?

Aquel miserable murmuró el nombre de Zanar, dueño de un establo.

—Que alguien vaya a buscarlo, Gatus. Detenlo y pídele que te describa al hombre que compró el caballo, cuándo lo hizo y cuánto le pagó.

Eskkar se dirigió de nuevo al frustrado asesino, que temblaba sin control. El olor a la carne quemada de Natram-zar impregnaba el aire.

—Si la historia del dueño del establo es distinta a la tuya, pondré cada parte de tu cuerpo sobre las llamas, pedazo a pedazo. ¡Dime! ¿Por qué Caldor quería matar a Trella?

—Dijo que era por el bien de Orak. No sé la razón. —Natram-zar vio la oscura mirada en el rostro de Eskkar y volvió a gritar—. ¡No lo sé! Le pregunté, pero eso es todo lo que me dijo. Lo juro.

El hombre comenzó a sollozar.

Eskkar no tenía dudas de que había dicho la verdad.

—¿Cuándo ha sucedido todo esto? —Tuvo que sacudir al hombre con fuerza para que dejara de llorar—. ¡Dime el día y la hora!

—Hace tres días, señor... en la taberna de Dadaius. Lo juro. Me dio el oro y me dijo que nunca volviera a dirigirle la palabra. Sólo traté con Loki, cuando me trajo la plata para el caballo.

Eskkar volvió a hacer algunas preguntas. El hombre llevaba en Orak casi dos meses, evitando los grupos de trabajo y viviendo del robo y de su cuchillo.

Al terminar el interrogatorio, se dirigió hacia donde se encontraban los nobles.

Estaban lívidos después de presenciar aquella tortura, con el miedo claramente visible en su semblante. Los soldados permanecían en la calle. Los nobles estaban a merced de Eskkar. Podía matarlos a todos y nadie protestaría.

—No es un espectáculo agradable, ¿verdad, nobles? Torturar a un hombre para sacarle información. Es fácil sentarse en una taberna y pagarle a alguien para que cometa un asesinato, pero no lo es mirar cómo la muerte se apodera de un hombre. Y hace falta ser muy cobarde para pagar por acabar con la vida de una mujer.

Se estremecieron al oírle, pero él ya no estaba preocupado por lo que pudieran pensar. Llegó hasta donde estaba Nicar.

—¿Dónde está Caldor, Nicar?

El comerciante parecía incapaz de articular palabra, y sólo sacudió la cabeza.

Eskkar se dirigió a Sisuthros.

—Busca a Caldor. Si no está en las calles, probablemente esté en su casa. Y también a su sirviente, Loki. Asegúrate de inspeccionar la casa de Nicar de arriba abajo. Puede que haya escondites en las paredes o en el suelo. Derríbala si es necesario, pero encuéntralo.

Nicar trató de protestar y avanzó hacia Eskkar, pero Gatus lo empujó con tanta fuerza que fue a parar contra la pared de la casa.

—Quédate donde estás, noble. A menos que quieras hacer compañía al amigo que tienes ahí delante.

Eskkar sabía cuánto apreciaba Gatus a Trella. El viejo soldado estaría ansioso por matar al que hubiera intentado hacerle daño.

—Bantor, que nadie abandone la aldea, y dobla la guardia en las murallas durante toda la noche. Quiero una patrulla de jinetes preparados para salir al alba a perseguir al que estaba encargado del caballo. Natram-zar nos dará su nombre. Quiero agarrarlo. Que los rastreadores salgan con las primeras luces.

—Bien, nobles —dijo Eskkar volviéndose de nuevo hacia ellos—, ¿alguno de vosotros sabía algo de esto? —Se detuvo delante de Corio—. ¡Respondedme!

—Capitán, te juro que no sé nada de esto. Aprecio a Trella, lo sabes. Jamás intentaría hacerle daño.

Repitió la pregunta a los demás, obteniendo la misma respuesta, hasta llegar a Néstor.

—Bien, noble Néstor, ¿y tú? ¿Tenías conocimiento de todo esto?

Néstor negó con la cabeza.

—No, capitán. Nada. Lo juro por todos los dioses. Nunca le haría daño a Trella.

Eskkar le miró fijamente a los ojos, intentando leer sus pensamientos, tentado a creerle. No había negado que podía sobornar a un hombre para asesinar al capitán de la guardia, pero Trella era otra historia.

Se alejó de los nobles con enorme disgusto. Quería pensar, y aún tardarían en

encontrar a Caldor. Dio órdenes a sus hombres.

—Que se queden aquí. Gatus, ven conmigo.

Eskkar dejó allí a los nobles, mientras se dirigía a la casa seguido de Gatus. Se detuvo en el interior y agarró al viejo soldado por un brazo.

—Vigílalos, Gatus. No quiero que ninguno de ellos hable con nadie o que pueda enviar algún mensaje. Que tus hombres se queden con ellos en todo momento.

Gatus asintió y se dirigió a cumplir lo que le habían ordenado.

Dentro de la casa, Eskkar se encontró con que la mesa había sido despejada. Los sirvientes habían terminado de lavarla y ahora estaban limpiando la sangre del suelo. Le miraron cuando entró, pero su seriedad hizo que desviarán la vista y continuaran con su tarea.

Corrió escaleras arriba hacia el dormitorio. Ventor y Annok-sur estaban sentados a ambos lados de la cama. Para su sorpresa, Trella había recuperado el conocimiento.

Sus acompañantes se levantaron y abandonaron la habitación, dejándolo a solas con Trella.

Se sentó en el banco que había ocupado Ventor y la cogió de la mano, tratando de evitar que la suya temblara.

—¿Te duele mucho?

Se acercó a ella y la besó en la mejilla.

Trella sonrió. Su voz era débil pero firme.

—No es tan malo, esposo mío. Ahora sé cómo se siente un guerrero cuando es herido. Te tiemblan las manos, Eskkar. ¿Ha sucedido alguna otra cosa?

—Todo va bien, Trella. Detuvimos al hombre que te atacó. Un ladrón contratado para asesinarte. Caldor le pagó diez monedas de oro, además de un buen caballo, para matarte. Debería haber acabado con él y con Néstor cuando regresé de la expedición. —Sacudió la cabeza, disgustado por su fracaso—. Estamos buscando a Caldor, y pronto lo encontraremos. Nadie se va a arriesgar a ocultarlo, y el poblado está rodeado.

Trella cerró los ojos un instante, y cuando habló, sus palabras le sorprendieron.

—Pobre Nicar, tener que soportar todo esto. No sabía nada, estoy segura. No te ensañes con él, Eskkar. Lo necesitas.

El capitán negó con la cabeza.

—Esto causará una disputa de sangre entre nosotros. Si Caldor muere esta noche, Nicar nunca me perdonará su muerte. Es mejor que él y su familia corran la misma suerte que Drigo. Nadie en Orak me lo reprochará. Nadie me quitará mi venganza.

—Necesitamos a hombres como Nicar y su hijo Lesu. Son buenos y no deben morir por culpa de la estupidez de Caldor. Busca la manera de evitar tener que matarle.

Sus ojos se cerraron antes de que pudiera protestar, pero Eskkar sabía que estaba

pensando, así que esperó, sosteniéndole la mano.

La muchacha abrió los ojos y continuó hablando. El capitán tuvo que aproximarse para escuchar sus palabras. Cuando terminó, la miró fijamente.

—Puede que no funcione, pero voy a intentarlo.

Un golpe en la puerta hizo que se girara. Ventor estaba en la entrada.

—Déjala dormir, capitán. Necesita descansar.

Trella intentó hablar, pero Eskkar se inclinó y la besó con suavidad en los labios.

—El curandero dice que debes descansar. Ahora estás a salvo, y pronto estaré contigo.

Abandonó la habitación. Bajó a la cocina y pidió al cocinero un poco de vino y algo de comer. Se sentó en un taburete ante la mesa de la cocina durante largo tiempo, sin probar el vino y el queso que habían colocado frente a él. Todos en la casa temían dirigirle la palabra.

Permaneció inmóvil hasta que unos gritos en el patio le anunciaron el regreso de Sisuthros. Se levantó y se encontró con Maldar y Bantor esperando a la entrada de la cocina, de pie y en silencio.

—¿Lo habéis encontrado? —Fue todo lo que les preguntó cuando salieron. A la luz de las antorchas vio a Nicar sentado en un taburete que alguien le había acercado, con la cabeza entre las manos. Corio levantó la vista, vio a Eskkar en la puerta y sacudió la cabeza con incredulidad.

Los soldados arrastraron a Caldor y a Loki con las manos atadas hasta donde se encontraba.

El hijo más joven de Nicar tenía el rostro ensangrentado y un corte en una ceja. La cara de Loki reflejaba el miedo. Un simple sirviente no tenía el respaldo de un padre poderoso para protegerle. El odio de la multitud asustaría a cualquiera.

Uno de los soldados agarró a Caldor y lo arrojó al suelo, mientras otro derribaba a Loki y le daba una patada en las piernas. Ambos se retorcieron e intentaron volver a ponerse de rodillas. Sisuthros dio un paso adelante, con una sonrisa en el rostro.

—Aquí están, capitán. Caldor estaba escondido en un cuarto secreto en el sótano. Loki trató de escaparse por la tapia de la parte de atrás. Los guardias de Nicar quisieron impedirnos la entrada y tuve que matar a uno.

El brazo y la túnica de Sisuthros estaban salpicados de sangre reciente.

Eskkar se acercó y examinó a los dos hombres, sin que su rostro mostrara expresión alguna.

Caldor vio a su padre, custodiado por dos soldados.

—¡Padre, ayúdame! ¡No dejes que me hagan esto!

—Bantor, llévate a Caldor a la casa —ordenó Eskkar—. Procura que se calle. Si hace algún ruido, rómpete algún hueso.

Los hombres de Bantor sonrieron y levantaron al joven y lo arrastraron hacia el

interior, mientras uno de ellos le tapaba la boca con la mano para mantenerlo en silencio.

Eskkar se concentró en Loki, un hombre de unas treinta estaciones que, probablemente, estaba al servicio de Caldor desde su juventud.

—Llévalo a la parte de atrás.

Los soldados empujaron al aterrado sirviente al fondo de la casa, donde Natram-zar todavía colgaba del árbol, desmayado, sangrando por la boca. Uno de los soldados lo había dejado inconsciente para que dejara de gritar.

Loki vio los genitales del prisionero ennegrecidos y olió la carne quemada.

—Que se acerquen los nobles.

Eskkar esperó hasta que los cinco hombres se aproximaran, escoltados por los soldados de Gatus. El capitán agarró a Loki por el cabello y lo retorció salvajemente hasta que quedó cara a cara con Natram-zar.

—Míralo bien, Loki. Esto es lo que te espera si no dices la verdad. Sabemos lo que pasó. Natram-zar nos lo ha contado todo. Ahora nos dirás todo lo que sabes sobre el ataque a Trella. Una duda, una mentira, y te colocamos en el lugar de Natram-zar, y vas a sufrir todavía más que él. —Empujó al hombre con fuerza y éste cayó al suelo—. Mírame, Loki, y recuerda. Si me mientes... Ahora empieza a hablar.

El sirviente tomó aire, respirando agitadamente, aterrado y sin poder controlar sus emociones. Miró suplicante a Nicar.

—Noble Nicar, por favor, ayúdame. No he hecho nada. Sólo...

—Desnudadlo y atadlo al árbol. Traed más leña para el fuego.

Eskkar no iba a perder más tiempo con aquel desgraciado, con Caldor esperando en la casa. Pero Loki se liberó de los soldados mientras intentaban levantarlo y se echó a sus pies.

—¡No, por favor, señor! ¡Te lo diré todo, todo! ¡Perdón! ¡Perdón!

Eskkar ignoró sus gritos, mientras sus hombres lo desnudaban. Otros desataron a Natram-zar y colocaron a Loki en su lugar. El siervo lanzó un grito cuando un soldado trajo más combustible y echó más carbones al fuego.

El soldado avivó las brasas hasta que las llamas volvieron a elevarse. Entonces cogió el cuenco y lo colocó bajo las piernas de Loki. Otro soldado echó más leña al fuego, mientras los guardias se colocaban a cada lado del indefenso prisionero.

Loki gritó, y luego comenzó a orinar sin control mientras su cuerpo se sacudía de un lado a otro. Las llamas sisearon con la orina, pero siguieron ardiendo. Sus ojos se abrieron aterrados y su voz se agudizó por el miedo, mientras pedía clemencia.

—Añadid más madera —ordenó Eskkar—. Que arda con más intensidad.

—Caldor me obligó, señor. —La voz de Loki sonaba frenética—. Fue Caldor. Él le pagó a Natram-zar diez piezas de oro para que la matara. Quería matarla... quería matarla.

Los soldados miraron a Eskkar.

—Esperad.

Con la voz rota, el relato de aquel canalla salió de forma casi ininterrumpida. La cantidad de oro, la plata para el caballo, los encuentros con Natram-zar en la taberna, Loki lo sabía todo. Los detalles de la historia coincidían con los del asesino. Nadie podía dudarlo ahora. Caldor era culpable, y todos los hombres del patio lo sabían. Cuando Loki terminó, cayó contra las cuerdas, mientras las lágrimas resbalaban por su rostro.

—Amordazadlo y traed a Caldor —exigió Eskkar—. Es hora de que escuchemos su historia.

Cuando Bantor arrastró a Caldor desde la casa, se escucharon los gritos de los soldados, que exigían su muerte. Aquellos gritos fueron repetidos por la gente reunida en la calle.

Arrojaron al joven ante Eskkar, de rodillas, con las manos atadas a la espalda.

—¡Silencio! —rugió Eskkar, y luego esperó a que todos callaran. Se hizo un silencio de muerte, consiguiendo que sus palabras se oyeran en todo el patio—. Caldor, hemos hablado con Natram-zar y con Loki. Nos lo han contado todo. El oro, el caballo, el plan. Ya no hay secretos. Ha llegado tu turno de hablar, u ocuparas el lugar de Loki en el árbol. Dime por qué querías matar a Trella.

Caldor miró a su padre, que permanecía de pie entre los dos soldados, más para impedir que cayera que para detenerlo.

—¡Padre, esto... todo es mentira! No he hecho nada, nada. Díselo, padre.

La voz de Caldor se alzaba aguda y chillona, como la de un niño, mientras se daba cuenta de que por primera vez en su vida ni siquiera su padre sería capaz de salvarlo.

Eskkar se volvió hacia Nicar, que permanecía de pie, lívido ante el horror que se le avecinaba. La multitud y los soldados exigirían la muerte de su hijo, y temía que él y su Casa sufrieran el mismo destino.

—Habla, hijo. —Nicar hizo un tremendo esfuerzo para balbucear aquellas palabras—. Diles la verdad y evita la tortura.

—No he hecho nada, padre, ¡debe de haber sido Loki quien lo hizo! Él quería a Trella cuando estaba en nuestra casa. ¡Loki... fue Loki!

Del amordazado Loki salían sonidos ahogados mientras escuchaba cómo su joven amo lo culpaba. Se retorció, pero las sogas y los soldados lo mantenían inmóvil.

La ira de Eskkar se desató. Agarró a Caldor por el cabello.

—¿De dónde sacó Loki diez monedas de oro, Caldor? ¿Y doce de plata para el caballo? ¿Tanto oro poseía? ¿E iba a gastarlo en ver morir a una mujer? ¿Tanto les pagas a tus sirvientes?

Un murmullo de satisfacción recorrió el patio cuando los soldados vieron con qué

facilidad su capitán había descubierto las mentiras de Caldor.

—Por favor, Eskkar, perdona a mi hijo —rogó Nicar, con su hijo arrodillado en el suelo, buscando palabras para responder—. Te daremos oro... nos iremos de Orak... lo que quieras. Por favor, perdónale la vida, noble Eskkar.

El rico mercader nunca había usado aquel título honorífico antes, pero el capitán no hizo caso a sus palabras.

—¿Le perdono la vida para que vuelva a intentar matar a Trella o entregue más dinero a Sisuthros para que me traicione? —Un murmullo asombrado recorrió a los soldados y todos los ojos se posaron en su lugarteniente—. Sí, es verdad —continuó—. Caldor le dio otra bolsa de oro a Sisuthros y le prometió más si yo no regresaba. Pero Sisuthros me lo contó todo. Tendría que haber matado a Caldor entonces, pero pensé que el joven infeliz aprendería la lección y sabría comportarse.

Mientras Eskkar hablaba, Sisuthros buscó en su cinto y sacó el pequeño envoltorio que contenía el oro de Caldor. Lo abrió y lanzó las monedas, que cayeron al suelo a los pies del joven.

El terror de Caldor fue total.

—¡Padre, por favor! ¡Es sólo una esclava! ¡Dale plata, no, oro, para compensarle! —El hijo de Nicar conocía las costumbres del poblado. Si un hombre hería al esclavo de otro, o incluso si lo mataba, la multa era, habitualmente, diez piezas de plata—. ¡Podrá comprar diez mujeres mejores que ella! ¡No me puede matar por una esclava! ¡Por favor, padre! ¡Por favor...!

Su voz se fue apagando.

—¡Eres un estúpido, Caldor! —Nicar, con el rostro rojo de furia mientras se retorció inútilmente en los brazos de los guardias, le gritaba a su hijo—. ¡No es una esclava! Eskkar la liberó antes de partir de la aldea. Corio y yo fuimos testigos en secreto. Y después los casó un sacerdote en el templo de Ishtar. ¡Es su esposa!

Todos miraron a Eskkar sorprendidos.

—Soltadlo —dijo el capitán a los soldados que sujetaban a Nicar.

Nicar se quedó de pie. Luego se acercó a su hijo y lo abofeteó con tanta fuerza que éste volvió a caer de rodillas.

—¡Desgraciado! Has intentado matar a una mujer libre, no a una esclava.

El comerciante intentó recuperar el aliento. Parecía a punto de derrumbarse.

—Nicar —dijo Eskkar mientras se acercaba a él. Los soldados esperaban la orden para matar a Caldor y a su padre—. Siempre has mostrado respeto por mí y por Trella. Te di mi palabra de que defendería Orak cuando vi lo importante que era para ti la aldea. Así que te perdonaré la vida, e incluso la de tu infeliz hijo. —Eskkar echó una mirada a sus soldados, que escuchaban sorprendidos sus palabras—. En cambio, me iré de Orak. Si las Familias quieren deshacerse de mí tan desesperadamente, les evitaré el trabajo. Tan pronto como Trella pueda cabalgar, nos marcharemos. Puedes

derrotar a los bárbaros tú solo, o no. Para mí ya no tiene importancia. Si alguien quiere seguirme, será bienvenido. —Se dirigió entonces a Bantor—. Suelta al niño de Nicar —dijo sarcástico, y luego volvió a dirigirse al mercader—. Ahora vete. Llévate tu oro y pídele a los dioses que jamás vuelva a ver a tu hijo.

Bantor no se movió. Nadie se movió. Nadie dijo una palabra, y mientras pasaban los segundos. Incluso Nicar permaneció inmóvil hasta que Caldor rompió el hechizo.

—¡Sí, padre, sí! Llévame a casa. ¡Que se vaya el bárbaro! ¡Que se vaya!

Gatus golpeó su espada con la mano.

—¡Por Marduk, me voy contigo! No voy a pelear con cobardes que apuñalan a una mujer por la espalda. Pero primero me ocuparé de esta basura.

Desenvainó su espada y se acercó a Caldor.

Eskkar le detuvo.

—No, enfunda tu espada.

Bantor habló.

—Yo también me iré contigo. —Se acercó al capitán, empujando con el pie a Caldor—. Y todos los hombres que quieran combatir.

Sisuthros se unió, y su voz se alzó sobre la del resto.

—¡Nos iremos todos! No necesitamos a Orak. Podemos construir nuestro propio poblado al Oeste, con Eskkar como jefe. Mejor construir y luchar por lo que es nuestro que pelear con cobardes y asesinos.

Un grito de asentimiento se elevó por los muros del patio hacia el cielo nocturno. Las espadas brillaron a la luz de las antorchas. Los hombres aclamaban a Eskkar y Trella, y otros gritaban «muerte a Caldor».

Fuera del patio, la multitud se dejó oír. Docenas de personas habían asistido a la escena, colgados de los muros del jardín para poder enterarse de lo que sucedía. Pero otros se sumaron a ellos, repitiendo los gritos del interior, sin entender claramente qué había pasado.

Eskkar permaneció de pie. Apenas si podía creer lo que oía. Nunca había visto tanta emoción, tanta lealtad. Ningún líder, ni jefe guerrero, ni noble del poblado había sido aclamado de ese modo. En ese momento, aquellos hombres lo seguirían a cualquier parte, harían lo que les pidiera. Con casi cuatrocientos guerreros, podían ir a donde quisieran y apoderarse de lo que desearan. Comprendió de repente que aquello era el poder, el verdadero poder, no el que se compra con oro. Y también se dio cuenta de otra cosa. Ahora era el jefe de Orak. Los soldados y los pobladores le habían otorgado el poder.

Otra voz se alzó, intentando hacerse oír en el tumulto. Corio empujó al guardia que lo custodiaba y levantó los brazos pidiendo la palabra.

—¡Soldados! ¡Pobladores! ¡Escuchadme, por favor! Eskkar no debe irse. ¡No debes irte! ¡No necesitas irte! Las costumbres de Orak condenan a Caldor, no la mano

de Eskkar. Su mala acción lo sentencia a morir por intentar asesinar a una mujer libre. ¿No es así, nobles? —Corio se volvió hacia los representantes de las Familias reunidas allí, con el temor palpable en sus rostros—. ¿No es así? —repitió la pregunta a voz en grito, mientras su furia y su miedo daban fuerza a las palabras—. ¡Respondedme!

Rebba dio un paso adelante, recorriendo con sus ojos el patio.

—¡Muerte a Caldor! —La frase fue repetida por Decca, y después por Néstor—. ¡Muerte a Caldor!

Sólo faltaba Nicar, que estaba mirando a su hijo, hasta que la mano de Corio se posó sobre su hombro, lo sacudió con fuerza, y le obligó a levantar la vista. Éste miró sin ánimo, como si no lo reconociera.

—Muerte a Caldor.

Las palabras de Nicar fueron casi inaudibles.

El patio estalló. Las espadas brillaron bajo las antorchas y todos gritaron «¡muerte a Caldor!» una y otra vez.

Corio levantó las manos, de nuevo, pidiendo silencio.

—Todos están de acuerdo. Que lo lleven al mercado y que lo apedreen hasta morir. Lleváoslos a todos. Que vayan por las calles y proclamen su culpa frente a todos. Que Trella sea vengada. Que las mujeres le tiren piedras.

Un grito ensordecedor surgió de la multitud.

—Esperad. Dejadme hablar. —Las palabras de Eskkar detuvieron a los soldados antes de que salieran a toda prisa—. ¿Queréis que me quede y que nos enfrentemos a los bárbaros?

Otro grito se elevó, repetido como un eco en las calles.

—¡Quédate...! ¡Quédate...! ¡Quédate...!

Los soldados enloquecieron. Su sed de sangre se había extendido a la muchedumbre. Nada podía detenerlos.

Eskkar se volvió y obligó a Caldor a levantarse. Tuvo que gritar para hacerse oír, y acercó la cara al pálido rostro del muchacho.

—Morirás lentamente, Caldor, como mereces, y cuando estés muerto, pondré tu cabeza a los pies de Trella, aquí, en este jardín. Deberías haber escuchado a tu padre.

Dos soldados del clan del Halcón agarraron a Caldor. Otros desataron a Natramzar del árbol y arrastraron a Loki, entre gritos, hacia la puerta.

—¡Gatus! Asegúrate de que todo se haga correctamente. Y después tráeme su cabeza. Se la prometí a Trella.

—No, ¡piedad! ¡Padre, ayúdame!

Gatus empujó al joven hacia sus hombres, gesto que desató otro clamor de los soldados. Llevándolo casi a rastras, atravesaron el patio. Muchos aprovecharon la oportunidad para golpearlo en la cabeza o los hombros. Otro grito surgió de la

multitud cuando salieron a la calle. La turba vociferaba pidiendo su muerte.

El patio se quedó vacío. Eskkar escuchó cómo la multitud se alejaba por las calles de Orak. Las víctimas serían exhibidas ante todos. Miró a su alrededor y se dio cuenta de que estaba solo. Nadie se había quedado a su lado. Todos querían ver morir a los hombres.

Regresó a la casa y también la encontró vacía. Incluso los sirvientes se habían sumado a la muchedumbre, ávidos de sangre y deseando ver la ejecución. Pensó en ir a ver cómo estaba Trella, pero decidió esperar un poco. Emocionalmente agotado, fue a la cocina y se sentó en un taburete. Se sentía débil. El vino y el queso seguían sobre la mesa, sin que nadie los hubiera tocado.

Vació la copa y volvió a llenarla. Se obligó a comer un pedazo del queso de cabra, pero apenas notó su sabor y tragó con dificultad.

Había actuado del mejor modo posible. Caldor moriría, aunque no tan lenta y dolorosamente como hubiera querido. Posiblemente habría alguna posibilidad de hacer las paces con Nicar.

Había aprendido una dura lección que nunca olvidaría. De ahora en adelante, cualquiera que conspirara contra él, moriría de inmediato. Nunca daría a otro hombre semejante oportunidad. Cuando regresó a Orak, fue un estúpido al pensar que ya no corría riesgos, con los bárbaros a pocas semanas de distancia. Pero Caldor atacó a Trella.

Pensó en la muchacha. Ahora todos sabían que era libre, y que la había hecho su esposa. A pesar de sus objeciones, había insistido en liberarla y en casarse con ella antes de partir. Ya no sería una esclava. Y eso le hacía feliz.



CAPÍTULO 18

Eskkar encontró a Trella vestida, sentada en un banco, peinándose. Sólo había transcurrido una semana desde que la habían herido y ya había prescindido de los cuidados de Vantor o de cualquier otra persona de la casa. Eskkar se encontraba a la entrada del dormitorio. El rostro de la muchacha estaba pálido, por la herida o por el confinamiento en el interior de la casa. Tenía que moverse con lentitud para evitar que se aflojaran los vendajes, pero aparte de eso, tenía bastante buen aspecto. Los jóvenes sanan rápidamente. Ella apenas había pasado su decimoquinta estación.

El capitán disfrutaba observando cómo se peinaba. Quizá porque su cabellera era uno de sus dones más hermosos, o porque, evidentemente, Trella disfrutaba haciéndolo. Ella vio su reflejo en el pequeño espejo de plata y sonrió, pero continuó con la mirada decidida. No volvería a la cama.

Cuando intentó cambiar de mano, Eskkar vio que un gesto de dolor le ensombrecía el rostro. Se acercó a ella y le quitó el peine.

—Deja que te ayude. No querrás arriesgarte a que se vuelva a abrir la herida.

Le gustaba peinarla, aunque fuese torpemente, usando una mano para alisar la ondulada cabellera. Nunca había peinado a una mujer, pensaba que era indigno de un hombre. Ahora no le preocupaba absolutamente nada lo que pudieran pensar de él.

—No serás una buena sierva, Eskkar —le dijo, sonriéndole para mostrar su agradecimiento—. Le diré a Annok-sur que termine.

—Mis manos son torpes —admitió, mientras dejaba a un lado el peine—. Pero no deberías haber salido de la cama. El curandero dijo...

—Ya he oído a Vantor. Estaba ahí cuando lo dijo. Pero la herida está cerrada, y no es necesario que siga en la cama como una vieja. Además, tengo un regalo para ti.

—¿Un regalo? —Los presentes eran poco habituales entre los pobladores, pero aún menos entre los bárbaros—. ¿Qué clase de regalo?

No pudo evitar que su voz delatara interés.

—Uno que te gustará. Te lo iba a dejar sobre la mesa cuando volvieras a casa esta

noche, pero ahora tendrás que buscarlo tú mismo. Está debajo de la cama.

Sorprendido, se agachó. Al principio no vio nada, las sombras se mezclaban con la oscura tela. Tan pronto como lo tocó, supo lo que era, tiró de ello y luego lo desenvolvió. Una magnífica espada de bronce brillaba sobre una negra tela.

Alzó el arma hacia la luz y la giró en todas las direcciones, sorprendido por su peso y por la manera en que parecía fundirse con su mano. Nunca había visto una espada semejante, de tan fina forja que parecía un solo filo de la punta a la empuñadura. El bronce parecía más oscuro de lo habitual, excepto en el filo, en donde la rueda del afilador le había otorgado un pulido que reflejaba la luz del sol.

La empuñadura, forrada de madera y trenzada con resistentes tiras de cuero para mejorar el agarre, era más larga y ancha que las que él conocía, para equilibrar mejor el peso del arma. El remate, una simple bola de bronce, parecía lo bastante macizo como para partir un cráneo. Sus ojos se fijaron en el filo. Aunque era más ancha y maciza que su antigua espada, pesaba menos, con un centro acanalado para que se escurriera la sangre. El guardamano también era distinto, con una tira de metal en ángulo, diseñado para proteger la mano, pero lo suficientemente plano como para permitir cargar el arma con comodidad sobre la espalda.

—Por los dioses, Trella. Jamás había visto un trabajo de forja semejante. ¿De dónde procede? ¿Cuánto te ha costado?

Hizo un par de fintas con la espada. Un arma para un jinete, más para cortar que para embestir.

Trella le sonrió, como una madre que mira a su hijo con un juguete nuevo.

—El maestro Asmar la fabricó, aquí en Orak. ¿Recuerdas tu reunión con él?

La recordaba claramente. Habían convocado a aquel artesano para pedirle armas para Orak. Para su vergüenza, Eskkar descubrió que sabía menos de fundición que de arcos y flechas. No tenía ni idea de que las armas de bronce eran un descubrimiento reciente, un método de trabajar los metales que tenía menos de cien años.

Asmar había lanzado un suspiro, y luego le explicó que con la aparición del bronce, la espada se había convertido en el arma preferida del guerrero, reemplazando a la maza o el hacha. Antes, las espadas estaban hechas de cobre. Pero eran muy blandas, perdían el filo y tendían a romperse, así que los soldados continuaron usando armas más seguras. El bronce lo había cambiado todo. Como era un metal mucho más duro, se mantenía afilado, y un filo de bronce podía cortar sin problemas una espada de cobre.

Las dagas y los cuchillos, como no se utilizaban contra otras armas metálicas, siguieron fabricándose con cobre. Pero las espadas de este material eran en aquellos tiempos una rareza.

El modo en que se descubrían los yacimientos, se extraían y convertían en metal, cómo se forjaba, se batía y finalmente se le daba forma, constituía un misterio para

Eskkar. No sabía que el bronce sólo podía fabricarse mediante la combinación de precisas cantidades de cobre y estaño, y que estos elementos requerían el esfuerzo de muchos esclavos para extraerlos de las vetas ocultas bajo la tierra. Los dos materiales, cada uno por su lado, blandos y flexibles, podían entonces fundirse y combinarse. La aleación metálica resultante era después vertida en un molde en donde se enfriaba con la forma deseada, endureciéndose en el proceso, hasta convertirse en un metal mucho más fuerte que cualquiera de sus elementos originales.

—Sí, me acuerdo de Asmar. Recuerdo que pasé todo el día escuchándole y viéndole hacer su mágico trabajo, para que la próxima vez que alguien me hablara de fabricar espadas yo entendiera lo que estaba diciendo.

Después de aquel encuentro, el capitán se prometió que nunca más consideraría simple el oficio de ningún artesano. Había aprendido algo más que el misterio del bronce.

—Esta espada parece haber sido forjada para mi mano. ¿De dónde ha sacado Asmar el tiempo para elaborar esta arma tan extraordinaria?

El artesano y su familia trabajaban día y noche, con frecuencia a la luz de sus forjas, para construir todas las espadas, puntas de lanza, cabezas de flecha y hachas de guerra que Orak necesitaba. Todos los días el humo de sus fraguas se elevaba hacia el cielo, mientras él y sus ayudantes fabricaban armas.

Sus hachas de guerra, más sencillas de hacer y más baratas, eran las preferidas de muchos combatientes. Con su sencillo filo de bronce unido a un mango de madera, serían muy útiles para defender la ciudad. Mientras que se tardaban meses en aprender a manejar una espada, se podía entrenar a un campesino en el manejo del hacha en unos pocos días.

—Le pedí que te hiciera una nueva espada —respondió Trella—, adecuada para el hombre que salvaría Orak. Me dijo que ya había comenzado a trabajar en una de excelente calidad, pero que le llevaría muchos meses y sería muy cara. Discutimos sobre el precio, pero finalmente redujo sus exigencias.

Trella siempre podía conseguir una rebaja en los precios. Eskkar volvió a sopesar la espada, y ardía en deseos de probarla durante los entrenamientos. Pero recordó sus buenos modales.

—Este obsequio es la cosa de más valor que he poseído nunca, y no tengo palabras para expresar mi gratitud.

Su sonrisa se desvaneció.

—El precio que he pagado no será suficiente si te salva la vida. Llévala contigo cuando cruces el río. Por eso te la doy hoy, para que puedas probar su fuerza. Pero no olvides que una espada no es nada, y que siempre se puede hacer otra. No cometas una tontería creyendo que te hará invencible. Es sólo un pedazo de metal. Pero si te ayuda a volver sano y salvo, habrá cumplido su único cometido.

Eskkar asintió, recordando a quienes habían muerto porque se habían encariñado demasiado con una u otra arma.

—La usaré con buen juicio, Trella.

Dejó el arma sobre la cama y cogió a la muchacha en brazos.

—Ahora, ¿cómo puedo darte las gracias? Tal vez puedas volver a la cama, como te ordenó el curandero, y yo podría mostrarte cuánto aprecio tu regalo.

—No creo que descansara demasiado, y hay mucho que hacer. Además, yo creí que te pondrías contento al verme levantada.

Trella volvió a la mesa y se sentó.

—Me gustas más en la cama —le dijo mientras le acariciaba el cuello con la mano y le masajeaba los hombros—. Hablas mucho menos y me das mucho más placer con tus gemidos y esos gritos capaces de despertar a los muertos.

Trella se recostó contra él, con la cabeza apoyada en su cadera.

—Si lo deseas, volveré a la cama, esposo. Y trataré de estarme quieta.

De pie frente a ella, alcanzaba a ver su pecho izquierdo ya que el vendaje le abría un poco el vestido; la imagen lo excitaba. Era mediodía y todos estaban comiendo. Pero no quería hacer nada que ralentizara su recuperación.

—Tal vez más tarde, una vez que te hayan cambiado las vendas. —La besó en la cabeza—. Y no tienes que preocuparte por quedarte quieta.

—Trataré de esperar hasta la noche. —Se enderezó y dejó el espejo a un lado—. Ahora dime, ¿qué te ha alejado de tu entrenamiento?

—Jalen ha vuelto de la otra orilla del río. —Eskkar le había enviado a buscar un lugar adecuado para tender una emboscada a los bárbaros—. Se sorprendió al oír lo que había pasado. Ha rogado a los dioses por tu pronta recuperación. Esta noche vendrá a cenar con nosotros.

—¿Ha encontrado un sitio apropiado? —La misión de Jalen le interesaba a Trella más que sus plegarias a los dioses.

—Él cree que sí. Hablaremos de eso esta noche.

Eskkar se sentó en el borde del lecho.

—¿Crees que los bárbaros tardarán mucho en llegar?

Parecía como si le estuviera preguntando por el tiempo.

—El grupo principal se está desplazando más rápido. Llegarán en menos de un mes.

—¿Tienes que cruzar al otro lado del río? —Ahora su voz sonaba como la de la esposa de un soldado, preocupada por su marido, temerosa de que arriesgara la vida en una escaramuza de menor importancia cuando sería necesario para la gran batalla frente a la muralla.

Ya habían discutido sobre el tema.

—Sí, a juzgar por lo que me dice Jalen. —Dudó—. Esperaré unos días más, por si

acaso Mesilim puede llegar.

Estaba más preocupado de lo que admitía. A aquellas alturas, Mesilim debía haberles hecho saber si estaba ya acercándose. El cerco había comenzado a estrecharse en torno a Orak, y muy pocos llegaban ya en busca de refugio o de transporte para cruzar el río.

Si transcurría una semana más, ya sería demasiado tarde para que los Ur-Nammu cruzaran las líneas enemigas. Los hombres de Eskkar habían comenzado a quemar los campos y las cosechas, acercándose tanto como se atrevían a los bárbaros, para luego retroceder, arrasando todo a su paso. Los Alur Meriki encontrarían muy poco que les sirviera de sustento a hombres y animales cuando llegaran. Y la vida de los pobladores dependería del grano y animales que enviaran al otro lado del río, al menos hasta la próxima cosecha.

—¿Qué más te preocupa, esposo?

Se había dado cuenta de que algo lo perturbaba.

—Nicar quiere hablar conmigo... con nosotros. Ha enviado un mensajero a preguntar si nos podíamos reunir hoy. Todavía no le he respondido.

Eskkar no había visto al rico mercader desde la muerte de Caldor. El padre había permanecido de pie, tapándose los ojos, mientras apedreaban a su hijo. Gatus había tenido que protegerle de la ira de la multitud, que pedía a gritos su cabeza.

—Debe de ser terrible ver morir a tu hijo. —Por un momento Trella pareció inmersa en sus pensamientos—. ¿Qué le diremos?

El capitán se había hecho aquella misma pregunta. Se sentó y pensó en lo que sería mejor para Orak, para él y para Nicar. Después de la agresión a Trella, había considerado desterrarle con su familia, en contra de los consejos de su esposa, pero ahora se daba cuenta de que habría sido un error. Orak necesitaba hombres como Nicar, razonables, justos y que podían tratar a la gente con honestidad.

—Debemos encontrar la manera de hacer las paces. ¿Pero cómo podemos lograrlo tras haberse derramado sangre por ambas partes? Una disputa de este tipo sólo se resuelve con sangre.

—No debe haber más derramamiento de sangre, sobre todo de las familias nobles. Además, le debemos mucho a Nicar. Fue él quien te nombró capitán de la guardia, estuvo a tu lado cuando mataste a Drigo y convenció a las otras Familias para que te dieran el oro necesario y acataran tus órdenes. Me entregó a ti para que te ayudara. Pienso que incluso entonces me estaba protegiendo de Caldor.

—Tal vez temía que le clavaras un cuchillo a su hijo en las costillas mientras dormía. —Eskkar hizo un gesto de rechazo. No podía imaginarse la idea de Trella en la cama de Nicar o de cualquier otro—. Tienes razón. Estamos en deuda con él. ¿Pero cómo hacemos las paces?

—¿Qué estará pensando ahora? ¿Qué es lo que le preocupará más?

—¡Lesu! Debe de estar inquieto por su hijo —dijo Eskkar. Unas semanas antes habían puesto a Lesu a cargo de todo el ganado, las cosechas y animales al otro lado del río, junto a treinta y cinco soldados y cuarenta pobladores armados para cuidar de los animales. Establecieron un campamento en la colina a unos ciento cincuenta kilómetros de distancia—. Nicar envió un mensajero hacia allá hace seis días, sin duda con noticias de la muerte de su hermano. Tal vez Nicar venga a suplicar por la vida de su hijo.

—Sí, es posible. Pero no debes permitirle que te pida nada. Eso destruiría su dignidad. Debes tratarlo con respeto y asegurarle que tanto él como su hijo no corren peligro. —Se acercó y le agarró de la mano—. Veamos qué podemos decirle.

El sol del verano todavía brillaba en el cielo de la tarde cuando Nicar llegó. Eskkar había hablado con los sirvientes, y todos recibieron al mercader con respeto antes de acompañarlo al piso superior.

Eskkar y Trella se levantaron para recibirle. El capitán hizo una reverencia formal y le ofreció una de las tres sillas en torno a la mesa pequeña, cubierta con platos de frutas y dátiles y una jarra de vino.

Eskkar lo observó y vio a un hombre avejentado. Hasta entonces, su odio hacia Caldor le había impedido sentir simpatía hacia Nicar. Pero al verlo en aquel estado sintió una punzada de dolor por aquel padre desgraciado.

El hombre que había sido el más poderoso de Orak sabía que ahora todas sus riquezas no le devolverían su influencia. Las acciones de Caldor habían debilitado su autoridad, y la invasión bárbara cambiaría la organización del poblado. El nuevo Orak sería muy diferente al antiguo. Nicar permaneció sentado, incómodo, hasta que Trella le dirigió la palabra.

—Noble Nicar, la muerte de tu hijo debe de ser un gran dolor. Si hay algo que podamos hacer, dínoslo, por favor. Necesitamos tu ayuda en los días venideros.

Nicar la miró fijamente durante un instante, y luego a Eskkar.

—Trella... Veo que te has recobrado. Me alegra. He venido a pedir perdón por lo que hizo mi hijo. —Bajó la cabeza—. Fue un acto débil y vergonzoso, la acción de un muchacho estúpido malcriado por su padre. La culpa fue mía. Yo no supe contenerlo... ni le enseñé a respetar a las personas...

Trella se acercó y le tocó el brazo.

—Nicar, no hay necesidad de decir nada. Te entendemos. Sin ti, Eskkar y yo no estaríamos hoy aquí. Te debemos más de lo que nunca podremos pagarte. Pero ahora tenemos que pensar en el futuro. Si sobrevivimos a la batalla, habrá años de trabajo por delante, y para eso necesitamos tu ayuda.

—Aquella noche, la multitud quiso matarme. —Nicar se dirigió a Eskkar—. ¿Por qué ordenaste a tus hombres que me protegieran? Habría sido más sencillo para ti que yo estuviese muerto y mi Casa destruida. Cada día, desde entonces, he esperado tu venganza.

—Yo no quiero venganza, Nicar —respondió Eskkar, analizando con claridad la situación—. Siempre has sido honesto conmigo. No hay disputa de sangre entre nosotros. Sé que no has tenido nada que ver. Caldor pagó el precio por su error y ahí termina todo.

Ciertamente, Nicar no había estado al tanto de nada. Si se hubiera enterado, el intento no habría tenido lugar, o habría estado mejor planeado y ejecutado.

Sin embargo, Eskkar no pudo evitar decir lo que sentía.

—Si Trella hubiera muerto, tal vez las cosas habrían sido diferentes.

Si hubiera muerto, habría extraído hasta la última gota de sangre de Nicar y de su familia, dejando que sus cadáveres se pudrieran al sol.

Nicar los miró a ambos, como si los viera por primera vez.

—Has cambiado mucho, Eskkar, desde la primera vez que nos vimos. Te has convertido en un gran jefe. Y Trella se ha hecho una mujer noble, con más sabiduría de la que pueden proporcionarle sus pocas estaciones. No supe ver lo que los pobladores apreciaron hace meses, cuando la llamaron señora por primera vez. Y ahora recibo vuestra compasión.

Sacudió la cabeza como si aquello estuviera más allá de su comprensión.

—No hables de compasión, Nicar, sino de amistad —respondió Trella—. Necesitamos tu experiencia. El poblado ha cambiado mucho en los últimos meses. Si los bárbaros son expulsados, no podremos volver al pasado. Orak se convertirá en una gran ciudad, más grande que lo que cualquiera de nosotros puede imaginar, y las manos de todos los hombres se extenderán queriendo aferrarla como un trofeo. Todos conocerán Orak y vendrán a ella en busca de protección. Una ciudad así debe ser gobernada por un jefe fuerte, y semejante hombre necesita de un consejo sabio que lo asesore.

Nicar sonrió ligeramente.

—Estoy seguro de que mientras Eskkar cuente contigo a su lado, Trella, necesitará muy pocos que lo aconsejen.

—Hay mucha gente en Orak, Nicar —dijo Eskkar—, y en los próximos años vendrán muchos más. Una vez me dijiste que habías construido Orak y querías que perdurara. A causa de ese sueño, yo me quedé para luchar. Pero serán necesarias muchas manos en el futuro para hacer que tu sueño se convierta en realidad, y las costumbres y leyes del poblado deberán ir más allá de la voluntad de las Cinco Familias. —Eskkar respiró hondo—. Te pido que me ayudes a convertir Orak en una gran ciudad para todos sus habitantes, incluida tu familia.

—Con gusto te ofrezco mi ayuda y la de mi hijo Lesu. Es un buen hombre y crece en sabiduría cada día que pasa. No habrá disputas de sangre entre nuestras familias. Lo juro. —Nicar hizo una pausa y preguntó—: ¿Cuál es mi futuro?

Trella había preparado a Eskkar para esa pregunta.

—Mañana los tres recorreremos las calles de Orak juntos. De ese modo todos podrán ver que no hay odio entre nosotros y que tú continúas siendo una voz importante en la defensa de la aldea. Cuando lleguen los bárbaros, la gente tendrá otras cosas de que preocuparse.

—Y después —agregó Trella— sólo se acordarán de lo bueno que has hecho para ayudarlos.

Nicar pareció conmovido por lo que acababa de escuchar. Se levantó e hizo una reverencia.

—Tienes razón, Eskkar. Me había olvidado de Orak y de su futuro. Eso es más importante que cualquier otra cosa. Y ahora, capitán... señora Trella... agradezco a todos los dioses vuestra presencia en Orak.

Cuando Nicar se retiró, Eskkar hizo saber que no debían ser molestados y cerró la puerta de su dormitorio.

—Así que voy a ser el gran jefe de Orak. ¿Cuándo lo decidiste, esposa?

Mientras decía estas palabras, la cogió en brazos y la llevó hasta el lecho.

—No quería que se te subiera a la cabeza —le respondió con una sonrisa mientras él la ayudaba a quitarse el vestido—. Nicar tenía que saber el lugar que ocuparías. Ahora te estará agradecido y te dará su apoyo. —Dejó escapar un suspiro de placer mientras Eskkar comenzaba a acariciarle el cuerpo, evitando con cuidado la parte vendada—. Y con Néstor aterrado por su propia conspiración, él también nos ofrecerá su ayuda. Y lo mismo sucederá con Corio, que se vuelve cada día más importante y te lo debe todo a ti. No debería haber más problemas con las Familias. Al menos durante un tiempo.

—Entonces quédate quieta, muchacha, y comencemos a trabajar en la Sexta Familia.



CAPÍTULO 19

Bajo el sol de mediodía, el sudor cubría el cuerpo semidesnudo de Eskkar. Se le habían formado callosidades en la mano, en perfecta coincidencia con la empuñadura de su nueva espada, y en cinco días ya había destruido media docena de postes de entrenamiento. La delgada hoja se mantenía afilada, y se había acostumbrado al peso de la misma. Sus músculos se tensaban bajo la piel morena. Nunca había estado tan fuerte y en tan buena forma en toda su vida.

Jalen estaba de pie, jadeando, al otro lado del poste de entrenamiento. Cada hombre respondía a los movimientos del otro. Pero en vez de pegarse entre sí, el grueso madero soportaba el peso de los lanzazos, los golpes y los hachazos. El bárbaro que pensara que aquéllas serían víctimas indefensas no viviría lo suficiente para lamentar su error.

La llegada de un caballo a todo galope les hizo levantar la vista. Nadie galopaba por las calles de la ciudad a menos que fuera un asunto urgente. Cuando desmontó el jinete, en medio de una nube de polvo, Eskkar vio el emblema del clan del Halcón en su pecho.

—Capitán, tengo noticias de Sisuthros. Se ha reunido con los Ur-Nammu y pide que vengas inmediatamente.

Eskkar dio gracias a los dioses. Se les estaba acabando el tiempo y tenía que cruzar con un grupo de guerreros al otro lado del río en unos pocos días, con o sin la ayuda de los Ur-Nammu.

—Bien hecho, Ugarde. Busca otro caballo, partimos de inmediato. —Luego se dirigió a Jalen—. Prepara a diez hombres.

Necesitarían más hombres. Podían encontrarse con patrullas bárbaras en cualquier parte.

Eskkar revisó su nueva espada, asegurándose de que estuviera afilada, mientras la limpiaba con un trapo. Hasta ahora no habían aparecido manchas de herrumbre. El óxido podría cubrir la hoja por completo, aunque Asmar aseguraba que entonces el

metal se volvería aún más resistente.

Se lavó en el pozo y bebió en abundancia. Se vistió con un chaleco y un casco de cuero, a pesar del calor. Después despachó a un mensajero para informar a Gatus y a Trella de hacia dónde se dirigía.

Salieron de Orak al galope, con los últimos caballos que quedaban en la aldea. Después de cuatro horas de cabalgar campo a través, se encontraron ya lejos de Orak. Luego aflojaron un poco el paso para no cansar demasiado a los caballos, con los ojos fijos en las colinas recortadas en el horizonte en busca de nubes de polvo que pudieran indicarles tanto una patrulla amiga como un grupo enemigo.

Al poco rato se encontraron con otro jinete del clan del Halcón, que les informó de que Sisuthros se hallaba a unos diez kilómetros. Pronto pudieron ver a cuatro jinetes que se aproximaban.

Se reunieron cerca de un grupo de rocas. Uno de los jinetes era un guerrero Ur-Nammu. El hombre parecía exhausto y sus costillas se marcaban contra la piel. Montaba un escuálido poni que parecía aún más agotado que su dueño.

Eskkar desmontó y le tendió la mano para saludar. Recordó haberlo visto en el campamento, pero no había hablado con él, ni se acordaba de su nombre.

—Saludos, Eskkar, jefe guerrero de Orak —comenzó formalmente—. Soy Fashod, enviado de Mesilim para saber si todavía necesitas nuestra ayuda.

—Doy la bienvenida a un hermano guerrero, y también a Ur-Nammu. Tenemos comida y bebida para ti, pero primero háblame de Mesilim. ¿Se encuentra bien?

—Sí, pero estamos cansados y nuestros caballos están cada día más débiles. Tan pronto como oscurezca, los Ur-Nammu cruzarán entre las últimas patrullas de Alur Meriki —hizo una pausa y escupió en el suelo después de nombrarlos—, para unirse contigo en la batalla. Le he mostrado al jefe Sisuthros el lugar por donde pasarán. Ahora debo informar a Mesilim de que esperas su llegada.

—Tus noticias son buenas, Fashod, pero primero debes descansar. Tenemos agua y comida.

Sisuthros, Eskkar y Fashod se sentaron juntos sobre la arena, apartados del resto de los hombres, la mayoría de los cuales nunca habían visto a un bárbaro a tan escasa distancia. Jalen se quedó con los soldados y les recordó una y otra vez que no se quedaran mirando fijamente. Fashod bebió, sediento, de uno de los odres de agua y luego devoró el pan que traían los hombres de Eskkar.

—No creo que tu caballo sea lo bastante fuerte para soportar el camino de vuelta —comentó Sisuthros—. Ha hecho demasiado esfuerzo durante mucho tiempo.

Eskkar asintió. Unas pocas semanas de duro galope podían acabar con la mayoría de los caballos. Había observado al animal, pensativo.

—Fashod, llévate uno de nuestros caballos. Necesitarás una cabalgadura descansada esta noche.

Fashod miró a los hombres. Hasta ahora se había mostrado cortés pero distante, cumpliendo su cometido, tal como le había ordenado el jefe de su clan y nada más. El ofrecimiento del caballo, aunque fuese un intercambio temporal, era un gesto significativo. Dejó a un lado su comida y se limpió la boca con el dorso de la mano.

—Jefe Eskkar, te lo agradezco. Mi montura es buena y sólo necesita unos días de descanso y alimento para recuperarse.

—Termina de comer —dijo Eskkar, mientras se levantaba y pensaba que el animal necesitaría al menos una semana para recobrase—. Iré a buscarte un caballo. —Regresó a donde esperaba Jalen para comentarle el intercambio de monturas—. Elige a alguien pequeño que pueda llevar el caballo de Fashod de regreso a Orak. Que parta de inmediato. De otro modo quedará rezagado si tenemos que regresar apresuradamente. —Eskkar miró de nuevo hacia Fashod—. Jalen, quiero que vuelvas a Orak. Si todos los Ur-Nammu están tan agotados como este hombre, entonces van a necesitar armas, comidas y caballos frescos o no podrán luchar. Dile a Trella y a Gatus que lo dispongan todo.

Su lugarteniente asintió y se dirigió de inmediato a elegir un caballo.

Eskkar volvió a donde estaba el guerrero de los Ur-Nammu.

—Pronto estará lista tu montura y un poco de comida. Dile a Mesilim que lo esperamos aquí para acompañarlo a Orak.

—Mi jefe estará satisfecho —dijo Fashod.

Jalen regresó, trayendo de las riendas a un caballo. Fashod cogió sus armas y la comida y partió al galope hacia el Este. Instantes después, Jalen hacía lo mismo en la dirección opuesta, adelantando al soldado que cabalgaba lentamente con el poni de Fashod por el mismo camino.

—Es posible que Mesilim y sus hombres estén acabados —comentó Sisuthros—. No enviaría a uno de sus mejores hombres a reunirse con nosotros. Tal vez no nos sirvan de mucho, después de todo.

Eskkar había pensado lo mismo.

—Tal vez. Veamos qué ha averiguado. Además, contar con unos treinta jinetes protegiendo la retaguardia sí que nos ayudará. Y, cansados o no, matarán por lo menos a otros tantos hasta caer definitivamente.

Los Ur-Nammu llegaron después de la medianoche, e incluso bajo la luz de la luna parecían agotados. El capitán invitó a Mesilim a descansar mientras los jinetes de Orak hacían guardia. Al amanecer comenzaron a dirigirse hacia el Oeste a paso lento. Algunos de los caballos de Ur-Nammu cojeaban, y sus jinetes pasaban tanto tiempo sobre ellos como caminando a su lado. Todos echaban miradas hacia atrás, temerosos de la aparición de una horda de Alur Meriki.

Eskkar examinó lo que quedaba del clan de Mesilim. Contó treinta y ocho hombres, cinco mujeres y siete niños de diferentes edades, además de cuarenta y

cuatro caballos. No había ni bebés ni niños pequeños. Sus padres los habrían abandonado o matado. Tanto los hombres como los animales parecían a punto de desplomarse. Los niños, exhaustos, con los ojos desorbitados por el hambre, daban tanta pena como los guerreros. Cuanto antes llegaran a Orak, mejor.

Eskkar iba al paso en su caballo, entre Mesilim y Subutai. Habían capturado a un jinete de Alur Meriki, del que habían obtenido mucha información. También habían visto a los grupos de Alur Meriki dirigirse hacia el Sur. Para aquellos hombres encerrados en el estrecho círculo de Orak, cualquier noticia era bienvenida.

Al caer la noche, el peligro había pasado y se encontraban tan cerca del poblado que Eskkar pudo relajarse un poco. Acamparon, y los Ur-Nammu cayeron dormidos tan pronto como terminaron de comer.

Por la mañana, el capitán asignó la mitad de sus hombres a Sisuthros y le ordenó que volviera a su trabajo de patrulla. Los soldados nuevos que había traído ayudarían al lugarteniente en la última etapa del incendio de las cosechas. Los Alur Meriki llegarían pronto a Orak. Eskkar estaba decidido a que no encontraran nada de valor a su paso. Casas, corrales, todo tendría que ser destruido. Únicamente los pozos debían permanecer intactos. Con tantos arroyuelos y canales de riego en las proximidades, habría servido de poco contaminar los pozos tirando en ellos animales muertos. Esperaba que los Alur Meriki no lo hicieran a medida que avanzaban.

Llegaron a la cima de la última colina que rodeaba Orak a media tarde. Todos lanzaron un suspiro de alivio ante la vista de la muralla. A lo largo del día el capitán había sido detenido un par de veces por patrullas de la aldea. Los hombres de Bantor tomaban todas las precauciones para que no pasara un solo grupo de bárbaros entre sus filas.

Los hombres y mujeres que seguían a Eskkar comenzaron a hablar entre sí cuando avistaron el poblado, con su muralla elevándose hacia lo alto. Incluso a aquella distancia, se podían apreciar grupos de hombres trabajando ante el muro, cavando el último tramo del foso.

Ninguno de los Ur-Nammu había visto nunca un poblado tan grande, ni una muralla semejante. Por el Norte, la inundación de los terrenos colindantes ya había comenzado. El lado sur sería anegado tan pronto como salieran los Ur-Nammu.

—Descansa esta noche, Mesilim. Mañana me podrás aconsejar sobre cómo atacarías tú Orak.

Mesilim y su hijo tenían la mirada fija en la aldea, impresionados tanto por su tamaño como por su muralla.

—Con toda la gente que los Alur Meriki han empujado hacia aquí —comentó Eskkar—, hay casi tres mil personas en Orak. Otras han cruzado el río.

—Hasta ahora —comenzó Mesilim— no creía que pudieras detener a los Alur Meriki. Pero puedo comprobar en este momento que tienes una posibilidad.

—Más que una posibilidad. —Eskkar sonrió con satisfacción—. Tengo mucho que enseñarte.

Avanzaron lentamente hacia la puerta y, al aproximarse a la muralla, los trabajadores hicieron una pausa para observar al extraño grupo. Algunos pobladores curiosos se asomaron por el muro. Otros comenzaron a gritar ovaciones cuando reconocieron a Eskkar al frente del pequeño grupo de aliados. El capitán los llevó lejos de la puerta principal y condujo al clan de Mesilim a lo largo del foso que corría paralelo a la pared sur, y de allí hacia el río.

Mientras avanzaban, la gente continuó aclamando y saludando desde la muralla. Los Ur-Nammu parecían asombrados, y Eskkar cayó en la cuenta de que no habían pensado cómo serían recibidos por los pobladores. Cuando el grupo llegó al río, volvieron a dar la vuelta. Acamparían a lo largo de la muralla, en la orilla del río, y fuera de la vista de las colinas del Este.

En un claro habían dispuesto dos barriles con agua, heno y forraje para los caballos, un montón de leña y dos terneros listos para ser asados. Había también una buena cantidad de mantas amontonadas junto a los barriles. Un improvisado corral hecho con cuerdas, preparado con pienso, albergaría a sus caballos. Los animales no habían probado el grano desde hacía muchos meses.

Eskkar le señaló el lugar.

—Acampa aquí, Mesilim. Si necesitas algo, te lo traerán. Si te bañas en el río, ten cuidado. La corriente es fuerte, excepto cerca de la orilla. En esta época del año puede arrastrar a un caballo con su jinete. Volveré dentro de unas horas.

Condujo a su caballo hacia la aldea. En la entrada encontró a Trella esperándole. Dos soldados la acompañaban en todo momento. La cogió de la mano y juntos caminaron de regreso a casa. Al llegar al patio, ella corrió a buscarle ropas limpias, mientras él se dirigía al pozo a limpiarse el polvo del viaje y quitarse el olor a caballo de su cuerpo. Cuando estaba acabando, Trella había vuelto ya con una túnica limpia y ropa interior.

—Los he visto desde la muralla —dijo—. Tan pronto te fuiste, corrieron hacia la comida y el agua. Deben de estar muy hambrientos.

—Están agotados. Han tenido suerte de poder cruzar las líneas de Alur Meriki. Pero hoy nos han pagado con la información que nos suministraron. Capturaron a un mensajero Alur Meriki y lo torturaron hasta que les dijo todo lo que sabía. El hombre confesó un plan para enviar un grupo al otro lado del río en tres o cuatro días. Eso significa que tendremos que enfrentarnos a ellos en la otra orilla en muy poco tiempo. Y entonces ya habrá guerreros en estas colinas, rodeando Orak. Y unos días después estarán listos para atacar.

—Estarás de regreso antes, espero.

Su tono daba a entender que tendría problemas más serios con ella que con la

patrulla de los bárbaros si no lo hacía así.

—Aunque la emboscada fracase, me volveré de inmediato. Partiré en tres días. Será una marcha lenta hacia el Norte hasta llegar al lugar indicado, además necesitaremos tiempo para prepararla. ¿Está dispuesto lo que encargué?

—Me reuní con los artesanos y todo estará preparado mañana a mediodía. Pero no me dijiste que tenían mujeres y niños.

—Eran tan pocos que no pensé que fuera importante. —Trella lo miró, pero Eskkar hizo un gesto con la mano—. Ya sé, todo es importante. Pero ellos sólo lo mencionaron de pasada. ¿Realmente debemos preocuparnos de ellos?

—Quizá. Ahora tengo otras cosas que hacer. Entremos. La cena está servida.

—Sí, esposa —respondió obediente. Las mujeres de la aldea podían ser una carga para sus hombres. Después de todo, los bárbaros tenían algunas ventajas, especialmente en lo que se refería a tratar con sus mujeres.

Dos horas después, Eskkar regresó al campamento de Ur-Nammu, vestido con su mejor túnica, pero con su espada corta al cinto, y acompañado de Jalen y Gatus, a quienes presentó a Mesilim y a Subutai.

En las últimas horas habían sucedido muchas cosas. Los caballos habían sido alimentados, y de allí llevados al río, en donde los habían limpiado y cepillado. Los hombres y las mujeres también se habían bañado, posiblemente por primera vez en meses. Habían lavado también sus ropas, y ahora se secaban sobre sus cuerpos. Los niños habían sido alimentados y arropados con las mantas. Los más pequeños dormían, con sus estómagos llenos por primera vez en semanas. Los adultos se encontraban en aquel momento comiendo, reunidos en torno a las hogueras, cortando, ansiosos, pedazos de carne asada. Les habían dado cuatro odres de vino, suficiente para que todos tomaran un buen trago pero sin emborracharse.

—Tengo algunos regalos, Mesilim —comenzó Eskkar, a la vez que se sentaba con sus hombres, algo alejado del fuego y frente a Mesilim y su hijo. Le hizo un gesto a Gatus, que colocó una manta en el suelo entre ambos, desplegando su contenido. En su interior había una fina lanza con punta de bronce, una flecha, cuerda para el arco y una espada. Eskkar vio la confusión en el rostro del jefe—. Tus hombres han perdido buena parte de su armamento, así que mañana tendrás sesenta lanzas igual que ésta. También habrá, para cada hombre, cincuenta flechas y cinco cuerdas para el arco, además de todas las espadas y cuchillos que necesites.

Las cuerdas de los arcos se rompían continuamente. Eran muy importantes, y difíciles de conseguir para los nómadas.

Subutai se agachó, cogió una de las flechas y la examinó para asegurarse de que era del tamaño adecuado a sus arcos curvos.

—Tus flechas son más largas y pesadas, ¿dónde conseguiste el material para hacerlas de este tamaño?

—Las fabricamos, Subutai. Es decir, estarán listas para mañana por la noche. Los artesanos comenzaron tan pronto como les llegó nuestro aviso. Lo mismo sucede con la lanza. Éstas son armas para los que luchan a caballo, y aunque nosotros no las usemos, podemos construirlas rápidamente. —Aquello los impresionó. A ellos les llevaría semanas realizar tantas flechas—. Cualquiera otra cosa... —La voz de Eskkar se apagó al ver que Mesilim dirigía su mirada hacia otro lugar. Se giró y vio a un grupo de siete mujeres que se acercaba al campamento, dos de ellas portando antorchas, ahora que había caído la noche. Cada una llevaba un fardo o una cesta de distintos tamaños y formas. Trella avanzaba en el medio, con su mejor atuendo y acompañada de sus guardias; Annok-sur iba a su lado, con una de las antorchas.

Aquella procesión tuvo un efecto extraño entre los bárbaros. Podían ver que se acercaba una mujer importante. El lujoso vestido de Trella y los guardias así lo confirmaban, lo mismo que el respeto que le mostraban las otras mujeres. Las conversaciones y la comida en el campamento se interrumpieron. Todos se levantaron en señal de cortesía, un gesto poco habitual entre aquellos hombres.

Las mujeres se detuvieron cuando se acercaron al grupo en donde estaba Eskkar. Trella se adelantó y se colocó al lado de su esposo. Una vez allí, hizo una reverencia a los visitantes y luego miró al capitán.

Éste estaba tan sorprendido como los demás. A la temblorosa luz de las antorchas la muchacha parecía una enviada de los dioses. El silencio sólo se veía turbado por el crepitar de las teas.

Eskkar recuperó la voz e hizo las presentaciones.

Trella volvió a hacer una profunda reverencia y luego se irguió, muy recta y orgullosa.

—Te doy la bienvenida a Orak, líder de tu clan, Mesilim, y a tu valiente hijo Subutai.

Eskkar tradujo sus palabras y cuando terminó le hizo un gesto para que continuara.

—Honramos vuestra lucha contra el enemigo común. Mi esposo no me dijo que venías con mujeres y niños, por lo que no teníamos preparado nada para ellos. Ahora les traemos obsequios y vestidos.

La voz de Trella sonaba serena y noble. Mesilim no entendía lo que decía, pero estaba claro que su presencia era reconocida. La miraba tan atónito como lo había estado Eskkar hacía apenas un instante. Subutai también estaba estupefacto.

—Distinguida esposa Trella —comenzó Mesilim—, es a nosotros a quien honras con tu presencia y tus obsequios. Te damos la bienvenida a nuestro campamento. Eskkar nos había dicho que «poseías el don», pero no esperábamos que fueras a visitarnos.

Ella observó a su esposo mientras traducía, y éste leyó la pregunta en su rostro.

¿Poseer el don? Ya averiguaría esa noche a qué se refería.

Volvió a hacerle una reverencia a Mesilim.

—Tu visita nos honra, así como tu oferta de ayudarnos en nuestra lucha. No podía ser de otra forma. Ahora debo dejar que sigas con tu conversación. Yo atenderé a tus mujeres, si me das permiso.

Cuando se fue, volvieron a sentarse. Durante un instante nadie dijo nada. Eskkar vio que Gatus se esforzaba por ocultar una sonrisa. Trella había aparecido como si detentara el poder sobre hombres y espíritus. Tal vez no fuera mera superstición. Quizá tuviera verdaderamente el don y un grupo de bárbaros podía darse cuenta con mayor claridad que él mismo.

La observaron mientras se dirigía hacia las mujeres, pero se encontró rodeada por los hombres de Mesilim. Las mujeres de Ur-Nammu tuvieron que empujarles para abrirse paso. Fashod estaba de pie al lado de Trella, haciendo las veces de traductor y ayudándola en la distribución de ropas y otros regalos. La conmoción duró un tiempo, hasta que las mujeres se llevaron a la muchacha y a sus acompañantes lejos de los hombres. Se sentaron a poca distancia del fuego, para hablar de cosas que sólo les concernían a ellas.

Incluso Fashod se mantuvo alejado, dejando que una de las mujeres tradujera. Trella pidió también a los guardias que se retiraran. Después de observarla durante un rato, los guerreros volvieron al fuego y a su comida, pero sus miradas se dirigían con frecuencia hacia ellas, iluminadas ahora por las temblorosas antorchas que comenzaban a extinguirse.

Mesilim sacudió la cabeza y se centró en Eskkar y sus hombres.

—Nunca he visto a nuestras mujeres actuar de esa manera, aceptando a una extraña y rindiéndole tributo. Realmente, posee el don, para que mi gente la siga sin dudar.

—Es más sabia de lo que aparenta por su edad —añadió Eskkar—. Su sabiduría me guía y me da fuerza.

Gatus habló de forma inesperada.

—Su sabiduría nos guía a todos, Mesilim. Mi esposa, que tiene el doble de estaciones, la sigue y obedece cada una de sus palabras.

Eskkar tradujo, sonriendo, lo que acababa de decir Gatus.

—Jefe Eskkar, ¿por qué esos hombres la custodian? —preguntó Subutai—. Seguramente nadie haría daño a alguien que poseyera el don.

Eskkar negó con la cabeza, disgustado.

—No soy el jefe guerrero de Orak desde hace mucho tiempo, Subutai. Hace dos semanas, uno de mis enemigos intentó matarla. Se había enfurecido ante su inteligencia y pensó que podría debilitarme si la asesinaba. Fue herida pero sobrevivió, y ahora yo trato de asegurarme de que no vuelva a suceder.

—¿Has matado a los del clan responsable? —comentó Mesilim más como una afirmación que como una pregunta.

—Todos los implicados murieron a manos del pueblo —dijo Eskkar cuidadosamente—. No creo que vuelva a suceder.

No tenía sentido explicar las costumbres del poblado a nómadas que tendían a verlo todo blanco o negro. Dependiendo de la ofensa, los bárbaros podían responsabilizar a todo un clan por el comportamiento de uno de sus miembros.

—Tampoco yo —añadió Gatus con firmeza después de que el capitán explicara la pregunta de Subutai—. Todos han sido advertidos.

—Cuídala bien —sugirió el hijo de Mesilim—. Si los Alur Meriki supieran que tienes a alguien como ella a tu lado, derribarían los muros para arrebatártela.

Eskkar lo miró fijamente, vislumbrando detrás de sus palabras el deseo de lo que al propio Subutai le gustaría hacer. Se sorprendió por su propia intuición. Pero en todo lo que concernía a Trella, sus ojos se habían vuelto extraordinariamente sagaces para ver lo que sucedía, y su inteligencia y sus palabras eran igualmente certeras.

—Subutai, un don semejante no puede ser tomado por la fuerza. Tiene que ser concedido libremente. Un enemigo no lo puede conquistar, y un amigo nunca lo intentaría.

—Que su sabiduría sea tu guía, Eskkar —dijo Mesilim, volviendo al tema que los ocupaba—. Necesitarás su ayuda en la batalla que se acerca. Hablemos ahora de las armas.

Discutieron sobre armamento y revisaron los planes para los próximos días. Casi habían concluido cuando las risas del grupo de mujeres provocaron que todas las miradas se dirigieran hacia ellas al mismo tiempo.

Trella se puso de pie. Algunas de las mujeres del clan la agarraron de la mano, como si no quisieran dejarla marchar. Finalmente la soltaron. Ella les hizo una reverencia y se encaminó hacia los hombres, pasando entre la mayor parte de los guerreros, que parecían prestarle más atención a ella que a sus propios jefes. Mesilim y Subutai volvieron a levantarse, y un poco más tarde lo hicieron Eskkar y sus hombres.

Trella se acercó a Mesilim y su hijo y se detuvo a su lado.

—Eskkar, algunos de los niños están demasiado débiles para proseguir el viaje. Me he ofrecido a cuidar de ellos hasta que termine la batalla. —Miró a Mesilim—. Si el jefe del clan me lo permite.

—¿Mis mujeres han aceptado eso? —preguntó sorprendido Mesilim tan pronto como Eskkar terminó de traducir.

El capitán estaba tan desconcertado como Mesilim. Jamás había oído nada semejante. Dejar a los hijos no sólo con desconocidos, sino con enemigos ancestrales.

—Trella, eso es también un peligro. Puede que no te hayan entendido bien.

Antes de que Trella pudiera responder, una de las mujeres se acercó al grupo, se anunció en voz alta y se detuvo ante él hasta que Subutai le hizo señas de que se acercara. Habló con él en voz baja pero apresuradamente. A Eskkar le fue imposible seguir la conversación, a causa de la velocidad con que pronunció sus palabras. Cuando terminó, no se alejó, aunque la costumbre ordenaba que así lo hiciera.

Subutai se dirigió a Eskkar.

—La honrada Trella dice la verdad. Mi esposa quiere que los cinco niños más pequeños se queden aquí, ya que seguramente morirán si tenemos que volver a viajar en las mismas condiciones. Mi hija está entre ellos. —Subutai miró a su padre—. Tenemos que discutir este asunto.

Mesilim asintió pensativo, y luego se dirigió a Trella.

—Consideraremos tu ofrecimiento cuidadosamente. Pero, sea cual sea nuestra decisión, te queremos manifestar nuestro agradecimiento.

—Entonces os dejaré con vuestros asuntos.

Tocó a Eskkar en el brazo y le deseó buenas noches. Cuando comenzó a alejarse, uno de los nómadas le dijo algo a Mesilim, y la muchacha, al oír su nombre, se detuvo y esperó.

El capitán entendió perfectamente al guerrero, pero no tenía sentido. ¿Qué significaba aquello de «tocar a la que posee el don»?

Mesilim se acercó a él.

—Mis hombres desean pedirte un gran favor, aunque ya has hecho mucho por nosotros... pero, si nos lo permites, nos gustaría tocar a Trella para que nos diera la fuerza y la bendición de los dioses.

El jefe bárbaro parecía un tanto incómodo ante aquella petición, pero, a pesar de todo, la hizo.

Trella regresó al lado de su esposo y lo miró.

—Quieren tocarte, para que les des suerte, o algo así —dijo—. Puede que sea una costumbre que yo no recuerdo o algo que no he visto nunca. A Mesilim le ha avergonzado un poco pedirlo, pero creo que piensa que es una buena idea.

—¿Qué debo hacer? ¿Cómo he de tocarlos?

Eskkar pensó un momento.

—Toca a cada uno de los hombres en el brazo derecho, para darles fuerza en la batalla.

La muchacha le entregó el cesto vacío a Annok-sur y se acercó a Mesilim. Extendió la mano, pero no le tocó el brazo, sino que la puso la palma de la mano en la frente.

—Que tengas sabiduría para conducir a los tuyos en la batalla —le dijo, y luego le tocó el brazo derecho, como había sugerido Eskkar. Luego se volvió hacia su hijo y le puso también la mano en la frente—. Que tengas sabiduría para guiar a los tuyos en

los días futuros cuando muchas cosas cambien y todos debamos enfrentarnos a difíciles desafíos.

Cuando terminó, se había formado una fila detrás de Subutai; algunos hombres empujaban a otros para conseguir mejor puesto. Trella recorrió la fila, tocando a cada hombre en el brazo, ofreciéndoles fuerza para la batalla. Fashod la siguió, traduciendo sus palabras.

Las mujeres se habían puesto al final. A cada una de ellas le cogió las manos. Cuando terminó, agarró su cesta y, sin decir una palabra, se marchó con sus guardias y sus acompañantes.

Se quedaron de pie, mirando en silencio hasta que cruzó la puerta y se perdió de vista. Entonces Eskkar se dirigió a Mesilim.

—Descansa esta noche. Mis hombres cerrarán la puerta para que no se acerquen los curiosos y mantendrán centinelas en la muralla. No creo que nadie se aproxime, pero si quieres puedes poner a uno de los tuyos de guardia. Ningún hombre de la aldea saldrá esta noche. Mañana regresaré y seguiremos hablando.

Cuando estuvieron lo bastante lejos, Jalen le hizo un comentario.

—Esto ha sido lo más extraño que he visto nunca. Se comportaron como si Trella fuera una diosa.

—No hay nada raro en eso —respondió Gatus—. ¿No es verdad, Eskkar?

—Nada, Gatus —dijo el capitán con una carcajada—. Nada de nada.



CAPÍTULO 20

Dos noches más tarde, tres horas después del ocaso, Eskkar condujo a cien hombres a través de la puerta del río.

Tardaron casi la mitad de la noche en trasladarse, junto al armamento, a la otra orilla. Al amanecer, los soldados ya se encontraban tierra adentro, fuera del alcance de cualquier observador.

Marchaban lentamente. Cada hombre cargaba unos treinta kilos de equipamiento: un escudo de madera, un arco, dos carcajs con flechas, además de una espada, comida y agua. Gatus le dijo a Eskkar que los hombres, a un paso constante, no podrían cargar más de veinticinco kilos. El primer día de marcha sería el más duro. El peso se iría reduciendo con el paso de los días.

Eskkar caminó junto a los soldados. Habían traído sólo cuatro caballos para los rastreadores, además de dos burros para cargar agua y comida. No esperaban estar ausentes más de una semana; si fuera así, tendrían que aprovisionarse con lo que encontrarán. En aquella orilla del Tigris no se había destruido nada, y los rebaños de cabras y ovejas pastaban en las colinas.

Gatus había insistido en ir. Había entrenado a los soldados para que pelearan en grupo y quería ver el resultado de sus esfuerzos. Sisuthros se había quedado para supervisar la defensa de Orak. La noche siguiente, Jalen cruzaría con Mesilim y los Ur-Nammu, y luego se encontrarían con los soldados de Eskkar en el lugar convenido.

Durante la marcha pensó en las conversaciones mantenidas con Mesilim y Subutai. Al día siguiente de su llegada, el capitán y sus lugartenientes habían llevado a Mesilim y a su hijo a recorrer la muralla. Eskkar les explicó su plan de combate, poniendo a Mesilim en el papel del jefe guerrero de Alur Meriki. Cabalgaron de un lado a otro, examinando la construcción desde todos los ángulos y buscando puntos débiles.

Después condujo al jefe bárbaro al interior del poblado y le mostró los grandes

arsenales de armas y los preparativos para la defensa. El jefe de Ur-Nammu, sorprendido, pudo comprobar con sus propios ojos la enorme cantidad de flechas y piedras. Cuando terminaron, no encontró fallos en el plan de Eskkar.

—Pero no debes dejarles que crucen la muralla. Una vez dentro, aplastarían a tus hombres.

Eskkar y Gatus se miraron con satisfacción. Era el mismo mensaje que habían transmitido a sus soldados desde el primer día. Los bárbaros debían ser detenidos antes de atravesar la muralla.

El tiempo se acababa tanto para Eskkar como para Alur Meriki. La gran batalla tendría lugar muy pronto, y necesitaban proteger la retaguardia destruyendo a los bárbaros que entrarían desde el Oeste. Los hombres, el ganado y los suministros enviados al otro lado del río no debían perderse, u Orak pasaría hambre aunque expulsaran a los atacantes.

Eskkar quería llevar más hombres consigo, confiando en volver antes de la llegada de los Alur Meriki. Pero las miradas de pánico de las Familias lo convencieron de no dejar la aldea sin demasiados soldados a aquellas alturas de los acontecimientos.

Mesilim y sus hombres saldrían a la noche siguiente, así podrían tener un poco más de tiempo para descansar. Durante los cuatro días transcurridos desde que habían llegado a Orak habían contado con abundante comida y habían recuperado buena parte de sus fuerzas. Con caballos frescos, alcanzarían rápidamente a Eskkar y a su lenta caravana de soldados.

Contando a Mesilim, quedaban treinta y siete guerreros y dos muchachos. Uno de los guerreros estaba muy débil y lo habían dejado atrás con la orden de cuidar de las mujeres y niños que permanecerían en Orak.

Eskkar apresuró el paso tanto como pudo durante dos días, caminando junto a los hombres y cargando su propio equipo. Podría haber cabalgado, pero los caballos prestarían un mejor servicio si los usaban los rastreadores, y prefería permanecer cerca de sus soldados.

Estaban terminando de acampar al final del segundo día cuando Mesilim y sus hombres llegaron al campamento. Eskkar los miró a medida que se aproximaban. Los cuatro días de descanso se reflejaban en sus rostros. Ropas nuevas reemplazaban a los viejos atuendos. Muchas de sus armas eran regalos de Orak.

Cada lanza tenía atada una cinta amarilla, otro regalo de Trella, y de cada arco colgaba una cinta similar. Todos los guerreros llevaban en su cintura un cinto amarillo. Los colores eran algo más que un elemento decorativo. En una batalla cuerpo a cuerpo, servían para distinguir a los amigos de los enemigos, algo muy necesario para los soldados de Orak.

Los caballos de los Ur-Nammu también parecían fuertes, y los que no se habían

recuperado completamente habían sido reemplazados por los últimos animales que quedaban en el poblado. Los guerreros de Mesilim se mostraban confiados y vigorosos, todo lo contrario de lo que parecían pocos días antes.

El jefe bárbaro desmontó y saludó al capitán, mientras Subutai conducía a los jinetes al campamento, a poca distancia del de Eskkar. Sus hombres tenían poca experiencia con los bárbaros y querían evitar cualquier discusión o pelea con los Ur-Nammu por cualquier insulto no intencionado. Era mejor mantenerlos separados hasta la batalla, cuando nadie despreciaría a un aliado. Ninguno de los jefes quería tener un incidente.

—Tus hombres parecen en buena forma, Mesilim —dijo Eskkar mientras le tendía la mano en señal de amistad. Durante la guerra, las formalidades desaparecerían—. ¿Algún problema para seguirnos el rastro?

—No. Hace horas que os habríamos alcanzado, pero hemos dejado descansar a los caballos con frecuencia.

Después de haber comido, los dos jefes se quedaron cerca del fuego y discutieron los planes para los próximos días. El lugar de la emboscada era de suma importancia, y llegarían allí al día siguiente. Cuando Mesilim se fue, Eskkar extendió su manta en el duro suelo y se quedó dormido de inmediato.

Por la mañana el capitán montó a caballo por primera vez. Con Jalen y Gatus, se sumó a Mesilim y Subutai, cabalgando por delante de los hombres hasta que llegaron al lugar escogido para la emboscada, a unos pocos kilómetros del río y en el interior de una zona de colinas. Grandes extensiones de hierba verde claro salpicaban el terreno, pero muy pronto las colinas se volverían de color pardo bajo el implacable sol.

El pequeño valle elegido para la celada se extendía aproximadamente en dirección norte-sur y estaba rodeado de colinas escarpadas. En la entrada sur algunos granjeros habían construido unas chozas de barro, un corral para algunas ovejas, cabras y gallinas e intentaban cultivar la tierra. Pero según los informes de Jalen, eran menos de una docena de hombres, pocos para semejante tarea, y ninguno de ellos estaba habituado a manejar una espada. Habrían sido víctimas fáciles de la primera banda de forajidos que se cruzara en su camino.

La bienvenida a Eskkar y a sus hombres no fue precisamente cordial. Reaccionaron con resentimiento al ver que se les quitaba su tierra, aunque fuera por poco tiempo. Se tranquilizaron cuando les dijeron que un gran grupo de bárbaros se aproximaba en aquella dirección y que, sin duda, les cortarían el cuello.

Entre los campesinos había varias mujeres. Eskkar no quiso que permanecieran junto a sus hombres. Podían ser motivo de violaciones y de peleas. Les dio a los campesinos una docena de monedas de plata para compensarles por la pérdida de sus casas y corrales y les ordenó que se marcharan de inmediato hacia el Sur. Cuando se

quejaron de nuevo, se ofreció a quitarles las monedas y convertirlos en esclavos, si así lo preferían. Eso logró que se pusieran en movimiento, cargaron sus posesiones en tres carros y se llevaron sus rebaños.

El estrecho valle se extendía en línea recta, elevándose ligeramente hacia el Norte. En el extremo sur, donde los campesinos habían levantado sus casas, la entrada tenía unos noventa pasos de ancho. A partir de ahí, el valle se ensanchaba rápidamente hasta alcanzar casi el doble. El otro extremo estaba a más de un kilómetro y la salida tenía una anchura de doscientos veinte pasos. Sin embargo, un poco más adelante las paredes rocosas se estrechaban hasta reducirse a unos ciento veinte pasos.

Eskkar examinó las paredes. Al ser escarpadas, ofrecían pocos lugares por los que un jinete pudiera, con cuidado, llegar a la cima. En el valle el terreno era plano y despejado, sin lugar para ocultarse o defenderse. Pero ni Eskkar ni Mesilim parecían completamente satisfechos con la elección.

Jalen se fijó en sus rostros preocupados.

—Capitán, éste es el mejor sitio que pude encontrar. Tú querías que estuviera cerca del río para que pudiéramos cerrarles el paso. Y está muy próximo a la línea de marcha hacia Orak.

—Estoy seguro de que es el mejor que has podido encontrar —dijo Eskkar—. Pero va a ser difícil tender aquí una emboscada. Tendremos que dividir a los hombres y eso significa que los Alur Meriki serán más que cualquiera de los dos grupos. Y la extensión del cañón implica recorrer un largo trecho para que los hombres se acerquen.

—Aquí el desfiladero se ensancha —añadió Mesilim—. Nuestras tropas serán escasas y nuestro enemigo podrá concentrar sus fuerzas en cualquier punto. —Se dirigió a Eskkar—. Recuerda que dijiste que teníamos que matarlos a todos, no sólo derrotarlos. Si ven el tamaño de nuestro grupo, se darán la vuelta e irán al Sur por otro camino.

Jalen se mostró dudoso.

—¿Sin presentar batalla?

—No van a luchar a menos que tengan posibilidades de ganar. No ven deshonor alguno en salir al galope o en disparar flechas desde lejos durante horas o incluso días. —Eskkar sacudió la cabeza—. Primero tendremos que pensar en algo para atraerlos, y luego para evitar que escapen.

El grupo avanzó lentamente hacia el Norte y examinó el terreno. La entrada era tan ancha como temía Eskkar, aunque las paredes se estrechaban antes de la misma. Pero no tenían alternativa. Aquel lugar tendría que ser suficiente. Los Alur Meriki llegarían pronto y no tenía tiempo para buscar un sitio mejor.

Eskkar, Gatus, Jalen, Mesilim y Subutai volvieron al centro del valle, cerca del

lado este, desmontaron y se sentaron en círculo. Durante dos horas los cinco examinaron las alternativas, teniendo en cuenta la capacidad de los arqueros, los guerreros Ur-Nammu, el terreno y la posible estrategia del enemigo. Una vez decidido el plan de ataque, pasaron todavía más tiempo intentando mejorarlo, hasta que cada uno supo dónde y cómo habría de luchar.

Cuando los jefes terminaron, nadie quedó completamente satisfecho, pero habían elegido las opciones más favorables. Eskkar y sus hombres volvieron hacia la entrada sur, donde los soldados esperaban, con gran tensión, para conocer su futuro.

El capitán los miró y se dirigió a ellos en voz alta.

—Vosotros queréis pelear, ¿no es cierto? Bueno, vais a tener una batalla para recordar. Os lo prometo. Será distinta a las demás. Obedeceréis las órdenes o acabaréis por desear no haber nacido. Y trabajaréis como esclavos si queréis seguir vivos. ¡Recordadlo! ¡Si queréis seguir vivos!

Tras estas palabras, en el campamento comenzó una febril actividad. Subutai recogió todo lo que necesitaba y se llevó consigo a quince de los mejores caballos y guerreros. Tenía el trabajo más arriesgado, hacer de cebo para la trampa. Cabalgaron hacia el Sur, por donde habían venido, planeando dar una vuelta completa al valle, para no dejar ningún rastro. Finalmente se dirigirían hacia el Norte en busca de los Alur Meriki, se dejarían ver y tratarían de que el enemigo los persiguiera hacia el valle.

Gatus formó un grupo de trabajo de treinta hombres, con algunas de las herramientas para cavar de las granjas. Caminaron a lo largo de la escarpada ladera este para evitar dejar huellas en el centro de la hondonada. Entretanto, Mesilim apostó a sus hombres como vigías en las alturas, para asegurarse de que nadie los sorprendiera. Otro grupo se dirigió con los burros a la entrada sur con el fin de reunir tanta leña como pudieran encontrar.

Durante el resto de ese día y el siguiente, los hombres de Eskkar trabajaron y practicaron sus movimientos con los arcos y las señales. Los más experimentados marcaron las distancias a lo largo del valle, para que los arqueros las tuvieran siempre presentes. Las paredes escarpadas harían de parapeto contra el viento. Al final, los preparativos quedaron ultimados.

Ahora todo dependía de Subutai. No sólo debía encontrar a los Alur Meriki, sino que tendría que conseguir que los siguieran hacia aquel lugar, lo suficientemente cerca para que el plan funcionase, pero no tanto como para que pudieran descubrir la trampa.

Había tantas cosas que podían salir mal que Eskkar intentaba no pensar en ellas. En cambio, se quejaba de todo lo que hacían sus hombres, maldiciéndolos a la vez que los apremiaba a esforzarse aún más. Cubiertos de sudor, todos miraban al horizonte y a las colinas, siempre con las armas cerca. Cuando terminaron, se

tomaron un pequeño descanso y prepararon sus armas.

Comenzó la espera. Mesilim también parecía tenso, y les gritaba a sus hombres a la mínima infracción. El jefe de Ur-Nammu estaba preocupado por su hijo. Jalen caminaba de un lado a otro, seguro de que le echarían la culpa por la elección del valle si las cosas no salían bien. Sólo Gatus parecía que estaba al margen de todo, asegurándose con tranquilidad de que los hombres tuvieran claras sus obligaciones, sus armas preparadas y de que se entrenaran en cualquier momento libre.

A media mañana del día siguiente, uno de los centinelas apostados hacia el Norte dio un grito. A los pocos momentos apareció en el valle un jinete al galope en una montura agotada. Todos lo siguieron con la mirada. El sudor cubría los flancos del caballo. Atravesó el valle hasta llegar a las chozas del extremo sur donde esperaban Eskkar y Mesilim. Era Fashod, a quien Subutai había enviado con noticias.

Tras desmontar, Fashod le habló a tal velocidad a Mesilim que Eskkar tuvo problemas para entenderlo. Finalmente, el jefe bárbaro se dirigió al resto de los hombres.

—Subutai encontró un pequeño grupo de exploradores de Alur Meriki ayer por la tarde y les tendió una emboscada, dejando que algunos se escaparan. Después se encaminó hacia el Oeste, fingiendo ocultar el rastro, antes de cambiar de rumbo hacia el Sur. El grupo principal de los Alur Meriki le viene siguiendo y él está cabalgando lentamente, como si sus caballos estuvieran cansados. Fashod cree que hay unos setenta hombres en el grupo de exploradores. Llegarán en una hora con los Alur Meriki detrás de ellos, si todo sale bien.

Eskkar sintió que el sudor comenzaba a humedecerle las manos, pero no se las secó contra su túnica. Sería un gesto que todos los hombres verían y entenderían. Cualquier cosa podía salir mal. Los bárbaros podían alcanzar a Subutai antes de lo previsto; podían detenerse por cualquier motivo; o simplemente dar la vuelta y emprender el camino hacia el río. Pero aquél no era el momento de mostrar miedo ni dudas.

—Entonces ha llegado la hora. Gatus, hazte cargo. —Eskkar miró a Mesilim—. Que los dioses nos sonrían en este día.

—Estaré a tu lado cuando comience la batalla —respondió Mesilim. Se volvió entonces a Fashod—. Quédate con Gatus y asegúrate de que cuando Subutai llegue, sepa dónde estamos y qué es lo que haremos.

Después Mesilim fue a encontrarse con sus guerreros y de inmediato el resto de los Ur-Nammu cabalaron hacia el Sur, fuera del valle, dejando sólo a Fashod con Gatus y cincuenta soldados en aquella entrada. El jefe bárbaro debía cabalgar una hora a través de las colinas para dar la vuelta al valle y aparecer por el Norte.

Eskkar buscó a Jalen.

—Que los hombres empiecen a moverse, y por los dioses, que no se dejen nada ni

olviden sus órdenes.

Eskkar, Jalen y cincuenta arqueros se movieron hacia el Norte en fila india, pegados al lado este del valle y pisando con cuidado para no dejar ninguna huella. En los últimos dos días, todos habían evitado pisar la hierba en el centro. Cuando los Alur Meriki entraran cabalgando, no debían ver rastro alguno de sus hombres.

Cerca del extremo norte del valle, en donde las paredes se hacían más estrechas, Eskkar y sus soldados hicieron una pausa para poder dejar sus armas en el hoyo que habían excavado y disimulado con habilidad.

Después continuaron avanzando, dejando la entrada norte y dirigiéndose hacia el Noreste. Los dos últimos hombres usaron ramas y arbustos para eliminar cualquier rastro de su paso. A trescientos pasos de la entrada del valle, Eskkar, Jalen y los cincuenta hombres esperaban hombro con hombro sentados en el suelo, apiñados en una pequeña hondonada.

Uno de los hombres, que tenía buena vista y sabía contar, fue designado como vigía y se agazapó en unas rocas a unos pasos de donde estaban ocultos. El capitán se había puesto en cuclillas junto a sus hombres. El olor de la batalla, esa mezcla familiar de sudor, orina y heces, pronto llenó el estrecho lugar, en donde cincuenta hombres desarmados esperaban en un espacio más reducido que su propia estancia de trabajo.

Sin armas, excepto unos cuchillos, un niño con una espada podría matarlos a todos. Eskkar sabía que ésta era la parte más peligrosa de la trampa. Había decidido quedarse con los hombres más expuestos al peligro, para mantenerlos tranquilos al compartir el riesgo con ellos.

—¡Llegan jinetes! —anunció en voz baja el centinela.

Eskkar se imaginó a los hombres de Subutai entrando en el valle por el Norte. Se habían acercado con lentitud, permitiendo que los Alur Meriki se aproximaran a ellos. Se esforzaba por oírlos pero las colinas se interponían entre ellos, y tampoco podía sentir ninguna vibración en el suelo.

Los hombres estaban nerviosos, respiraban agitadamente, esperando liberar la energía contenida. El capitán resistió la tentación de acercarse al centinela, pero no había mucho espacio para ambos donde esconderse y un hombre podía ver tanto como diez. La espera les jugaba malas pasadas. En un momento Eskkar no oía nada y al instante le parecía escuchar el rugido de las llamas y los gritos de guerra de Subutai.

—Los bárbaros están a la vista. Se están acercando... ¡se han detenido! ¡Guardad silencio! —siseó el centinela.

El hombre se agachó contra el suelo. Los hombres dejaron de moverse. Nadie habló ni hizo ruido alguno, y cada uno miraba a su vecino atentamente para evitar que una tos o un estornudo lo estropearan todo.

Los jinetes bárbaros pasarían a poco menos de trescientos pasos del escondite de Eskkar. ¿Se darían cuenta los Alur Meriki de que se adentraban en una trampa? ¿Verían a los hombres en su escondrijo? ¿Avistarían al centinela? Quizá los caballos pudieran olerlos. Trató de ponerse en el lugar del jefe enemigo.

Los Alur Meriki verían entrar a los Ur-Nammu en el angosto valle, con un pequeño asentamiento al final, que ya estaría en llamas. El jefe bárbaro escucharía los gritos de los hombres, gritos de guerra, y pensaría que los Ur-Nammu estaban demasiado ocupados saqueando y matando para darse cuenta de que los perseguidores les habían dado alcance.

Morded el anzuelo, rogaba Eskkar. *Podéis atrapar a vuestro enemigo y el botín. Entrad al galope y cogedlo*. Escuchó los cascos de los caballos. El grupo de los Alur Meriki, más numeroso, hacía más estruendo que el de Subutai. Cuando los sonidos comenzaron a amortiguarse, supo que su enemigo había entrado en el valle. Vio la excitación en los ojos de Jalen.

El eco del último casco había desaparecido. Permanecieron inmóviles hasta que el sonido de unos pasos le anunció que el centinela estaba a la entrada.

—¡Han entrado en el valle, capitán, tal como dijiste!

La sonrisa del hombre era tan grande que parecía partirle la cara en dos.

—¿Todos? —preguntó Eskkar—. ¿Cuántos eran?

—He contado setenta y tres —susurró el hombre—, ¡y entraron todos!

El capitán se levantó.

—¡Vamos! En silencio, ¡y corred más rápido que nunca! —dijo, y salió disparado hacia la entrada del valle; el centinela pasó a su lado como un relámpago, marcando el rumbo. Eskkar alcanzó la entrada del desfiladero justo a tiempo para ver a los Alur Meriki, casi en el centro del valle, embestir contra lo que suponían que era un grupo de Ur-Nammu desprevenidos.

A lo lejos, las llamas y el humo negro se elevaban hacia el cielo mientras las chozas y los establos ardían, avivados por los montones de leña y hierba seca colocados en su interior. En un instante, Gatus y sus hombres saldrían de sus escondites y lanzarían la primera andanada de flechas, aunque esperarían hasta el último momento para darle a Eskkar tanto tiempo como fuera posible.

Éste corría tan rápido como le permitían las piernas. Tenían que recorrer medio kilómetro para llegar al lugar donde habían dejado las armas y pertrecharse, y debían hacerlo antes de que los Alur Meriki los descubrieran. Mientras practicaban, los mejores corredores habían cubierto la distancia en el tiempo que le llevaba a un hombre contar hasta setenta y ocho.

Pero ahora corrían por sus vidas y sus armas, y sus hombres seguían adelantándole. Jalen ya le había pasado; al ser el más joven y ágil, había superado con facilidad a su jefe. Eskkar se maldijo por ser tan viejo y lento. Para su grupo había

elegido a los hombres más veloces. Tenían que alcanzar las armas, equiparse y formar una línea de batalla en el paso más estrecho del valle, antes de que los bárbaros se percataran del truco y escaparan por donde habían llegado.

Si el plan funcionaba, la trampa ocuparía un área considerablemente menor que el largo del valle, tal vez lo suficientemente pequeña para permitir que los hombres de Eskkar se dieran apoyo mutuo cuando los bárbaros lanzaran toda su fuerza contra uno u otro contingente en su esfuerzo por huir.

El capitán llegó por fin a las armas y encontró su espada desenvainada, y apoyada contra una roca. Aunque había sido el primero en salir, todos sus hombres le habían adelantado. Ya se había comenzado a establecer la formación, mientras los hombres iban colocándose el equipo y se extendían a lo ancho del valle. Había prometido una moneda de oro al primero que llegara a su puesto. Ahora se movían con más lentitud. Cada uno tenía que cargar con una espada, arco y carcaj, el escudo de madera y un arnés para sujetarlo.

Aferró su espada, sin molestarse en ponerse el cinto, y corrió hacia el centro del valle. Vio al primer soldado alcanzar el punto medio, plantar su escudo y preparar una flecha. La trampa estaba casi lista.

Momentos después se colocó en el centro, al mismo tiempo que Mesilim y su grupo comenzaban a llegar para completar la línea de combate. Los Ur-Nammu se formaron en dos filas. Los jinetes, a pocos pasos unos de otros, con los arcos en mano y las lanzas sobre la espalda, tenían una expresión decidida, dispuestos a hacer pagar a su odiado enemigo las matanzas que habían sufrido.

Los cincuenta hombres de Eskkar tapaban dos tercios del paso. Mesilim y sus veintidós guerreros, el resto.

Tras coger aire, el capitán se detuvo unos pasos detrás del caballo de Mesilim, mientras éste ocupaba su lugar. Echó un primer vistazo a todo el valle.

Los Alur Meriki miraban a su alrededor, intentando comprender qué estaba sucediendo. Un poco antes se encontraban cargando contra un grupo de jinetes Ur-Nammu que habían desmontado. Pero ahora una hilera de hombres había surgido, como por arte de magia, de la tierra y lanzaban una lluvia de flechas contra ellos. Al mismo tiempo, los guerreros Ur-Nammu que estaban dedicados al saqueo subieron a sus cabalgaduras y comenzaron a disparar sus flechas.

Los Alur Meriki, sorprendidos, habían espoleado a sus caballos, tratando de salir del alcance de las saetas. Eskkar supo entonces que habían perdido la mejor oportunidad para huir. Si hubieran continuado con su ataque, habrían sufrido grandes pérdidas pero al menos algunos habrían cruzado la línea de los hombres de Gatus y Subutai.

Observó al jefe enemigo, rodeado por sus soldados mientras intentaba comprender por qué aquellos hombres no los atacaban, por qué se quedaban de pie

gritando e insultándolos y blandiendo sus arcos, mientras los Ur-Nammu galopaban de un lado para otro. Eskkar contó trece caballos sin jinete entre los enemigos, a causa del primer ataque con flechas de los hombres de Gatus.

Esas flechas habían caído sobre los bárbaros hasta que éstos se detuvieron y dieron media vuelta. Entonces los arqueros cesaron bruscamente. Los guerreros de Subutai permanecieron detrás de los soldados de Gatus que, protegidos desde los pies hasta la mitad del pecho por pesados escudos, esperaban el próximo ataque.

Mientras Eskkar observaba la batalla, un guerrero Alur Meriki, gritando y sacudiendo su arco, se acercó a su jefe y le señaló hacia el Norte. El jefe miró hacia el camino por donde habían llegado y vio una línea de hombres ocupando el paso más estrecho de la quebrada, con guerreros Ur-Nammu a su lado.

Los Alur Meriki acababan de darse cuenta de que habían caído en una trampa.

Eskkar echó una mirada a sus soldados y vio que estaban preparados. Cada hombre estaba colocado a dos pasos de su compañero, protegido parcialmente por el escudo de las flechas de los Alur Meriki. Todos llevaban un carcaj atado a la cintura y otro apoyado contra el escudo, con las flechas al alcance de la mano. Sus espadas estaban clavadas en la tierra, listas para ser utilizadas si los bárbaros sobrevivían a las flechas.

Jalen estaba a cargo de los hombres más próximos a las paredes rocosas, de pie, espada en mano, mientras que Hamati, uno de los subalternos de Gatus, tomaba posiciones en medio de los arqueros para dirigir su ofensiva.

Todos se encontraban en sus puestos. Todo había salido como lo habían planeado. Ahora Eskkar y sus hombres aguardaban. Sólo faltaba una pieza para que la trampa estuviera completa.

Hamati, masticando con parsimonia una brizna de hierba y con una sonrisa en los labios, se acercó al capitán. Habían guardado tres odres de agua en el escondite y les habían entregado el último a los soldados. Todos podrían beber antes de la batalla.

—Bien, capitán, ya tienen agua. Ahora van a poder mear todo lo que quieran. —Miró hacia el valle—. Creo que no se han dado cuenta de que todavía están al alcance de las flechas de los hombres de Gatus.

—Es verdad, están confundidos —agregó Eskkar—. No están acostumbrados a combatir de esta manera, pero pronto idearán una nueva estrategia. ¿Están listos los hombres?

Aquélla era una pregunta estúpida. Lamentó haberla hecho.

Hamati, ya veterano, había escuchado cientos de veces preguntas semejantes a jefes experimentados.

—Están listos. Y les he dicho que apunten a los caballos. —Sonrió ante la preocupación de su capitán—. Confían en la victoria, sabedores de que Gatus los ha detenido. No te preocupes, nosotros también haremos lo mismo.

Hubo un movimiento entre las filas de los Alur Meriki y los jinetes comenzaron a dirigirse hacia Eskkar, en una línea irregular. Su jefe había decidido no volver a arriesgarse e intentaría escapar por donde había venido.

Gatus observó el desplazamiento y comprendió lo que significaba. Eskkar no pudo oír la orden, pero de repente una lluvia de flechas cayó sobre los bárbaros, que estaban al alcance de los arcos más grandes de los soldados. Mitrac podía hacer blanco con facilidad. Había preferido dejar al joven con Gatus, pensando que estaría más seguro.

Una lluvia mortal volvió a caer sobre los Alur Meriki, hiriendo a hombres y animales, confundiéndolos. Uno de los caballos enloqueció de dolor, pateando y mordiendo hasta que alguien lo mató.

Los bárbaros trataron de ponerse fuera del alcance de las flechas, pero Gatus reaccionó de inmediato e hizo avanzar a sus hombres cincuenta pasos antes de detenerlos para formar una fila con sus escudos. Los guerreros Ur-Nammu los acompañaban por detrás en sus caballos.

—Es hora de ponerse a trabajar, Hamati —dijo Eskkar, con rostro serio—. Ya se han dado cuenta. —Regresó junto a Mesilim—. ¿Qué harán ahora? ¿Irán hacia tu lado o hacia el mío?

—Al tuyo —respondió Mesilim sin apartar la mirada del enemigo, erguido sobre su montura, intentando ver lo más posible—. Van a intentar cruzar entre tus hombres y alejarse de los nuestros todo lo que puedan. Ahora sólo quieren huir, y no creen que tus arqueros puedan detenerlos. Si tus hombres los frenan, entonces los destruiremos.

Había algo en la voz de Mesilim que le dio escalofríos a Eskkar. Había escuchado aquel tono alguna vez. Era la furia de la batalla que enloquecía a los hombres de odio hacia sus enemigos. Pero no tenía tiempo para pararse a pensar sobre ello. Los Alur Meriki comenzaron a avanzar al galope hacia el este del valle, afanándose por la ligera pendiente.

—Arriba los arcos, distancia máxima —gritó Hamati, empleando las mismas palabras que había dicho en miles de entrenamientos, mientras calibraba la longitud para la primera andanada—. Apuntad a los caballos. Si alguien intenta pasar, usad las espadas contra las patas de los caballos.

Tensaron los arcos, con las flechas en ángulo apuntando hacia los blancos lejanos.

—¡Preparados! —La voz de Hamati recorrió toda la fila—. ¡Disparad a discreción!

Cincuenta flechas salieron silbando al mismo tiempo. Una segunda andanada fue lanzada tres segundos más tarde, y luego otra, haciéndose más irregulares a medida que los arqueros más rápidos se adelantaban a los otros.

Hombres y caballos empezaron a caer, aunque no tantos como hubieran deseado, y los bárbaros seguían avanzando. Eskkar vio que los soldados disparaban tan rápido

como podían. Los gritos de guerra de los Alur Meriki, mezclados con el estruendo de los cascos de los caballos, hacían temblar la tierra.

Los bárbaros debían recorrer más de medio kilómetro hasta donde estaban los hombres de Eskkar, y seguirían estando al alcance de las flechas al menos hasta la mitad del trayecto. El capitán contó las andanadas. Una... dos... tres. Cada una equivalía a cincuenta flechas, todas dirigidas contra sesenta guerreros. Cuatro... cinco... seis.

Las flechas volaban en ambas direcciones. Uno de los arqueros cayó, luego otro, Eskkar oyó un zumbido muy cerca de su oreja. Siete... ocho... nueve. Pero las flechas de sus soldados continuaban siendo certeras a medida que se acortaba la distancia. Diez... once. Caballos y jinetes eran derribados, retrasando a los que venían detrás. Los arqueros de Orak estaban utilizando la táctica de rápidas descargas contra la gente de las estepas, con una eficacia y puntería incluso mayores.

Escuchó a Mesilim dar una orden y vio que el primer grupo de jinetes Ur-Nammu comenzaba a moverse. Doce...

Con un grito, Mesilim condujo a sus diez hombres a un asalto formando una línea curva hacia la izquierda para intentar atacar a los Alur Meriki desde uno de los laterales, justo antes de que llegaran a donde estaban los arqueros. Sus aliados dispararon sus flechas mientras cabalgaban. Al mismo tiempo, la segunda línea de jinetes Ur-Nammu colocó en formación a sus caballos detrás de los hombres de Eskkar, por si alguno de los Alur Meriki conseguía escapar.

Cuando el jefe de los Alur Meriki vio a los Ur-Nammu situarse tras los arqueros, supo que no podrían romper la línea. Trece... catorce. A menos de setenta pasos de los soldados, los guerreros bárbaros comenzaron a frenar sus monturas, incapaces de continuar bajo la persistente lluvia de flechas.

Eskkar oyó gritar al jefe, intentando que sus hombres torcieran hacia la izquierda para cruzar por el sitio donde habían estado los Ur-Nammu. Pero se encontró con Mesilim y sus diez jinetes haciéndoles frente.

Se suponía que los restantes Ur-Nammu esperarían detrás de las líneas para detener a quien intentara escapar. Pero al ver a sus compañeros en acción ante ellos, ignoraron las órdenes y se abrieron paso entre los arqueros, derribando a algunos soldados, impacientes por alcanzar al enemigo.

Esto obligó a los arqueros de Orak a detenerse, al haberse mezclado los aliados con los enemigos.

Los hombres y caballos de Mesilim estaban descansados y listos. La primera lluvia de flechas derribó a algunos de sus enemigos. Prepararon las lanzas y espadas. Eskkar vio a Mesilim derribar un caballo con su primera flecha y luego a un guerrero con la segunda, antes de bloquear con su montura al jefe de los Alur Meriki. Mesilim dejó caer su arco y aferró su lanza y luego desapareció entre la confusión y la

polvareda que levantaban caballos y jinetes.

Maldiciendo a todos los dioses que recordaba, Eskkar se lanzó a la carrera, decidido a detener a todos los que intentaran escapar por la brecha que se había abierto a su izquierda. Tres Alur Meriki trataban de huir, pero Hamati, percatándose del peligro, sacó a algunos hombres de la formación y los envió hacia ellos.

Una lluvia de flechas cayó sobre los tres guerreros, derribándoles.

Los supervivientes intentaron huir desesperadamente, dando media vuelta hacia el centro del valle. Eskkar volvió a ver a Mesilim. El jefe Ur-Nammu estaba aferrado al cuello de su caballo, incapaz de reorganizar a sus hombres. La sangre resbalaba por el jinete y su montura. El capitán llegó justo a tiempo para impedir que Mesilim se cayera.

Tendió al herido en el suelo. Su montura, con paso tambaleante, tenía un tajo en el cuello y le miraba con ojos desorbitados. Había muchos caballos sin jinete y algunos hombres de Orak intentaron capturarlos.

Los Ur-Nammu desmontaron rápidamente y rodearon a su jefe, apartando a Eskkar, pero enseguida volvieron a montar. Uno de ellos se dirigió a él.

—Mesilim está agonizando. Pero nos ordenó obedecerte hasta que Subutai decida.

—Revisad todos los animales. Nadie debe escapar colgado de la panza de un caballo. Envía cinco hombres a vigilar la entrada norte y diles que permanezcan allí sin abandonar su puesto bajo ningún concepto. Asegúrate de que todos los Alur Meriki estén muertos. Atraviesa a cada uno de ellos con una lanza.

Dirigió su mirada hacia el centro del valle y pudo ver cómo los bárbaros, en retirada, recibían una nueva sorpresa. Gatus había adelantado a sus hombres al inicio de la batalla y ahora sus soldados estaban doscientos pasos más cerca. Cuando Hamati, a su vez, ordenó a sus hombres que avanzaran cincuenta pasos, los bárbaros se encontraron bajo una lluvia de flechas en dos direcciones.

No podían aproximarse más. De hacerlo, estarían en la zona más amplia y la formación se abriría demasiado. Sin embargo, comenzaron a volar flechas desde los dos lados del valle, elevándose hacia lo alto antes de caer sobre el enemigo.

Eskkar alcanzó a ver al jefe de los Alur Meriki. Había sobrevivido al ataque de Mesilim, pero parecía herido. Hizo un cálculo rápido: quedaban vivos sólo veinte bárbaros. Gatus volvió a avanzar otros cincuenta pasos antes de formar una nueva línea.

Los caballos y jinetes Alur Meriki continuaban siendo abatidos, heridos de muerte por aquellas flechas con punta de bronce lanzadas desde una gran distancia. Su jefe no tenía suficientes hombres para romper la formación por ninguno de sus lados. Dio una nueva orden y sus hombres salieron en dirección a la ladera occidental.

Comenzaron a trepar por la escarpada pendiente, a pie, arrastrando a sus monturas cuesta arriba. En aquel momento, los Ur-Nammu atacaron por ambos lados, esquivando las flechas de los soldados que volaban sobre sus cabezas y hacían blanco en los fugitivos.

El capitán vio cómo los caballos resbalaban y caían, relinchando de dolor, pero, a pesar de las bajas causadas por las flechas, los Alur Meriki continuaron ascendiendo, luchando contra la pendiente rocosa mientras intentaban escapar. Sin embargo, cuando el primer hombre llegó a la cima, cuatro Ur-Nammu alcanzaron el borde del precipicio y comenzaron a lanzar sus flechas hacia los que intentaban subir.

Aquéllos eran los hombres de Subutai, junto a dos muchachos que habían cabalgado con ellos. Había enviado a tres hombres y a un muchacho al lado oeste, y a dos hombres y otro muchacho al este, para evitar que alguno de los Alur Meriki tratara de huir. Les había llevado todo ese tiempo llegar a su puesto, pero lo habían hecho en el instante preciso para tomar parte en la matanza.

Los pocos Alur Meriki que sobrevivían estaban indefensos. Si soltaban a sus caballos, éstos se escaparían. No podían disparar flechas con una sola mano. En poco tiempo, todos estarían muertos o agonizando, tanto por las heridas de flecha disparadas a corta distancia desde la cima del acantilado, como por la oleada de flechas de Subutai y sus hombres al pie de la ladera. Los Ur-Nammu se habían congregado en la colina para terminar la carnicería. Algunos de ellos se burlaban de los caídos mientras les disparaban sus flechas.

Uno de los soldados logró detener a uno de los caballos y se lo acercó a su capitán. Eskkar montó sobre el asustado animal. Una vez que pudo controlarlo, cabalgó hacia el interior del valle y llegó hasta donde estaban los Ur-Nammu justo cuando el último cadáver caía rodando cuesta abajo, empujado por uno de los hombres que descendía.

Subutai, con sangre en los labios y mirada triunfante, parecía estar ileso. Sus hombres, entusiasmados, lanzaban sus gritos de guerra. Vio a Eskkar. Sus ojos se abrieron desmesuradamente al ver que su padre no lo acompañaba.

—Tu padre se está muriendo. —Eskkar no encontró otro modo de anunciar las malas noticias.

Subutai lanzó un grito de furia y frustración pero no dijo nada. Eskkar no podía esperar.

—Tenemos que revisar todos los cuerpos, asegurarnos de que ninguno se esté haciendo el muerto o se oculte entre las rocas. Tenemos que contarlos, ¿entiendes?

El joven tardó un momento en responder, intentando controlar la ira que asomaba a su rostro.

—Llévame junto a él.

Antes de alejarse a caballo por la ladera, dio instrucciones a sus hombres.

Cabalgaron hacia el lugar donde los guerreros Ur-Nammu atendían a su jefe. Mesilim yacía inmóvil, muerto o inconsciente. Eskkar los dejó solos y fue a asegurarse de que Jalen y Hamati hubieran cerrado la entrada al valle y contaran a los muertos. Después se dirigió al encuentro de Gatus, que siguiendo las órdenes se había retirado hacia el extremo sur del valle.

—Gatus, vigila la entrada y mantén a los hombres alerta a lo largo de las paredes del desfiladero.

El viejo soldado se ocuparía de los detalles, así que Eskkar hizo girar a su caballo y volvió junto a Mesilim. Al desmontar, se dio cuenta de que seguía empuñando su espada; no se había preocupado de enfundarla y, sin haberla usado, la había llevado de un lugar a otro.

El jefe de los Ur-Nammu había muerto. Eskkar permaneció de pie al lado del cuerpo y dirigió plegarias a los dioses por el alma del guerrero. Cuando hubo terminado, hizo una inclinación de respeto a Subutai y dejó que los guerreros realizaran los rituales funerarios. Tenía suficiente trabajo por delante.

Comenzó con los cadáveres de los Alur Meriki. Transcurrió algún tiempo hasta que el capitán se dio por satisfecho, y sólo después de haber contado los cadáveres personalmente. Ignoró los números proporcionados por Jalen y Gatus y exigió que todos los cuerpos fueran llevados al mismo lugar para asegurarse de que los setenta y tres Alur Meriki estaban realmente muertos. Había comenzado a caer la noche y los hombres encendieron una hoguera. Cuando Eskkar se sentó cerca de las llamas se dio cuenta de que estaba exhausto, como si hubiera estado peleando todo el día, aunque no había levantado su espada ni siquiera una vez.

Alguien le acercó un odre de vino robado de la granja y bebió agradecido, sin preocuparse, por una vez, de si había suficiente o no para que bebieran todos.

Gatus había perdido sólo tres hombres y dos más estaban heridos. Los soldados de Eskkar habían sufrido más bajas, cinco muertos y cuatro heridos, pero sólo uno o dos estaba grave y podría morir. Los pesados escudos que habían transportado entre protestas sin duda habían salvado muchas vidas y evitado heridas.

Cuatro de los Ur-Nammu habían muerto y dos habían resultado heridos cuando Mesilim cargó contra los bárbaros. Era una victoria increíble, setenta y tres enemigos muertos contra doce de los suyos únicamente. Eskkar jamás había oído hablar de una batalla semejante, en la que un grupo fuerte y poderoso podía ser derrotado con tanta facilidad y tan pocas bajas.

Habitualmente, en un combate la balanza se inclinaba a favor del grupo que poseía mayor número de combatientes, a menos que los oponentes estuvieran mejor entrenados, mejor armados o más descansados. En este caso, la batalla había sido planeada hacía semanas. Los detalles de la emboscada habían sido elaborados cuidadosamente. Eskkar decidió que podrían obtener victorias similares actuando de

una forma semejante y preparándola con atención, al igual que habían planeado la defensa de Orak. Meditaría más adelante sobre todo ello.

Dejó el odre de vino en el suelo. Los soldados empezaron a reunirse a su alrededor. Los que estaban más cerca del fuego se sentaron, el resto permaneció de pie. Casi noventa hombres esperaban pacientemente a que él hablara.

Algunos murmuraban entre sí, pero la mayoría guardaba silencio. Todos lo miraban y en sus ojos se percibía admiración. Le llevó un instante darse cuenta. Las palabras de Trella volvieron a su memoria. *Primero los hombres, Eskkar, asegúrate su lealtad. Recuerda que te hacen mucha falta.* Algo tenía que decirles.

Se levantó. Los murmullos cesaron de inmediato y todas las miradas se posaron en él. Respiró hondo y levantó la voz.

—Hoy hemos derrotado a los bárbaros en la batalla. Pero éste no ha sido un enfrentamiento cualquiera en las colinas. Teníamos que matarlos a todos. Bien, hoy habéis acabado con setenta y tres bárbaros, mientras que nosotros hemos perdido solamente a doce hombres. Para ganar habéis tenido que obedecer las órdenes con exactitud y pelear con coraje. Tuvisteis que trabajar en equipo para protegeros. Lo habéis hecho muy bien, y además habéis demostrado que podemos derrotar al enemigo con arcos y flechas. Ahora no contarán con una fuerza en nuestra retaguardia cuando lleguen a Orak, y podremos derrotarlos del mismo modo que hemos hecho aquí. Hoy la gloria es vuestra. Yo no he hecho nada, excepto ser adelantado por mis soldados a causa de mi lentitud. He corrido como una gallina vieja. —Sus hombres rieron, algunos comentaron que estaba envejeciendo. Alzó la mano y señaló hacia la otra hoguera, a cincuenta pasos, en donde los Ur-Nammu estaban sentados en silencio, mirando cómo Eskkar hablaba a los suyos—. Pero no quiero que olvidéis que nuestra fortuna no habría sido favorable sin su apoyo. Algunos de ellos han muerto por ayudarnos, incluido su jefe. Por eso debemos honrarlos como si fuesen nuestros hermanos. —Miró al círculo de hombres a su alrededor. Pudo ver que los ojos de algunos de ellos brillaban por la emoción—. Esta noche muchos hombres se unirán al clan del Halcón. Gatus, Hamati, Jalen... todos pudimos ver a muchos soldados peleando con valor. Pero todos habéis contado con alguien a vuestro lado, y podéis dar cuenta del coraje de vuestro compañero. En primer lugar quiero nombrar a Phrandar, el corredor más veloz y el primero en llegar a la línea de batalla. Se ha ganado una moneda de oro por su velocidad. Estuvo en un extremo de la formación. Yo os pregunto, ¿merece pertenecer al clan del Halcón?

Un grito de aprobación fue la respuesta. Los hombres decían los nombres de otros soldados, hasta que alguno comenzó a aclamarle. «¡Eskkar...! ¡Eskkar...! ¡Eskkar!». Todos se sumaron a la ovación, hasta que las paredes del valle le devolvieron el eco de su nombre. Duró tanto tiempo que el capitán pensó que les explotarían los pulmones. Cuando se tranquilizaron, los soldados siguieron de pie, con sus ojos fijos

en él.

El capitán jamás había sido testigo de semejante homenaje. Aunque había hecho muy poco, le estaban concediendo el mérito de la victoria. Creían completamente en él. Más aún, confiaban en que él los mantendría con vida. Trella tenía razón. Ya no necesitaba luchar para demostrar su valor y para que lo respetaran. Sus soldados aceptaban su liderazgo y lo consideraban capaz de guiarlos en las victorias futuras. Se había ganado su lealtad. Ahora necesitaba reforzarla.

—Soldados de Orak —comenzó—, el clan del Halcón espera a los más valientes entre los valientes. ¡Dadme sus nombres!

Otro clamor se elevó en el cielo nocturno cuando gritaron de nuevo los nombres de sus compañeros, hasta que Gatus se levantó y puso orden. Cuando terminaron, dieciocho hombres más podían llevar el símbolo del Halcón. Y todos juraron que seguirían a Eskkar hasta los infiernos si era preciso.

Finalmente, el capitán se alejó de sus hombres y se acercó a Subutai y a los suyos. Velaban a su jefe en silencio, mientras observaban la celebración de los soldados.

—Subutai —empezó respetuosamente Eskkar—, he venido a ofrecerte mi agradecimiento a ti y a tus hombres. Sin tu ayuda no habríamos logrado esta victoria. También quiero darte mis condolencias por Mesilim. Era un gran guerrero, un hombre valiente que guió a los suyos con sabiduría.

—Honras a mi padre, y te lo agradezco. Murió como había querido siempre, en la batalla. —El muchacho alzó la voz, clara y fuerte, para que todos lo oyeran, la voz de un jefe—. Pero tú también eres un gran jefe, y nos has llevado a una gran victoria. Por ello declaro el Shan Kar de mi padre satisfecho. Nos has dado el Shan Kar y este triunfo, pero ahora ambos han concluido. Volveremos al Norte, de donde hemos venido.

En cuanto Subutai declaró finalizado el Shan Kar, Eskkar supo que los Ur-Nammu no volverían a pelear. Mesilim había acordado una alianza con Eskkar, no su hijo, que no estaba atado por ningún juramento u obligación. No podía contradecir su decisión. Los Ur-Nammu eran muy pocos para luchar. Tendrían suerte de seguir vivos.

—Me alegra que tu Shan Kar haya concluido. Pero la amistad entre nuestros pueblos no terminará. Te debemos mucho, y recordaremos nuestra deuda.

Eskkar le comentó su decisión de regresar a Orak al amanecer. Enterrarían a sus muertos con las primeras luces del alba. Subutai les acompañaría para recoger a las mujeres y a los niños que se habían quedado en el poblado.

Pasaron varias horas antes de que todos se acomodaran para dormir. Eskkar estaba agotado, más por las preocupaciones que por la batalla. Finalmente, se apostaron centinelas y se organizó la guardia. Estaba a punto de envolverse en su manta cuando oyó su nombre. Se volvió y vio que Subutai se acercaba entre los

soldados. Comenzó a levantarse, pero el joven se sentó a su lado.

—Quisiera hablar contigo un momento —susurró en su idioma, aunque el hombre más próximo estaba a más de diez pasos—. Sé que mi padre prometió ayudarte, y lo haría si pudiera. Mis hombres están cansados y necesitamos recuperar nuestras tierras antes de que otro las ocupe. Pero no quiero partir como amigos al amanecer para convertirnos en enemigos al día siguiente.

Eskkar entendió el problema de Subutai.

—No hay deshonor en tu decisión. Tienes que hacer lo mejor para tu gente. Cuando cruces el río hacia el Norte, toda esa tierra es tuya. Nadie de Orak la ha reclamado nunca, y casi nadie la ha visto. No está cultivada, así que para nosotros carece de valor. Mientras no cruces el río, no seremos enemigos.

—Pasará mucho tiempo hasta que seamos lo suficientemente fuertes para cruzar el río.

—Incluso entonces no será necesario. Cuando esta lucha termine, necesitaremos ayuda para vigilar nuestras fronteras y estar sobre aviso de posibles ataques y nuevos enemigos. Podríamos establecer un intercambio contigo para lo que te haga falta; tu gente se beneficiaría.

—Tal vez podamos establecer ese tipo de relación —respondió Subutai—. El comercio en vez de la guerra. Pero primero debo reunir a los míos y volver a las montañas. Algunos de mis guerreros prefieren la idea de atacar a los Alur Meriki tal como habíais discutido mi padre y tú. Ya veremos qué nos deparan las próximas semanas. —Agarró a Eskkar por los hombros—. Partimos como amigos, como mi padre hubiera querido.

El capitán le devolvió el gesto.

—Como amigos nos separamos. Pero tal vez pueda hacer algo más en tu ayuda antes de que te vayas. Pensaré en ello y avisaré a Trella.

Cuando el joven se alejó, Eskkar volvió a dejarse caer sobre la hierba, pensando en sus palabras, «las próximas semanas». El nuevo jefe del clan Ur-Nammu le había anunciado que la aldea tendría que soportar el ataque de Alur Meriki durante bastante tiempo, pasara lo que pasara. Frunció el ceño mientras se abrigaba con su manta.

Trella se había percatado de cómo aquellas gentes podían ayudar a Orak ahora y en el futuro. Y lo que era más importante todavía: había sentido compasión por ellos, los apreciaba más allá de su apariencia guerrera. Lo mismo había hecho con él. No había tenido en cuenta al bárbaro que una vez había sido el hombre al que había sido entregada.

Bar'rack se arrastró hasta el borde del acantilado, espantando los mosquitos que le

daban la bienvenida acribillándolo. Miró a través de un arbusto la entrada del valle. Ésta se encontraba a más de trescientos pasos, pero lo que alcanzó a ver lo mantuvo inmóvil contra el suelo.

Dos jinetes se encontraban en la boca del valle. Ambos llevaban lanzas con estandartes amarillos y arcos cruzados a la espalda. Su postura relajada hizo que Bar'rack apretara los dientes furioso. Sus hermanos del clan habían cabalgado junto a él hacía pocas horas; todavía era visible el claro rastro de los cascos que se extendía desde donde se encontraba hasta el paso de lo que seguramente sería un valle de gran tamaño.

Otro jinete apareció a lo largo de la cima del acantilado. Hizo un gesto con el arco a los otros dos, que le devolvieron el saludo pero no se movieron. Después de pasar un rato examinando el terreno que se extendía a sus pies, el tercer jinete se alejó y desapareció de su vista.

Bar'rack maldijo a los mosquitos que lo picaban, y después a sus hermanos de clan por haberlo dejado atrás, aunque empezaba a pensar que tal vez los dioses le habían salvado la vida. Su caballo había caído en un pozo, rompiéndose la pata y lanzando a su jinete al suelo. Demasiado mareado para subirse a la grupa de otro caballo, lo habían abandonado, ansiosos por acercarse a los Ur-Nammu. Había perdido el conocimiento y cuando se despertó se encontró solo.

Furioso, Bar'rack comenzó a caminar, actividad poco frecuente en él y que normalmente se reducía al trecho que iba de su tienda al caballo. Le había llevado casi dos horas, siguiendo el sinuoso rastro de sus compañeros, llegar a donde estaba. Por suerte, los jinetes no lo habían visto cuando se aproximó.

Transcurrió otra hora, pero no sucedió nada. El jinete había reaparecido en lo alto dos veces durante ese tiempo. Sus movimientos le indicaron a Bar'rack que los Ur-Nammu patrullaban las alturas del valle, así como sus accesos. Sus hermanos Alur Meriki no habían regresado por donde habían entrado, así que o bien habían salido por el otro extremo, en caso de que hubiera una salida, o los habían matado a todos. Esto último le parecía imposible, pero hacía pocas semanas había oído la historia de otros guerreros atrapados y aniquilados por los Ur-Nammu. La peor de las pesadillas. No podía creer que le hubiera sucedido algo así a sus compañeros de clan.

Un puñado de jinetes apareció en la boca del valle, y por un momento creyó que se trataba de sus compañeros. Pero aquéllos no llevaban estandartes, ni lanzas o arcos. Por la forma en que montaban, dedujo que eran comedores de tierra, excepto su jefe. Un guerrero alto, con aspecto de jinete experimentado, hablaba con los dos Ur-Nammu que custodiaban la entrada. El modo en que le respondieron, con respeto y deferencia, le sorprendió. Después el jinete dio media vuelta con su caballo y se adentró de nuevo en el valle, seguido de sus hombres.

Bar'rack había visto suficiente. Puso su cara contra el suelo e intentó pensar. Los

comedores de tierra se habían aliado con los inmundos Ur-Nammu. Y o bien habían eliminado a todos los guerreros Alur Meriki o los habían forzado a ir hacia el Sur. De cualquier modo, él estaba ahora solo. Su responsabilidad hacia su clan era evidente: debía volver a cruzar el Tigris y advertir a los jefes de Alur Meriki.

Por un instante tuvo miedo. Si los Ur-Nammu volvían por aquel camino, tal vez vieran su rastro. Lo perseguirían a dondequiera que fuese hasta atraparlo. Alzó la vista hacia el sol. Quedaban pocas horas de luz. No se atrevió a moverse hasta que cayó la noche. Tendría que viajar en la oscuridad y tratar de alejarse todo lo posible de los Ur-Nammu, que, con seguridad, enviarían patrullas al amanecer.

Tenía que encontrar y robar un caballo en algún sitio, y después reunirse con Thutmose-sin. Se puso boca arriba y se cubrió los ojos con el brazo. Todavía tenía su odre de agua y su arco. Descansaría hasta la noche y luego saldría de su escondite sigilosamente. Con suerte, podía alejarse lo suficiente para escapar de las patrullas.

Sintió que se le llenaban los ojos de lágrimas. Su hermano menor había entrado al galope en aquel valle. Ahora tendría que comunicarle a su madre que había muerto. Lloró de forma incontenible, algo que no podía hacer en presencia de otros guerreros. Pero cuando se tranquilizó, juró venganza a los dioses en nombre de su hermano. Sería su forma de honrarlo. Los comedores de tierra y los Ur-Nammu pagarían la muerte de su hermano.



CAPÍTULO 21

Con las primeras luces del alba, Eskkar despachó a un jinete hacia Orak para llevar noticias de la victoria. También quería que Trella estuviera al tanto de la muerte de Mesilim y del efecto que había tenido en Subutai.

Los hombres pasaron la mañana enterrando a los muertos y cuidando a los heridos. El sol ya estaba alto cuando emprendieron el regreso, pero los largos días de verano les garantizaban algunas horas más de luz.

A los heridos que podían sostenerse se les habían dado caballos, mientras que un grupo de hombres se turnaba para transportar a los tres heridos incapaces de montar. Habían capturado treinta y dos caballos. Eskkar entregó treinta a los Ur-Nammu. El resto de las cabalgaduras de los Alur Meriki habían muerto en la batalla. Cada soldado contaba con su ración de carne de caballo; lo que había quedado de la granja había servido para alimentar el fuego y asar la carne.

Acamparon al oscurecer, y a la mañana siguiente volvieron a emprender la marcha tan pronto como salió el sol. Al comienzo de la tarde ya habían recorrido casi las tres cuartas partes del camino de vuelta y esperaban estar en Orak antes del ocaso. No quería apresurarse, aunque sus hombres caminaban más ligeros al no tener que cargar con los incómodos y pesados escudos.

Tampoco llevaban víveres. Lo que quedaba lo habían terminado con el desayuno. Pero no iban a morir de hambre por saltarse una comida.

El sol había comenzado a caer cuando un jinete apareció sobre la colina, espoleando a un animal agotado hacia la columna de soldados.

Subutai avanzó con Eskkar, aunque sólo diez de sus jinetes lo acompañaban. Los otros se habían quedado en el valle, custodiando a los caballos y descansando. El capitán vio acercarse a aquel hombre, con su caballo cubierto de sudor y extenuado. Detuvo la columna, desmontó, se sentó en el suelo y le indicó al jinete que hiciera lo mismo. El resto de sus hombres, deseosos de escuchar las últimas noticias, se reunió alrededor, olvidando por un momento toda disciplina.

—Capitán, me envía Trella. Pide que te avise de que los bárbaros han sido avistados. —El hombre hizo una pausa para recuperar el aliento—. Una columna importante llegó hace dos días desde el Sur. Contamos más de cien jinetes. Ahora vigilan la aldea.

—¿Ha intentado alguno de ellos cruzar el río? —El agua estaba baja, y un buen nadador quizá no tuviera problema.

—No, capitán. Hay agua en abundancia en las granjas, así que no necesitan el río. Y tampoco querían llamar la atención, pensó Eskkar.

—¿Alguna otra cosa?

—Sí, capitán. La señora Trella llegará en unas horas. Ha cruzado el Tigris conmigo y con las mujeres barbar... las mujeres y los niños que los guerreros dejaron en el poblado. Dijo que quería sacarlos de Orak antes de que el enemigo les impidiera la salida.

¡Trella en camino hacia ellos! Bueno, un grupo pequeño de hombres y mujeres que cruzara el río no levantaría sospechas. No importaba. No correría ningún riesgo en esta orilla.

—¡Gatus! Que los hombres se pongan en marcha y apresuren el paso. No quiero que Trella esté caminando campo a través con un grupo de mujeres. Avanzaremos hasta encontrarnos con ella.

—Capitán, la acompañan cuatro soldados —dijo el mensajero—. Sisuthros quería enviar más, pero ella dijo que llamarían demasiado la atención.

Cuatro o cuarenta serían lo mismo. Eskkar no descansaría hasta verla a salvo de regreso en Orak. Se subió a su caballo y marcó el rumbo a trote rápido, lo cual hizo que sus hombres gruñeran mientras intentaban mantener el ritmo y seguirle el paso.

Una vez más Subutai se le acercó.

—Tal vez debiera adelantarme, Eskkar, para comprobar que Trella está segura.

El capitán pareció considerar su ofrecimiento durante unos instantes.

—No, es mejor que sigas a mi lado. Los hombres que la custodian podrían sorprenderse si ven que se les acercan guerreros.

—Estaría dispuesto a arriesgarme. Podríamos darles aviso, decirles quiénes somos. Nuestras mujeres nos reconocerían.

—Podría ser peligroso. Quédate conmigo. Los alcanzaremos en una hora, o dos a lo sumo.

—Y si mi caballo saliera repentinamente al galope, ¿qué harías?

Por primera vez Eskkar se volvió y miró cuidadosamente al hombre que tenía a su lado. Examinó al nuevo jefe de Ur-Nammu con detenimiento y meditó sus palabras antes de responderle.

—En la aldea, Subutai, muchos hombres miran a Trella con deseo, y estoy seguro de que alguno de ellos me rebanaría el cuello si pensara que eso le ayudaría a

conquistarla. Pero algo así nunca sucedería en Orak. Todo el poblado se alzaría en armas y castigaría a quien quisiera tomarla por la fuerza. —Su voz se endureció—. Pero aquí cualquier hombre con un caballo puede apresar a una cautiva; recuerdo un refrán de mi clan: «No le confíes a ningún hombre tu mujer, sobre todo a tu hermano o a tu amigo». El guerrero que hay en mí ve peligros en todas partes, y no voy a correr ningún riesgo en lo que respecta a su seguridad.

Subutai consideró las palabras de Eskkar.

—No te preocupes. Cabalgaré a tu lado hasta que los encontremos. —Después de un instante añadió—: Aunque creo que has aprendido mucho de tu mujer.

—Ella tiene muchas máximas, tantas que a veces la cabeza me da vueltas. Una de ellas es que siempre hay que intentar ponerse en el lugar del otro para entenderlo desde dentro. A veces no es sencillo, pero con frecuencia es útil para comprender a los demás. Ahora eres el jefe de tu clan. Si has de convertirte en un gran jefe, el tiempo lo dirá. Pero quizá ese consejo te resulte valioso también a ti.

Marcharon en silencio unos cien pasos antes de que Subutai volviera a hablar.

—He pensado en ello. Para mí ha sido una gran tentación. Pero sabía que primero tendría que matarte. Después de todo lo que hiciste por mi gente, me conformo con recibir su sabiduría. Pero no olvides tu instinto. Mantén siempre un ojo vigilante sobre ella.

—Ésa es una lección que ya he aprendido. Ahora hablemos del futuro.

La luna no había salido todavía cuando llegaron a la cima de una pequeña colina y vieron dos antorchas brillando en la lejanía. Momentos después la comitiva de Trella los vio y saludó con las antorchas.

Los hombres gruñeron aliviados cuando vieron al grupo que procedía de Orak. Caminaban sin descanso desde hacía tres horas. El poblado ya estaba cerca, a dos o tres horas a paso lento. Trella no se había alejado mucho. Venía acompañada de las mujeres y niños Ur-Nammu, además de gran cantidad de provisiones.

Eskkar galopó hacia las antorchas tan pronto como las avistó. Desmontó de un salto y la cogió en brazos con tanta fuerza que le quitó el aliento.

—No deberías haber abandonado Orak. Ha sido una temeridad. Podrían haberte atacado por el camino. Todavía no estás recuperada de tu herida.

Ella lo miró bajo la luz de la antorcha.

—Orak está sólo a pocos kilómetros. Pero el paso puede ser bloqueado en cualquier momento. No quería quedarme sola al otro lado del río, lejos de ti.

—Ya hablaremos después de eso. Ahora tenemos que ocuparnos de Subutai. Espero que tengas más influencia con él y sus mujeres de la que tengo yo.

Le contó los pormenores de la batalla en el valle, la muerte de Mesilim y los planes de Subutai. Mientras hablaban, llegó Gatus con sus hombres. Los soldados prepararon una pequeña hoguera y se sentaron en torno a Eskkar y Trella. Bebieron el

agua que les quedaba y descansaron. El capitán contó a su esposa sus impresiones sobre la nueva situación y escuchó con cuidado sus respuestas.

Después enviaron a buscar a Subutai. Estaba con su esposa y su hija, escuchando lo que las mujeres del clan le contaban y examinando las provisiones y regalos que Trella les había dado. Todo sería de gran ayuda para los Ur-Nammu en los próximos meses.

Eskkar hizo que sus guardias se alejaran un poco para poder hacer el círculo más grande, quedando él con Trella en el centro. Entonces Subutai y sus hombres se sumaron a ellos con sus mujeres, aunque aquélla no fuese su costumbre. Pero aquellas circunstancias eran también extraordinarias. Con sólo cinco mujeres para treinta hombres, ellas tendrían mucho que decir sobre sus destinos.

Eskkar observó cómo Subutai miraba a Trella, que se sentó sobre un árbol caído que uno de los soldados había acercado. No sabía cómo lo hacía, pero su esposa aparecía noble y deseable al mismo tiempo, incluso con su sencillo vestido de viaje. Tal vez era el resplandor de la fogata y de las antorchas en su rostro lo que le daba aquel aspecto. Tenía una presencia indiscutible, de la que era consciente y se preocupaba en fomentar.

Cuando los Ur-Nammu tomaron asiento, con sus mujeres detrás de los hombres, Eskkar comenzó a hablar.

—Nuestros dos pueblos han luchado juntos contra el enemigo común, no una vez, sino dos, y en ambas ocasiones ha sido derrotado. Ahora Subutai volverá con los suyos de regreso a sus tierras, al norte del río Enratus. Cuando los Alur Meriki sean vencidos y expulsados de Orak, nuestra gente permanecerá en el Sur. De ese modo, nuestros dos pueblos vivirán en paz. —Le hizo un gesto a Trella—. Trella y yo hemos ofrecido al jefe Subutai nuestra ayuda en todo lo que nos sea posible.

Hizo entonces un gesto al muchacho, que debía hablar a continuación.

—Señora Trella —comenzó Subutai, adoptando todas las formalidades—, te agradecemos la ayuda otorgada a nuestras mujeres e hijos. Nos has hecho muchos regalos de alimentos y vestidos, así como herramientas y medicinas. Nos avergüenza no tener nada para poder corresponderte. Somos muy pocos para luchar contra Alur Meriki. Conocemos tu sabiduría, y por eso mi pueblo te pide consejo.

Eskkar imaginó que Subutai dudaba de que Trella tuviera consejo alguno que ofrecerle. Pero la muchacha había plantado aquella semilla en sus mujeres incluso antes de que dejaran la aldea y sin duda la habían tenido en cuenta en las conversaciones que habría tenido Subutai con su gente hacía unos instantes.

—Somos nosotros los que estamos en deuda contigo, jefe Subutai. —La suave voz de Trella flotó en el aire de la noche como la música de un laúd. No se escuchaba otro sonido en el círculo, salvo el crepitar de las llamas y los susurros de los traductores. Nadie quería perderse el más mínimo detalle de sus palabras—. Sin tu

ayuda no habríamos conseguido la victoria hace dos días y los Alur Meriki contarían con una gran fuerza en la retaguardia de Orak. Pero un gran desafío aparece ahora ante ti: la necesidad de regresar a tu hogar y reconstruir tu pueblo. Es algo que debes hacer rápidamente, o arriesgarte a ser dominado por otro clan. Necesitarás más mujeres para que tus hombres te den hijos, y precisarás herramientas y alimentos antes de poder mantenerte por ti solo. Es posible que Eskkar y yo podamos ayudarte en eso.

Eskkar sonrió por el atolladero en el que Trella había colocado a Subutai. Se había ofrecido a ayudarlo a reconstruir su pueblo, pero él tendría que pedirselo, y esto le haría estar en deuda con ella. Si la rechazaba, alguno de sus hombres comenzarían a dudar de su liderazgo, especialmente si sus ideas eran dignas de tener en cuenta.

Subutai se dio cuenta de la situación rápidamente. Tenía que solicitar ayuda y examinar sus sugerencias con seriedad.

—Señora Trella, si tienes alguna idea de cómo ayudar a mi gente, te pedimos que nos la digas.

—Nada es seguro, jefe Subutai —respondió ella—. Nos enfrentamos a una gran batalla contra tu enemigo, y es posible que no sobrevivamos. Pero si lo hacemos, y si los Alur Meriki son expulsados, las tierras por donde hayan pasado estarán sumidas en el caos y la confusión. Habrá muchos hombres sin amo y sin tierra que no dudarían en matar y destruir lo que quedara de Alur Meriki. Incluso entre los tuyos, habrá muchos clanes de las estepas vagabundeando por estas tierras. Se enfrentarán entre sí y contra los soldados que Orak envíe para proteger a nuestros campesinos y pastores. Ya hay pequeños grupos de gente de las estepas en la orilla oeste del Tigris, rumbo al Norte, tratando de evitar a los Alur Meriki mientras se apoderan de todo lo que encuentran a su paso. —Eskkar vio que Subutai prestaba atención a las palabras de Trella. Hasta ahora no había dicho nada que no supieran—. Si lo deseas —continuó—, podríamos hablar con esos grupos, o ir tú mismo hacia el Sur a su encuentro, y reunirlos en un nuevo clan, en tu tierra, con una tregua entre tu gente y los hombres de los poblados y granjas. Con suministros y mercancías de Orak para comerciar, la vida en las tierras del Norte podría ser más fácil. Orak te proporcionaría oro, y tú sólo tendrías que vigilar las montañas y avisarnos de cualquier peligro. Podrías cambiar la información por lo que necesitaras. Todo lo que te pedimos es que no ataques las tierras al sur del Enratus.

Eskkar vio que Subutai lo estaba considerando, del mismo modo que lo había hecho él cuando Trella se lo propuso. La confusión generada por Alur Meriki había dado lugar a muchos grupos de hombres sin hogar. Si reunía a todos esos grupos dispersos en un solo clan, tal vez pudiera reconstruir la tribu en meses en lugar de en años.

—Aun así necesitaríamos mujeres como esposas para nuestros hombres, señora

Trella. No será fácil encontrarlas, y sin ellas Ur-Nammu se vería disminuido.

—Mi esposo te ha dicho el modo en que podrías obtener muchas mujeres, capturándolas a Alur Meriki cuando se intensifique su ataque contra nosotros. Estarán ocupados y desprevenidos, por lo que no tendrás problema en apresar todas las que quieras.

—Aunque Alur Meriki sea derrotado al pie de tu muralla, perseguirá al que se atreva a raptar a sus mujeres. —Subutai hablaba con seguridad. Sin duda había pensado mucho en un ataque semejante. Su padre podía haber estado dispuesto a arriesgarse, con tal de llevar muerte y vergüenza a Alur Meriki, pero él no—. Si nos sobrecargáramos de cautivos, nos alcanzarían rápidamente y nos aniquilarían.

Eskkar tomó la palabra.

—Subutai, con un buen plan pueden conseguirse muchas cosas. Hemos visto con qué facilidad Alur Meriki puede ser derrotado cuando todo está planificado por adelantado. Ahora tienes muchos caballos, más de los que te hacen falta, incluso más de los que puedas conducir sin problemas de regreso a las montañas. El ataque podría limitarse a capturar a las mujeres y subirlas a los caballos. Si se planea con cuidado, podrías tener cuerdas preparadas para atar a las mujeres a los caballos y antorchas para quemar todo lo posible en el campamento. Si tus hombres no pierden tiempo luchando, podrías escapar de inmediato. Tendrías caballos suficientes para cabalgar hasta agotarlos porque tienes monturas de repuesto; Alur Meriki te perseguiría con animales cansados. Cuando cambiaras a un segundo grupo de caballos, se quedarían muy rezagados, corriendo el peligro de quedar separados del grupo principal de la tribu. Tendrían que regresar, y los pocos que continuaran podrías vencerlos y matarlos con facilidad.

Algunos hombres no dejarían nunca de perseguirlos. Serían aquellos para quienes sus mujeres o hijas fueran importantes. Pero la mayoría regresaría al ver que no había una posibilidad de venganza rápida o de saqueo. Habría suficientes viudas en el campamento principal después de la batalla de Orak. Y serían más fáciles de conseguir que perseguir a un grupo de audaces Ur-Nammu hacia el Norte.

—Un ataque planeado tan cuidadosamente sería poco arriesgado y tendría buenas posibilidades de éxito —insistió Trella—. Y un jefe inteligente consideraría a las nuevas mujeres como esposas, no como esclavas. Si fueran tratadas mejor que cuando estaban con los Alur Meriki, pronto secarían sus lágrimas y verían con admiración a sus nuevos esposos. —Se dirigió a las mujeres—. Para que vuestro clan sobreviva, tendríais que aceptar a estas nuevas cautivas como iguales, no como concubinas, y tratarlas amistosamente, no a golpes. De este modo, sus hijos y los vuestros crecerían como hermanos.

El fuego se había extinguido. Nadie se molestó en avivarlo, por lo que Eskkar cogió unos leños y los echó sobre las brasas. Otros hicieron lo mismo, y durante un

momento todos se concentraron en la hoguera, lo que le dio a Subutai tiempo para pensar. Cuando Eskkar volvió a sentarse, todos guardaron silencio de nuevo.

—Me habéis dado mucho en que pensar —dijo cauto Subutai—. Y como pago a vuestra ayuda, ¿sólo pides que atacemos a Alur Meriki cuando la batalla alcance su máxima intensidad?

—Sí —respondió Eskkar, un tanto apresuradamente, por lo que luego tardó un tiempo en proseguir—. Es posible que tu ayuda no sea necesaria para derrotarlos, o que ellos nos destruyan. Pero en el punto culminante del combate, tu ofensiva puede suponer una distracción y provocar un cambio de rumbo.

Subutai respiró hondo y apretó los labios.

—Tenía la esperanza de que hubiéramos abandonado la lucha durante un tiempo. Ahora tenemos que decidir si hemos de arriesgarnos en otra batalla.

—Jefe Subutai, nosotros también tenemos una batalla más que emprender —respondió Eskkar—. Pero siempre habrá una por delante. Cada estación nos trae nuevos desafíos. Lo importante es tener presente qué combates harán crecer a tu pueblo y cuáles son los que no proporcionan ganancia alguna, sino que acrecientan el odio.

Aunque fue el capitán quien se expresó así, las ideas eran de Trella. Habían hablado muchas veces acerca del futuro, de cuando Alur Meriki fuera derrotado.

Subutai se puso de pie e hizo una reverencia. Su gente hizo lo mismo.

—Me pides que cambie las costumbres de mi pueblo, y eso no es fácil de conseguir. Pero consideraremos tus palabras.

Se retiró al lugar en el que estaban reunidos los suyos, seguido de sus guerreros y sus mujeres. Al poco rato, encendieron una pequeña hoguera y se congregaron a su alrededor.

—¿Crees que aceptará? —preguntó Eskkar a Trella en un susurro mientras le pasaba un brazo por los hombros.

—Oh, sí. No tiene alternativa. Las mujeres se lo harán ver. Saben que si la tribu no prospera, pronto estarán muertas o cautivas. Y quieren las cosas que pueden conseguir en Orak para que sus vidas sean más placenteras.

Apoyó la cabeza en el hombro de Eskkar.

—Me enfadé cuando supe que habías dejado Orak —murmuró él—. Pero ahora estoy contento de que hayas venido. Había intentado convencer a Subutai pero no había encontrado la forma de hacerlo. Aunque conseguí que cambiara de idea respecto a convertirte en su cautiva. —Sonrió ante el gesto de confusión de Trella—. No te preocupes. Te lo contaré todo cuando lleguemos a casa. Ahora descansa. Partimos para Orak y para la gran batalla dentro de una hora.

Dos horas después de la medianoche, Eskkar y Trella descendían de la barcaza en la orilla este del Tigris. Al bajar, un grupo de barqueros y soldados comenzó a tirar de las sogas, enviándola de vuelta al lado opuesto. El ruido que hacían a causa del esfuerzo resonaba sobre las aguas, que amplificaban hasta el más leve sonido.

Pero no podían hacer nada por evitarlo. Y serían necesarios cuatro viajes más para trasladarlos a todos, incluidos los caballos, de regreso a Orak. Así que sus hombres correrían peligro algunas horas más.

Sisuthros esperaba ansioso en el embarcadero. Una expresión de alivio se reflejó en su rostro al verlos sanos y salvos. Una vez en el poblado, Eskkar, Trella y Sisuthros se dirigieron rápidamente hacia la casa. En la estancia de trabajo de Eskkar los esperaban Corio y Nicar. En la mesa habían servido una cena fría, agua y vino; dos lámparas iluminaban la habitación.

—Por Ishtar que nos alegra volver a veros —comenzó excitadamente Sisuthros—. A los pobladores casi les entra el pánico por la ausencia de ambos. Un día más y la mitad hubiera tratado de cruzar el río para ir a vuestro encuentro.

—¿Han llegado los bárbaros? —preguntó Eskkar mientras agarraba una pata de pollo y le daba un mordisco.

—Sí, el gran grupo que arrasó el territorio sur llegó hace dos días. Nuestros exploradores tuvieron que regresar apresuradamente. Ahora están acampados a unos tres kilómetros, en la granja del viejo Gudea y sus hijos. Él y su familia están furiosos de que hayan elegido su casa. Desde la muralla llegamos a ver a unos cien hombres, pero hay por lo menos el doble.

—¿Y el grupo principal? ¿Hay alguna novedad?

—Nada en los últimos días, pero no deben de estar demasiado lejos. Ahora estamos encerrados aquí. No hemos enviado patrullas hacia el Norte desde tu partida. Es posible que la fuerza principal se instale a unos kilómetros de aquí en dos o tres días. —La tensión en su voz era palpable—. ¿Habéis ganado la batalla?

—Arrasamos. Perdimos sólo ocho hombres, aunque uno de los heridos murió en el viaje de regreso. Pero los setenta y tres bárbaros fueron aniquilados, y los caballos que sobrevivieron se los dimos a los Ur-Nammu. Pasará por lo menos una semana, tal vez más, hasta que los Alur Meriki empiecen a preguntarse dónde están los guerreros que enviaron al otro lado del Tigris. —Eskkar sonrió amargamente—. Ahora contamos con noventa y nueve veteranos más para apostar en la muralla, hombres que saben que los bárbaros pueden ser derrotados.

—¿Y los Ur-Nammu? —preguntó Corio—. ¿Nos ayudarán en el combate?

Eskkar se encogió de hombros.

—No estoy seguro. Su jefe murió en la batalla y su hijo es quien toma las decisiones ahora. Pero Trella hizo lo posible por convencerlo. Puede que nos presten algo de apoyo.

—No queríamos que Trella saliera a vuestro encuentro —dijo Nicar, mirando a la muchacha mientras hablaba—. Sabíamos que te enfurecerías. Pero insistió y no hubo nada que pudiéramos hacer para impedirselo.

—Ahora ya no importa, puesto que ambos han regresado a salvo —replicó Corio—. Hay que prepararse para el primer ataque. ¿Cuándo crees que lo harán?

—Tan pronto como llegue su jefe —respondió Eskkar—. Querrá ver el primer combate, y probablemente acompañará a sus guerreros en la ofensiva. Pero no dejará el campamento principal desprotegido. Así que mañana o pasado nos atacarán.

Nicar se levantó.

—Debemos dejarles que duerman un poco. Están cansados y necesitan recuperarse.

Los demás asintieron, dieron las buenas noches y se fueron a sus camas en busca de unas pocas horas de sueño. Eskkar los acompañó a la salida. Cuando se fueron, volvió al cuarto de trabajo y encontró a Trella sentada a la mesa. Había apagado una de las lámparas para ahorrar aceite.

—¿No estás cansada? —Se sentó a su lado—. ¿Hay algo que desees comentar?

—Todo está a punto de comenzar. —Hablaba en voz baja, con la mirada fija en la mesa—. Quiero decir, todo lo que hemos planeado, edificado y entrenado... todo eso ha terminado. Ahora comenzará el combate.

Tardó un momento en comprender sus palabras.

—Sí, así es la guerra. Todos los preliminares han concluido, y ahora la suerte o los dioses deciden tu destino. Nos hemos preparado lo mejor que hemos podido. Ahora las espadas y las flechas decidirán si vivimos o morimos. Todas nuestras decisiones y opciones estarán a la vista de todos.

La muchacha se dirigió hacia Eskkar.

—¡No temes al mañana! ¿Por qué, de repente, tengo miedo? Hasta ahora no estaba asustada.

—Todos los hombres tienen miedo en su primera batalla, Trella. Cuando esperábamos a los Alur Meriki allá en el valle, el miedo era tan espeso que estaba seguro de que nos podían oler a trescientos pasos de distancia. A los hombres les castañeteaban los dientes y les temblaban las manos. Pero cuando comienza el combate, no hay lugar para el miedo. Ésta es tu primera batalla. No te preocupes por esos pensamientos. —La noche anterior a un combate, todo hombre debía enfrentarse a sus temores. Algunos temían el golpe de la espada, otros las flechas o las lanzas, y la mayoría estaban preocupados por su propio valor. Se dio cuenta de que una mujer podía tener los mismos sentimientos—. De todos modos, ahora no tenemos escapatoria posible.

—¿Y la muerte? ¡Mañana por la noche podríamos estar muertos!

Aquello era más probable de lo que imaginaba. La atrajo hacia sí desde la silla a

su regazo, abrazándola mientras ella le rodeaba el cuello con los brazos con todas sus fuerzas.

—Todos los hombres temen a la muerte, pero yo he peleado toda mi vida, y debería haber muerto ya muchas veces. Ahora sólo temo perderte. —La besó en el cabello y en el cuello, y luego hizo que le mirara—. Cuando estabas sentada en el fuego frente a Subutai, parecías y hablabas como una diosa bajada del cielo. Todos los hombres del campamento me envidiaron cuando me acosté a tu lado a descansar, y estoy seguro de que muchos hubieran querido estar en mi lugar, con sus manos sobre tu cuerpo.

Volvió a besarla y esta vez ella le correspondió, aunque las lágrimas le rodaban por las mejillas y el cuerpo le temblaba al intentar contenerlas.

—Yo sólo soy una niña asustada, que pretende ser sabia, porque eso es lo que necesita la gente. Ahora todo lo que quiero es que me lleves lejos, a algún lugar donde no haya cinco mil bárbaros que quieran matarnos.

Le sonrió.

—No, ya es tarde. Quizá antes podríamos haberlo hecho. Pero yo no quiero hacerlo. Tú eres inteligente y te preocupas por mucha gente, y mereces algo más que la dura vida de la mujer de un soldado. Aquí eres... serás... una reina en Orak, y todos los hombres conocerán tu sabiduría y tu belleza.

Trella se acomodó en su regazo mientras intentaba abrazarlo aún más fuerte; de pronto él se sintió excitado ante su contacto, por el calor de su cuerpo o por el temor a la posibilidad de morir al día siguiente.

La cogió en brazos y la llevó hasta la habitación a oscuras.

—Ahora necesito que me ames, que me des fuerza para los días que se avecinan.

La sentó en la cama y la ayudó a quitarse el vestido, ya que parecía demasiado débil para hacerlo por sí sola, y luego la recostó cuidadosamente. Cuando se deslizó bajo las sábanas, ella se acercó a sus brazos y hundió el rostro en su cuello, por lo que apenas pudo oír sus palabras.

—Dame tu fuerza, Eskkar, y seré fuerte para ti siempre.



CAPÍTULO 22

Sobresaltado, Eskkar se despertó solo en la cama con el sol de la mañana entrando a raudales en la habitación. Se sentó y cayó en la cuenta de que había dormido al menos una hora más tras la salida del sol. Le había pedido a Trella que lo despertara antes del amanecer. Dos horas perdidas.

La casa le pareció extrañamente tranquila mientras se vestía apresuradamente. Su lugar de trabajo estaba vacío y la puerta cerrada. Cuando la abrió, el susurro de unas voces y el olor de carne asada subió desde el piso inferior. Bajó las escaleras de dos en dos. Al pie de la misma se encontró con Gatus saliendo de la cocina, vestido para la batalla, con un pedazo de pollo en la mano.

—Buenos días, capitán. Iba a despertarte. —Antes de que Eskkar pudiera decir nada, continuó—. Decidimos dejarte dormir un poco más. Todos los hombres están apostados en la muralla y sólo hay unos pocos bárbaros que nos miran desde las colinas. —Frunció el ceño—. Tal vez quieras bañarte antes de comer. Todavía hueles a caballo.

—¿Dónde está Trella?

¿Por qué no lo había despertado? Los bárbaros podían haber atacado al amanecer.

—En donde se supone que tiene que estar, con las mujeres. —Gatus dio otro mordisco a la pata de pollo—. Está buena. Me parece que iba a ser tu desayuno.

Eskkar maldijo al sonriente soldado y entró en la cocina. La mujer de Bantor se encontraba allí, atizando el fuego, con su desayuno preparado. A medio camino hacia la mesa, decidió que Gatus tenía razón.

—No me sirvas todavía la comida, Annok-sur.

Salió y fue hacia el pozo, se quitó la túnica y la utilizó para asearse. Llegó entonces un sirviente y sacó varios baldes de agua, hasta que Eskkar se sintió limpio. Al acabar se ató la túnica mojada alrededor de la cintura, volvió a su cuarto y se vistió, esta vez para la batalla.

Lo hizo cuidadosamente, ajustándose la ropa interior a su cuerpo y poniéndose

por encima una túnica de lino limpia. Se ató las sandalias que Trella le había comprado el primer día, asegurándose de que las correas de cuero estuvieran firmemente atadas a sus pantorrillas.

Un sirviente entró en el dormitorio con un grueso chaleco de cuero en la mano. Le colocó un protector, también de cuero, en el antebrazo derecho y otro más pequeño en el brazo. Se ajustó la espada a la cintura y el cuchillo, casi tan largo como la espada corta de sus soldados, en el cinto. Por último, el sirviente le ofreció un casco de bronce, para proteger su cabeza, pero él lo rechazó con un gesto.

—Déjalo, hace demasiado calor.

Le dio las gracias al sirviente y volvió a la cocina. Devoró los restos del pollo, desmenuzándolo entre sus dedos y comiéndolo entre tragos de agua y pedazos de pan.

—Tráeme sal, Annok-sur.

Ella le acercó un cuenco con los cristales granulados.

Cuando los hombres luchaban o trabajaban bajo los rayos del sol, se sentían mejor si tomaban un poco de sal, aunque nadie sabía la razón.

Tragó un puñado de la amarga sustancia y luego se bebió el resto del agua.

—Buena suerte en el día de hoy, capitán —le deseó Annok-sur mientras se limpiaba las manos con un trapo y le acompañaba a la puerta.

Ella tendría mucho trabajo que hacer.

—Buena suerte para ti y Bantor.

Eskkar se giró y se detuvo tan repentinamente que Annok-sur tropezó con él.

—Y gracias a los dos por todo lo que habéis hecho por Trella. Bantor es un hombre afortunado por tener una mujer tan buena, pero no le comentes que yo te lo dije.

Se rió y le tocó el hombro.

—Hay muchas cosas que no le digo a Bantor, capitán.

Mientras salía al sol, Eskkar se preguntó cuáles serían las cosas que Trella tampoco le contaba a él. Sus hombres habían convertido el patio en un puesto de mando. Gatus estaba sentado en la mesa principal con Jalen y otros soldados. Una docena de jóvenes mensajeros esperaba en un rincón, con cintas rojas atadas en su brazo, para que los soldados los reconocieran y los dejaran pasar.

Los escribas se mezclaban con los encargados de coordinar las defensas. Nicar y los otros miembros de las Familias estaban en una segunda mesa, ocupándose de sus respectivas tareas y con sus asistentes personales. El amplio patio se quedaba pequeño para albergar a los responsables de la defensa de Orak.

Eskkar se dirigió hacia la mesa principal.

—Todos los hombres están en sus puestos, capitán —dijo Gatus formalmente—. Bantor y Sisuthros se encuentran en la puerta, con Corio y su hijo mayor. Jalen está

inspeccionando la puerta posterior. Maldar dirigirá a los hombres apostados junto al río, y yo me haré cargo de los de la muralla norte. Hamati y Alexar se encargarán de la ofensiva en los muros este y oeste. Todos los hombres han recibido comida y los baldes de agua están llenos. Se les han repetido las instrucciones cientos de veces, aunque estoy seguro de que las olvidarán tan pronto como los primeros bárbaros se aproximen a la muralla.

En pocas palabras, Gatus le había presentado a Eskkar toda la información que necesitaba y al mismo tiempo le había hecho saber que todo estaba en orden.

—Entonces podía haberme quedado en la cama más tiempo. A lo mejor, podrías haberme llamado una vez que hubiera terminado la batalla.

—Pasarán horas antes de que ataquen, tal vez días —sugirió razonablemente Gatus—. Primero intentarán asustarnos con su presencia. —Miró fijamente a su jefe—. Ahora es el momento de pasar revista a los hombres y decirles algo.

Lo que significa que es mejor que me ponga a trabajar..

—Entonces empecemos.

Con Jalen y Maldar a la zaga, caminaron por la calle, donde más mensajeros esperaban apoyados contra el muro. Lo ovacionaron al verlo y Eskkar les sonrió. Otra sorpresa lo aguardaba. Cuatro miembros del clan del Halcón, incluidos a dos de los más recientes, le estaban esperando.

—De ahora en adelante, éstos serán tus guardaespaldas —explicó Gatus—. Estos cuatro brutos son los más inútiles del clan del Halcón, por lo que te los hemos asignado para que te protejan. Si se mantienen sobrios, quizá te resulten de alguna utilidad.

Todos eran más altos que la media, y dos de ellos tenían menos de veinte estaciones, pero poseían fuertes músculos. Parecían capaces de masticar piedras en el desayuno, pero sonrieron ante el elogio disimulado de Gatus. Llevaban una armadura de cuero y el emblema del Halcón grabado en el pecho. Eskkar estaba a punto de protestar, pero su lugarteniente lo interrumpió.

—Ahórrate el aliento. Tienen orden de mantenerte vivo. Así que no intentes ordenarles que se alejen ni asumas riesgos innecesarios. No te lo permitirán.

Y comenzó a caminar, sin esperar respuesta, Eskkar sacudió la cabeza y siguió andando a su lado. Vio poca gente en la habitualmente tumultuosa calle, y la mayoría lo saludaba con gestos nerviosos. En la puerta principal, las últimas viviendas situadas detrás de la estructura habían sido derribadas, dejando un espacio abierto de unos cincuenta pasos de largo. La abertura se estrechaba hacia ambos lados de la muralla, pero había por lo menos veinte pasos de la pared al edificio más cercano para que los hombres y los materiales pudieran circular con facilidad de un lado a otro.

Inspeccionó la puerta. Cuatro grandes troncos la flanqueaban, dos a cada lado,

enterrados en profundos pozos y reforzados con piedras. En lo alto, pequeños conductos de madera estaban colocados a lo largo de la abertura, ya llenos de agua. Bajo los canales se había dispuesto una pasarela para que los soldados pudieran vaciar el contenido de los mismos para apagar el fuego si era necesario.

Esta plataforma también podía albergar a una docena de arqueros, que podían lanzar sus flechas a través de aberturas hechas en la puerta. Debajo de ella se había colocado otra plataforma, más ancha y sólida, frente a más hendiduras para los defensores. La superficie exterior de la estructura, endurecida por el fuego, tardaría en incendiarse, pero Eskkar sabía que no había madera que no pudiera ser quemada. Un grupo de mujeres esperaba en las cercanías, preparadas para llenar las canaletas con baldes de agua cuando fuera preciso.

A cada lado se alzaba una torre cuadrada, de aspecto tosco, con sus piedras sin pulir y ladrillos de barro. Sobresalía por encima de la muralla y de la puerta, lo que permitía a los arqueros disparar a todo aquel que se colocara directamente debajo.

Alcinor, el hijo mayor de Corio, vio a Eskkar acercarse y lo saludó. Un griterío generalizado se desató cuando pobladores y soldados lo reconocieron. El capitán ya sabía que su incursión al otro lado del río había tenido muy preocupados a los habitantes de Orak. Su vuelta y su nueva victoria proporcionaron a la multitud un motivo de alegría.

Aunque siempre le resultaba extraño que lo ovacionaran simplemente al verlo. Todavía no sabía cómo reaccionar ante aquellas muestras de gratitud.

—Capitán, qué alegría verte de vuelta —dijo Alcinor con una sonrisa y haciendo una reverencia—, y mis felicitaciones. Me han dicho que mataste a todos los bárbaros con facilidad.

Eskkar sonrió con cierta amargura al comprender que sus soldados no podían dejar de vanagloriarse por la victoria. Ahora todos creerían que derrotar a los bárbaros sería sencillo.

—Saludos, Alcinor. —Mantuvo la voz dura y firme—. No hables de victorias fáciles. No obtendremos ninguna ante Alur Meriki.

La sonrisa de Alcinor se desvaneció y los ojos del joven se abrieron avergonzados.

—Lo siento... no quise faltarte al respeto... yo...

—Ya basta. Sé lo que has querido decir. ¿Está todo como planeaste?

Malditos sean los dioses, no había querido aterrorizar al joven.

Alcinor intentó recuperarse de su error.

—Humm... sí, por supuesto. Hemos preparado todo como Sisuthros ordenó. Nosotros...

—Has hecho bien, entonces —lo interrumpió Eskkar, intentando minimizar el efecto de sus primeras palabras—. Tu puerta será uno de los principales puntos de

ataque, así que tendrás que ayudar a los soldados a mantenerla firme. Si necesitas algo...

Sisuthros los llamó desde la parte superior de la torre izquierda.

—Capitán, hay movimientos en la colina.

Eskkar y sus guardias se dirigieron rápidamente hacia la torre, subiendo con cuidado en la oscuridad por los estrechos escalones que rodeaban la pared. Bantor se acercó desde la otra torre. Los soldados allí estacionados dieron un paso atrás para que sus jefes pudieran observar mejor.

El capitán soltó un gruñido cuando miró a la lejanía. Los bárbaros examinaban la aldea y sus defensas desde la misma colina donde, meses antes, había considerado por primera vez la defensa de Orak. Desde allí podían verla casi en su totalidad y también las tierras colindantes, ahora inundadas, excepto el camino principal.

—Hasta hace un momento ahí había sólo unos diez o doce jinetes —le informó Sisuthros—. Ahora veo algunos estandartes.

Eskkar contó tan rápido como pudo, usando los dedos para ayudarse y casi sin mover los labios.

—Ahora hay por lo menos cuarenta, y tres son jefes de clan. —Las lanzas más largas con los símbolos de Alur Meriki también llevaban los emblemas de cada uno de ellos. La distancia era muy grande para distinguir los detalles, pero los estandartes se veían con suficiente claridad—. Otro grupo se ha unido con los dos que procedían del Sur —comentó, y luego se maldijo a sí mismo por explicar lo evidente.

—¿Del campamento principal o de otro grupo? —preguntó Gatus.

—Probablemente del campamento principal —estimó Eskkar—. Pero el estandarte del gran jefe no está, al menos aún. Lo reconoceréis en cuanto lo veáis.

El tercer jefe y sus hombres formaban, seguramente, una avanzadilla de la fuerza principal, enviada para encontrarse con los demás y comenzar a planear el ataque. Esto podía significar que el gran jefe estaba a punto de llegar. O cualquier otra cosa.

—Malditos sean mis ojos —juró el capitán—, no puedo ver ningún detalle. ¿Puedes apreciar algo en los estandartes, Sisuthros? —Él era más joven y seguramente vería mejor.

—No, nada —respondió éste—. Pronto se acercarán.

—¿Dónde está Mitrac? —preguntó Eskkar—. Ese muchacho tiene la mejor vista de todo Orak. Id a buscarle.

Gatus mandó a un mensajero en busca del arquero, que llegó al poco tiempo, con su arco y respirando agitado.

—Ah, Mitrac. —El capitán cogió al muchacho por los hombros y lo condujo hasta lo alto de la torre—. ¿Ves aquellos tres estandartes? Pertenecen a un jefe guerrero. Quiero que te fijes bien y los recuerdes, porque uno de ellos será, con seguridad, el responsable del ataque. Quiero que te concentres en ése. Y si tienes

oportunidad de dispararle, aprovéchala, pero sólo si crees que tienes buenas posibilidades de acertar.

El joven asintió mientras miraba hacia la colina.

Eskkar intentó ponerse en el lugar del enemigo y adivinar qué pensaría, qué estaba viendo o cuál sería su siguiente movimiento. Ignorando la conversación de sus hombres, reflexionó profundamente sobre ello. Transcurrido un instante se dirigió a ellos.

—Desde donde están, no pueden ver que hay un espacio libre directamente detrás de la muralla. Tal vez piensen que la sección noroeste es la más alejada del centro de la aldea y que será la más difícil de defender en caso de ataque. Si yo estuviera en su lugar, atacaría la puerta principal, donde los esperamos, pero también ese sector. —Miró a sus hombres y esperó, pero ninguno presentó un argumento en contra. Se encogió de hombros—. Pensemos en esa eventualidad. Sisuthros, Bantor, quedaos aquí con Mitrac, vigilando. Pronto se acercarán y quizá podáis distinguir quién está al mando. Gatus, examinemos el resto de la muralla.

Descendió de la torre y comenzó a caminar rápidamente hacia el ángulo noroeste. A mitad de camino, un grupo de pobladores le cerró el paso, asustados, haciendo preguntas que no tenían respuesta.

—Gatus, mantén esta zona libre de pobladores —ordenó en voz alta—. Echa a todos los que no tengan que estar aquí trabajando.

Se detuvo a unos cincuenta pasos de la esquina noroeste y subió la escalera hacia el parapeto. Lo ovacionaron de nuevo. Malditos sean los dioses. Tenía que decir algo. Se volvió y se enfrentó a la multitud. El miedo y las dudas asomaban claramente en cada rostro que lo miraba.

—¡Soldados! ¡Pobladores! Dentro de pocas horas los bárbaros lanzarán su primer ataque. Intentarán asaltar la puerta, pero creo que también atacarán esta parte de la muralla. Así pues, preparaos. —Se giró hacia Gatus—. Creo que Sisuthros y Bantor se pueden encargar de la puerta. Tú y yo nos quedaremos en este sector.

Miró a ambos lados del parapeto. Estaba a unos sesenta pasos de la esquina.

—Éste es el lugar por donde emprenderán el asalto. Y también por la esquina. Creo que cualquier otro intento será una estratagema. Que se preparen los hombres. Asegúrate de que aquéllos con menos experiencia se coloquen al frente. —Gatus se mostró sorprendido y no hizo ademán de moverse—. Quiero que todos adquieran experiencia, Gatus. El primer ataque será el más sencillo de rechazar. Mantén a algunos veteranos en reserva al pie de la muralla, listos para subir si es necesario. No quiero que los bárbaros sepan todavía a qué clase de fuerza se enfrentan. Quiero que sigan pensando que pueden conquistar la muralla si envían suficientes hombres. Trae a Maldar y a la mitad de sus efectivos hasta aquí.

Esto dejaría con menos hombres la puerta posterior, pero Eskkar no veía probable

que Alur Meriki atacara por allí.

Gatus asintió y partió apresuradamente, despachando mensajeros a su paso. El capitán se dirigió a sus guardaespaldas.

—Ya habéis oído el plan. Si yo caigo, vosotros continuáis tal como he dicho. Ahora ayudadme a elegir a los hombres.

Todos comenzaron a moverse. Emplearon algún tiempo en aquella actividad. Cuando Eskkar consideró que todo estaba en su lugar, se detuvo a beber un poco de agua de uno de los barriles. Totomes, Narquil, su hijo mayor y Mitrac se acercaron a él. Jalen los acompañaba y juntos subieron a la muralla para evaluar la situación.

Eskkar sonrió a los tres arqueros.

—Me alegro de verte, Totomes... Narquil. ¿Has averiguado algo mientras estabas en la torre?

—Sí, otro estandarte acaba de sumarse a los tres primeros —respondió Totomes—. Están comenzando a avanzar hacia nosotros.

Eskkar miró hacia el Este. Cuatro de los jefes Alur Meriki y unos treinta guerreros avanzaban lentamente hacia Orak en diagonal. En pocos minutos estarían ante la puerta, a medio kilómetro de distancia, todavía fuera del alcance de los arcos.

Un murmullo de excitación recorrió la muralla.

—Quietos —ordenó—. Recordad, ellos nunca han visto una muralla como ésta, y sólo están mirando. Mantened las cabezas bajas para que no puedan veros.

Los Alur Meriki no tendrían información sobre la cantidad de habitantes que había en Orak. Eskkar quería que pensaran que contaba con menos soldados de los que en realidad tenía.

Jalen señaló hacia el Norte. El capitán vio hombres y caballos dispersos por las colinas. Sin duda desobedecían las órdenes de permanecer detrás de la cima.

Mientras tanto, los jefes se detuvieron y reanudaron la discusión. A su espalda, Eskkar podía oír a los comandantes de cada grupo de soldados insultar a sus hombres, que continuaban asomándose por la muralla. Ni siquiera se molestó en reprenderlos. En el mismo instante que daba una orden, siempre habría un idiota que la desobedecería. Los soldados eran todos iguales.

Los Alur Meriki continuaron con su inspección, galopando lentamente por el lado opuesto a donde se encontraba Eskkar, hasta que llegaron a las tierras anegadas. Los pobladores se agolpaban unos contra otros, a pesar de las órdenes de mantener la muralla despejada. Todos querían ver cómo eran los bárbaros.

Vio cómo algunos guerreros se metían con sus caballos en el pantano. Los animales salpicaban mientras se esforzaban por avanzar a través del espeso barro, cubiertos por un palmo de agua. Sonrió cuando se vieron obligados a reducir el paso. Los bárbaros hicieron varias tentativas en distintos puntos de los terrenos inundados, pero siempre con el mismo resultado. Finalmente se dieron por vencidos y volvieron

a la zona seca, en donde permanecieron en sus monturas, observando la muralla que se extendía hasta el río.

La tierra seca entre el foso y la zona anegada era de sólo treinta pies de ancho, casi igual que la anchura del foso. Aquellos dos tramos en conjunto les ofrecerían espacio más que suficiente para maniobrar. Eskkar sabía que estaban pensando que no sería muy difícil rodear la aldea y atacar por distintos puntos a la vez.

Gatus se acercó hasta el lugar desde donde Eskkar observaba a los Alur Meriki.

—Bien, capitán, ¿qué piensas? ¿Inundamos el foso o no? —Lo decía seriamente, sin intención de adivinar lo que pensaba su líder.

—Es demasiado tarde para hacerlo, Gatus.

Si el enemigo lanzaba todas sus fuerzas sobre varios lugares de la muralla, la aldea podría ser derrotada. Eskkar volvió a maldecir, preocupado por haberse equivocado sobre el primer ataque.

—Parece que tienen una pequeña disputa —comentó su lugarteniente achicando los ojos—. Tal vez ya estén discutiendo sobre el botín.

Uno de los jefes parecía algo irritado, su caballo se movía inquieto mientras él gesticulaba.

Eskkar se preguntó sobre el motivo de aquella discusión antes del primer ataque. *Ponte en su lugar.* Barajó mentalmente las diferentes posibilidades. Podría ser que el cuarto estandarte perteneciera al jefe guerrero y quisiera esperar antes de atacar. El guerrero más nervioso probablemente deseara iniciar el asalto de inmediato. No estaba seguro pero... *Si vas a decidir algo, sé firme. Los errores se pueden corregir, pero nunca un momento de indecisión..*

—¿Dónde está Mitrac? ¡Mitrac! Ven aquí —gritó Eskkar. Al instante el joven se acercó. Le señaló a los jefes—. ¿Ves a aquel que está discutiendo? ¿Puedes ver con quién lo hace? Ése es el jefe principal, y es al que vas a intentar derribar cuando sea el momento. Concéntrate siempre en él, pero no en la primera escaramuza. No intentes matarlo todavía.

Mitrac examinó al lejano jinete.

—Sí, capitán, creo que tienes razón. Desde la torre vimos cómo cada uno de los tres se turnaba para dirigirse a él. Habla poco, parece escuchar. Su caballo es el bayo, el que tiene la mancha blanca en el lomo.

Eskkar se maldijo por no tener tan buena vista. No podía distinguir ninguna marca en los caballos, pero el jefe parecía usar algo blanco en torno al cuello.

—Bien, bien. ¿Ahora ves al que está discutiendo? Tampoco quiero que lo mates.

Mitrac se giró y miró a Eskkar a los ojos.

—Pero ¿por qué... quiero decir... por qué no derribar a cualquiera de ellos?

—Porque el que discute es probablemente el jefe guerrero que conducirá el primer ataque y quiere toda la gloria de conquistar la aldea para sí mismo. Creo que

el otro jefe es el que está al mando. Y probablemente sea más inteligente, mientras que el primero es más arriesgado y ambicioso. Queremos que el arriesgado sea el que dirija la primera ofensiva, y no que muera por alguna flecha. Cuando el asalto fracase, entonces lo puedes matar. Y desde hoy intenta matar al otro cada vez que se te presente la oportunidad. ¿Entendido?

—¿Por qué? Sí... sí, entiendo. Creo que entiendo. —Los ojos de Mitrac reflejaban el asombro ante el razonamiento de Eskkar—. Iré a decírselo a mi padre —dijo anticipándose a la siguiente orden del capitán.

—Bien, y asegúrate de que entienda los motivos. Vete.

Cuando el joven se alejó, Gatus se aproximó, sacudiendo la cabeza y sonriendo al mismo tiempo.

—A ver, vejstorio ¿y tú de qué te ríes?

—A la caída del sol, esa historia circulará por todo Orak. Que Eskkar señaló a los jefes bárbaros y adivinó sus planes. —Volvió a sonreír y bajó la voz—. Si no te conociera mejor, casi creería que sabes lo que haces.

—Si supiera lo que hago, no estaría aquí de pie contigo detrás de esta insignificante muralla. Pero es mejor ser afortunado que inteligente, así que confiemos en la suerte.

Se escucharon voces a lo largo de la muralla, y Eskkar se dio la vuelta para observar a los jinetes. Habían comenzado a moverse, pero no para volver por donde habían venido, sino para dirigirse hacia el Norte. Los vio alejarse, majestuosos en sus nerviosos caballos, recorriendo casi despreocupadamente los campos quemados que, hasta hacía pocos días, habían sido una fértil llanura. Miró hacia el sol y vio que se aproximaba el mediodía. Habían estado mirando a los jinetes durante casi dos horas.

—Gatus, haz todo lo que sea preciso para reforzar esta esquina de la muralla. Asegúrate de que todo este sector, desde aquí hasta el río, esté preparado. No importa lo que decida el jefe bárbaro más arriesgado, seguro que habrá un asalto por este frente.

—Estaremos listos. Ahora ve a hablar con Trella. Te está esperando allí abajo.

Eskkar volvió la vista hacia el poblado. La distinguió al instante, rodeada de media docena de mujeres y sus dos guardaespaldas. Reconoció al fornido Klexor de pie a su lado.

Caminó a lo largo de la muralla hasta que pudo descender. Luego se acercó hasta el espacio abierto que lindaba con la casa a cuya sombra descansaban Trella y sus acompañantes. Los saludó a todos a medida que le abrían paso.

—Buenos días, esposo. Traigo algo de comida y agua para ti.

Venía con una pequeña cesta bajo el brazo.

Parecía serena y confiada. No quedaba rastro de la muchacha asustada de la noche anterior. Llevaba su vestido más pobre, el que había usado la primera noche, y

la daga que Eskkar le había quitado al cadáver de Drigo. Sentía un gran alivio al saber que Trella la manejaba a la perfección.

Se sentaron en el suelo, de espaldas a la pared, mientras el resto se apartó un poco para darles algo de privacidad.

—Hoy parece encontrarte mucho mejor, esposa. ¿Has dormido bien?

Prefirió ignorar las sonrisas que aparecieron en los rostros de sus acompañantes. Empezaba a preguntarse si sabían todo lo que sucedía en su dormitorio, incluso la frecuencia con la que hacía el amor con su mujer.

—Sí, estupendamente. Ahora come. Quizá no tengas oportunidad de hacerlo más tarde. —Le dio un pedazo de pan—. ¿Atacarán hoy?

—Dentro de unas horas. Están esperando al gran jefe y a más hombres, por si el primer ataque tiene éxito.

Le contó lo que había visto desde la muralla y sus ideas con respecto a lo que intentarían los bárbaros.

—Sabes cómo piensan, Eskkar. Y lo que es más importante, los pobladores se sienten protegidos cuando actúas con confianza. —Colocó la cesta entre ellos—. Termina tu comida mientras tengas tiempo.

La aprobación de Trella lo hizo sentir más seguro de sí mismo y eso le causó un enorme placer. Comenzó a comer las rebanadas de pan y el pollo, todavía caliente. Aunque había desayunado hacía pocas horas, volvía a tener hambre, y el calor le había dado sed. Casi vació el odre de agua antes de recordar sus modales y ofrecerle un poco a su esposa.

Trella terminó el agua.

—Llévale el resto del pollo a Gatus. Tengo que volver a mis ocupaciones. Los ancianos se ponen nerviosos y gruñones si no estoy allí para darles ánimo.

—Ten cuidado —le advirtió a la muchacha—. Procura no ponerte al alcance de una flecha perdida que pueda herirte. Y no...

Ella se levantó y le sonrió.

—Sí, amo, obedeceré, y no necesitas repetírmelo una docena de veces.

Su expresión melancólica hizo que Trella se inclinara y lo besara en la mejilla.

—Buena suerte en este día, esposo.

Se retiró, seguida de sus acompañantes, mientras algunas de las mujeres se giraban para echarle una mirada, riéndose.

Todavía no se había adaptado a aquella nueva situación que provocaba la constante mirada y las risitas de las mujeres, que se comportaban como si conocieran todos los detalles de su vida íntima. Antes de Trella, ninguna mujer se hubiera atrevido a reírse de él. Volvió a pensar, una vez más, que las costumbres bárbaras eran mucho más recomendables.

Se dirigió de regreso a la muralla con la cesta. Vio a Gatus bajo el parapeto,

insultando a dos de sus hombres por alguna infracción.

—Trella te envía algo de pollo para el almuerzo, así que supongo que tendrás que comértelo. —Le puso la cesta en las manos—. Tómame un descanso. —Cuando comenzó a protestar, Eskkar levantó la mano para detenerle—. Más tarde no tendrás tiempo.

Se dirigió a uno de sus omnipresentes guardaespaldas del clan del Halcón.

—Trae agua para Gatus, y procurad que os traigan también algo para comer.

Se pasó la hora siguiente recorriendo la muralla, asegurándose de que todos se mantuvieran alerta y de que los arqueros tuvieran claro su cometido, su lugar y las órdenes a seguir. Tenía que tener cuidado por donde pisaba, el parapeto crujía bajo el peso de las piedras amontonadas sobre él. Si hubieran colocado más, los arqueros no tendrían espacio.

Satisfecho con los preparativos, revisó las señales que le permitirían a él y a sus hombres comunicarse durante el fragor de la batalla. Incluso tuvo tiempo para conversar con algunos de los pobladores, que estaban preparados para usar lanzas cortas, espadas y los palos para empujar las escalas de los bárbaros.

Tres horas después del mediodía, se oyeron gritos de los vigías de la muralla. Subió a toda prisa hasta el puesto que había elegido para dirigir la defensa, a unos cincuenta pasos de la esquina noreste.

Miró hacia la izquierda y vio a Gatus de pie en un rincón. Eskkar pudo comprobar con un solo vistazo que había comenzado el ataque.

Las colinas estaban cubiertas de jinetes, que avanzaban lentamente hacia Orak, la mayoría a más de tres kilómetros de distancia. Su número parecía infinito. Sintió que la duda crecía en su interior.

—Mitrac —gritó, y esta vez el joven se colocó a su lado al instante—. Cuenta los guerreros.

Algunos de los bárbaros llevaban toscas escalas para trepar, construidas con troncos en los que se habían clavado o atado palos perpendicularmente. Aunque no parecían muy numerosas.

Mientras Mitrac contaba, Eskkar observó a los jinetes, buscando los estandartes mientras avanzaban lentamente hacia el poblado. Tres... cuatro... cinco... seis... siete. Esos fueron todos los que pudo ver, pero no consiguió distinguir por ningún lado el enorme estandarte del *sarrum*. Los jinetes continuaban cruzando la cima de las colinas lejanas, pero ahora en menor número. Llegó a divisar un nuevo distintivo. Avanzaban lentamente, al paso, acercándose al poblado, casi todos en silencio, hombres fuertes con buenas monturas, listos para la batalla, todos ansiosos de gloria y botín.

Gatus se aproximó, con Jalen pisándole los talones.

—Por todos los demonios, ¿finalizarán alguna vez? —preguntó Jalen—. ¡Por

Ishtar, siguen llegando!

—Creo que hoy veremos a dos tercios de los suyos —vaticinó Eskkar—. Esperarán al jefe del clan antes de atacar, para que pueda ser testigo de su valor.

Los jinetes más adelantados se habían detenido, a la espera, mientras sus jefes extendían sus lanzas o arcos horizontalmente para marcar una línea a menos de medio kilómetro de la muralla.

—¿Cuánto tiempo pasará hasta que llegue el gran jefe? —preguntó Gatus—. No los puede tener esperando mucho tiempo, ¿no?

—Menos de una hora —respondió Eskkar, mirando a los guerreros—. Tiempo suficiente para que nosotros temblemos de miedo.

—En lo que a mí respecta, puede venir ahora —dijo Gatus—. Tal vez deberíamos habernos marchado al otro lado del río.

Jalen lo miró sorprendido, pero Eskkar se rió.

—Tendrías que haber pensado eso ayer. —Después se dirigió a Mitrac—: Bueno muchacho, ¿cuántos son?

Los labios del joven se movieron en silencio mientras repasaba con los dedos.

—Capitán, he contado mil cien, tal vez algunos más.

Eskkar había hecho la cuenta de una forma más sencilla. Calculó unos cien hombres por estandarte, con algunos hombres de más para el jefe que dirigiera el primer ataque. La respuesta lo reconfortó un poco. Si el primero fuera un ataque masivo, con todos los guerreros, tendrían todavía más hombres enfrentándose a ellos.

Los gritos de guerra se elevaron desde las filas bárbaras y pronto se convirtieron en un estruendo constante, mientras los guerreros blandían sus espadas y lanzas y las agitaban en lo alto.

Sobre la cima de la colina apareció el gran estandarte del jefe del clan Alur Meriki. El alto distintivo, portado por un gigante montado en un enorme caballo, se agitó en la brisa. El emblema con forma de cruz, adornado con muchos rabos de buey y cintas, representaba todas las batallas ganadas y clanes absorbidos por la tribu. El jefe avanzó ante el portaestandarte, indistinguible del resto de los hombres en la distancia. No llevaba lanza ni arco.

A su alrededor se agrupaban veinte o treinta guerreros, galopando con sus caballos de un lado al otro y lanzando gritos de guerra. Otros treinta o cuarenta marchaban más pausadamente detrás de él.

Todos, tanto pobladores como bárbaros, siguieron su curso. Eskkar pudo ver cómo el gran jefe miraba de un lado al otro mientras examinaba los terrenos quemados y el paisaje desocupado.

—Por todos los dioses, nunca había visto tantos caballos —dijo Gatus sacudiendo la cabeza—. ¿Cuántos tienen?

—Más que los que puedes ver. Cada guerrero tiene por lo menos dos monturas.

Muchos tienen cuatro o cinco. Cuando un guerrero muere, sus caballos se reparten entre el resto del clan.

—Esperemos que puedan repartir muchos esta noche —respondió Gatus.

Eskkar se dirigió a Jalen.

—Dile a los hombres que se preparen y luego ve a tu puesto. Creo que atacarán muy pronto.

Jalen defendería la sección situada entre donde se encontraba Eskkar y la puerta.

El soldado asintió y luego palmeó el brazo de su jefe, como saludo.

—Buena suerte para todos, capitán.

—Bueno, dijo que quería enfrentarse a los bárbaros —comentó Gatus mientras Jalen se alejaba corriendo. El viejo soldado se puso su casco de cuero y se ajustó la cinta—. Te he traído esto. Procura usarlo. —Le tendió el casco de cobre, con su metal brillando bajo la luz del sol—. Trella lo mandó hacer para ti. Por algún motivo, no quiere que pierdas la cabeza.

Eskkar observó el yelmo mientras lo balanceaba en la mano. Pesaba mucho menos que el de bronce que había renunciado a usar quejándose de que era demasiado pesado y le daba mucho calor. Detestaba tener cualquier cosa en la cabeza. Aquel casco tenía un diseño muy simple. Bajaba por la frente y cubría la nuca casi hasta la base del cuello, con dos cortas tiras de cobre que se extendían cubriendo las sienes. Por dentro, una delgada capa de cuero hacía las veces de forro.

Se lo probó. Se ajustaba casi a la perfección, quizá un poco apretado en las sienes. Dobló un poco el metal a los lados y volvió a colocárselo.

—Trella me dijo que te lo diera justo antes de comenzar la batalla, para que no tuvieras motivo alguno para perderlo. —Gatus se volvió a los guardaespaldas—. Si se lo quita, lo hacéis bajar de la muralla, sin hacer caso a sus protestas. ¿Comprendido? —Hicieron un gesto de asentimiento. El soldado hizo una última recomendación al capitán—: Llévalo por tu bien. Lo necesitarás cuando las flechas empiecen a volar por todos lados. Buena suerte.

Uno de los guardaespaldas lo ayudó con las cintas mientras le ajustaba el yelmo por debajo del mentón. El cobre no era tan efectivo como el bronce para detener un golpe de espada, pero probablemente sería suficiente para rechazar una flecha bárbara, incluso a corta distancia. Movié la cabeza para ver si le resultaba cómodo. No suponía un peso excesivo, así que no podía quejarse. Volvió a mirar a la lejanía.

El *sarrum* de Alur Meriki había llegado ya casi hasta sus hombres, avanzando por una pendiente que le permitía una perspectiva mejor. Los otros jefes lo esperaban allí. Pudo apreciar cómo intercambiaban saludos antes de empezar a hablar. La discusión duró bastante tiempo.

Todos parecían tranquilos, y los jefes presentaron su plan de ataque sin alterarse o hacer gestos agitados.

La conversación terminó bruscamente. El jefe que dirigiría el ataque dio la vuelta con sus hombres hacia el frente, mientras que otros dos jefes se dirigieron hacia sus clanes. Probablemente atacarían trescientos hombres y un número similar estaría dispuesto a unirse a ellos si el ataque tenía éxito o parecía que podía tenerlo. Los otros jefes permanecieron con el *sarrum*, para observar la batalla a su lado mientras señalaban cualquier error cometido por sus compañeros.

—Esos jefes parecen tranquilos —dijo Gatus—. ¿Es bueno eso?

—Creo que sí. Si el jefe del ataque no hubiera recibido permiso, estaría discutiendo con el jefe de clan, así que se disponen al asalto. Y eso es bueno, porque no tienen suficientes escalas para trepar por el muro. Esperan que, a causa del miedo, huyamos despavoridos, abandonando la muralla y la entrada.

Eskkar examinó con atención los preparativos de los Alur Meriki; cada diez hombres, uno levantaba la lanza o el arco para indicar que estaban listos.

—Es mejor que empiece a moverme. —Gatus se encaminó lentamente hacia su puesto, tan despreocupado como si se dirigiera a uno de los entrenamientos.

El capitán respiró hondo y alzó la voz.

—¡Arqueros! No disparéis hasta que crucen la segunda marca. ¡No la primera! La segunda. Azotaré a cualquiera que lance una flecha antes de que yo dé la orden.

Su voz recorrió la muralla y escuchó cómo sus palabras eran repetidas por otros por la puerta y más allá.

—¿Estáis preparados?

Esta vez su voz retumbó y un bramido unánime de aprobación fue la respuesta. Todos estaban cansados de esperar, e incluso los más temerosos habían superado su miedo y ahora sólo querían que todo concluyera.

En la llanura el jefe bárbaro a cargo del ataque avanzó lentamente ante la formación de guerreros, hablándoles a sus hombres mientras se movía, con su portaestandarte y sus guardias siguiéndolo de cerca. Llegó al fin de la línea y luego se dirigió a la parte central. Se detuvo casi directamente frente a Eskkar. El muy estúpido les estaba señalando el centro de su ofensiva. En cualquier momento comenzarían. Eskkar tragó saliva para aliviar su garganta reseca.

—Recordad, la segunda marca —volvió a gritar, y esta vez escuchó cómo sus hombres reían ante aquella insistencia.

Los arqueros habían enterrado piedras de distintos colores en el terreno para marcar las distancias. La primera señalaba la distancia máxima a donde llegarían sus flechas. Eskkar quería que los bárbaros se aproximaran a la segunda marca, cien pasos más cerca, antes de comenzar a disparar. La tercera marca estaba a ciento veinte pasos del muro, y los arcos casi no necesitarían ser tensados a tan escasa distancia.

El tiempo de las órdenes y las preguntas había llegado a su fin y todos los

soldados en la muralla guardaban silencio, mientras que los gritos de guerra y las provocaciones de los guerreros se mezclaban con los relinchos de los excitados caballos. Eskkar vio cómo el estandarte del jefe se alzaba. Luego descendió de nuevo y la fila de hombres y caballos arrancó al galope, con el ruido de los cascos amortiguando de repente los alaridos de los jinetes.

Totomes, a cargo de los arqueros, tomó el mando. Sus órdenes fueron repetidas a lo largo de la muralla.

—Preparad los arcos...

Las palabras tenían la misma cadencia que había utilizado en miles de ejercicios de entrenamiento.

—Apuntad...

Los jinetes habían cruzado la primera marca. Nadie había soltado ni una sola flecha. Horas de intensa práctica evitaban que hubiera tiempo para pensar o preocuparse.

—¡Disparad!

Doscientas cincuenta flechas salieron al encuentro de los jinetes que se acercaban veloces.

—Preparad... apuntad... disparad. —La letanía fue repetida una y otra vez.

Eskkar observó cómo algunos de los primeros jinetes eran derribados a causa de la primera andanada, pero no tantos como había esperado. La siguiente fue mejor. La tercera le pareció un poco irregular, puesto que, aunque los mejores arqueros estaban preparados, fue lanzada con los arcos casi a nivel, pero su efecto fue devastador. Caballos y jinetes cayeron a todo lo largo de la línea, aunque las filas de los Alur Meriki se habían separado un poco.

La cuarta oleada de flechas cayó cincuenta pasos antes de que los jinetes llegaran al foso. Ahora las flechas volaban por ambos lados. Uno de los arqueros cayó a su lado, herido en la frente, a la vez que escuchaba un zumbido sobre su cabeza. Pero la mayoría de las flechas de los Alur Meriki se clavó en la muralla, con un ruido sordo al golpear contra la dura superficie. Los bárbaros sólo disponían de un blanco pequeño al que dirigir sus proyectiles, la parte superior del cuerpo de los hombres en la muralla, y tenían que apuntar y disparar mientras galopaban.

El enemigo llegó al foso. Algunos de los jinetes mostraron su destreza haciendo saltar a sus caballos los casi tres metros de hoyo. Sin embargo, la mayoría vacilaron, clavando las patas al borde del foso en medio de una lluvia de arena y tierra.

Eskkar vio caer a tres jinetes en el foso, uno de cabeza y los otros colgados del cuello de sus caballos. La lluvia de flechas se intensificó sobre los guerreros. Todos los soldados usaban su arco a la mayor velocidad posible. Ahora ya no necesitaban ninguna orden.

Los Alur Meriki hacían uso de sus arcos, algunos desde sus monturas, otros

desmontados a la fuerza o por decisión propia, rodilla en tierra y disparando hacia los defensores. Al menos cien guerreros a pie saltaron el foso y corrieron hacia la muralla.

Eskkar pudo oír el golpe de la primera escala al golpear contra el muro y vio el extremo superior a unos pocos pasos de donde estaba. Se dirigió hacia allí, mientras desenvainaba su espada. Había comenzado a blandirla con todas sus fuerzas cuando apareció una cabeza. La pesada hoja atravesó el cráneo con facilidad. Luego apoyó la punta en la escala de madera y la empujó con fuerza, enviándola con el siguiente guerrero de cabeza al foso.

Al mirar hacia la llanura, el capitán vio cómo otro estandarte Alur Meriki se aproximaba, con los refuerzos moviéndose rápidamente para acudir en apoyo del primer grupo.

La voz de Totomes se oyó por encima del estrépito, volviendo a tomar el control. Los arqueros se apartaron de la muralla y prepararon una nueva andanada.

—Preparad... apuntad... ¡disparad!

El cántico volvió a comenzar, mientras las flechas buscaban sus blancos más allá del foso. Oleada tras oleada, los refuerzos de Alur Meriki fueron cayendo en medio de una maraña de hombres y caballos. Los arqueros bárbaros quedaron atrapados entre aquel caos y durante algunos instantes pocas flechas llegaron a la muralla.

Los pobladores cumplieron con su tarea y utilizaron los palos para empujar las escalas y las hachas contra cualquier cabeza que apareciera. La voz de Totomes seguía oyéndose. Una serie de flechas seguía a la otra, disparadas al unísono y cuando se les ordenaba, volando hacia la masa de hombres y caballos hasta alcanzar algún objetivo.

Los hombres comenzaron a lanzar ovaciones. Eskkar vio que los arqueros bárbaros habían sido destruidos por los defensores y sus refuerzos se retiraban en medio de una gran confusión. Desde la muralla, los soldados continuaron disparando al mismo ritmo, mientras los Alur Meriki hacían girar sus caballos y huían para ponerse a salvo. Las flechas silbaban sobre sus cabezas, pero muy pocas, con los bárbaros en retirada, dejando a los que estaban en el foso con la difícil tarea de salir de él.

Ninguno había conseguido cruzar la muralla. Los bárbaros que se habían metido en el foso con sus caballos descubrieron que era mucho más fácil conseguir que los animales saltaran dentro de aquel pozo que salir de él, y todos los que lo intentaron se encontraron muy pronto con flechas clavadas en la espalda. Los que iban a pie también quedaron atrapados. Los arqueros, ahora al borde de la muralla, se inclinaban para seleccionar un blanco y hacían volar sus flechas.

En menos de un minuto cesó todo movimiento en el foso, excepto el de los caballos sin jinete que deambulaban de un lado a otro, con los ojos desorbitados y

relinchando de miedo, intentando salir y alejarse del olor a sangre.

—Capitán, ¿quiere que dispare al jefe? Todavía está a tiro.

Se dio la vuelta. Mitrac estaba a su lado. Los ojos de Eskkar se dirigieron hacia donde señalaba el muchacho. Los dos jefes que habían estado involucrados en el ataque estaban, más que conversando, gritándose mutuamente, sin duda acusándose el uno al otro de los errores cometidos. Miró hacia las marcas y vio que los dos se habían detenido entre la primera y la segunda. Las flechas seguían cayendo a su alrededor, pero pronto avanzarían y quedarían fuera de su alcance.

—Sí, prueba a darle.

Antes de que hubiera terminado de decirlo, el joven se puso en posición, tensó el arco y comprobó la dirección del viento. Una fracción de segundo para apuntar y luego el arco vibró. Inmediatamente Mitrac cogió otra flecha, apuntó y disparó. Una tercera estaba en el aire antes de que la primera hiciera blanco.

El jefe que había dirigido el ataque cayó hacia delante cuando la flecha se hundió en su espalda. Tres segundos después llegó la siguiente, dirigida al otro jefe, pero su caballo se había movido y el proyectil fue a parar al cuello del animal. Las tres sucesivas no dieron en el blanco, porque la bestia herida se encabritó por el dolor y tiró a su jinete al suelo.

Eskkar maldijo la mala suerte que había provocado que el caballo se moviera. Vio cómo el jefe derribado, confuso durante un momento, se ponía de pie y volvía a caer, con una flecha en su pierna. Mitrac continuó tirando, pero los guerreros ya habían rodeado a los dos jefes y se los llevaban aunque el joven arquero aún consiguió abatir a otro jinete antes de que el resto de los bárbaros se pusiera fuera de su alcance.

—¡Buena puntería! —gritó Eskkar al tiempo que palmeaba al joven en la espalda. Se inclinó por el borde para ver qué sucedía debajo y luego dirigió la mirada hacia el Sur, en dirección a la puerta. Eskkar y Gatus se habían enfrentado a más de trescientos hombres y a buena parte de otro grupo. A pesar de todo, los habían rechazado.

Todos los soldados de la muralla estallaron en gritos de victoria, con los puños o los arcos alzados contra los bárbaros que se retiraban. Gatus apareció, caminando con cuidado a lo largo de la muralla esquivando con habilidad a los excitados soldados, ya que no quería caerse del parapeto. Ya le había sucedido bastantes veces durante los entrenamientos.

—Bien Gatus, has sobrevivido a otra batalla.

Su segundo al mando sonrió.

—Sí, capitán. Y tú ya puedes envainar tu espada. Pero será mejor que la limpies primero. ¿Es buena?

Todavía tenía la ensangrentada espada en la mano.

—Excelente. ¿Algún problema en tu zona?

—Ninguno de importancia. La mayor parte del ataque ha sido por aquí. ¿Vamos a examinar la entrada?

Era un buen consejo. Pero primero Eskkar quería hablar a los soldados. Tuvo que alzar la voz.

—¡Silencio!

Tres veces tuvo que gritar hasta que sus hombres se percataron de que era él quien daba la orden y se callaron.

—Habéis hecho un buen trabajo. —Estas palabras suscitaron otro grito de victoria. Volvió a levantar la mano exigiendo silencio—. Pero esto ha sido sólo una pequeña prueba, una pequeña ofensiva para ver de qué estamos hechos. El próximo ataque será peor, mucho peor, así que dejad de hacer ruido y poneos a trabajar. ¿Dónde están los hombres del foso?

Todos miraron alrededor, pero nadie respondió.

—Que se muevan. Ya saben lo que tienen que hacer.

Los hombres del foso, en su mayoría jóvenes y muchachos, descenderían al foso con sogas para recuperar flechas y armas y despojar a los muertos. Al instante, unos treinta hombres y muchachos comenzaron a deslizarse por las cuerdas, armados sólo con largos cuchillos para acabar con los heridos. Cada uno llevaba un carcaj o una bolsa vacía para recoger todo lo que tuviera algún valor.

Cada flecha era muy valiosa. Buena parte de ellas estarían rotas, dañadas irremediablemente o perdidas. Todo arquero sabía que una flecha podía desvanecerse completamente, aunque la viera caer y señalara su lugar exacto. Pero sus puntas eran de bronce y no debían desperdiciarse.

Eskkar y Gatus se dirigieron rápidamente hacia la entrada, en donde Bantor y Sisuthros los esperaban, sonrientes. Sisuthros tenía un pequeño corte en la mejilla que todavía sangraba.

—Es sólo un rasguño, capitán. Pero los rechazamos con facilidad. La mayor parte del ataque tuvo lugar en tu sector.

—Habéis estado muy bien los dos. ¿A cuántos habéis matado? ¿Cuántos perdimos?

Los dos hombres intercambiaron una mirada antes de que Bantor respondiera avergonzado.

—Humm... no lo sé, capitán. Todavía no los hemos contado.

Las órdenes dadas por Eskkar habían sido claras. Inmediatamente después del ataque había que enviar a los hombres del foso a recuperar las armas y a contar a los enemigos muertos.

—No sé a qué esperáis entonces —dijo secamente, logrando enfatizar más el tono de voz que las propias palabras—. Usad la polea para meter a los caballos muertos. Nos vendrá bien la carne fresca.

La polea consistía en un largo palo montado sobre una viga enterrada en el suelo, utilizada para elevar objetos pesados o agua desde el río. Un extremo se cargaba con piedras, de modo que los trabajadores podían añadir su peso al de las piedras y usar el palo como palanca para levantar objetos pesados. Los constructores la utilizaban cuando edificaban las casas, y los comerciantes hacían lo propio para cargar y descargar mercancías en el muelle.

Eskkar se dirigió a Gatus.

—Subamos a la torres y veamos qué sucede.

La torre era la estructura más alta de Orak. Desde su parte superior podían ver con claridad a los líderes de Alur Meriki conversando a un kilómetro de distancia. Habían desmontado y estaban discutiendo.

—Apuesto a que algunos quieren volver a intentarlo.

—Harían mejor si cambiaran de táctica —respondió Gatus.

—Ojalá que no lo hagan. —Eskkar, tapando el sol con su mano, oteaba la llanura. Los Alur Meriki habían atacado Orak como si la muralla no existiera, utilizando su estrategia habitual de lanzar una lluvia de flechas, seguidas de lanzas y espadas. Debían de suponer que los pobladores se asustarían y huirían. Pero el muro los había protegido, y los defensores habían pasado la prueba de fuego. Los atacantes, por su parte, no tenían dónde refugiarse.

—No tienen más escalas —señaló Gatus—. Serían unos estúpidos si intentaran una nueva incursión sin ellas.

El capitán se inclinó sobre el parapeto de la torre, donde los hombres habían comenzado a amontonar lo que habían recogido.

—¡Los de ahí abajo! Primero recoged todas las escalas y postes para escalar y pasadlos al otro lado de la muralla. ¡Haced correr la voz! —Se giró hacia Gatus—. Tienes razón. No tenían suficientes escalas, y ahora tendrán que fabricar más, muchas más. Así que probablemente hemos terminado por hoy, y quizá incluso mañana nos dejen tranquilos.

—Tampoco queda demasiada madera en los alrededores —observó Gatus—. Tendrán que cabalgar un largo trecho para conseguir materiales.

Cada pedazo de madera que los bárbaros podían utilizar había sido destruido. Ni casas, ni carros, ni establos, nada. Incluso los caballos tendrían que desplazarse para encontrar forraje. Los Alur Meriki sabían cómo vivir de la recolección, pero el territorio que rodeaba Orak no tenía nada que ofrecerles.

—Bueno, Gatus, cuando vuelvan tendrán escalas en abundancia, cuerdas, rampas y cualquier otra cosa que se les ocurra.

Gatus se rascó el mentón y se atusó la barba.

—Y tampoco intentarán lanzar sus flechas desde sus monturas.

—No, no volverán a intentarlo —convino Eskkar—. Buscarán un método más

sencillo y tardarán unos días, esperando al grupo del otro lado del río. Si estuviera en su lugar, la próxima vez intentaría quemar la puerta, atacarla con fuego y con hachas.

—Quizá lo intenten por la noche.

Era la principal preocupación del viejo soldado, aunque a Eskkar le parecía poco probable. Las batallas nocturnas no figuraban en la lista de habilidades de los guerreros. No se podía usar bien el arco, los caballos debían quedar en la retaguardia y, más importante aún, nadie vería su valentía, lo que, si tenían en cuenta su forma de pensar, no era algo insignificante precisamente.

—Por eso estás a cargo de la guardia nocturna —le dijo Eskkar con una sonrisa—, porque sé que mantendrás a los hombres alerta y vigilantes. Pero pienso que probarán primero con la puerta. Saben cómo hacer uso del fuego, así que espero que la próxima vez haya una gran cantidad de flechas incendiarias.

Los gritos hicieron que dirigiera su vista al Norte, donde un pequeño grupo de Alur Meriki había intentado acercarse, enfurecidos ante la imagen de los pobladores saqueando a sus muertos. Pero unas pocas flechas de los defensores más cercanos los alejaron, dejando otros cadáveres más sobre la hierba ennegrecida.

Eskkar y Gatus abandonaron la torre para encontrarse con Bantor, que venía a su encuentro.

—Capitán, hemos contado sesenta y nueve cadáveres, y el mismo número de caballos. En nuestras filas hay ocho bajas y diecisiete heridos, pero sólo uno de gravedad.

Los bárbaros tenían al menos unos cincuenta o sesenta heridos, de los que un tercio seguramente moriría, y muchos caballos heridos. Había resultado una buena proporción, ocho contra setenta. En cuanto a los soldados heridos, si uno recibía un flechazo en la cara o el cuello, poco se podía hacer por él. Pero las heridas en los brazos eran menos peligrosas y los chalecos de cuero y los cascos que usaban los hombres eran capaces de amortiguar una flecha, excepto si se disparaba a corta distancia. Aunque no era el momento de felicitarse.

—¡Sólo setenta bárbaros! ¡Gatus! ¿Has visto cuántas flechas erraron en la primera andanada? Apenas si derribaron a algún guerrero. Di a los hombres que afinen la puntería o que los arrojaré al otro lado de la muralla.

Bantor y Gatus se miraron pero no dijeron nada.

—Acabamos de matar a sus guerreros más débiles y torpes —explicó Eskkar, levantando la voz para que todos lo oyeran—. El próximo grupo será mucho más experimentado y fuerte, y sabrá a qué atenerse. Que los hombres dejen de fanfarronear y se preparen. Gatus, cuando los hombres del foso regresen, dile a Corio que comience a llenarlo de agua. Asegúrate de que los pozos y las norias funcionen sin descanso hasta que el foso se convierta en un barrizal.

Corio calculaba que llevaría un par de días hacer que la tierra se ablandara lo

suficiente, y algunos más en la zona situada ante la entrada, donde el foso era el doble de ancho.

—Quiero que para mañana el foso sea un pantano.

Eskkar pensó que era la mejor idea para mantener ocupados a los soldados. Se fue caminando, satisfecho con los resultados, a pesar de las duras palabras que había dirigido a los hombres.

Dos horas más tarde, Eskkar se reunió con sus comandantes en la mesa del patio. Las sombras de la tarde habían empezado a extenderse, ofreciendo un poco de alivio a los allí congregados.

—Los pozos y las norias están en funcionamiento para llevar agua al foso —informó Gatus cuando todos estuvieron sentados—. Hemos arrastrado hacia el interior del poblado a trece caballos muertos, que se están asando con la madera de las escalas bárbaras. —Se rió de semejante ironía.

—Esperemos contar con más leña y carne tras el próximo ataque —dijo Eskkar con una sonrisa—. La próxima vez tendremos que luchar también contra el fuego. Traerán ramas y hierba empapadas en aceite. Cargarán contra toda la muralla al mismo tiempo y todos los sectores serán atacados. Habrá muchos guerreros a pie para cubrir a los que se lancen contra la muralla y la puerta. Y esta vez enviarán a todos sus guerreros, no a un grupo. —Se dirigió a Corio—. Ha llegado tu momento, maestro constructor. Amontonarán leña contra la puerta, intentando quemarla o derribarla, mientras tratan de abatir a nuestros hombres de las murallas y las torres.

Corio se movió incómodo en el banco.

—La puerta aguantará, capitán, y no arderá con facilidad. Si los hombres resisten en la muralla, la puerta también lo hará.

Todas las miradas se concentraron en Sisuthros y Bantor. Los dos hombres habían trabajado juntos en los últimos dos meses, construyendo y vigilando la muralla y la puerta y entrenando a los soldados.

—Capitán, defenderemos la puerta —aseguró Bantor—. Muchos morirán, pero la protegeremos.

Eskkar consideró aquella cuestión durante algunos instantes.

—Destinaremos la mitad de los hombres del clan del Halcón a las torres y a la puerta, excepto unos cuantos que se repartirán a lo largo de la muralla. Mantén a los más experimentados en la reserva para refuerzos. —Después miró a Nicar—. También necesitaremos a los mejores pobladores. Y agua, piedras, armas, flechas y hombres que ayuden a rechazar a cualquiera que escale la muralla.

—Para eso nos hemos entrenado, capitán —respondió con calma el comerciante

—. Sabemos cuáles son los riesgos.

Miró en torno a la mesa. Ningún asunto parecía quedar por discutir. Los largos meses de preparativos habían resuelto muchos problemas.

—¿Hay algo más que deba ser considerado?

Cuando Eskkar, agotado, decidió ir a dormir un poco, la noche estaba ya muy avanzada. Revisó la muralla por última vez, asegurándose de que hubieran repartido las raciones a sus hombres. La comida iba a ser escasa durante los próximos meses y tenía que ser almacenada y distribuida cuidadosamente. Luego atravesó el patio, en donde soldados y pobladores continuaban trabajando bajo la luz de las antorchas, se detuvo en el pozo, donde se lavó la cara y el pecho.

Desde aquel día hasta que los bárbaros fueran expulsados, las murallas estarían vigiladas a todas horas y reforzadas durante la noche. También serían iluminadas con antorchas, y los arqueros tendrían que estar preparados para cualquier eventualidad. Gatus dormiría muy poco aquella noche, ya que planeaba hacer una inspección sorpresa. Y aquel que no estuviera completamente despierto y alerta recibiría diez latigazos.

Llegó al piso superior y encontró a Trella esperándolo sentada a la mesa de la sala de trabajo. Cuando levantó la mirada, se dio cuenta de que su aspecto había cambiado. Tardó un momento en percatarse de que la invadía un enorme cansancio, algo que nunca había visto antes en ella. Una ligera sonrisa apareció en su rostro al verlo. Eskkar se aproximó y se inclinó para besarla.

—¿Has comido algo?

—No desde esta mañana. Iba a hacerlo, pero después comenzó el ataque y todos se pusieron a correr de un lado a otro. —Lo miró a los ojos—. Te vi en la muralla, y de repente tuve miedo de que te mataran.

Se sentó a su lado. Annok-sur pidió permiso para entrar, aunque la puerta estaba abierta. Traía una bandeja con lonchas de carne de caballo asada, pan y aceite tibio. La dejó sobre la mesa y luego se dirigió a la mesa auxiliar y llenó dos copas de vino.

—Deberías atender a tu esposo, Annok-sur —comentó Eskkar agradecido mientras cogía una de las copas que le ofrecía. El olor de la carne asada le recordó que no había comido nada desde antes del ataque.

—Ya lo he hecho —respondió Annok-sur—. Regresó hace una hora y ya está durmiendo. —Lo miró con dureza—. Deberías cuidar un poco más a tu esposa. Ella necesita mantenerse fuerte. —Su mano descansó sobre el hombro de Trella un instante antes de abandonar la estancia.

Trella volvió a sonreír, esta vez con un poco más de vivacidad.

—Annok-sur es como la hermana mayor que nunca tuve. Se preocupa por mí todo el tiempo. Pero voy a comer un poco.

—No, vas a comer como es debido y también a tomar un poco de vino —le dijo

Eskkar mientras le acercaba un trozo de carne—. Y yo también, antes de que Annok-sur vuelva y nos dé unas bofetadas a ambos.

Comieron en silencio. Eskkar terminó su parte y tomó un largo trago de vino. Se recostó en su silla, mirando a Trella hasta que ella terminó.

—Ahora dime, ¿qué te preocupa?

La muchacha bebió un poco más de vino, aunque habitualmente se limitaba a unos sorbos.

—Cuando comenzó el ataque, me quedé observando desde el tejado de una casa, al otro lado de la calle. Allí estabas, de pie, y vi las flechas que pasaban sobre tu cabeza. Mucha flechas. —Apartó la mirada—. Pensé que te vería morir, ante mí. Si no hoy, tal vez mañana, o al día siguiente. —Sus ojos se encontraron con los suyos—. ¿Qué me sucederá si tú mueres, Eskkar? ¿Qué pasará conmigo?

La pregunta le dejó sorprendido.

—Si el poblado cae, Trella...

—No me refiero a eso. ¿Qué será de mí si tú mueres y los bárbaros son expulsados?

Abrió la boca, asombrado. Así que era eso lo que la atemorizaba. No la idea de morir, sino la de seguir viva. No se le había ocurrido pensar en las posibles consecuencias de su muerte. Había arriesgado su vida demasiadas veces como para preocuparse. En el campo de batalla uno vivía o moría, y quienes pasaban demasiado tiempo obsesionados por su destino solían terminar muertos.

Si la aldea caía, Trella acabaría como esclava en la tienda de algún bárbaro, golpeada sin piedad, entregada sin consideración a los guerreros que quisieran disfrutar de ella si su nuevo amo así lo decidía y maltratada sistemáticamente por las mujeres del guerrero y sus hijos. Muchas mujeres se suicidaban, incapaces de soportar una existencia tan dura y brutal.

Esa noche, aquel tremendo destino se le pasó por la cabeza. Probablemente sería una de las que preferirían matarse antes que soportar la esclavitud. Para Trella, la peor tortura sería que le impidieran pensar o controlar su vida.

Levantó la copa de vino y la vació. Estuvo tentado de llenarla de nuevo, pero lo hizo de agua, mientras aprovechaba para pensar lo más rápido posible.

Trella esperaba con paciencia, como siempre, sin apremiarlo, sabiendo que necesitaba más tiempo que ella para llegar a una conclusión.

—Si yo muero, la casa y el oro serán tuyos. Gatus y Bantor te protegerán hasta...

Su voz se fue apagando. Sus soldados podían morir con tanta facilidad como él, y ellos tenían que ocuparse de sus propias mujeres. Trella no tenía parientes a quienes acudir. Al ser dueña de bienes, sería presionada para que volviera a casarse, y las Familias podrían elegirle un nuevo esposo, una obligación de toda viuda sin parientes.

—Te buscarían un nuevo esposo, o tal vez pudieras elegir uno por ti misma, puesto que te conocen y respetan. Eres joven y hay muchos hijos entre las Familias...

—Sería vendida de nuevo —respondió secamente—, ahora por mi oro y mi reputación, para ser exhibida por mi nuevo esposo hasta que se cansara de mí o se enfadara conmigo si dijera algo que no le gustara.

Eskkar intentó pensar qué más podía decirle. Le entraron unas enormes ganas de beber más vino, y deseó que Trella hubiera sacado el tema en otro momento.

—No puedo saber qué nos deparará el futuro. Ya hablaremos de esto mañana, cuando hayamos descansado.

Trella permaneció en silencio, sentada, con la mirada baja. Eskkar se levantó, se dirigió al dormitorio y, tras quitarse la túnica, se dejó caer sobre la cama, intentando dormir, pero no podía alejar de su mente lo que había dicho la muchacha. Lo peor era saber que ella tampoco encontraba solución al problema. De otro modo, ya la habría sugerido. Trató de pensar pero su cuerpo, agotado después de la batalla, lo traicionó, cayendo en un profundo sueño. Ni siquiera se despertó cuando Trella, después de un buen rato, apagó las lámparas, se acostó a su lado, le pasó el brazo por el hombro y lloró hasta quedar dormida.



CAPÍTULO 23

Transcurrieron cuatro días en los que no tuvieron demasiado tiempo para dormir o conversar, y toda la atención se centró en el espectáculo que se desarrollaba al otro lado de las murallas de Orak. El grupo principal de Alur Meriki había llegado durante la tarde del segundo día después del ataque. Habían pasado el resto de la jornada estableciendo un campamento semipermanente. Cientos de mujeres y niños llenaron las colinas, mirando con curiosidad Orak y a su muralla. Los pobladores, igualmente intrigados, observaban a sus contrincantes, de forma que Eskkar pronto tuvo que despejar una parte de la muralla para que los curiosos pudieran contemplar el campamento bárbaro sin molestar a los soldados.

Eskkar, al igual que el resto, se quedó impresionado ante la construcción de aquel poblado itinerante que crecía día a día. La mayor parte del campamento permanecía oculto por las pequeñas colinas, a unos tres kilómetros de Orak, pero sabía que una gran zona despejada lo dividiría en dos. Los guerreros pondrían sus tiendas, forjas, rediles para los caballos y todo lo necesario para la batalla en el lado más cercano a Orak, mientras que las familias, sus carros, rebaños y animales se establecerían al otro lado. A lo lejos, el capitán pudo ver a los pastores atendiendo los rebaños de ovejas y cabras que les proporcionaban leche, queso, carne y cuero. Los más de dos mil caballos pastaban cerca del río, en tres grupos separados.

Los escribas de Nicar intentaron calcular la cantidad de Alur Meriki. Les llevó casi un día completo, después de muchas discusiones y argumentaciones, ponerse de acuerdo. Al final estimaron que habría más de cinco mil setecientos bárbaros. Nicar sacudió la cabeza, azorado, ante semejante número mientras Eskkar lanzaba una maldición.

Al cuarto día Eskkar invitó a Trella a la torre. Estuvieron allí sentados durante casi toda la jornada, mientras él le explicaba las costumbres de los Alur Meriki y cómo funcionaba todo en beneficio del clan. El humo de cientos de hogueras se elevaba al cielo y el olor a excremento de animales quemado, mezclado con la leña,

llegaba hasta ellos cada vez que el viento soplaba en dirección al poblado. Vieron a grupos de esclavos trabajar bajo el látigo de sus amos para construir escalas y palos de escalar. Otro grupo estaba ocupado construyendo un ariete, usando el tronco de un árbol arrastrado por los caballos. Los carros llegaban y salían con madera que sería utilizada para construir escudos para los arqueros.

—Hay muchísima gente, Eskkar, pero la mayoría son mujeres, niños y esclavos —dijo Trella—. Y los caballos. Debe de haber más de mil. ¿Qué van a comer? ¿Cuánto tiempo podrán aguantar hasta que se acabe el pasto?

—Más de dos mil caballos —la corrigió—. Y pueden comerse al ganado, y si hace falta también a los caballos. Un guerrero puede pasar muchos días sin comer.

—Si comen demasiados animales —dijo Trella—, no les quedará nada para la reproducción. Lo que esperaban encontrar aquí está al otro lado del río, fuera de su alcance, y no tienen modo de cruzar con facilidad. Ya han saqueado todos los territorios por los que han pasado. Tienen que atacar la aldea pronto, destruirla y seguir adelante. Aunque la tierra ante ellos esté devastada.

Era la misma opinión que tenía Eskkar. Cuanto más alejados estuvieran los suministros de alimento, ya fueran cereales o ganado, más difícil sería transportarlos de vuelta al campamento. Durante el viaje, los jinetes consumirían tanta comida como la que llevaban, por lo que los beneficios de trasladar víveres a lomos de los caballos resultarían muy escasos. Los carros se movían con lentitud y se rompían con frecuencia. Una yunta de bueyes podía, normalmente, recorrer tres kilómetros en una hora, y aunque les propinaran golpes, no avanzarían más rápido. Los rebaños tampoco podían desplazarse con rapidez. Por lo tanto, el campamento principal estaba siempre en movimiento, y siempre en dirección hacia donde hubiera alimentos frescos y tierras de pastoreo.

—Los Alur Meriki han perdido sesenta hombres en su primera batalla con los Ur-Nammu, y otros setenta al otro lado del río, y otros setenta aquí, además de los heridos —reflexionó en voz alta—, es decir...

—Unos doscientos hombres —se adelantó Trella, sumando—. Parece como si estuvieran esperando al grupo de la otra orilla.

Al día siguiente de la batalla, los Alur Meriki hicieron una hoguera en la parte más alta de la ribera, y el humo de la leña verde flotaba en el aire desde entonces. A aquellas alturas debían de estar preguntándose la causa del retraso de sus guerreros, pero Eskkar dudaba que creyeran que todo el grupo había sido aniquilado, al menos todavía. Dentro de pocos días, al no recibir noticias, sospecharían la verdad. Eso haría que se cuestionaran la fuerza del grupo que los acechaba al otro lado del río y si valía la pena arriesgarse enviando otro contingente.

—¿Cuándo crees que atacarán?

Todos se hacían la misma pregunta.

—Creo que mañana —respondió el capitán—. Ya casi están preparados.

—¿Podrás detenerlos?

Eskkar la miró fijamente a los ojos.

—No lo sé, Trella. —Habló en voz tan baja que nadie salvo ella pudo oírle—. Sencillamente no lo sé. Pero sí sé que el precio que van a pagar será muy alto, más de lo que nunca imaginaron. Ya veremos. —La besó en la frente—. No temas, ni por ti ni por mí.

Ella se enderezó, controlando sus emociones y su semblante.

—Trata de volver temprano a casa. Tenemos muchas cosas que discutir.

Aunque aquella noche, cuando se encontraron juntos en la cama, no tenían mucho que decirse. Eskkar la abrazó y sintió cómo una lágrima de Trella se deslizaba por su mejilla.

—Basta, ya no derramaré más lágrimas. —Se sentó en la cama. Su voz había recuperado su firmeza—. Tú protegerás el poblado, Eskkar. Creo en ti y no tendré miedo al futuro. No tienes que preocuparte por mí. Pero no corras riesgos innecesarios.

Aunque no podía verla en la oscuridad, le acarició el brazo y luego le tocó los suaves pechos.

—Tendré cuidado, Trella.

Ignoró la voz que en el fondo de su mente le susurraba que quizá mañana moriría. Abrazados, ambos cayeron en un sueño intranquilo.

A la mañana siguiente, desde la muralla, el capitán vio salir el sol por las colinas del Este; el campamento bárbaro bullía de actividad. Con un único vistazo confirmó sus temores. Se preparaban para el ataque, que seguramente tendría lugar antes del mediodía.

Sus hombres parecían dispuestos y decididos. Lucharían por sus familias y por sus vidas. Algunos querían vengar la sangre derramada. Cualquier motivo les daría fortaleza.

—Al mediodía —comentó Gatus mientras se quitaba el casco de cuero y se secaba el sudor de la frente.

—Sí, o tal vez antes —respondió Eskkar, calculando en la distancia el lugar donde se colocaría el enemigo—. Pero creo que les tenemos preparada una sorpresa.

Después del primer ataque, las norias habían alimentado los conductos de madera de la muralla, que podían colocarse a distintas distancias del foso. Dos de esos artefactos habían sido construidos a cada lado de la puerta principal. Además, los pobladores llevaban agua de los pozos de Orak, que echaban constantemente en el foso, una labor extenuante que los agotaba en pocas horas.

Inclinado sobre la muralla, Eskkar podría ver cómo el agua se colaba en el foso y convertía la tierra en barro espeso. Él mismo lo había probado la noche anterior,

cuando había bajado por una cuerda a la base del muro y había intentado caminar por los alrededores. Pero había resbalado y caído de bruces en el barrizal, ante las risitas ahogadas de quienes lo observaban desde lo alto. Tras un rato de patinazos y caídas, lo volvieron a alzar, con los pies cubiertos de barro.

Ahora estaba sentado en un alto banco a medio camino entre la puerta y la torre noroeste, que había resistido el ataque más intenso. Una vez más, esperaba que el asalto más feroz se produjera por aquel sitio. Se sentía culpable por utilizar un taburete para sentarse y descansar, mientras el resto permanecía de pie. Pero Gatus, que también utilizaba uno, insistía en que descansara a la mínima oportunidad que se le presentara.

A lo lejos, en la llanura, los bárbaros comenzaron sus maniobras. Los jefes de guerra gritaron y agitaron sus arcos mientras movilizaban gran cantidad de hombres y caballos.

Normalmente, para los Alur Meriki formar a sus guerreros era una tarea sencilla. Pero esta vez los jefes tenían mucho más trabajo. Debían designar a grupos de hombres para que atacaran lugares determinados de la aldea, otro grupo tenía que dirigirse a la puerta posterior, y otro a la muralla norte. Además habían de transportar escalas, sogas y flechas incendiarias. Muchos se estarían quejando o resistiéndose a las órdenes. Eskkar sonrió al ver que los guerreros pasaban las escalas de mano en mano, entre gritos y empujones.

—Los guerreros quieren pelear, no cargar con escalas —le dijo a Gatus—. El más fuerte le pasa la escala al más débil. Pero tienen muchos hombres. Y hoy tendrán muchas escalas.

Gatus se apartó para preguntarle a uno de los escribas asignados para contar al enemigo si había terminado con su tarea, gruñó y volvió al lado de Eskkar.

—Parece que hay unos mil cuatrocientos hombres ahí fuera. A este paso no estarán listos antes del mediodía —anunció—. Mira, parece que traen un ariete.

Eskkar entrecerró los ojos para evitar que el sol le cegara, y vio un enorme tronco montado sobre un carro y empujado por un grupo de esclavos, una tarea muy ingrata. Cerca de veinte jinetes los escoltaban para asegurarse de que cumplieran las órdenes. Los esclavos que transportaban recipientes con fuego tampoco tenían un trabajo muy sencillo. Los calderos tenían que volver a llenarse con combustible, cosa que a nadie parecía habersele ocurrido. Llevó cierto tiempo solucionar todos aquellos problemas y transcurrieron varias horas antes de que todos los hombres estuvieran listos y en sus puestos. Faltaba únicamente colocar más carros detrás de los guerreros y, para permitir que se acercaran, los jinetes avanzaron unos cien pasos.

Al primer movimiento de los jinetes un murmullo recorrió la muralla. Los soldados creían que había comenzado el ataque. Cuando los guerreros se detuvieron, a la espera de que los carros se aproximaran, Eskkar y Gatus se miraron sonrientes. El

grupo se había colocado al alcance de las flechas. Los guerreros estaban sentados en sus monturas esperando los últimos preparativos, sin sospechar que habían pasado la primera marca.

Eskkar buscó a Totomes, que había ocupado su lugar detrás de los comandantes. Su rostro indicaba que estaba ansioso por enviar sus flechas a los incautos jinetes.

—Maestro arquero, creo que ha llegado el momento de demostrar a estos invasores lo que les espera.

Uno de los pobladores preparó su tambor y esperó. Las órdenes de Totomes debían extenderse por toda la muralla. El arquero se inclinó y blandió su arco para que estuvieran dispuestos. Se oyeron tres golpes, repetidos segundos después por otro tambor que pasó la señal al resto de los soldados.

Doscientos sesenta arqueros, formados en dos filas sobre la muralla, prepararon sus armas, tensando sus arcos al máximo y apuntando hacia el cielo. Totomes dio la orden y se oyó entonces un solo redoble.

Una tormenta de flechas salió despedida hacia lo alto, seguida por otra, y luego otra. Los encargados de cada grupo de hombres establecían la cadencia, exactamente como lo habían hecho durante los meses de entrenamiento. Los ojos de Eskkar permanecieron fijos en los lejanos jinetes mientras a sus oídos llegaba el roce de la madera, seguido por los gruñidos de los hombres al lanzar las flechas.

Aunque en la primera andanada muchas se quedaron cortas, hubo bastantes que hicieron blanco en los primeros bárbaros, que esperaban sentados, observando cómo se aproximaban las flechas, más sorprendidos que preocupados por cualquier riesgo a semejante distancia. Pero la tranquilidad no duró mucho. Cuando la segunda nube de flechas descendió sobre ellos, los animales se encabitaron y los guerreros heridos gritaron o cayeron de sus monturas. Aunque debido al largo recorrido, las flechas no llegaban con mucha fuerza, seguían siendo mortales.

Los guerreros de la primera línea quisieron retroceder, pero los jinetes a su espalda les bloqueaban el paso, y ningún jefe había dado órdenes ni de retirarse ni de avanzar. Los carros continuaron su marcha, sumándose a la confusión, mientras los sudorosos esclavos soportaban los latigazos de sus amos para que hombres y animales siguieran avanzando.

Entre los Alur Meriki comenzó a reinar la confusión, mientras ocho andanadas de flechas caían sobre ellos. Unos pocos avanzaron, tratando de continuar bajo aquella lluvia infernal, mientras que otros obligaron a sus monturas a retroceder. Los que se adelantaron se convirtieron en blanco de los arqueros.

Eskkar vio a uno de los jinetes caer de su montura y a otro guerrero agarrarse el estómago, inclinado hacia delante. De pronto todos dieron media vuelta y retrocedieron, sin recibir orden alguna. Los guerreros podían atacar, sin miedo, bajo una lluvia de flechas en una galopada hacia la gloria, pero nadie quería quedarse

inmóvil y ser utilizado como diana.

Las carcajadas y las burlas comenzaron a oírse desde las murallas al mismo tiempo que los jinetes emprendían la retirada para ponerse fuera del alcance de la flechas, dejando a muertos y heridos detrás. Esto los retrasaría al menos otra hora, pensó Eskkar, y se sentó de nuevo en su taburete. Totomes se le acercó sonriendo.

—Bien, capitán, les hemos dado una buena lección. No se acercarán tanto la próxima vez.

—Buena puntería, Totomes —le felicitó Eskkar—. ¿Cuántos han caído?

Aquello requería un examen más minucioso. El arquero se acercó a la muralla y comenzó a mover los labios mientras observaba los movimientos en la colina. Otros también estaban contando, pero el arquero prefería hacerlo personalmente.

—Yo diría que hemos matado a otros veinte o veinticinco hombres y caballos y herido a muchos más. Ha ido mejor de lo que yo pensaba. No creí que nuestros soldados acertaran tanto con arcos tan pequeños.

Eskkar estaba satisfecho. Medio centenar de bárbaros no participarían en la pelea de aquel día, y entre sus hombres no había habido ninguna baja.

—Yo diría que ha sido buena puntería, Totomes. No todos tienen tu ojo y tu brazo.

El arquero resopló.

—¿Estás seguro de que ha sido buena puntería hacer blanco sólo en medio centenar? Doscientos cincuenta arqueros han disparado por lo menos ocho flechas sobre un blanco inmóvil. Eso es... —hizo una pausa por un momento, con los ojos cerrados y moviendo los labios en silencio mientras hacía la cuenta, algo que estaba más allá de la capacidad de Eskkar—. Ésas son... más de dos mil flechas, o un acierto de cada cuarenta. No son muy buenos resultados.

—A quinientos pasos, Totomes, me contento con cualquier baja que causemos. Tenemos muchas flechas y hemos retrasado el ataque por lo menos durante una hora más. Mientras tanto, han estado de pie bajo el sol toda la mañana.

—De pie y sin agua —añadió Gatus, acercándose y participando del final de la conversación—. Hombres y caballos estarán sedientos.

Eskkar alzó la vista, agradecido al calor enviado de los cielos. Los defensores contaban con comida en abundancia, sal y agua, tal como reflejaba el constante uso de las letrinas.

Los Alur Meriki tardaron más de una hora en reagruparse. El capitán podía ver su frustración. Un jefe de clan golpeó a un hombre con su espada, derribándolo de su caballo, y más allá comenzó una pelea en la que estaban implicados más de media docena de hombres.

Finalmente consiguieron restablecer el orden y los tambores de Alur Meriki comenzaron sus redobles. Entre gritos de satisfacción, la horda comenzó su avance,

acercando sus caballos hasta la línea de flechas que sobresalían de la tierra y que marcaba con claridad el alcance de las mismas. La espera había terminado. De una forma u otra, cinco meses de preparativos serían decisivos en la próxima hora.

A lo largo de la muralla, Totomes, Forno y los otros jefes arqueros calcularon la distancia a la perfección. En el momento en que los Alur Meriki comenzaron a lanzar sus caballos al galope, la primera andanada de flechas salió a su encuentro. Eskkar se puso de pie, agarró el taburete y se acercó al borde de la rampa. Le entregó el asiento a uno de los pobladores. Después se colocó al lado de Totomes y observó cómo el hombre del Norte dirigía a sus arqueros.

Los bárbaros avanzaban rápidamente entre la lluvia de flechas. Los arqueros colocaban sus arcos más bajos después de cada disparo, hasta que alcanzaron la línea horizontal; con la muralla tenían una pequeña ventaja. Las primeras flechas de los Alur Meriki llegaron con un ruido sordo, impactando casi todas en el muro, otras sobrepasándolo y sólo unas pocas haciendo blanco en los hombres.

A semejante distancia, la mayoría de las flechas rebotaba contra los chalecos de cuero. Sin embargo, se escucharon gritos de dolor cuando acertaban en brazos y hombros descubiertos. Eskkar vio a uno de sus hombres herido en el ojo, cayendo muerto al instante. Pero el crujido de la madera seguido del sonido de la flecha al clavarse continuaba ininterrumpidamente. Los jinetes enemigos seguían cayendo incluso al llegar al foso. Esta vez se detuvieron, no querían verse atrapados en el barrizal. Pero unos pocos saltaron con sus animales, mientras que otros se dividieron y se dirigieron a cada lado de la muralla este, por el estrecho sendero que conducía a la parte norte y sur.

Los que habían intentado atravesar el foso se encontraron con algo inesperado. Los caballos se hundieron en el barro y a pesar del estruendo Eskkar pudo distinguir el chasquido de los huesos al romperse en el salto. El relincho agudo de los caballos heridos se elevó sobre los gritos de los jinetes.

Pero muchos permanecieron en sus monturas, lanzando flechas hacia sus enemigos en la muralla, mientras que otros desmontaron y descendieron al foso. Los soldados continuaron lanzando sus flechas hacia la masa de animales y hombres, que venían tan agrupados que casi todas daban en algún blanco. Eskkar pensó que si aquella situación se mantenía, serían aniquilados ese mismo día.

La voz de Totomes se elevó por encima del griterío, dando órdenes que se repitieron a lo largo del muro. La primera fila de arqueros se inclinó sobre la muralla y comenzó a matar a los que se encontraban debajo. Tras unas cuantas descargas, los atacantes intentaron abandonar el foso. Mientras tanto, la segunda hilera de arqueros continuó disparando hacia sus enemigos un poco más lejos.

Incluso con una sola formación de arqueros, el efecto estaba resultando devastador. Casi no erraban ni un solo tiro ante un blanco tan grande y a tan corta

distancia. Rápidamente, el borde del foso se cubrió de hombres y animales, algunos retorciéndose de dolor, con varias flechas en sus cuerpos. El redoble de un tambor se oyó en la retaguardia bárbara y los jinetes se dividieron, cabalgando hacia el Norte y hacia el Sur para huir de la mortal lluvia de flechas. Otros desmontaron para atacar la muralla a pie cuando los carros, empujados por esclavos y guerreros, llegaron al borde del foso.

Utilizando las carretas a modo de parapeto, los bárbaros comenzaron a disparar a los hombres de la muralla. Totomes ordenó a todos sus arqueros que se concentraran en aquellos guerreros. Las flechas dieron en el blanco cubriendo en un instante los laterales de las carretas.

Pero la llegada de los carros supuso un cambio. Un gran número de Alur Meriki avanzó y entró al foso, mientras los defensores continuaban intercambiando flechas con los guerreros parapetados. Al menos trescientos de ellos les hacían frente con sus arcos, número más que suficiente para contrarrestar a los defensores. Sin embargo, los Alur Meriki estaban obligados a lanzar sus proyectiles desde lejos, a casi noventa pasos, una corta distancia para los experimentados arqueros de la muralla. Los hombres que estaban de pie junto a los carros fueron los primeros en caer. Y, aunque cada vez se agolpaban más hombres tras las carretas, los soldados no les daban tregua, causando un gran número de bajas.

Los defensores no necesitaban orden alguna. Todos disparaban lo más rápido posible. Eskkar se apartó de la muralla para mirar hacia la aldea. Los pobladores, hombres y mujeres, continuaban con sus tareas. Carcajs repletos de flechas iban llegando sin descanso, y había suficientes muertos detrás de la muralla para suministrar arcos de repuesto.

Totomes gritó una orden convocando a los pobladores, armados con hachas y palos, contra el parapeto. Los arqueros continuaron disparando flechas, casi sin moverse, para permitir a los nuevos defensores que tomaran posiciones detrás del muro. La rampa era estrecha y casi no había espacio para tres filas de hombres.

Las escalas golpearon contra la muralla. Algunas fueron rechazadas de inmediato por los pobladores, pero otras se mantenían firmes, con los atacantes utilizando su peso para mantenerlas en su sitio. El capitán examinó la situación más allá del foso. La mortal puntería de los arqueros defensores continuaba haciendo estragos. Los arqueros bárbaros, a pesar de la protección de las carretas, parecían carecer de fuerzas para enfrentarse a los de Orak. Menos de la mitad del número inicial permanecía en pie. La mayoría se había ocultado detrás de los carros, apenas visibles bajo los cientos de flechas clavadas.

Los arqueros de Eskkar continuaban disparando, gruñendo sin cesar por el esfuerzo de tensar los rígidos arcos. Semanas de entrenamiento habían fortalecido sus músculos. Ninguno dejaba de alzar la flecha hasta la altura de la oreja antes de dejarla

volar. Una sensación de orgullo recorrió su cuerpo al comprobar que podían resistir a semejante ataque y seguir luchando con eficacia.

Ante él vio a un hombre y a una mujer forcejeando para derribar una escala. Corrió en su ayuda y la empujó hasta que comenzó a moverse lentamente, primero en vertical, hasta caer hacia atrás. Cuando se acercó al borde, una flecha rebotó contra su casco de cobre. Los arqueros bárbaros estaban de pie allí abajo, esperando para disparar a cualquiera que se asomara. Miró al hombre y a la mujer a su lado, ambos aterrados, y les sonrió.

—¡Piedras, traed las piedras!

A lo largo del parapeto se escuchó la misma orden repetida hasta el infinito. Los pobladores dejaron caer sus hachas y palos y comenzaron a lanzar piedras por encima de la muralla. Aquellas rocas del tamaño de un melón eran proyectiles mortales, y lanzados desde cinco metros de altura eran capaces de romper un brazo o un cráneo. Para aquellos que se encontraban en el fondo del foso, la distancia se incrementaba tres metros, con lo que las piedras podían aplastar una cabeza aunque llevara casco.

La lluvia de piedras representó una nueva sorpresa para los atacantes, quienes forcejeaban en el barro, que dificultaba sus movimientos, intentando esquivar los proyectiles.

De todos los ejercicios de práctica que habían realizado los pobladores, el lanzamiento de piedras había sido el que exigía más energía física. Los hombres se habían entrenado para lanzar las piedras al azar, pero siempre cerca de la base del muro. Era un trabajo agotador y demoledor; primero había que llevarlas a la parte superior, después lanzarlas y finalmente recuperarlas y repetir el proceso. Ahora veían recompensados aquellos esfuerzos. En el tiempo que un hombre podía contar hasta sesenta, más de mil piedras cayeron sobre los Alur Meriki.

Esta nueva táctica paralizó cualquier intento de escalar la muralla. Mientras tanto, un grito de victoria surgió de las filas de Totomes y sus arqueros al ver que los bárbaros parapetados detrás de los carros comenzaban a alejarse, sorprendidos por tantas bajas.

Se oyó la voz del arquero jefe ordenando a los pobladores que se apartaran del muro. También mandó a la segunda fila de arqueros que continuara disparando a los que se alejaban y dispuso a la primera en el borde de la muralla para que se pudieran asomar y disparar a todo el que estuviera debajo. Unos cuantos defensores recibieron las flechas de los bárbaros situados en la parte inferior, pero las rocas habían interrumpido el ataque y obligado a los hombres con escalas a apartarse del muro para buscar refugio entre los arqueros arrodillados detrás de ellos. Entonces los hombres de Eskkar lanzaron una lluvia de flechas, se agacharon y de inmediato soltaron otra. Tras la tercera andanada, no se molestaron en ocultarse, puesto que los bárbaros huyeron en desbandada. El capitán avanzó y echó un vistazo, pero tuvo que

bajarse de inmediato al ver que dos flechas se dirigían hacia él.

El casco de cobre lo convertía en un blanco fácil. Esa misma noche lo pintaría de oscuro. Pero aquella rápida ojeada le había proporcionado la información que precisaba. La lucha continuaría, pero el ataque contra aquel sector de la muralla había fracasado.

Decidió examinar la puerta. Bajó por la rampa de una carrera y llegó hasta la tierra, seguido de sus guardaespaldas. Habían traído su caballo, que un asustado muchacho sostenía por las riendas, tan tensas en torno a su muñeca que le llevó un rato aflojarlas.

Le dio las gracias al muchacho y se dirigió hacia la puerta. Casi no valía la pena ir a caballo debido a la escasa distancia. Pero era mejor hacerlo que llegar corriendo y sin aliento. En aquel sector se encontró con una gran confusión. Las flechas incendiarias habían caído sobre las viviendas, y aunque algunas todavía estaban ardiendo, los daños no eran muy cuantiosos. Pudo apreciar que allí la lucha había sido brutal, y así se lo confirmaban los cuerpos de los caídos bajo la rampa, la mayoría con flechas en la cara o el cuello.

El humo y el olor a madera quemada flotaban en el aire. Unos cuantos hombres, menos de los que deberían haber estado, cargaban con baldes de agua o montones de flechas y se los entregaban a los soldados de las torres o a los que estaban sobre la misma puerta.

Un niño corrió y cogió las riendas de la montura de Eskkar. Enseguida llegaron los veinte hombres de la reserva, sin aliento a causa de la carrera. Mandó a la mitad de ellos a cada torre, mientras subía los escalones que conducían a la parte superior de la puerta. En el parapeto superior se encontraban unos pocos pobladores echando agua continuamente para mantener la madera mojada.

En el andamio inferior, a sólo tres metros del suelo, había menos de diez hombres disparando sus flechas a través de las aberturas hechas sobre los troncos. La reserva de rocas en ambas plataformas parecía haberse agotado y no había quien trajera más. La otra fuerza de reserva ya había ocupado sus posiciones. Dio media vuelta y vio a Nicar y a Bantor a su lado. El brazo de su lugarteniente estaba cubierto de sangre.

—¿Dónde están los hombres que tienen que traer piedras? —gritó antes de que pudieran decirle nada.

—Han huido. —Nicar tuvo que alzar la voz para hacerse oír en medio del estrépito—. He enviado a buscar más hombres, pero todavía no han llegado.

—Traedlos de cualquier lado y que vengan con piedras. ¡Pronto!

Se dirigió a Bantor.

—¿Podéis resistir el ataque?

—Sí, pero con dificultad... los fuegos están aumentando. Necesitamos más agua.

—Mientras decía esto se escuchó un crujido provocado por un impacto contra la

puerta—. Si los apartamos de la base de la puerta, las llamas se apagarán por sí solas.

La puerta volvió a temblar. Eskkar subió por una escalera hasta el andamio superior y ordenó a sus guardaespaldas que buscaran arcos y que lo siguieran.

—¡Arqueros! A la plataforma superior.

Eskkar y su guardia, junto a los hombres que ya se encontraban allí, sumaban una docena. Los repartió a lo largo del parapeto. Cuando estuvieron listos, dio la orden.

—Empezad por la parte de atrás del foso. No apuntéis a los que están aquí abajo. Les obligaremos a salir hacia delante... Preparados... disparad.

Los arqueros se asomaron por encima del muro. El efecto de la andanada podía no resultar totalmente efectivo, pero al menos los arqueros, dispuestos en fila y disparando al unísono, sabían que no serían un blanco individual. Esto les proporcionó el coraje suficiente para lanzar otra lluvia de flechas cuando Eskkar dio la orden.

—¡Una vez más!

A tan poca distancia, aquellos disparos resultaron mortales para los atacantes.

El capitán examinó ambos lados de la muralla. Los hombres de las torres y el área adyacente seguían intercambiando flechas con los bárbaros que quedaban al otro lado del foso. Si conseguían detener a los que estaban ante la puerta, los hombres que portaban el ariete podían ser eliminados rápidamente. Al menos, en aquel momento la táctica estaba funcionando, después de cuatro andanadas no había ninguna baja propia.

Empezaron a llegar hombres sin aliento, cargando piedras y formando una cadena humana que se extendía por los andamios. Ahora la puerta temblaba rítmicamente, los golpes del ariete comenzaban a surtir efecto. Pronto aparecerían las primeras grietas. Los arqueros continuaban con su mortal tarea, pero dos de ellos habían sido heridos por flechas enemigas y habían caído de la plataforma. Al otro lado del foso, los bárbaros apuntaban hacia los hombres de la puerta, convirtiéndola en una posición peligrosa.

Eskkar agarró dos piedras en cuanto comenzaron a llegar.

—Esperad —les gritó a los hombres que ahora llenaban la plataforma. Se movió hacia el centro y dejó una de las piedras. Esperó a que otra hilera de pobladores estuviera agachada detrás de él, arrodillados tras la línea de arqueros. El andamio crujió bajo el peso.

Cuando los arqueros dejaron escapar sus flechas, Eskkar se levantó con una piedra en las manos.

—¡Ahora!

Echó una mirada rápida por encima de la puerta y vio que, al menos, treinta bárbaros sudorosos manejaban el ariete, usando sogas para moverlo de un lado al otro. Lanzó la piedra y vio que se estrellaba en el macizo tronco y rebotaba hiriendo a

un hombre en el hombro, que gritó al sentir crujir sus huesos. Al instante, agarró la segunda piedra y la lanzó con tanta fuerza como pudo, esta vez sin molestarse en ver qué efecto causaba. Una flecha enemiga pasó silbando a su lado.

—¡Arqueros! La próxima andanada será en dirección al ariete. Apuntad a los que lo están manejando. Preparados... ¡Ahora!

Se levantaron por encima de la puerta y lanzaron sus flechas. El arquero de la derecha de Eskkar dejó caer su arco con un grito cuando una flecha le atravesó el brazo. El capitán agarró el arma. Avistó al guerrero que dirigía el ataque del ariete, que alzaba un escudo sobre su cabeza como protección. Esta vez Eskkar apuntó con cuidado. Su flecha se hundió en el estómago del enemigo, justo por debajo del escudo.

Flechas y piedras llovieron sobre los bárbaros que portaban el pesado tronco, que comenzó a desequilibrarse hacia uno de los lados. Al otro había demasiados guerreros muertos o heridos y los restantes no pudieron sostenerlo. Aquello detuvo al ariete. Tendrían que realizar un gran esfuerzo para enderezarlo y volver a ponerlo en funcionamiento. Eskkar estaba impresionado ante el hecho de que hubieran sido capaces de utilizarlo en condiciones tan desfavorables.

Las piedras seguían lloviendo desde la parte superior de la puerta, con cuidado, apuntando para que cayeran en la base. En pocos instantes, los bárbaros se dieron cuenta de que se habían quedado sin protección, dieron media vuelta y salieron corriendo, resbalando en el barro y convirtiéndose en blancos fáciles para los hombres de las torres y muros cercanos. En el foso sólo quedaron los muertos y los moribundos.

Eskkar vio que un grupo de jinetes se acercaba al otro lado del foso para reforzar a los atacantes. Si no hubieran detenido el ariete, tendrían ahora a cien hombres descansados ante la puerta, más que suficientes para forzar a sus arqueros a refugiarse detrás de la muralla. Los guerreros dudaron al ver huir a sus compañeros y pronto comenzaron a volar flechas hacia donde se encontraban. Algunos avanzaron valientemente para ayudar a los que venían a pie, y unos cuantos pagaron caro su valor.

Los bárbaros habían comenzado a retroceder a lo largo de la muralla, mientras que los soldados de Totomes terminaban de eliminar a los arqueros enemigos refugiados detrás de los carros. Una vez más, los Alur Meriki tenían que huir bajo una andanada de flechas.

Los gritos de victoria se oyeron en toda la muralla, incluso mientras los jefes insultaban a sus hombres por abandonar sus arcos momentáneamente. También los defensores estaban cansados, así que vieron con placer cómo los bárbaros corrían a ponerse a cubierto. Eskkar miró al sol y vio que había transcurrido menos de una hora desde el comienzo del ataque. Examinó el foso de nuevo y advirtió que casi no podía

ver el fondo, cubierto con los cadáveres de hombres y animales.

Los bárbaros comenzaron a reagruparse bajo sus estandartes. A medio kilómetro, la derrota y la incredulidad podían apreciarse en sus actitudes. El del primer día había sido un ensayo nada más. Pero éste había sido un ataque en toda regla, y no estaban acostumbrados a ser vencidos. Peor aún, habían tenido que dejar a muchos de sus hermanos de clan abandonados. El capitán pudo observar a un grupo de jefes cuya furia y frustración eran visibles desde esa distancia. Estuvieron discutiendo durante algún tiempo, rodeados de cientos de hombres desmoralizados y agotados. Finalmente, los estandartes se elevaron. Los hombres hicieron girar sus cabalgaduras y emprendieron la vuelta al campamento. Aquel día, la batalla había concluido.

Eskkar se recostó pesadamente contra la puerta, respirando agitado; después dirigió la vista hacia Orak. Hombres y mujeres del poblado se agrupaban a sus pies. Todos los ojos se habían detenido en él, esperando en silencio. Habían venido porque la lucha había cesado y todos sabían que el enemigo se estaba retirando. Ahora querían oír de sus propios labios cuál había sido el resultado.

Se secó el sudor de la frente y se enderezó. Sabía que tenía que hablarles. Aquel era uno de esos momentos en que las palabras eran más importantes que las armas. Respiró hondo y alzó la voz, mientras se acusaba interiormente de ser un hipócrita.

—¡Habitantes de Orak! Los bárbaros han sido rechazados una vez más. —Sus últimas palabras fueron ahogadas por la algarabía, que llegó incluso hasta el campamento bárbaro. Volvió a repetir sus palabras, pero los vítores continuaron hasta que levantó las manos pidiendo silencio.

—Hemos ganado una batalla, pero la lucha no ha terminado. ¡Los hemos rechazado, pero volverán! Y ahora estarán llenos de furia y odio, y querrán vengar a sus muertos. Mientras permanezcan al otro lado de la muralla, el peligro no disminuirá. Volved a vuestras ocupaciones. Todavía hay mucho que hacer.

Esto tendría que satisfacerlos. Bajó de la puerta y se encontró a Gatus y a Bantor esperándolo. Bantor tenía el brazo cubierto de sangre, la mirada un poco perdida y se tambaleaba ligeramente.

—¿Dónde está Maldar? —gritó Eskkar—. ¡Casi perdemos la puerta porque los pobladores escaparon asustados!

Con aquel arranque de furia, la energía y la frustración contenidas durante los últimos días afloraron. La puerta podía haber caído y la aldea habría sido capturada por falta de unas cuantas piedras y hombres para transportarlas.

Gatus y Bantor permanecieron callados, así que él continuó gritando órdenes, dando rienda suelta a su cólera.

—Enviad hombres al foso a buscar escalas y armas. Y leñadores para destruir el ariete y traerlo aquí. —El constructor se abrió paso entre la multitud—. Corio, ve con tus hombres al otro lado de la muralla y revisa la puerta. He visto que algunos

hombres intentaban hacer un pozo por debajo, y el ariete ha resquebrajado algunos de los troncos. Haz todas las reparaciones posibles antes de que caiga la noche. ¡Y no te olvides de recuperar las piedras!

Gatus también hizo un gesto de asentimiento y se alejó, dando órdenes a sus hombres. Pero Bantor se apoyó pesadamente en uno de los pobladores. Eskkar se dio cuenta de que su lugarteniente estaba gravemente herido. La sangre le caía por el cuello y traspasaba un tosco vendaje que llevaba en su brazo izquierdo.

Se dirigió a sus guardaespaldas.

—Llevad a Bantor a casa y buscad al curandero.

Un jinete se abrió paso entre la multitud. Era Jalen, que regresaba de la puerta posterior.

—Capitán, ¿hace falta ayuda en este sector?

Su voz dejaba traslucir la preocupación.

—No, ya no. ¿Algún problema por el lado del río?

—Un pequeño grupo de bárbaros atacó la puerta, pero los rechazamos sin demasiados problemas. Por aquella parte todo está asegurado.

Eskkar asintió, todavía alterado por la emoción.

—¿Dónde están Sisuthros y Maldar?

Se le acercaron varios soldados nerviosos y le fueron relatando los acontecimientos por partes, cada uno contribuyendo con lo que sabía. A Sisuthros le habían herido al principio, una flecha le había atravesado la boca y había salido por la oreja, llevándose a su paso dos dientes. Cuando se lo llevaron sangraba en abundancia.

Maldar había recibido un flechazo debajo del brazo derecho y se había desvanecido por la pérdida de sangre, justo cuando el encargado de sustituirle en el mando había caído muerto. Con sus comandantes heridos, los hombres habían actuado lo mejor que pudieron. En el tumulto nadie se dio cuenta de que los pobladores habían abandonado sus puestos y escapado.

Eskkar se acercó al último de sus guardaespaldas tan enfurecido que éste retrocedió unos pasos.

—Busca a los hombres que abandonaron su puesto y tráelos. ¡A todos! Los quiero a todos.

Los cobardes habían comprometido toda la defensa, aunque ellos mismos no corrieran el mayor peligro. Habían visto caer muertos a unos hombres y habían escapado para esconderse en sus casas o debajo de las camas. Como si eso fuera a salvarlos. Juró que pagarían por su cobardía. Respiró hondo y trató de controlarse.

—¡Jalen! Hazte cargo. Asegúrate de que las defensas estén listas para otro ataque. Despeja los cuerpos que están delante de la puerta. Trae agua y comida para los hombres y reemplaza a alguno de ellos por otros más descansados que estén

apostados en otros sectores de la muralla. Que todos los arqueros cambien las cuerdas de sus arcos, manda traer más flechas y piedras... malditos sean todos los dioses, ¡ya sabes lo que hay que hacer!

Todos se dirigieron a las tareas encomendadas, agradecidos de alejarse de su furioso capitán y olvidándose de cualquier idea de celebración. Eskkar se tomó su tiempo para inspeccionar a los hombres en ambas torres, manteniendo su ira bajo control y asegurándose de que supieran qué hacer y de que los refuerzos empezaban a llegar. Cuando consideró que la puerta estaba segura, volvió a llamar a Jalen.

—Dile a Gatus que me voy a casa.

Su caballo todavía esperaba. Un niño de unas doce estaciones sostenía las riendas. Montó y, agachándose, agarró al niño y lo sentó delante de él.

—Vamos, muchacho. Te has ganado una moneda por hacer tu trabajo, y no tengo ninguna conmigo.

Espoleó al caballo y avanzaron por las estrechas callejuelas mientras la gente se apartaba a su paso; cualquier conversación se apagaba ante su semblante taciturno.

Al llegar, se bajó del caballo y sostuvo al muchacho en sus brazos como si fuera un niño.

—Quédate con el caballo, pero dale un poco de agua. Es posible que lo necesite más tarde.

Se abrió paso por el patio, viendo que buena parte del espacio libre estaba ocupado por los heridos. Nicar estaba allí de pie, dirigiendo a los hombres y despachando mensajeros. Entró en la casa y se encontró a Trella y a una docena de mujeres trabajando junto a los curanderos. Ella le dedicó una breve sonrisa y continuó con su trabajo. Cuatro heridos del clan del Halcón yacían en la sala, entre ellos Maldar, que estaba inconsciente. Unos vendajes ensangrentados le cubrían el torso y el brazo.

Encontró a Sisuthros sentado en el suelo, con la espalda contra la pared y el pecho cubierto de sangre seca. Su boca, mandíbula y cuello estaban vendados fuertemente. De los vendajes casi no brotaba sangre, pero los ojos de su lugarteniente parecían alerta. Sisuthros no podía hablar, pero alzó la mano izquierda cuando vio a Eskkar.

Éste se acercó y le cogió el brazo sano cuidadosamente entre sus manos.

—Parece como si te hubieran amortajado. —El hombre trató de negar con la cabeza, pero el movimiento le resultó doloroso—. Descansa. Los rechazamos y el combate ha concluido por hoy, y quizá tengamos una tregua durante los próximos días. —Miró a su alrededor—. ¿Has visto a Bantor?

Sisuthros volvió a levantar la mano señalando hacia arriba. Eskkar subió corriendo hasta la sala de trabajo. Allí encontró a Ventor, que terminaba su tarea, asistido por Annok-sur, a la que le temblaban los labios mientras ayudaba a vendar a su marido, inconsciente sobre la mesa.

Se quedó de pie un momento hasta que el curandero se apartó y comenzó a guardar su instrumental en la bolsa.

—¿Cómo está?

—Le sacaron una flecha del brazo —respondió con lentitud el curandero—. Eso debió de ser al comienzo de la batalla. Y después otra le atravesó el cuello. —Miró a Annok-sur—. Tu esposo es un hombre afortunado. La flecha no ha afectado a ningún punto vital. —Se dirigió de nuevo a Eskkar—. He lavado la herida y la he vendado, pero ha perdido mucha sangre y ahora su vida depende de los dioses.

Ventor ya se disponía a marcharse, pero el capitán lo detuvo.

—Haz todo lo que puedas por él. Ha luchado con valor.

—Al igual que muchos otros, a juzgar por sus heridas —respondió cansado—. Pero regresaré en cuanto pueda. Annok-sur me llamará si algo sucede.

Ventor lo apartó y bajó las escaleras.

—Tendría que estar ayudando a los demás. —La voz de Annok-sur temblaba y sus hombros se sacudían ante el esfuerzo que hacía por contener las lágrimas—. Hay heridos por todas partes.

—Quédate aquí —le ordenó Eskkar—, y vigílalo continuamente. Hazme saber si necesitas algo. —Ella se quedó de pie, retorciendo un vendaje entre sus manos—. Es fuerte, Annok-sur. Los dioses seguro que le ayudarán a que se recupere.

No había nada más que él pudiera hacer, así que volvió al piso inferior y se detuvo a medio camino para examinar la situación, intentando acallar los lamentos de los heridos. En el campo de batalla, lejos del agua o los curanderos, cualquier herida sería causaba la muerte a la mayoría de los hombres. Aquí, con tantas personas para cuidarlos, la mitad tal vez conseguiría sobrevivir. Las mujeres habían dispuesto todo de la mejor forma posible, haciendo vendajes con lienzos limpios, preparando bancos y mesas para los heridos y asegurándose de que el agua y el vino fueran abundantes tanto para los heridos como para los que los asistían.

Salió al patio y fue hacia la mesa donde se encontraban Gatus, Corio, Nicar, Rebba y los otros jefes. Gatus había resultado ileso, aunque se había expuesto con frecuencia. Eskkar escuchó los informes con la mandíbula apretada, furioso.

El problema había estado en las torres. Todos los guerreros hacían blanco en ellas. Se juró en silencio que la próxima vez que Alur Meriki volviera a Orak, se encontraría con torres más grandes y numerosas. Y estarían por delante de la muralla para que los defensores no tuvieran que asomarse para disparar sobre quien estuviera en la base de la puerta o sobre la misma muralla. Se maldijo por no haberlo previsto.

Gatus echó un vistazo a su capitán, le sirvió vino en una copa y se la entregó.

—¿Cómo están? —preguntó, señalando con la cabeza hacia los heridos.

—Sisuthros está bien... sólo que no puede hablar. Maldar está grave, pero es posible que viva, si la herida no se infecta. Bantor está... ha perdido mucha sangre y

el curandero no sabe todavía. O si sabe no lo dice.

Se llevó la copa a los labios y tuvo que concentrarse para evitar que le temblara la mano, aunque se preguntó por qué se molestaba en hacerlo. Muchos hombres valientes temblaban después de la batalla, agradecidos de seguir con vida y lejos de la tensión de la lucha.

—Traed un asiento para el capitán —ordenó Gatus, y un hombre del clan del Halcón le acercó un banco—. Los escribas han terminado de contar nuestros muertos y heridos. —El segundo al mando se inclinó sobre la tablilla de arcilla—. Cincuenta y un arqueros muertos, sesenta y dos heridos. Si vuelven, tendremos que quitar hombres de la muralla posterior y de los laterales.

Eskkar luchó con los números un momento. Una cuarta parte de sus soldados estaban muertos o fuera de combate, y la mayoría de las bajas procedían de las torres y la puerta. Más de cien valiosos arqueros, a los que había llevado meses entrenar. Ahora las defensas estarían más débiles.

—Hoy no regresarán. Estoy seguro de ello. ¿A cuántos hemos matado? ¿Han hecho ya la cuenta?

—No, todavía no. Los hombres del foso están todavía trabajando. Jalen nos informará en cuanto terminen de contar.

—Las escalas ya han sido recogidas y el ariete pronto será convertido en leña, capitán —agregó Corio—. Les llevará tiempo encontrar más madera para las escalas. La puerta está en buen estado. El fuego no alcanzó la fuerza suficiente para dañarla, y el ariete sólo causó algunas grietas. Estamos reforzando con maderos las partes más deterioradas. Habremos terminado antes de que caiga la noche.

Eskkar asintió satisfecho.

—Muy bien, Corio, tu puerta ha resistido.

Un caballo llegó al galope con un escriba sonriente de la casa de Nicar.

—Capitán, traigo noticias de Jalen. Hemos contado a los bárbaros muertos. —El mensajero hizo una pausa antes de dar la información—. Trescientos treinta y dos, incluidos los de esta mañana —añadió, recordando entonces el resto del informe—. Jalen está recogiendo las armas y las flechas y ha cruzado la muralla para incendiar los carros que dejaron abandonados.

—¡Ishtar! —Gatus golpeó la mesa con el puño—. Ese idiota va a hacer que lo maten por unos cuantos carros.

El escriba miró nervioso a su alrededor.

—Los arqueros lo protegen y...

—Es suficiente, muchacho —dijo el capitán. Era demasiado tarde para ordenarle a Jalen que regresara. Cuando enviara a alguien a la puerta, su lugarteniente habría terminado ya de incendiar los carros o estaría muerto—. ¿Alguna otra cosa?

Al no haber más novedades, Eskkar le dio las gracias al escriba y lo mandó de

vuelta a sus tareas.

—Gatus, los bárbaros han sido unos estúpidos al dejar esos carros abandonados. Haremos bien en quemarlos. Sin embargo, si contamos trescientos muertos, eso quiere decir que hay por lo menos unos cien heridos. Ésta es una terrible derrota para ellos. Han perdido muchos hombres, incluidos algunos de sus mejores arqueros.

—¿Qué sucederá ahora? —preguntó Nicar—. ¿Volverán?

—Sí, pero no hasta que hayan trazado un nuevo plan. Hoy han aprendido la lección y no intentarán enfrentarse a nosotros con flechas otra vez. Por lo menos no como hoy. Y también se han dado cuenta de que no nos derrumbaremos aterrados ante ellos. —Eskkar respiró hondo—. Si atacan de nuevo la puerta, vendrán mejor preparados. Hoy podrían haberla tirado si hubieran estado mejor organizados. Tardaron mucho en llegar los refuerzos.

El capitán comprendió que incluso el poderoso Alur Meriki podía equivocarse en mitad de la batalla. Pero no cometerían dos veces el mismo error. Su mirada se cruzó con la de Nicar.

—O tal vez nos ataquen por la noche.

El comerciante parecía incómodo, y esto le hizo recordar algo.

—¿Habéis encontrado a los hombres que abandonaron su puesto? —preguntó Eskkar a Gatus—. ¿Dónde están?

Gatus y Nicar intercambiaron una mirada antes de que el primero contestara.

—Hay treinta hombres en la calle —respondió con calma—. Cuatro estaban al mando. Encontraron a tres, que también están fuera. Todavía están buscando al cuarto.

Gatus se apoyó contra el respaldo de la silla y miró a Nicar.

—Capitán, han hecho lo mismo que sus jefes —dijo el mercader disculpándolos—. La mayoría son buenos hombres, y no deben ser castigados por los errores de sus jefes.

Se hizo el silencio en la mesa, aunque los lamentos de los heridos y las voces de quienes los atendían continuaron. Eskkar hizo una breve pausa, intentando controlarse.

—Esos hombres tenían que transportar piedras a la puerta. Hemos tenido que llamar a la reserva. Bantor, Maldar y Sisuthros han resultado heridos. —Miró a su alrededor—. Si el combate en la muralla norte hubiera durado un poco más la puerta habría sido conquistada y la aldea estaría perdida. ¡Y ahora uno de ellos se ha escondido! —Cerró la mano y golpeó suavemente la mesa—. Debería matarlos a todos, a los treinta. Quizá Bantor y los demás no estarían heridos si esos pobladores hubieran permanecido en sus puestos. —Nadie lo miró—. Los mataría a todos, si no los fuera a necesitar mañana. —Abrió el puño—. Los cuatro jefes morirán, sus bienes serán confiscados y se distribuirán con cualquier otro botín que obtengamos. A los

demás se les asignarán tareas de mayor riesgo. Si intentan huir, los soldados los matarán de inmediato. Todos en Orak deben saber qué han hecho y por qué son castigados, para que comprendan lo que sucederá si alguien más intenta huir.

Nicar tragó saliva, nervioso, pero permaneció en silencio. El rostro de Eskkar era argumento suficiente. Nada lo haría cambiar de opinión.

Gatus se dirigió al comerciante.

—Es más de lo que merecen. Los pobladores deben entender que sus jefes están dispuestos a pelear por ellos. —Volvió la vista a Eskkar—. Encontraremos al cuarto hombre muy pronto. ¿Cómo quieres que mueran?

Eskkar habría querido asarlos vivos, pero sabía que no podía dar esa orden.

—Simplemente mátalos, Gatus, tan pronto como encuentres al último, mátalos y asegúrate de que todos conozcan la causa. Hazlo en el mercado, con la espada. Es un destino mejor que el que habrían sufrido bajo los bárbaros. Nicar y Rebba se pueden ocupar de los detalles. —Alejó cualquier pensamiento relacionado con aquellos hombres—. Ahora preparémonos para el próximo ataque.

A tres kilómetros de distancia, un Thutmose-sin furioso estaba sentado en su tienda, pensando todavía en el fallido ataque de horas antes. Los comedores de tierra no habían temblado ante sus guerreros. Al contrario. Habían luchado con valor, mientras sus malditas flechas sembraban el caos entre sus hombres. Su jefe traidor los había preparado bien, enseñando a aquellos cobardes a utilizar el arco mientras se ocultaban detrás de su muralla. Y cada vez que los Alur Meriki intentaron redoblar su ataque, los habían rechazado.

Ahora Thutmose-sin tenía que dar aún más malas noticias al consejo. Bar'rack había llegado al campamento hacía apenas una hora, casi exangüe. El jefe del clan de Bar'rack, Insak, fue el primero en recibir aquella información. Insak llamó después a Altanar, el jefe del otro clan que había suministrado guerreros para el ataque en la otra orilla del río, y los tres informaron a Thutmose-sin.

Bar'rack contó, una vez más, lo sucedido al otro lado del Tigris. Thutmose-sin se sentó y escuchó su relato con el semblante casi pétreo. Las noticias no le sorprendieron. Ya se había imaginado que los jinetes habían muerto o se habían dispersado, de otro modo ya les habrían avisado días atrás. Un retraso de uno o dos días era perfectamente asumible, pero cualquier jefe sería un estúpido si desobedeciera las órdenes del *sarrum* durante más de una semana. Cuando Bar'rack concluyó, Thutmose-sin le dijo que guardara silencio sobre la derrota y lo mandó salir.

—Debe de haber sido ese Eskkar —dijo Thutmose-sin cuando estuvieron solos

—. Se mueve con rapidez. Estaba en la otra orilla del río hace sólo unos días, y luego regresó a Orak para intentar detener nuestro ataque.

—¿Cómo se enteró de que los guerreros estaban allí? —se preguntó Insak—. Lleva tiempo reunir a los hombres y preparar una emboscada. ¿Habrá un espía en nuestro campamento, alguien que...?

—No, no lo creo —contestó el *sarrum*—. Conoció nuestro plan de rodear el poblado por los Ur-Nammu. Con esa información debió de adivinar que enviaríamos a un grupo al otro lado del río. Así que convocó a los Ur-Nammu para contar con jinetes, hizo sus preparativos y se dirigió en dirección Norte.

—Es un demonio, entonces —concluyó Altanar—, uno de los nuestros que nos traicionó. Debe ser muerto, despellejado vivo y asado sobre el fuego.

—En eso estamos de acuerdo, Altanar —admitió Thutmose-sin—. Pero primero tendremos que atraparlo. Llama al resto del consejo. Habrá que informarles.

Los dos jefes de clan se alejaron, y Thutmose-sin continuó con sus reflexiones. Orak había resultado un desastre. El fracaso de ese día, unido a las últimas noticias, enfurecería al consejo. Desde el exterior le llegaba el sonido de los jefes de los clanes congregándose, algunos todavía discutiendo por la batalla, culpándose mutuamente por el fracaso. Sus voces se elevaban furiosas y las acusaciones y recriminaciones iban de uno a otro.

—Todos te aguardan, *sarrum*..

Thutmose-sin aclaró sus ideas, se ajustó la espada a la cintura y salió de su tienda. El consejo en pleno de Alur Meriki, con todos los jefes de clanes presentes, dirigió sus miradas hacia él. Su presencia acalló las discusiones y todos se sentaron en el suelo frente a su tienda. Cuando finalizaron, Thutmose-sin se unió a ellos, ocupando el último espacio vacío para completar el círculo. Markad e Issogu se colocaron a su espalda. No se permitía la presencia de ningún miembro de la guardia cuando el consejo en pleno estaba reunido. El *sarrum* hizo un gesto a Insak.

—Uno de mis guerreros ha regresado de la otra orilla del río —comenzó Insak.

Repitió la historia de Bar'rack, tomándose su tiempo y sin omitir detalle. El consejo permaneció sentado, boquiabierto, silente ante la noticia de que otro grupo de guerreros Alur Meriki había dejado de existir.

—Esos comedores de tierra deben ser aniquilados. Mi clan reclama venganza. Son peor que los Ur-Nammu, que avergüenzan a su clan uniéndose a ellos —concluyó Insak.

Todos continuaron hablando, al principio haciendo más preguntas, después discutiendo, como había previsto Thutmose-sin. Algunos querían perseguir a los Ur-Nammu, otros pretendían atacar las tierras del otro lado del río. Los había también que querían volver a atacar la aldea tan pronto como fuera posible. Pero unos pocos querían seguir la marcha. Aunque Thutmose-sin comprobó, aliviado, que sólo cuatro

jefes de clan hablaban abiertamente de abandonar Orak.

Finalmente el gran jefe alzó la mano y las conversaciones se apagaron.

—Hermanos de clan —comenzó—, tenemos que destruir este poblado. No tenemos otra alternativa. —Miró a los ojos a cada uno de los congregados—. Estamos comprometidos. Hemos acorralado a los comedores de tierra en este lugar y destruido sus granjas y sembrados. Nuestros compañeros al otro lado del río estaban allí para evitar que escaparan, pero no están tratando de hacerlo. Las escasas embarcaciones que tienen están en el poblado, y no las usan. Orak nos desafía cada día que resiste. Su gente está dispuesta a morir, y deberá morir. Hemos planeado esta batalla. Nos hemos alejado de nuestra ruta habitual. Ahora tenemos que acabar con ellos. Si tuviéramos suficientes alimentos, podríamos verlos morir de hambre. Pero las tierras están asoladas y no podemos permanecer aquí mucho tiempo.

—Pero la pérdida del grupo de la otra orilla... ¿No los necesitamos?

—Estaban para impedir que los comedores de tierra cruzaran el río. —Thutmose sin se puso de pie—. Nuestros hombres han vigilado el cruce y ninguno de los pobladores ha intentado huir. Nuestros guerreros en la otra orilla no serían de utilidad aunque estuvieran vivos. Y estoy seguro de que los hombres de Insak y Altanar mataron a muchos comedores de tierra antes de caer. Ahora nos toca a nosotros vengar a los nuestros. —Permanecieron en silencio. Los había avergonzado y acallado a todos, y ahora nadie se atrevía a mirarlo—. Nada ha cambiado. Los comedores de tierra nos han rechazado porque han tenido suerte. La próxima vez será diferente. —Endureció la voz—. Alur Meriki nunca ha sido derrotado. Recordádselo a vuestros guerreros. Decidles que se preparen para volver a atacar el poblado y que no importa lo que nos cueste, porque tendremos éxito o todos los Alur Meriki pereceremos en el intento. Y esta vez, hermanos de clan, no escatimaremos nada, y no fracasaremos.



CAPÍTULO 24

Eskkar volvió a su habitación pasada la medianoche y cerró la puerta. Bantor continuaba sobre la mesa de la estancia contigua, bajo la atenta mirada de su esposa. Ventor no quería arriesgarse a que se le volvieran a abrir las heridas transportándolo hasta su cama. El curandero y su asistente se quedaron a dormir, aunque no mucho, en el dormitorio de Bantor en la planta baja.

Trella le estaba esperando sentada con las piernas cruzadas sobre la cama. La estancia estaba ligeramente iluminada por una pequeña lámpara. Sabía que estaría despierta porque podría necesitarla.

—Tendrías que estar durmiendo —la recriminó suavemente, aunque agradecido de que no fuera así.

Ella se levantó y fue a su encuentro.

—Ha sido un largo día para ti, Eskkar. Creí que necesitarías hablar. —Pronunció aquellas palabras en voz baja, recordándole que había gente en la habitación de al lado. Se le acercó un momento y luego retrocedió, mientras le ayudaba a quitarse la gran espada de la cintura—. He visto lo que hiciste con los hombres de la puerta. Estaba en el mercado cuando los mataron.

La mayoría de los heridos habían sido trasladados al mercado, y ella había ido hacia allí después de haber hecho todo lo posible en la casa.

La abrazó brevemente y luego se sentó cansado al borde de la cama.

—Estaba enfadado. Podían haber derribado la puerta y todos nosotros estaríamos muertos. Merecían morir. Habría querido darles muerte personalmente, torturarlos.

Trella llenó una copa con una mezcla de agua y vino y se la alcanzó.

—Me han dicho que Nicar pidió clemencia en su nombre. Le sonrió y vació la copa.

—Así que estuviste en la reunión, después de todo.

Trella le cogió la copa vacía de la mano y la dejó en el suelo; después se subió a la cama y comenzó a masajearle los hombros, frotándole con sus fuertes dedos los

músculos del cuello.

—Has hecho lo correcto, matar sólo a los jefes y rápidamente, antes de que alguien pudiera apiadarse de ellos. Pero Nicar también ha estado acertado al pedir clemencia por los otros. Debes agradecérselo. —Le besó en el cuello—. Te ha dado un buen consejo, aunque no se lo hubieras pedido.

Eskkar comenzó a relajarse. El masaje se interrumpió un instante y escuchó el sonido que Trella hacía al quitarse el vestido. Luego le pasó las manos sobre el pecho para abrazarlo, y pudo sentir el roce de los senos de la muchacha contra su espalda, con sus pezones erectos.

—Necesitas dormir un poco, Eskkar, antes de que llegue la mañana. Déjame ayudarte a conciliar el sueño.

La chica apagó la lámpara y le obligó delicadamente a acostarse. Lo besó con ternura, mientras recorría el cuerpo con las manos y se entrelazaba con él.

De pronto, él la deseó. Su fatiga desapareció y sintió que la pasión se despertaba en su interior. Había sobrevivido a otra batalla y ahora la deseaba, para notar que estaba vivo, sin saber por qué motivo. La acomodó a su lado en la cama y se colocó sobre ella, oyéndola gemir suavemente mientras la penetraba y la abrazaba. Después ya no pensó en nada más.

El sol ya estaba alto sobre el horizonte cuando se despertó con los ruidos de la calle. Trella lo había dejado dormir, pero ella se había levantado temprano para sus tareas. Eskkar se sintió irritado consigo mismo. La aldea estaba rodeada de miles de salvajes enemigos y el jefe de Orak dormía en su blando lecho después del amanecer.

Se despejó y se vistió, y luego fue a la otra estancia, pero se detuvo bruscamente al ver que allí se habían reunido varias personas. Pero lo que más le sorprendió fue ver a Bantor despierto, recostado sobre unas mantas y tomando la sopa que le daba su esposa. Estaba pálido y débil, pero su mirada era viva.

—¡Bantor! Me alegra verte despierto. —Eskkar miró a Annok-sur—. El curandero... quiero decir... está...

—Ventor dijo que estaba mejor. —Annok-sur no podía ocultar la alegría en su voz—. No tiene permitido hablar. Y está muy débil y no debe moverse o hacer esfuerzos durante varios días. El curandero ya estuvo aquí para cambiarle las vendas. La hemorragia ha cesado.

—Son buenas noticias —exclamó el capitán con una sonrisa iluminándole el rostro—. Tengo que irme, antes de que todos piensen que me voy a pasar el día durmiendo. —Los ojos de Bantor rebosaban preguntas, pero Eskkar las ignoró—. Todo está bajo control, así que no intentes hablar. Annok-sur te lo contará todo. —La miró—. Las mujeres de esta aldea parecen estar al tanto de todo lo que ocurre.

Pasó por la mesa de mando, donde le informaron de que los bárbaros no estaban a la vista y de que no había sucedido nada durante la noche. Fue hasta el pozo, se lavó

y bebió en abundancia agua fresca, que después se echó encima. Luego volvió a la casa y entró a la cocina, donde le dieron pan, higos y unas lonchas recién asadas de carne de caballo. Puso todo sobre una tabla, junto con una copa de agua, y se lo llevó a la mesa de mando.

Gatus, agotado, acababa de llegar de su guardia. Eskkar recordó que su segundo al mando ya tenía una cierta edad.

—Recorrí la muralla al amanecer —le informó Gatus—. Todo está en orden. El trabajo continúa en la puerta y se han llevado hasta allí una enorme cantidad de piedras. Jalen está de guardia y Hamati está haciendo otro reconocimiento. Corio quiere saber qué debemos hacer con todos los cadáveres del foso. El olor se hará insoportable en poco tiempo.

Eskkar dio un mordisco a la carne y la tragó con un poco de agua, después masticó un pedazo de pan, mientras pensaba. Trella había hablado varias veces de la necesidad de mantener el poblado lo más limpio posible durante el asedio. Como él no había mostrado demasiado interés por la cuestión, ella había aceptado la responsabilidad. No comprendía sus razones para ocuparse de la higiene, pero le parecía lo suficientemente inofensivo.

Trella había organizado grupos para quitar la suciedad de las calles y se aseguraba de que todos los pobladores limpiaran lo que manchaban. Había carros que recogían los desperdicios humanos y animales diariamente y los llevaban a los establos, en donde habían cavado un profundo pozo.

Antes de que el ataque les obligara a cerrar las puertas, los carros simplemente tiraban su contenido al río, dejando que los que habitaban corriente abajo se preocuparan por los eventuales regalos que flotaban en el agua. Pero los cadáveres del foso pronto apestarían. El olor era lo que menos le preocupaba, pero era posible que bloquearan el recorrido de las aguas necesarias para mantener enfangado el foso. En pocos días quizá se encontraran con zonas secas que los bárbaros podían utilizar para sus ataques.

—Gatus, quiero que los cuerpos sean retirados y lanzados al río. No podemos dejar que nada impida que el agua se extienda por el foso. Así que utilizaremos a todos los hombres que huyeron ayer. Les diré que es su oportunidad de redimir su honor cumpliendo esa tarea, si la hacen bien. Les dejaremos a ellos el trabajo sucio, pero también necesitaremos soldados y más gente para ayudar, y tal vez algunos caballos y carros. Si tenemos todo preparado, es posible que podamos sacar los cadáveres en pocas horas, y quizá los bárbaros no interfieran.

—Es un trabajo nauseabundo, ni siquiera digno de esclavos —replicó su segundo entre carcajadas—. La próxima vez, antes de abandonar sus puestos, se lo pensarán dos veces. Lo prepararé todo y saldré con ellos.

Eskkar pensó que probablemente con la ejecución de sus jefes la noche anterior

conseguirían concentrarse más en su tarea.

—Ten todo dispuesto, pero yo los vigilaré —le ordenó—. Debes descansar. —Gatus abrió la boca para protestar pero el capitán levantó la mano silenciándolo—. Si lo hago, todos verán lo importante que es, y yo tendré una oportunidad de estirar las piernas. Ofreceré algunas monedas al que trabaje más duro.

Se levantó y se acercó al pozo. Un sirviente subió un balde con agua fresca. Los hombres siempre se olvidaban de tomar suficiente agua cuando tenían posibilidad de hacerlo, y un largo día bajo el sol los debilitaba por la sed.

A media mañana abrieron la puerta posterior del poblado. Los soldados estaban en guardia, por si algún grupo de bárbaros había decidido ocultarse en la orilla del río. Pero sólo los recibió el sonido del agua. Unos doscientos hombres y mujeres salieron en fila, llevando unos cuantos caballos y cargando cuerdas y tablas. Todos se dirigieron rápidamente a sus puestos.

No tuvieron que alejarse demasiado para encontrar los primeros cadáveres. El sol abrasador y el barro hacían que resultara un trabajo agotador, y los cuerpos de hombres y animales ya estaban cubiertos de moscas que se elevaban como nubes cuando se las molestaba. Muchos de los muertos habían vaciado sus esfínteres al expirar, lo que añadía el olor de los excrementos al de la sangre y las heridas abiertas. Vieron marcas de dientes en los cuerpos, que indicaban que durante la noche muchos animalillos se habían dado un festín.

Los hombres chapotearon en el barro, arrastrando los cadáveres hacia un extremo del foso, en donde otros los ataban con cuerdas y luego apremiaban a los nerviosos caballos para que cumplieran con su desagradable tarea. Al mover los cuerpos, el olor a muerte se elevó sobre el aire abrasador.

El peor de los trabajos fue encargado a los hombres que habían abandonado su puesto. Ellos tenían que retirar los cadáveres del barro en el extremo del foso. Pero no fueron suficientes, así que el resto de los pobladores que los acompañaban tuvieron que ayudarles. Pronto se encontraron todos metidos en el barrizal, aunque la mayoría temía más que los bárbaros los descubrieran fuera de la muralla que aquel insoportable olor.

Comenzaron desde la puerta del río, trabajando a ambos lados del muro. No llevó demasiado tiempo limpiar la retaguardia, y pronto se trasladaron a los laterales. Pero la mayoría de los muertos estaban ante la muralla del lado este. Los bárbaros, al ver movimiento, enviaron algunos jinetes a investigar.

Se trataba de un grupo poco numeroso, que mantuvo las distancias, demostrando un gran respeto a los arqueros de las murallas. Eskkar trabajó junto a los pobladores, alentándolos con sus gritos y riendo cada vez que un hombre caía de bruces en el barro o resbalaba. Había llevado su caballo hasta el foso, haciéndolo avanzar con cuidado, y luego lo había guiado para que saliera por el otro lado.

Ahora podía cabalgar de un lado al otro, a donde fuera necesario, y así vigilar el desarrollo de los trabajos y dar instrucciones. Sus cuatro guardaespaldas lo seguían a pie, sin duda maldiciendo el calor y las ocurrencias de su capitán. Pero en general se quedó sentado mirando, dejando que los hombres supieran que estaba a su lado, mientras Nicar y otros miembros de las Familias dirigían la operación.

Escuchó que lo llamaban por su nombre y miró hacia la muralla. Trella lo saludó, sorprendida de encontrarlo en el extremo más alejado del foso. El le devolvió el saludo, antes de dirigirse lentamente hacia la entrada principal del poblado.

En la esquina sureste de la muralla se detuvo a examinar el trabajo de los hombres. Casi no parecían seres humanos, sino hechos de barro después de tantas caídas.

Después miró hacia el Este, en donde el grupo de bárbaros estaba ahora a menos de quinientos metros, fuera del alcance de sus flechas. Mientras observaba, unos veinte jinetes se sumaron al primer grupo. Lo señalaban con sus arcos. Tres de ellos cabalgaron a su encuentro, pero continuaban a una prudente distancia, desafiándolo, ofreciéndole la posibilidad de luchar contra ellos en combate singular.

Ignorándolos, Eskkar se dirigió más allá de la esquina de la muralla y de allí a la puerta principal, mientras su caballo tanteaba con cuidado el camino esquivando los cadáveres y los restos quemados de los carros.

El caballo resoplaba y sacudía la cabeza, como si el olor lo alterara tanto como a los hombres. Eskkar mantuvo las rodillas apretadas contra las costillas del animal. Una vez frente a la puerta principal, examinó los daños.

Aunque la puerta ya había sido ennegrecida por el fuego antes del ataque, pudo apreciar hasta dónde habían llegado las llamas de los Alur Meriki. Las grietas causadas por el ariete le parecían grandes, pero si Corio se mostraba satisfecho por la reparación, él no tenía nada que objetar. Había un numeroso grupo de trabajadores asegurándose de que el terreno bajo la puerta estuviera firme y libre de obstáculos. Una docena de cuerdas colgaban de lo alto, por si los hombres necesitaran ser alzados rápidamente. La puerta no se abriría hasta que Alur Meriki se marchara.

Un grito desde el muro le hizo girarse. El grupo de bárbaros superaba los sesenta o setenta jinetes. Se habían dado cuenta de que se trataba de alguien importante, seguramente por el modo en el que los pobladores lo ovacionaban a su paso. Continuó en su caballo, al trote, hacia la esquina noroeste, inspeccionando el foso y la muralla e intentando ponerse en el lugar de sus enemigos para adivinar cual sería el próximo punto de ataque. Cuando llegó a la esquina, vio que una docena de guerreros lo seguían paralelamente, fuera del alcance de las flechas, pero observando sus movimientos.

Sus guardias parecían nerviosos, jugueteando con las espadas y mirando constantemente en dirección a los bárbaros; pero la línea de arqueros mantenía a los

enemigos a distancia. Eskkar sabía que los Alur Meriki tendrían tentaciones de acercarse lo suficiente para lanzar sus flechas, pero no parecían decididos a correr el riesgo, sobre todo cuando él podía alejarse con facilidad.

Los pobladores continuaron despejando el foso de cadáveres y hacia el mediodía habían terminado por ambos lados y llegado al frente. Siguiendo las órdenes, aquellos que se encontraran fuera del foso no eran retirados, así que quedaría una gran cantidad de cuerpos pestilentes. Pero Eskkar no estaba dispuesto a arriesgar la vida de sus pobladores o de sus soldados alejándolos mucho de la muralla. Hizo girar a su caballo y regresó lentamente por el lado norte, chapoteando y sintiendo el barro pegajoso, mientras su caballo hundía sus cascos en aquel lodazal que los pobladores habían construido y del que sólo se podía salir con gran esfuerzo.

En la parte posterior del poblado las tareas continuaban de forma incesante. Los cadáveres llegaban continuamente, se les desataba de los animales y los hombres los arrastraban hasta la orilla del río, donde otros pobladores los empujaban al agua. Después usaban largos palos para que la corriente los arrastrara. En unos instantes terminarían el trabajo. El río parecía invitarlos con su frescura. Impulsivamente, Eskkar se bajó del caballo y le pasó la rienda a uno de sus guardias.

—Me voy a dar un baño —anunció mientras se quitaba el cinto con la espada y la túnica y sonreía a sus nerviosos vigilantes—. Si alguno quiere venir conmigo, que lo haga.

Ninguno de ellos se movió, y en un instante se zambulló, a unos cincuenta pasos de donde estaban tirando los cadáveres. Allí el agua corría fresca y clara y muy pronto se sintió reconfortado. No quiso pararse a pensar en aquellos que tuvieran que beber el agua, río abajo, durante los próximos días.

Nadó un par de minutos, sólo lo necesario para sentirse limpio. Después de secarse con la túnica, agarró a su caballo por las riendas y lo guió lentamente hacia el foso, a través del barro, hasta que alcanzó la protección de la muralla.

Se detuvo al lado de la puerta para ver cómo los pobladores lanzaban el último cadáver al río. Cuando el asqueroso trabajo estuvo concluido, pobladores y soldados siguieron el ejemplo de Eskkar y se lanzaron al agua, riéndose mientras se limpiaban tierra y sangre, salpicándose unos a otros. Ahora que habían terminado, parecían contentos.

El grupo de obreros de la puerta continuaba con su trabajo, pero ya casi habían concluido. Más de ochenta pobladores, la mayoría mujeres y ancianos, con rastrillos, tablas y palas alisaban el barro para nivelarlo lo más posible. Otro trabajo agotador, pero necesario para asegurar el flujo regular del agua.

Un muchacho se acercó para llevar su caballo de regreso al establo, pero él se quedó esperando hasta que terminaron su tarea y el último de los hombres atravesó la puerta. Los guardias la cerraron y la atrancaron.

A medida que los hombres iban entrando, Eskkar les agradecía sus esfuerzos. Había sido idea de Trella, para asegurarse de que los pobladores supieran que los había perdonado y para hacer saber a todos que valoraba sus sacrificios. Los que habían sido deshonrados por su cobardía ahora habían sido absueltos, y el capitán ya no se encontró con ningún rostro taciturno o compungido, aunque había visto muchos por la mañana cuando les ordenó que fueran al foso. Se sorprendió, además, por las miradas que le dirigían. Habían recuperado el orgullo y estaban contentos de que él apreciara su trabajo y hubiera pensado que era lo suficientemente importante como para unirse a ellos fuera de la muralla.

Al regresar a casa encontró a Trella en el piso superior ayudando a Annok-sur a cambiar los vendajes de Bantor. Su lugarteniente tenía mejor aspecto que aquella mañana, aunque Eskkar era consciente de que todavía podía haber complicaciones. A veces un herido, a pesar de tener una gran fortaleza física, empeoraba de repente y moría después de experimentar una ligera mejoría. Los ojos de Bantor seguían llenos de preguntas por lo que se sentó a su lado y le describió todo lo sucedido, aunque seguramente ya lo habría oído de labios de Annok-sur.

Esa noche cenaron en el patio, en la misma mesa donde celebraban sus reuniones. Gatus, Jalen, Totomes, Corio, Nicar y Trella se sentaron en la gran mesa, junto a dos miembros del clan del Halcón. Alexar, que asumiría las funciones de Maldar, y Grond, que había sido recomendado por Gatus para un ascenso. El primero, pequeño y de cuerpo enjuto, juraba haber sido un ladrón antes de unirse a los soldados. Grond era su antítesis, alto, un poco menos que Eskkar pero más ancho de hombros. Su espalda llevaba las marcas del látigo. Según Gatus, había sido un esclavo en las lejanas tierras del Oeste, pero se había escapado hasta llegar a Orak. Ambos habían estado a las órdenes de Gatus en la batalla del otro lado del río.

Después de cenar, todos bebieron vino y se relajaron un poco. El capitán presentó las ideas que había considerado durante el día.

—Aunque ayer les causamos serios daños, los bárbaros regresarán —comenzó—, y esta vez estarán mejor preparados. Han perdido muchos hombres y no pueden permitirse el lujo de que vuelva a suceder. Han atacado la muralla dos veces sin éxito alguno. Por eso pienso que el próximo asalto irá dirigido a la puerta. —Hizo una pausa para darles la oportunidad de decir algo, pero nadie habló—. Ese ataque les llevará muchos días de preparación, así que tal vez intenten algo antes, quizá un asalto nocturno. —La noche anterior habían discutido esa posibilidad—. Al recorrer los muros, busqué los lugares más adecuados para una incursión nocturna. Yo elegiría el muro noreste, a medio camino entre la muralla del frente y el río. El foso ahí parece más estrecho y menos profundo. Pueden movilizar a sus hombres por detrás de la pequeña colina y a lo largo de la ciénaga, agruparlos allí e intentar llegar al muro. Si lo planificaran cuidadosamente, podrían tomar una sección.

Hizo una nueva pausa, pero todos permanecieron callados. Aquel silencio se hacía cada vez más frecuente. Después de cada victoria sus palabras eran recibidas con más respeto. Ahora cualquier cosa que decía parecía casi como un mensaje de los dioses, y últimamente tenía que insistirles para que expusieran sus ideas y opiniones.

—Gatus, mantén la muralla vigilada durante la noche, con hombres cada veinte pasos. Quiero que estén despiertos y alerta. Que las guardias sean cortas para que no se duerman, y asegúrate de que estén al tanto del castigo que recibirán si eso sucede. Durante el día, que duerman lo suficiente, y que no pasen el tiempo despiertos haciendo apuestas o con sus mujeres.

Al menos no tenía que preocuparse de que se emborracharan. El vino y la cerveza eran escasos y el precio de lo que quedaba había aumentado mucho.

La reunión terminó y cada uno se marchó a su casa. Una vez en la cama, Eskkar cogió a Trella entre sus brazos y la estrechó contra él.

—Los próximos días serán difíciles, Trella. Estoy más preocupado ahora que antes de los primeros ataques. Entonces sabía que podíamos sorprenderlos. Pero ahora ya conocen nuestra fuerza, tendrán cuidado y serán más astutos. Y están enfadados, deseosos de vengar a todos los que hemos matado.

—Tal vez se den por vencidos. Aunque pudieran tomar la aldea, saben que perderían a muchos más hombres.

—Eso es lo que todos deseábamos creer. Pero a los guerreros no les gusta que los derroten. Van a luchar aún con más tenacidad. Sentirían vergüenza ante sus mujeres si simplemente decidieran marcharse.

—Entonces lo único que podemos hacer cuando regresen es derrotarlos.



CAPÍTULO 25

Pasaron diez días. Cada mañana, al amanecer, los hombres de las murallas escrutaban la llanura, no veían nada y respiraban aliviados. Patrullas de bárbaros circulaban de vez en cuando, pero poco podía verse, porque la mayor parte de su campamento estaba detrás de las colinas. Cuanta menos actividad mostraban, más se preocupaba Eskkar.

Cada noche recibían alguna nueva amenaza. Para los bárbaros, la noche era una oportunidad de tomar a los pobladores por sorpresa. Bajo el oscuro manto, los hombres podían acercarse hasta el muro, tirar algunas flechas a los centinelas y desaparecer. Los vigilantes se cubrían con cuero, pero aun así algunos hombres murieron y otros resultaron heridos. Cuando los soldados llegaban con antorchas a la muralla, los atacantes ya habían huido, y rara vez veían a alguien. Además de las pérdidas humanas, esta estratagema mantenía a todos nerviosos y en vela.

Aquella noche Eskkar tenía poco que contarle a Trella. La había abrazado hasta que cayó dormida, y luego se dio la vuelta y se quedó boca arriba despierto, pensando en los sitiadores. Si tuviera suficientes hombres en la retaguardia —cien valdrían—, podía atacar al enemigo y desbaratar el campamento, quemar los carros y ahuyentar a los caballos. Pero no estaba en la retaguardia, estaba atrapado en Orak y no podía salir.

Mientras tanto, los bárbaros continuaban con sus preparativos. Aquella idea lo inquietaba, así que se levantó, se puso una túnica y salió del dormitorio. Desplazándose sigilosamente, descendió a la planta baja, hasta llegar al patio. Allí una antorcha ardía de forma permanente y sus guardaespaldas controlaban la zona, vigilantes aún después de un largo día.

Saludó con un gesto a los que estaban en la mesa de mando y se encaminó hacia la parte posterior de la casa. Se sentó en el banco, frente a los árboles donde Natramzar había sido torturado. Aquellos días parecían ya muy lejanos, un mero incidente que ni siquiera valía la pena considerar.

Un buen recuerdo, sin embargo, persistía. A poca distancia de la base del árbol, cerca de la pared, la cabeza de Caldor había sido enterrada en un profundo pozo. Tanto el joven Drigo como Caldor habían insultado a Trella y ambos habían muerto, algo que todos en Orak conocían. Caldor había puesto incluso sus manos sobre Trella, pero eso nunca volvería a suceder. Nadie podría volver a tocarla y seguir vivo.

Eskkar volvió a pensar en Alur Meriki. Miraba fijamente a la oscuridad, preguntándose qué harían a continuación. Necesitaba un espía, alguien que supiera cómo funcionaban sus consejos. Si hubiera un modo de acercarse a su campamento, de pasar allí uno o dos días, observando y escuchando. Pero nadie podía salir de Orak. Los atacantes habían cerrado todo acceso a la aldea.

Una sombra se movió en la oscuridad. Levantó la vista y vio que era Trella, envuelta en un manto, aunque el aire de la noche no era frío.

—Creí que estabas cómodo en nuestra cama —le dijo en voz baja—. ¿O acaso piensas dormir en el jardín?

Se sentó a su lado y se recostó contra él.

Eskkar le pasó un brazo por los hombros y respiró el perfume de sus cabellos.

—No podía dormir. Comencé a pensar en los bárbaros, preguntándome qué estarán planeando, por dónde atacarán.

—Parece como si siempre adivinaras cuáles van a ser sus movimientos. ¿Por qué sus planes te resultan ahora un misterio?

—Tienen muchos jefes de clan, y en este momento todos están pensando exactamente en el mismo tema. Orak para ellos es como una nuez, y se están preguntando cuál es el mejor modo de romperla. Cómo atravesar el pozo y la muralla, o cruzar la puerta, para matarnos a todos. Y ahora tienen otro problema: de qué forma llevarlo a cabo sin perder demasiados hombres. Así que se están preparando, y cuando estén listos atacarán. —Suspiró—. Tal vez los dioses nos sonrían.

—Los dioses ya nos han sonreído. Nadie puede dudarlos, ni siquiera los sacerdotes. ¿Por qué crees que han estado tan tranquilos estos últimos meses? Saben que has sido tocado por los dioses.

El recuerdo de los sacerdotes siempre le hacía fruncir el ceño. En el pasado, las disputas con ellos y sus exigentes dioses habían causado bastantes problemas en Orak, aunque el peligro de Alur Meriki los había tranquilizado. Cuanto menos tuviera que ver con ellos, mejor.

Trella apoyó la cabeza en el hombro de él, con su manto cubriéndola ligeramente. Debajo estaba desnuda.

Eskkar deslizó su mano bajo la prenda y sintió el calor de su cuerpo. Su pecho era suave y pesado en sus manos. Se recostó, disfrutando de un momento de placer.

Ella se relajó con sus caricias, cerró los ojos y luego levantó la mirada hacia él.

—Es el momento de ir a la cama, y esta vez me aseguraré de que duermas.

Él sonrió y le quitó el manto de los hombros para poder ver su cuerpo bajo la pálida luz de las estrellas y de las antorchas. Cuanto más la miraba, más urgente era el deseo de poseerla allí, en el jardín. Los guardias escucharían ruidos e investigarían, aunque no le importaba que los descubrieran.

—Entonces debemos volver a nuestra habitación, mujer.

Volvió a colocarle el manto, la cogió de la mano y la condujo al interior de la casa, saludando a los guardias, que miraron con sonrisas de envidia a su afortunado capitán.

En la cama, Eskkar olvidó sus preocupaciones y le hizo el amor a su mujer, una tarea que les llevó un tiempo considerable, teniendo en cuenta el deseo que sentían el uno por el otro. Trella estaba excitada y sus deseos reclamaban satisfacción. Incluso después de haber sido vencida por la pasión, su entusiasmo no disminuyó, y aún tuvo que transcurrir un buen rato hasta que ambos cayeron agotados en los brazos del otro, empapados en sudor.

Ninguno se dio cuenta de que las sacudidas o los gemidos ahogados habían despertado a la mitad de los habitantes de la casa y provocado sonrisas a los guardias que vigilaban el patio. Cuando terminaron, Eskkar la estrechó contra su pecho antes de caer en un sueño profundo.

El tambor de alarma lo despertó, anunciándole que se estaba produciendo un ataque. Se levantó apresuradamente, se puso la ropa y cogió su espada antes de que Trella se hubiera despertado del todo. Salió descalzo escaleras abajo, siguiendo a los soldados de la reserva que corrían por la calle hacia la muralla norte.

Sus temores se acrecentaron a medida que se acercaba al lugar del asalto. Se trataba del sector que a él le había parecido más adecuado para un asalto nocturno. Oyó el sonido de las espadas, pero cuando llegó, la lucha en el muro había terminado.

—¡Agáchese, capitán! —gritó alguien, a la vez que una flecha pasaba sobre su cabeza.

Maldiciendo para sus adentros, avanzó pegado a la pared hasta que encontró a Jalen. Su lugarteniente tenía todo bajo control. Los pobladores habían colocado antorchas sobre postes en el foso, proporcionándoles a los arqueros buena visibilidad para disparar. Como de costumbre, los ataques nocturnos favorecían inicialmente al enemigo, que podía distribuir a sus arqueros en la oscuridad mientras que los defensores se veían como siluetas recortadas contra la pared e iluminadas por detrás. Las flechas bárbaras habían eliminado, al menos, a dos hombres, como verificó Eskkar al ver los dos cuerpos inmóviles bajo el parapeto.

En aquel momento, el parapeto estaba ocupado por unos cuarenta arqueros y una lluvia de flechas volaba en la oscuridad. Poco a poco, las respuestas del enemigo se hicieron menos frecuentes. Trajeron más antorchas, pero ya no había nada que ver.

Finalmente Jalen tuvo oportunidad de presentar su informe.

—Un centinela oyó ruidos en el foso y dio la alarma. Las flechas nos obligaron a agacharnos, mientras ellos intentaban trepar por la muralla. Pero las piedras pronto acabaron con su tentativa, aplastando a tres de ellos. —Miró a su alrededor un momento—. Éste ha sido un asalto en toda regla, no sólo una escaramuza. Pude ver por lo menos a cien guerreros ahí fuera. ¿Han atacado algún otro sector?

—No lo sé. Gatas estaba en la mesa de mando y yo sólo escuché la alarma. ¿Podéis resistir aquí?

—Sí, tenemos suficientes piedras y ahora los hombres están completamente despiertos.

—Iré a ver a Gatus.

Dio un ligero apretón en el hombro de su lugarteniente y luego se descolgó del parapeto. Se dejó caer con suavidad al suelo y fue corriendo hasta su casa, ahora más iluminada que cuando había salido. Se encontró con Gatus hablando con varios soldados, todos tensos pero sin dar señales de pánico.

Su segundo respondió a su pregunta antes de que la hiciera.

—No ha habido otros ataques, capitán. Sólo el muro norte. ¿Jalen tiene todo lo necesario?

Los informes habían llegado con celeridad a la mesa de mando. Eskkar podía haberse quedado en casa y ser informado de todo sin haber salido corriendo. Bueno, la próxima vez ya estaría al tanto y mantendría la cabeza fría.

—Sí, pero que los mensajeros se mantengan en contacto. —Gatus lo miró fijamente. El capitán se dio cuenta de que había impartido otra orden innecesaria. Tal vez tendría que haberse quedado en la cama, ya que Gatus tenía todo bajo control—. Me llevaré un caballo y yo mismo inspeccionaré las murallas.

Por lo menos tendría algo que hacer.

Encontró un caballo y saltó sobre su lomo. En su apresuramiento por llegar al lugar del ataque, Eskkar se había olvidado de que, siguiendo sus órdenes, tenían que tener siempre un caballo listo para su uso personal. En cambio, había seguido a los hombres a pie. Soltó una maldición en voz baja mientras tiraba de las riendas del animal con más fuerza de la necesaria y se dirigía hacia la puerta posterior del poblado.

Se juró que algún día, si vivía lo suficiente, aprendería a pensar antes de actuar. Hizo el recorrido por las murallas dos veces, tomándose su tiempo y hablando con los soldados, recomendándoles que se mantuvieran en silencio y prestaran atención a cualquier ruido extraño que pudiera producirse. Tres horas más tarde volvió a casa e intentó dormir un poco antes de que amaneciera.

Ya en su dormitorio, colgó la espada y se dejó caer pesadamente en el lecho. Trella se acurrucó a su lado y le cogió la mano.

En aquel momento un fuerte golpe llegó desde la puerta exterior.

—Señora Trella... capitán... por favor, abrid la puerta. Era la voz de Annok-sur.

Eskkar se levantó, consciente de que algo importante había sucedido, o de lo contrario no lo habrían molestado. Trella llegó primero a la puerta, la abrió y se encontró con Annok-sur.

—Jalen te pide que vayas. Un muchacho esclavo ha escapado del campamento enemigo.

Sentado a la mesa de su sala de trabajo, Eskkar esperó a que el extraño muchacho terminara de comer. Simcar aseguraba tener doce estaciones, pero por su cuerpo escuálido aparentaba menos. Trella y Annok-sur habían insistido en lavarlo primero. Cuando Trella lo trajo de vuelta, Eskkar, Gatus y Sisuthros esperaban ansiosos lo que el muchacho pudiera contarles.

Pero Trella había preferido que el muchacho comiera un poco antes de empezar a hablar. Los tres soldados, que no habían dormido en toda la noche, miraban cómo Simcar devoraba lo que le habían puesto delante. Eskkar tuvo que admitir que el muchacho parecía no haber comido decentemente durante meses. Al fin terminó.

—Ahora, Simcar, cuéntanos quién eres y qué es lo que has visto —le pidió Trella amablemente mientras se acercaba y le limpiaba la boca con un trapo, y luego le agarró de la mano—. Tómate tu tiempo y cuéntanos todo.

Simcar abrió los ojos de par en par, nervioso ante la mirada de los hombres. Al principio tenía dificultades para hablar, su voz salió aguda e insegura, pero gracias a las sonrisas de Trella poco a poco fue ganando confianza.

—Hace tres meses, Alur Meriki atacó la granja de mi padre. Vivíamos en las tierras del Norte. Mataron a mi hermano mayor, pero al resto nos llevaron presos. Nos golpearon a todos, y tuvimos que trabajar muy duro para que nos dieran algo de comer.

—¿Aprendiste su idioma, Simcar? —Trella le sonreía al pequeño.

—Sí, tuvimos que aprenderlo rápido. Cuando no entendíamos nos pegaban. Mi madre me ayudó todo lo que pudo.

—¿Qué pasó con tu familia?

—Mataron a mi padre hace unas semanas. Hizo algo mal... no estoy seguro de qué. Mi madre es esclava de uno de los jefes de clan. A mi hermana no he vuelto a verla.

Eskkar vio que los ojos del niño se llenaban de lágrimas, pero fingió no darse cuenta.

—Lo siento por tu familia. —Trella le dio una palmadita en el hombro—. ¿Por qué te escapaste?

—Mi madre me dijo que huyera, que tenía que intentar llegar a Orak. Había oído hablar sobre los combates y me aseguró que ésta era mi única oportunidad. No quería dejarla, pero... —La voz de Simcar fue sofocada por un sollozo. Se detuvo un momento—. Me dijo que me escabullera por las llanuras si el ataque fracasaba, porque no estarían controlando que nadie escapara hacia Orak.

—Ahora estás a salvo, Simcar —lo tranquilizó Trella—. Tu madre tenía razón al enviarte con nosotros. Pero necesitamos hacerte algunas preguntas. Estamos intentando averiguar qué ha planeado Alur Meriki para atacarnos. ¿Puedes ayudarnos?

Eskkar y los demás se acercaron aún más, cada uno con una docena de preguntas, aunque estaban de acuerdo en que fuera Trella quien interrogara al muchacho. El capitán hizo un esfuerzo por sonreír y ocultar su impaciencia.

—Has sido muy valiente cruzando las líneas enemigas, Simcar. Continúa.

El muchachito se enorgulleció ante el cumplido y Trella comenzó con las preguntas. ¿Cómo eran los otros niños? ¿Había muchas mujeres en el campamento? ¿Había suficiente comida para todos los niños? ¿Cómo estaban los animales? ¿Bien alimentados o flacos? ¿Había suficiente agua en el campamento? ¿Y leña? ¿Qué comían? ¿Qué decían los otros niños de Orak? ¿Qué aspecto tenían los guerreros? ¿Estaban enfadados o tranquilos? ¿Había visto a alguno de los jefes de clan? ¿Cómo eran? ¿Los guerreros hablaban mal de ellos? ¿Dónde estaban los caballos? ¿Cuántos había? ¿Había muchos centinelas? ¿Se peleaban los guerreros entre sí? ¿Por qué motivos?

A cada pregunta las respuestas de Simcar se volvieron más detalladas y extensas, como si estuviera orgulloso de poder recordar todo lo que Trella le preguntaba. Eskkar continuó con la sonrisa inalterable en su rostro y Gatus y Sisuthros, conscientes ahora de la estratagema, asentían alentadoramente, disimulando su ansiedad lo mejor posible. El capitán observó que Gatus se mordía el labio y que la mano de Sisuthros se aferraba a la mesa. Pero Trella continuaba conversando, manteniendo el tono cordial y las preguntas cortas, deteniéndose por si Simcar quería más comida o agua.

Poco a poco empezaron a tener una clara visión de conjunto y Eskkar pudo hacerse una representación mental del campamento Alur Meriki a través de los ojos del pequeño. Constaba de un gran núcleo central flanqueado por dos campamentos más reducidos. La manada más numerosa de caballos se encontraba a la orilla del río. Otra más pequeña estaba hacia el Sur, aunque allí había menos pasto. En las tierras más próximas al río la hierba ya había comenzado a crecer de nuevo, después de los incendios. Las carretas y carros cambiaban de dueños a medida que los hombres morían en las batallas, y sus mujeres y posesiones eran entregadas o distribuidas entre los guerreros restantes. Recorrían con frecuencia el camino que las mujeres y las

niñas seguían para ir a buscar agua al río.

Del relato del muchacho pudo enterarse también de que habían dispuesto una fila de centinelas ocultos detrás de las pequeñas colinas que controlaban todos los movimientos del poblado. Un grupo de cuarenta o cincuenta guerreros esperaba detrás de los puestos de vigilancia, siempre preparados para evitar que cualquiera tratara de entrar o salir de la aldea o para rechazar a cualquier grupo. Eskkar casi podía oír el llanto de las mujeres en medio de la noche y la expresión sombría de los niños cuyos padres habían muerto.

Mientras Simcar continuaba hablando, el capitán se imaginaba los rostros iracundos de los guerreros mientras deambulaban por el campamento, incapaces de atacar, pero sin ningún otro objetivo en más de sesenta kilómetros a la redonda. Los guerreros estaban inactivos, con demasiado tiempo disponible y sin poder realizar su actividad habitual de los días de marcha. Naturalmente habían comenzado a beber y a pelear entre ellos en cuanto caía el sol.

Las preguntas de Trella empezaron a ser más directas a medida que el jovenzuelo cogía más confianza.

—... entonces, Simcar, ¿oíste algo sobre algún plan que tengan los Alur Meriki para atacar Orak?

La pregunta parecía casual, pero Eskkar se inclinó todavía más sobre la mesa.

—Sí, señora. Hace seis noches, Thutmose-sin, el jefe, se reunió con su consejo y yo quise escucharles hablar sobre la batalla. —Las palabras surgían sin dificultad—. Me arrastré hasta las hogueras y encontré un lugar desde donde otros niños y yo pudimos verles. Oímos cómo planeaban atacar Orak en mitad de la noche.

Debajo de la mesa, la mano de Eskkar se cerró, y una vez más tuvo que obligarse a relajarse. Si el muchacho había oído sus planes...

—¿Y nadie te echó de allí? —le preguntó Trella mientras le servía más agua.

Simcar dio varios sorbos antes de responder.

—No, a los guardias no les importó, y había otros mucho más cerca. Así que volví otra vez anoche, después del asalto. Los jefes se habían reunido una vez más, con muchos guerreros. Muchos gritaban y se empujaban y Thutmose-sin tuvo que alzar la voz en varias ocasiones. Los vigilantes ni siquiera nos prestaron atención, con tantos guerreros allí reunidos. Ellos también querían escuchar. Yo sólo podía oírlos cuando hablaban en voz alta, y eso sucedía con frecuencia.

Trella volvió a darle una palmadita en el hombro.

—Cuéntanos todo lo que oíste. Desde el principio.

—Bueno, Thutmose-sin comenzó a explicar por qué el ataque nocturno no había tenido éxito. Culpó a uno de los otros jefes por el... fracaso. —Simcar se había detenido a pensar en la palabra exacta—. Dijo que él ya les había advertido que no iba a funcionar. Estaba muy enfadado por aquella derrota. Hubo más gritos e insultos.

Algunos hicieron gestos airados contra Thutmose-sin. Otros dijeron que Alur Meriki tenía que continuar la marcha, que había poco que ganar, aunque el ataque con fuego tuviera éxito.

—¿Qué es el ataque con fuego, Simcar? —preguntó Trella despreocupadamente, mientras jugueteaba con el borde de su vestido, como si fuese una pregunta más en medio de una larga lista—. ¿Es algo especial que tienen planeado?

—¡Ah, sí! Han llenado muchos carros con leña, troncos y cualquier cosa que arda, suficiente como para quemar todo el poblado, dijo mi amo. Pondrán los carros contra la puerta y les prenderán fuego. Han estado recogiendo leña por todo el territorio durante más de una semana, empapándola en el aceite negro o secándola al sol.

—¿Qué más dijeron sobre el ataque con fuego? —La voz de Trella continuaba tranquila, como si el tema no fuera más importante que los alimentos que consumían en el campamento.

—Bueno, nada más. Thutmose-sin dijo que el ataque con fuego tendría éxito, y que los otros asaltos habían sido una pérdida de tiempo y de hombres. Discutieron bastante tiempo y después todos se fueron a sus tiendas.

Entonces Thutmose-sin continuaba siendo el gran jefe, pensó Eskkar. Durante aquellos meses ni siquiera habían estado seguros de quién lideraba Alur Meriki. Pero los días de Thutmose-sin estaban llegando a su fin. El *sarrum* había discutido con sus jefes y nada, salvo una rápida victoria, lo salvaría. Había fracasado en la toma de Orak, así que ahora sería mucho más peligroso, porque la desesperación lo empujaba.

—¿Sabes cuándo vendrán con los carros de fuego o cómo lo harán? —prosiguió Trella, agarrándole suavemente la mano y sonriéndole.

—Sí, señora. Pronto. Se lo oí decir a un amigo mío. Todo el campamento conoce los planes. Usarán grandes escudos de madera para protegerse de las flechas. Después amontonarán troncos contra la puerta, les prenderán fuego y seguirán añadiendo más y más hasta destruirla. Entonces cruzarán el foso y atacarán.

Trella continuó interrogando al niño un poco más, pero finalmente se detuvo y miró a Eskkar.

—Bueno, Simcar, has sido muy valiente. Ahora creo que al capitán le gustaría hacerte algunas preguntas. ¿Quieres descansar un poco?

El pequeño negó con un gesto.

A aquellas alturas Eskkar tenía sólo dos preguntas.

—Simcar —comenzó, manteniendo la voz serena—, ¿sabes dónde está el montón de leña y los carros? ¿Sabes si los custodian los guardias?

—Sí, señor. La leña está almacenada detrás de la colina sur. Mi madre y yo tratamos de acercarnos una vez, pero los guardias nos echaron a pedradas. Sabían que queríamos robar. Siempre hay alguien vigilando, o de lo contrario las mujeres se

llevarían toda la leña para las hogueras. Creo —hizo una pausa para recordar— que hay tres o cuatro guerreros.

Gatus y Sisuthros plantearon otras cuestiones, pero no consiguieron averiguar mucho más. Trella sugirió que dejaran descansar al muchacho y lo acompañó hasta la puerta, donde se lo entregó a Annok-sur antes de regresar a la mesa.

—Mejor que duerma unas horas antes de que le pidamos que repita la historia. Puede que recuerde algún otro dato de importancia.

Trella se reclinó en su silla y miró a los tres hombres.

—Bueno, ya sabemos que atacarán pronto —dijo Gatus mientras se acomodaba en su silla y relajaba los hombros. Casi no se habían movido durante una hora, para no interrumpir el relato del niño.

Sisuthros sirvió agua para todos.

—Y sabemos cómo y por dónde —agregó Eskkar—. Esta vez no escatimarán esfuerzos. Thutmose-sin tiene que ganar o perderá el mando. Han muerto demasiados hombres. Los otros jefes intentarán matarlo en el momento mismo que fracase el ataque. Ni siquiera los de su clan serán capaces de protegerlo.

—Podemos reforzar la puerta —sugirió Sisuthros en un susurro, pronunciando con dificultad.

—Sí, eso lo podemos hacer —acordó Gatus—. Para empezar, necesitaremos mucha más agua.

Pero los tres sabían que el agua sola no alcanzaría para detener el fuego.

—Creía que si conocíamos sus planes —dijo Eskkar—, podríamos hacer algo, atacar el campamento, provocar una estampida entre los caballos, cualquier cosa... pero todo eso carece de importancia y ni siquiera retrasaríamos el ataque. Y no podemos acercarnos al lugar donde almacenan la leña. Está demasiado lejos de la muralla y tendríamos que pasar entre los centinelas y los guerreros de refuerzo. Cuando lo hubiéramos conseguido, todo el campamento estaría alerta.

—Llevaría demasiado tiempo prender fuego a todo el montón de leña —añadió Gatus—. Y si avanzamos con suficientes hombres para llevar a cabo nuestro plan, nos oirían llegar, de la misma forma que nosotros los oímos a ellos.

Nadie dijo nada. Trella se levantó y se dirigió hasta un armario. Sacó un mapa de Orak y sus alrededores, copia del que Corio les había mostrado meses atrás. Lo desplegó sobre la mesa y alisó su superficie con cuidado.

—¿Puedes mostrarme dónde está almacenada la madera? —preguntó mientras los hombres, instintivamente, se inclinaban sobre el mapa. Sisuthros se sentó al borde de la mesa y se acodó sobre el hombro de Gatus.

Gatus cogió el fino listón de madera que estaba junto al papiro.

—Si el muchacho está en lo cierto, éste es el lugar. Estas colinas son lo suficientemente altas para impedir que veamos lo que hay detrás. Podrían esconder lo

que quisieran sin que nos diéramos cuenta.

Eskkar examinó el mapa. Aquel sitio se encontraba demasiado lejos de las murallas de Orak, a un kilómetro hacia el Sur. Aunque un grupo consiguiera acercarse, nadie volvería vivo, ni siquiera en medio de la noche.

—¿Y dónde guardan los caballos? —continuó Trella—. No entendí lo que decía Simcar acerca del río.

Gatus volvió a señalar.

—Aquí. Desde las murallas se puede ver una de las manadas.

Eskkar le quitó la varilla de las manos a Gatus.

—Si yo estuviera al mando, con tantos caballos, los habría dividido en tres grupos, distanciados entre sí, con corrales de cuerda para mantenerlos separados y contra la orilla del río.

—Tiene sentido —dijo Gatus—. La curva del río y la elevación del terreno harían más sencillo controlar a grandes manadas. —Miró a Eskkar—. ¿Cuántos animales habrá en cada grupo? ¿Trescientos? ¿Cuatrocientos?

Eskkar cerró los ojos y trató de imaginar el terreno. Lo había examinado con frecuencia y recorrido un par de veces durante los preparativos finales contra el asedio. Luego señaló hacia el terreno más cercano a Orak.

—Aquí pondría la manada más numerosa, probablemente unos cuatrocientos caballos. Y unos trescientos animales en los otros dos corrales.

Miró a Trella y vio que ella continuaba examinando el mapa.

—Lo mejor sería que pudiéramos incendiar la madera que han preparado, ¿no es cierto? —preguntó ella, con sus ojos fijos en Eskkar—. Si pudiéramos destruirla, tal vez desistieran de atacarnos.

—Sí, eso los retrasaría considerablemente, y quizá pudiera evitar el ataque con fuego o al menos lo debilitaría. Han arrasado toda esta zona y no debe de quedar demasiada leña aunque pudieran ir a recogerla y la transportaran de nuevo.

—Pero no puedes atacar el lugar donde está la leña por su lejanía. —Señaló el área donde suponían que se encontraba la manada principal—. Pero podrías espantar a los caballos, ¿no? Por lo menos los que están más cerca de aquí. ¿Qué se podría hacer allí?

Eskkar no respondió, porque comprendió la idea de Trella y había comenzado a analizarla. Se recostó en la silla y empezó a pensar en voz alta.

—Podríamos ir con un grupo pequeño, amparados por la oscuridad, y pasar entre los centinelas, o matarlos sin hacer ruido. Y entonces podríamos espantar a los caballos hacia el río. Allí la corriente es fuerte. Muchos se ahogarían y otros tantos serían arrastrados corriente abajo. Todo el campamento quedaría conmocionado y todos los guerreros correrían hacia el río en busca de los animales. Entonces... —mover el listón hasta donde estaba la leña— durante la confusión podríamos enviar a

otro grupo pequeño a través de las líneas enemigas a este lugar e incendiar los carros.

Sisuthros hizo un ruido que quiso ser una carcajada si sus heridas no fueran tan dolorosas, y Gatus lanzó una maldición antes de responder.

—Atacar a los caballos atraería a los hombres al río. Me juego la vida. Podríamos colarnos, incendiar los carros y regresar a la muralla corriendo. Pero llevará algún tiempo conseguir que la madera arda.

—¿Y qué hay de los hombres que ataquen a los caballos? —intervino de nuevo Trella—. ¿Cómo volverían a Orak?

—Quedarían allí atrapados —respondió Gatus con seriedad—. Cuando los caballos comenzaran la estampida, los jinetes que vigilan el acceso a Orak les cortarían el paso. —El silencio siguió a sus palabras—. Aun así valdría la pena, aunque perdiéramos a esos hombres. Como dice Eskkar, si quemamos la leña, entonces debilitaremos el ataque, aunque no podamos evitarlo.

Sus ojos se posaron en Eskkar, al igual que los de Trella y Sisuthros.

El capitán seguía ensimismado, con la mirada perdida en el mapa. Nadie quería interrumpirlo. Golpeó con su dedo el sitio en el que estaban los caballos, olvidando que Corio le había dicho que no tocara el papiro con la mano.

—Quizá haya una manera de que los hombres puedan volver. —Alzó la vista y vio que todos lo observaban—. Los carros y la madera deben ser destruidos —comenzó en voz baja—, aunque tengamos que arriesgar algunas vidas. Pero creo que podemos arreglarnos. —Se dirigió a Gatus—. Llama a los otros jefes, incluido Bantor. Tenemos mucho que planear para el ataque de esta noche.

—¿Esta noche? Por los dioses, ¿acabamos de terminar una batalla y ya estamos planeando la próxima?

—Esta noche. Tiene que ser esta noche. Si dejamos pasar un día más, puede que sea demasiado tarde.

Sonrió a Trella y la cogió de la mano.

—Como siempre, nos das buenas ideas, mujer. Y creo que, de ahora en adelante, Simcar formará parte de nuestra familia, por si acaso los dioses se retrasan al darnos un hijo.



CAPÍTULO 26

Eskkar se despertó con el perfume y el contacto del cabello de Trella en su mejilla y el roce de sus labios contra los suyos. Por un momento permaneció inmóvil, disfrutando de aquella caricia. Luego miró hacia la ventana. La oscuridad de la noche cubría el cielo. Se sentó en la cama, enfadado.

—Tranquilo, esposo, hay tiempo de sobra. Gatus me pidió que me asegurara de que descansaras un poco antes de salir. —Trella bajó la voz—. Si continúas insistiendo en que debes ir.

Habían discutido sobre el tema casi toda la mañana. Gatus y Trella se oponían a la participación de Eskkar. Nadie quería que muriera en la llanura y dejara a la aldea sin dirección.

Pero él había insistido, decidido a dirigir el ataque. No confiaba en nadie más. Sisuthros y Bantor estaban heridos, y Gatus, a su edad, no podía moverse con rapidez. Sólo quedaba Jalen, que era demasiado impetuoso para semejante misión. Eskkar hablaba el idioma de los bárbaros, lo que podía resultar muy útil. Al final, habían accedido.

Él y sus lugartenientes pasaron el resto del día planificando los detalles. Para la incursión de los caballos seleccionaron a ocho hombres con experiencia en los establos, que conocían bien a los animales y la forma de lograr una estampida. Jalen los dirigiría. Sería un ataque sencillo, a la altura de su capacidad. Eskkar revisó los preparativos y luego dejó a Jalen que ultimara los detalles.

La búsqueda de voluntarios para el ataque a los carros fue extraordinariamente rápida. Cuando los soldados supieron que Eskkar encabezaría el asalto, muchos se presentaron voluntarios, a pesar del riesgo. Se necesitaban hombres tranquilos, capaces de acatar las órdenes y lo suficientemente fuertes como para transportar lo necesario. Acompañado por Gatus, seleccionó a seis hombres, hablando con ellos personalmente y asegurándose de que tenían el temperamento adecuado y de que le obedecerían sin la menor sombra de duda.

Después el capitán se retiró a descansar un poco hasta la caída del sol, ante la insistencia de Trella y Gatus. Se encontraba demasiado agotado para discutir, por lo que decidió dormir una hora.

En cambio, Trella lo dejó dormir más de tres horas. Cuando se vistió y comió algo, no faltaba mucho para la medianoche, la hora que ambos grupos habían elegido para emprender la marcha. En realidad, los grupos serían tres. El tercero estaba compuesto por un reducido número de arqueros, buenos cazadores y rastreadores, que podían moverse con facilidad en la oscuridad. Saldrían primero y eliminarían a cualquier centinela enemigo que encontraran a su paso.

Antes de que Eskkar abandonara la casa, Trella lo abrazó con tanta fuerza que casi le hizo perder el equilibrio. Sus palabras le rozaron las mejillas.

—No corras ningún riesgo innecesario. Vuelve a mí, Eskkar.

En la puerta del río reunió a sus hombres, mientras se preguntaba qué sucedería en las próximas horas. Los soldados habían retirado la mayor parte de los soportes que aseguraban la puerta y la abrieron con facilidad. Habían echado aceite en sus bisagras para evitar cualquier ruido.

Veintiséis hombres se deslizaron en fila y cruzaron el foso lo más silenciosamente posible. Tan pronto como el último traspasó el umbral, los centinelas cerraron la puerta detrás de ellos.

Después de atravesar el foso, los dos grupos se detuvieron en cuclillas en la oscuridad, mientras esperaban que los arqueros eliminaran a los centinelas enemigos. Bajo las órdenes de un cazador llamado Myandro, desaparecieron en la oscuridad, con sus arcos envueltos en tela para amortiguar el ruido. Todos habían cazado animales salvajes y sabían cómo desplazarse con sigilo.

Había pasado casi una hora cuando regresó Myandro, tan silencioso que sobresaltó a Eskkar.

—Capitán, los centinelas están muertos —susurró el cazador—. Hasta la primera línea de colinas había sólo tres. Cuentas con unas horas hasta que vayan a reemplazarlos. Hay que apresurarse. Enviaré a Jalen tan pronto como os hayáis ido.

Eskkar cogió al hombre por el brazo.

—Buen trabajo, Myandro. —Jalen y sus hombres tenían que recorrer una distancia mucho menor y podían moverse con rapidez porque no llevaban nada de peso. Eskkar se giró hacia Grond, su segundo al mando durante la misión, y anunció en voz baja—: El camino está despejado. Vamos.

Esperó mientras se corría la voz, asegurándose de que cada soldado comprendiera las órdenes. Luego se levantó cuidadosamente, desentumeciendo sus músculos. Cogió con cuidado dos recipientes de barro, envueltos en gruesas telas como protección y atados entre sí con una cuerda que deslizó por su cuello para poder cargar uno en cada brazo. Su espada colgaba a su espalda, para evitar que golpeará

contra los cántaros e hiciera ruido, o, peor aún, que pudiera romperlos.

La carga era pesada. Podía oír los gruñidos amortiguados de los hombres mientras se la ajustaban. El único que no parecía molesto por el peso era Grond.

Myandro abrió la comitiva. Eskkar y sus hombres lo siguieron en fila, en dirección Norte, pisando con cuidado para evitar tropezar contra cualquier obstáculo, caer en el foso o en un charco de agua pantanosa. Esta precaución los hizo avanzar más lentamente, y transcurrió algún tiempo hasta que llegaron a donde la muralla torcía hacia el Este.

Aliviados de alejarse del foso y de las tierras anegadas, ahora se movían a cielo abierto, expuestos a cualquier mirada. Al poco rato, fueron en dirección Sur y comenzaron la larga caminata desde la muralla principal, alejándose de Orak. Al principio, Myandro permaneció con ellos, guiándolos a paso firme. Después se adelantó para asegurarse de que el camino estuviese despejado.

Finalmente llegaron a la primera de las pequeñas colinas, frente a la puerta principal, pero a más de un kilómetro de distancia.

El cazador reapareció al lado de Eskkar y le apoyó la mano sobre el pecho para indicarle que detuviera a su columna. El capitán se arrodilló, agradecido de poder quitarse el peso del cuello, aunque fuera sólo por un momento. Entre el peso de los cántaros y la aspereza de la cuerda, sentía su piel en carne viva.

Sus hombres también agradecieron el descanso. La necesidad de silencio total y el esfuerzo por asegurarse de que ningún paso en falso ocasionara una caída les había tensado los músculos. Esperaron a que el rastreador y dos de sus hombres volvieran a adelantarse en la oscuridad.

Eskkar miró a las estrellas y estimó que todavía no habían transcurrido dos horas desde que dejaran Orak. Habrían tardado menos de haber salido por la puerta principal, pero eso significaba que tendrían que eludir a más centinelas, ya que los Alur Meriki vigilaban aquella zona con más atención.

Myandro reapareció como un fantasma, con su rostro directamente al lado de Eskkar.

—La tropa bárbara se encuentra sobre esta colina a unos cien pasos. La mayoría duerme y sólo han apostado unos pocos centinelas. Uno de ellos es el encargado de vigilar el poblado, aunque se pasa la mayor parte del tiempo mirando hacia la hoguera. No sospechan nada. Pero se interponen entre nosotros y los carros, así que debemos esperar aquí.

Eskkar repitió el mensaje a Grond, que se lo susurró a todos los hombres. El capitán se dirigió a Myandro.

—Jalen debería haber atacado. Se hace tarde.

Myandro examinó la luna antes de responder.

—Si lo hubieran visto o capturado ya habríamos oído algo. Volveré a investigar.

Se puede ver y escuchar más desde la cima de la colina. Manteneos contra la ladera, y que nadie haga ruido.

Desapareció otra vez. Eskkar envidió aquella capacidad para moverse tan sigilosamente. Pero la presencia del centinela lo ponía nervioso. Pasó revista a sus hombres susurrándoles las órdenes uno por uno, para asegurarse de que se mantuvieran contra la ladera de la colina tanto como fuera posible.

Pasó el tiempo. La luna parecía avanzar rápidamente por el cielo. Cuando llegó el momento, notaron el temblor en el suelo antes incluso de que les llegara sonido alguno, mientras cientos de cascos golpeaban la tierra. Los caballos de la colina también lo escucharon y algunos comenzaron a relinchar nerviosos.

Podía imaginarse el ataque. Jalen habría llegado con sus hombres al lugar y hecho una pequeña fogata. Cada hombre encendería un montón de trapos empapados en aceite y los atarían al extremo de una cuerda. Haciendo girar las cuerdas por encima de sus cabezas, crearían un círculo de fuego que asustaría a cualquier caballo, y, más aún si una manada se despertaba de improviso y veía ocho círculos acercándose a toda velocidad. Los caballos saltarían espantados y con suerte se dirigirían hacia el río, siempre que Jalen hubiera colocado a sus hombres correctamente.

Otros ruidos llegaron a oídos de Eskkar. Se trataba del relincho de los caballos, la alarma de los hombres y sobre todo el tronar de los cascos en la noche. Detrás de las colinas, los bárbaros gritaban y maldecían, despertados bruscamente, buscando sus espadas, tratando de encontrar sus monturas, soltando imprecaciones a la oscuridad. Cada guerrero tenía por lo menos uno o dos animales en la manada, y todos estarían ansiosos por averiguar qué había sucedido.

Myandro surgió de la oscuridad que los rodeaba.

—¡Abajo! ¡Y no levantéis la cabeza!

Se aplastaron contra el suelo, casi sin respirar, en la ladera de la colina. Escucharon a los caballos bajando por el otro lado. Al principio Eskkar pensó que los habían descubierto, pero se dio cuenta de que alguien, seguramente el jefe junto a algunos otros, subían a la cima para ver si Orak mostraba alguna señal de actividad.

Cuando los caballos dejaron de moverse, Eskkar pudo distinguir a tres o cuatro jinetes, a menos de cuarenta pasos hacia la izquierda, mirando hacia la llanura vacía que se extendía hasta las murallas. Si nadie bajaba la vista hacia la falda de la colina...

Pero los jinetes observaban el poblado, en donde nada se movía. En la ladera, las sombras protegían a los hombres inmóviles. El capitán escuchó el relincho de los caballos. Los animales habían percibido el olor de sus hombres. Los guerreros, sin embargo, ignoraron esas señales, convencidos de que estaban asustados por la estampida.

Finalmente el jefe de Alur Meriki dio una orden y los caballos dieron media

vuelta, emprendiendo el descenso en dirección contraria. Al hacerlo, el grupo se lanzó al galope, hacia el Norte.

Permanecieron inmóviles, esperando a que Myandro llegara a su posición para saber si habían dejado algún centinela apostado. Si era así, habría que matarlo. El tiempo volvió a hacerse eterno hasta que el cazador los llamó desde la cima.

Al instante, Eskkar y sus hombres cogieron los recipientes y comenzaron a subir la colina, maldiciendo el peso que llevaban en torno al cuello y que les hacía perder el equilibrio, tropezar y caer. En la cima se encontraron con Myandro y uno de sus hombres. Tirado en el suelo para que su silueta no se recortara bajo la débil luz de la luna, Eskkar pudo ver el campamento principal a unos quinientos metros de distancia. Sólo unas pocas hogueras brillaban en la oscuridad, pero se iban encendiendo más a medida que el campamento despertaba e intentaba averiguar qué había ahuyentado a sus animales.

—Allí, capitán. —Myandro señaló con su arco hacia el Este—. ¿Ves esa pequeña hoguera? Ahí es donde están los carros. —Podía verse una fogata a unos seiscientos pasos de donde se encontraban—. ¿Quieres que te acompañemos?

Eskkar dudó un momento, pero se dio cuenta de que con más hombres no resolvería nada.

—No, sigamos con lo acordado. Quédate aquí y cubre nuestra retirada, si es posible. Si no, sálvate.

El hombre asintió, sin molestarse en decirle que Gatus le había ordenado que no regresara sin el capitán de la guardia.

—Entonces apresúrate, antes de que vuelvan y bloqueen el paso. Y es posible que haya más centinelas.

Por supuesto que habría centinelas, y bien despiertos, a juzgar por los ruidos que procedían del lado norte. Moviéndose tan silenciosamente como pudieron, los hombres de Eskkar descendieron la ladera opuesta de la colina, hacia el Sur, para poder acercarse al lugar por detrás, con la esperanza de que los guardias estuvieran distraídos con la confusión. No tuvieron que desplazarse mucho y se movieron con rapidez, recuperados por el breve descanso.

Cuando llegaron al sitio indicado, Eskkar dio la orden de detenerse. Puso una rodilla en tierra para colocar su carga silenciosamente en el suelo y se soltó la cuerda que le pasaba por el cuello. Con otro movimiento sacó la espada que llevaba atada a su espalda y se la colocó en la cintura. No llevaba más armas.

Eligió a dos hombres para que lo acompañaran. Uno llevaba un arco corto y seis flechas, el arma típica de los bárbaros, fácil de conseguir entre tantos guerreros que habían muerto. El otro portaba dos cuchillos.

Los tres hombres caminaron abiertamente hacia la hoguera. El primer carro les cerraba el paso. Eskkar tropezó con una cuerda, invisible en la oscuridad. Un poco

más adelante, vio a dos hombres mirando hacia el Norte, dándoles la espalda. Se dirigió al hombre del arco.

—Quédate aquí por si hay más centinelas —le susurró—. Nos ocuparemos de estos dos. Vamos, Tellar —le ordenó al otro—, y dame uno de esos cuchillos.

Aquel soldado usaba el cuchillo de una forma extraordinaria, por eso había sido elegido para aquella incursión. Le dio a Eskkar una de las armas, que mantuvo oculta contra su brazo.

Caminó directamente hacia los centinelas, sin evitar hacer ruido. Sin embargo, a unos treinta pasos de ellos, éstos todavía no se habían dado cuenta, así que simuló tropezar y maldijo en voz alta. Los bárbaros se dieron la vuelta al escucharlos, con las manos sobre la empuñadura de sus espadas al ver a dos hombres que los saludaban.

—¿Quiénes sois? —preguntó el más bajo de los dos.

—Tranquilo, amigo —respondió Eskkar en lengua bárbara, arrastrando las palabras como si estuviera borracho. Siguió caminando despacio hacia ellos, agradecido a los Ur-Nammu por haberle dado la oportunidad de practicar el idioma—. Estábamos bebiendo allá en la llanura cuando escuchamos el ruido. ¿Qué es lo que pasa?

Dejó que sus palabras se perdieran y dio un paso hacia un lado, como si tuviera dificultades para caminar en línea recta.

El más alto de los guardias respondió, aparentemente con ganas de conversar.

—Algo debe de haber asustado a los caballos. Tal vez algunos comedores de tierra.

—¡No! ¿Cómo podrían hacer algo así? —Eskkar se detuvo a unos pasos de los hombres y se dirigió a su compañero—. ¿Has oído eso? Alguien quiere nuestros caballos.

Cuando volvió a girarse, el cuchillo brilló en su mano, mientras se lanzaba contra el guardia más bajo y le hundía la daga en el vientre antes de que éste pudiera desenvainar su espada. Al mismo tiempo Tellar se abalanzó sobre el otro guardia, cayendo con él al suelo, en donde lucharon un instante antes de volver a levantarse con el cuchillo ensangrentado en una mano y la espada del guerrero en la otra.

Eskkar no perdió tiempo con los cadáveres. Se encaramó al carro más cercano para mirar a su alrededor pero no vio a más centinelas, ni siquiera caballos, sólo más antorchas y hogueras que se encendían en el campamento principal.

—Tellar, trae a Grond y a los demás. No tenemos mucho tiempo.

Grond apareció casi de inmediato, llevando la carga de Eskkar además de la suya sin esfuerzo aparente. El capitán tuvo tiempo de sonreír ante aquel alarde de fuerza.

—Hay que juntar todos los carros que podáis. Tellar, destapa los recipientes.

Los cántaros contenían un oscuro aceite que ardía durante horas. El contenido de una jarra era suficiente para convertir en una antorcha un par de carros en un instante.

Los afilados cuchillos de Tellar cortaron con facilidad las cuerdas y el cuero que los mantenían cerrados.

Eskkar dejó a los hombres concentrados en su trabajo mientras se acercaba a examinar otro de los carros. A pocos metros se encontraban unas largas planchas de madera unidas, quizá para formar un escudo con el que proteger a cinco o diez hombres a la vez. Los bárbaros habían planeado bien su ataque con fuego. Podían usar aquellos escudos para protegerse de las flechas y piedras mientras amontonaban la madera y los carros contra la puerta de Orak.

Eskkar no sabía qué hacer con ellos. Necesitaría por lo menos cuatro hombres para levantarlos y no contaba con herramientas para destruirlos. Tal vez fuera posible arrastrarlos contra los carros.

Dos carretas chirriaron ruidosamente cuando las empujaron. En poco tiempo habían reunido seis carros. Dos hombres se subieron a ellos y derramaron el aceite.

Los soldados se movían con agilidad, echando el aceite y pasando al carro siguiente. Enseguida vaciaron todos los recipientes. La fogata de los guardias les resultó de gran utilidad, ya que utilizaron sus leños para encender los carros. La madera empapada de aceite prendió al instante y las llamas comenzaron a elevarse.

—¡Grond! Ayúdame con estos escudos.

Los hombres corrieron a su lado y entre cuatro levantaron el primero de ellos y lo apoyaron contra el carro más cercano, antes de volver a por otro. En aquel momento habían iniciado veintiocho fogatas, tras vaciar los catorce recipientes que habían transportado con tanto cuidado. La oscuridad de la noche fue traspasada por un muro de llamas.

Eskkar y Grond trataron de ignorar las oleadas de calor que arremetían contra su cuerpo. Arrastraban los enormes escudos y los colocaban contra los carros en llamas. Diez... veinte... Eskkar perdió la cuenta, aunque le dolían los brazos por el esfuerzo.

—¡Capitán! ¡Han visto el fuego! ¡Se acercan! —gritó Tellar para que lo oyera por encima del crepitar de las llamas—. ¡Tenemos que irnos!

El incendio hacía un ruido ensordecedor, con la madera reseca explotando en llamaradas, alzándose hacia al cielo nocturno. Eskkar miró a Grond y asintió.

—Ayúdame con el último escudo, Grond.

Todos le echaron una mano para transportar el último de aquellos artefactos hasta la pira.

—Vámonos —ordenó Eskkar, respirando con dificultad en medio del calor de las llamas. Sus hombres se perdían ya entre las sombras, deseando regresar a lugar seguro.

Los guerreros del campamento principal habían visto las llamas. Llegaban a toda prisa pero ninguno venía a caballo. Todos los jinetes se habían dirigido hacia el río, ansiosos por recuperar sus monturas. Eskkar comenzó a correr hacia la aldea cuando

tres guerreros se dirigieron hacia él, tratando de alcanzarle. Vio que pronto lo lograrían, así que se dio la vuelta y desenvainó su espada al mismo tiempo que se lanzaban contra él.

Thutmose-sin se despertó sobresaltado, sintiendo que la tierra temblaba bajo su cuerpo. Por un instante pensó que podía ser un terremoto, pero reconoció el sonido de muchos caballos en estampida. Las dos esposas que había elegido para esa noche lo interrogaban temerosas, pero él no les hizo caso. En el exterior, los hombres gritaban, y cuando el primer guardia abrió la entrada de su tienda, Thutmose-sin ya se había levantado y atado el cinturón con su espada.

—*Sarrum* —dijo el guerrero sin aliento—, los caballos han escapado. Todos...

—¿Cuál ha sido la causa? ¿Lo sabes?

Cualquier cosa podía desbocar a los caballos, un olor extraño, una fuerte brisa, incluso un jinete en medio de la noche.

—No, *sarrum*, todavía no...

—Averígualo —le ordenó.

Tras salir de su tienda, Thutmose-sin miró hacia a las estrellas. Todavía faltaban unas horas para el amanecer. Todas las hogueras se habían extinguido, excepto las de los centinelas, que brillaban en los límites del campamento.

A su alrededor se arremolinaban guerreros confundidos. Todos tenían caballos en la manada. Los que habían dejado sus monturas en las proximidades salieron de inmediato a todo galope hacia el río. Un joven guerrero se acercó con el caballo de Thutmose-sin. Éste saltó sobre él y se dirigió hacia la cima de una colina cercana, con su guardia haciendo esfuerzos por seguirlo a pie. Al llegar a la cumbre, miró hacia el poblado. Todo parecía tranquilo, así que su atención se centró en el río. No podía ver a los caballos, pero unas pocas antorchas se movían por los alrededores en dirección a la orilla.

Un jinete se acercó al galope y le llamó.

—*Sarrum*, los comedores de tierra han espantado a los caballos. —El hombre hizo una pausa—. Los asustaron con fuego e hicieron que muchos se lanzaran al Tigris.

—¿Los habéis capturado?

—Todavía no, *sarrum*. Los caballos bloquean el paso, pero la patrulla ha intentado interceptarlos, así que están atrapados contra la orilla.

Thutmose-sin volvió a dirigir su mirada hacia Orak. Seguía sin haber signos de actividad. Miró al Sur, pero no vio nada, sólo el fuego de los centinelas. Tranquilizado, decidió ir al lugar donde estaba el problema. Pero en ese momento se

percató de un fuego más lejano, donde estaban los carros y la madera para el asalto. Las hogueras de los centinelas ardían con mucha fuerza... demasiada para una simple fogata. Y sólo debería haber una, no... mientras observaba vio cómo el fuego se iba extendiendo y las llamas se elevaban hacia lo alto.

—Trae a los hombres del río. Envíalos a donde tenemos los carros. Los comedores de tierra los están destruyendo. Traed hombres. Hay que detenerlos.

Miró a su alrededor. Sólo una docena de sus guardias estaba a su lado; el resto había ido al río en busca de sus caballos.

—Seguidme y daos prisa antes de que lo quemem todo.

Salieron corriendo colina abajo. Él los siguió más lentamente, dejando que su caballo eligiera el camino. Cuando llegó a la parte inferior, sus hombres ya habían llegado, y avanzaban en una caótica formación y gritaban para que se les unieran más hombres. Pronto comenzó a adelantarlos. El fuego de los carros iluminaba la noche, y pudo comprobar que más de una docena de carretas eran pasto de las llamas.

Apresuró a su caballo. Durante un momento, su animal obedeció, pero luego se detuvo frente a las llamas, resistiéndose a avanzar, negándose a dar otro paso. Mientras maldecía al asustado animal, Thutmose-sin desmontó de un salto y corrió tras sus hombres. Unas sombras se movían entre las llamas, amontonando maderas contra los carros.

—¡Detenedlos! —gritó al tiempo que desenvainaba la espada.

El ruido de las armas le hizo saber que había hombres luchando. Ahora las llamas habían crecido tanto que podía ver a los comedores de tierra trabajar frenéticamente, intentando quemar los carros y la madera que sus guerreros habían recogido con tanto esfuerzo.

Uno de sus hombres gritó, luego tropezó y cayó, agarrándose el brazo, de donde sobresalía una flecha. Aquellos malditos arqueros de la aldea. Justo ante él vio caer a otro de sus hombres, esta vez agredido por un alto guerrero con una gran espada. Ignorando una flecha que zumbó a su lado, Thutmose-sin alzó su espada y corrió hacia aquel hombre.

Eskkar se enfrentó al primer guerrero con un golpe salvaje, haciéndole perder la espada, mientras hundía la suya en el pecho de su atacante antes de que pudiera recobrarla. El segundo bárbaro, casi un muchacho, blandió su arma contra la cabeza del capitán, con la intención de alcanzarlo antes de que pudiera sacar su espada del cuerpo del primer hombre. Pero Eskkar se agachó y empujó con el hombro al muchacho, mientras liberaba el arma. Y antes de que el guerrero pudiera volver a embestirle, giró la espada con toda la fuerza posible. El bloqueo, débil y

desequilibrado, casi no amortiguó la velocidad de la espada de Eskkar mientras atravesaba el cuello del joven.

El tercer guerrero se lanzó contra él con un brutal golpe de arriba abajo. Comprendió, al primer contacto, que no se enfrentaba a un jovencuelo inexperto, sino a un guerrero experimentado, dueño de un brazo poderoso. Detuvo un segundo ataque, y un tercero, y luego un cuarto, pero retrocediendo ante cada golpe. El adversario seguía avanzando y Eskkar no podía lanzar un contragolpe, sino que era empujado hacia la luz, hacia el centro de las llamas.

El capitán vio una oportunidad y se lanzó hacia su contrincante, deteniendo su avance y pudiendo así recobrar el equilibrio. Blandiendo su gran espada, se dirigió contra su adversario con media docena de golpes, antes de causarle una herida profunda en el brazo que empuñaba la espada. El herido se tambaleó entre maldiciones y dejó caer su arma al suelo. Eskkar alzó la suya para rematarlo, pero media docena de Alur Meriki aparecieron entre gritos de guerra y trató de enfrentarse a ellos. Antes de que pudieran derribarle, Tellar, Grond y otros dos hombres ya se habían colocado a su lado, formando una fila a la izquierda.

El capitán casi no tuvo tiempo de recobrar el aliento antes de que el primero de los guerreros llegara corriendo y utilizara aquel impulso para dirigir un golpe a su cabeza. Lo esquivó, pero sintió el impacto en su brazo, lo cual le hizo retroceder, mientras el guerrero se estrellaba contra su pecho y los dos caían a tierra. Eskkar lo agarró por el cuello y lo empujó, y después se puso de pie. El combate se desarrollaba por todas partes, pero por el momento no apareció ningún otro guerrero Alur Meriki. El bárbaro al que había empujado dio dos vueltas y de alguna manera consiguió levantarse, blandiendo de nuevo su espada hacia su cabeza, aunque en el último momento cambió de idea y apuntó al hombro de Eskkar, que frenó el golpe y respondió con una ofensiva que obligó a su oponente a echar su cuerpo hacia un lado.

Aquel movimiento provocó que el medallón de cobre que llevaba brillara a la luz de las llamas. Era el distintivo del *sarrum* de Alur Meriki.

—¡Thutmose-sin! —Eskkar escupió las palabras al jefe de todos los clanes.

Después ya no tuvo tiempo para respirar o para ninguna otra cosa. Los dos jefes se enfrentaron, cara a cara, ninguno dispuesto a retroceder, demasiado cerca como para poder usar las espadas con buenos resultados, pero compensando la falta de espacio con golpes y empujones. La furia de Eskkar estalló. Aquel hombre había mandado matar a su padre y a su familia. La sed de sangre se apoderó de él y su espada se lanzó con odio contra el cuello de Thutmose-sin.

Pero el jefe de Alur Meriki había perfeccionado su técnica desde la juventud y sus músculos estaban endurecidos por las horas a caballo, y bloqueó cada golpe con una habilidad que demostraba años de entrenamiento. Golpe tras golpe, el contrincante de Eskkar se movía con facilidad. La ira del capitán comenzó a desvanecerse a medida

que sus fuerzas flaqueaban. Trató de ignorar el cansancio de su brazo y se lanzó contra su oponente.

El *sarrum* de Alur Meriki se giró mientras apartaba la espada y contraatacó con una embestida tan brutal que obligó a Eskkar a retroceder dos pasos. Los golpes siguieron cayendo sobre éste, sin darle la oportunidad de responder. Sintió que su brazo se debilitaba aún más y supo que su oponente también se había dado cuenta. Este redobló el ataque, lanzando embestidas y golpes cada vez más rápidos, sin permitir que el capitán se recobrara.

El miedo empezó a apoderarse de él. En cualquier momento le resultaría imposible frenar alguno de los golpes. El calor rugía a su espalda, rodeándolo. Retrocedió otro paso, pero la rueda de un carro contra su hombro le indicó que ya no le quedaba más espacio. Tenía que usar las dos manos para detener los golpes que llegaban con la fuerza de un leñador blandiendo su hacha.

Gruñendo confiado, Thutmose-sin dejó caer su espada sobre la cabeza de Eskkar, pero en el último momento la desvió hacia su hombro. El bloqueo de Eskkar llegó demasiado tarde. Sólo pudo alzar su arma por encima del pecho. Las dos hojas entrechocaron con un chasquido, lanzando una lluvia de chispas, pero después sucedió lo imposible.

La espada de Thutmose-sin se partió contra la de Eskkar. La rotura del arma cogió al guerrero por sorpresa, momento que el capitán aprovechó para empujarle y golpearle con la empuñadura en la cabeza, haciéndole perder el equilibrio. Thutmose-sin tropezó con un tronco y cayó de espaldas, atontado, mientras soltaba su espada. Eskkar dio un grito ahogado y, con las fuerzas que le quedaban, bajó la punta de su espada y la dejó caer hacia su enemigo mortal, dispuesto a hundir la hoja salvajemente en el pecho del caído.

Pero antes de que pudiera vengar a su familia, una explosión le tiró al suelo, seguida de una oleada de calor. El carro que tenía a su espalda, el último que él y Grond habían incendiado unos minutos antes, estaba cargado con algo más que madera para los escudos. No se habían dado cuenta de que contenía media docena de recipientes con aceite, que acababan de ser alcanzados por las llamas. Los cántaros se habían resquebrajado con el calor, añadiendo más aceite a aquel infierno de fuego que había transformado la carreta en algo que iba más allá de todo lo que hubieran visto nunca.

Una bola de fuego se elevó hacia los cielos, mientras miles de fragmentos del carro en llamas salían disparados en todas direcciones. Todos los hombres se detuvieron un instante, algunos cayeron de rodillas o de espaldas, olvidándose de su enemigo para mirar sorprendidos aquella llamarada.

Aturdido por la explosión, Eskkar sintió que Grond lo ayudaba a ponerse de pie. Boquiabierto, el capitán todavía estaba aferrado a su espada. A una docena de pasos

vio que arrastraban a Thutmose-sin a cubierto, en la dirección opuesta.

Las llamas del carro estaban descendiendo, pero había más incendios en los alrededores, fundiéndose unos con otros y elevando la temperatura; el crepitar del fuego era tan ensordecedor que Eskkar creyó que iban a estallarle los oídos. Tellar, sin su espada y con sangre resbalando por uno de sus brazos, agarró a Eskkar por la cintura con su brazo sano. Con Grond soportando la mayor parte del peso, se alejaron tambaleantes del incendio.

Otro Alur Meriki surgió entre las sombras e intentó atacarlos espada en alto. Eskkar, todavía aturdido e incapaz de reaccionar, vio a Grond alzar su espada, pero de repente el hombre tropezó y cayó, casi a sus pies. Una flecha sobresalía de su pecho. Vio por el rabillo del ojo a Myandro preparando otra flecha en uno de los extremos del incendio. Eskkar escuchó sin comprender el ruido de las espadas. Sentía la espalda quemada. Oyó que Grond gritó algo, y la hoja de su arma reflejaba el fuego y la sangre de las llamaradas, mientras su guardaespaldas le empujaba, obligándole a correr.

Llegaron dos arqueros más del grupo de Myandro, que lanzaron sus flechas y luego se retiraron con el resto de los hombres de Orak, corriendo en la oscuridad y dejando atrás los gritos furiosos de los guerreros.

El capitán comenzó a despejarse a medida que se alejaban. El aire más fresco, lejos del incendio, le ayudó a recuperar fuerzas. Apartó a Tellar cuando notó que sus piernas ya no estaban tan débiles, pero Grond siguió sosteniéndolo con firmeza por su brazo izquierdo. Avanzó dando tumbos, intentando dar pasos más largos.

Corrían para salvar sus vidas. Grond le arrastró hasta que pudo seguirle el paso. Avanzaban tan rápido como podían por el accidentado terreno, sin aliento para pronunciar palabra. Cuando llegaron a la cima de la colina, Eskkar se detuvo para echar un rápido vistazo a sus espaldas.

Una masa ardiente iluminaba el cielo. El grito de los guerreros furiosos se mezclaba con el fragor de las llamas que iluminaban a docenas de Alur Meriki que se habían acercado a los carros. Algunos intentaban separar las carretas y rescatar algunos troncos de aquel infierno, mientras que otros buscaban a sus agresores.

Grond volvió a agarrarle del brazo y se internaron de nuevo en la oscuridad. Orak estaba a más de un kilómetro. Habían recorrido la mitad de la distancia cuando el aterrador temblor de los cascos de caballos les animó a correr todavía más. La horripilante visión de lo que les sucedía a los hombres a pie, atrapados por la espalda por jinetes, volvió por un instante a la memoria de Eskkar.

Siguieron adelante. Grond y Eskkar iban rezagados. El corazón del capitán golpeaba en su pecho y sus piernas temblaban agotadas. Su respiración se volvió más irregular. Estaba pagando caro las dos noches casi sin dormir y la pelea que acababa de tener lugar. Grond marchaba ahora a su espalda, con una mano sobre sus hombros,

y lo apremiaba a seguir adelante.

La muralla de Orak, que se recortaba a la luz de la luna, crecía a cada momento. El foso tenía que estar ya a poco más de doscientos pasos. En aquel momento pudo apreciar a una fila de hombres elevarse en la oscuridad. Redujo el paso, pensando que los bárbaros se les habían adelantado. Pero entonces escuchó la voz de bienvenida de Gatus que lo llamaba. Bajó la cabeza y siguió corriendo, ignorando el dolor punzante que le atravesaba el pecho cada vez que respiraba.

Llegaron hasta los soldados, que tenían sus arcos preparados. En el mismo instante que cruzaron la línea de fuego, Gatus gritó la orden.

—¡Disparad!

Veinte flechas silbaron en la noche.

Eskkar tropezó, estando a punto de caer, pero Grond, que aún iba a su lado, lo agarró por el brazo. Aquel hombre había permanecido detrás de él todo el tiempo, cubriéndole la espalda, cuando podría haberle adelantado. En ese momento volvió a sujetarle y lo ayudó a seguir adelante. Detrás de él, los arqueros enviaron dos andanadas más de flechas hacia los jinetes que se acercaban antes de que ellos también dieran media vuelta y buscaran refugio tras la muralla de Orak. Los arqueros pronto alcanzaron a los agotados hombres de Eskkar. Todos llegaron al foso al mismo tiempo y saltaron al barro, revelando su posición con el ruido y los chapoteos.

Una voz desde la torre recordó a los arqueros que dispararan sólo contra los jinetes. El foso, en mitad de la noche, se convirtió en una pesadilla; Eskkar pudo oír el silbido de las flechas sobre sus cabezas. Los hombres cayeron de bruces en el barro, maldiciendo, tambaleándose para volver a caer unos pasos más adelante en la traicionera superficie, mientras la oscuridad retrasaba su avance.

Finalmente llegaron a la base de la muralla. Eskkar se recostó contra ella un momento, incapaz de ver nada ya que la estructura bloqueaba la luz de la luna.

A su lado, Grond tanteó la áspera superficie y encontró una soga, que enroscó dos veces en torno a su capitán. Hizo un nudo e inmediatamente gritó a los que estaban en el parapeto.

Eskkar ascendió como por arte de magia, con su espada contra el brazo, hasta que lo agarraron por los hombros y lo levantaron por encima del muro. Enseguida llegó Grond, que subió por sus propios medios al ver que su capitán había llegado a la parte superior. Este se sentó un rato en el parapeto, tratando de recobrar el aliento.

Las flechas volaban sobre la muralla o se estrellaban contra ella. Algunos bárbaros los habían perseguido hasta el foso. Los arqueros de Orak pronto los rechazaron. Las llamas de los carros se elevaban en la colina y proporcionaban luz suficiente, incluso a tanta distancia, para recortar la silueta de cualquiera que estuviera montado a caballo. Cuando Eskkar volvió a ponerse en pie y se asomó, el último de los jinetes emprendía la marcha, fuera del alcance de las flechas, hacia la

pira de carretas.

La visión del fuego en la colina deslumbró a Eskkar. Nunca había visto un incendio semejante. Las llamas alcanzaban una altura extraordinaria, como si quisieran incendiar los cielos. La enorme provisión de leña, seca por el inclemente sol de los últimos días e impregnada del aceite oscuro, generaba una hoguera imposible de apagar. Los bárbaros seguramente podrían rescatar algunos carros y escudos, pero al menos la mitad, o tal vez más, de la preciosa reserva de madera se estaba consumiendo.

El ataque había valido la pena, pensó Eskkar, pero luego se contuvo. Era mejor averiguar primero cuántos hombres habían muerto antes de celebrar nada.

—Un buen espectáculo, ¿verdad, capitán? —Las palabras de Gatus sonaban tranquilas.

Su lugarteniente estaba de pie a su lado, cubierto de barro de los pies a la cabeza. La cómica aparición hizo sonreír a Eskkar, antes de que se le ocurriera mirarse a sí mismo. El viejo soldado había sido el último en subir. Grond también estaba allí, tan embarrado como los demás, con sus dientes blancos brillando bajo la luz de la luna. Todos los hombres del ataque se reunieron a su alrededor.

—Esta visión se la debo a Grond. Prácticamente me arrastró de regreso a Orak.

—El capitán estaba cansado de luchar solo contra tres guerreros. —Grond alzó la voz para que todos lo oyeran—. Se dio la vuelta para atacarlos, para que los hombres pudieran alejarse. Y los mató a todos.

El terror de la pelea cruzó como un relámpago por la mente de Eskkar. No pudo evitar un escalofrío al recordar a Thutmose-sin, que lo había acorralado contra la rueda del carro. Se había enfrentado a numerosos peligros, pero nunca había sentido la muerte tan de cerca.

Sacudió la cabeza, tratando de alejar aquellos escalofriantes pensamientos, y escuchó a sus hombres relatar sus hazañas, vanagloriándose de la fuerza de su capitán. Si supieran que el miedo casi lo había doblegado.

—¿Cuántos hombres hemos perdido, Gatus? ¿Y qué ha pasado con los que fueron a provocar la estampida?

Gatus lo miró avergonzado durante un momento.

—Por los dioses, me olvidé de ellos. —Pidió a gritos que le informaran de las bajas, pero nadie sabía nada—. Iré a averiguarlo, capitán.

—No, quédate aquí de guardia hasta mañana. Trataré yo de saber qué ha sucedido con Jalen.

Eskkar se abrió paso entre sus hombres hasta que pudo bajar. Trella lo estaba esperando. Le abrazó con fuerza. Luego lo cogió de la mano y juntos corrieron hacia la parte posterior de la aldea. Grond y los demás los siguieron. Todos querían saber qué suerte habían corrido los responsables de la maniobra de distracción.

Los pobladores, ansiosos, llenaban las calles, haciendo preguntas, queriendo saber lo sucedido. Grond, con otros dos hombres, consiguieron que Eskkar se abriera paso entre la multitud. Le pareció que habían tardado una eternidad en llegar a la entrada del río.

La puerta se encontraba abierta. Los arqueros estaban preparados, arcos en mano, mirando hacia ella, brillantemente iluminada por una hilera de antorchas que se extendían hasta la orilla del río e incluso se adentraban en sus oscuras aguas. Había hombres apostados a ambos lados de la puerta. Eskkar escuchó gritos, incluso algunos vítores, que llegaban de la entrada.

Se abrieron camino entre los hombres y cruzaron el foso, con Grond iluminando el camino con una antorcha. Al llegar a la orilla del río, un hombre empapado se acercó a ellos, tropezó y cayó de rodillas, exhausto de luchar contra la corriente. Casi de inmediato apareció otro, intentando coger aire.

Eskkar continuó y se detuvo en el embarcadero. Las temblorosas antorchas iluminaban a una fila de hombres en las aguas del Tigris, aferrados a la gruesa sogá utilizada para empujar las barcazas de una orilla a otra.

Mientras Eskkar miraba, rescataron a más hombres de las aguas, que salían tosiendo y escupiendo, hasta de que sacaron a siete. Pero no había señales de Jalen, Esperó un poco más, asegurándose de que los soldados estaban alerta y examinaban con cuidado lo que pudiera arrastrar el río.

La maniobra de distracción había funcionado tal como había planeado. Los hombres de Jalen habían espantado a los caballos hacia el río, esperando hasta el último momento antes de lanzarse a las aguas, dejando que la corriente los empujara por la curva del río y de allí río abajo hacia Orak. Todos deberían haber llegado hasta el embarcadero, pero antes de que Eskkar y los suyos estuvieran a salvo. Algo tenía que haber salido mal.

Se dirigió bruscamente a los dos primeros hombres que alcanzaron la orilla.

—¿Dónde está Jalen? ¿Por qué habéis tardado tanto en volver?

Uno de los hombres lo miró sin comprender pero el otro movió consternado la cabeza y, después de tomar aliento, respondió.

—Capitán, los caballos nos bloquearon el paso hacia el río. Corrieron de un lado al otro por la orilla. No pudimos pasar... tuvimos que ocultarnos hasta que el camino quedó despejado. —El hombre luchó por ponerse en pie. Eskkar le dio una mano para ayudarlo—. Cuando íbamos a emprender la retirada, los bárbaros nos descubrieron. Corrieron hacia nosotros y Jalen fue herido durante la pelea. Mató a un hombre, pero sangraba mucho cuando lo vi saltar al agua.

Un grito surgió de los hombres que se encontraban en el río y las palabras «Jalen ha muerto» sonaron como un eco sobre el agua. Los hombres alcanzaron la orilla, cargando con un cuerpo.

Maldiciendo por lo bajo, Eskkar llegó al mismo tiempo que los hombres depositaban el cadáver sobre la tierra. A la luz de las antorchas, tuvo que concentrarse un momento hasta reconocer a Jalen, que tenía una raíz rota fuertemente apretada en su mano y una herida profunda en el costado.

—Debía de estar gravemente herido y no pudo luchar contra la corriente, o tal vez se enredó con algunas ramas.

Eskkar podía imaginar lo que había sucedido. Cuando Jalen consiguió soltarse de las ramas, ya no le quedaban fuerzas para mantener la cabeza fuera del agua. O bien la pérdida de sangre por la herida lo había dejado demasiado agotado. Sacudió la cabeza, con un gesto de frustración. Había perdido a uno de sus hombres más valientes, un lujo que no podían permitirse.

El segundo de Jalen se había recuperado lo suficiente para relatar lo sucedido. Siguiendo las órdenes, se había asegurado de que todos los hombres saltaran al río. Él había sido el último en hacerlo. Le aseguró a Eskkar que los había contado a todos al entrar a las aguas. Sin embargo, otro de los hombres se había perdido o bien había sido arrastrado corriente abajo, ahogándose probablemente, pasando desapercibido entre los caballos muertos que flotaban por las aguas.

Cuando terminó su relato, ya habían salido todos del río. Enseguida emprendieron la marcha de regreso a través del foso. Los últimos hombres entraron cargando el cuerpo de Jalen.

Eskkar cogió a Trella de la mano. Juntos regresaron a la protección de las murallas de Orak. Sisuthros los esperaba en la puerta. En su rostro se reflejaba el dolor que sentía.

El capitán le puso una mano en el hombro.

—Averigua todo lo sucedido, y luego informa a Gatus.

Sintió que Trella le empujaba del brazo, y se dio cuenta de que le estaba apretando la mano con tanta fuerza que le hacía daño. Redujo la presión, mientras emprendían en silencio el regreso a casa.

En el pozo, Trella lo ayudó a quitarse la ropa y a limpiarse el barro del cuerpo. Los sirvientes trajeron agua, trapos para secarse y ropa seca. Bajo la luz de las antorchas le vendó una fea herida en el brazo izquierdo después de lavarla bien. Se le había chamuscado el vello del brazo derecho cuando explotó la carreta. En su espalda descubrió dos quemaduras, que también lavó, pero las dejó al descubierto.

Los sirvientes se retiraron, dejando una sola antorcha en el pequeño jardín. Ellos se sentaron juntos en el banco. Eskkar tomó agua fresca y después una copa de vino caliente, que acabó casi tan rápido como el agua.

Trella le examinó el brazo, controlando el vendaje para ver si la herida seguía sangrando. Esperó hasta que pudo hablar.

—Jalen no ha tenido suerte —comenzó—, no ha tenido suerte cuando lo hirieron,

ni en el río. Tendría que estar vivo y yo muerto. —Señaló la espada apoyada en el árbol, ya limpia y engrasada por los sirvientes—. Tu espada me salvó la vida, Trella. Me enfrenté a Thutmose-sin. Es un verdadero guerrero y casi me derrota. Creí que estaba a punto de morir. Me sentí indefenso frente a él, hasta que su espada se rompió contra la mía y pude derribarlo con las escasas fuerzas que me quedaban. Un golpe más y habría muerto. Incluso después me habrían matado o capturado si Grond no hubiera cargado prácticamente conmigo de vuelta al poblado. —La miró—. Nunca he estado tan seguro de mi propia muerte, en ninguno de los combates a los que me he enfrentado a lo largo de todos estos años. Tuve miedo, el mismo miedo que vi en ojos de otros... otros hombres con los que luché... y maté.

Sacudió la cabeza como si no diera crédito a sus palabras, avergonzado de admitir su debilidad y su miedo, incluso frente a ella.

Cuando Trella respondió, su voz era tranquila y precisa.

—Entonces la espada nos ha servido a ambos. Puesto que no puedo pelear a tu lado, ella debe ocupar mi lugar y defenderte. Esposo, es verdad que los dioses te favorecen y te protegen. Lo han hecho ante el poderoso jefe de Alur Meriki. Nadie puede enfrentarse a tantos enemigos sin cansarse, especialmente después de una larga marcha con una carga pesada. Pero lo mejor de todo es que has admitido haber tenido miedo. —Eskkar la miró confundido. Nunca había confesado su miedo a una mujer, ni había oído que ningún guerrero lo hubiera hecho. Tampoco lo habría hecho en ese momento si no estuviera agotado, y quizá porque el vino caliente le había aflojado la lengua—. Los dioses se enfurecen cuando los hombres se vuelven demasiado presuntuosos, demasiado seguros de su propia fuerza y poder —continuó mientras le acariciaba el brazo—. Recuerda siempre esta noche y lo que sentiste cuando tengas tentaciones de pensar que eres todopoderoso. Y luego acuérdate de Jalen y de su sacrificio.

Eskkar permaneció sentado en silencio. Sabía lo que Trella no había dicho. No le había recordado quién puso la espada en su mano, quién lo había guiado a lo largo de los meses, quién era la fuerza que los sostenía en las noches de preocupación.

—Mañana honraremos a Jalen. Todos asistirán a su funeral. Le daremos las gracias por el éxito de nuestro ataque. —Rodeó con su brazo a la muchacha y la estrechó contra él. Ella correspondió a su abrazo—. Y tú... me reprenderás si me vuelvo demasiado orgulloso, o si alguna vez me olvido de la lección de esta noche.

—No hará falta que te lo recuerde. Eres demasiado inteligente para olvidarte de lo aprendido.

Nunca se había considerado inteligente, y se preguntó si ella se lo estaba diciendo sólo para tranquilizarlo.

Trella lo miró, leyendo sus pensamientos.

—Eres un hombre inteligente, Eskkar, inteligente para conocer tus virtudes,

inteligente para aprender de tus errores y aún más inteligente para aprender de los errores de otros. —Se separó de él y se levantó—. Ahora vamos a la cama, esposo. Necesitas descansar, y mañana habrá mucho de que hablar.

Eskkar miró hacia el cielo. La mañana llegaría pronto.

—Me pregunto qué habrá pasado con Thutmose-sin —dijo—. Cayó cuando lo golpeé con la empuñadura de la espada. —Le contó cómo el carro había explotado en una bola de fuego y de calor y cómo el extraño ruido dejó a todos tendidos en el suelo—. Sus hombres lo llevaron a rastras, alejándolo de las llamas y de nosotros. Tal vez haya muerto. Quise matarlo para vengar a mi familia. Habría valido la pena morir por eso. Pero él se defendió... es demasiado fuerte.

—Basta de hablar de muerte, esposo. Y pronto tendremos noticias de Thutmose-sin —le respondió—. Pero tanto si está vivo o muerto, para nosotros no cambiará lo que nos depararán los próximos días.

—Supongo que no.

La miró, recordando cómo se había sentido los primeros días que habían pasado juntos, cuando se dio cuenta de que era una muchacha especial. Ahora, con unas pocas palabras, lo que no tenía importancia se desvanecía. Tenía razón. La batalla continuaría, con Thutmose-sin o sin él.

La estrechó entre sus brazos, olvidando el dolor de sus heridas, dejando que la fuerza de Trella lo invadiera. Juntos caminaron hacia la casa, sin fijarse en los sirvientes y soldados que los miraban con respeto y admiración. Cayó sobre la cama sin tener apenas tiempo para un pensamiento antes de que el sueño lo dominara. La sabiduría, pensó, no era tanto una cuestión de lo que uno sabía, sino de admitir lo que uno ignoraba.

Thutmose-sin recuperó el conocimiento en su tienda, rodeado de sus esposas. Las primeras luces del alba brillaban a través de la abertura, indicándole que la noche había concluido. Al principio no podía ver claramente, pero las mujeres le ayudaron a sentarse. Se tocó la cabeza e hizo un gesto de dolor cuando sus dedos rozaron la hinchazón amoratada sobre su sien. Cuando se movía sentía un dolor intenso, que empezó a disminuir al quedarse quieto un momento.

Recordó la lucha. Y cómo se había roto su espada. En una batalla podía suceder cualquier cosa. Había visto numerosas espadas partirse, pero nunca una de las suyas, y mucho menos cuando estaba a punto de asestar un golpe mortal. Aquello lo había desequilibrado, y el guerrero había conseguido pegarle con la empuñadura de su arma. Thutmose-sin había girado la cabeza intentando evitar el golpe y la bola de bronce le había rozado, sin darle de lleno.

En caso contrario, podría haber muerto..

Su primera mujer, Chioti, le acercó un odre de agua a los labios. Bebió una y otra vez, dejando que el agua le corriera por el pecho. Cuando finalmente apartó el odre, la miró y preguntó:

—¿Qué ha pasado?

—Tu guardia te trajo hace unas horas. Estabas inconsciente. Dijeron que los comedores de tierra habían incendiado los carros. Vimos un fuego enorme.

Sacudió la cabeza e inmediatamente se arrepintió de haberlo hecho.

—Ayúdame, Chioti.

Algunas de sus mujeres murmuraron que debía descansar, pero Chioti lo conocía mejor. Ella le pasó un brazo por encima del hombro y lo ayudó a ponerse de pie.

—Que venga Urgo —ordenó, manteniendo un brazo en torno a la cintura de su esposo—. Urgo quería que le avisaran en cuanto despertaras. —Chioti se puso ante él y lo miró a los ojos—. Quédate en la tienda hasta que estés seguro de encontrarte bien. No creo que quieras tropezar y caer.

O mostrarme débil ante mis hombres. Le sonrió.

—Me cuidaré, Chioti.

Mientras esperaba la llegada de Urgo, Thutmose-sin se fue sintiendo lo suficientemente fuerte para dejar la tienda. Sus guardias lo observaron. En sus rostros se reflejaba el alivio, mezclado con temor. Habían fracasado en su obligación de permanecer a su lado y protegerlo.

Los miró con frialdad mientras se reunían a su alrededor. Ya los castigaría más tarde. El sol de la mañana se elevaba sobre el horizonte. Sus fuerzas aumentaban con cada bocanada de aire fresco, aunque su cabeza, sin duda, le dolería durante días.

Urgo fue el primero en llegar, con un arco en la mano. Rethnar, Altanar y dos de los otros jefes de clan lo seguían de cerca. Se sentaron en el suelo, en semicírculo, ante él.

—Los comedores de tierra quemaron los carros con la leña, *sarrum* —dijo Urgo sin preámbulo alguno—. Hemos perdido la mitad y una carreta cargada de aceite. Afortunadamente, otros dos carros con aceite se han salvado.

Thutmose-sin se controló para no sacudir la cabeza en señal de disgusto.

—¿Y los caballos? ¿Y los comedores de tierra que los espantaron?

—Los hombres escaparon saltando al río. —Urgo se encogió de hombros—. Puede que se hayan ahogado. Hemos perdido alrededor de treinta caballos. El resto está suelto en la llanura. Los hombres todavía están intentando recuperarlos.

—¿Y los que quemaron las carretas?

—Encontramos dos cuerpos, *sarrum*. —Vio la pregunta en el rostro de su jefe—. Hemos perdido a diez hombres, incluyendo a dos centinelas. El resto murió durante la lucha. —Urgo le acercó el arco a su jefe—. Uno de los muertos llevaba esto. Los

comedores de tierra enviaron a sus arqueros a atacarnos.

—No me enfrenté con un arquero —dijo Thutmose-sin, mientras examinaba el arma con interés. Era la primera que recuperaban, y de un vistazo pudo comprobar que estaba bien hecha y que era un arco poderoso—. Me reconoció, me llamó por mi nombre. Puede que haya pertenecido a nuestro clan.

Urgo se encogió de hombros.

—Un guerrero renegado... ¿qué importancia tiene? Puede que lo hayas herido. Sus hombres tuvieron que ayudarlo.

—¿Y la madera? ¿Nos queda suficiente?

—Ya he enviado a los hombres a buscar más. Tenemos bastante aceite, y en uno o dos días conseguiremos más madera.

—Sabía combatir, Urgo.

—Los dioses pueden haberlo protegido ahora para que lo capturemos más adelante, Thutmose-sin.

—O los dioses nos pueden estar enviando otro mensaje, *sarrum*. —Altanar habló por primera vez. Era uno de los jefes de clan más veteranos, había hablado muy poco durante la campaña—. Tal vez los dioses nos estén diciendo que debemos continuar, que no merece la pena perder aquí tantas vidas de nuestros guerreros.

—¡Huirías de los comedores de tierra! —Rethnar escupió las palabras—. ¿Acaso tienes miedo de pelear contra cobardes que se refugian detrás de una muralla?

—No, Rethnar, no les temo más que a ti. —La mano de Altanar se posó sobre su espada—. Pero muchos más guerreros han de morir antes de que tomemos el poblado. ¿Nos compensarán los esclavos los guerreros perdidos? Los comedores de tierra no tienen caballos. ¿En dónde encontraremos animales que reemplacen a los que perdimos anoche? —Se encogió de hombros—. Si Rethnar quiere quedarse y conquistar la aldea, que así sea. Pero yo digo que no encontraremos en ella nada de interés.

—Eres un cobarde —dijo Rethnar al tiempo que se ponía de pie y desenvainaba su espada.

Altanar también se levantó e hizo lo mismo.

—¡Sentaos! —gritó Thutmose-sin, pero los dos jefes de clan, aunque hubieran escuchado la orden, ya no pudieron detenerse.

Se desató el caos en el campamento. Los miembros de los clanes de Rethnar y Altanar se acercaron corriendo. Los guardias de Thutmose-sin, más atentos que de costumbre después del fracaso de la noche anterior, ayudaron a su jefe a ponerse de pie y lo sacaron del círculo. Formaron una barrera entre ellos, mientras la revuelta crecía ante sus ojos. Una docena de hombres estaba peleando y, en pocos instantes, algunos más se sumaban a ellos. Thutmose-sin sabía que necesitaba detenerlos inmediatamente.

—Guardias —gritó con una voz lo bastante fuerte como para que lo oyeran por encima del estruendo de la pelea—. ¡Matad a todo aquel que no deje de luchar! ¡Ya! ¡Matadlos!

Sus guardias se adelantaron. Superaban en número al puñado de guerreros, que se vieron amenazados por su avance. Los dos jefes de clan se separaron, y los miembros de los clanes hicieron lo mismo a regañadientes.

—Interponeos entre ellos —ordenó Thutmose-sin. Ahora su voz llegaba con toda claridad, al haber cesado el ruido de la pelea—. ¡Matad a todo el que no suelte su espada! No permitiré que nadie se mate por culpa de los comedores de tierra.

Con una maldición, Rethnar bajó su espada. Un momento después Altanar repitió el gesto. Los dos hombres se miraron con odio. Thutmose-sin avanzó hacia el centro del espacio.

—¿O acaso queréis luchar contra mí? —Miró a su alrededor—. Chioti, trae mi espada.

Thutmose-sin esperó, rodeado de hombres furiosos todavía empuñando sus armas, hasta que Chioti se abrió paso entre la guardia y le alcanzó una espada. La cogió, la sopesó y luego la blandió sobre su cabeza haciéndola silbar en el aire.

—¿Me estás desafiando, Altanar? —El jefe de clan no respondió. Se dirigió entonces a Rethnar—. ¿Y tú, Rethnar? —Éste tardó un momento en responder, y Thutmose-sin supo que se estaría preguntando hasta qué punto el combate de la noche anterior lo habría agotado. Se acercó a Rethnar con la espada baja—. ¿Me estás desafiando? —Thutmose-sin le habló pausadamente, pero todos escucharon la amenaza en su voz.

—No, *sarmm*. Es que...

—Entonces envainad las espadas, que se retiren vuestros hombres y sentaos. Tengo algo que deciros. —Esperó hasta que Rethnar y Altanar estuvieron sentados en el suelo—. Altanar tiene razón —comenzó—. Perderemos a muchos guerreros antes de conquistar ese poblado. Y seguramente habrá poco de valor dentro de Orak para compensar nuestros muertos. —Se volvió a Rethnar—. Pero Rethnar también tiene razón. Si no derrotamos a esos miserables pobladores, cualquier despreciable comedor de tierra de este territorio comenzará a agruparse en poblados. Se organizarán y se enfrentarán a nosotros. Y una vez que sepan que nos pueden expulsar, tendremos que luchar contra cada granja y choza de barro que encontremos. —Se detuvo ante Altanar—. ¿Estarías dispuesto a cambiar el recorrido de nuestro desplazamiento, Altanar? Si fracasamos en tomar este poblado, jamás podremos volver por estas tierras. Si lo hacemos, los de Orak habrán duplicado sus efectivos y tendrán el doble de guerreros. ¿Es eso lo que quieres para tus hijos, para tu clan? —Thutmose-sin caminó alrededor del círculo, desafiando con su mirada a cada jefe de clan y a sus lugartenientes—. No, hermanos de clan, ya no estamos peleando por los

caballos o por el botín, ni siquiera por el honor. Orak debe ser destruido o estas tierras quedarán prohibidas para nosotros. Lucharemos para defender el modo de vida heredado de nuestros antepasados. —Regresó a su lugar y se sentó, colocándose la espada sobre las rodillas. Cuando volvió a hablar, lo hizo en voz baja, por lo que sólo los que estaban en el círculo pudieron oírlo—. Esta aldea tiene que pagar el precio de la guerra. Tenemos que matar a muchos de ellos, no por lo que podamos ganar, sino por lo que perderemos si nos marchamos. —Nadie dijo nada—. Entonces está decidido. Atacaremos tan pronto como los carros y la madera hayan sido reemplazados. Para el próximo asalto no dejaremos a nadie en la reserva. Cualquier hombre o muchacho que pueda pelear marchará sobre la aldea. —Miró a su alrededor una vez más—. Y cuando la conquistemos, aniquilaremos a los supervivientes y derribaremos todos los muros y las casas hasta que no quede nada más que el barro del río.

Eskkar había dormido menos de dos horas cuando el dolor de su espalda lo despertó. Por la ventana entraba un poco de claridad, que indicaba que el amanecer estaba próximo. A pesar de la falta de sueño su mente parecía tan despierta como si hubiera descansado toda la noche. Pero notaba dolorosamente cada músculo de su cuerpo cada vez que se movía. El vendaje de su brazo se había deslizado un poco. Lo tocó pero no encontró rastro de sangre fresca.

Se levantó tratando de no despertar a Trella y se vistió rápidamente. Cogió su espada y se dirigió a la sala de trabajo, abrió la puerta que daba al piso inferior y se encontró con Annok-sur, que subía para despertar a su ama.

Eskkar se llevó un dedo a los labios.

—Buenos días, Annok-sur —susurró—. Yo la despertaré. ¿Puedes subirnos el desayuno y enviar a Bantor y a Gatus cuando lleguen?

—Capitán, Gatus me ha enviado a llamarte. Quiere que vayas a la puerta principal.

La miró fijamente, pero ella no tenía nada que añadir.

—Súbele entonces algo de comer a Trella y asegúrate de que lo tome antes de salir.

Eskkar regresó al dormitorio y se sentó en la cama. El movimiento hizo que su esposa se diera la vuelta, aunque siguió durmiendo. Un poco más de luz entraba por las ventanas y la iluminaba tenuemente. Yacía con una mano sobre la cabeza, con su oscura cabellera cubriendo la almohada.

Cuando dormía, parecía una niña, demasiado joven para las obligaciones con las que cargaba. Su vida y su futuro pendían del mismo hilo que el suyo, un hilo que

había creado con su orgullo al asegurarle a Nicar que los bárbaros podían ser derrotados. Tenía que evitar que pudieran hacerle daño, pensó Eskkar, ni los bárbaros ni los nobles. Primero derrotaría a los bárbaros, después incrementaría su poder para superar al de los nobles. Lo juró por todos los dioses aunque no creyera en ninguno de ellos. Quería besarla pero temía que el roce de sus labios la despertara. Prefirió dejarla dormir tranquila un poco más.

Fue a la planta baja y se detuvo en la cocina para beber una copa de agua y comer algo de pan que masticó mirando la salida del sol. Saludó a los guardias, examinó rápidamente la situación con los que estaban en la mesa de mando y montó en su caballo, siempre dispuesto. Se dirigió lentamente hacia el patio, con sus guardias a su lado y el pan todavía en la mano.

Había pocos pobladores despiertos a aquella hora de la mañana. Muchos se habían quedado hasta tarde celebrando la victoria sobre los Alur Meriki. Otra victoria. Como ladrones en la noche, él y sus hombres se habían arrastrado hasta el campamento bárbaro, habían ahuyentado a sus caballos y habían quemado algunos carros. Después habían salido corriendo. Y hoy era posible que la aldea pagara el precio de aquella «victoria». Se tragó sus negros pensamientos. Cuando llegó a la puerta, desmontó y le dio las riendas a un muchacho semidormido.

En lo alto de la torre se encontró con Gatus sentado en un banco tan alto que le ofrecía una perspectiva más amplia que si estuviera de pie. Su segundo al mando todavía tenía barro en el cuerpo. Había pasado la noche en la muralla.

El sol de la mañana brilló ante Eskkar mientras miraba hacia el Este.

—Bien, Gatus, veo que has pasado otra noche sin dormir. ¿Qué sucede ahora?

Partió por la mitad el pan que le quedaba y le dio una parte al soldado, que lo recibió agradecido.

—Anoche, unas horas después de tu partida, vimos algo. —Gatus mordió un pedazo del pan y luego lo masticó concienzudamente antes de continuar—. Hubo otro gran fuego en el campamento. No por donde habías quemado los carros, sino más cerca del centro de la llanura. Lo vimos durante algún tiempo y, justo cuando se extinguió, escuchamos ruidos de lucha. Duró muy poco tiempo, y luego desaparecieron. Pero antes del amanecer, nos pareció volver a escuchar sonidos de pelea.

Después de comerse el último pedazo de pan, Eskkar oteó el horizonte. Delgadas columnas de humo se elevaban detrás de la pequeña colina en donde habían ardido los carros, pero no vio otra señal de hogueras. Muchos hombres a caballo se movían de un lado a otro por las colinas, levantando nubes de polvo a su paso. Mientras observaba, una veintena de jinetes apareció en la ladera de la colina donde se habían ocultado la noche anterior. Los jefes de clan se acercaban a examinar el daño a la luz del amanecer y a planear su próximo movimiento.

—Creo que los hemos enfurecido. —Eskkar mantuvo la mirada en los jinetes mientras éstos se desplazaban lentamente—. Anoche perdieron caballos y carros y buena parte de la leña que habían acarreado en las últimas semanas. Y, sobre todo, han sido humillados, atacados en su propio campamento por los comedores de tierra. Los guerreros y sus jefes están furiosos con su jefe o con aquel a quien decidan culpar por nuestro ataque. Es posible incluso que hayan intentado matar a Thutmose-sin. Si han tenido éxito, nos enfrentaremos a un nuevo jefe, que tal vez tenga ideas completamente diferentes. O puede que Thutmose-sin haya acusado y atacado a otros jefes.

Gatus terminó su pan.

—Bueno, cuanto más luchen entre sí, mejor para nosotros. ¿O tal vez piensen que ya han tenido demasiado y han decidido marcharse? No creo que hoy suceda nada, ¿tú que opinas?

Eskkar no estaba dispuesto a correr riesgo alguno.

—Hoy quizá no. Pero me voy a quedar aquí un rato. Envía a Sisuthros. Y luego vete a dormir.

Gatus abrió la boca para protestar y luego lo pensó mejor.

—Muy bien. Iré a tu casa a dormir. Bantor ya se ha recuperado lo suficiente para tomar el mando durante unas horas.

Esperó un momento, pero Eskkar no dijo nada. Siguió observando la llanura. Se encogió de hombros y abandonó la muralla, no sin antes decirles a sus soldados dónde estaría y cuándo deberían llamarlo.

Eskkar casi no se dio cuenta de que se había marchado. Parecía haber mucho movimiento en el campamento bárbaro. Sin pensarlo, se sentó en el banco vacío. Pequeñas nubes de polvo flotaban por todas partes, lo que significaba que los jinetes iban de un lado a otro, la mayoría de ellos fuera del alcance de su vista. Trató de ponerse en el lugar de Thutmose-sin.

Si sobrevivo al desafío a mi autoridad, tendré que atacar el poblado. Para Thutmose-sin abandonar el sitio en aquel momento equivaldría a admitir la derrota, y habían muerto demasiados guerreros para poder permitírselo. Las diferencias y enemistades internas habrían estallado la noche anterior, y habría que derramar sangre para ajustar las cuentas. Así que si Thutmose-sin seguía teniendo el control, concluyó Eskkar, podían esperar un ataque en toda regla ese mismo día, o más probablemente al día siguiente. Alur Meriki intentaría primero reemplazar parte de la madera perdida, y quizá necesitaran algo más de tiempo para recuperar sus caballos.

El capitán estaba seguro de una cosa. Cuando se produjera el asalto, sería implacable. Los bárbaros contaban con hombres más que suficientes para un último intento. Tratarían de conquistar la muralla con todos los guerreros, y sería una victoria o un desastre para Alur Meriki. Porque si fracasaban, sus fuerzas se verían

tan disminuidas que otras aldeas o clanes aprovecharían la oportunidad para enfrentarse a ellos.

Pero si Thutmose-sin había sido depuesto, entonces quizá... habría una posibilidad de que su sustituto decidiera marcharse. El nuevo jefe le echaría la culpa de todos los fracasos a su predecesor, podía alegar que la estación estaba demasiado avanzada para seguir luchando, e incluso convencerlos de que volverían en unos años a tomarse la revancha. Alur Meriki tenía muchas razones para persuadir a quienes quisieran abandonar la lucha. Y habría suficientes esposas, concubinas y caballos para distribuir entre los nuevos seguidores: las posesiones de los caídos en el combate.

Para Orak lo mejor era que Thutmose-sin hubiera muerto. Eskkar pensó en ello, deseando encontrar alguna manera de matar al líder de Alur Meriki, anhelando que alguien de algún clan hubiera resuelto el problema mediante un cuchillo en la espalda del poderoso jefe.

Permaneció en la muralla el resto del día. No hubo ataque, hecho que atribuyó a la escaramuza de la noche anterior. Por lo menos, nadie intentó el asalto al poblado. Por la tarde, algunos de los que vigilaban la llanura aseguraron haber escuchado ruidos de lucha en el campamento enemigo. Pero no pudieron ver nada, y él tampoco oyó nada.

Sin embargo, aunque no hubiera habido un enfrentamiento, los jefes de los clanes, insatisfechos con el mando de Thutmose-sin, podían haber intercambiado muchos insultos y acusaciones. Y los guerreros nunca luchan bien cuando sus líderes están enfrentados. Lo sabía tanto por su propia experiencia como por los días pasados a las órdenes de Ariamus.

El sol llegó a su ocaso. Los soldados mantuvieron la vigilancia toda la noche, sin correr riesgo alguno. Gatus, una vez más, permaneció de guardia, realizando varias inspecciones. La tregua le permitió a Eskkar recuperar algo del sueño perdido, aunque de madrugada ya se encontraba en la muralla, mirando ansioso hacia la cima de las colinas. Pero el sol de la mañana no trajo novedad alguna y el día volvió a transcurrir sin ninguna actividad digna de mención.

Sin embargo, al caer la noche los centinelas avistaron las luces de las hogueras reflejarse contra el cielo oscuro, brillando más de lo habitual y durante más tiempo. Continuaron con la vigilancia y esperaron hasta que la oscuridad fuera completa.

Al fin, Eskkar se dirigió a Sisuthros y a Gatus.

—Creo que la espera ha terminado. Mañana... creo que será mañana. Atacarán al amanecer.

—Estaremos preparados —respondió Sisuthros con seriedad.



CAPÍTULO 27

En la sala de trabajo, la pequeña lámpara, con su aceite casi consumido, producía más humo que luz. Trella hizo una pausa para añadir un poco más, suficiente para poder ver. Abrió la puerta del dormitorio y escuchó la respiración de Eskkar. Al menos podía disfrutar de unas horas de sueño, aunque fuese inquieto. Se deslizó en la cama y rodeó con los brazos a su esposo, dejando que su cuerpo lo despertara.

La escasa luz le permitió ver que Eskkar tenía los ojos abiertos. Este suspiró brevemente, satisfecho. Luego intentó sentarse, recordando lo que les depararía la jornada. Trella se mantuvo abrazada a él.

—Quédate un momento. Faltan más de dos horas para el amanecer.

Apoyó el rostro contra su pecho y lo abrazó con todas sus fuerzas.

Eskkar la besó con dulzura y se puso de lado, manteniendo un brazo alrededor de ella.

—Tengo que marcharme.

Trella había oído a los hombres en el piso inferior conversando y dando vueltas, mientras se preparaban para la batalla. Sabía que aquellos sonidos lo llamaban y tenía que dejarlo partir.

—¿Cuánto tiempo he dormido? Dijiste que...

—Casi tres horas. Apenas has dormido en estos últimos tres días. Gatus me dijo que no te despertara.

Sus brazos no pudieron impedir que se sentara.

—Debo irme, Trella. Los hombres necesitan verme antes de la batalla.

—Ya lo sé, esposo. Pero ten cuidado. No hay necesidad de correr riesgos. Que otros se lleven la gloria.

Ella permaneció de pie mientras lo miraba atarse las sandalias.

Ello hizo con lentitud, anudándolas con firmeza; luego se levantó y se ajustó el cinto con la espada. No se había desnudado antes de acostarse.

—Ésta es la última batalla. Durante cinco meses nos hemos preparado, y ahora ha

llegado el momento. Hoy venceremos o caeremos.

Trella negó con la cabeza.

—Nunca es la última batalla. Recuérdalo y no actuarás apresuradamente.

Se acercó y se recostó contra él, luego alzó los brazos y se los pasó alrededor del cuello. Eskkar trató de besarla, pero ella lo abrazaba tan estrechamente que lo único que pudo hacer fue rozar su frente con los labios.

—Trella, yo... tienes que dejarme marchar.

Ella no dijo nada, pero aflojó los brazos y se hizo a un lado, con la cabeza baja.

—Ten cuidado, y recuerda lo que te he dicho si fracasamos.

Le habló con tranquilidad, pero sus palabras le encogieron el corazón. Trella se quedó de pie cuando Eskkar se dio la vuelta y salió del cuarto. Escuchó sus pasos bajando la escalera.

—Que los dioses te acompañen, esposo, a todos los lugares peligrosos a los que tengas que ir hoy.

Recitó aquella plegaria en voz alta, más para ella misma que para los dioses. Sus ojos se inundaron de lágrimas, pero fue sólo un instante. Ella también tenía mucho trabajo por delante.

Eskkar fue primero al pozo para saciar su sed y lavarse la cara bajo la temblorosa antorcha antes de volver a la cocina. El resplandor de una solitaria lámpara le permitió ver a Bantor, Alexar, Grond y a algunos otros en torno a la mesa. Se unió a ellos y todos comieron un poco de carne fría y bebieron la cerveza ligera que les sirvieron las mujeres. Todos guardaban silencio, ensimismados en sus pensamientos, esperando a que las estrellas comenzaran a palidecer. Cuando terminaron de comer, guardaron unos trozos de pan en su bolsa antes de marcharse. Quizá no tuviera otra oportunidad de comer en el largo día que se avecinaba.

En el patio Eskkar se encontró con Sisuthros comprobando que cada uno de los hombres tuviera claro cuáles eran sus obligaciones y su puesto. Sisuthros no había dormido en toda la noche. Se había ofrecido para patrullar la muralla y preparar a los defensores, mientras el resto dormía unas pocas horas. En la luz titilante, Eskkar le agradeció la larga noche de trabajo y le apretó el brazo como despedida.

Orak había dormido poco esa última noche, ya que se había corrido la voz de que los bárbaros estaban reuniendo sus fuerzas y que atacarían al amanecer. Los lugartenientes y los jefes de la aldea inspeccionaron a sus hombres y les ordenaron a todos que estuvieran en su puesto con las primeras luces. El fuego de las cocinas se encendió temprano. Los pobladores y los soldados tomaron insulsos alimentos en silencio y en una oscuridad casi completa, y luego bebieron agua de las jarras,

preparándose para el largo y fatigoso día.

Padres, esposos y amantes se despidieron en voz baja, con rostros serios y gestos inciertos. Todo el poblado tenía miedo y se palpaba la tensión. A la caída del sol su suerte estaría echada.

Las norias habían estado funcionando sin cesar desde el día anterior, llenando el foso todo lo posible. A Corio ya no le preocupaba debilitar la base de la muralla. Los más veteranos revisaron las armas, inspeccionaron las reservas de agua y se aseguraron de que todos estuvieran en sus puestos. Los arqueros colocaron nuevas cuerdas en sus arcos y las probaron a la luz de las antorchas. El sonido de las piedras de afilar se hacía interminable, mientras los hombres pulían sus espadas y hachas al máximo.

Seguido por sus guardaespaldas, Eskkar se dirigió a la puerta principal. Gatus y los otros comandantes habían empezado a hacer el último recorrido en torno a la muralla. Se aseguraron de que todos los hombres estuvieran preparados, con sus armas a mano.

Se encontró con Corio y Alcinor, que estaban comprobando las cuerdas de los andamios colocados sobre la puerta. La plataforma superior, más pequeña, se curvaba en el centro por el peso de las piedras. La inferior, más ancha y sujeta de una forma más firme, soportaba un peso aún mayor de hombres y piedras. Corio parecía a punto de caer exhausto. El miedo era evidente en los rostros de padre e hijo bajo la luz de las antorchas. Aquel día el maestro constructor de la muralla y de la puerta se enfrentaría a su mayor desafío.

Mientras el capitán observaba, una fila de pobladores transportaba baldes con agua hacia el extremo superior de la puerta, donde otros los vaciaban con cuidado para mantener la madera lo más húmeda posible.

—La noche antes de la batalla siempre es larga, Corio —le dijo Eskkar para darle confianza.

—Ya estamos casi listos, capitán —respondió el constructor con un tono más agudo de lo habitual—. Sólo unos detalles y...

—Todavía hay tiempo. —Los hombres necesitaban tranquilizarse, más que ninguna otra cosa—. Trata de descansar o no nos servirás de nada cuando más te necesitemos. Cuando comience la batalla estarás demasiado ocupado como para preocuparte de nada.

Antes de que pudiera contestarle pasó a su lado para entrar a la torre norte. A medida que subía los oscuros escalones, saludó a sus hombres para que supieran que estaba allí. Pudo sentir, más que ver, el alivio en sus rostros. Al llegar arriba, los centinelas le dejaron un sitio en la muralla.

Se había pasado la mayor parte del día anterior en aquel mismo lugar, tratando de averiguar por cualquier indicio los planes de los bárbaros. Estuvo mirando hacia el

campamento enemigo hasta la medianoche, cuando Gatus le exigió que descansara un poco. Dejó la muralla con la condición de que lo despertaran tres horas antes de la salida del sol. No esperaba conciliar el sueño, pero sorprendentemente cayó dormido al instante, tapándose los ojos con un brazo como si quisiera mantener el amanecer lo más lejos posible.

Pero el tiempo de dormir había terminado. Miró hacia el cielo por el Este. Le pareció detectar una tenue claridad. Al bajar la mirada, vio la silueta de colinas recortada claramente por el resplandor de las hogueras de Alur Meriki. Nada se movía sobre aquellos cerros. Ante ellos, la oscuridad envolvía la llanura.

Tras recostarse contra el muro, esperó la primera claridad del amanecer. Cerró los ojos y se concentró en los sonidos. Aunque las colinas estaban a más de un kilómetro de distancia, podía escuchar ruidos lejanos, y supo que los bárbaros habían ultimado los preparativos durante toda la noche. Reconoció el chirrido de las carretas mezclado con algún esporádico relincho de un caballo, asustado al moverse entre las tinieblas sin poder ver por dónde pisaba o nervioso por el chisporroteo de las antorchas. Seguramente habría fogatas por todas partes, pero sólo detrás de las colinas, para no darle a los defensores ni la más mínima idea de lo que ocultaban.

Oyó pasos en la escalera a su espalda. Los hombres caminaban y se colocaban en sus puestos en la muralla. Los arqueros no hablaban mucho, como si temieran que sus palabras pudieran precipitar el amanecer o molestar al enemigo.

—Bien, capitán de la guardia, parece que hoy los bárbaros tienen pensado moverse. —Gatus había regresado, rompiendo el hechizo con su potente voz—. Vendrán pronto, creo. Hemos oído cómo se preparaban toda la noche.

Eskkar se volvió hacia su segundo al mando. A la luz de las antorchas vio a la mayoría de sus comandantes. Sisuthros, Maldar, Grond, Totomes, incluso Myandro y algunos otros. Bantor, demasiado débil, se había quedado en el patio para ayudar a coordinar los soldados de reserva.

A lo largo de la muralla todos vigilaban y esperaban. Cada uno de ellos quería ser el primero en averiguar lo que les depararía el día. Los soldados permanecieron en silencio mientras el inicio del amanecer asomaba por el Este, pero se apresuraron con los últimos detalles a medida que las estrellas comenzaron a apagarse.

El ruido procedente de la llanura comenzó a aumentar. Se oía el movimiento de los caballos, el leve tintinear de espadas y lanzas, el agudo chirrido de las ruedas de los carros. Las cimas de las colinas parecían moverse y ondear bajo el débil resplandor. El cielo comenzó a aclararse, y el sol con sus rayos rojos y dorados empezó a abrirse paso entre las tinieblas, hasta teñir con su luz el horizonte.

Al asomarse por encima de las colinas y bañar la llanura con una luz rojiza y suave, el sol dejó finalmente al descubierto los movimientos del enemigo. Había carros por todas partes, moviéndose lenta pero decididamente hacia la llanura, hacia

sus puestos, preparándose para la larga jornada frente a las murallas de Orak. Cientos de hombres tiraban de ellos o los empujaban, esforzándose para asegurarse de que llegaran a su destino. Los guerreros deambulaban en torno a ellos.

Los hombres de la primera línea no llevaban armas. Se dio cuenta de que eran esclavos y cautivos que actuarían como escudos humanos para proteger a los guerreros. Por todos lados aparecieron grandes escudos, con un tamaño suficiente para proteger a tres o cuatro hombres, transportados en cada extremo por guerreros o esclavos. Los pocos que iban a caballo se dispersaron hacia los lados de la aldea, lejos de la puerta principal.

Miró asombrado a la cantidad de hombres que avanzaban. Habían matado a cientos de guerreros y, sin embargo, el enemigo parecía poseer un número ilimitado para enviar a la batalla.

—Ya comenzamos —dijo, más para sí mismo que para quienes estaban a su lado.

El único que pareció escuchar aquel extraño comentario fue Gatus, que se giró hacia el capitán.

—No me preocupa cómo empecemos, sino cómo terminemos. Y eso lo sabremos pronto.

—Hoy luchan a pie —comentó Sisuthros—. No más cargas a caballo. Eran blanco fácil y nuestros arqueros los podían hacer pedazos.

—Parece que todos los carros del campamento vienen hacia nosotros —dijo Gatus—. Intentarán acercarlos hasta el borde del foso y utilizarlos como parapeto.

—Y tendremos el sol de cara todo el tiempo. —El acento de Totomes sonaba extraño, incluso después de tanto tiempo—. Será una larga mañana para nuestros arqueros.

—Vienen hacia la puerta. —Sisuthros hizo sombra con las manos para poder ver mejor—. Y sale humo de los carros. Les han prendido fuego.

Eskkar miró a los Alur Meriki mientras desplegaban a sus hombres de modo lento pero ordenado. Hoy no había señales confusas, ni galopaban inútilmente de un lado a otro. Sólo unos pocos jinetes dirigían a los hombres que tiraban o empujaban los carros. Thutmose-sin se había preparado bien. Habían tenido semanas para ponerse a punto.

A Eskkar le preocupaba el número de carretas y su ardiente carga. Habían destruido una enorme cantidad de leña dos noches atrás y sin embargo parecía que la hubieran reemplazado toda.

—Mira el tamaño de esos escudos —exclamó Gatus sorprendido—. Nunca había visto nada semejante.

Sobre las colinas, diez o doce hombres aparecieron cargando unos enormes escudos de madera, de casi dos metros de ancho y por lo menos el doble de largo, parecidos a los que había destruido con Grond.

Eskkar los examinó unos momentos.

—Creo que son plataformas para poner sobre el barro. Intentarán cruzar el foso sobre ellas. Tienen más en las carretas.

Durante un momento nadie dijo nada. Todos pensaban en lo que significarían esas armas fuera de lo común. Hoy serían los atacantes los que desplegarían nuevas tácticas.

—Totomes —dijo Eskkar—, ¿los arqueros tienen flechas incendiarias?

—No, capitán, creímos que no serían necesarias.

—Pues que comiencen a prepararlas. Cuantas más, mejor.

—Sí, capitán.

El arquero comenzó a bajar las escaleras.

—Que tengas buena cacería, Totomes. —Si le había oído, no se molestó en responderle. Eskkar se dirigió a sus hombres—. Sisuthros, llama a Nicar y a todos los que encuentres. Que reúnan antorchas y la mayor cantidad posible de aceite de quemar, si es que nos queda algo. Traed todo hacia la entrada. Es posible que tengamos que incendiar esos carros y plataformas. —Miró con detenimiento a todos sus hombres en busca de cualquier sombra de temor, pero sólo vio determinación—. Cada uno a su puesto y explicad a vuestros hombres lo que se avecina. Si conocen lo que les espera, menos posibilidades habrá de que les entre el pánico.

Mientras Gatus comenzaba a bajar las escaleras detuvo a uno de los guardaespaldas de Eskkar.

—Asegúrate de que se ponga el casco y se cubra con todo el cuero que encuentres o yo, personalmente, te arrancaré la cabeza.

Eskkar sonrió ante la preocupación del viejo soldado. Era una pérdida de tiempo discutir con él. Se giró de nuevo hacia la muralla para estudiar el avance de las tropas. Caballos, hombres y carretas se extendían ahora por toda la llanura, moviéndose con lentitud, a medio camino de Orak. En poco tiempo los bárbaros más adelantados estarían al alcance de las flechas.

Detrás de él los hombres comenzaron a gritar y a moverse. Escuchó a Totomes dar órdenes a sus arqueros, entre ellos los que tendrían que centrarse en los jefes de los clanes. Ese sería el principal objetivo de sus dos hijos. *Bueno, Totomes, ha llegado el día de vengarte de Alur Meriki.* Cuando llegara el ocaso, fuera cual fuese el resultado de la batalla, el maestro arquero y sus hijos habrían matado a suficientes enemigos como para saciar su sed de venganza.

Volvió a examinar la llanura. Dos columnas de jinetes, apoyadas por arqueros y hombres con escalas, se acercaban hacia las murallas norte y sur. Intentarían reducir el número de soldados disponibles para proteger la puerta y las torres. La mayor parte de Alur Meriki se dirigió directamente hacia las torres. Tratarían de hacer un puente sobre el foso utilizando carros y pasarelas de madera hasta que pudieran atacar la

puerta. Las carretas y los escudos servirían de protección a sus arqueros.

Miró hacia las colinas y vio que los hombres seguían acercándose desde el campamento, pero ahora en menor número. Casi todos los que estaban en las primeras filas eran esclavos desarmados, muchos de ellos mujeres. Empujaban los carros o cargaban madera o recipientes con brasas.

Los Alur Merki consideraban a los esclavos elementos sustituibles. Siempre podían conseguir otros una vez que conquistaran el poblado. Así que no iban a ahorrar nada, ni un solo esclavo capaz de caminar, ni un hombre que pudiera cargar un arma. Eskkar hizo una señal a uno de los mensajeros agachados detrás de la muralla.

—Busca a uno de los escribas y dile que trate de contar a los guerreros.

¿Cuántos hombres le quedaban a Thutmose-sin? Por lo menos mil, estimó Eskkar. La horda frente a la aldea disminuyó su paso, deteniéndose fuera del alcance de las flechas mientras ocupaban sus puestos y preparaban los escudos para eludir las flechas que los aguardaban.

En las fuerzas enemigas reinaba el silencio. Aquel día no habría ni gritos ni burlas ni alaridos de batalla. Habían aprendido la lección y sabían que se enfrentaban a soldados expertos que no serían vencidos fácilmente. Echarían de menos el placer de la lucha. No habría una rápida matanza de hombres cuerpo a cuerpo, ni proezas de los jinetes. Sólo avanzarían bajo una lluvia de flechas.

Eskkar comprendió por qué no utilizaban sus caballos. Habían perdido demasiados, más de los que podían reemplazar. Aquella idea le hizo sonreír. Thutmose-sin debía de estar preocupado del precio que pagaría aquel día, aunque venciese. El jefe de Alur Meriki necesitaba una victoria, y tendría que resultar poco costosa para satisfacer a quienes esperaban su fracaso.

Si fuéramos capaces de darles un motivo para retroceder.

La orden de silencio circuló por la muralla mientras Totomes y los suyos probaban sus arcos. El maestro arquero ya no tenía más instrucciones que dar a sus hombres. Los montones de flechas estaban preparados y los arqueros comenzarían a usarlas tan pronto como fuera posible, mientras fueran capaces de tensar un arco, hasta agotar el último de aquellos proyectiles.

Eskkar hizo un gesto de asentimiento. Había hecho todo lo que había podido, y ahora los brazos de sus soldados decidirían si Orak sobrevivía o caía.

Sintió un suave roce en el brazo y se dio la vuelta, sorprendido al encontrar a una mujer allí. Al principio no entendió lo que le decía, pero luego vio la jarra de agua en su mano. Se trataba de una anciana, de cabellos grises que ondeaban bajo la ligera brisa. La jarra era pesada y le temblaba en las manos. Había cargado con aquel peso para él, sin preocuparse de otros hombres que había encontrado en su camino.

Cogió la jarra y se la llevó a los labios. Aún no tenía sed, pero el sol ya calentaba

sobre la muralla y el calor pronto empezaría a hacerse insoportable. Bebió un largo trago y le devolvió la jarra a la mujer.

—Gracias, anciana —le dijo mientras se secaba la boca con el dorso de la mano.

—Buena suerte —le respondió con seriedad—. Mis hijos luchan hoy a tu lado. Que vuelvan victoriosos.

No esperó su respuesta. Bajó de la muralla con el agua, una tarea que repetiría todo el día o hasta que una flecha la derribara.

Detrás de ella apareció Grond, recientemente ascendido a guardia personal del capitán, llevando el casco de cobre de Eskkar, pintado de marrón para que pareciera igual a los demás. Se lo dio junto a un chaleco de cuero y unos guanteletes. El capitán se colocó las prendas, atándolas cuidadosamente y permitiendo que el soldado lo ayudara. El otro guardaespaldas le acercó a Grond una protección para el cuello de cuero grueso.

—No me voy a poner eso. —Eskkar sacudió la cabeza—. Pica, y me da la sensación de llevar una soga al cuello.

—Lo lamento, capitán, pero Gatus y la señora Trella han insistido. —Grond lo miró fijamente—. O te obligaremos a bajar de la muralla. El enemigo intentará matarte y no queremos que una flecha te atravesase la garganta.

Podía haber amenazado a sus guardaespaldas, que parecían nerviosos. Pero mientras Grond permaneciera firme, obedecerían las órdenes de quitar a su capitán de la muralla. Por un momento, Eskkar se mostró visiblemente irritado, pero Grond esperó con paciencia, ofreciéndole aquel collar de cuero. Se sintió tentado a agarrarlo y tirarlo por encima de la muralla, pero aquello sería un gesto infantil. Además, aquel hombre era capaz de bajar al foso a recuperarlo.

Eskkar apretó los dientes, le arrancó al soldado el collar de las manos y se lo puso alrededor del cuello. Inmediatamente comenzó a molestarle. Grond se acercó para ayudarlo a ajustar los cordones.

—Que no me apriete, maldición. No quiero morir asfixiado.

El soldado sabía lo que tenía que hacer y una parte del cuero rígido quedó ajustada sobre la base del cuello de Eskkar, sin apretarlo, pero capaz de rechazar, con un poco de suerte, una flecha. Cuando terminó, Grond hizo un gesto a los dos guardaespaldas para que se colocaran por delante del capitán, apoyando sus escudos de madera contra la muralla.

Las gruesas maderas le cubrían la mayor parte del cuerpo, aunque podía ver un poco entre ellas y por encima. El resto de los hombres se colocaron en sus puestos, incluidos dos arqueros especialmente seleccionados por Totomes. Su objetivo era matar a todo aquel que pretendiera atacar a Eskkar.

Llegó un mensajero, respirando entrecortadamente y con los ojos desorbitados, para entregar un informe al capitán.

—Capitán, Corio dice que hay por lo menos mil cien hombres armados que vienen hacia nosotros y alrededor de quinientos esclavos.

—Avisa al puesto de mando.

Habló con calma, aunque soltó una maldición para sus adentros. No creía que todavía contaran con tantos guerreros. Debían de haber convocado a todo el mundo, incluso a niños y ancianos. O quizá otro grupo de bárbaros se había unido a ellos. En cualquier caso, eran muchos hombres para hacerles frente.

—Ya lo he hecho, capitán —respondió el muchacho.

Le dio las gracias y el mensajero se apartó un poco, situándose en un rincón cerca de la parte trasera de la torre. En la llanura, un tambor comenzó a redoblar. Todos dirigieron sus miradas hacia aquel sonido. Los arqueros de Orak parecían nerviosos, casi ansiosos por comenzar la batalla. Había llegado el día y serían puestos a prueba durante las próximas horas.

Los jinetes bárbaros se movieron hacia los flancos, fuera de su alcance. Intentarían presionar sobre los otros sectores todo lo posible. Buscarían los puntos débiles y contaban con suficientes hombres para realizar un asalto. Pero el objetivo principal era hacer una maniobra de distracción que obligara a los defensores a enviar soldados en detrimento de la entrada principal.

Mientras tanto, la fuerza principal de Alur Meriki hizo una pausa y se agrupó, con los carros listos y los escudos alzados. De pronto los tambores cambiaron el ritmo. Con unos cuantos gritos la masa de esclavos, guerreros, jinetes y carros comenzó a moverse. Eskkar miró al sol, alto en el horizonte. Había transcurrido una hora desde el amanecer.

Los hombres de la muralla permanecieron en silencio. Todos los ojos estaban centrados en aquello que estaba sucediendo frente a ellos, mientras se preparaban y colocaban las flechas sobre las cuerdas de sus arcos, esperando las órdenes de Totomes. El maestro arquero se tomó su tiempo. Antes de dar la orden esperó a que el grueso de los hombres se acercara al lugar en donde incluso el menos experimentado de sus arqueros podía llegar. El eco de la orden se propagó por el resto de la muralla. La primera andanada de flechas anunció que la batalla por Orak había comenzado.

La parte principal de la muralla estaba defendida por doscientos veinte arqueros, mientras que el resto estaba distribuido a grandes intervalos en los otros tres sectores. Se enfrentaban a unos setecientos guerreros que marchaban directamente hacia la entrada, que junto a la masa de esclavos utilizados como escudos, sin contar los animales de carga, sumaban más de mil hombres.

Las flechas surcaron los aires, andanada tras andanada. Los hombres de Totomes lanzaban entre quince y dieciocho flechas por minuto. En la llanura, los bárbaros comenzaron a caer, pero las carretas seguían adelante, retrasándose sólo un instante cuando uno o dos hombres caían, pero continuando su firme avance.

Hasta el momento, nadie había respondido, aunque eso cambiaría de inmediato. El enemigo avanzaba, impasible, asumiendo las pérdidas. Los gritos de guerra se escuchaban por doquier, mientras los guerreros espoleaban a sus animales contra las murallas norte y sur.

Los tambores aceleraron el ritmo. Los bárbaros comenzaron a correr, empujando a sus esclavos al frente con la hoja de las espadas. En poco tiempo, el grupo principal de Alur Meriki puso rodilla en tierra y colocó sus escudos a cincuenta pasos del foso, mientras los arqueros se situaban detrás y comenzaban a responder a los defensores.

Para sus cortos arcos, la distancia era enorme. Los soldados jugaban con ventaja, al contar con armas más resistentes y la altura de la muralla. Pero había más de trescientos guerreros enemigos lanzando sus flechas y habían comenzado a hacer blanco, incluso a aquella distancia. Los carros seguían avanzando.

Una flecha pasó silbando cerca de la cabeza de Eskkar. Totomes ordenó a sus hombres que dispararan a los que empujaban los carros. Los bárbaros caían uno tras otro, pero eran reemplazados de inmediato.

El capitán hizo un gesto de disgusto. La mayoría eran esclavos, ni siquiera guerreros, obligados a trabajar hasta que una flecha los derribara. Si huían tendrían que enfrentarse a las espadas y lanzas de los guerreros a sus espaldas. Por fin, el primero de los carros, cargado con planchas de madera clavadas unas contra otras y con marcas del fuego en uno de sus lados, alcanzó el borde del foso. Comenzaba el ataque de verdad.

Una flecha rebotó contra el casco de Eskkar y otra le rozó el brazo derecho, rasgando el cuero. Grond lo empujó debajo del escudo y después ordenó a los arqueros que mataran a todo aquel que apuntara al capitán. Este alcanzó a ver una gran actividad detrás de la primera carreta, ya cubierta de flechas que los defensores habían lanzado contra cualquier bárbaro que se encontrara en las proximidades.

Alrededor de veinte guerreros cubiertos de cuero corrieron a los lados del carro y agarraron las planchas de madera. Levantaron una parte y trataron de acercarse al foso. Muchos cayeron bajo las flechas, pero permanecieron en pie los suficientes para aproximarse al foso y lanzar las planchas al interior antes de salir corriendo hacia los carros en busca de protección.

Otro grupo de hombres intentó repetir la operación, pero esta vez los arqueros de Totomes los detuvieron con una lluvia de saetas que hizo que los guerreros, aullando de dolor, cayeran de rodillas antes de llegar al borde del foso. Fue un retroceso temporal. Otros hombres corrieron en su ayuda y consiguieron aferrar y levantar otra vez la pesada carga y lanzarla hacia delante, cayendo algunos de ellos al barro y otros sobre las primeras tablas.

Con las prisas, la segunda sección de la improvisada pasarela no fue colocada correctamente. Durante un tiempo, ningún guerrero se atrevió a ajustarla. En cambio

trajeron a más arqueros de la retaguardia y una tormenta de flechas obligó a los defensores a guarecerse detrás de la muralla por un instante. Eskkar sólo pudo observar, a través de la estrecha abertura que le habían dejado entre dos escudos, cómo dos grupos de hombres se adelantaban, uno para enderezar la segunda sección y el otro para levantar y transportar la tercera.

En ese momento todos los arqueros bárbaros disparaban sus flechas desde cualquier lugar que pudiera protegerles, creando dificultades a los arqueros de Orak. Los enemigos sólo necesitaban apuntar a la parte superior de la torre para obligar a los defensores a refugiarse.

Con la tercera sección en su lugar, los bárbaros habían cruzado casi la mitad del foso, aunque allí su anchura fuera superior que en el resto. Eskkar se dirigió a Gatus.

—Trae a la muralla a todos los arqueros que puedas encontrar. Yo voy hacia la puerta.

Sin esperar respuesta, el capitán salió a toda prisa, con Grond y los guardaespaldas tras él. Corrió escaleras abajo, abriéndose paso entre los hombres que subían para reforzar o reabastecer a los que ya estaban en lo alto. Justo al salir de la torre se encontró con Corio, que dirigía a un grupo de pobladores que cargaban tres pesados recipientes de barro.

—Buen trabajo, Corio —gritó Eskkar—. ¿Es el aceite?

—Todo el que queda. El depósito está vacío.

Las tierras de los alrededores de Orak estaban salpicadas de numerosos pozos de aquel aceite negro utilizado como combustible, pero no existía ninguno dentro de Orak. Las innumerables antorchas que habían necesitado durante la noche habían agotado las reservas más rápido de lo que habrían deseado. Y el ataque con fuego de Eskkar se había encargado del resto.

Éste frunció el ceño, pero no había nada que pudiera hacer al respecto.

—Necesitamos más. Busca más. Y sube una vasija al andamio sobre la puerta.

—Capitán, ten cuidado, podemos incendiar...

Eskkar dejó a Corio con la palabra en la boca y subió por los estrechos escalones de madera que conducían a la plataforma superior. Varios arqueros que estaban detrás de las hendiduras de la puerta habían sido heridos, pero unos cuantos ovacionaron la llegada de su capitán. Eskkar se colocó en el punto central, apartando a un arquero para poder mirar por las aberturas. Los bárbaros habían colocado otra sección en el foso y parecían dispuestos a situar aún otra más. Con la última completarían el recorrido y tendrían libre acceso a través del foso.

Un poblador robusto tropezó contra Eskkar, respirando agitadamente y cargando con el más pesado de los recipientes de aceite. El capitán intentó sostenerlo, y casi se le cayó, sorprendido de su peso.

—Trae todas las antorchas que consigas —ordenó.

El hombre asintió y se descolgó del parapeto hasta el andamio inferior y de allí saltó al suelo.

Con la última sección tendrían que recorrer una distancia mayor, y una vez más los arqueros de Totomes aguardaron a que los Alur Meriki se pusieran en movimiento. Una lluvia de flechas detuvo el primer intento, hiriendo a una media docena de guerreros antes de que pudieran levantar la plancha de madera. El segundo intento también fracasó, hasta que un grupo de unos cincuenta hombres se acercó a toda prisa y, gracias a su gran número, pudieron arrastrar la plancha hacia el foso y colocarla en su lugar. A pesar de las grandes pérdidas, un grito de triunfo acompañó su culminación.

Eskkar se giró hacia Grond, que seguía de pie detrás de él.

—Tiraremos esta vasija tan lejos de la puerta como podamos, ¿entiendes? ¡A la de tres!

Entre los dos levantaron el recipiente de barro, cada uno con una mano en la base y la otra en el lateral para mantenerlo en equilibrio. Eskkar respiró hondo y, tras hacerle un gesto a Grond, comenzó la cuenta.

—¡Uno... dos... tres!

Con un enorme esfuerzo lanzaron el cántaro por encima de la puerta. Éste cayó a unos veinte pasos de ella, rompiéndose en miles de pedazos y derramando su contenido entre la cuarta y la quinta sección de la pasarela de los bárbaros. Sin detenerse a mirar, Eskkar agarró una antorcha que le acababa de dar uno de los soldados y la tiró por encima de la puerta. Cuando se acercó a una de las hendiduras a observar, la antorcha había prendido el aceite y las llamas se extendían a todos los lugares impregnados por éste. Incluso el barro del foso estaba en llamas.

Dos flechas pasaron silbando a través de la abertura y Eskkar sintió que el corazón le daba un vuelco. Si se hubiera quedado mirando un instante más... Los arqueros de Alur Meriki buscaban cualquier blanco.

—Trae otro recipiente de aceite, Grond. Con esto los detendremos momentáneamente.

Los hombres se agolpaban contra la puerta. Las plataformas se curvaron peligrosamente cuando diez arqueros subieron a ayudar. Otro cántaro más pequeño fue arrojado por Eskkar y Grond. Cayó más cerca del barro pero aun así empapó las maderas ya en llamas. Los pocos guerreros que se habían atrevido a subir a la pasarela tuvieron que retirarse rápidamente. Durante un momento, las llamas sobrepasaron la altura de la puerta.

Las últimas dos secciones del puente ardían sin parar, y nada conseguiría apagarlas hasta que el fuego llegara a la superficie embarrada bajo la madera. Los bárbaros se detuvieron, sorprendidos al ver que utilizaban su táctica contra ellos. El virulento intercambio de flechas continuó ocasionando bajas en ambos lados. Grond

preparó el último recipiente pero una mirada a Eskkar le dio a entender que todavía no era necesario. Éste se inclinó por el borde de la plataforma y le gritó a Corio.

—Corio, necesitamos más aceite. Envía a las mujeres a buscar lo que quede en las casas.

—Sí, capitán. Ya encontraremos algo.

Eskkar volvió al andamio. Alcinor y algunos pobladores continuaban echando agua sobre la puerta, nerviosos por el fuego que había provocado su capitán. Un fuego detrás de la puerta podía resultar muy peligroso. En aquel momento, un grito desde la torre hizo que Eskkar echara otro vistazo por una de las hendiduras. Los bárbaros estaban levantando otra sección de planchas de madera de una carreta y se preparaban para un nuevo avance.

Comprendió de inmediato lo que planeaban. Colocadas encima de las planchas que estaban ardiendo, la nueva sección apagaría las llamas y proporcionaría un apoyo todavía más firme. Los guerreros dieron un grito mientras se enfrentaban a las andanadas de flechas de los arqueros, cuando intentaron aferrar la plataforma por ambos lados para comenzar a moverla hacia el foso. Eskkar cogió el arco de un soldado herido y preparó una flecha.

—Búscate un arco, Grond.

Su guardia regresó de inmediato, mientras los arqueros se situaban alrededor de las aberturas.

—Están vigilando las hendiduras. Les dispararemos desde arriba. Intenta derribar al primer hombre a tu derecha.

Aquello era peligroso. Tenían que exponer una mayor parte de su cuerpo. Pero Eskkar necesitaba detener inmediatamente a los atacantes.

Los guerreros, tambaleándose bajo el peso de la plancha de madera pero moviéndose rápidamente habían llegado a medio camino del foso.

—¡Ahora! —gritó Eskkar.

En ese instante, tanto él como Grond se inclinaron por encima de la puerta y dispararon mientras el resto de los defensores hacía lo mismo, agachándose justo a tiempo antes de que una lluvia de flechas pasara por donde se encontraban hacía unos segundos. Con una rápida ojeada comprobó que su flecha había dado en el blanco. El guerrero herido había caído sobre el que tenía a su espalda. Todo el entablado había caído al foso. Los guerreros intentaron levantarlo, pero las flechas de cada torre y de la puerta los hicieron huir a refugiarse detrás de las carretas. Incluso las maderas del foso se cubrieron de flechas.

La mitad de la sección que los Alur Meriki habían intentado colocar se encontraba en el barro y la otra mitad sobre el puente. A Eskkar le pareció demasiado lejos para poder alcanzarla con otro cántaro de aceite. ¿O no lo estaba?

—Espera aquí, Grond —le ordenó. Saltó al andamio inferior y desde allí se tiró al

suelo. Pidió a gritos que enviaran mensajeros, aunque Corio y Alcinor corrieron a su lado.

—Buscad jarros pequeños, de este tamaño —dijo separando sus manos unos quince centímetros—. Quiero que el aceite vaya más lejos. ¡Y conseguid más aceite!

Corio hizo un gesto a su hijo, que salió corriendo.

—¿Podremos detenerlos, capitán?

El maestro constructor parecía asustado.

Una pregunta inútil.

—Sólo los dioses lo saben, pero todavía no han entrado. Mantén la puerta húmeda y nuestras antorchas alejadas del aceite.

A escasos pasos de donde se encontraban, los pobladores bombeaban agua frenéticamente, enviando un flujo constante al foso.

Volvió a subir a la parte superior de la puerta, ignorando el cansancio de sus piernas. Se arrodilló al lado de Grond, cogió un escudo y lo usó para protegerse mientras observaba por la hendidura. Vio a varios guerreros que intercambiaban flechazos con los defensores mientras otros se preparaban para otro ataque.

Alcinor regresó, respirando agitadamente, con dos pequeñas jarras de barro, como las que se usaban para el vino en las tabernas. También llevaba varias tiras de algodón. Llenó la jarra en el último recipiente de aceite que quedaba y la tapó con el algodón. Por último, limpió los restos de aceite con otro poco de tela hasta que no quedó nada.

El joven vio la cara de curiosidad de Eskkar.

—El trapo servirá de tapón, como la mecha de una lámpara. Prenderemos fuego al tapón antes de tirarla.

Para demostrarlo, cogió una antorcha y encendió el trapo.

Eskkar observó fascinado cómo el fuego brotaba de la tela. Ardía como la mecha de una vela, sin consumirse de inmediato. El capitán agarró la jarra de vino encendida, se situó en el lugar apropiado y la lanzó por encima de la muralla. Faltó poco para que aquel proyectil ardiente se desviara, pero llevaba el suficiente impulso para caer en la nueva sección del puente, rompiéndose y estallando en llamas. El fuego no ardió tanto como antes, pero sin duda supondría un nuevo retraso para los atacantes.

Consiguió su objetivo durante algún tiempo. Pero después un grupo numeroso de guerreros volvió al foso corriendo y, usando las manos como palas, tiraron barro húmedo sobre las planchas ardientes. Esto sofocó las llamas y al mismo tiempo inutilizó el aceite. Las flechas derribaron a muchos, pero otros reemplazaron a los muertos o heridos y arrojaron más barro sobre la plataforma.

—Malditos sean —masculló Eskkar. Las flechas de los arqueros desde la muralla no eran suficientes para detenerlos—. Necesitamos más arqueros —le gritó a Grond

—. Quédate y lanza tantas jarras como puedas. —Se bajó del parapeto y corrió hacia la muralla norte, donde se encontró a su segundo dirigiendo a sus hombres y gritando órdenes—. Gatus, necesitamos más arqueros. Llegarán a la puerta en cualquier momento.

—Te he enviado a todos los hombres que he encontrado. Totomes dice que están rechazando a los arqueros bárbaros.

—Está llevando demasiado tiempo. Están casi listos para asaltar la puerta. Trae a los arqueros del resto de la muralla y reemplázalos por pobladores. Búscalos donde sea, pero tráelos.

Eskkar se dirigió apresuradamente a donde estaba Grond, que preparaba otra jarra repleta de aceite.

Una flecha atravesó la rendija, pasando entre sus caras, justo cuando Eskkar estaba a punto de asomarse. Se miraron con seriedad. Pero necesitaba ver, así que echó un rápido vistazo. Vio una gran actividad al otro lado del foso, pero hasta el momento los Alur Meriki no habían intentado colocar otra sección. Lo harían en cualquier momento.

—Capitán, esto es todo lo que queda de aceite —dijo Grond—. Pero creo que puedo lanzarlo cerca del carro, si me cubres.

Eskkar miró los musculosos brazos y hombros de Grond. La jarra parecía más pequeña que las anteriores. Si alguien podía hacerlo, era él. Sin embargo, tendría que ponerse de pie, prepararse y lanzarla. Pero si alcanzara el carro...

—Arqueros —gritó Eskkar—, preparaos para una andanada.

Cogió su escudo. Los soldados se prepararon. Grond agarró la jarra y Alcinor acercó la antorcha al trapo, que comenzó a arder y a humear.

Eskkar miró por encima del parapeto. Los arqueros estaban serios pero decididos.

—¡Ahora!

Se pusieron de pie y lanzaron una apresurada andanada, lo suficiente como para distraer a los arqueros bárbaros más próximos durante un momento.

En ese instante Eskkar se levantó y alzó el escudo para proteger a Grond, quien, aferrándose a la muralla con la mano izquierda, lanzó el recipiente.

Eskkar tiró al soldado al suelo con su mano libre mientras las flechas volaban por encima de sus cabezas. En el escudo había cuatro flechas clavadas. Por la hendidura pudo comprobar que el lanzamiento de Grond había dado en el blanco. La jarra había caído ante el carro y estallado en llamas. El aceite salpicó y comenzó a quemar la madera seca. Los guerreros intentaron apagar las llamas, pero los arqueros de Orak se lo impidieron.

Eskkar observó la reacción de los guerreros. Al principio no hicieron nada, pero luego uno de los jefes organizó a un grupo de ellos con escudos y les ordenó que formaran frente al carro para proteger a los que iban a apagar las llamas.

Esta vez los atacantes no sólo extinguieron las llamas sino que cubrieron el frente del carro con pieles de animales. Mientras tanto los guerreros lanzaban sus flechas rápidamente para prepararse una vez más y colocar la última sección del puente. Eskkar y sus hombres habían retrasado su avance pero no lo habían detenido.

Con un grito, los bárbaros se arremolinaron en torno al carro y tomaron otra sección del puente. Ignoraron las llamas que todavía se alzaban a sus pies, así como las flechas que caían a su alrededor. Eskkar escuchó el estruendo de la pesada sección al ser colocada en su lugar detrás de la puerta. Esta vez algunos atacantes hicieron una pausa para sacar barro del foso y ponerlo sobre la nueva plataforma y así mojar la madera antes de que los pobladores pudieran lanzar más aceite.

Guerreros de reserva y descansados, la mayoría con arcos pero también con hachas, salieron de detrás de los carros entre grandes alaridos y corrieron por encima del embarrado y humeante puente, sobre los cuerpos de los caídos, muertos o agonizantes que cubrían el foso. Ahora ante la entrada se encontraban el doble de bárbaros, con sus flechas listas para disparar contra cualquier cosa que se moviera.

Eskkar oyó el primer golpe de un hacha contra la puerta.

—¡Piedras! —gritó.

Los hombres dejaron sus arcos y soltaron una riada de piedras por encima de la puerta.

Los golpes del hacha se hicieron más numerosos, llegando con su eco a todos los lugares del poblado. Los escudos protegían un poco a los Alur Meriki de las piedras.

—¡Piedras! ¡Flechas! ¡Ya! —aulló Eskkar. Las piedras volaban sobre la puerta, hasta que comenzaron a caer como si fuera lluvia.

Alcinor, con su voz quebrada, gritaba a los hombres, recordándoles que lanzaran las piedras hacia abajo, puesto que los atacantes se aplastarían contra la muralla para evitar los proyectiles.

Después de unos instantes de frenética actividad, los defensores terminaron con todas las piedras de los andamios. Alcinor pidió a gritos más piedras, y Eskkar se arriesgó a recibir una flecha echando otra mirada a través de la hendidura. Uno de los lados del primer carro había caído al foso. Los Alur Meriki querían arrastrarlo lo más cerca posible de la puerta. Habían intentado pasarlo por el puente, pero se había desequilibrado y ahora una de las ruedas estaba hundida en el barro; las otras tres permanecían sobre el puente. Mientras, otro carro, con su carga de madera y aceite, empezaba a aproximarse.

Los guerreros se arrastraban por el foso, ignorando las flechas que caían a su alrededor, para liberar y mover el primer carro. Eskkar los escuchó maldecir el atorado vehículo que se resistía a sus esfuerzos, hasta que unos veinte hombres lo levantaron y lo pusieron sobre el puente. Otros bárbaros corrían hacia la puerta con herramientas y hachas.

Un nuevo grupo de guerreros, sin armas pero con grandes escudos de madera, se adelantó para proteger de las piedras a los que golpeaban con sus hachas la puerta. Malditos sean los dioses, parecía que los bárbaros eran innumerables.

Eskkar se volvió hacia Grond.

—Voy a tratar de buscar más jarras. El primer carro está a nuestro alcance, y ahora están trayendo otro.

El hombre asintió, mientras el capitán saltaba del borde del andamio al suelo por tercera vez, tropezando con Narquil.

El hijo de Totomes había descendido de la torre derecha. Se acercó tambaleante a Eskkar, con la sangre resbalándole por el brazo derecho y dos flechas clavadas en él. Eskkar lo agarró y llamó a un mensajero. Un niño de ojos temerosos apareció por debajo de la muralla.

—Lleva a Narquil a donde están las mujeres para que detengan la hemorragia.

Narquil, con los ojos desorbitados por la conmoción, el dolor y la pérdida de sangre, aferró a Eskkar por el brazo con su mano izquierda.

—Capitán... mira la flecha.

Pronunciaba las palabras con dificultad, y al principio Eskkar pensó que Narquil quería que le revisara la herida.

—La flecha, capitán... es una de las nuestras. Se están quedando sin flechas.

—Sí, ya lo veo. Ahora ve con el muchacho.

Le ordenó al mensajero que se diera prisa y luego volvió a la torre en la que había estado al principio de la mañana. Había sangre y cadáveres por todas partes. La muerte había reducido sus filas, pero los arqueros seguían disparando. Se encontró con Totomes. El implacable arquero se había mantenido en su puesto, apuntando y disparando con calma contra su odiado enemigo, utilizando la ventaja de la torre para matar a tantos jefes de clan como le fue posible.

—Totomes, ¿tus arqueros pueden dispararle a los guerreros en el foso? —le gritó—. Están atacando la puerta con hachas.

Totomes dejó escapar una flecha antes de agacharse tras la muralla, arrastrando a Eskkar consigo.

—Todavía no, capitán. Tendríamos que inclinarnos demasiado sobre la pared para poder hacer blanco. Estamos eliminando a los arqueros que están parapetados tras los carros. El fuego está disminuyendo y se les están acabando las flechas. Los hombres del foso tendrán que esperar.

—Puede que no nos quede demasiado tiempo. Están debilitando la puerta y el fuego pronto nos alcanzará.

—Haré lo que pueda, capitán, pero hay que contenerlos un poco más. ¿Están vivos mis hijos?

—A Narquil lo han herido en el brazo. Lo he enviado con las mujeres. Por hoy ya

no volverá a pelear. A Mitrac no lo he visto. —Eskkar comenzó a alejarse, pero regresó junto a él—. Narquil también me dijo que se les estaban acabando las flechas. Una de las que lo hirieron era de las nuestras. ¿Qué significa eso?

Totomes hizo un gesto de dolor al recibir la noticia de la herida de su hijo.

—Nuestras flechas son más pesadas que las tuyas, y más largas. Si las usan para atacarnos, se arriesgan a romper sus arcos, o a no lanzarlas con toda la fuerza. Eso significa que también deben hacerlo más lentamente. Ahora déjame volver a mi trabajo. Ya he matado a los jefes de dos clanes y todavía quedan muchos más ahí fuera.

Colocó otra flecha en su arco mientras hablaba. Después se levantó, apuntó y la disparó con un solo movimiento.

Maldiciendo a los dioses, Eskkar comenzó a descender las escaleras, empujando a una mujer que llevaba una bolsa con flechas a los hombros. Al menos sus soldados tendrían suficientes. Fuera de la torre y de regreso a la puerta, oyó las hachas retumbar contra la estructura. Al mirar hacia arriba, vio a Grond tirar piedras por encima de la puerta.

Los hombres subían cestas con piedras, pero los defensores las tiraban continuamente, por lo que las reservas no llegaban con la suficiente rapidez. Se pasaban las cestas de mano en mano para poder cubrir toda la sección de la puerta. Eskkar comenzó a subir, pero se detuvo al oír su nombre. Gatus se acercó corriendo a su encuentro, con sangre en la mano y un corte en la mejilla.

—¡Eskkar! Los bárbaros han cruzado el foso en la muralla sur y casi la asaltan. Bantor se ha dirigido hacia allí con los últimos pobladores, ya que no quedaban más soldados de reserva.

Eskkar no podía hacer nada por los otros sectores. Los pobladores tendrían que mantener a los atacantes a raya.

—Necesito más hombres aquí, Gatus. Ahora. —Señaló hacia la puerta y vio que sólo unos cuantos hombres lanzaban rocas y flechas—. De lo contrario, no tardarán mucho en entrar.

Los grandes troncos de la puerta habían comenzado a sacudirse bajo los golpes de las hachas.

Gatus examinó la puerta fríamente. Los trabajadores de Alcinor estaban por todas partes, llevando pesadas maderas para reforzar la base.

—La puerta tendrá que resistir un poco más. Te encontraré más hombres.

Eskkar volvió a maldecir y a correr escaleras arriba, haciendo un alto para coger una cesta con piedras de manos de una mujer que apenas podía con la carga. Gruñó bajo su peso y se agachó al pasar por delante de las hendiduras hasta llegar a donde se encontraba Grond. Este cogió dos piedras, una en cada mano, se colocó directamente sobre el lugar donde se escuchaban los golpes y las arrojó. Eskkar continuó de

rodillas y le dio a Grond las tres piedras restantes, una por una. Un arquero en la abertura que había a su lado dio un grito ahogado cuando una flecha le atravesó la garganta. El capitán agarró el arco de manos del soldado y luego tiró al moribundo del parapeto. Preparó una flecha y se acercó a la rendija justo cuando otra flecha entró volando. Los atacantes se habían vuelto más decididos. Habían descubierto que el lugar más seguro era la base de la pared y muchos se había situado allí, con las flechas listas para dar a cualquier blanco que apareciese.

Se asomó por la abertura en el ángulo más cerrado posible y vio a un arquero Alur Meriki en el foso y le disparó. La flecha se hundió en el pecho del hombre.

Aquel impacto trajo como consecuencia una lluvia de flechas. Logró esquivar una de ellas por poco. Pero llevaba el casco y la protección del cuello, y necesitaba detener a los bárbaros de inmediato. Asomó el arco por la hendidura durante un momento y se retiró rápidamente, dejando que otra andanada de flechas intentara alcanzarlo. Después volvió a colocarse mientras volvían a prepararse y dejó escapar una flecha hacia un guerrero Alur Meriki.

Se escondió de nuevo y volvió a mirar hacia el foso y vio que un tercer carro había sido empujado contra él. Los guerreros transportaban ahora troncos y antorchas encendidas hacia la plataforma. Traían también recipientes con aceite. Metieron las brasas ardientes en los agujeros abiertos por las hachas, empaparon todo con aceite y prendieron fuego a la puerta. Y los defensores ya no tenían aceite para efectuar un contraataque.

Grond reapareció con otra cesta llena de piedras. Detrás de él, dos guardaespaldas traían más. La puerta temblaba continuamente bajo las hachas y el ruido de la madera al astillarse se alzaba por encima de los gritos frenéticos de los defensores.

—Hay un grupo de arqueros justo debajo de nosotros. Démosles de comer algunas piedras.

Grond asintió y puso a los guardaespaldas uno a cada lado. Entre los tres hombres comenzaron a lanzar piedras simultáneamente por encima del borde. Tan pronto empezaron, Eskkar se acercó a una abertura y disparó otra flecha, maldiciendo cuando su blanco dio un paso atrás y la flecha desapareció en el barro sin causar daño alguno. Al mismo tiempo, pudo ver a otro guerrero herido en el hombro por una de las piedras. El hombre gritó de dolor y dejó caer el escudo que sostenía sobre su cabeza. Sin embargo, más bárbaros avanzaban por el foso, cargando montones de madera y paja y recipientes que, sin duda, contenían aceite.

Eskkar, Grond y los demás peleaban como demonios, mientras el brutal combate se desarrollaba a su alrededor. Las piedras eran ahora la principal arma de los defensores, los arqueros de la puerta eran casi inútiles, temerosos de asomarse o de usar las aberturas. Demasiados arqueros enemigos, con los arcos preparados y en su mayoría protegidos por escudos, esperaban cualquier movimiento. Los bárbaros

seguían dando golpes con sus hachas a la puerta, perdiendo hombres pero manteniendo su obstinado ataque. Las sacudidas de la estructura eran incesantes.

Un grito a sus espaldas hizo que Eskkar se diera la vuelta. Corio y Alcinor habían regresado con una multitud de pobladores que cargaban las últimas piedras. Tras formar una fila, los pobladores fueron pasando las rocas hasta la parte superior de la puerta tan rápido como pudieron. Bajo el parapeto, los carpinteros continuaban reforzando la base de la estructura. De repente, cesaron los golpes. Eskkar se arriesgó a echar un vistazo.

Los bárbaros armados con las hachas se retiraban a todo correr para ponerse a cubierto detrás de los carros, concluyendo, de momento, su tarea. Otros corrían a reemplazarlos. Estos guerreros llevaban grandes brazadas de hierba seca que amontonaron contra la puerta. Los enemigos habían abierto grandes brechas en la estructura inferior y ahora colocaban paja y madera empapada en aceite en ellas. Eskkar vio a una docena de hombres con antorchas correr por la plataforma antes de lanzarlas contra la puerta, que comenzó a arder bajo el crepitar de las llamaradas.

Los defensores continuaron tirando piedras y agua por encima de la puerta. Eskkar se inclinó para mirar al otro lado del foso. Los carros estaban cubiertos de flechas, y otras muchas continuaban cayendo sobre los hombres refugiados detrás de ellos, dirigidas contra cualquiera que tratara de asomarse. Los arqueros de Orak estaban inmovilizando, poco a poco, a los arqueros del otro lado del foso. Totomes tenía razón. Estaban ganando la batalla con los arcos. Si contaran con tiempo suficiente...

Eskkar miró directamente hacia abajo. En la base de la puerta se elevaba una gruesa columna de humo, que esparcía el olor del aceite quemado.

Todos pedían agua a gritos. Hombres y mujeres pasaban baldes hasta el extremo superior de la puerta. Todos los pobladores que pudieran ser de utilidad, incluso los niños, se estaban acercando hasta allí, trayendo agua de los pozos y luego pasando los baldes de mano en mano hasta la muralla. Otros seguían cargando piedras y flechas para los soldados.

Se trataba de una auténtica batalla contra el fuego. Algunos echaban agua hacia la base de la puerta, en cualquier sitio que sospechaban que podía quemarse. Eskkar vio a Trella entre la gente, manteniendo el orden entre los pobladores y dirigiéndolos hacia donde podían resultar más útiles. Luego miró hacia el parapeto.

—Grond, estos hombres están agotados. Voy a enviar a otros para que los sustituyan. Diles que bajen, o estarán demasiado cansados para luchar.

Otra vez volvió abajo.

Alguien gritó su nombre. Eskkar vio a Alexar correr a su encuentro con diez arqueros más procedentes de los otros sectores.

—Reemplaza a los hombres que están arriba. Pronto los necesitaremos también

para lanzar piedras.

Alexar asintió y siguió adelante, gritando órdenes. El capitán se dirigió a la parte inferior y apoyó la mano sobre la estructura, pero no sintió nada. El fuego crepitaba con furia y un humo espeso y grasiento flotaba en el aire. Las llamas se elevaban por encima de la puerta. Grond seguía en el andamio superior, asegurándose de que sus hombres siguieran lanzando piedras, mientras que en el andamio inferior algunos se arriesgaban a recibir un flechazo al echar agua por las hendiduras. Sin embargo, la madera impregnada de aceite continuaba ardiendo y los Alur Meriki seguían amontonando más hierba seca para alimentar el fuego.

Las llamas empezaban a consumir de una forma incesante los travesaños de la puerta. Sin embargo, ningún poblador abandonó su puesto y hombres y mujeres continuaban llegando, cargando con cualquier cosa que pudiera usarse como arma. A pesar de la confusión, todos cumplían con el trabajo asignado.

Vio un espacio libre en la fila de hombres que transportaban agua hacia el parapeto. Cogió un balde, lo llevó hasta la plataforma superior y lo echó por donde Grond le señalaba. Escuchó otra voz que lo llamaba. Miró y vio a Sisuthros de pie en la torre sur.

—Capitán, están reuniendo a sus guerreros —gritó su lugarteniente—. Traen un ariete, están preparados para el asalto.

Eskkar se secó el sudor de la frente y echó una mirada, manteniendo la cabeza hacia atrás para que los arqueros no pudieran verle. Examinó a los hombres que se movían y ocupaban sus puestos. Algo había cambiado. Alzó un poco más la cabeza y luego se apartó, al mismo tiempo que una flecha entraba por la abertura y rebotaba contra su casco.

—Grond, necesito saber qué sucede.

Eskkar agarró un escudo y lo alzó por encima de la puerta, a tres o cuatro centímetros del borde, ignorando las flechas que se clavaban en él. Detrás de aquella protección, se levantó hasta casi ponerse de pie.

Los bárbaros se estaban acercando por el foso, formando una línea en uve de escudos y carros que se curvaba ligeramente hacia los extremos del foso. Allí los Alur Meriki habían reunido a sus guerreros, retirándolos de los otros sectores de la muralla para dirigir su atención a la puerta. Los atacantes iban a concentrar todas sus fuerzas en derribar la entrada.

Sisuthros se acercó a Eskkar.

—He traído a todos los hombres disponibles del resto de la muralla —dijo jadeando— y les he dicho a Maldar y a los demás que hicieran lo mismo.

Comenzaron a llegar soldados más descansados a la plataforma, cada uno con una cesta de piedras, además del arco.

—Mantén en las torres a todos los que puedan. Que empiecen a matar a los

guerreros de la base, aunque tengan que asomarse para ello. ¡Tenemos que forzarlos a retirarse de la puerta! —Levantó la voz para dirigirse a los defensores—. ¡Resistid! ¡Ya vienen más soldados, y el enemigo empieza a debilitarse!

Unos pocos lo aclamaron pero la mayoría simplemente lo miró, con el agotamiento y la desesperanza en sus rostros. Pero ninguno dejó el trabajo, y cuando los arqueros comenzaron a llegar, parecieron recobrar la esperanza.

El capitán se bajó de la primera plataforma, que crujió y se balanceó peligrosamente mientras las cuerdas se tensaban. Un grito se sintió al otro lado de la puerta. Echó un rápido vistazo y volvió a agacharse. Esta vez no entró ninguna flecha por la abertura, aunque pudo oír el impacto de una que chocó cerca. Los arqueros bárbaros estaban empezando a resentirse. Pero unos sesenta o setenta guerreros habían atravesado el foso con un enorme ariete hecho con el tronco de un gran árbol, que era transportado bajo un armazón de madera, suspendido por un sinfín de cuerdas. Los guerreros, con sus escudos en alto, protegían a los que empujaban la carga, y el ariete consiguió llegar a la base de la puerta sin caer al foso. Pronto estaría golpeando la estructura allí donde el fuego había causado más estragos.

La madera, debilitada por el fuego, no podría soportar durante mucho tiempo los golpes de un objeto de semejante tamaño. Una nueva lluvia de flechas de Alur Meriki cayó sobre cualquier blanco expuesto, intentando proteger a los guerreros que transportaban el ariete.

El sonido de un martilleo hizo que bajara la vista. Al menos veinte pobladores estaban clavando otra plancha de madera en el lugar más dañado. Otros, con gran esfuerzo, colocaban un travesaño para apuntalarla en medio de un espeso humo negro que se elevaba a sus pies y que les hacía toser, ahogados con el olor del aceite quemado.

De pronto, la puerta se sacudió como si un puño descomunal se hubiera estrellado contra ella. Dos hombres gritaron al perder el equilibrio y caer del andamio superior. Eskkar les habría seguido de no haber sido por Grond y sus grandes manos, cubiertas de sangre, que le agarraron, sosteniéndolo sobre el andamio. Aún no se había recobrado cuando otro golpe agitó la puerta.

Arriesgándose a mirar por la hendidura, Eskkar vio una superficie compacta de escudos que protegía a los que manejaban el ariete. Los atacantes estaban sufriendo terribles pérdidas, pero continuaban adelante. No habían matado a suficientes hombres como para hacerles desistir.

La puerta volvió a temblar, esta vez acompañada del sonido de la madera al astillarse. Los pobladores se gritaban unos a otros intentando apresurarse en sus ocupaciones.

—Haz lo que puedas aquí arriba, Grond, pero no te quedes demasiado tiempo. Baja del parapeto antes de que se caiga todo. La puerta no aguantará. Voy a bajar a

preparar a los hombres.

Una vez más, se descolgó de la plataforma, quedando un instante suspendido en el aire hasta que pudo lanzarse a tierra, cayendo de rodillas a causa del impulso.

Se levantó enseguida y examinó la base de la puerta. El ariete se estaba abriendo paso. La pesada viga que había sido colocada hacía unos instantes ya se había desplazado, mientras la cabecera del ariete rompía parte de las maderas que la soportaban. Maldar se acercó corriendo con otra media docena de hombres con los arcos preparados.

—Forma una fila aquí, Maldar —le ordenó Eskkar.

La puerta volvió a temblar. Una sección del andamio inferior cedió, y los hombres corrieron a apuntalarlo para evitar su inminente derrumbe. Estudió la puerta, mirando cómo se sacudía cada vez que el ariete la golpeaba con fuerza. El sector izquierdo era el más débil, el lado derecho estaba casi intacto y sus contrafuertes firmes.

Corio, con los ojos llorosos por el humo, tropezó con la viga que se había caído. Eskkar lo agarró del brazo y lo ayudó a ponerse de pie.

—Apuntala la plataforma superior antes de que se caiga o no tendremos hombres en las hendiduras. Mira a ver si lo puedes mantener en pie, aunque se abran paso por debajo. ¡Deprisa!

Eskkar no le dio tiempo a responder, simplemente lo apartó de su camino. Otros cinco soldados acababan de llegar. Los llamó y les pidió escudos. Grond bajó del andamio con dos de los guardaespaldas de Eskkar.

Quitándose el sudor de los ojos, se dirigió a sus hombres.

—Dadles los arcos a los pobladores y buscad escudos. También necesitaremos espadas y lanzas.

Grond señaló a los guardias dónde estaban almacenadas las armas en la casa más cercana. Volvieron al momento con cuatro escudos.

Volvió a mirar a la puerta. El lado izquierdo empezaba a resquebrajarse. Los enormes troncos, debilitados por el hacha y el fuego, temblaban y se sacudían con los tremendos golpes del ariete. También pudo comprobar que a ambos lados los arqueros trataban desesperadamente de detener a los que utilizaban el ariete.

Era demasiado tarde. Alur Meriki iba a abrir una brecha, aunque quizá no fuera muy grande y pudiera resistir. Mientras miraba, el lado izquierdo del parapeto inferior se desprendió con gran estruendo, mezclado con los gritos de los hombres que saltaban o caían al suelo. Se derrumbó lentamente, yendo a parar justo ante la abertura. El mismo golpe derribó también a dos hombres de la plataforma superior, que empezaba a balancearse peligrosamente. Todavía resistía, aunque se sacudía y temblaba con cada golpe del ariete.

El enorme tronco volvió a estrellarse contra la puerta, y esta vez su extremo, endurecido por el fuego, atravesó la estructura de madera. Al retirarse para tomar

nuevo impulso, algunos arqueros dispararon por el agujero. Al otro lado se oyó un grito.

—Seguid disparando —ordenó, apartándose de la abertura mientras los arqueros enviaban otra andanada, y algunas de las flechas pasaban por la estrecha abertura. El ariete había sido desplazado hacia un lado, impactando contra otra sección de la puerta. Golpeó cuatro veces más antes de que otro tronco se partiera en dos.

Los golpes cesaron un momento, mientras los guerreros con sus hachas completaban el trabajo. Pero pronto volvieron a oírse. Con menos de una docena de golpes otro par de troncos cedió. El estruendo fue en aumento a medida que más hachas se estrellaban contra los troncos partidos, ensanchando la abertura. Un guerrero intentó entrar, pero se encontró con una oleada de flechas que lo empujaron hacia atrás con la fuerza del impacto.

Eskkar aferró su escudo y desenvainó su espada, mientras se dirigía a Grond y los guardias.

—Tenemos que detenerlos aquí. ¡No podemos permitirles que crucen la puerta! —Agarró al guardaespaldas más cercano y le gritó al oído—: Asegúrate de que los arqueros se detengan cuando nos movamos hacia la brecha. ¡Corre!

El hombre asintió y corrió hacia la línea de arqueros, que aguardaban en fila, lanzando sus flechas hacia la abertura. Aparecieron los escudos de los Alur Meriki, abriéndose paso por la brecha para proteger a los atacantes que venían detrás de ellos. Eskkar y Grond gritaron con todas sus fuerzas y se lanzaron hacia la brecha.

Los bárbaros trataron de atravesar la estrecha abertura, agachándose y usando los escudos para evitar las flechas. A toda prisa, Eskkar se lanzó hacia delante, sin preocuparse de si recibiría por la espalda una flecha de sus hombres. Alzó el escudo a la altura de sus ojos, dio cuatro pasos y lo estrelló contra el primer guerrero Alur Meriki. Desequilibrado, el hombre reaccionó con lentitud, tropezando con las astillas y los trozos de madera. El capitán dio medio paso atrás y dejó caer su espada sobre su cabeza. A continuación apoyó el hombro contra su escudo y empujó con todas sus fuerzas al guerrero muerto.

La furia del combate se apoderó de todos. Eskkar, Grond y cuatro soldados formaron un semicírculo en torno a la brecha y la defendieron con una ferocidad que sorprendió a sus atacantes. Los defensores estaban descansados, mientras que los bárbaros habían estado manejando el ariete o esquivando flechas bajo el calor del sol sin haber bebido agua durante al menos dos horas.

La primera oleada de Alur Meriki retrocedió, empujada por los furiosos golpes de Eskkar y sus compañeros. Pero a los defensores no les dio tiempo a alegrarse. Una segunda avalancha de vociferantes enemigos, viendo la victoria a su alcance, se abrió paso por el boquete, que se iba haciendo más grande, ya que los bárbaros no habían dejado de utilizar sus hachas sobre la puerta.

Armados con lanzas y espadas, rápidamente empezaron a poner en serios aprietos al grupo de hombres que luchaba valientemente contra ellos. Eskkar no cesaba de golpear con su espada todo lo que se ponía a su alcance, utilizando el escudo para repeler la embestida enemiga.

De repente, una poderosa voz a su espalda les ordenó:

—¡Agachaos!

Eskkar y los suyos reaccionaron de inmediato, habituados por el duro entrenamiento, cayendo con una rodilla en tierra y ocultando sus cabezas detrás de los escudos. Una lluvia de flechas zumbó por encima de ellos. Al instante, volvieron a ponerse en pie. Habían practicado aquel ejercicio con tanta frecuencia que ahora lo hacían automáticamente. Las flechas detuvieron a los atacantes durante un momento. El capitán y sus soldados reiniciaron el ataque antes de que el enemigo pudiera recuperarse, obligándolos a retroceder. Los sitiadores flaquearon un momento, pero una vez más se abrieron paso nuevos guerreros por la cada vez más amplia brecha.

Eskkar y sus hombres previeron la orden siguiente y cuando el grito de «agachaos» se repitió, se dejaron caer, permitiendo que otra lluvia de flechas volara sobre ellos antes de volver a ponerse en pie y atacar a los bárbaros.

Los Alur Meriki dudaron, desconcertados ante aquella extraña estrategia; no estaban acostumbrados a luchar contra guerreros con espada y arqueros al mismo tiempo. Aprovechando aquel momento de vacilación, Grond avanzó hasta la abertura con un cadáver enganchado a su escudo y lo lanzó hacia el exterior.

Blandiendo su espada por encima de su cabeza, Eskkar la dejó caer con toda su fuerza sobre el escudo de un guerrero, atravesándolo junto con su brazo.

Más defensores lo rodearon. Uno armado con una lanza se puso ante él, al mismo tiempo que pudo ver que otros con espadas bloqueaban la entrada. Pero, de forma sorprendente, no intentó entrar nadie, así que dio un paso atrás y alzó la vista. El parapeto superior se mantenía en pie con dificultad, pero los hombres continuaban tirando piedras a los atacantes. Sólo que ahora gritaban entusiasmados y trabajaban con renovadas energías. Algo extraño sucedía, pero no sabía lo que era.

Se giró hacia Grond.

—Quédate aquí.

Necesitaba averiguar qué pasaba en el foso. Corrió hasta el lateral de la puerta y subió a toda velocidad la escalera hasta llegar al parapeto. Sintió cómo se balanceaba peligrosamente bajo su peso y confió en que resistiera un poco más.

Esta vez ni siquiera se molestó en protegerse con el escudo. Miró por encima de la puerta, asomándose un poco por el borde, intentando no exponerse demasiado ante los arqueros que pudiera haber a los pies de la muralla. Lo que vio lo dejó sorprendido. Los guerreros habían emprendido la retirada, alejándose del foso y corriendo hacia la retaguardia. Otros lo hacían con más lentitud, disparando con sus

arcos mientras se alejaban. Desde los lados del poblado, los jinetes galopaban de regreso a la llanura, espoleando a sus caballos, sin prestar atención al combate que tenía lugar ante la entrada. Para su sorpresa no disminuyeron el paso, ni siquiera cuando estuvieron fuera del alcance de las flechas de Orak. Regresaban corriendo a su campamento, pero no había descubierto la causa.

Entrecerró los ojos, mirando en dirección a las colinas más alta, sin prestar atención al sudor que le caía sobre los ojos. Algo había cambiado. Más de una docena de columnas de humo se elevaban en el cielo sobre el campamento Alur Meriki. Las llamas no podían verse, pero el fuego se había desencadenado cerca de la zona norte del campamento principal de Alur Meriki.

Vio movimientos sobre la colina. Llegaban más hombres corriendo hacia Orak para unirse a la batalla. No, por todos los dioses, ¡eran mujeres! Mujeres que huían del campamento. Y docenas de caballos sin jinete galopaban también hacia la aldea. Algo había asustado a los animales. Otro movimiento, algo distinto, le llamó la atención e intentó esforzarse para averiguar qué era.

Sobre la cima de una de las colinas más elevadas, un jinete solitario alzaba su lanza hacia lo alto. Atada a ella había un largo estandarte. Incluso a aquella distancia pudo distinguir el emblema amarillo ondeando en la brisa. El jinete lo agitó unos instantes más, sin preocuparse de los guerreros que se le acercaban a caballo, antes de dar media vuelta lentamente y galopar hasta perderse de vista.

—¿Qué es eso? —Sisuthros estaba de pie a su lado, respirando agitadamente, con su brazo izquierdo cubierto de sangre—. ¿Qué está pasando?

Eskkar quiso reírse, pero de su garganta sólo brotó un sonido gutural. Un poblador sin aliento llegó con un balde destinado a apagar el fuego. Eskkar se lo quitó y se lo echó por encima, llenándose al mismo tiempo la boca de agua.

—No lo has visto, Sisuthros —respondió una vez saciada su sed—. Era Subutai, y por todos los dioses, ¡ha asaltado su campamento!

—Pero lo apresarán —dijo Sisuthros con voz preocupada.

—Subutai no es tan tonto. Estoy seguro de que puso su caballo a todo galope cuando abandonó la cima de la colina. Tendrá que correr, pero lo logrará. Ha debido de atacar el campamento, quemar algunas tiendas y asustar a los caballos. Además se habrá asegurado de que los Alur Meriki sepan quién había sido. Abandonaron el combate al saber que sus mujeres y niños estaban en peligro. No saben cuántos hombres han asaltado su campamento.

Permanecieron de pie y en silencio. El capitán vio cómo el último de los Alur Meriki salía tambaleándose del foso y comenzaba a correr tan rápido como podía. Con el apuro, muchos dejaron caer sus espadas y armas, escapando de las furiosas flechas que trataban de alcanzarles. Algunos guerreros fueron derribados; los defensores no mostraban piedad alguna ni perdían la oportunidad de acabar con sus

enemigos.

Una larga fila de cadáveres con flechas clavadas en sus espaldas marcaba la huida de los bárbaros. La imagen lo entristeció y se sintió extrañamente aliviado cuando vio que el último de ellos las esquivaba. Muchos hicieron un alto para amenazar con sus puños a Orak y sus defensores, reflejando su furia y su frustración. Otros cayeron a tierra para recuperar el aliento, demasiado agotados por la batalla y la carrera como para siquiera maldecir a sus enemigos.

Se empezaron a oír vítores a lo largo de la muralla, primero espaciados y roncós, pero luego fueron aumentando de volumen a medida que los que estaban más alejados de la entrada comprendieron lo que había sucedido. Eskkar observó la retirada y contó unas treinta columnas de humo elevándose hacia el cielo. No era un gran número, pero había sido suficiente para provocar una gran humareda. Subutai no tendría muchos hombres, pero un jinete con una antorcha podía hacer mucho en poco tiempo y él habría preparado a sus hombres con cuidado. Había aprendido bien aquella lección.

Se preguntó cuántos hombres más habría perdido Subutai y deseó que el número no fuera elevado. Aunque Alur Meriki no tenía guerreros custodiando el campamento, habrían quedado algunos niños y viejos que podían usar un arco. Los hombres de Ur-Nammu tenían un recorrido largo y difícil hacia el Norte, con un centenar de guerreros persiguiéndolos.

—¿Podríamos haber resistido sin el ataque de Subutai?

La sangre brotaba de la mejilla de Sisuthros. La vieja herida se había reabierto, probablemente de gritar tanto.

—Nunca lo sabremos a ciencia cierta, pero creo que sí. El ataque de los arqueros se había debilitado. Aun así...

Se dio cuenta de que las aclamaciones habían cambiado y entre las muestras de alegría un único grito comenzó a hacerse cada vez más persistente.

—¡Eskkar!... ¡Eskkar!... ¡Eskkar!... —rugía la multitud, y en aquel momento pareció que todo el poblado tenía una sola voz.

Se volvió y miró hacia los pobladores. La aldea al completo parecía haberse congregado allí, apretujándose en los espacios libres y en las calles. Los gritos continuaban sin cesar. Notó un movimiento en la multitud reunida a sus pies. Media docena de soldados se abría paso entre ella, con Trella en el medio. Tuvieron que empujar a la compacta masa de pobladores hasta que éstos se dieron cuenta de quién se acercaba y los dejaron pasar. Las ovaciones cambiaron y ahora también el nombre de Trella era repetido por todos.

Eskkar miró a Sisuthros y vio que su lugarteniente se había sumado al clamor.

—Nunca he visto nada igual.

Nadie escuchó las palabras de Eskkar, que desaparecieron ahogadas por el

alboroto de la multitud. Trella llegó hasta los primeros escalones. Varias manos entusiastas la condujeron por el parapeto hasta que llegó al lado de Eskkar. El la abrazó bajo los vítores de la gente. Cuando la soltó, ella se quedó a su lado y le gritó al oído.

—Háblales. Diles lo que quieren escuchar.

Eskkar la miró; su rostro estaba tranquilo y sereno y tenía la cabeza alta. Había planeado incluso aquello. Eskkar alzó ambos brazos pidiendo silencio. En un primer momento no le prestaron atención y los gritos de «Eskkar» y «Trella» continuaron incesantemente. Al fin se tranquilizaron. Gritó antes de que volvieran a comenzar.

—Pobladores... soldados. ¡Hemos expulsado a los bárbaros! —El griterío se hizo ensordecedor. Eskkar tuvo que esperar bastante tiempo antes de poder continuar—. Hemos hecho lo que ningún poblado ha conseguido jamás. Ahora tendrán que seguir su marcha. Habéis peleado con valor. Ahora tenemos que atender a nuestros heridos y enterrar a nuestros muertos, porque muchos hombres buenos hoy pelearon y murieron. Debemos reconstruir Orak, más grande y más fuerte que nunca.

Docenas de pobladores comenzaron a vociferar.

—¡Guíanos!... ¡Protégenos!... ¡Tienes que ser el líder de Orak!

Al instante, todos exigieron lo mismo. Los soldados levantaban sus arcos o sus espadas mientras gritaban, y los pobladores alzaban los brazos. Incluso Trella se hizo a un lado y se volvió hacia él, levantando los brazos y sumándose a los ruegos de la multitud.

Eskkar volvió a alzar la mano y, una vez más, la gente estalló en aclamaciones, hasta que finalmente consiguió imponer silencio. Cuando volvió a hablar, levantó la voz todo lo posible para que sus palabras llegaran a todos.

—Si queréis que yo os guíe y proteja, lo haré. ¿Me elegís para que gobierne Orak?

Esta vez el griterío fue como un trueno. Los habitantes de Orak vociferaban hasta quedar afónicos de alegría, y de alivio por haberse librado de los bárbaros. Eskkar los dejó durante un momento y luego volvió a alzar los brazos pidiendo silencio.

—Entonces seré vuestro líder. Hay mucho trabajo por delante, pero ahora podremos comenzar a hacerlo.

La multitud volvió a ovacionarle. El permaneció de pie, con el brazo derecho en alto en señal de reconocimiento. Pasó mucho tiempo hasta que se acallaron las voces.

—Ahora, ¡volved a vuestros trabajos! —gritó, y le dio la espalda a la multitud.

Ayudó a Trella bajar del parapeto. Al lado de la puerta los esperaban Corio, Bantor y Gatus. Eskkar les dio instrucciones de que apuntalaran la puerta, atendieran a los heridos y enterraran a los muertos. No habría descanso de los pobladores. Tenían que reconstruir la puerta y asegurarla antes de que cayera la noche. El capitán le dijo a Gatus que enviara arqueros a los puestos de vigilancia de la muralla y que

mantuviera alerta a los soldados.

Cuando terminó de dar esas y una docena de órdenes más, Trella se puso delante de él.

—Ahora que todo se hace según tus órdenes, debemos recorrer la aldea y hablar con toda la gente que podamos.

Eskkar la agarró de la mano y sonrió por primera vez en varios días.

—¿Y qué debo decirles?

—Dales las gracias por el trabajo que han hecho hoy y en los últimos meses. Diles que el éxito de hoy ha dependido de sus esfuerzos. Y exprésalo de todas las formas posibles.

Un grupo de mujeres se acercó con unos trapos empapados en agua. Lavaron la sangre y la tierra del cuerpo de Eskkar y una de ellas incluso se puso de rodillas para limpiarle los pies y las sandalias. Después, rodeado por el clan del Halcón, recorrió Orak junto a Trella. Caminaron por todas las calles y se detuvieron en casi todas las casas. Aceptó el agradecimiento y los elogios de los pobladores mientras les repetía el mismo mensaje, que Orak se lo debía todo a ellos, que eran los verdaderos héroes y que les agradecía a los dioses su ayuda. Mientras caminaba, los mensajeros se acercaban a él con preguntas o solicitudes.

Respondió a todo lo que le pedían, y Trella no le permitió que abandonara aquel recorrido.

—Esto es más importante —le dijo cuando él se impacientó—. Ahora, cuando la victoria está fresca en sus mentes, es cuando debes ponerlos de tu lado una vez más. Ellos serán tu fuerza en los próximos meses, hasta que finalmente nos sintamos seguros como gobernantes de Orak. Recordarán por siempre tus palabras de gratitud.

Eskkar suspiró pero siguió sonriendo. Trella, que tenía todo planeado, había previsto también aquel momento, por lo que se sintió preparado para semejante trabajo. Mientras caminaban por las callejuelas, varias mujeres, la esposa de Bantor entre ellas, les abrían paso, alentando a la gente, sugiriéndoles qué decirles, ovacionándolos y bendiciéndolos. Incluso en la victoria, Trella guiaba y dirigía a los pobladores, a la gente común, según su voluntad. Sacudió la cabeza asombrado, pero continuó sonriendo mientras daba las gracias a todos, agarrado de la mano de Trella.



CAPÍTULO 28

A la caída del sol, Eskkar hubiera jurado que había hablado con todos los hombres y mujeres que se encontraban dentro de las murallas de Orak, algo que lo dejó casi tan agotado como el combate de la mañana. Mientras daba las gracias a los pobladores, sus hombres trabajaban o cuidaban de los heridos. Más tarde Trella le sirvió una cena sencilla, pero no quiso organizar una celebración. Habían muerto demasiados y todavía quedaban guerreros furiosos más allá de las colinas.

Eskkar quería descansar, pero a pesar del día intenso y agotador, se sentía inquieto. Decidió echar un último vistazo al campamento de Alur Meriki. Acompañado por Trella y cuatro guardias, caminó por las calles, sin prestar atención al bullicio reinante.

Cuando llegaron a la torre, la multitud de los alrededores había desaparecido. Subieron los escalones, donde la sangre derramada empezaba a secarse. Desde la parte superior pudieron contemplar los campos vacíos que olían a muerte.

Debajo, los hombres de Corio trabajaban en la puerta bajo la escasa luz, aunque ya habían encendido hogueras, que alimentaron con los escudos de los Alur Meriki. Los carpinteros martilleaban sin cesar, colocando tanta madera en la puerta que parecía el doble de ancha que antes. Usaron los leños abandonados por los bárbaros. El maestro carpintero había buscado en el poblado todo lo que pudiera ser de utilidad para la reparación.

Sisuthros había despejado el foso de muertos enemigos, aunque a lo lejos todavía quedaban cadáveres. Aquella tarea les llevó casi toda la tarde. Despojaron a los cuerpos de todas sus pertenencias de valor, armas y ropas antes de lanzarlos al río. El foso había sido aplanado, los surcos y agujeros tapados y las piedras retiradas. Habían recuperado también las flechas. Las armas habían sido revisadas, limpiadas y preparadas para un próximo ataque. Las piedras estaban de nuevo amontonadas.

Los muertos de Orak yacían en ordenadas filas cerca de la puerta del río. Al día siguiente sacarían la barcaza de la aldea y la atarían de nuevo a las sogas. La primera

carga llevaría a los muertos de Orak, que serían enterrados en tumbas colectivas en la orilla oeste. Horas antes Eskkar había recibido el informe con las bajas enemigas. Habían matado a más de trescientos setenta guerreros. Muchos otros Alur Meriki estarían sufriendo por sus heridas.

El sol del verano se ocultó lentamente por el horizonte a sus espaldas, pero todavía quedaba suficiente luz para ver las colinas en la lejanía. El resplandor de las hogueras recortaba su silueta en la inminente oscuridad. Sobre las cimas, una hilera de jinetes bárbaros montaba guardia, vigilando el poblado.

—Es extraño, Trella —dijo Eskkar señalándolos—, ahora ellos temen que nosotros los ataquemos.

—No es tan extraño, esposo. En estos últimos meses has aniquilado a casi ochocientos de los suyos y herido a muchos más.

—Han aprendido una amarga lección. La mitad de sus guerreros han muerto. Ni siquiera Alur Meriki puede ignorar semejantes pérdidas.

—¿Estás seguro de que no volverán a atacar? Todos creen que la batalla ha terminado.

Eskkar permaneció de pie detrás de Trella rodeándole con los brazos la cintura.

—No, el asedio ha terminado. Han perdido demasiados hombres y armas. Sus caballos han sido dispersados una vez más. Les llevaría semanas preparar otro ataque y ya se han retrasado demasiado en su viaje hacia el Sur. Además, los guerreros no tienen ánimo para volver a atacar. Sin un plan nuevo, Thutmose-sin, o quien sea ahora su jefe, no se atreverá a proponer otro ataque a menos que pueda garantizar la victoria.

—Casi tiran la puerta, ¿no es cierto? ¿No podrían volver a intentarlo? —dijo mientras recostaba la cabeza contra el pecho de Eskkar.

Éste sintió cómo la muchacha se relajaba contra su cuerpo, suave y cálida en sus brazos, y disfrutó de la sensación.

—No. Porque hemos resistido, y saben que podemos volver a hacerlo. Ahora nos temen. La próxima vez no nos subestimarán. Cuando regresen, en diez o quince años, será diferente. Para entonces tendrán nuevos planes y nuevos guerreros listos para un nuevo desafío. —Pensó en ello durante un momento—. De alguna manera, los hemos transformado tanto como ellos a nosotros. Tendrán que aprender nuevas tácticas de guerra. Las noticias de lo que hemos logrado aquí se extenderán. Otras aldeas se enfrentarán a ellos.

Trella le agarró las manos y una vez más Eskkar se sorprendió de su fuerza.

—Sí. Otras aldeas lo intentarán, pero fracasarán. No contarán con alguien con tu fuerza y coraje, Eskkar. Eres un gran líder y entiendes cómo y por qué luchan los hombres. Alur Meriki llegó pensando que no encontraría resistencia. No se habían preparado seriamente para conquistar el poblado, aunque sabían que estábamos

construyendo una muralla. Siempre estuviste un paso por delante, anticipándote a sus planes, y ellos nunca pudieron adivinar los nuestros. Ningún otro hombre de Orak podría haber conseguido lo que tú has hecho en los últimos meses. Has obtenido, en verdad, una gran victoria. —Mientras hablaba lo acariciaba—. Pero lo más importante es aquello en lo que te has convertido. Te has vuelto sabio y mejor persona.

—Sin ti habría fracasado —respondió Eskkar—. Conseguiste que los pobladores trabajaran, organizaste a los obreros, lograste que la gente me diera su apoyo y mantuviste a los nobles a distancia. Sin ti no habría habido victoria. Todos los soldados que lucharon hoy lo saben.

Trella permaneció en silencio un instante.

—Puede que hoy lo sepan. Pero en unos meses, sólo tu nombre será repetido como conquistador de bárbaros. Parece que las victorias en el campo de batalla son las únicas que merecen ser recordadas. Supongo que eso es bueno. —Se giró, le puso las manos sobre los hombros y lo miró a los ojos—. ¿De veras quieres ser el jefe de Orak, esposo? Será un trabajo completamente distinto a prepararse contra un asedio. Más difícil. Habrá que construir un nuevo muro, mucho más alto y sólido, que pueda abarcar, al menos, el doble de terreno que éste. Deberás levantar murallas durante muchos años, y entrenar a los hombres para su defensa. Para proteger Orak y asegurarte de que estemos a salvo, tendrás que controlar todos los territorios a su alrededor, todas las granjas y aldeas en un radio muy amplio. Será una ardua tarea, incluso para un gran líder, y puede durar toda la vida. Por eso, si deseas seguir adelante, entonces debemos comenzar mañana.

—Lo que me pides no es fácil. Una cosa es combatir detrás de una muralla y otra enfrentarse a los enemigos en lugares lejanos y derrotarlos en sus propias tierras.

—No dudo que encontrarás nuevas maneras de hacer la guerra. Pero todas esas batallas todavía pertenecen al futuro. Primero debes decidir si quieres gobernar Orak.

Eskkar la miró a los ojos bajo la creciente oscuridad. Ella le estaba preguntando si quería dirigir el poblado pero sabía, sin decirlo, que ella estaría a su lado, decidiendo muchas de las normas y costumbres que habrían de regir la vida cotidiana de Orak. Ella seleccionaría a los que detentarían el poder y a los que no, y él tendría que escuchar sus consejos. Muchos de sus soldados y de los pobladores sabían que ella era tan importante como él. Eskkar lo veía en sus ojos a diario.

Nada de eso importaba. Había logrado lo suficiente. Incluso había vengado la muerte de su padre. Ahora nadie olvidaría su nombre. Además, todos en Orak eran conscientes de que Trella había sido tocada por los dioses, que poseía verdaderamente «el don». No sentiría vergüenza alguna compartiendo con ella el poder. Juntos gobernarían la aldea.

—O —ofreció Trella, cuando su silencio comenzó a prolongarse— podríamos

abandonar Orak en unas semanas. —Bajó la voz y apoyó la cabeza sobre su pecho—. Podemos llevarnos oro y hombres e ir a donde tú quieras.

—¿Me acompañarías? ¿Serías capaz de cabalgar a mi lado, arriesgándote diariamente?

Ella se rió, y el claro sonido resonó en la torre.

—He arriesgado mi vida cada día en los últimos seis meses. Me han esclavizado, vendido, regalado, acuchillado y casi me matan. ¿Con qué otro peligro podría encontrarme?

Eskkar volvió a abrazarla. Sabía que era demasiado tarde para una elección semejante. Además, estaba bajo su hechizo tanto como lo había estado la primera noche cuando la tuvo en sus brazos. Su destino estaba sellado y giraría en torno a ella, hasta que se rompiera aquella fascinación o hasta la muerte de uno de los dos, y quizá ni siquiera entonces si la promesa de la vida eterna de los dioses era cierta.

—Nos quedaremos, Trella, y nosotros... los dos, gobernaremos Orak. —Extendió la mano para tocar la muralla. El contacto con la rugosa superficie le resultó extrañamente placentero—. Nuestra sangre ya se ha mezclado con estos muros. Tienes razón. Debemos construir una nueva muralla, más grande que ésta.

Trella puso su mano sobre la de él.

—Este muro protegerá nuestras voces durante cien años, quizá doscientos. Mientras permanezca erguida en torno a Orak no seremos olvidados. —Giró levemente la cabeza para mirarle—. Puedo ayudarte a dirigir un gran poblado.

—Me guiarás en todo momento, y yo te protegeré.

Le costó trabajo oír las palabras que pronunció a continuación, casi en un susurro.

—Tendrás que hacerlo, Eskkar. Llevo a tu hijo en mis entrañas. Ahora tienes que protegernos a ambos.

Eskkar la cogió por el mentón y la miró a los ojos como aquella primera noche.

—¿Estás esperando un hijo? ¿Y cuándo pensabas decírmelo?

—Si Orak caía, no sería necesario. No quería darte otro motivo de preocupación. Todavía faltan muchos meses, pero estoy segura.

Ella se dio la vuelta. Ahora su mirada se dirigía a los campos. Profundas sombras ocultaban los cadáveres desperdigados por la llanura. Excepto por el débil brillo de detrás de las colinas, la oscuridad era casi completa. Eskkar sabía que aquella noche arderían pocas hogueras.

—Hay mucho que hacer, Eskkar. Debes controlar a los soldados, establecer puestos de vigilancia a lo largo del río, sobreponerte a los que se te resistan y estar preparado para el próximo desplazamiento bárbaro. —Suspiró—. Debemos traer de vuelta a los animales y las provisiones del otro lado del río. Habrá más combates, Eskkar, pero en el futuro tú los dirigirás, aunque no luchando personalmente. En todo el tiempo que llevamos juntos nunca te he pedido nada para mí, pero eso debes

prometerlo. Tu espada deberá permanecer envainada.

Tal vez eso no fuera tan malo, reflexionó él, mientras sus pensamientos volvían a la terrible lucha en el campamento Alur Meriki. Estaba envejeciendo. Incluso entre la gente de las estepas, era mejor dejar la lucha a los jóvenes. Alejó aquellas ideas de su mente.

—Dejaré que otros combatan —dijo por fin, incapaz de evitar una cierta pena en sus palabras—, pero mantendré la espada a mi lado, por si me hace falta. —Respiró hondo—. Y tú tendrás que decidir cómo ejercer el mando sobre Orak, qué costumbres y decretos ejecutar, qué familias ascenderán al rango de los nobles y cómo conseguir suficiente oro para pagar a los soldados y reconstruir Orak y todo lo que necesitaremos. Me doy cuenta de que hay que trabajar para mantener el poder tanto como para conquistarlo. Sí, tienes por delante una enorme tarea, Trella.

El sol se había ocultado por completo. La oscuridad ante ellos se extendía hasta las colinas. Cuando Trella habló, la pregunta le sorprendió.

—¿Qué nombre quieres para tu hijo si fuera varón?

Pensó un momento y se encogió de hombros.

—Sólo conozco nombres bárbaros, y no son adecuados para nuestro hijo, que gobernará Orak después de nosotros. Y los nombres de la aldea me parecen todos iguales. ¿Has pensado tú en alguno que te guste?

—Me gustaría honrar a mi padre, puesto que tanto le debo. Su nombre era Sargat. Si tú me lo permites, podríamos llamarle así en su memoria.

Eskkar aún estaba empezando a hacerse a la idea de convertirse en padre, pero consideró su demanda cuidadosamente. Incluso entre los pobladores, el nombre de un hijo era responsabilidad del padre y no podía decidirse a la ligera. Pero el nombre del padre de Trella no le parecía apropiado para un líder. Era un nombre muy común.

Sabía que los nombres tenían un poder propio, de la misma forma que ciertas palabras tenían influencia sobre los hombres. Él no tenía preferencia por ningún nombre, pero aun así...

—Sargat... es un buen nombre, pero bastante común. Nuestro hijo debe tener un nombre que muestre su fuerza y su poder. —Volvió a pensar. «Sargat» no tenía equivalente en su lengua materna, pero si tuviera que traducirlo...—. ¿Y si lo llamáramos Sargón? No lo he oído nunca, y me parece que tiene fuerza. ¿Serviría para honrar a tu padre?

—Sargón —repitió Trella, pronunciando en voz alta el extraño nombre, como si quisiera escuchar la aprobación de los dioses—. Sargón. Sí, me parece bien. Un nuevo nombre que también honre a mi padre. Se llamará Sargón.

—Sargón, que gobernará sobre la aldea de Orak —repitió.

—No, Orak ya no es una aldea. Se ha transformado en algo más grande. Es una ciudad, con una muralla y hombres valientes para defenderla, una ciudad que crecerá

en fuerza y poder. Por primera vez los pobladores y los granjeros se han unido y resistido a los bárbaros. ¿Quién sabe de lo que seremos capaces en el futuro?

—Entonces tendría que tener un nombre propio, un nuevo nombre, como el de nuestro hijo —sugirió Eskkar—. Tal vez podamos encontrarle uno nuevo.

—¿Puedes elegir un nuevo nombre para Orak, que haga olvidar a la antigua aldea y que, en cambio, sea capaz de preservar tu recuerdo y el de tus hazañas?

Eskkar permaneció en silencio un buen rato, pensando nombres de lugares. Trella, como siempre, esperaba pacientemente.

—Cuando era niño, pasamos parte de un verano en el Norte, cerca de un pequeño arroyo que llamamos Akkad. Lo recuerdo como la última vez que fui feliz con mi familia. —Sonrió ante aquella lejana evocación—. ¿Qué te parece Akkad como nombre de nuestra ciudad?

—Akkad... Akkad. Eskkar de Akkad... Sargón de Akkad. Sí, es un nombre poderoso, Eskkar, como el tuyo. Pero no digamos nada todavía a los otros sobre esto. El nuevo nombre llegará a su debido tiempo, cuando todos se den cuenta de lo que hemos logrado.

La ciudad de Akkad nacería en unos meses, o cuando Trella lo considerara oportuno. Entendía sus motivos. El poblado había cambiado mucho en poco tiempo, y todavía tendría que transformarse más. Sería prudente dejar que se acostumbraran gradualmente al nuevo estado de cosas.

Una brisa fresca agitó la noche y durante un instante el aire trajo una fragancia limpia y fresca. Escuchó a los guardaespaldas, que esperaban en la parte inferior para darles algo de privacidad, moviendo los pies, probablemente impacientes por sumarse a la celebración.

—Ya que mañana tendremos tanto trabajo, quizá tengas hoy un poco de tiempo para complacer a tu esposo. —Deslizó las manos desde la cintura y le acarició los pechos, apretándolos, disfrutando de la sensación de su cuerpo a través del vestido. Eso tampoco había cambiado desde la primera noche. Su cuerpo, el aroma de su cabello, incluso su sonrisa lo excitaba—. ¿O acaso has olvidado tus obligaciones de esposa?

Ella echó la cabeza hacia atrás, puso sus manos sobre las de él y se reclinó contra su pecho.

—No, amo, estoy para complacerte.

Habló en voz baja, pero su tono era tan seductor como la primera noche, aunque ahora más feliz que nunca.

Eskkar sacudió la cabeza ante el misterio de las mujeres.

—A veces me pregunto, muchacha, quién es el amo y quién el esclavo.

La risa que ella soltó como respuesta sonó baja y provocadora. Le dieron la espalda al campo de batalla, con sus muertos sumidos en las tinieblas. Miraron hacia

Orak, iluminada por muchas antorchas y fogatas mientras los pobladores festejaban su liberación. Ahora era su aldea... no... su ciudad. Y algún día, si la suerte le acompañaba y los dioses daban su aprobación, sería de su hijo. Pero aquella noche sería mágica. Mañana ya se ocuparía de ello.



EPÍLOGO

Sonó el tambor de guerra, débil al principio, creciendo luego en intensidad y cambiando a un ritmo atronador cuando un segundo y un tercer tambor se sumaron a él, y los rápidos golpes convocaron a todos los soldados y pobladores a sus puestos de batalla.

La sensación de bienestar de Eskkar se desvaneció en un instante y fue reemplazada por el miedo mientras las dudas volvían a acosarlo. El banco en el que estaba sentado cayó al levantarse bruscamente. Aferró su espada que colgaba de la pared y corrió escaleras abajo hacia el patio. Un soldado le trajo su caballo. Saltó sobre el animal y partió al galope por las calles, apartando a sorprendidos y asustados pobladores a su paso.

En la puerta principal los soldados estaban reunidos, confusos, maldiciendo mientras cogían sus armas y volvían a sus puestos. Desmontó de un salto y subió a la torre. Al llegar arriba se encontró con Gatus, que lo esperaba.

El viejo soldado señaló hacia el Este. El capitán dirigió su mirada hacia la desolada llanura. Vio que los guerreros se habían alineado sobre una de las colinas del Suroeste. Automáticamente, comenzó a contarlos, pero Gatus le ahorró el trabajo.

—Yo diría que son aproximadamente unos sesenta. —Escupió sobre la muralla—. No son suficientes para atacarnos, de momento.

Los jinetes bárbaros miraban en silencio hacia Orak y su muralla, o tal vez a los cadáveres de sus compañeros diseminados por la llanura. Pasaron unos momentos, pero los guerreros no hicieron movimiento alguno. Esperaron pacientemente, como si aguardaran algo.

Eskkar estaba tan confundido como sus hombres. Cuatro días después de que Alur Meriki fracasara en su intento de derribar la puerta, habían levantado el campamento y partido rumbo al Sur. Tres días habían transcurrido desde entonces, y no entendía por qué los jinetes habían regresado a Orak. Habían agotado la escasa hierba que había vuelto a crecer y carecían de fuerzas para emprender otro asalto. Sin

embargo, ninguno de los habitantes del poblado se había atrevido todavía a abandonar la protección de su muralla para volver a las granjas. Por tanto, una patrulla de ataque no tenía sentido.

El centro de la formación se abrió. El gran estandarte del jefe de Alur Meriki se elevó detrás de la colina, precediendo a otros jinetes. Los guerreros cerraron filas cuando su jefe pasó entre ellos. Examinando la escena que se extendía ante él, el gran jefe permaneció sentado en su caballo frente a su estandarte. El único movimiento procedía de los cuervos y aves de rapiña que sobrevolaban en círculo los cadáveres. Finalmente comenzó a avanzar y toda la línea de guerreros lo acompañó, lentamente. Al pie de la colina pusieron sus caballos al galope y se lanzaron entre los campos assolados en dirección a la aldea. Se detuvieron antes de llegar a donde estarían al alcance de las flechas.

Mientras Eskkar observaba, el *sarrum* del clan avanzó unos pasos con su caballo. Desenvainó su espada y la alzó por encima de su cabeza. El bronce lanzó destellos dorados bajo el sol, mientras el *sarrum* movía lentamente su arma de un lado a otro, tres veces. Luego volvió a levantarla hacia el cielo. Así la sostuvo durante unos segundos, antes de bajar el brazo y señalar hacia la torre donde se encontraba Eskkar.

Sus palabras atravesaron la distancia que los separaba. El capitán se inclinó para escuchar mejor, pero pudo entender con bastante claridad el mensaje.

Ignoró el murmullo que se extendió por la muralla. Todos se preguntaban el significado de las palabras del bárbaro. Se puso de pie sobre la pared de la torre, con los pies en precario equilibrio en el estrecho borde. Allí los muros se estrechaban en su parte superior, por lo que apenas tenía espacio para apoyar los pies. Gatus lo aferró por el cinturón, sosteniéndolo con firmeza.

Tras sacar la espada de su funda, Eskkar la alzó al cielo, la hizo girar sobre su cabeza tres veces y luego la bajó hasta que la punta señaló directamente al jefe de Alur Meriki. Respiró hondo y gritó su respuesta en la lengua bárbara.

El gran jefe volvió a levantar su arma, con el sol de nuevo reflejándose en la hoja, y luego la bajó, la envainó y dio media vuelta en su montura. Sin echar una mirada atrás, lanzó su caballo al galope y sus hombres hicieron lo mismo y le siguieron, con el gran estandarte ondeando en la brisa.

Eskkar vio cómo se alejaban colina arriba, cruzaban la cima y desaparecían. Una vez fuera de su alcance, le dio la sensación de que nunca habían existido. Envainó su espada y bajó de un salto del muro.

—¿Qué ha dicho? —preguntó Gatus sin poder ocultar la curiosidad en su tono de voz—. ¿Qué le respondiste? Oí tu nombre.

Los hombres se agolpaban sobre la torre, sus lugartenientes, los soldados con sus armas, e incluso algunos pobladores, con el miedo evidente en sus rostros. Todos lo miraban boquiabiertos.

—Me dijo: «Yo soy Thutmose-sin, jefe de Alur Meriki». —Eskkar sacudió la cabeza, incrédulo—. De alguna manera, ha sobrevivido. No sé cómo se las ha arreglado... los dioses deben de favorecerlo.

Gatus se acercó a su capitán.

—¿Qué más dijo?

Eskkar echó una última mirada a la desierta colina antes de responder, alzando su voz para que todos pudieran oírlo.

—Dijo: «Habéis luchado con coraje, pero esto no ha terminado. Volveremos».

Susurros nerviosos recorrieron la multitud al escuchar la amenaza, y Gatus tuvo que alzar la voz para ser oído.

—¿Y tu respuesta?

—Le dije que mi nombre es Eskkar, hijo de Hogarthak, que había saldado mi deuda con Alur Meriki por la sangre de mi familia y que nunca regresara a estas tierras. —Los soldados se dieron la vuelta para repetir las palabras de su capitán, rompiendo en ovaciones y gritos de aprobación. Una sonrisa se dibujó en su rostro, aunque no había afecto en su mirada. Bajó la voz, para que sólo Gatus pudiera escuchar sus palabras—. Y le dije que le estaría esperando.

Fin... del principio.



NOTA HISTÓRICA

Y así comenzó la era de las ciudades amuralladas. Otras ciudades surgieron por todo el territorio, cada una fortificada con su gran muralla y rodeada de granjas y rebaños, convirtiéndose en los núcleos del comercio e industria locales. Esas ciudades se enfrentaron unas a otras por la supremacía durante muchísimos años, alternándose entre ellas para detentar el poder. Pero seiscientos años después de la batalla de Orak, aproximadamente en 2500 a. C., los ejércitos reunidos bajo el mando del soberano de la ciudad de Akkad conquistaron todas las tierras hacia el Sur, ocupadas por quienes se llamaban a sí mismos sumerios. Los acadios derrotaron a los sumerios y gobernaron durante muchos años. Los acadios habían logrado sus victorias, en primer lugar, gracias a la habilidad y fuerza de su bien organizada infantería, equipada con arcos poderosos y entrenada en la guerra de asedio. Fue la primera vez en la historia que un ejército contaba con una infantería adiestrada en el manejo del arco.

La tierra que los acadios dominaron fue conocida por las naciones occidentales como Mesopotamia, la tierra entre dos ríos. Dirigiendo esta primera conquista estaba el primer gran rey de la historia escrita. Su nombre era Sargón y fue él quien estableció el primer imperio, reuniendo con sus victorias no sólo sus propias tierras sino también las limítrofes con Mesopotamia. Su hijo, también llamado Sargón, extendería su imperio hasta alcanzar las costas del Mediterráneo al Oeste y la India hacia el Este. Desde estos territorios, la influencia y el poder de las ciudades amuralladas se extendió a nuevas tierras, incluida aquélla que sería conocida como Grecia. Los griegos aprenderían mucho de sus vecinos del Este y edificarían muchas ciudades amuralladas propias, entre ellas Atenas.

En el Este, la gran ciudad de Akkad perduraría durante muchas generaciones, incluso antes de que el desplazamiento del Tigris originara el nacimiento de una ciudad todavía más importante, Babilonia, que levantaría sus murallas más alto que ninguna otra, Pero ésa es otra historia.



AGRADECIMIENTOS

A veces, de forma inexplicable, las cosas salen bien. Este libro, que comencé hace siete años, es un ejemplo de ello. Gracias a la ayuda y al apoyo de muchas personas, fue escrito, corregido, criticado, reescrito, revisado, ampliado, reducido, vuelto a revisar y simplificado de nuevo. Después de todo eso... bueno, ya se pueden hacer una idea. Agradezco a todos aquellos que han colaborado con su lectura y sus críticas.

Pero quiero, en primer lugar, dar las gracias a mi agente, Dominick Abel, que creyó en la historia y me puso en contacto con mi editora en Harper Collins, Sarah Durand. Sus sugerencias aportaron nuevo material, y en general me sirvieron para pulir el manuscrito.

Tengo una especial deuda de gratitud con todos los que me ayudaron en los comienzos. Vijaya Schartz, una excelente autora y ex presidenta de la Asociación de Autores de Arizona, que marcó con paciencia y tinta roja mis primeros borradores, junto a otros miembros de su grupo de escritores que criticaron mi trabajo durante casi un año. También tengo mucho que agradecer a los componentes de mi propio grupo de lectura, que se pusieron a mi disposición cada vez que los necesité. Sharon Anderson, Marin Cox, Laura Groch (mi sobrina, editora del periódico), Jim Harper y Rally Mise; todos han contribuido al resultado final.

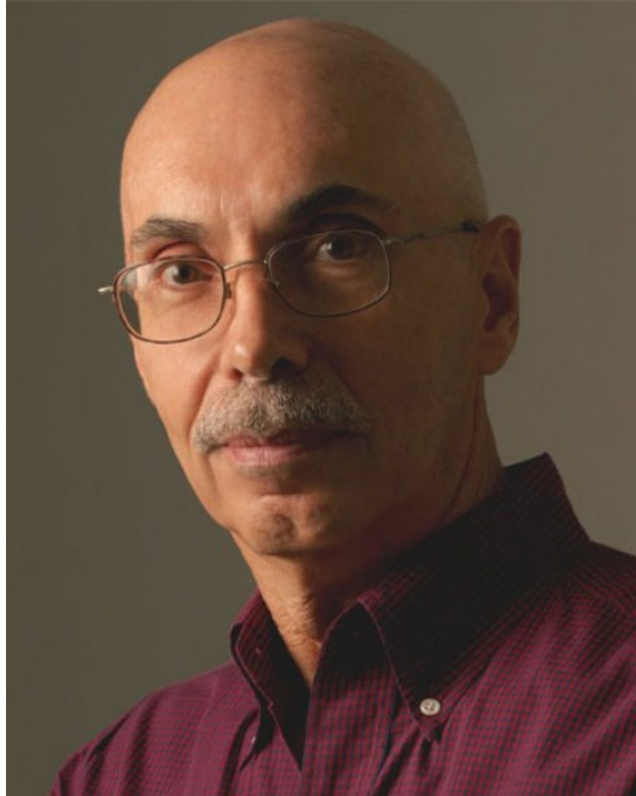
Gracias también a Jim, por creer en el trabajo lo suficiente como para contactar con Dominick Abel por su cuenta y, confiando en una amistad de hacía veinte años, hacer llegar a las expertas manos de Dominick los primeros capítulos de mi obra.

Y antes de que me olvide, gracias a Gracie y Xena, mis gatas escritoras, cuyas patas y uñas me ayudaron a superar muchos momentos difíciles ante la temida página en blanco.

Por último, gracias al padre espiritual de esta historia, uno de mis escritores favoritos, J. Michael Straczynski, autor y productor de la serie televisiva *Babylon 5*. Sus alentadores correos electrónicos me mantuvieron firme cuando estaba a punto de

abandonar. Que el Sumo Hacedor me perdone por alguna idea «prestada» de B5.

Sam Barone
Scottsdale, Arizona
Agosto, 2005



SAM BARONE. Es un novelista estadounidense, nacido en Nueva York y especializado en novela histórica, sobre todo en las épocas más antiguas.

Asistió al Manhattan College y se licenció en 1965 en Ciencias, en la especialidad de psicología e historia.

Tras un corto periodo en los Marines, comenzó a asistir a clases de informática y, más tarde, se dedicó a desarrollar software. Tras 30 años en la industria informática, se retiró en 1999 para dedicarse plenamente a la escritura.